

1870

PROPERTY OF THE
LIBRARY OF THE
MUSEUM OF NATURAL HISTORY
NEW YORK

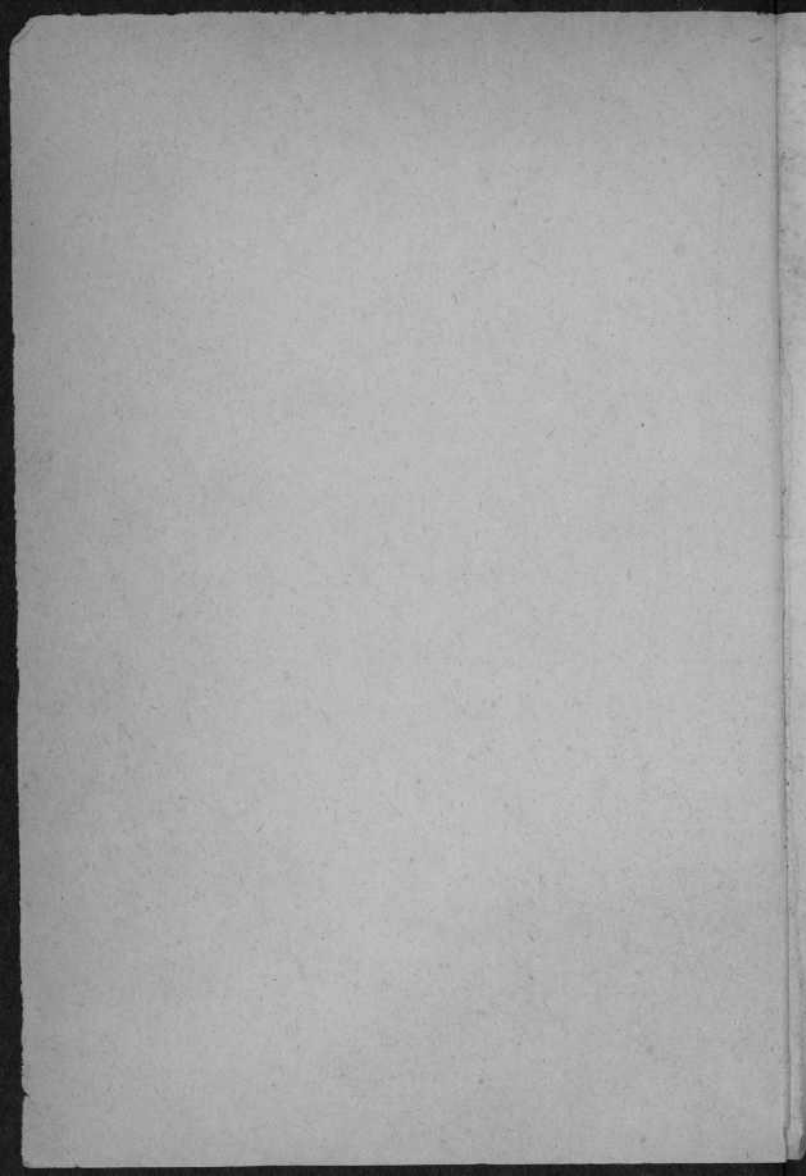
141

14105

$\frac{10}{66}$

VII

66



OBRAS FESTIVAS

DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

Biblioteca Popular.

REVISED EDITION

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY

Je

OBRAS FESTIVAS

DE

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

NUEVA EDICION.



MADRID 1844:



ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,

DE D. F. DE P. MELLADO.—*Editor.*

OBRAS FESTIVAS

DOY FRAZENDO DE QUEIRO ALLEGAS

1874

MARIA JOSE

ESTADO LIBRE ASSOCIADO DO PARAGUAY

REPUBLICA DE PARAGUAY

VIDA

DE D. FRANCISCO QUEVEDO VILLEGAS,

POR

Don Pablo Antonio De Tarsia.



Fué loable costumbre de romanos y griegos alzar estatuas á los varones insignes en letras y armas, para no perder de vista las virtudes y hazañas con que ensalzaron la república; y porque todos pudiesen aprovecharse del ejemplo que dejaron á los venideros, ponian en la peana una breve inscripcion, y noticia de las letras que profesaron, de la religion y piedad que siguieron, y de los hechos nobles con que granjearon la inmortalidad del nombre. A este fin principalmente miraron los prudentes caballeros, movidos de virtuosa emulacion, descubriendo huellas tan acertadas para encaminarse á lo mas encumbrado de la admiracion humana. El discreto cónsul Plinio, valido del emperador Trajano, en una epístola, alabando á Titinio Capiton por haber levantado estatua pública á Sylano, y por el particular estudio de tener y venerar las imágenes de los Brutos, Casios, Catones y otros hombres grandes,

escribiendo la vida de ellos , y celebrándolos con sus versos , dice que no es menos glorioso merecer estatua que ponerlas y en la que escribió á Cornelio Tácito , que le habia pedido algunas noticias de la vida de Plinio Senior , su tio , para registrarlas en su historia , estima dichosos no menos los que obran cosas dignas de ser escritas , que los que escriben lo que merezca ser leído ; y sobre todo dichosísimos en quienes el uno y el otro concurriere. Y habiendo sido don Francisco Quevedo de los que mas se esmeraron en ilustrar á España con la pluma y con los hechos ejemplares , mereciendo por ellos aplauso universal en toda Europa , me ha parecido hacer este pequeño obsequio de los muchos que son debidos á varon tan grande , poniendo delante de los ojos de todos en el lienzo de estos pliegos , aunque leves por su autor , pero exentos y libres por el objeto de la voracidad del tiempo , el retrato mas cabal de un ánimo bien formado como el de don Francisco , tirando las líneas con el pincel de la fama , avivándolas de colores retóricos , ya con lo claro de acciones á todas vistas aclamadas , ya con lo oscuro de lo que padeció en diferentes peligros y persecuciones , con valor antes digno de envidia que de lástima. ¿Qué efigie , ni qué estatua habrá , que sobreviviendo á los mármoles y bronces , compita con lo eterno de su original , como la que nos forma la pluma en un papel animado con el bálsamo de la tinta , representando en el teatro de la verdad la vida , y los blasones de un héroe á la posteridad deseosa? *Con esta consideracion Agesilao no quiso que le hiciesen estatua , juzgando honor mas firme dejar la memoria de sus hazañas grabada en lo secreto de los corazo-*

nes humanos con el buril del afecto , y registrada en los anales con el rasgo de una pluma , que descollar su cabeza de oro ó bronce en lo mas público de la ciudad. Pues de él refiere Plutarco , que hallándose en el puerto de Menelao , mandó pregonar que nadie le levantase simulacro ni imágen , diciendo que sus obras , si alguna habia hecho digna de loa , serian mas vivo monumento de su mérito para los venideros ; porque donde estas faltaren , no se pueden suplir por obras de escultor , ni pintor alguno , por escelente que sea. Y de Simónides poeta escribe Valerio Máximo , que habiendo dado sepultura á un cuerpo muerto que halló en el camino mientras iba á embarcarse , por aviso del difunto , que se le apareció , habiéndose librado del naufragio , en que perecieron los demas que en aquel navio se embarcaron ; agradecido , no le correspondió con otra memoria , que celebrarle con sus versos , pareciéndole medio mas proporcionado para entregarle á la eternidad una pluma bien cortada , que los metales y piedras artificiosamente esculpidas ; de lo cual y de otros ejemplos semejantes he hablado largamente en el libro y capítulo cuarto de las animadversiones Ferales ; y para la brevedad que me he propuesto en este discurso de la vida de don Francisco , juzgo que aunque me haya dilatado algo , nunca puede ser bastante lo referido para introduccion al bosquejo de un varon , que hubiera sido de tanta veneracion en aquellos siglos primeros , y asi he deseado sacar á vista de todos el retrato de sus virtudes , calidad y letras , sin afeite de lisonja , ni trage de pasion alguna ; cuyas causas diré con Tácito , las tengo de mí muy apartadas.

Salió, pues, á luz don Francisco de Quevedo y Villegas en la real villa de Madrid el año de 1580; y puedo sin duda decir con mas acierto, que salió una nueva luz para hermostear con sus rayos á España y al mundo todo; habiendo con lo escrito y con lo obrado dejado tanto que admirar al entendimiento, y que seguir á la voluntad, que permanecerá su nombre en la memoria de todos con mas ventaja que los rayos solares; pues en ningun tiempo podrá temer el ocaso del olvido, ni el eclipse de oposicion maligna, llevando en el carro triunfal de sus glorias atado el descuido, y la envidia, causas de tan perniciosos efectos, que suelen deslucir á los hombres grandes. Su padre fué Pedro Gomez de Quevedo, secretario de la señora reina doña Ana, muger del señor rey don Felipe II en cuya ocupacion dió singulares muestras de su entendimiento, sazonzándolas siempre con piedad cristiana; y lo habia sido antes de la señora emperatriz Maria en Alemania con tanta satisfaccion, que en abono de sus servicios y mérito, escribió una carta al prudentísimo rey su yerno desde Praga á 29 de agosto de 1578, mostrando la mucha estimacion en que le tenia. Fué su madre doña Maria de Santibañez, que asistiendo desde sus tiernos años á la cámara de la reina, no le embarazaron las esterioridades de la corte el intento de formar su interior con frecuencia de oraciones, ayunos y otras obras religiosas, haciendo de su pecho una celda, y del palacio un convento. Tomando despues estado, no intermitió este modo de vivir; antes le acrisoló mayormente, haciéndose espejo de casadas, como lo habia sido de doncellas, llevando el yugo del santo matrimo-

nio con su marido muy concorde, con los domésticos apacible, y con sus hijos cuidadosa, criándolos con la leche del temor de Dios. En ambos concurrieron prendas de muy antigua calidad y nobleza; pues el secretario Pedro Gomez de Quevedo fue hijo de Pedro Gomez de Quevedo, y de doña Maria de Villegas: el uno natural de Vexoris, y la otra de Villasevil en el valle de Toranzo, donde los Quevedos y los Villegas tienen sus antiguos y nobles solares. Juan Gomez de Quevedo, tío de don Francisco, dejó á la iglesia parroquial de Vexoris gran cantidad de plata labrada con que hoy se sirve el culto divino con mucho lustre y decencia; y todos sus antepasados con la nobleza de la sangre juntaron el celo de la religion cristiana. Por los Villegas tuvo don Francisco por sus ascendientes á Pedro Ruiz de Villegas, adelantado mayor de Castilla y señor de Muñon y Caracena, que casó con Teresa de Vega, hija única de Gonzalo Ruiz de la Vega el del Salado; y tambien á Sancho Ruiz de Villegas, comendador de la orden y caballeria de Santiago, capitan de la guardia del rey don Juan II, corregidor de la ciudad de Alcaráz, el cual estuvo casado con doña Maria Andino, é hizo muchos y muy señalados servicios á la corona de Castilla: y asimismo lo fué don Alonso Ortiz de Villegas, caballero de Toledo, de quien descenden los marqueses del Villar; el cual de su nobilísima muger doña Maria de Silva tuvo por hijos á don Diego Ortiz de Villegas, que pasó á Portugal por confesor de la princesa doña Juana; y el rey don Juan II de aquel reino le hizo su capellan mayor y obispo de Ceuta, y lo fué despues de Viseo; y tambien á doña Mencia de

Villegas, que casó con Pedro Fernandez de Villanueva, descendiente de don Luis de Villanueva, muy nombrado en las historias de España. Pasando despues estos caballeros á Portugal, llamados del obispo don Diego Ortiz de Villegas su hermano, asentaron casa en Moura; y el rey don Manuel honró mucho á sus hijos. El año de 1538 el rey don Juan III, en remuneracion de los servicios que le hizo su nieto Pedro de Villanueva, le dió nuevas armas, que son una serpiente, llamada Tiro, de oro, con pintas negras en campo verde, y por timbre medio tiro del mismo color, que están registradas en el archivo real de aquel reino, que llaman Torre de Tombo. Es su legítimo descendiente don Diego Enriquez de Villegas, caballero y comendador en el órden de Cristo, capitan de corazas, muy conocido por su calidad y escritos; y fué estimado de don Francisco por su pariente, y amigo y mucho mas por sus letras y erudicion. La familia de su madre no fué menos ilustre, porque el apellido de Santibañez es muy antiguo en el mismo valle de Toranzo, donde fué su origen; aunque doña Maria nació en Madrid y fueron sus padres Juan Gomez de Santibañez Cevallos, natural de san Vicente de Toranzo, aposentador de palacio de la señora emperatriz, á quien el año de 1566 le asentaron plaza de contino de la real casa; y doña Felipa de Espinosa y Rueda, natural de Madrid y azafata de la reina, entrambos de noble prosapia y descendencia. Tuvo don Francisco tres hermanas: la mayor se llamó doña Margarita de Quevedo, que casó con don Juan Aldrete y San Pedro, caballero del órden de Santiago y caballerizo de S. M.; de cuyo matrimonio nacie-

ron don Juan Carrillo y Aldrete, caballero del hábito de Santiago, en quien igualmente se compiten prendas muy ventajosas de entendimiento y valor como lo ha mostrado en todas ocasiones, y ahora sirviendo el puesto de capitán de corazas en el ejército contra Portugal; y don Pedro Aldrete Carrillo Quevedo y Villegas, colegial del Mayor del arzobispo, y segundo señor de la Torre de Juan Abad, por su virtud, y letras muy digno de sus mayores y merecedor de cualquier puesto de su profesión.

La otra fue la madre sor Felipa de Jesus monja carmelita descalza en el convento de santa Ana de esta corte, religiosa de ejemplar y santa vida. La tercera y última tuvo por nombre doña María, y fué la primera que se cayó en flor del árbol de la vida perecedera, dando principio á la inmortal desde los primeros años de su edad y del primer ensayo de su virtud. Desde niño dió muestras don Francisco de su viveza, imprimiendo en los pechos de sus padres opinion muy alta de su ingenio, que despues con el aumento de los años desempeñó tan aventajadamente, que desgajándose los ramos de su talento, fué mayor la copia de frutos, con que abasteció las escuelas de Helicon y las academias mas famosas del orbe, que lo que ofreció en flores la esperanza. Siendo de tierna edad, se le murió su padre y quedando en poder de su madre doña María de Santibañez, no echó menos el cuidado, ni el cariño que hasta entonces con doblada influencia habia gozado. Era doña María un vivo simbolo de la muger fuerte, en cuya descripción concluye sus parábolas Salomon, que segun muy graves espositores, y el padre maestro Fray

Luis Tineo de Morales, del orden premonstratense, insigne teólogo y versadísimo en las lenguas de la sagrada escritura, en el discurso de la vida y salvacion de este rey (materia en que tanto han sudado los mas doctos), se entiende de su madre Bersabé, ensalzándola por el gobierno de su casa hasta conseguir alabanza de sus hijos, que alude á la crianza de ellos, segun la ley divina, y al revestirse de los brillantes reflejos que de la buena educacion resultan, para ostentar mayor hermosura en las puertas de la censura humana. Volviéronla despues de viuda á palacio en servicio de la reina, estimando todos á tan noble matrona por su prudencia, honestidad, recogimiento, y demás virtudes, poniendo su mayor estudio en dejarlas esculpidas en los corazones de sus hijos; y lo alcanzó tan felizmente por la docilidad de sus naturales, que fuera de la virtud con que instruyó á las hijas, con la de don Francisco solo pudo coronar sus cuidadosos desvelos, esmaltándolos con la dilatada opinion, y aplauso que de todas las naciones muy largamente consiguió su hijo, á quien aplicó desde luego al camino de las letras, no solo por la capacidad que en él conocia, sino tambien por la grande inclinacion que aun en sus primeros años mostraba, casi con impaciencia de madurar sus deseos á plazos del tiempo, y sucesivo desvelo; pues fué dotado de ingenio tan dilatado, que no pudiendo contenerse entre los limites naturales, sobresalia con admiracion de sus maestros; de que sumamente se alegraba su madre, que á imitacion de la del grande Agustino santa Monica, echaba de ver que el estudio de las doctrinas no solo no es de estorbo, sino de provecho para el verdadero

conocimiento de Dios, allanando el camino de la perfeccion cristiana, y descubriendo nuevas sendas, que con seguridad lleven al hombre á su último fin, evitando los enredos, y las engañosas anchuras del mundo, como en el libro segundo de sus confesiones lo insinúa el santo; porque no hay verdadera sabiduria, que no esté casada con el temor de Dios: verdad tambien conocida de los gentiles, pues Teócrito, y Virgilio derivaron la religion y las letras de un mismo principio; pero ciegos no alcanzaron origen tan soberano. No habrá quien niegue que el estudio es un rocío, que regando las virtudes morales, les dá incremento y vida y las defiende de las llamas abrasadoras del vicio; porque san Gerónimo en la epístola á Rústico Monge, de sí confiesa que no pudiendo con ayunos apagar los ardores juveniles, con la ocupacion y trabajo de nuevos estudios los venció. Lo mismo afirma de Juan Pico, conde de la Mirándula, Juan Francisco Pico su sobrino en la vida que escribió de este principe, á todas luces admirable; siendo muy constante que las letras son de grande provecho para adquirir las virtudes, y de no menor ornamento para despues de alcanzadas. Con semejante consideracion animaba á don Francisco su madre, porque apoderándose de las ciencias enriqueciese con la especulacion el entendimiento, é inflamase con bien regulados deseos la voluntad, sacando del uno y del otro cosecha de gloria, y aplauso.

Grande facilidad se halló en el noble pecho de don Francisco para todo lo que tocaba á estudios; de suerte que sobraron, así las diligencias de su madre, como las del protonotario de Aragon don

Gerónimo de Villanueva, que despues de muerta doña María de Santibañez quedó por su tutor: antes exhortarle al curso literario era espolpear caballo que á toda rienda corria; pues habiendo aprendido en poco tiempo la lengua latina, trató desde luego levantar sobre tales cimientos muy hermosos edificios de varias ciencias. Pasó tan felizmente los cursos en la universidad de Alcalá, que apenas teniendo quince años cumplidos, mereció ser graduado en teología, dejando admirados á los mas doctos, y ancianos el ver en edad tan verde tanta madurez de ingenio. Y conociendo la fertilidad de campo tan ameno, y liberal, no quiso limitarle con semillas de una profesion sola; antes, aprendiendo varias lenguas, se abrió las puertas para hacerse universal en todas ciencias. Estudió, demas de la latina, la lengua griega, la italiana, la hebrea, la francesa, y la arábiga, con tanto primor, que fué excelente en todas ellas y casi las hermanó con la castellana, en que mostró suma agudeza. En la latina se correspondió con los primeros ingenios de su tiempo, escribiéndose epístolas desde el año de 1604, cuando no tenia mas que veinte y tres de edad, con Justo Lypsio, varon comunmente aplaudido; continuando en adelante este noble, y erudito empleo con el caballero Juan Jácome Chiffletio, protomédico del rey y médico de cámara del señor archiduque Leopoldo, autor muy célebre que en una epístola que escribió á don Francisco desde Bruselas en 20 de julio de 1629, le dice la estimación con que recibian en Flandes, y Francia sus obras reimprimiéndolas, y buscándolas todos con mucha codicia: con el doctísimo Juan Queralt, maestro primero de humanidad en Sala-

manca, que comunicándole sus estudios, dá á entender el aprecio de su refinado juicio, y censura: con Gaspar Scioppio, con el conde Julio César Estela, con don Mariano Valguarnera, con monseñor don Martin Lasarina, con don Francisco Lopez de Aguilar Coutiño, del hábito de san Juan: con Martin de Sevilla, con don Gerónimo de Ribera, con don Alonso Maranta, y otros los mas insignes en todo género de letras, de los cuales hablaremos en el discurso de esta obra. En el idioma griego fué tan versado, que fuera de haber traducido á envidia de los unilingües á Anacreonte Teio, y otros autores griegos, haciéndolos cantar en castellano aun mejor de lo que ellos lo habian hecho en su propia lengua, mereció que hombres doctos celebrasen sus alabanzas con epigramas griegos, como entre otros lo hizo el licenciado Vicente Mariner, valenciano muy erudito de que son pregonnes sus obras en versos latinos, y griegos que ha dado á la estampa. Demás que escribiendo don Francisco epistolas, ó otra cosa en latin engastaba en ellas, como piedras preciosas muchas palabras griegas: y Justo Lypsio, conociendo su grande ingenio y los progresos que habia hecho en este idioma, le escribió de Lobayna el año de 1605 animándole á tomar la defensa del príncipe de los poetas griegos Homero: y le asegura que no podia tomar argumento mas digno, ni mas grato a los hombres doctos; á que tambien le habia exhortado don Bernardino de Mendoza. En la hebrea hizo tantos progresos, que le consultaban en ella autores gravísimos; pues el padre Juan de Mariana, tan conocido por sus estudios y único en todas las lenguas orientales, griega, y latina, habiendo sido

nombrado por decreto del rey y del supremo tribunal de la santa y general inquisicion, para que como juez desapasionado diese su parecer sobre la edicion que hizo de la biblia regia el doctor Benedicto Arias Montano, y la censura que contra él sacó el doctor Leon de Castro, magistral de la santa iglesia de Valladolid; y habiendo dado su juicio, y sentencia á favor de Arias Montano, con que enmudeció por entonces la oposicion que injustamente se le movió; estando despues en Toledo, entregó todos los papeles que en esta materia habia hecho á don Francisco, porque viese si estaban bien apuntados los textos hebreos, por haberlos escrito un amanuense, y hallarse el padre ya ciego; el cual fuera de sus ojos no pudo fiar cosa tan dificultosa sino de quien los tenia muy linceos en el idioma santo. Escribió tambien don Francisco el año de 1643 en defensa de Arias Montano un Antídoto muy docto á otra censura que contra doctor tan célebre sacó un autor anónimo en Salamanca el de 1579. Movióle á tomar la pluma en materia tan honda, no solo la noticia que tenia de la lengua hebrea, sino tambien el celo de la orden de Santiago, por haber sido religioso de ella el doctor Arias Montano, tomando el hábito de san Marcos de Leon, y despues prior del convento de la misma órden en Sevilla.

Demas del conocimiento que tuvo de lenguas, fué versadísimo casi en todas facultades y ciencias, como en las letras humanas, en el derecho civil y canónico, en la matemática, astrología, ética, política, medicina y filosofia natural, con noticia muy individual de las propiedades de yerbas, aguas, piedras, metales y otros minerales.

Con las letras humanas juntó las divinas ; porque fuera del grado que consiguió en la teología , hizo particular estudio en la Sagrada Escritura y en los padres de la iglesia , como bien se divisa en la vida del gran doctor de las gentes S. Pablo , y en otras obras muy espirituales que compuso , particularmente en la política de Dios y gobierno de Cristo : obra tan alabada de los mas sabios que en ella, dijo el arzobispo don Fr. Cristóbal de Torres, del orden de Santo Domingo, habia resucitado don Francisco los siglos primeros , dejando perpleja la admiracion entre lo sentencioso de la filosofia moral y lo admirable de la ciencia sagrada de las escrituras. Fué finalmente en todas letras tan consumado , que algunos autores de esta corte dejaron escrito en sus libros, que don Francisco en todas se lucia, y en cada una de ellas era maestro. Juan Pablo Martir Rizo en la defensa que imprimió del patronato de Santiago dice, que el ingenio de don Francisco fué conocido por milagro de naturaleza. Antonio de Argüelles, celebrando con versos heróicos sus alabanzas, le llama decoro y gloria del siglo nuestro.

Alta petis , sæcli decus , et gloria nostri.

A lo mas encumbrado de las nubes,
De este siglo decoro y gloria , subes.

Don José Pellicer de Tobár, caballero del orden de Santiago, señor de la casa de Pellicer y Osau en Aragon, cronista mayor de S. M., y máximo en las ciencias que profesa, erudicion y noticia de varias lenguas, como lo muestran los li-

bros que ha escrito, que son tantos y tan doctos, que de ellos dijo el oráculo de las buenas letras el Padre Juan Luis de la Cerda, de la compañía de Jesus, que aun para pensar los asuntos es menester una vida muy larga: este autor, pues, en el Fenix y su historia natural, poniendo en el Diatriba 16 un himno que hizo don Francisco á esta ave, le llama doctísimo en todas letras y en muchas lenguas; y en el principio de la obra le dá título de insigne ingenio español. Y sobre todos Justo Lypcio en una epístola que le escribió de Lobayna en 25 de enero de 1605, le dijo ; *O magnun decus hispanorum!* « ¡ O mayor y mas alto honor de los españoles ! »

En la poesía ocupó don Francisco el primer lugar al parecer de los mas doctos de su tiempo; pues el muy erudito Juan Queralt, profesor de letras humanas en la universidad de Salamanca y en las Escuelas Pias que edificó el Sumo Pontífice Paulo Quinto, de quien fué muy estimado, en una epístola llamó á D. Francisco príncipe de los poetas, en quien solo se juntaban las gracias y sales de todos los líricos. Igual y mayor alabanza le dió el licenciado Vicente Mariner, valenciano, que en un epigrama griego le señala en el Parnaso el primer lugar junto á Apolo; y asi en esta, como en otra latina que le hizo, le ensalza por el mayor ingenio del orbe. Y el año de 1625, dedicando á don Francisco el panegírico del emperador Julian al sol, que de griego tradujo en elegante latin, le llama hijo de Apolo y hermano de las musas: y luego, llevado de un entusiasmo, le dice que es sol, príncipe, cabeza, emperador y nùmen de la poesia y de todas las letras: *In hoc musarum & li-*

terarum imperio, in hoc equidem divinarum cogitationum aethere, tu solus es sol, tu solus princeps, caput, imperator, numen. Y sin duda lo fué de su tiempo; por cuya causa fué tan estimado de tres poetas, los mayores de sus contemporáneos, Lope de Vega, Luis Tribaldo Toledano, cronista mayor de las Indias, y Francisco Lopez de Zárate, que con extraordinarias demostraciones siempre le veneraron.

Don Francisco Lopez de Aguilar Coutiño, del hábito de S. Juan, sugeto por su calidad y erudicion de todos venerado, escribiéndole en versos heróicos, le nombra: *Delitum Phœbi*: Deleite y regalo de Apolo. El conde Julio César Estela y Miguel Kelkero, con la ocasion de haber vuelto don Francisco de España al reino de Nápoles despues de muchos peligros de mar y tierra, festejándole con la lira de sus odas artificiosamente templada, dicen que en su sabiduria y prudencia descansaban las musas, y el Hércules de su tiempo, el duque de Osuna. Pero quien mas se adelantó en alabar á don Francisco fué el gran Lope de Vega Carpio, que en el laurel de Apolo y en la *Silva sétima* dice:

Al docto don Francisco de Quevedo
 Llamo por luz de tu ribera hermosa,
 Lypsió de España en prosa,
 Y juvenal en verso,
 Con quien las musas no tuvieron miedo
 De cuanto ingenio ilustra el universo,
 Ni en competencia á Pindaro y Petronio,
 Como dan sus escritos testimonio:
 Espíritu agudísimo y suave,
 Dulce en las burlas, y en las veras grave:

Príncipe de los líricos , que él solo
 Pudiera serlo , si faltára Apolo.
 ¡ O musas ! dadme versos , dadme flores ;
 Que á falta de conceptos y colores ,
 Amar su ingenio y no alabarle supe :
 Y nazcan mundos que su fama ocupe .

Otros muchos , que por brevedad se dejan , ponderando con admiracion los colmados méritos de don Francisco en la poesia , le coronaron de inmortales laureles ; y concurriendo con el acertado juicio de tan altos ingenios esta coronada villa el año de 1649 en la solemne entrada y recibimiento de la serenísima reina nuestra señora doña María Ana de Austria , en cuyos aparatos y arcos triunfales , dispuestos por don Lorenzo Ramirez de Prado , caballero de la órden de Santiago , del consejo real de S. M. y de la santa Cruzada , llegó la maravilla al último grado de su esfera en el monte Parnaso , que con suma magnificencia se hizo sobre la fuente del Olivo ; acompañaron las nueve musas vivas , ricamente tocadas y vestidas , con otras tantas estatuas de poetas españoles , muy parecidas á sus originales , que fueron Séneca , Lucano , Marcial , Juan de Mena , Garcilaso de la Vega , Luis de Camoes , Lope de Vega Carpio , don Luis de Góngora y don Francisco de Quevedo ; que aunque fué el postrero en la edad , por la agudeza de sus versos no debe nada á los mas antiguos . A cada uno pusieron una targeta con letras halladas en sus obras . La de don Francisco que ascendia al Monte , aludiendo á la falta natural que tuvo en los pies , aunque nunca se vió menos zopo que cuando subió á la cumbre del Parnaso , decia asi :

Llebadme musas, que en vano
 Mis pies lo procuran, pues
 Ni aun de mis versos los pies
 Bastarán sin vuestra mano.

Llegó don Francisco á grados tan eminentes de sabiduria, porque nunca estudió con otro fin que para saber, desechando de si los respetos que llevan los que suelen avasallar tan libre y noble facultad al interes y comodidad del cuerpo; considerando con Lactancio Firmiano en la prefacion á las instituciones divinas, que los mas hacendados se despojaron voluntariamente de sus riquezas, porque no les estorbasen la aplicacion á los estudios, mudando los hidalgos deseos de saber en viles diligencias de intereses humanos. No hay duda que don Francisco mereció y pudo tener muchos aumentos, y algunos le fueron ofrecidos; pero nunca los procuró ni los admitió por parecerle le embarazarian los nobles y altos fines de su entendimiento, siguiendo en esto la doctrina y ejemplo del gran conde Juan Pico de la Mirándula, que nada tuvo por mas ageno que los estados y riquezas que habia heredado de sus progenitores, estimando por mayor tesoro el de la filosofia desnuda y de su verdad, sin vestidura de interes. Y en la oracion que hizo de la dignidad del hombre, afea mucho á los que venden la castidad de Palas, diciendo que quien buscáre del estudio galardón y bienes temporales, mal llegará al conocimiento de la verdad, desmereciendo aun el nombre de filósofo. Son dignos de reparo los medios con que don Francisco se adelantó á lo mas recóndito de las noticias literarias y agudezas de la pluma; pues

halló haber sido tan incesable su estudio, que no solo no desperdició momento de tiempo, antes le quitaba á las ocupaciones precisas y necesarias, para emplearle en leer libros y en hacerlos. Sazonaba su comida, de ordinario muy parca, con aplicacion larga y costosa; para cuyo efecto tenia un estante con dos tornos á modo de atril, y en cada uno cabian cuatro libros que ponía abiertos y sin mas dificultad que menear el torno, se acercaba el libro que queria, alimentando á un tiempo el entendimiento y el cuerpo, á imitacion del filósofo español *Eneo Séneca, que acostumbraba tener su mesa coronada de libros; y del esforzado y valiente rey de Francia Francisco I que, olvidado á veces del plato en que comia tomaba en la mano un libro para regalar su ánimo*; pues dice Lactancio Firmiano en el libro y capítulo primero de la Falsa Religion: *Nullus enim suavior animo cibus est, quàm cognitio veritatis*: «No «hay manjar para el ánimo mas sabroso que el conocimiento de la verdad.» No diré las noches que, arrobado en el deleite de las especulaciones y en la curiosidad de los libros, *dejaba don Francisco de cenar, como lo hacia el gran doctor de la iglesia san Gerónimo, que para leer á Tulio ayunaba*. Hasta el sueño hizo tributario y pechero á su ardiente deseo de aprender, cobrando de él muchas horas y tal vez con apremio, para darlas al ocio literario; y negando al publicano de la vida humana las injustas usuras que suele con violencia pedir de los menos aplicados, las gastaba liberalmente con graves autores. Me refirieron por cosa notable, cuando estuve en su casa de la Torre de Juan Abad el año de 1658 (volviendo de Sevilla á esta corte con don Francisco de Valdés y Godoy, caballero del

hábito de Santiago, por su sangre y virtud muy conocido), que tenia una mesa larga que cogia el ancho de la cama con cuatro ruedas en los pies, para llegársela con facilidad, despertando la noche para estudiar, y en ella muchos libros prevenidos y pedernal y yesca para encender la luz; pues solia tan á deshora comenzar su tarea, que por no aventurar los ratos de la noche, muy acomodados para el estudio, no aguardaba que un criado le trajese recado de estudiar; y si alguna vez, interrumpiéndole sus achaques el primer sueño, se lo suplía el cansancio con arrebatado desquite, despertaba con el sentimiento que tenia Demóstenes cuando los artifices le ganaban la madrugada.

De todo fué liberal siho es del tiempo, gastándole por adarmes, y con rigurosa cuenta en donde no hallaba conveniencia de aprender cosa nueva; y para mostrar la estimacion que hacia de cosa tan preciosa, solia repetir la sentencia de Teofrasto Eresio, que sucedió á Aristóteles en la cátedra: *Sumptus pretiosissimum tempus est*. Siempre que residió en la corte, porque no le embarazasen los cuidados domésticos el ocio fatigoso de sus estudios, vivió las mas veces en posada pública; y ofreciéndosele escribir á sus amigos, ponía en la fecha: *De la tablilla*, por la que suelen tener semejantes casas sobre la puerta; igualando en la eleccion el cuidadoso descuido del cinico Diógenes, de quien refiere Laercio, que por no aguardar las prevenciones encargadas á un amigo porque le buscasse casa, escogió por su morada una tinaja, que halló mas á la mano. Y como este filósofo en tan vil meson mereció ser visitado de Ale-

jandro Magno, así á la posada de don Francisco concurrían todos los grandes, y príncipes de la córte, para quienes tenia horas señaladas; y solían acudir con tanta puntualidad, que no dejaban día en que no le viesén, para gozar de su conversacion tan docta, y de buen gusto, y tan acomodada al genio de cada uno, que se hacia todo con todos. Estaba siempre ocupado, ya estudiando, ya comunicando sus estudios con ostentacion de la viveza, y prontitud de su ingenio, y nunca menos solo que cuando solo. Andando por las calles en su coche, acostumbraba llevar consigo papel y tinta para apuntar lo que podia ofrecerle su continuada aplicacion, que solia traerle en el interior tan elevado, que encontrando algun amigo, no reparaba á lo exterior de los cumplimientos, y cortesias: lo cual en don Francisco no era falta, sino sobra de atencion á cosas mas altas. Sucedióle un día, que saliendo de una librería, se entró en su coche, mandando al cochero que andase, sin decirle á donde; y preguntádoselo á pocos pasos, como iba divertido le respondió: *Adonde vos quisieredes*. El cochero, escarmentado de haberle muchas veces sucedido lo mismo, para advertir con donaire á su amo que no hiciera de las calles escuelas peripatéticas, llevóle al lupanar que entonces habia de mugeres públicas. Estando cerca, echólo de ver don Francisco, y ásperamente reprendiéndole, le dijo que la resolucion habia sido como suya; pero que tuviese entendido, que el coche de su ánimo, y aplicacion del entendimiento le tiraban cisnes, y no palomas; aludiendo á que el cisne era consagrado á Apolo, y la paloma á Venus, como lo nota en su Mitología Natal Conde. Saliendo de la córte para ir á la torre de

Juan de Abad ó á otra parte, y en todos los viages que se le ofrecieron, llevaba un Museo portátil de mas de cien tomos de libros de letra menuda, que cabian todos en unas bisazas, procurando en el camino y en las paradas, lograr el tiempo con la lectura de los mas curiosos y apacibles. Fué tan aficionado á libros, que apenas salia alguno, cuando luego le compraba; y de los que se imprimian en España, le tributaban sus autores con un tomo. Leíalos don Francisco, no de paso, sino margeándolos, con apuntar lo mas notable, y con añadir donde le parecia su censura. Juntó número de libros tan considerable, que pasaban de cinco mil cuerpos; aunque despues de su muerte ni aun parecieron dos mil, por no haberle asistido persona de su confianza. Con la frecuente aplicacion se hizo tan versado en los libros, que era dueño de todas las materias, y con singular conocimiento de sus autores. Citando adredemente en su presencia don Juan de la Portilla Duque, á quien los doctos, y España deben investigaciones recónditas de singular doctrina en honra, y defensa de la santa Cruz; un testo falso de Quintiliano, dijo luego don Francisco que no podia ser la sentencia, ni el latin de tal autor: tan pronto estaba en todo, y tan distinta noticia tenia de los libros.

Del amor de las letras se le engendró una muy particular estimacion de los hombres doctos, y profesores de cualquiera facultad, procediendo el uno del otro como efecto de su causa: porque, segun lo que advierte Plinio en las epístolas, no es posible que quien sigue los estudios, deje de venerar los estudiosos. En esto don Francisco fué tan escelente que teniendo noticia de algun hombre sábio, pro-

curaba hacérsele amigo para comunicarle; y aunque fuese á costa de su descomodidad, le buscaba, sacando de las eruditas conferencias, como la abeja de las flores, ambrosia de provechosas sentencias, y nectar de varias y concluyentes razones. Proponíase imitar á los que conócía sobrepujar en alguna virtud, ó ciencia; y como fué dotado de ingenio muy claro, y dócil, á pocos pasos dejaba atrasado al que mas se singularizaba. Tan grande deleite le ocasionaban los estudios, la leccion de libros eruditos, y la comunicacion de palabras, y por cartas con los mas doctos de su tiempo, que solia decir con muchas veras, que hallaba en ellos el antidoto y remedio de sus dolencias; pues habiendo recibido una epistola de Justo Lypsis en tiempo que estaba enfermo en Valladolid por noviembre del año de 1605, respondiéndole con estilo muy erudito, dice, que la carta de varon tan docto habia sido su esculapio; y que la salud que en el sobrescrito le anunciaba, se la dió con efecto la lectura de sus eruditos periodos, y sentencias. No parezca esto encarecimiento, ni lisonja, porque egemplos se leen mas antiguos de muchos; que solo con leer libros curiosos convalecieron de sus enfermedades, como de los reyes don Alonso y don Fernando de Aragon se halla registrado en las historias; pues de aquel escribe Antonio Panormita, que con la leccion de Q. Curcio; y de este Juan Bodino, que con la de Tito Livio, curaron sus achaques. Lo mismo sucedió á Lorenzo de Médicis, llamado el padre de las letras, con la historia del emperador Conrado Tercero. Y es la causa que siendo el estudio medicina muy eficaz para el ánimo, segun lo muestra la esperiencia, y

lo dice Tulio *lib. de Finib.* y Séneca *epist.* 8, redundan facilmente sus efectos en el cuerpo, como mas difusamente lo he ponderado en el capítulo 6, § 3. de mi memorial Politico-histórico, y en el prólogo de la historia, y antigüedad de la ciudad de Conversano. Ni fué menor la utilidad que don Francisco repartió á sus amigos, dándoles preceptos tan saludables, que todos de su conversacion salian mejorados. Alababa en grande manera la córte romana, llamándola centro de la sabiduria, porque con la estimacion y premio, atrae de todas partes á los hombres doctos. Y á los que conocia de mucho genio y poca fortuna, solia aconsejar que fuesen á Roma, donde desterrarían de sí la necesidad, dando á la virtud y letras casa y patria. Amparó á Miguel Kelkero con el duque de Osuna, virrey de Nápoles, solo porque de unas odas y epigramas que le escribió implorando su intercesion, conoció su doctrina y mérito.

Entrar en las obras que del refinado juicio y pluma de don Francisco salieron, empresa es para los Salustios, Livios, Plinius y Tácitos; que empeñar mi corta y humilde pluma para esplicar el mérito de la que supo á lo mas alto con suma gloria remontarse, fuera juntarla con la del águila, no sin el riesgo que dice Eliano experimentar en semejante union. Con que es preciso dejarlo á su autor, en quien solo se hallará el desempeño de su alabanza; habiendo en cada libro que escribió, levantando para inmortalizar su nombre, un mausoléo, donde no hay periodo que no sea un joyel de valor inestimable, ni palabra que no sea un alma. Y pues hablan tanto sus libros, seria fuerza callar quien debe con la admiracion venerarlos.

Ha habido opinion de algunos que fue tanto lo que escribió, que cotejando los sesenta y cinco años que vivió con lo que dejó escrito, así de molde como de mano, á cada día le cabe un pliego. Pero como se ha perdido la mayor parte de sus escritos, ya ocultándolos la envidia, ya usurpándolos la malicia, parecerá encarecimiento hyperbólico á quien no tuviere noticia de sus viages, prisiones y muerte, sin asistirle persona que le tocase. Los libros impresos han sido recibidos con tanto aplauso de todas las naciones, que algunos los han traducido en su lengua, para gozar de las agudezas y sentencias engeridas en cada palabra; y muchos se han divulgado en los idiomas latino, inglés, italiano y francés. En cuanto escribió quiso singularizarse; y lo consiguió tan aventajadamente, que sigue la gloria sus libros como la sombra el cuerpo. Es excusa lo hacer catálogo de sus obras, pues andan entre manos de todos, y no salen del sudor continuado de las prensas tantos ejemplares, cuantos gasta la curiosidad. Sin embargo, por ser deuda de este asunto no dejar cosa tocante á su estudioso desvelo, haré indice de las obras impresas y por imprimir, satisfaciendo tambien á las instancias de algunos que lo desean. Las que han salido de la imprenta, son las siguientes: 1 La Cuna y la Sepultura. 2 Introduccion á la vida devota. 3 De los remedios de cualquier fortuna. 4 Virtud militante contra las cuatro pestes del mundo. 5 Vida de San Pablo Apóstol. 6 Compendio de la Vida de Santo Tomas de Villanueva. 7 Doctrina para morir. 8 Vida de Marco Bruto. 9 Fortuna con seso, Hora de todos. 10 Memorial por el patronato de Santiago. 11 Epitecto y Focilides en Espa-

ñol. 12 Carta de las calidades de un casamiento. 13 Carta de lo que sucedió en el viage que el rey nuestro señor hizo al Andalucía. 14 Carta á Luis XIII, rey de Francia. 15 El Sueño de las calaveras. 16 El mundo por dentro. 17 Historia y vida del gran Tacaño. 18 El Alguacil alguacilado. 19 Las Zahurdas de Pluton. 20 Visita de los chistes. 21 Casa de los locos de amor. 22 La culta latiniparla. 23 El Entremetido, la Dueña y el Soplón. 24 Cartas del caballero de la Tenaza. 25 Cuento de cuentos. 26 Libro de todas las cosas y otras muchas mas. 27 Tira-la-piedra y esconde-la-mano. 28 El Rómulo, traduccion del que escribió el marqués Virgilio Malvezzi. 29 Política de Dios y gobierno de Cristo, primera y segunda parte. 30 El Parnaso español, tomo primero, que contiene las seis musas; y saldrán con toda brevedad las tres que faltan para cumplir el número de las nueve, tan hermanas de las seis impresas en el estilo y agudeza, que bien se les conoce ser parto genuino de su autor. Por timbre de esta obra vá en el fin de ella la carta que don Francisco escribió á don Antonio de Mendoza, donde aconseja que el hombre sábio no debe temer la muerte. Diferentes tratados he visto en el museo de su sobrino don Pedro Aldrete de Quevedo y Carrillo, que guarda los rasgos de la pluma de su tio, con celo muy debido á la estimacion que todos hacen de este varon insigne. Entre ellos está uno bien curioso, intitulado: Flores de corte; y otro de Las cosas mas corrientes de Madrid, y que mas se usan, por alfabeto. Hay algunos que prevenido de la muerte, no los pudo perfeccionar; y no siendo facil imitar su estilo para cumplirlos, quedarán secuestrados

en casa , por no parecer en público con sayo de dos telas. Dejó de su letra una Memoria de los libros y papeles que le habian ocultado , y aunque despues de su muerte se hayan hecho por su sobrino y heredero muchas diligencias , y con censuras eclesiásticas de dos paulinas para cobrarlos, quedan todavía sepultados sin haber traza de sacarlos. Y porque si acaso con el tiempo salieren debajo de otro nombre, sepa la posteridad á quién ha de deber el aplauso , no escusaré el referirlos aquí: 1 Teatro de la Historia. 2 La Felicidad desdichada. 3 Consideraciones sobre el Testamento nuevo, y vida de Cristo. 4 Algunas epístolas , y controversias de Séneca , traducidas y ponderadas. 5 Dichos y hechos del duque de Osuna en Flandes, España, Nápoles y Sicilia. 6 Algunas comedias, de las cuales dos viviendo el autor se representaron con aplauso de todos. 7 Discursos acerca de las láminas del monte santo de Granada. 8 La isla de los Monopantos. 9 Un tratado contra los judios , cuando en esta córte pusieron los títulos que decian: *Viva la ley de Moisés y muera la de Cristo*. 10 Traducción y comento al modo de confesar de Santo Tomás. 11 Vida y martirio del padre Marcelo Mastrillo , de la compañía de Jesus. 12 Historia latina en defensa de España y en favor de la reina madre. 13 Vida de Santo Tomás de Villanueva, escrita muy por estenso; pues la que vá impresa es un compendio solo, como se ha referido arriba. 14 Tratado de la inmortalidad del alma, que habiéndole visto y alabado el padre Juan Antonio Velazquez, queda todavía inmortal despues de [perdido. 15 Diferentes papeles muy curiosos de otros auto-

res, observados y margenados por don Francisco.

Con muy debido aplauso recibió España todo lo que salió de la pluma de este autor, alabando sus estudios, y estimando sus virtuosos empleos, sin ceder á ninguna de las naciones que se esmeraron tanto en hacer aprecio de las obras de don Francisco, á quien hasta hoy nadie ha llevado ventaja en la noticia que ostentó de todas las cosas, tan cabal, que habló y escribió con suma propiedad, aun en los oficios y artes mas mecánicas de la república, con admiracion de sus mismos profesores. Por estos respetos y por sus prendas incomparables de apacibilidad y entendimiento, tuvo en la gracia de principes y grandes señores mucha cabida; de suerte que despertó envidia en los que al mayor cuidado de sus escritos no vian corresponder la menor parte del aura que granjeaba don Francisco á lo descuidado. No hubo señor en España, que con estraordinarias demostraciones no le honrase, y aunque pudiera nombrar á muchos de los que se señalaron en estimarle, es escusado el dilatarme cuando en dos solos de los mayores de esta monarquia, como en dos polos, se volvia la gloria de este varon esclarecido. El uno fué don Pedro Giron, duque de Osuna, que siendo virrey de Sicilia y despues de Nápoles, le honró tanto, que le veneraba como un oráculo, gustando no menos de su pluma y estudios que de su grande capacidad y talento, pues se valió de él para lo mas grave y mas importante del gobierno de aquellos reinos y servicio del rey, como se dirá difusamente en el discurso de esta obra. El otro fué don Antonio Juan Luis de la Cerda, duque de Medinaceli y de Alcalá, principe mayor de

la mayor alabanza, en quien la sangre real y la antigüedad y grandeza de su prosapia, y los grandisimos estados que posee, es lo menos que concurre; pues son tan singulares las prendas de su sabiduria y valor, que le llamará con mucha razon el Julio César de nuestros tiempos, si no temiera ofender con esta comparacion, su religion y piedad, que con ventaja bien desmedida resplandece, no solo en los estudios de teologia y sagrada escritura, en que es consumadisimo, como en todo género de erudicion y noticias literarias; sino tambien en sus heróicas acciones, reguladas con prudencia y cristiandad que es la sal de las virtudes, de que hizo glorioso alarde en el tiempo que fué virrey y capitán general en el reino de Valencia, y lo hace ahora en el puesto que tan dignamente ocupa de capitán general del mar oceano y costa de Andalucia. Este gran príncipe, pues, fué muy amigo de don Francisco, y le honró y estimó con muestras muy dignas de su magnimidad y letras, porque en sus mayores trabajos le ayudó haciéndole experimentar los efectos de su benevolencia y liberalidad, obrando tambien para su libertad con todas veras, y lo que mas sube de quilates es el haberle continuado su proteccion aun mas allá del sepulcro, mandando salir á luz algunas obras de este autor y favoreciendo y amparando á los que concurren con sus nobles deseos en dilatar la fama de don Francisco, cuyos merecimientos sobresalen entre tan grandes valedores, no menos que los del poeta Enio y de Polybio historiador entre los Scipiones.

No faltó á este varon ilustre, porque por todos lados lo fuese, la fortuna que corrieron los mayo-

res hombres del mundo, en haberse levantado contra sus escritos Zoylos detractores, que con la infeliz censura de su pluma enlutada de envidia, hicieron sobresalir mas claramente lo cándido de tan soberanos ingenios. Túvulos Homero, Virgilio, Ciceron, Marcial y otros muchos los mas esclarecidos de la antigüedad, cuya fama vuela eternizada en los libros, navegando á velas desplegadas por el vasto Océano de sus alabanzas, sin poderla retardar las rémoras opuestas; antes parece debe á su envidia gran parte del aura que goza, pues si enmudecieran los Zoylos, callando los desatinos que escribieron, muchos hubieran dejado de ponderar lo eminente de sus dichos, y sentencias, lo elegante de sus periodos, y lo recóndito de sus agudezas, admirando los doctos aun mas lo censurado que lo dejado por admirable sin censura. Atreviéronse á hacer lo mismo con don Francisco algunos criticos, que á costa de su descrédito le acreditaron mas. Su fin de ellos fué hacerse memorables, contradiciendo la doctrina de autor tan recibido, para obligarle á tomar la pluma y confutar sus razones, y porque no lo consiguieran no hizo caso de ellos, pues los hombres grandes no se embarazan en menudencias, como el águila, que nunca se ocupa en cazar moscas, segun el refran de que hace mencion Pablo Manucio: *Aquila non captat muscas*: y como el alano que pasa por medio de los gozques que le ladran sin mirarlos, y sin la venganza que pudiera facilmente tomar; siguiendo en esto al prodigioso ingenio de España Marcial, que conociendo la treta de un émulo que le disfamaba, porque saliendo á la defensa quedase por este camino su nombre ilustra-

do, determinó callar, dejando á que otros respondieran por él. Así lo dice en el epigrama 61 de libro quinto.

Allatres licet usque nos , et usque ,
 Et gannitibus improbis lacessas :
 Certum est hanc tibi pernegare famam ,
 Olim quam petis in meis libellis ,
 Qualiscumque legaris ut per Orbem ;
 Nam te cur aliquis sciat fuisse ?
 Ignotus pereas , miser , necesse est.
 Non deerunt tamen hac in Urbe forsan
 Unus , vel duo , tresvè quatuorvè ,
 Pellem rodere qui velint caninam ,
 Nos hac à scabie tenemus ungues .

Tradujo este epigrama en idioma castellano el eruditísimo don Francisco Lopez de Aguilar Coutiño, del hábito de San Juan, en esta Silva:

Aunque mas tus ladridos
 Atormenten mis oidos,
 O por mejor decir tu lengua infame
 Me lastime, ó me asombre, ¡ó can rabioso!
 No vivirá tu nombre
 En mis versos, ni aun para infamarte,
 Porque eres envidioso;
 Y para castigar, ¡ó maldiciente!
 A tu diente mordaz, canino diente
 Es justo que se llame.
 Al mundo importa poco que hayas sido;
 Importa mucho de tu lengua olvido.
 A uno, dos, tres y aun cuatro
 Agradarán mis versos,
 Y por cultos, y tersos
 Recitarán en público teatro ,

Y con una y con otra dentellada
Dejarán á tu piel despedazada.
Y así prudentemente me retiro
De toda detraccion,
Por no manchar con ella mi opinion :
Y en tu maldita lengua, ¡ ó can sarnoso!
Para tu alivio nunca esperes parte
En mis uñas jamás para rascarte.

Otro tanto sucedió á Morovelli, que contradiciendo lo que habia doctamente escrito don Francisco en favor del patronato de Santiago Apóstol, único patron de España, no alcanzó el adorno que esperaba de la respuesta de don Francisco, que con su ánimo grande, desestimando la censura de sus contrarios, los castigaba con el olvido. Pero no calló su amigo Juan Pablo Martir Rizo, que con celo muy digno de su piedad y estudio, tomando la pluma en defensa de don Francisco el año de 1628, confutó los errores de Morovelli tan doctamente, que no tiene réplica. Lo que hizo don Francisco fué escribir en 26 de marzo del mismo año, una epístola muy elegante al Sumo Pontifice Urbano VIII, suplicándole con razones muy de su pluma, volviese por el apóstol, cerrando con las Haves de Pedro la puerta á las calumnias, y con la espada de Pablo, ahuyentando á los que descaradamente impugnaban la proteccion de España, encargada al Santo por Jesucristo. Muestra en ella don Francisco grande celo, y no menor erudicion sacra y profana. A otros Quevedo mástiges pudieran nombrar: pero dejólos sentenciados á muerte por su mismo tribunal, que tomó justa venganza de los acusadores, sin que para la sentencia y eje-

cucion de ella precediera jamás diligencia del inocente condenado, dejando el suceso al escrutinio de la verdad, juez desapasionado, y á la defensa del tiempo, abogado muy elocuente, que sin trampa legal descubre la falsedad de los procesos formados con pasion y envidia. Con estos valedores estuvo tan ageno don Francisco de volver por sí, que habiendo visto el almirante de Castilla, principe laureado de victorias y otros señores de la corte sus amigos el libro del tribunal pertrechado con osadía y atrevimiento, y persuadiendo todos á don Francisco le diese el asalto con el cañon de su pluma, se escusó de la empresa diciendo: *Eso fuera, señores, ser tan ruin yo como los que le escribieron. Seguiré al sábio que me aconseja no responder al loco segun su locura* (Proverb. cap. 26. vers. 4): *Ne respondeas stulto juxta stultitiam suam, ne efficiaris ei similis*. Parecióle, con razon sobrada la fuerza y las palabras contra lo que de suyo y con el silencio se iba desvaneciendo; y era bien que llevando don Francisco el triunfo de su ingenio en lo mas público del orbe, hubiese Planipedes y Momos que con libertad detuviesen el impetu de tanta gloria; los cuales tambien eran permitidos en los mayores triunfos de los romanos, y se vieron en el de Julio César, de que muy difusamente he discurrido en el lib. 9. cap. 7. de las *Animadvertiones Ferales*; pues solian cantar versos de grande ignominia, y afrenta para los triunfadores, diciendo donaires y motes muy picantes; y para hacerlo sin recelo ni vergüenza, solian cubrirse el rostro con hojas de higuera, de cuyo nombre griego derivaron algunos el del triunfo, segun lo escribe Pomponio Leto en el compendio de la Histo-

ria Romana; y á los émulos de don Francisco se le puede permitir semejante máscara, porque lleven en ella el símbolo, y conocimiento de su error, con el ejemplo de nuestros primeros padres, que taparon sus vergüenzas con la higuera.

Adelantó su feliz ingenio con perpétuas ansias de aprender, multiplicando los talentos recibidos, sin encerrarlos en el arca de tres llaves de su ánimo; antes repartiéndolos para el aprovechamiento de todos con la variedad de libros y discursos que sacó. Y le fué tan fácil el explicar sus vivezas y conceptos, que parecía serle connatural, y engendrado en sus potencias lo que á costa de un estudio incansable habia adquirido. Supo juntar lo especulativo con lo práctico de tal suerte, que no solo no delineó su idea cosa que su pluma no la eligiasse con vivos colores, facilitando su inteligencia hasta allanar lo mas alto y recóndito á la corta capacidad del mas rudo; sino tambien se esmeró en poner por obra lo que alcanzaba con el entendimiento, ya fuese tocante á las virtudes morales, ya al conocimiento y esperiencia de los secretos de la naturaleza. Hizo en la medicina particular estudio asi para preservarse de los accidentes que suele traer la flaqueza humana y el comun descuido, como porque juzgaba necedad fiar á la indiscrecion agena lo importante de la propia salud. Tenia grande noticia de las propiedades de las yerbas y piedras y del uso de ellas: y le sucedió muchas veces en Sierra-Morena, mientras con el noble ejercicio de la caza se divertia, apearse del caballo y cojer algunas yerbas que conocia ser provechosas, y que no se hallarian fácilmente en otra parte. Guardaba diferentes remedios hechos por

su mano, como unguentos, polvos, aceites, aguas y lamedores, que en lances repentinos y apretados, aplicándolos para sí y para otros hicieron notable beneficio. Debe la medicina á su curiosidad la hidalguia de su ejercicio, habiéndola eximido de pactos venales, á que hoy con detrimento de su nobleza se rinde; pues en tiempos antiguos muchos príncipes soberanos con ocupacion tan loable alcanzaron fama inmortal; entre los cuales con admiracion de las historias, sobresalen Sabór y Giges, reyes medos: Sabel, rey de los árabes: Mithridates, de los persas: Hermes, de los egipcios: Avicena, príncipe de Córdoba; y Mesue, nieto del rey de Damasco. Dionisio, tirano de Sicilia alcanzó mayor gloria de la profesion de médico y cirujano, que del gobierno del reino. Constantino IV, llamado el Pogonato, emperador de Constantinopla despues de haber vencido los sarracenos y árabes, entregándose á diferentes estudios, quiso saber con primor la medicina, en que tambien fueron versadísimos Demócrito, Platon y Aristóteles, ilustrísimos filósofos, y el Platon de los poetas Virgilio; pero sobre todos el sapientísimo rey de Israel. Salomon, abrió pública escuela de esta facultad, disputando de las calidades de las plantas y yerbas, aves, cuadrúpedos y peces; enseñando el uso y remedios de todas las cosas naturales de que largamente he discurrido en el *lib. 9 cap. 8 de las Animadversiones Ferales*. Fué don Francisco tan inclinado á esta facultad, que aconsejaba á sus amigos la estudiasen, proponiéndoles la utilidad que traen las noticias tan necesarias para la salud. Persuadido de estas razones el doctor don Juan Bautista Terrones, que en su juvenil edad

asistió á don Francisco desde el año de 1625 hasta el de 36, demás del cuidado que ponía en otros estudios, quiso también aprender la medicina; para cuyo efecto le envió don Francisco á la insigne universidad de Alcalá de Henares, adelantando sus buenos deseos con suministrarle todos los medios porque los continuase con ventaja; y hoy es sujeto tan cabal que por sus letras y virtud es muy estimado. Y porque nada le faltase de lo que concurre á formar un varón insigne y cabal, profesó el ejercicio de las armas con grande ventaja. Jugaba la espada con tal destreza y agilidad, que considerándolo algunos ingenios muy célebres, como en la poesía le llamaron Apolo; y en la elocuencia Mercurio; así en el valor le dieron renombre de Marte. Oigámoslo de Juan Andrea de Cunci, que así lo dijo en un soneto italiano.

Oltre, ch' al canto ne rasembri il vero
 Apollo, et al parlar figliuol dia Maia,
 Esai d' Orbi, e di cieli ogni lor parte;
 Ogni dote real di Cavaliero
 Eroicamente in te sua luce irraia,
 Onde nell' armi ancor rasembri un Marte.

Hallóse don Francisco en un concurso de los mayores señores de la corte en casa del presidente de Castilla, donde se arguyó sobre las cien Conclusiones de la destreza de las armas que sacó don Luis Pacheco de Narvaez, maestro que fué del rey nuestro señor en esta profesion, y mayor en los reinos de España; y despues de haber discursado algunos, é impugnado las conclusiones, salió don Francisco contradiciendo la que en un género

de acometimiento decía no haber reparo ni defensa; y para la prueba convidó al maestro á que tomase con él la espada; el cual, aunque lo rehusaba, alegando que la academia se habia juntado para pelear con la razon y no con la espada, obligaronle sin embargo los señores á salir con ella, y al primer encuentro le dió don Francisco en la cabeza, derribándole el sombrero. Retiróse el Narvaez algo enojado del suceso; y don Francisco para sazonar la fiesta dijo: «Probó muy bien el señor don Luis Pacheco la verdad de su conclusion; que á haber reparo en este acometimiento, no le pegára yo.»

«Acompañó siempre el valor con suma prudencia, y sin causa muy justificada nunca echó por el camino del rigor, mostrando aun mas brio cuando menos le usaba. Por esta razon le consultaban todos los valientes en ocasion de pendencia ó duelo, hallando en sus consejos piedad cristiana, con algun temperamento que proponia para la quietud, y sosiego, sin llegar á derramamiento de sangre. En los casos repentinos que se le ofrecieron, fué donde mas lució su valor. Sucedió en esta córte, que recogíendose una noche á su casa solo, y oyendo en la calle por donde pasaba ladridos de perros, con gran ruido y grita, desde lejos se previno con su espada y broquel, sin saber en que estrivaba el alboroto; y estando en postura de pelear, se le clavó en su broquel una onza, que se habia soltado de casa de un embajador; y no conociendo, por la poca claridad que hacia quién le embestia, arrojó el broquel, y á estocadas la dejó muerta, no sin admiración de los que con recato á voces seguian animal tan fiero; y ofreciéndosele

contar el caso entre amigos, decia por chanza, que á saber con quien peleaba, le hubiera dado mas cuidado. Bien poco habia menester su valor para desempeñarse; pero como no le desvanecian sus cosas, dejaba de exajerarlas. A su valentia debe Italia el haber conocido á varon tan célebre; y á sí mismo debe don Francisco los singulares obsequios de honor y aclamacion, que por su mérito alcanzó de los mayores ingenios de ella. Estando, pues, en la iglesia de san Martin de Madrid un jueves de la semana santa, asistiendo á las tinieblas, y hallándose allí de rodillas una muger, al parecer de porte y de lindo arte, un hombre, por debates que tuvo con ella, con muy poca ó ninguna razon la dió una bofetada. Sintieron todos no tanto la afrenta de una muger honrada, quanto el desacato al templo y al dia tan santo, que debía bastar por seguro á culpas muy graves. Tomó don Francisco por su cuenta el sosegar al hombre, que llevado de ciego furor, intentaba demostracion mas sangrienta contra la muger; y viendo que no se reportaba, le sacó fuera de la iglesia, donde habiéndole afeado mucho el atrevimiento y desafuero, riñó con él; de que resultó dejarle tan malamente herido, que en pocas horas pagó con la muerte su osadía. De este suceso, por ser el difunto persona de porte, resolvió don Francisco pasar á Italia, omitiendo las continuadas instancias y ofrecimientos que por parte del duque de Osuna don Pedro Girón, le habian hecho porque fuese por su camarada al reino de Sicilia, para cuyo gobierno le habia nombrado la magestad de Felipe III. Y aunque el impulso de ausentarse en la opinion de algunos fué calificado por desacierto

acertado en el castigo de un desatento y amparo de una desvalida, la resolucion sin embargo que de él resultó fué de sumo gusto al duque y de gloria á don Francisco, pues la recibió tan colmada en Italia, que quedará cortísima la mas esplayada elocuencia que quisiere describirla.

Con la compañía de varon tan esforzado como erudito y en todas materias versadisimo, tuvo el duque de Osuna en sus gobiernos particular descanso, gozando no menos de su agradable y docta conversacion, que de sus consejos y espedientes muy acertados en lo mas hondo de los negocios políticos; pues en cualquiera cosa del real servicio, por grave que se le ofreciese, comunicándola con don Francisco, conocia la verdad de sus palabras y lo fundado de su discurso, encaminando lo mas importante y secreto del gobierno con suma felicidad y gloria. Valióse de su persona para diferentes embajadas á esta córte y á la de Roma, en que dió entera cuenta de su grande capacidad, verdad y celo, adelantando en todo el servicio de la real corona.

El año de 1615 á fin de agosto fué nombrado don Francisco por embajador del reino de Sicilia, llevando á la magestad de Felipe III el último servicio que le habia hecho, confirmando todos los donativos ordinarios y estraordinarios, y concediendo por otros nueve años mas el de trescientos mil ducados, con que le habia servido en el parlamento antecedente. Y porque con estos relevaba tambien á su cargo otros despachos muy relevantes, escribió el duque desde Mesina á don Carlos de Oria con carta de 2 de setiembre del mismo año porque le proveyese de alguna galera

para hacer su viage con la seguridad y ostentacion debida hasta Marsella. Habiendo llegado á España y cumplido su embajada, y lo demas que llevaba por su cuenta, fué servido S. M. por consulta del consejo supremo de Italia hacerle merced de cuatrocientos ducados al año de pension con decreto de 2 de marzo de 1616.

En este mismo año pasó el duque de Osuna al gobierno del reino de Nápoles; y habiendo vuelto de España don Francisco, continuó á valerse de su persona en los mayores y mas dificultosos negocios de la corona. Encargóle desde luego las materias de la hacienda real, no hallando sugeto de sus prendas, de quien pudiese mejor fiarlas; en que se portó con tal cuidado, celo y limpieza, que descubrió muchos fraudes y benefició al real servicio en cuatrocientos mil ducados. Y lo que dió suma admiracion es, que habiendo podido don Francisco, sin faltar á su oficio, aprovecharse de mas de cincuenta mil ducados, puso su mayor interés al bien público, y por adelantar una hora el servicio de S. M., no arrojó á ninguna conveniencia suya; y obligando al virey con su proceder desasido, é inflexible, cada dia echaba mas firmes raíces en su gracia, y no daba su escelencia paso en cosa alguna, sin tomar primero su parecer y consulta, con que le salia todo á medida de sus deseos, grangeando el aplauso de todos: y porque tuvo don Francisco tanta parte en las heroicas acciones del duque, diré algunas de su justicia, con que se hizo universalmente formidable. En la visita de las cárceles, hallando á un preso que habia veinte cuatro años que lo estaba, le mandó libertar, diciendo que tan larga prision era bastante

para purgar cualquier delito. A otro preso por vicio nefando le mandó quemar luego. A un letrado que habia dormido el sábado con una cortesana y la misma noche la habia muerto, le hizo cortar la cabeza el domingo por la mañana, porque no se dilatase la justicia. A un fraile porque mató á un caballero en la iglesia, hechas las ceremonias acostumbradas, le mandó ajusticiar; y lo mismo hizo á un clérigo por haber muerto al gobernador de Isquia, no interponiendo tiempo en la ejecucion del castigo, pues era implacable perseguidor de malhechores y mortal enemigo de mentirosos. Con esta rectitud entró el duque desterrando los excesos y delitos del reino de Nápoles; y no con menor cuidado y celo miró las cosas de fuera y materias de estado, procurando por caminos extraordinarios mejorar las conveniencias y sucesos de la monarquia, pues viendo que la potentisima república de Venecia, confederada con el duque de Saboya, habia puesto en grande aprieto al archiduque Ferdinando, para divertir las fuerzas hizo como el buen médico, que aplicando remedios llamativos, atrae el humor maligno de las partes vitales á las exteriores y de menos peligro: con que armando á toda priesa una escuadra de galeones, mandó tomasen puesto en Brindis, mostrando apoderarse del mar Adriático, para dar cuidado á los venecianos, que por mas de mil y doscientos años á esta parte son señores de aquel mar, cuyo dominio establecieron con batallas navales y con la victoria que tuvieron de Oton, hijo de Fadrique emperador; por lo cual el sumo pontífice Alejandro III, segun refieren algunos historiadores, celebró con asistencia de embajadores de muchos

reyes el desposorio de aquel mar, que todos los años se renueva con grande solemnidad en la ascension de nuestro Redentor, saliendo á esta funcion el Dux con el senado y toda la nobleza sobre el vistosisimo Buchentoro; y les fué confirmado en el concilio de Leon en la determinacion de unas diferencias que hubo entre venecianos y anconitanos. A esta tan larga y pacífica posesion se opuso el duque, solo para distraer las armas que habian puesto en Alemania; y apoyando su resolucion con razones y pretextos, determinó enviar á España á don Francisco para que informase á su magestad de este intento, disimulándole con la ocasion de llevar un donativo considerable, que por su maña, y disposicion le habia hecho el reino. Y antes de hacer esta jornada le despachó para Roma á la santidad de Paulo V, con cartas de creencia para tratarlo con todo secreto; y para seguridad y comodidad de su viage le acompañó con muy honorífica patente, fecha en Nápoles á 42 de abril de 1647, ordenando y mandando á los gobernadores, síndicos, electos y demas oficiales de las ciudades, tierras y lugares del reino, por donde habia de pasar, que así á la ida como á la vuelta le recibiesen y acogiesen, suministrando á su persona, y acompañamiento todo lo necesario y lo que pidiere, sin réplica, ni dilacion, como si fuera el mismo virey. A su santidad escribió que le enviaba á don Francisco, para representarle el cuidado que tenia de sustentar la obediencia debida á la santa Sede en lo que por el cardenal Borja le habia hecho avisar, insinuándole la buena correspondencia que deseaba hubiese de aquel reino con el estado eclesiástico; y que si alguna

cosa se le ofreciese que advertir, la comunicase á don Francisco, persona de suma satisfaccion y confianza, asi en lo tocante á su gobierno, como en las demas cosas de la monarquia de España, para donde partiria con toda brevedad á dar cuenta á S. M. del estado é intereses del reino. Hizo esta funcion don Francisco con grande lucimiento y propuso á S. S. con su acostumbrada prudencia todo lo que le habia encargado el duque, á quien llevó la respuesta del tenor que se sigue, en la cual su beatitud se remite á don Francisco, sin hablar en las materias que habia tratado, por ser muy graves y peligrosas.

**Dilecto filio, nobili viro, duci Ossunæ,
regni Neapolis Proregi.**

PAULUS P P. V.

Dilecte fili, novilis vir, salutem, etc. Apostolicam benedictionem.

«Rendiamo molte grazie á V. Exc. di quanto compiaciuta di ordinare alli suoi ministri per ser servizio di questa Santa Sede, etc. suo Stato, come abbiamo visto dalle copie delle lettere, che V. Exc. si ha mandate, rallegrandosi fra tanto, ch' il signor don Pietro suo figlio cominci á travagliare in servizio di sua maestá. Abbiamo inteso con nostro molto gusto quanto don Francisco di Quevedo ci ha rappresentato in nome di V. Exc. etc. abbendoli risposto quanto si occorreva, non si resta, se non di remittersi á lui medesimo, etc. loda-

re, etc. commendar molto il desiderio, etc. pensiero, che V. Exc. tiene della buona corrispondenza di cotesto regno, con lo stato ecclesiastico, etc. di sostentare in tutte l' occasioni l' ubbidienza, che si deve alla Santa Sede apostolica in che riconoscemo la sua pieta, etc. celo. Et per fine di nuovo con tutto l' animo la benediciamo. Dat. in Roma nel nostro palazzo apostolico li 19 de aprile 1617.

Volviendo don Francisco de Roma, no tardó el duque en encaminarle á España, para los negocios apuntados, que por ser de la calidad referida no consentian dilacion, y llevando juntamente á S. M. el donativo, la ciudad y reyno de Nápoles le nombró por su embajador, porque en su nombre le suplicase algunas gracias. Partió en 28 de mayo del mismo año de 1617 con seis falucas armadas, y prosiguiendo su viage, fué avisado por correo despachado á toda diligencia desde Marsella, con carta del capitan Vinciguerra de 4 de julio de aquel año, en que le decia que tres dias despues de haber salido de aquella ciudad, le habian dado noticia muy cierta que habian partido de Nisa seis caballeros con su retrato y señas para matarle, juzgando que desembarcaria en aquel puerto para ir por tierra. Otro tal aviso escribió este capitan al duque de Alburquerque, entonces gobernador y capitan general en Cataluña; el cual llegando don Francisco á Barcelona, porque no le sucediese algun desman, le convoyó con una tropa de caballos hasta Fraga de Aragon, sin que en tantos sobresaltos de peligros y asechanzas, le viesen amilanarse, antes con mayor ánimo y corage: con que llegó felizmente á la córte, y cumplió con suma agilidad todo lo que se le habia en-

cargado, dejando á los ministros reales muy satisfechos de su capacidad, y prudencia. Habiale dado el virey un despacho para S. M., en que le hacia relacion de lo bien que don Francisco le habia servido en poner cobro á la real Hacienda en la conformidad que arriba se ha tocado, diciéndole en carta de 27 de mayo de 1617, que habia hecho oficio de racional, de presidente, de contador y de carcelero; y suplicando á S. M., que no le detuviese, por la falta que hacia su persona para el acierto de aquel gobierno, antes le despachase con toda brevedad, y con mercedes correspondientes á su mérito, añade en su abono las palabras siguientes: »Suplico á vuestra magestad »mande que con toda brevedad se despache don »Francisco de Quevedo, pues hasta su vuelta lo »mas que puedo hacer es ir suspendiendo estos ne- »gocios, por la falta que tengo de persona de quien »fiellos, y ser ellos de calidad, que muchos, que »hasta ahora habrán vivido muy bien, corren peligro »en dejarse llevar de tanto dinero como ofrecen los »que querrían rescatar lo más que pudiesen; pues »es de suerte, que sé cierto que aun siñ hacer co- »sa mal hecha, tuviera hoy don Francisco de Que- »vedo cincuenta mil ducados, con tal que me hu- »biera propuesto disimulacion, ó flojedad. Vuestra »magestad debe hacelle merced, pues cualquiera que »se le haga, no trato de que la merece, sino del be- »neficio que resulta al servicio de vuestra magestad »y á su real patrimonio; pues si los que sirven con »fidelidad y limpieza, no son premiados, pocos se »hallarán que no quieran hacer hacienda, y comodi- »dad de las cosas que se le encargare, y ahorrar ene- »migos, pesadumbre y trabajo; pues lo uno es muy

»fácil, y lo otro muy dificultoso. Yo estimaré en
»lo que es justo que los que debajo de mi mano
»sirven á vuestra magestad, vea el mundo que
»yo les ayudo, y vuestra magestad les premia.»

Hasta aquí el duque, cuya atestacion dió nuevos realces á la opinion que el rey y sus ministros tenian de las finezas, cuidado y celo de don Francisco. Y porque para estimarle S. M. servicios señalados con premio igual al mérito, no daba lugar la brevedad con que el virey pedia le despachase, por la falta que hacia con su ausencia á las materias mas graves de aquel gobierno, fué preciso remitirlo al mismo, encargándole tuviese particular cuenta de hacer merced á don Francisco, á quien mandó que sin dilacion volviese á Nápoles, como parece por carta que escribió al duque por el Consejo de Estado, cuyo traslado es el siguiente:

EL REY.

Ilustre duque de Osuna, primo, mi virey, lugarteniente, y capitan general del reino de Nápoles. He visto lo que me escribísteis en 27 de mayo acerca del trabajo, y desvelo con que don Francisco de Quevedo anduvo en el descubrimiento de los fraudes que ahí se hallaron en la hacienda de mi real patrimonio, y la limpieza, y cuidado con que ha procedido así en esto. como en todo lo demas que le habeis encomendado, de que me tengo por servido. Y pues decis que su asistencia ahí será de provecho, le emplearéis y favorecereis en todo lo que se ofreciere de su comodidad, y acrecentamiento, teniéndole por muy encomendado

para esto en todas las ocasiones de mi servicio; que yo holgaré de todo lo que por él hiciéredes. De san Lorenzo á 28 de julio de 1618. YO EL REY.—Antonio de Aróstegui.»

Tornando al reino de Nápoles don Francisco continuó á servir á S. M., así en lo perteneciente al real patrimonio, como en lo mas importante, y grave de los negocios de estado, que solo de su capacidad los fiaba el duque; el cual en ejecucion de lo que el rey le habia mandado en la carta referida, procuró por todos medios adelantar, y honrar á sugeto de tan singulares prendas, que por su virtud, valor, y celo tuvo bien merecida cualquiera merced. Ni por esto dejó S. M. de mostrar la estimacion que hacia de su persona y servicios, pues le honró con el hábito de Santiago, que despues de las pruebas acostumbradas, que con mucha brevedad se hicieron, se le puso; y en Nápoles fué recibido con grande solemnidad y aplauso, concurrieron todos los titulos, y nobleza á darle el parabien; cuyo lucimiento, y comun regocijo celebró con versos líricos Carlos de Eybersbach, aleman de Sajonia, en una oda muy docta.

Subió á tan alto grado de estima en Italia, que le buscaban los mayores ingenios de ella para comunicarle sus estudios, y aprender de su erudita conversacion. Innumerables fueron los que emplearon su pluma en alabarle; y aunque se remontan á lo mas alto de la opinion humana, quedaron bien cortos á sus grandes méritos. En Sicilia fué estimadísimo del cardenal Juanetin Doria, arzobispo de Palermo, príncipe muy discreto, y de grande virtud. Estrechó particular amistad con don Mariano Valguarnera, intrínseco amigo de

Urbano VIII y varon ilustre, el cual á instancia de don Francisco tradujo del idioma griego en el italiano las odas de Anacreonte, que las guarda en su museo Monseñor don Martin Lafarina de Madrigal, refrendario de entrambas signaturas, abad prelado de santa Lucia y capellan mayor de aquel reino por la nobleza de la sangre, y por las letras griegas, y latinas, así en prosa como en verso y noticia de varias lenguas de los mas esclarecidos sugetos de este siglo; el cual tambien tuvo con don Francisco tanta familiaridad en esta córte, que muy frecuentemente se visitaban los dos para conferir sus estudios, como bien se conoce por la honorífica mencion que de él hizo en la vida de Marco Bruto, cuya medalla de plata le habia dado entonces el abad, donde dice estas palabras: *Esta moneda, preciosisima por su antigüedad, me dió el abad don Martin Lafarina de Madrigal, capellan de honor de su magestad, nobilísimo caballero siciliano. Esto debe á sus ilustres ascendientes. Lo que le debemos los que en España le comunicamos son estudios muy felices con verdadero conocimiento, y uso provechoso de las lenguas griega, y latina, de que sus obras detenidas en su modestia serán mas venerable testimonio.* He querido poner aquí este encomio con que honró don Francisco á su amigo, por haberle borrado la envidia, ó el descuido en las impresiones póstumas que se han hecho de Marco Bruto. Y lo que es mas intolerable, no ha faltado Aristarco, que ha osado poner la pluma en las demas obras de este autor tan aplaudido, añadiendo ó quitando lo que á su mal fundado juicio parecia, siendo así que un descuido de la tinta de don Francisco de Quevedo, cuando le hubiera, prefriere á lo

mas discurrido de estos carcomas de libros, que llenos de su opinion, están huecos de lo mas estimable, y sólido de la sabiduría. Dejo los que para derribarle de lo alto de la opinion en que estaba le prohiaron muchas obras odiosas, y algunas indecentes pero quien las cotejare con la modestia, y atencion de don Francisco, conocerá que no son hijas de su ingenio, como del aguila refiere Eliano, que oponiendo á los rayos solares sus pollos, hace experiencia si son suyos. En Nápoles fué tan asistido de los hombres de letras, que no parecia merecer nombre de entendido quien no se calificaba con la amistad, y aprobacion de don Francisco, en quien todos fijaban los ojos, admirando su prodigioso ingenio, y tributaban á su fama aun los indoctos, señalándole con el dedo siempre que le encontraban: gloria muy parecida á la que en Roma alcanzaron Horacio, y Marcial, á envidia de sus émulos, como lo dejaron escrito en sus obras, y lo observa Adrian Behocio en el *lib. 2. de los Apoforet. cap. 5.* y no menor de la que tuvieron Plinio el mozo y Cornelio Tácito, que eran con admiracion señalados por su fama, y estudios, segun lo refiere el mismo Plinio *lib. 9 epist. 23.*

Fué tan general el aplauso que los napolitanos hicieron á varon tan excelso y tan frecuentes las alabanzas con que los mas eruditos celebraron su mérito, que no es posible registrarlas aquí, sin hacer un gran volúmen; con que determino dejar tan dilatado asunto á la veneracion del silencio, abatiendo las velas de estos pliegos al templo de su honor, como lo hizo don Gerónimo Ribera, de los mas antiguos, y estrechos amigos que tuvo en aquel reino, con este soneto toscano:

Mentre spiego novello Icaro audace
 Al ciel de le tue lodi illustri il volo,
 Il temerario ardir tra scorno, e duelo,
 Al insoffribil peso ecco soggiace;

Ahi, che pensar dovea, quand' il vivace
 Raggio del tuo splendor, ch' ammiro, e colo,
 Mirai, che ne riporto il salto solo
 Del mio folle pensier segno verace.

Francesco, horche m' aveggio, ch' a' la vera
 Meta del tuo gran merto, e del valore
 Altri giunger non puó chi' aquila altera.

S' altro non posso, al tempio del tuo honore
 Humil' m' inchino, e con la fé sincera
 Con silentio t' adoro, &c. offro il core.

Y no solo la madre de ingenios, Parténope, sino toda la Italia fué teatro de aclamaciones á su nombre; y los que no le alcanzaron, absortos en la admiracion de sus obras, con extraordinarios titulos le honraron. No haré catálogo de sus elogios: solo pondré uno, en que se cifran los demas y digno de todo aprecio, por ser de la docta pluma de don Juan Perelio, nobilísimo caballero trasilicano, secretario, y residente del duque de Módena en esta córte, que en el Musagete, donde describe las vidas de todos los poetas que ha habido desde el principio del mundo hasta nuestros tiempos (obra muy digna, y de muchas noticias), alaba á don Francisco, llamándole sol entre los demas escritores; porque como el sol es príncipe de los planetas y entre los faroles del cielo con tanta ventaja, y solo resplandece (de donde dicen Ciceron y Lactancio, que se derivó el nombre de sol); así don Francisco en el ingenio y en la pluma no tuvo competidor.

Quevedo è un sole, etc. è sua penna un raggio,
 Ch' ombre di sogni, horror d' abyssi indora;
 Splende ove fere, e dove splende un maggio
 Di Pindarici fior sparge, e colora:
 Ne le carte, e ne marmi eterna il sagio
 Di sue posthume glorie, i di tal' hora;
 Scrive Quevedo, e l' immortali, e belle,
 Perch' è Sol, note sue sono le stelle.

Parece haber concurrido en este encarecimiento, pero bien debido, con el muy erudito Vicente Mariner, que habiendo traducido de griego en latin el panegirico que Juliano emperador hizo al sol, y dedicádole, como se ha referido, á don Francisco, le dice que no debia sacar sino debajo de su patrocinio obra tan singular, asi por el objeto, que es el sol, como por el autor, que fué un príncipe de todo el imperio romano; pues en la dilatada monarquia española, por la escelencia del ingenio y letras, por la grandeza de la fama y nobleza de la sangre, tenia don Francisco entre los primeros el primer lugar, en quien obra por tan altos respetos admirable, hallaria, como en su centro, adecuado descanso. Son sus palabras: «*Audax equidem hoc munus tibi sacrare studui, non autem impudens, non improbus, non temerarius mentis mee tenuitatem tibi tanto viro manifestarem: nam cum plane existimen id quod in tota mundi machina præcipuum est, nempè Solem, &c. ab totius Imperii Principi laudatum, ad te, qui in Hispano Orbe &c. ingenui, &c. litterarum præstantia, &c. famæ magnitudine &c. sanguinis nobilitate primas tenes partes emitere nihil planè me arbitror efficere absurdum, nihil non nimirum rationi consentaneum, cum tan-*

tum, &c. tam eximium opus in te similem sibi habeat locum, æqualem nanciscatur sedem, &c. debitum, partemque suscipiat terminum.» Con la Italia concurren en admirar el alto ingenio de don Francisco todas las demas naciones del orbe erudito, por donde corria su fama tan esplayada con las obras que divulgó, que todos los que en su tiempo vinieron á España, temiendo ser tachados de pereza y descuido culpable, si volvieran á sus tierras sin haber visto á don Francisco, procuraron por todos medios el buscarle y comunicarle: y algunos se llegaron hasta Villanueva de los Infantes, donde estaba, sólo por verle, juzgando la mayor maravilla, de las muchas que hay en España, conocer de vista á quien tanto se dió á conocer por sus escritos. Asi lo hicieron en tiempos pasados los aficionados á las letras y estudios, peregrinando por mares y provincias estrañas para ver y tratar con hombres ilustres, como lo dice San Gerónimo en la epístola á Paulino, en estas palabras: «*Legimus in veteribus historiis, quosdam lustrasse provincias, novos adisse populos, maria transisse, ut eos quos ex libris noverant, coram quoque viderent.*» Y la causa de esta curiosidad parece es, que aun del breve rato que se comunica un varón célebre se saca siempre algún provecho, notando sus sentencias y palabras, como sucedia á los que visitaban á don Francisco, cuya vista solo se podia estimar por singular beneficio, segun la ponderacion del doctísimo Plinio, que hablando de Cornelio Minuciano en el lib. 7 epist. 22 dice: «*Accepisse te beneficium credes, quam propius inspexeris hominem, omnibus honoribus, omnibus titulis (nihil volo elatius de modestissimo viro dice-*

re) *parem.*» Pitágoras y Platon fueron buscando por diferentes y muy apartadas provincias y reinos á los hombres esclarecidos de su tiempo. Aquel pasó á la ciudad de Menfis para oír los Vates egipcios y observar sus arcanos: luego á la Persia para aprender de los Magos; y despues á la isla de Candía para ver á Epiménedes. Y Platon, llevado del mismo fin, habiendo visitado en la ciudad de Megara á Euclides, y en la de Taranto á Archytas, insignes filósofos y matemáticos, se fué á ver y oír los sábios de Egipto, é hizo otros viajes tan peligrosos, que le cautivaron los corsarios y vendieron. Ni menos memorables quedaron aquellos nobles españoles y franceses, que fueron hasta Roma para ver á Tito Livio; admirando San Gerónimo en el lugar citado, que no les tirase tanto la grandeza romana como la elocuencia y fama de un hombre solo, y que en Roma buscasen cosa que no fuese Roma. «*Ad Titum Livium* (dice el santo) *lacteo eloquentiæ fonte manantem de ultimis Hispaniæ, Galliarumque finibus quosdam venisse nobiles legimus; &c. quos ad contemplationem sui Roma non traxerat, unius hominis fama perduxit. Habuit illa ætas inauditum omnibus seculis, celebrandumque miraculum, ut tantam urbem ingressi, aliud esira urbem quærerent.*» Y lo que parece mas digno de reparo es lo que refiere Plinio en el *lib. 2 epist. 3*, que el español que fué de Cádiz, así que vió á Tito Livio, juzgando no poder haber cosa que mas digna fuese de admiracion, se volvió luego sin detenerse en ver á Roma y sus grandezas. Y volviendo á don Francisco, no solamente los estrangeros con deseos le buscaban y comunicaban con admiracion, sino tambien los

mismos españoles, entre los cuales fué siempre venerado como ingenio peregrino. Y aunque las plantas no son estimadas en donde nacen, en don Francisco se vieron efectos contrarios; porque fué raro en lo abundante, y abundante en lo raro. Estando en Villanueva de los Infantes, deseó grandemente una monja comunicarle, llevada de la grande opinion que cada día, con nuevos reales, divulgaba la fama de este varon insigne: y habiendo conseguido el intento, en la conversacion habló tanto la religiosa, que don Francisco se estuvo siempre callando y oyéndola discurrir, hasta que cansada por no tener mas que decir y estrañando el silencio, exclamó diciendo: *¿A este me alabaron tanto?* Entonces con su natural prontitud, don Francisco respondió: *Señora mia, no acostumbro á trocar mis escudos por chanstones*, dando á entender que no habia hablado nada de provecho, y que no queria abrir su tesoro donde corria moneda tan desigual.

Ni tan solamente lució don Francisco con los brillantes rayos de su ingenio y con los señalados servicios que hizo á la corona real; sino tambien con su magnanimidad y constancia en muchas y muy peligrosas borrascas que pasó, habiendo en los nueve años que estuvo en Italia grangeado muchos enemigos, asi en el descubrimiento de los fraudes hechos al real patrimonio, como en las cosas de Venecia y Saboya; en cuyos tratados hizo con gran riesgo de su vida siete viages por mar y tierra á toda diligencia; y estuvo preso en tres plazas de hereges en Francia quando los movimientos del príncipe de Condé. Y despues, habiéndole seguido para matarle por órden de los

enemigos de la monarquía de España seis caballeros franceses desde Marsella á Barcelona, de que tuvo aviso para cautelarse, como se ha referido arriba: y habiendo ido don Francisco á Venecia con Jaque Pierres y otro caballero español genízaro, á hacer una diligencia de grande riesgo, tuvo dicha de poderse retirar sin daño de su persona; y en hábito de pobre, todo andrajoso, se escapó de dos hombres que le siguieron para matarle; los cuales, aunque estuvieron con él, supo encubrirse con tal arte, que no fué conocido, cayendo la desdicha sobre los dos compañeros que quedaron presos; y despues por mano del verdugo fueron ajusticiados. Y siempre que entre amigos hizo memoria de este suceso, usaba de tal prudencia, que lo mas que se le oía decir era motejar á los que le buscaron de descuidados; y ofreciéndosele tratar en sus obras de los que contra su vida conspiraron, los honró tanto, que parecia haber recibido de ellos algun beneficio: efectos muy propios de su ánimo grande, que no consentia señal ni memoria de ofensa en su noble corazon y supo llevar con grande igualdad todos sus trabajos, peligros, prisiones, enfermedades y pérdidas de hacienda; pues como en la caída de los colosos quedan siempre oprimidos los que á su sombra se abrigan; así la borrasca del duque de Osuna, que sucedió el año de 1620, tocó algo á don Francisco, corriendo por allegado suyo la misma fortuna que los demas ministros que le asistieron en los sucesos de Nápoles. Nunca los grandes tropiezan, sin que para la averiguacion de sus causas queden atropellados tambien los inocentes; y para hacerse uno odioso basta serlo el amigo; cuyos ejemplos

á cada paso se encuentran en las historias. Cuán sospechosos fueron los amigos de Seyano á Tiberio, los de Antonino Geta á su hermano Antonino Caracala, y los de Alejandro Severo á Máximo Senior, testificalo el trágico fin que tuvieron, como lo escriben Tacito, Sparciano y Capitolino. Pero la fuerza de la inocencia que dió aliento á don Francisco para las vejaciones que padeció, le sacó tambien libre de ellas, saliendo tan refinado y resplandeciente como el oro del crisol, segun lo que nos advierte el Eclesiástico en el cap. 2. *In dolore sustine, & in humilitate tua patientiam habe: quoniam in igne probatur aurum, & argentum; homines vero receptibiles in camino humiliationis.* Estuvo preso en la villa de la Torre de Juan Abad tres años y medio, pasando grandes incomodidades; si bien las daba por bien empleadas, padeciendo con mucho gusto por amigo y príncipe que le habia estimado sobre todos los que conoció, y le habia dado ocasiones de hacer á S. M. servicios muy relevantes; por cuya causa siempre que se le ofreció tratar del duque, encarecia su virtud y grandeza con los mayores elogios que son decibles, como se vé por las tres inscripciones sepulcrales que le hizo en la Musa III de su Parnaso, donde hace compendio de sus glorias y hazañas con estilo alto y elegante. Tuvo en tiempo de su prision unas tercianas que le ataron al cepo de la cama, y pasó en la cura mayor peligro del que podia traerle el mal; porque por falta de médicos y botica, y por una sangria que le hizo un barbero gañan de aquel lugar, se vió tan mal parado, que escribiendo al presidente de Castilla el miserable estado en que se hallaba, y ponderando la imposibilidad de me-

dios que allí habia para cobrar la salud , le dice en la carta *haber visto á muchos condenados á muerte; pero á ninguno condenado á que se muera.* De esto resultó que los señores de la junta por abril del año de 1622, le dieron licencia para irse á curar á Villanueva de los Infantes, lugar muy noble, poblado y abundante de todo lo necesario para sanos y enfermos. Aquí se rehizo don Francisco en pocos dias con el regalo de la tierra y asistencia de buenos médicos; y luego por diciembre del mismo año le mandaron ir libre por donde quisiese , con calidad que no entrase en la córte ni se llegase á ella por diez leguas á la redonda , só las penas que se le pusieron para guardar la carcelería en la villa de la Torre. Por marzo despues del año siguiente , le concedieron licencia de entrar en la córte, dándole por libre sin habérsele hallado ni hecho cargo alguno; y porque habia gastado en la prision y guardas cantidad de hacienda considerable, sin habérsele dado satisfaccion, suplicó á S. M. con un memorial, que los cuatrocientos escudos de pension de que le tenia hecha merced siete años antes, que fué por marzo de 1616, se le situasen en Milan , Nápoles ó Sicilia ; ó bien se le diese recompensa en algun presidio de España ó con alguna encomienda de su órden. Y no habiendo esto llegado á efecto, pasó don Francisco siempre con harta descomodidad, compañera tan indivia de las buenas letras que profesaba , que apenas ha habido hombre docto á quien no hayan faltado los bienes de fortuna , al paso que le han sobrado los del ánimo. Muy breves treguas hacian con don Francisco las adversidades, y muy cortos eran los periodos de la bonanza; pues alborotán -

dose de nuevo las olas de la emulacion , le ponian nuevos cuidados. El año de 1628 padeció otra borrasca de seis meses, habiéndole S. M. mandado salir de la córte. Estuvo en la Torre de Juan Abad hasta fin de aquel año , que fué cuando tuvo licencia de volver , como parece por la que le escribió el cardenal de Trejo Paniagua, presidente del consejo: *S. M. (Dios le guarde) ha dado licencia á V. para que pueda entrar en la córte. En llegando á ella importa que me vea V. luego; cuya persona guarde nuestro Señor. Madrid 29 de diciembre de 1628. El cardenal de Trejo.* Cesaron por entonces las borrascas; y aferrando puerto en la córte, continuó su asistencia con aplauso de todos y con muy vivas demostraciones de su ingenio y pluma; de las cuales movido S. M. y juntamente atendiendo á sus servicios, fidelidad y otras buenas cualidades , le honró con el titulo de su secretario en 17 de marzo de 1632. Y pudo tan poco con don Francis el apetito de gloria , que no fué bastante para distraerle de la aplicacion á sus estudios , prefiriendo á los puestos mas altos el moderado lucimiento de una vida filosófica; pues habiéndole hecho repetidas instancias el conde duque para que entrase en el despacho de los negocios y papeles mas importantes de la monarquía , siempre se escusó y retiró, conociendo muy bien el desasosiego que traen consigo semejantes materias por la esperiencia que adquirió en Italia con el manejo de las cosas mas graves del gobierno. Esta razon tambien le movió á no aceptar otros puestos que le ofrecieron y particularmente la embajada á la república de Génova, á quien S. M. tenia ya resuelto de enviarle. Y aunque ninguna convenien-

cia sacó de haberse eximido de las ocupaciones de palacio y de la embajada, quedó sin embargo mas contento y mas libre para cultivar su ingenio; vi- viendo tan desengañado entre el bullicio de la córte y sus pocas medras, que siempre mostró un ardiente deseo de recogerse adonde nadie le estorbase su inclinacion á las letras, en cuya ocasion compuso aquel soneto tan elegante, imitando á Juvenal, que en la sátira 3 alabó á Umbricio por haber determinado dejar la córte romana y retirarse á la ciudad de Cumas.

Quero dar un vecino á la Sibila
 Y retirar mi desengaño á Cumas
 Donde en traje de nieve con espumas
 Liquido fuego, oculto mar destila.
 El son de la tijera que se afila
 Oyen alegres mis desdichas sumas:
 Corta á su vuelo la ambicion las plumas,
 Pues ya la parca corta lo que hila.
 Fui malo por medrar, fui castigado
 De los buenos, fui bueno, fui oprimido
 De los malos, y preso y desterrado
 Contra mi solo atento el mundo ha sido;
 Y pues solo fué inútil mi pecado,
 Cual si fuera virtud, padezca olvido.

Desembarazado ya don Francisco de todo lo que podia inquietarle y arrimando las esperanzas que le prometian las ocupaciones ofrecidas, puso su mayor cuidado en las riquezas del ánimo, y en las virtudes morales, ilustrando el entendimiento y la voluntad con discursos muy doctos, y obras de cristiana piedad. Frecuentaba las iglesias con mucha devocion, asistiendo todos los dias á los

santos sacrificios con tal compostura y silencio, que jamás le vieron divertir la atención con otro cualquiera, aunque fuese de los mayores por sangre ó dignidad; pues en lo que obraba estaba todo, ya fuese aplicando al espíritu, ya á los estudios, procurando siempre que lo exterior sirviese á lo interior y mas perfecto. Y solia decir, que como no es cortesanía, hablando con el rey de la tierra, interrumpir el discurso para trabarle con otro, aunque gran señor, así en la presencia del rey de los cielos, en la aplicación espiritual, es falta de fé volver la atención á las criaturas y divertirse en cumplimientos ú otras exterioridades. En las cuaresmas procuraba oír al predicador que movia la voluntad; por cuya causa quien mas le atraía era el doctísimo padre Agustín de Castro, de la compañía de Jesús, predicador de su magestad; de manera que en sabiendo que predicaba en alguna iglesia, aunque fuese muy apartada de su casa, nunca perdía la ocasión por el aprovechamiento que sacaba de sus sermones; y tenía encargado al doctor don Juan Bautista Terrones, que procurase saber cuando el padre predicaba, y se lo avisase con tiempo; y sus amigos no podían hacerle mayor gusto que darle un tal aviso.

Fué don Francisco sumamente devoto de nuestra señora la Virgen María, y en particular de su inmaculada Concepción, de tal suerte, que nunca consentía que en su presencia se atreviese nadie á insinuar el sentir contrario; pues volvía tan intrépido por la inmunidad original de la madre de Dios, que le parecían pocas mil vidas, si las tuviera para sacrificarlas en su defensa. Y mostró siempre tal afecto y piedad á este soberano misterio,

como pudiera ahora que le tenemos mas asegurado con la bula de nuestro santísimo padre Alejandro Séptimo; soliendo repetir muchas veces que todo lo que Dios pudo lo hizo por su Madre; y para imprimir esta verdad en los corazones humanos la dejó espresada en estos versos con la comparación del mar Bermejo, que por no haber aun salido á la luz, me ha parecido ponerlos aqui:

Hoy por el mar Bermejo del pecado
 Que en los vados ceruleos espumosos
 Sepultó sin piedad los poderosos
 Ejércitos del principe obstinado,
 Pasa, Virgen, esento y respetado
 Vnestro ser de los golfos procelosos:
 Así por los decretos misteriosos
 En vuestra Concepcion fué decretado.
 Quien puede y quiere, con razon colijo
 Hará cuanto á su mano se concede,
 Y mas que hizo el sol con lo que dijo;
 Y pues naciendo en vos, de vos procede,
 ¿Quién dirá que no quiere, siendo hijo?
 ¿Quién negara que siendo Dios no puede?

Vivió siempre muy apartado de todo género de lisonja: y fué tan amigo de la verdad, que poniéndose á su lado en ocasiones de mucho riesgo padeció muy graves persecuciones. Jamás salió de su boca palabra que no tuviese raices en el corazon; y solia decir *que lo que mas sentía era el haber ocasiones precisas de fingir*; segun la máxima de Luis XI rey de Francia, que decia no saber reinar quien no sabia disimular; pero la de don Francisco es muy conforme á la del santísimo pontífice Pio Quinto, que afeaba mucho el hablar fingidamente.

asi en los hombres de baja esfera, como en los grandes y príncipes. Tuvo grande aborrecimiento al ocio, llamándole *polilla de las virtudes y seria de todos los vicios*; y no solo le cerró la puerta de su casa, sino tambien procuró desterrarle de la agena; pues siendo grande amigo de un canónigo de la santa iglesia de Toledo, y entreteniéndose muy á menudo en su casa con eruditas conferencias vió que tenia una ama ociosa, que no se ocupaba en lo que las demas mugeres, hilando ó cosiendo, antes estaba mano sobre mano: y pasando algunos dias, don Francisco que aun para amonestar á sus amigos tenia mucha gracia, envió al canónigo un presente de lino, mandando al criado que lo llevaba le dijese de su parte, que para desterrar la ociosidad de aquella criada le servia con aquel regalo. Hacia burla y escarnio de los linajudos; y hablando de uno que fingia revelaciones del cielo en abono de su calidad, y entendimiento, inferia que los tocados de esta vanidad paran en embusteros ó se hacen ridiculos, dando ocasion á que les murmuren su calidad esforzada con afeite de mentiras. Por esta razon en su Parnaso aconseja á un amigo, que estaba en buena posesion de nobleza, no trate de calificarse, porque no le descubran lo que no se sabe. Oigamos sus versos.

Solar y ejecutoria de tu abuelo
 Es la ignorada antigüedad sin dolo:
 No escudriñes al tiempo el protocolo
 Ni corras al silencio antiguo el velo.
 Estudia en el osar de ese mozuelo
 Descaminado escándalo del polo:
 Para probar que descendió de Apolo,

Probó, cayendo, descender del cielo.
 No revuelvas los huesos sepultados,
 Que hallarás mas gusanos que blasones
 En testigos de nuevo examinados,
 Que de multiplicar informaciones
 Puedes temer multiplicar quemados,
 Y con las mismas pruebas faetones.

Tuvo suma apacibilidad, y gracia natural en todo lo que decia y obraba, con que ganó las voluntades de todos, y en sus trabajos no hubo quien no se compadeciese de él, juzgando le atajarían la vena y gusto de escribir; pero don Francisco, disimulándolos con la chanza, parecia era quien menos lo sentia; y siempre continuó en hacer burla de todos los acontecimientos de la vida, como se vé claramente por los libros que sacó de muy buen gusto y de grande amenidad, y agudeza, en que muchos en sus mayores adversidades y tristezas hallan descanso y divertimento, y aunque algunos hayan procurado con estudio imitarlos, les ha faltado la sal, y la gracia que naturaleza dió tan liberalmente á don Francisco, que parece no haberle quedado para otros. Sin embargo referiré un hecho donoso de un monge Bernardo, conventual de Galicia, que habiendo visto las cartas del Caballero de la Tenaza, pareciéndole agudísimas escribió á don Francisco una con dos reales de porte, en que le decia: «He leído con atencion las cartas que vmd. ha compuesto del Caballero de la Tenaza y las muchas razones y diferentes medios que propone para que los hombres se libren de las embestiduras de las mugeres; pero no he hallado ninguno por donde vmd. se libre de pagar

«esos dos reales de porte. Guarde Dios á vmd.» Recibió don Francisco esta carta y celebró tanto el buen humor del religioso, que deseando comunicarle se interpuso con el superior porque le diese licencia de venir al convento de Madrid; y habiéndolo conseguido, fueron grandes amigos, pues hizo siempre estimacion de los ingenios amenos y facetos, prefiriendo en todo el jovial al saturnino. No desdican á la gravedad los chistes, ni el gracejo; antes son ornamento de un hombre docto y elocuente. Así lo confirma con su autoridad el principe de los latinos Ciceron, que en el libro segundo del orador dice que es su oficio mover á risa; porque la alegría granjea benevolencia y los dichos agudos y facetos, muestran ingenio, erudicion y prontitud y quebrantan al adversario, mitigando lo severo y odioso; y muchas veces lo que no se puede vencer con argumentos y razones, se alcanza con una respuesta graciosa: y él mismo puso por obra sus preceptos, diciendo en muchas ocasiones motes muy agudos y chanzas de buen gusto, sin que por ellas perdiese jamás de la opinion de su gravedad. Imitó en esto Ciceron á los mayores filósofos de la antigüedad, cuyas huellas tambien siguieron hombres grandes de los siglos mas modernos, de que están llenas las historias, y particularmente Tomás Moro, gran Canciller del reino de Inglaterra, por su doctrina y virtud, de los mas escelentes de su tiempo. Pero quien ponderare lo que en esta materia escribió don Francisco, hallará que en la gracia á los antiguos, y á los modernos llevó ventaja.

En una academia, que con grande solemnidad, y prevención se hizo en el colegio imperial de la compañía de Jesus, presidiendo el padre Macedo,

portugués, donde se discurrió de letras humanas, medicina, y leyes, habiendo hablado en el primer asunto con mucha erudicion el conde de Lemos, y el duque de Villahermosa, luego en la medicina hizo su leccion un médico muy afamado de la corte, y despues entró un letrado en la materia de *Testamentis*, y asi que propuso el titulo de su discurso, don Francisco, que se halló en la academia, dijo: *Ya me espantaba yo que tras doctor no hubiese luego testamento.*

Habiendo entrado don Francisco con algunos caballeros en casa de unas damas para oirlas cantar, y tocar el harpa, en que eran tan estimadas, que las visitaban los mayores señores; como iba de hábito largo para cubrir la fealdad de los pies, descubriósele casualmente un pié. Viéndole la una de ellas, dijo: ¡*O qué mal pié!* Reparó inmediatamente otra, y añadió: *Con mal pié entraron vds. aqui,* Refanse las demas de la conversacion, haciendo mofa, y burla, muy propio de las mugeres de Madrid, que son prontísimas, y se precian de entendidas. Estuvo don Francisco muy severo, y con igual prontitud respondió: *Yo les prometo á vds. señoras mias, que otro hay peor en el corro.* Empezaron entonces á mirarse unas á otras, y á registrar los pies de los que venian en su compañía, diciendo: *¿Cuál será?* Y despues que las hubo tenido algun rato en duda, y curiosidad, sacó el otro pié, y dijo: *Este, señoras;* pues tenia él un pié mas mal hecho, y mas torcido que el otro.

Tenia tan pronta la gracia, y agudeza, asi en la lengua, como en la pluma, que nunca cansó á los que ú de palabra, ó por cartas le trataron; antes causó siempre maravilla, ensalzándole todos por

el mas singular ingenio de España. Habiendo salido sentencia en favor del duque del Infantado sobre el ducado de Lerma, don Francisco le escribió esta carta de congratulacion, muy sazónada. »Doy »el parabien á V. E. de esta sentencia, que en »todo Séneca no he hallado otra tan buena. V. E. »es duque del Infantado, duque de Lerma, duque »de Cea, y duque de Mandas; que siendo cuatro »ducados, hacen cuarenta y cuatro reales, y un »real mas, con el de Manzanares. Paréceme que »oigo á el marquesado de Denia, viendo que no ca- »ben de pies los estados en la casa de V. E. de- »cirlos que se hagan allá, para tener lugar. En fin, »á V. E. le ven con dos cabezas: Mendozas y San- »dovalés. Gracias á Dios que con el pelo en pro- »fecia junto á V. E. ninguna será calva. Andese »V. E. de casa en casa poniendo demandas, como »otros demandando, y concédale Dios justicia por »su casa, que pocos piden. La mayor solemnidad »de esta fiesta fué el contento de mi señora doña »Antonia. Yo me estoy dando unos baños de pez y »resina, y quedó en infusion de cohete, para in- »troducirme en luminaria; que ya no tengo otro »modo de lucir sino es quemándome. Guarde nues- »tro Señor á V. E.» No era diferente el estilo con que de ordinario escribía á sus amigos; de donde se verá con cuánta razon el doctísimo Justo Lypsió confiesa que recibía particular deleite de las cartas de don Francisco, por la suavidad y agudeza, que aun en el idioma latino no las perdía; antes sobresalian mucho mas en lo conciso, y lacónico de sus periodos: cosa bien digna de reparo; pues respondiéndole este autor á una que le escribió el año de 1605, le dice estas palabras: *O litteras*

tuas, etc. amicas, etc. sensibus argutas? utroque nomine me caeperunt! O cuán amigas y llenas de sentidos muy agudos son tus cartas! Por ambos títulos me tienen muy cautivo. No es este pequeño testimonio del aura con que volaba la pluma de don Francisco, haciéndose lugar en lo mas impenetrable, y recóndito de un pecho erudito, como lo era el de Justo Lypcio, que le estimó, y ensalzó sobre los mayores ingenios de España. Esta carta, y otras citadas dió á la estampa desde el año de 1625 el licenciado Vicente Mariner.

Habiendo determinado don Francisco de tomar estado, para tener en sus trabajos el alivio de una noble compañera, casó el año de 1634 con doña Esperanza de Aragon, y la Cabra, señora de Zetina, hermana de don Bernardo de la Cabra y Aragon, obispo de Balbastro: del padre Juan de la Cabra y Aragon, de la compañía de Jesus; y de don Francisco de la Cabra y Aragon, caballero del orden de Santiago, que casó con la sobrina del cardenal Zapata, hija del conde de Barajas. Con esta señora de grande calidad, y emparentada con lo mas alto de Castilla y Aragon, vivió don Francisco de Quevedo, aunque poco tiempo tan conforme, que solo en sus nobles prendas halló desquite de las adversidades que habia padecido. Dejó con haber tomado estado ochocientos ducados de renta que gozaba por la iglesia con caballerato. Dispuso naturaleza con bien ordenada elusion que como la fecundidad de sus padres fué única en la sucesion varonil, así don Francisco no la tuviese porque quedase singular, pues en el ingenio lo era; y cual fenix verdadero, que llevando con sus alas los aromas, y encendiéndolos á los rayos so-

lares, saca de la hoguera la cuna, y renace á nuevos periodos de vida; con su pluma, y escritos entre los olores de la fama, y esplendores del entendimiento fecundó las cenizas estériles, dejándose tan vivamente espreso, y retratado en sus libros, que mientras hubiese escuelas y academias, á muy largos plazos renacerán del féretro de las prensas. Y es observacion de Elio Sparciano en la vida del emperador Severo, que ninguno de los hombres grandes tuvo sucesion, pues casi todos murieron sin hijos; y si alguno los dejó, fueron malos, é indignos de sus padres. No tuvo dicha de asistir mucho tiempo en Zetina, como habia dispuesto; porque despues de ocho meses le obligaron unos negocios precisos á ir á la Torre de Juan Abad, de donde escribia frecuentemente á su muger el sentimiento que le ocasionaba la ausencia; pero le tuvo mayor con el aviso de haber pasado á vida inmortal su consorte: pérdida que sintió sobre cuantas le acontecieron en el discurso de sus dias; aunque al natural desahogo de suspiros, y lágrimas echó el freno de la conformidad con la disposicion divina; y con el conocimiento de las virtuosas prendas de tan noble señora, se tuvo muy lejos de enlazarse con otra, que por muy calificada que la hallase, no esperaba encontrar á otra esperanza. Con que suelto del vínculo matrimonial, quedó mas libre, y con menos cuidado para seguir la carrera de sus estudios, y casar sus obras con el desengaño, enriqueciéndolas con el dote de nuevas demostraciones de virtud. Desde entonces, empezando á gustar mas de la soledad, y compañía de los libros, escribió aquel soneto que está en la musa segunda de su Parnaso:

Retirado en la paz de estos desiertos,
 Con pocos, pero doctos, libros juntos,
 Vivo en conversacion con los difuntos,
 Y escucho con mis ojos á los muertos.
 Sino siempre entendidos, siempre abiertos,
 O enmiendan, ó fecundan mis asuntos;
 Y en músicos callados contrapuntos
 Al sueño de la vida hablan despiertos.
 Las grandes almas que la muerte ausenta,
 De injurias de los años vengadora,
 Libra, oh gran don José, docta la imprenta.
 En fuga irrevocable huye la hora;
 Pero aquella el mejor cálculo cuenta:
 Que en la leccion y estudios nos mejora.

No puedo dejar de no hacer aquí reparo en lo que el doctor don Gerónimo Pardo, médico de Valladolid, escribió en el *Tratado del Vino aguada*, núm. 92 y 4 del cap. 11, motejando á don Francisco de haberle ido mal con el casamiento, movido de lo que dejó escrito de las mugeres en la vida de Marco Bruto, donde dijo que «la muger es compañía forzosa, que se ha de guardar con recato, se ha de gozar con amor, y se ha de comunicar con sospecha. Si las tratan bien, algunas son malas; si las tratan mal, muchas son peores. Aquel es avisado que usa de sus caricias y no se fia de ellas.» De aquí formó su juicio el doctor Pardo, pensando haber caido don Francisco en las infaustas esperiencias de los mal casados, y haberle tocado de los escesos de las mugeres mas parte que á los demas hombres; añadiendo que «asi lo dió á entender cuando enredado en las acciones de su Bruto cayó, dando con su cuerpo en la boca de un leon tan rugiente, que á no hallarse

entonces en cuarto y casa de misericordia, le despedazara sin duda.» Quisiera preguntarle de donde sacó estas noticias, procurando con embolismo entrar á don Francisco en la leonera, sin haber hecho reparo en su fisonomía leonina, á que correspondian tambien sus acciones, que á no hallarse muerto el leon no se le atreviera el Pardo, que llevado de la opinion vulgar, con la paréntesis que podia escusar en el capitulo citado, quiso tirar de la barba al leon muerto, segun aquel refran tan recibido: *Barbam vellere mortuo leoni*. Juzgo no haberse hecho capaz de las ponderaciones de tan docta pluma, pues se espanta de cosas que en todos los libros de los padres de la iglesia y de otros infinitos autores se hallan registradas. Demás que si solo se escribiera lo que se experimenta, de muy pocos libros gozara el mundo. Ni don Francisco se lamenta generalmente de todas las mugeres, reconociendo entre ellas buenas y malas, como se vé por lo que escribe en el lugar citado: «A este sexo ha debido siempre el mundo la pérdida y la restauracion, las quejas y el agradecimiento. Mugeres dieron á Roma los reyes y los quitaron. Diólos Silvia, virgen deshonesta: quitólos Lucrecia, muger casada y casta. El primero fué Rómulo y el postrero Tarquino.» Advertencias son estas que vienen bien con las de la sagrada escritura, pues dice Salomon en el cap. 14 de los proverbios, que la muger sabia edifica su casa, y la loca la destruye: *Sapiens mulier aedificat domum suam: insipiens extractam quoque manibus destruet*. Con que mudándose el sugeto se verán siempre estos efectos tan contrarios. Que estas premisas de lo que dejó escrito don Francisco de las

mugeres lleven á la ilacion que saca el doctor Pardo, serán jueces todos los lógicos, y lo podrán ser los que tienen noticia de la vida de don Francisco, y de la conformidad que tuvo con su nobilísima consorte, de quien aunque se ausentó fué por causas, como se ha dicho, muy precisas, y con ánimo de volver cuanto antes, como se vé por la correspondencia que continuaron con cartas muy afectuosas, que á haberlas leído el doctor Pardo, hubiera sin duda aguado su tintero y escrito con mas templanza de autor tan venerado y aplaudido de los mayores hombres y mas doctos. Pero no me admira el haber motejado á don Francisco, pues en el prólogo del mismo tratado no le quiso perdonar al eruditísimo obispo don Fray Juan Caramuel, honor del orden cisterciense, calificando de delirio la opinion que lleva en la teología regular y comentarios sobre la regla de San Agustín, número 1969, diciendo que ningun cristiano está obligado á consultar médicos, por ser mas acertado fiar de la divina clemencia, queriendo antes *divinitus à Domino, quàm humanitus occidi à medico*. Y no echa de ver que no condena la medicina ni á los médicos que sanan, sino á los que matan; pues como no puede haber quien condene á los buenos, que son pocos, así no se hallará quien abone á los malos, que son innumerables. Mas porque el doctor Pardo quiso favorecer á estos, no me espanta que haya tomado con los dientes su patrocinio. Mucho se fatiga en aplicar remedios á la enfermedad del sanísimo Caramuel, y no conoce que el sentir contrario es achaque mortal, que se ha de curar brindándole con la copa de la similitud evangélica, *Luc. cap. 4, núme-*

ro 23, *Medice, cura te ipsum*; y á no quedar aliviado con esta bebida, le convino para el saludable plato, y *cap. 8 del lib. 9* de mis *Animadversiones Ferales*, donde verá los desatinos de los medicastros, y las alabanzas de los buenos y escelentes médicos, en cuyo número he tenido y tendré siempre al doctor Pardo; pues no me persuado se debe lugar menos decente á sus letras y juicio. Juzgo que le habré de atraer á mi sentir con la autoridad de la escritura sagrada, que aunque en el capítulo 38 del Eclesiástico alabe la medicina, teniendo por imprudentes á los que dejan de usarla cuando es menester, y honre á los médicos peritos y cuidadosos, ensalzando su mérito; tambien dice que Dios, para castigar á los que le ofenden, los deja caer en manos de un médico: *Qui delinquit in conspectu ejus, qui fecit eum, incidet in manus medici*. Pero dejando esto para mejor ocasion, vuelvo á mi intento

Hallábase don Francisco muy bien en la solitud acompañada de sus libros y sazónada con la docta comunicacion de tantos autores como tenia en su libreria, no dejando á veces de divertirse, intermitiendo el rigor de sus estudios. Conversaba con los serranos de la Torre de Juan Abad con igual llaneza que con los hidalgos de ella, tratando á todos los del lugar como á hijos: y usaba de tal moderacion y templanza con algunos testarudos, que se le oponian en las cosas tocantes al gobierno y jurisdiccion, que solia llevar por chanza los pesares, rompiendo con blandas respuestas lo mas duro de un corazon enojado, siguiendo el consejo del sábio en los proverbios: *Responsio mollis frangit iram; sermo durus suscitatur furorem*. «La res-

«puesta blanda quiebra la ira y las palabras ásperas despiertan el furor.» A un vecino que le dijo que si no se componia con ellos, venderia sus hijos para ponerle pleito, respondió sonriéndose: «Los hijos bien los podreis vender; pero no digais cuyos son, porque no darán una blanca por ellos.» Era sazoadísimo en todas sus cosas y así en las palabras, como en los hechos fue discreto y agudo. Enviando de la Torre al conde-duque algunos libros en lengua arábica, griega, latina, española y francesa, le escribió diciéndole que podia recibir aquel don, por ser de lenguas, y que no le rehusaron los apóstoles, grandes ministros de Dios; llamándole tributo de Capigorrón y de señorcito de la legua. Recibiólo aquel magnánimo príncipe, respondiéndole de su letra con grande demostracion de agradecimiento y admirando el extraño modo de aludir con dádiva tan de su genio á su aplaudido gobierno; pues tácitamente le insinuaba que merecia alabanzas de todas las naciones y lenguas. Fué sumamente misericordioso, y tuvo á los pobres mucha lástima, socorriéndolos, siempre que se le ofrecia, con larga mano. Llegando una persona principal á decirle que se hallaba muy necesitado, respondió: «Aunque yo lo estoy tambien harto, partiré con vmd. lo poco que tengo;» y en algunos dias comió parcamente, endurándolo de su mesa para dárselo al pobre. A Juan Bautista Pradon, sacerdote francés, que con un epigrama le pidió limosna, se mostró muy dadivoso; pues demas de la necesidad, le movió tambien su erudicion y buenas letras. Tenia particular cariño con los pobres de la Torre de Juan Abad y hacíaes muchas limosnas; en que sigue

hoy sus pisadas don Pedro Aldrete y Quevedo, que sucedió á don Francisco en la jurisdiccion y señorio de aquel lugar, heredando asi la hacienda como la piedad, modestia, prudencia, verdad y demas virtudes de su tio.

El tiempo que estaba don Francisco en la Torre, casi todas las tardes salia para divertirse al campo, y solian irse tras de él todos los muchachos del lugar, entre los cuales esparcia puñados de cuartos, dando á entender que gustaba mucho de verlos recoger el dinero á la arrebatina. Pero su fin era mas noble; pues considerando que en lugares cortos nunca dejan de sobrar necesidades, y que no todos se allanan á pedir limosna, procuraba socorrerlos con aquel disimulo. Asi lo hacian tambien los romanos cuando se hallaban en algun lugar fuera de Roma, como de Augusto lo refiere Suetonio en el cap. 98. de su vida; pues habiendo ido para convalecer de unos achaques á la amenisima provincia de Nápoles y detenidose cuatro dias en la isla de Capri, su mayor divertimento era ver á los mancebitos coger lo que solia echarles de cosas de comer, frutas y dinero.

Toda la vida de don Francisco fué una milicia continuada; y si gozó algunas treguas, fueron á plazos tan breves, que ni aun le daban lugar de recobrase de los primeros destrozos, pues alcanzaban los unos á los otros; y casi eslabonados, le tenian asido á la consideracion perpétua de las miserias humanas. Muchas campañas peleó con la emulacion y envidia: evitó asechanzas de poderosos enemigos: resistió sitios de penosas enfermedades y necesidades apretadas, y en todos hizo alarde de su paciencia y sufrimiento. Pero como

la piedra que baja de lo alto, cuanto mas se llega al centro lleva mayor impetu y fuerza; asi los posteriores trabajos, precursores de su muerte, fueron sin comparacion mas graves. El año de 1644 sus émulos, que nunca se descuidaron en perseguirle, atribuyeron á la pluma de don Francisco algunas obras odiosas y satiricas, particularmente la que empieza: *Sacra católica real Magestad*, que no es suya, como con grande sentimiento diferentes veces lo juró, hablando con su amigo don Francisco Oviedo, secretario de S. M., caballero de quien fiaba lo mas secreto de su pecho; y asimismo escribiendo al arzobispo de Granada don Martin Carrillo, le testificó no haber hecho aquellos versos, cuyo autor se vino á descubrir despues hallándose el original en la celda de un religioso, contra quien escribió la Astrea Sáfica don José Pelliçer de Osau y Tobar, comprendiendo en ella toda la historia de España hasta el año de 1635, que asi comienza:

Católica, sacra, real magestad,
Del orbe terror, de España deidad.

Pero prevaleciendo la malicia de sus contrarios, fué preso don Francisco de órden de S. M. á 7 de diciembre del mismo año por don Francisco de Robles Villafaña, alcalde de su casa y córte, que despues fué del consejo real de Castilla, el cual llegó á la casa de un gran señor, y de los mayores de España, donde don Francisco estaba á las diez y media de la noche, con tanta priesa, que sin darle lugar de tomar su capa, ni de hacerse traer de su casa una camisa en el mayor rigor

del invierno, y siendo de sesenta y un años de edad, le llevó en una litera al convento real de san Marcos de Leon; y diciéndole el alcalde en el tratamiento que le hacia como á preso: «señor don Francisco, perdone, que ya sabe cómo son estas cosas;» respondió con su acostumbrada prontitud: «si señor, ya yo sé que estas cosas son como las demas.» Al mismo tiempo entró en casa de don Francisco otro alcalde de córte para embargarle los libros y papeles, y lo demas que tenia como lo hizo, depositando la hacienda en don Francisco Oviedo, por su calidad y virtud de suma satisfaccion y confianza, y de los mayores amigos, y que mas quiso don Francisco de Quevedo, que con la seguridad de su inocencia se mostró en estos trabajos muy intrépido, y con notable ejemplo de resignacion y superioridad para qualquiera acontecimiento, como lo dió á entender á un amigo, á quien escribiendo desde Leon, le dijo: «Asi que llegué á esta ciudad, para no acordarme de mis desdichas, y vivir con algun sosiego, lo primero que hice fué comprar un ingenio de canónigo.» Estuvo en aquel convento real con rigurosísima prision, y enfermo de tres heridas, que con los frios y la vecindad de un rio que tenia á la cabecera, se le habian cancerado; y por falta de cirujano, no sin piedad se las vieron cauterizar con sus manos con tal ánimo y valor, que pudo dar horror y espanto á un pecho de bronce. Sobre esto se hallaba tan pobre, que de limosna le abrigaron y entretuvieron la vida, con ejemplo muy raro de su constancia con que supo llevar esta borrasca; y á no entender bien el arte de navegar, hubiera fácilmente en su aprension y tristeza nau-

fragado. Ya como piloto experimentado amainaba la vela mayor del orgullo, que podia suministrarle el propio mérito : ya corria con el trinquete del desengaño en las moderadas fuerzas del hombre: ahora consultaba la carta de marear en la constancia y doctrina de los estóicos : ahora miraba el nivel del norte por la brújula de la divina providencia. A veces alijeraba el navio de la vida con el menosprecio de lo perecedero y de la vanidad del mundo. A veces echaba el ancla de sus esperanzas, que aferrada en la hondura de su inocencia, resistia los golpes desmedidos de la fortuna, y siempre muy atento y despierto al timon de la humana diligencia, para tomar puerto en el ocio y quietud deseada, venciendo la bravura de sus contrarios con la humildad : oponiendo al viento de la vanagloria el propio conocimiento : huyendo de los escollos de obstinados pechos con su natural blandura; y engañando los mónstruos de envidiosas voluntades con la sinceridad del ánimo: varon sin duda mas célebre por las adversidades y trabajos, que si hubiera llegado á medir la felicidad con su mérito ; pues en los mayores riesgos que corrió, acreditó el valor que en otros suele naufragar en un mar de leche, y dió siempre muestras de igual constancia en la borrasca y bonanza. No buscó fuera de su pecho los medios para salir de todo con victoria, habiéndolo con los estudios abastecido, y pertrechado para las dos fortunas, atajando los deseos de la favorable con el desquite del mérito; y atrasando los intentos de la adversa con la fortaleza y sufrimiento, segun la sentencia del mejor cisne que hoy ilustra la Italia con su pluma, el conde Gerónimo Gracian, secretario y

consejero de estado del duque de Módena, en el primer canto de la conquista de Granada (poema igual al mayor que se ha escrito, como lo es el de la Cleopatra, primer parto de su ingenio) donde en persona de Agramaso dice:

Speri in se stesso ognum , perche á la sorte
Al fin col suo valor sourastra il forte.

Tuvo siempre el ánimo tan superior á todo humano acontecimiento, que no solo se mostró intrépido en lo que padecía; mas viendo á otro débil en el sentimiento de las adversidades, le reprendia y exhortaba á tolerancia, como lo hizo con un amigo, escribiéndole estos versos:

Desacredita, Lelio, el sufrimiento,
Blando y copioso el llanto que derramas,
Y con lágrimas fáciles infamas
El corazon, rindiéndole al tormento.
Verdad severa enmiende el sentimiento,
Si varon fuerte dura virtud amas;
Castigo con profana boca llamas
El acordarse Dios de tí un momento.
Alma robusta en penas se examina,
Y trabajos ansiosos, y mortales
Cargan, mas no derriban nobles cuellos.
A Dios quien mas padece se avecina:
El está solo fuera de los males;
Y el varon que los sufre, encima dellos.

Asistiale de lástima un simple que servia al convento, y no dejaban los relijiosos de él, y otras personas de fuera ir todos los dias á divertir á don Francisco, el cual enfadado de los discursos que

trataban fuera de su genio, para introducirlos mas doctos y eruditos, llamó al simple y le dijo: *Estando conmigo los que suelen venir á verme, has de entrar tú, y proponerme esta cuestion moral; y poniale en ella de manera que no se le olvidase. A su hora, estando juntos, llegó el simple diciendo: señor don Francisco, ¿mas que vd. con quanto sabe no me resuelve este caso?* Propúsole, y don Francisco con su cortesia volviéndose á los que allí estaban de visita. dijo: *Eso toca á estos señores que son muy entendidos y grandes estudiantes.* Respondieron por entonces los mas doctos, procurando allanar la dificultad con las razones que mas prontamente se les ofrecieron; pero como don Francisco hizo que continuase el simple á proponer cada vez que tenia visitas nuevos casos y mas dificultosos, le fueron dejando poco á poco los que ó no habían estudiado, ó no se holgaban cansar el entendimiento con semejantes pláticas. Con esta traza se libró de rudos, y solo le visitaban los religiosos del convento, personas doctas y aficionadas á entretenimientos eruditos, y solia decir que no le afligian tanto sus trabajos como tratar con ignorantes.

En las conversaciones sazónaba sus dichos con suma agudeza, y buen gusto disimulando las penalidades que pasaba con admiracion de todos. Y si hubiera escrito algun curioso las vivezas y sentencias, que sin afectacion casi se le caian, saliera esta obra mas crecida y esmaltada de preciosos joyeles; pero de lo poco que se ha podido recojer no defraudaré al lector. Convidaron á don Francisco los religiosos de la órden á comer con ellos en el refectorio en una fiesta del convento, y estuvo tan de buen ayre que en sus dichos hallaron mas

regalo que en la comida espléndida que tuvieron. Sirviendo por postre un plato de manjar blanco, alabólo mucho diciendo: ¡ *Bravo plato! valiente plato es este! valiente plato!* y repitiólo tantas veces, que preguntándole el prior por qué le ensalzaba tanto de bravo y de valiente; respondió: *Porque no tiene nada de gallina.* Celebraron todos el chiste, diciendo que don Francisco habia dado la sal y la sazón al convite.

Usaba por su jovial inclinacion muy frecuentemente de la chanza; pero en las veras tuvo suma gravedad y viveza; y como en aquella procuraba no ofender á nadie, así en estas fué un espejo de moralidad, como bien se verá por lo que desde la prision escribió á don Diego de Villagomez, caballero de la ciudad de Leon, su grande amigo que habiendo venido de Flandes, donde habia sido capitán de caballos, y hecho á la corona real muchos y muy relevantes servicios, desengañado ya del mundo, se entró en la compañía de Jesus. La carta juzgo será muy provechosa á quien la leyére con atencion y es la que se sigue:

«Señor don Diego: yo que soy el escándalo,
 »escribo á vmd. que es el egeplmo, y siendo tan
 »diferentes, encaminamos á los otros á un mismo
 »fin: yo, en que nadie haga lo que yo he hecho,
 »y vmd. en que todos hagan lo que hace. Tanto
 »se sirve la virtud del horror que dá el malo para
 »el escarmiento, como de la virtud del bueno para
 »el crédito. Hasta en dejar vmd. de ser soldado se
 »muestra buen capitán. No deja el oficio, lógrale
 »y mejórale. La guerra es de porvida en los hom-
 »bres, porque es guerra la vida, y vivir y militar
 »es una misma cosa. Dejar la compañía propia por

»la de Jesus es seguir mejor bandera, asegurar el
»suelo y la corona que solo se dá al que legitima-
»mente pelear: merécese y no se negocia: dá el
»premio el general por los trabajos con que él nos
»le ganó, nada nos manda ni pide, que primero
»no lo padeciese por sí, no por relaciones sabe lo
»que cuesta: ni puede ser engañado ni engañarse.
»Alta y descansada seguridad es esta, para
»quien ha padecido las envidias de los hombres y
»las trampas de la fortuna. El soldado que se
»vuelve á Dios y deja los ejércitos por el Dios de
»los ejércitos, asegura el oficio, no le abandona.
»La mayor valentia es huir el furor de las batallas.
»A esta paz contra mas enemigos belicosa, quedé
»tan pobre, como si hubiera vivido bien, y tan
»delincuente cómo si hubiera robado el mundo.
»Vi cobrar este propio estipendio á los grandes
»señores que ví mandar las armas y á los que en-
»sordecieron con rumor la tierra, y fueron ame-
»naza de grandes poderíos, les fué postrera cláu-
»sula de su vida cárcel desacreditada. Recorra
»vmd. su memoria y hallará cementerios de ilus-
»tres cadáveres y horribles con los huesos y pri-
»siones de los que acompañó y le dieron órdenes.
»Solo vmd. ha logrado este desengaño, pues deja
»la compañía de que es capitán, por ser soldado
»de la compañía de Jesus, cuyo teniente es el glo-
»rioso patriarca san Ignacio: su bandera deben se-
»guir todos los arrepentidos de la milicia del mun-
»do, pues él, siendo soldado tan hazñosamente
»valeroso, fué fundador (digámoslo así) de la sol-
»dadesca reformada, é infatigable para las con-
»quistas de Dios. Fundó aquel soberano cántabro
»una orden ó ejército, que conquista con palabras

»en los púlpitos el conocimiento: con el oído en
 »los confesonarios la enmienda, con la lección en
 »las cátedras bate la ignorancia, con las plumas
 »en los escritos la heregia, con la modestia y de-
 »cencia religiosa de sus pasos en público, la des-
 »envoltura mal recatada. Hoy cuento, señor don
 »Diego, catorce años y medio de prisiones, y en
 »la cárcel nueve heridas, en que cuento el jornal
 »de mi perdicion. Téngame vmd. lástima, en pa-
 »ga de la envidia que le tengo, y pues Dios le dá
 »mejor compañía, gócese en ella sin la soledad del
 »amigo que en poder de la persecucion yace tan
 »alcanzado de cuenta, que aun paga menos de lo
 »que debe, y le de Dios á Vmd. su gracia y le ben-
 »diga. De la prision hoy 8 de junio de 1643.»—Su
 mayor amigo: don Francisco de Quevedo y Vi-
 llegas.

Por esta carta se conoce la estimacion que hi-
 zo don Francisco de la compañía de Jesus, á cuyo
 admirable instituto por la doctrina y santidad de-
 be toda la república cristiana; habiendo enviado
 la divina Providencia á su iglesia militante de-
 bajo de las banderas de esta gran religion el so-
 corro mas pronto, y mas incontrastable en la ma-
 yor necesidad, y calamitosos aprietos, renovando
 los tiempos apostólicos en el pecho, y en la pluma
 de tantos, y tan insignes varones como ha dado, y
 cada dia está dando la compañía.

Habiendo pasado un año y diez meses con har-
 ta descomodidad en aquel convento de S. Marcos,
 escribió un memorial al conde-duque implorando
 su amparo y auxilio; donde despues de haber he-
 cho relacion de las desdichas y calamidades que
 pasaba, como se ha referido arriba, añade mu-

chas y muy doctas razones para moverle á piedad. Síguese el memorial bien digno de su pluma :

«Excelentísimo señor: Así dé Dios á S. M. muchos y bienaventurados años de vida, y á sus armas católicas los buenos sucesos que V. E. desea, que acordándose V. E. de su grandeza y olvidando mi persona, lea este memorial.

«Señor : Un año y diez meses há que se ejecutó mi prision á siete de diciembre, vispera de la Concepcion de Nuestra Señora, á las diez y media de la noche, y fui traído en el rigor del invierno sin capa y sin una camisa, de sesenta y un años, á este convento real de S. Marcos de Leon, donde he estado todo el dicho tiempo con rigurosísima prision, enfermo por tres heridas, que con los frios y la vecindad de un rio que tengo á la cabecera, se me han cancerado; y por falta de cirujano, no sin piedad me las han visto cauterizar con mis manos : tan pobre, que de limosna me han abrigado y entretenido la vida. El horror de mis trabajos ha espantado á todos. No tengo sino una hermana monja, y esa en las Carmelitas descalzas, de quien no puedo pretender sino que me encomiende á Dios. Conozco (á persuasion de mis pecados) suma piedad en el rigor: yo propio soy voz de mi conciencia y acuso mi vida: si V. E. me hallára bueno, mia fuera la alabanza: hallarme malo y hacerme bueno, lo será de V. E. Cuando yo sea indigno de piedad, V. E. es dignísimo de tenerla: propia virtud de tan gran señor y ministro. Ninguna cosa (dice Séneca consolando á Marcia) juzgo por tan digna de los que están en la cumbre, como perdonar muchas cosas y no pedir perdon de alguna. ¿Cuál delito pudiera co-

«meter mayor que persuadirme habian de ser ori-
«lla á la magnanimidad de V. E. mis desdichas?
«Yo pido á V. E. tiempo para vengarme de mi
«mismo. Ya el mundo ha oido contra mí á mis
«enemigos : lo que pretendo es que contra mí me
«oiga: mas auténtica será, por mas esenta de odio,
«mi acusacion. Yo me protesto en Dios nuestro
«Señor , que en todo lo que de mí se ha dicho, no
«tengo otra culpa sino es haber vivido con tan po-
«co ejemplo , que pudiesen achacar á mis locuras
«las abominaciones. No digo que es envidia la que
«me difama, aunque pudiera, pues hay envidiosos
«de mas calamidades en el miserable , como de
«menos dichas en el fortunado : último ingenio de
«la malicia humana. Como yo debo perdonar á los
«que me aborrecen el que soliciten mi ruina , no
«debe la grandeza de V. E. ni su generoso natural
«perdonarles el solicitar que no perdone. Los que
«me ven no me juzgan preso, sino con sumo rigor
«ajusticiado : por esto no espero la muerte ; antes
«la trato. Prolijidad suya es lo que vivo: no me
«falta para muerto sino la sepultura, por ser el
«descanso de los difuntos. Todo lo he perdido. La
«hacienda , que siempre fué poca, hoy es ninguna,
«entre la grande costa de mi prision y de los que
«se han levantado con ella. Los amigos mi adver-
«sidad los atemorizó. No me ha quedado sino la
«confianza en V. E. Ninguna clemencia puede dar-
«me muchos años, ni quitarme muchos años algun
«rigor. No pido, señor, este espacio naturalmente
«corto por vivir mas , sino por vivir bien algo,
«aunque poco , para que vo sea no pequeña por-
«cion de gloria al nombre de V. E. La autoridad
«de V. E. ha de interceder con S. M. y su propia

«grandeza consigo. No deseo que se acaben mis
 «castigos, sino que se encomiende su prosecucion
 «á mi arrepentimiento; y no es mas blando arti-
 «fice de tormentos la venganza propia que el rigor
 «ageno. A mí todo me lo debe negar V. E., á sí
 «nada. Si V. E. no se acordare de nada que le ol-
 «vide de sí, no me faltará su peticion.

«Si alguno en el puesto de valido, en las vir-
 «tudes, eminencia, estilo y doctrina, se acerca de-
 «corosamente á V. E. es Plinio II. Oigale V. E. por
 «esto benignamente para mí, lib. 8 de sus episto-
 «las á Geminio: Empero juzgo yo por óptimo y
 «enmendadísimo á aquel que de tal manera perdo-
 «na á los demas, como si cada dia pecase; y de
 «tal manera se abstiene de pecar, como si no per-
 «donase á alguno. Por esto en casa, y fuera y en
 «todo género de vida, observemos el ser implaca-
 «bles para nosotros, y exorables para estos que
 «no saben perdonar sino á sí mismos. Que V. E. es
 «aquel varon óptimo y enmendadísimo, las haz-
 «ñas de su clemencia lo deponen, y la valentia de
 «su paciencia, á quien ha sido carga tantos ingra-
 «tos, y martirio tantos traidores como hoy ha
 «conjurado contra esta monarquía Francia. Para
 «llegar á los oidos de V. E. este será el último
 «grito con que me socorre la memoria. Permita
 «V. E. esté yo mas cuidadoso del reconocimiento á
 «su beneficio, que del rigor á mi peligro; pues siem-
 «pre será mas gloria á su esclarecida fama el acor-
 «darme de su misericordia que de mi calamidad.
 «Respondiendo el emperador Trajano á una con-
 «sulta de Plinio Junior, le dice (lib. 10 de sus epis-
 «tolas): Pudiste, mi Secundo muy amado, no du-
 «dar acerca de lo que determinaste consultarme,

«como sepas muy bien que mi intencion no es con
 «el miedo y terror de los hombres adquirir la re-
 «verencia de mi nombre. Estas palabras, que son
 «de la pluma de Trajano, ¿quién dudará que son
 «de la boca de S. M., y de la intencion y nota de
 «V. E. ? Los tiempos, no los méritos, adelantaron
 «á este emperador; y este valido á tan glorioso
 «monarca en S. M., ha privado tan desinteresada-
 «mente celoso como V. E.»

Este discurso de don Francisco cuán conforme sea á las máximas que llevan los que persuaden á los príncipes la clemencia, como mas necesaria y mas provechosa que el rigor, se echará de ver por los versos del conde Gerónimo Gracian, cuya pluma ha resucitado á Apolo en lo grande de su estilo y eminente de sus sentencias, en que no debe á los antiguos, y deben mucho á su ingenio los modernos, y no menos le deberán los postreros en la eternidad de sus escritos; pues en el poema heroico de la conquista de Granada en el canto 16 introduce al duque de Medina-Sidonia, que así habla al rey don Fernando:

Opri medica mano il ferro, e il foco,
 Quando bisogno il chiede, arte lo vuole;
 Ma piú goda in trovar, se il rischio è poco,
 Piacevoli rimedi á chi si duole.
 Sciocco è l' agricoltor, che il tempo, e il loco
 Ne le piante osserrar prima non suole;
 Ma l' usanze, é le regole áeride,
 Et in vece de in rami il troneo incide.
 Non col sangue, Signor, non col rigore
 La Maestá si adorna, e si difende;
 Ma sol con la clemenza, e con l' amore
 Sicura, e venerabile si rende.

Si Dio, quando e sdegnato, il suo furore
 Dove il danno e minor placido stende,
 Dio, che può fulminar popoli e Regni.
 Fulminando le selve, empie i suoi sdegni,
 Con queste arti si regna, e questi furo
 Dei tuoi grandi Avi i gloriosi fregi;
 E tu il regno cor lor stima sicuro
 Ove clemenza e cortesia si pregi,
 Sostengano l' impero acerbo e duro
 Con l' armi e col terror barbari Regi;
 Ai tiranni Africanni, o in Tracia porte
 Rigido Consiglier sensi di morte.

Finalmente las razones traidas por don Francisco, tan concluyentes, y fortalecidas con un noble rendimiento, abrieron brecha en el magnánimo corazon del conde-duque, en cuyas prudentes y acertadas resoluciones descansaba la magestad del rey don Felipe IV nuestro señor, y todo el peso de su monarquía; y fuéronse disponiendo las cosas con mas blandura, aunque no le mandaron por entonces salir libre de aquella prision, sino quando el conde-duque salió de la corte para Toro. Cesando ya, por orden de S. M. el rigor contra don Francisco, vino luego á Madrid para poner cobro á su hacienda, habiendo perdido gran parte de ella, juntamente con la salud; pues con las descomodidades y trabajos que padeció, se le habian hecho dos postemas en el pecho, y tan enconadas, que fueron despues causa de su muerte. El primer amigo que le buscó, pues lo era en el afecto y buena correspondencia, fué don Francisco Oviedo, que habiendo quedado depositario de su hacienda quando le llevaron á Leon, se la volvió tan puntualmente, que le dijo don Francisco de Quevedo:

«Todos cuando me prendieron, luego me juzgaron por muerto, y en solo vmd. duró la fé de que podía vivir; y asi solo hallo la hacienda que paró en su poder.» Habiendo estado algun tiempo en la córte, faltándole los medios para asistir con decencia, se retiró á la Torre de Juan Abad, donde se le agravaron tanto sus achaques, que estuvo muy de peligro; y porque le acudieran con los remedios mas prontamente, dejó la Torre, y se fué á Villanueva de los Infantes, que por haber sido patria de Santo Tomás, arzobispo de Valencia, que de la misma villa tomó el nombre, le era grande consuelo; siendo muy devoto del santo, cuya vida escribió. Estuvo en la cama largo tiempo, sufriendo sus dolencias y afanes con tanto valor, y paciencia, que dejaba admirados á todos los caballeros de aquel lugar, que muy frecuentemente le visitaban, saliendo de su casa cada dia mas edificados por la serenidad de ánimo y resignacion en las manos de Dios con que lo llevaba todo. Fué disponiendo sus cosas para dejarlas con el orden con que habia vivido. Hizo su testamento y última voluntad en 26 de abril del año de 1643, mandando fundar de toda su hacienda un mayorazgo, y dejándole á su sobrino don Pedro Aldrete y Carrillo, con calidad que se llamase tambien Quevedo, prefiriéndole al hermano mayor porque seguia el camino de las letras, y era entonces mozo de la esperanza que ha ido gloriosamente desempeñando con la edad y estudios. Dejó algunas mandas, en que se divisa su piedad, nombrando por testamentarios y ejecutores de su última voluntad al duque de Medinaceli (su verdadero Mecenas, en quien con la grandeza de su prosapia

sangre real se junta con grados de ventaja lo eminente de su sabiduría y lo agudo de su entendimiento), y al marqués de Villanueva del Rio, duque de Huesca, de los mayores y mas ilustres señores de Castilla; á los cuales añadió otros dos, como mas á la mano para la ejecucion de lo dispuesto en el testamento, y fueron don Francisco Oviedo (secretario de S. M., caballero muy conocido y de todos estimado por sus prendas y calidad, y grande amigo de don Francisco, como se ha dicho arriba), y don Florencio de Vera y Chacon, religioso de la órden de Santiago, y vicario de Villanueva de los Infantes, el cual se halló presente; y viendo que lo iba disponiendo todo conforme su grande capacidad, le insinuó se acordase de la solemnidad y lucimiento de su entierro y honras, y que dejase alguna cantidad para los músicos que habian de asistir á ello: pero don Francisco, que viviendo fué poco ambicioso y siguió siempre por el camino de la mediocridad, quiso tambien en la muerte mostrar el mismo desasimiento; y para que se entendiese que no le llevaban semejantes pompas respondió: «La música páguela quien la oyere:» imitando en esto la buena eleccion que tuvieron muchos hombres sábios, que mandaron escusar en sus entierros toda solemnidad y ostentacion superflua, como lo hizo Eugenio IV, sumo pontífice, y Lorenzo de Médicis, padre de las letras, de quien dice Angelo Policiano en la epist. 2 del lib. 4 *Mandavit & de funere. ut scilicet avi Cosmi exemplo justa sibi fierent, intra modum videlicet eum, qui privato conveniat.* Y de los germanos escribe Tacito en el libro de sus costumbres: *Funerum nulla ambitio.*

Viendo los médicos que por la fuerza del mal iba don Francisco desfalleciendo cada dia, mandáronle dar los santos sacramentos, así del viático, como de la extrema-uncion. Lleváronle la sacrosanta eucaristia con público y lucido acompañamiento de la parroquia, y la recibió con reverente ternura é intensa devocion, fortaleciéndose con el pan de la vida eterna para pelear con la muerte y vencer en el último conflicto al comun adversario del género humano. Quisiéronle traer juntamente la santa uncion, y mandó diferirla, pareciéndole no corria tanta prisa. Sintióse despues algo aliviado de sus males; pero no pasó muy adelante la mejoría, pues volvieron con tanta violencia, que obligaron á venir desde Granada para asistirle á su sobrino don Pedro Aldrete y Carrillo, que siguiendo entonces el curso de sus estudios en la famosa universidad de Salamanca, solia los veranos irse con su tio don Martin Carrillo, arzobispo de aquella ciudad, varon escelso y verdadero dechado de prelados. Alegróse sumamente don Francisco de ver a don Pedro, a quien queria entrañablementé por sus prendas de virtud y letras; y despues de haber estado con él algunos dias, quiso que volviese á Granada, pidiéndole tan solamente le dejase persona que le sirviese de secretario. Ejecutó don Pedro su viage, dejando con su tio al licenciado Juan Lopez, criado suyo muy antiguo, y tan ejemplar y virtuoso, que hoy es beneficiado de la villa de Agreda; el cual le asistió con grande puntualidad, así en escribirle, como en todo lo que se le ofreció en su enfermedad, hallando en él don Francisco muy particular descanso y consuelo. Desde que recibió el viático hasta lo último de su vida,

cada día se quedaba á solas tres y cuatro horas, previniéndose á la muerte con fervorosos actos de amor de Dios; y con la asidua contemplacion suavizaba paso tan terrible, que ha dado grande cuidado á los mayores santos de la iglesia. Mandaba despejar su cuarto; y si alguno se asomaba para ver lo que hacia ó si habia menester alguna cosa, sentia casi con impaciencia que le estorbasen su recogimiento. Parece quiso imitar al gran padre San Agustin, que segun escribe Pasidio en el capítulo 31 de su vida, por diez dias antes de su dichosa muerte mandó que nadie entrase en su aposento por cualquier acontecimiento, sino tan solo cuando iban los médicos á verle, y cuando le llevaban la comida, gastando lo demas del tiempo en continua oracion y union de su alma con Dios, y en leer con abundantes lágrimas los salmos penitenciales, que escritos con letras grandes en un cuaderno, los habia hecho colgar de la pared junto á la cama. Tres dias antes de morir, llevándole el licenciado Juan Lopez algunas cartas á que las firmase, dijo públicamente á los que alli estaban presentes: «Estas son las últimas cartas que tengo de firmar.» Y el día de su muerte, tres horas antes de cerrar el periodo de la vida, mandó llamar al médico, y dándole el pulso le preguntó qué tiempo, segun su parecer, podria vivir. Rehusaba el médico decirlo; y don Francisco diversas veces le instó á que hablára con libertad, pues no le causaria horror ninguno trance que tenia tan á la vista, que aun cuando mas lejos estaba de su noticia, habia procurado hacérsele presente, ensayándose con la prevencion á no temerle. Entonces el médico le dijo que le parecia viviria aun tres dias; pe-

ro don Francisco, que tenia hecho mas acertado juicio del estado en que se hallaba, replicó que no viviria tres horas; y luego pidió le trajesen la santa uncion, que muchos dias antes habia diferido para aquel punto. Habiéndola recibido con suma devocion, pagó el tributo comun, dando el espíritu á su Criador, aun antes de cumplirse las tres horas que habia dicho, quedando con mejor semblante que cuando vivia, de suerte que parecia haberse dormido. Sucedió su muerte el año de 1645, á 8 de setiembre, dia célebre por el nacimiento de nuestra señora, y por la dichosa muerte de Santo Tomás de Villanueva, su abogado y protector; habiendo antes repetido muchas veces que su mayor consuelo era morir en dia tan señalado; prenda muy cierta del patrocinio que hallaria en la intercesion de la madre de Dios y del santo, de quienes fué muy devoto. Y no carece de misterio el haber fenecido el curso de su vida en dia tan célebre por muerte y nacimiento; pues por lo que se vió en su buena disposicion, se puede tener por constante que murió á la vida perecedera, para nacer á la inmortal de los bienaventurados. Fué tan grande y general el sentimiento que causó, como lo era la pérdida de varon tan grande, que ilustró la república literaria con aplauso universal.

Compuesto el cuerpo con la diiigencia acostumbrada, y vestido con el manto de caballero, y botas y espuelas doradas, tratóse de sus exequias y entierro. Y porque en su testamento habia ordenado que le enterrasen por via de depósito en la capilla mayor de la iglesia y convento de Santo Domingo de Villanueva, en la bóveda

que estaba enterrada doña Petronila de Velasco, viuda de don Gerónimo de Medinilla, y que de allí le transfiriesen á la iglesia y convento real de Santo Domingo de Madrid en la sepultura de su hermana doña Margarita de Quevedo ; previniéndose los frailes para el depósito, no quisieron venir en ello el vicario y clérigos de la parroquia, deseando tener esta prenda en su iglesia, á la que finalmente le llevaron con grande lucimiento, y concurso y le hicieron suntuosas exequias depositándole en la bóveda de la capilla de los Bustos, caballeros muy antiguos de aquella tierra. Fué don Francisco de mediana estatura: el pelo negro y algo encrespado: la frente grande: sus ojos muy vivos; pero tan corto de vista que llevaba continuamente anteojos: la nariz y demas miembros proporcionados y de medio cuerpo arriba bien hecho (aunque cojo y lisiado de entrambos pies que los tenia torcidos hácia dentro): algo abultado sin que le afease : muy blanco de cara y en lo mas principal de su persona concurrieron todas las señales que los fisónomos celebran por indicio de buen temperamento y virtuosa inclinacion: de manera que de su ánimo en piedad y letras escélenste no se podia decir lo que á un filósofo mal encarado dijo un astrólogo : *Tuus animus malè habitat.* «Tu animo vive en mala posada.» No niego que en el verdor de sus años tuvo mocedades y condiccion algo fuerte, pero supo reportar su mala inclinacion con los estudios continuos y egercicios de virtud; de tal suerte que nunca se desmandó á cosa que oliese á escándalo; antes con la madurez de los años fué mostrando cuan templadas y sujetas á la razon tenia sus pasiones dando á todos muy buen

ejemplo. Cuán inclinado fué á la devocion y obras de religion cristiana indicios son las limosnas que hacia, los buenos consejos que daba, los libros espirituales que sacó y la frecuencia de los santos sacramentos de la penitencia y eucaristia. Guardaba un cuaderno en que tenía asentadas todas las confesiones que habia hecho asi generales como particulares desde que tuvo uso de razon, con que tomando el hábito de Santiago no le hizo novedad la costumbre de tener los caballeros certificacion de las veces que confiesan por obligacion y mucho menos la de juntarse los dias solemnes á comulgar. Lo que se debe ponderar es que se previno con tantas veras á la muerte, que fuera de las vivas diligencias que hizo estando enfermo aun bueno y sano pensaba muy á menudo en los medios para disponerse á ella. Y en los últimos años de su edad habia hecho tales progresos en el desengaño del mundo, que solia decir á sus amigos: *No hallo cosa de esta vida en que poner los ojos sin que no haga un pronto recuerdo de la muerte:* consideracion á que tambien llegó con la luz natural el filósofo Séneca, que entrando en un huerto y vergel que desde sus primeros años habia plantado fabricando un muy noble y acomodado caserío y viendo algunos árboles viejos y carcomidos y el edificio que amenazaba ruina dijo que por cualquier lado que miraba encontraba simulacros que le representaban lo maduro de su vida, y vecindad de su muerte, como lo escribe á Lucilio en la *epis. 12* donde dice: *Quid mihi futurum est si jam patria sunt ætatis mee saxa?* Y luego sigue: *Debeo hoc suburbano meo, quod mihi senectus mea, quocumque adverteram, apparuit.* Y como á

este filósofo no le causaba molestia el desengaño y conocimiento de la verdad, antes se animaba al menosprecio de todo lo percedero procurando aliviar lo penoso de la muerte con el discurso de ser pensión forzosa y necesaria de quien recibe el beneficio de esta vida; así don Francisco pero con fin mas acertado de la frecuente aplicacion á esta verdad, y ley de la naturaleza humana, vino finalmente á perder á la muerte el miedo, como bien lo dió á entender en la carta á don Antonio de Mendoza, caballero del orden de Calatrava, que sale en el fin de este libro por no haberse jamás impreso y estar tan llena de afectos y razones de cristiana piedad para no temer la muerte, que no es posible haber quien atentamente la lea y quede todavía con su miedo y horror. A otro amigo suyo enseñándole á morir antes, hace reparo en el error de los hombres que no sienten la mayor parte de la muerte que es la vida y tiemblan de la menor que es el último suspiro. Oigan con qué estilo poético se lo dice:

Señor Don Juan, pues con la fiebre apenas
 Se calienta la sangre desmayada,
 Y por la mucha edad desabrigada
 Tiembla, no pulsa, entre la arteria y venas:
 Pues que de nieve están las cumbres llenas,
 La boca de los años saqueada,
 La vista enferma en noche sepultada,
 Y las potencias de egercicio ajenas:
 Salid á recibir la sepultura:
 Acariciad la tumba y monumento;
 Que morir vivo es última cordura.
 La mayor parte de la muerte siento
 Que se pasa en contentos y locuras;
 Y á la menor se guarda el sentimiento.

Algunos dias despues de la muerte de don Francisco con la ocasion de una fiesta de toros que se hacia en Villanueva de los Infantes, un caballero del lugar que habia de salir á torear con rejon para entrar en la plaza con lucimiento, puso la mira en las espuelas doradas y de hechura bien extraordinaria con que habian enterrado á Don Francisco, á quien se las presentaron en Italia y las habia guardado sin ponérselas nunca, solo por honrarse con ellas en su entierro, y tuvo con el sacristan tanta mano que selas hizo quitar con ánimo de volverlas acabada le fiesta sin hacer reparo á que podia serle agüero de funesto acontecimiento alhaja prestada de un difunto. Entróse en la plaza muy galan; pero con mal pie, pues para su aliño despojó los pies de un muerto. El primer toro que embistió vengó su atrevimiento; porque no solo le derribó del caballo, sino que le maltrató de tal suerte que le hizo correr sin menearse hasta el sepulcro porque hiciera restitution de las espuelas al difunto. Dió este suceso no pequeña admiracion á los que tenian noticia que por acicates se habia calzado las espuelas de don Francisco concibiendo algun horror por el respeto que se debe á un cadáver aun en cosas muy leves; á cuyo asunto escribió este epígrama el doctísimo monseñor don Martin Lasarina de Madrigal:

Miles ab Ædituo petiit calcaria funci
 Nuper Quevedis, tradita Sarcophago.
 Ludo his ornatus taurorum ect. cornibus instat,
 Suffosso cecidit, vir, sed iniquus equo.
 Ergo Equitem effosso sequitur si poenot sepulchro,
 Discite sic manes non violare pios.

Y el P. maestro Fr. José Esquivel de la orden de S. Francisco de Paula, lector que fué de teología moral en el convento de Burgos, predicador mayor en el de la Victoria de Segovia, y al presente del de Madrid: ingenio agudísimo y que sobresale con admiración y aplauso común en el teatro de la corte, compuso también sobre esto un romance lírico que así comienza:

Salió á correr unos toros
 Cierta caballero infante;
 Y salió tan de corrida
 Que pudo al salir entrarse.

El caso advierte que nadie se atreva á inquietar los difuntos, así en los cuerpos como en la fama y opinión; y se confirma con otro sucedido en la ciudad de Lima, en el reino del Perú, donde siendo virey el marqués de Mansera y hallándose en un sermón en la iglesia de santo Domingo, el predicador, ponderando las penas del infierno dijo: ¿Creeis, fieles, que las penas infernales son como las pinta en sus obras Quevedillo? A estas palabras el virey, que era muy afecto á don Francisco, cuya muerte habia sucedido dos años antes, dió señas de grande sentimiento, desviando algo la silla en que estaba sentado. Echólo de ver el predicador; y arrepentido de la poca veneración con que habló de hombre tan grande ya difunto, para enmendar el yerro que habia parecido tan mal á todos, en otro sermón en que estuvo también presente el virey, se esplayó mucho en decir elogios, y alabanzas á don Francisco de Que-

vedo, cuya fama volará eternamente con las alas de la atención de los mas entendidos.

Habiéndose ofrecido diez años despues de la muerte de don Francisco abrir la bóveda para otro entierro, quisieron algunos caballeros curiosos mirar su cuerpo y abriendo el atahud, le hallaron entero y sin lesion, ni corrupcion alguna, con grande admiracion de todos y si bien esto no es señal cierta de santidad, como algunos del vulgo en viendo un cuerpo incorrupto suelen creer, y otros que de las palabras del Psalmo 15. *Nec dabis sanctum tuum videre corruptionem* lo infieren; porque ni aun muchos, cuyos cuerpos vemos podrearse, dejan de ser santos, y amigos de Dios, pues los de Jacob, David, y otros se resolvieron en cenizas; y el lugar citado del real profeta se entiende de Cristo nuestro Redentor, como lo esplicó san Pablo en un sermón que se refiere en los hechos Apostólicos, cap. 13; empero el cadáver que se conserva entero, sin haber precedido diligencia humana, ni concurrido alguna causa natural, á que se pueda atribuir, merece alguna atención. Cinco suelen ser las causas naturales de conservarse incorruptos los cuerpos de los difuntos, y las trae don Francisco Torreblanca Villalpando, lib. 4. *Jur. spirit pract. cap. 7.* pero antes las escribió Martin Delrio en la *question 25. del lib. 2. de las Disquisiciones Mágicas.* La primera deriva de la propia complexion del hombre, particularmente de los que nacen, y mueren en tierras cálidas, y secas, como de los persas observa Gerónimo Cardano. La segunda es la moderacion y templanza en el victu; porque los que ni comen, ni beben demasiado, crian pocos humores corruptibles; y no so-

lo cuando vivos suelen no escupir, ni toser, ni echar fuera otras superfluidades (efectos que admira en los persas Xenofonte, atribuyéndolos á su abstinencia en el libro 1 de la *Disciplina de Cyro*); sino tambien despues de muertos se hallan en los sepulcros sus cuerpos secos, y áridos, como se ha visto sin milagro en algunos anacoretas. La tercera es el temple del lugar donde están enterrados, que siendo muy frio, y seco, se quedan los cadáveres helados, en la manera que en las cuevas muy hondas suelen empedernirse las aguas. La cuarta procede del género de muerte; porque segun afirma Plutarco, y Séneca, los cuerpos de los que mueren de rayo del cielo, no se corrompen. La quinta es el bálsamo, y los unguentos, que preservan de corruptela. Ninguna de las referidas se puede dar por causa del efecto que se vé en el cuerpo de don Francisco, sino es la escasez, y templanza en el victu, que para caso semejante le hace mucha fuerza á Martin Delrio en el lugar citado, y para mí la tiene muy grande. Pero quando esto no tuviere lugar, porque suelen concurrir en un cuerpo otras calidades sujetas á corrupcion, que no se pueden vencer con la abstinencia, será fuerza hacer recurso á las causas ocultas; las cuales, no siendo facil alegar con la certeza, y juicio que pide materia tan grave, yo siempre hiciera toda estimacion de la buena muerte de este varon insigne.

Esto es lo que hasta ahora de la vida de don Francisco de Quevedo he podido recoger de las noticias que me han participado personas dignas de todo crédito, que le comunicaron, y que he sacado de papeles, y otros recados auténticos, que

han llegado á mis manos. Si alguno tuviere que advertir, así en lo escrito, como en lo que falta de los hechos, y dichos de tan admirable ingenio, podrá servirse de no ocultarme sus noticias, atendiendo á la satisfaccion de los curiosos, y á que en la segunda impresion salga esta obra, con lo que se añadiere, mas cumplida; con la seguridad de que hallará en mí la debida estimacion, y agradecimiento.

EL SUEÑO

DE LAS CALAVERAS.



AL CONDE DE LEMOS, PRESIDENTE DE INDIAS.

A manos de V. E. van estas desnudas verdades, que buscan no quien las vista, sino quien las consienta; que á tal tiempo hemos venido, que con ser tan sumo bien, hemos de rogar con él. Prométese seguridad en ellas solas. Viva V. E. para honra de nuestra edad.

DISCURSO.

Los sueños dice Homero que son de Júpiter y que él los envia: y en otro lugar, que se han de creer: es asi cuando tocan en cosas importantes y piadosas, ó los sueñan reyes y grandes señores, como se colige del doctísimo y admirable Propercio en estos versos:

Nec tu sperne piis venientia somnia portis,
Cum pia venerunt somnia pondus habent.

Digolo á propósito, que tengo por caído del cielo uno, que yo tuve estas noches pasadas, habiendo cerrado los ojos con el libro del Dante; lo cual fué causa de soñar que veía un tropel de visiones. Y aunque en casa de un poeta es cosa dificultosa creer que haya cosa de juicio (aun por sueños), le hubo en mí por la razon que da Claudiano en la prefacion al libro segundo del Rabto, diciendo que todos los animales sueñan de noche como sombras de lo que trataron de dia. Y Petronio Arbitro dice:

Et canis in somnis leporis vestigia latrat.

Y hablando de los jueces:

Et pavido cernit inclusum corde tribunal.

Parecióme, pues, que veía un mancebo, que discurriendo por el aire, daba voz de su aliento á una trompeta, afeando con su fuerza en parte su hermosura. Halló el son obediencia en los mármoles y oídos en los muertos: y así al punto comenzó á moverse toda la tierra y á dar licencia á los huesos, que anduviesen unos en busca de otros. Y pasando tiempo (aunque fué breve) ví á los que habían sido soldados y capitanes levantarse de los sepulcros con ira, juzgándola por seña de guerra: á los avarientos, con ansias y congojas, recelando algun rebato; y los dados á vanidad y gula, con ser

áspero el son, lo tuvieron por cosa de sarao, ó caza. Esto conocia yo en los semblantes de cada uno y no ví que llegase el ruido de la trompeta á oreja, que se persuadiese á lo que era. Despues noté de la manera que algunas almas huian, unas con asco, y otras con miedo de sus antiguos cuerpos: á cual faltaba un brazo, á cual un ojo; y dióme risa ver la diversidad de figuras, y admiróme la providencia, en que estando barajados unos con otros nadie por yerro de cuenta se ponía las piernas ni los miembros de los vecinos. Solo en un cementerio me pareció que andaban destrocando cabezas, y que ví á un escribano que no le venia bien el alma, y quiso decir que no era suya, por descartarse de ella. Despues ya que á noticia de todos llegó que era el dia del juicio, fué de ver como los lujuriosos no querian que los hallasen sus ojos, por no llevar al tribunal testigos contra sí: los maldicientes las lenguas: los ladrones y matadores gastaban los pies en huir de sus mismas manos. Y volviéndome á un lado, ví á un avariento, que estaba preguntando á otro (que por haber sido embalsamado y estar lejos sus tripas no hablaba) porque no habian llegado si habian de resucitar aquel dia todos los enterrados, si resucitarian unos bolsones suyos? Ríerame, si no me lastimára á otra parte el afan con que una gran chusma de escribanos andaba huyendo de sus orejas, deseando no las llevar, por no oír lo que esperaban; mas solos fueron sin ellas los que acá las habian perdido por ladrones, que por descuido no fueron los mas. Pero lo que mas me espantó fué ver los cuerpos de dos ó tres mercaderes, que se habian vestido las almas del revés y tenian todos los cinco

sentidos en las uñas de la mano derecha. Yo veía todo esto de una cuesta muy alta, cuando oí dar voces á mis pies, que me apartase; y no bien lo hice, cuando comenzaron á sacar la cabeza muchas mugeres hermosas, llamándome descortés y grosero, porque no habia tenido mas respeto á las damas (que aun en el infierno están las tales, y no pierden esta locura) Salieron fuera muy alegres de verse gallardas y desnudas entre tanta gente que las mirase; aunque luego conociendo que era el dia de ira, y que la hermosura las estaba acusando de secreto, comenzaron á caminar al valle con pasos mas entretenidos. Una que habia sido casada siete veces, iba trazando disculpas para todos los maridos. Otra de ellas, que habia sido pública ramera, por no llegar al valle, no hacia sino decir que se le habian olvidado las muelas y una ceja, y volvía, y deteníase; pero al fin llegó á vista del teatro, y fué tanta la gente que los habia ayudado á perder y que señalándola daban gritos contra ella, que se quiso esconder entre una caterva de corchetes, pareciéndola que aquella no era gente de cuenta, aun en aquel dia. Divirtiome de esto un gran ruido que por la orilla de un rio venia de gente en cantidad, tras un médico, que despues supe que lo era en la sentencia. Eran hombres que habia despachado sin razon antes de tiempo, y venian por hacerle que pareciese; y al fin, por fuerza le pusieron delante del trono. Á mi lado izquierdo oí como ruido de alguno que nadaba, y vi un juez, que lo habia sido, que estaba en medio de un arroyo lavándose las manos, y esto hacia muchas veces. Llegueme á preguntarle ¿por qué se lavaba tanto? y díjome que en vida, sobre

ciertos negocios se las habian untado; y que estaba porfiando alli, por no parecer con ellas de aquella suerte delante de la universal residencia. Era de ver una legion de verdugos con azotes, palos y otros instrumentos, cómo traian á la audiencia una muchedumbre de taberneros, sastres y zapateros que de miedo se hacian sordos; y aunque habian resucitado, no querian salir de la sepultura. En el camino por donde pasaban al ruido sacó un abogado la cabeza, y preguntóles que á dónde iban. Y respondieronle: Al tribunal del Radamanto; á lo cual, metiéndose mas adentro, dijo: Esto me ahorraré de andar despues, si he de ir mas abajo. Iba sudando un tabernero de congoja, tanto, que cansado se dejaba caer á cada paso, y á mí me pareció que le dijo un verdugo: Harto es que sudeis el agua, y no nos la vendais por vino. Uno de los sastres, pequeño de cuerpo, redondo de cara, malas barbas y peores hechos, no hacia sino decir: ¿Qué pude hurtar yo, si andaba siempre muriéndome de hambre? Y los otros le decian (viendo que negaba haber sido ladron) qué cosa era despreciarse de su oficio. Toparon con unos salteadores y capeadores públicos, que andaban huyendo unos de otros, y luego los verdugos cerraron con ellos, diciendo que los salteadores bien podian entrar en el número, porque eran á su modo sastres silvestres y monteses, como gatos del campo. Hubo pendencia entre ellos sobre afrentarse los unos de ir con los otros; y al fin juntos llegaron al valle. Tras ellos venia la locura en una tropa, con sus cuatro costados, poetas, músicos, enamorados y valientes, gente en todo agena de este dia: pusieronse á un lado, andaban contándose dos ó tres

procuradores las caras que tenían, y espantábanse que les sobrasen tantas, habiendo vivido descaramadamente. Al fin vi hacer silencio á todos.

El trono era obra donde trabajaron la omnipotencia, y el milagro. Júpiter estaba vestido de sí mismo, hermoso para los unos, y enojado para los otros: el sol, y las estrellas colgando de su boca: el viento tullido, y mudo: el agua recostada en sus orillas: suspensa la tierra, temerosa, en sus hijos de los hombres. Algunos amenazaban al que los enseñó con su mal ejemplo peores costumbres. Todos en general pensativos. Los piadosos, en qué gracias le darian, como rogarian por sí: y los malos en dar disculpas. Andaban los procuradores mostrando en sus pasos, y colores las cuentas que tenían que dar de sus encomendados, y los verdugos repasando sus copias, tarjas y procesos. Al fin todos los defensores estaban de la parte de adentro, y los acusadores de la de afuera. Estaban guardas á una puerta, tan angosta, que los que estaban á puros ayunos flacos, aun tenían algo que dejar en la estrechura.

A un lado estaban juntas las desgracias, peste, y pesadumbres, dando voces contra los Médicos. Decía la peste que ella los habia herido; pero que ellos los habian despachado. Las pesadumbres que no habian muerto ninguno sin ayuda de los doctores: y las desgracias que todos los que habian enterado, habian ido por entrambos. Con eso los médicos quedaron con cargo de dar cuenta de los difuntos. Y así, aunque los necios decían que ellos habian muerto mas, se pusieron los médicos con papel y tinta en un alto, con su arancel, y en nombrando la gente, luego salía uno de ellos, y en al-

ta voz decia: Antemí pasó, á tantos de tal mes. &c. Pilatos se andaba lavando las manos muy aprieta, para irse con sus manos lavadas al brasero. Era de ver como se entraban algunos pobres entre media docena de reyes, que tropezaban con las coronas, viendo entrar las de los sacerdotes tan sin detenerse. Llegó en esto un hombre desahogado de ceño; y alargando la mano, dijo: Esta es la carta de exámen. Admiráronse todos: dijeron los porteros, que quién era? y él en altas voces respondió: Maestro de esgrima examinado, y de los mas diestros del mundo; y sacando unos papeles del pecho, dijo que aquellos eran los testimonios de sus hazañas. Cayéronsele en el suelo por descuido los testimonios, y fueron á un tiempo á levantarlos dos furias, y un alguacil, y él los levantó primero que las furias. Llegó un abogado, y alargó el brazo para asirle, y meterle dentro; y él, retirandose, alargó el suyo, y dando un salto, dijo: Esta de puño es irreparable; y pues enseño á matar, bien puedo pretender que me llamen Galeno; que si mis heridas anduvieran en mula, pasarán por médicos malos: si me queris probar, yo daré buena cuenta. Riéronse todos, y un oficial algo moreno le preguntó, qué nuevas tenia de su alma? Pidiéronle no sé qué cosas, y respondió que no sabia tretas contra los enemigos de ella. Mandáronle que se fuese; y diciendo: Entre otro, se arrojó. Y llegaron unos despenseros á cuentas (y no rezándolas), y en el ruido con que venia la trulla, dijo un ministro: Despenseros son; y otros dijeron: No son; y otros: Sison; y dióles tanta pesadumbre la palabra sison, que se turbaron mucho. Con todo pidieron que se les buscasse su abo-

gado: y dijo un verdugo: Ahí está Judas, que es apóstol descartado. Cuando ellos oyeron esto, volviéndose á otra furia, que no se daba manos á señalar hojas para leer, dijeron: Nadie mire, y vamos á partido; y tomamos infinitos siglos de fuego. El verdugo, como buen jugador; dijo: partido pedis? no teneis buen juego. Comenzó á descubrir; y ellos, viendo que miraba, se echaron en baraja de su bella gracia. Pero tales voces, como venian tras de un malaventurado pastelero, no se oyeron jamás de hombres hechos cuartos; y pidiéndole que declarase en qué les habia acomodado sus carnes, confesó que en los pasteles: y mandaron que les fuesen restituidos sus miembros de cualquier estómago en que se hallasen. Dijeronle si queria ser juzgado, y respondió que sí, á Dios, y á la ventura. La primera acusacion decia no sé qué de gato por liebre: tanto de huesos, y no de la misma carne, sino advenedizos: tanto de oveja y cabra, caballo, y perro; y cuando él vió que se les probaba á sus pasteles haberse hallado en ellos mas animales que en el Arca de Noé (porque en ella no hubo ratones, ni moscas, y en ellos sí); volvió las espaldas, y dejóles con la palabra en la boca. Fueron juzgados filósofos, y fué de ver como ocupaban sus entendimientos en hacer silogismos contra su salvacion. Mas lo de los poetas fué de notar, que de puro locos querian hacer á Júpiter malilla de todas las cosas. Virgilio andaba con su *Sicelides Musæ*, diciendo que era el nacimiento; massaltó un verdugo, y dijo no sé qué de Mecenas, y Octavia, y que habia mil veces adorado unos cuernecillos suyos, que los traía por ser dia de mas fiesta: y contó no sé qué cosas. Y al fin, llegando

Orfeo (como mas antiguo) á hablar por todos, le mandaron que se volviese otra vez á hacer el experimento de entrar en el infierno para salir; y á los demas, por hacérseles camino, que le acompañasen. Llegó tras ellos un avariento á la puerta, y fué preguntado qué queria, diciéndole que los preceptos guardaban aquella puerta de quien no los habia guardado; y él dijo que en cosas de guardar era imposible que hubiese pecado. Leyó el primero: amar á Dios sobre todas las cosas; y dijo que él solo aguardaba á tenerlas todas para amar á Dios sobre ellas. No jurar: dijo que aun jurando falsamente, siempre habia sido por muy grande intereses; y que asi no habia sido en vano. Guardar las fiestas: Estas, y aun los dias de trabajo guardaba, y escondia. Honrar padre, y madre: Siempre les quité el sombrero. No matar: Por guardar esto no comia, por ser matar la hambre comer. De mugeres: En cosas que cuestan dineros, ya está dicho. No levantarás falso testimonio. Aqui, dijo un verdugo, es el negocio, avariento, que si confiesas haberle levantado, te condenas; y si no, delante del juez te levantarás á tí mismo. Enfadóse el avariento, y dijo: Si no he de entrar, no gastemos tiempo (que hasta aquello rehusó de gastar). Convencióse con su vida, y fué llevado adonde merecia. Entraron en esto muchos ladrones, y salvaronse de ellos algunos ahorcados. Y fué de manera el ánimo, que tomaron los escribanos, que estaban delante de Mahoma, Lutero, y Judas, (viendo salvar ladrones) que entraron de golpe á ser sentenciados, de que les tomó á los verdugos muy gran risa. Los procuradores comenzaron á esforzarse, y á llamar abogados.

Dieron principio á la acusacion los verdugos, y no la hacian en los procesos que tenian hechos de sus culpas, sino con los que ellos habian hecho en esta vida. Dijeron lo primero: Estos, señor, la mayor culpa suya es ser escribanos. Y ellos respondieron á voces (pensando que disimularian algo) que no eran sino secretarios. Los abogados comenzaron á dar descargo, que se acabó en: es hombre, y no lo hará otra vez, y alcen el dedo. Al fin se salvaron dos ó tres, y á los demas dijeron los verdugos: Ya entienden. Hiciéronles del ojo, diciendo que importaban alli para jurar contra cierta gente. Uno azuzaba testigos, y repartia orejas de lo que no se habia dicho, y ojos de lo que no habia sucedido, salpicando de culpas postizas la inocencia. Estaba engordando la mentira á puros enredos; y vi á Judas, á Mahoma, y á Lutero recatar de esta vecindad, el uno la bolsa, y el otro el zancarron. Lutero decia: Lo mismo hago yo escribiendo. Solo se lo estorbó aquel médico que dije, que forzado de los que le habian traído, parecieron él, un boticario y un barbero; á los cuales dijo un verdugo, que tenia las cópias: ante este doctor han pasado los mas difuntos, con ayuda de este boticario y barbero, y á ellos se les debe gran parte de este dia. Alegó un procurador por el boticario, que daba de valde á los pobres; pero dijo un verdugo, que hallaba por su cuenta, que habian sido mas dañosos los botes de su tienda, que diez mil de pica en la guerra; porque todas sus medicinas eran espurias, y con esto habian hecho liga con una peste, y habia destruido dos lugares. El médico se disculpaba con él, y al fin el boticario se desapareció: y el médico y el barbero

andaban á daca mis muertes y toma las tuyas. Fué condenado un abogado porque tenia todos los derechos con corvas, cuando descubierto un hombre, que estaba detrás de este á gatas, porque no le viesen, y preguntando quién era? dijo que cómico; pero un verdugo muy enfadado replicó: farandulero es el señor; y pudiera haber aherrado aquesta venida sabiendo lo que hay. Juró de irse, y fuese sobre su palabra. En esto dieron con muchos taberneros en el puesto, y fueron acusados de que habian muerto mucha cantidad de sed á traicion, vendiendo agua por vino. Estos venian confiados en que habian dado á un hospital siempre vino para los sacrificios; pero no les valió, ni á los sastres decir que habian vestido niños; y así todos fueron despachados como siempre se esperaba. Llegaron tres ó cuatro estrangeros ricos pidiendo asiento, y dijo un ministro: piensan ganar en ellos? Pues esto es lo que les mata. Esta vez han dado mala cuenta y no hay donde se sienten, porque han quebrado el banco de su crédito. Y volviéndose á Júpiter dijo un ministro: todos los hombres, señor, dan cuenta de lo que es suyo; mas estos de lo ageno y todo. Pronuncióse la sentencia contra ellos: yo no la oí bien; pero ellos desaparecieron. Vino un caballero tan derecho, que al parecer queria competir con la misma justicia, que le aguardaba: hizo muchas reverencias á todos, y con la mano una ceremonia usada de los que beben en charco. Traia un cuello tan grande, que no se le echaba de ver si tenia cabeza. Preguntóle un portero de parte de Júpiter, si era hombre? y él respondió con grandes cortesias que sí, y que por mas señas se llamaba don Fulano, á

té de caballero. Rióse un ministro y dijo: de codicia es el mancebo para el infierno. Preguntáronle qué pretendia? y respondió: ser salvado, y fué remitido á los verdugos para que le moliesen; y él solo reparó en que le ajarian el cuello. Entró tras él un hombre dando voces, diciendo: aunque las doy, no tengo mal pleito, que á cuantos simulacros hay, ó á los mas, he sacudido el polvo. Todos esperaban ver un Diocleciano ó Neron, por lo de sacudir el polvo, y vino á ser un sacristan que azotaba los retablos: y se habia con esto ya puesto en salvo, sino que dijo un ministro, que se hebía el aceite de las lámparas y echaba la culpa á una lechuzá; por lo cual habian muerto sin ella: que pellizcaba de los ornamentos para vestirse: que heredaba en vida las vinageras, y que tomaba alforzas á los oficios. No sé qué descargo se dió, que le enseñaron el camino de la izquierda. Dando lugar unas damas alcorzadas, que comenzaron á hacer melindres de las malas figuras de los verdugos, dijo un procurador á Vesta, que habian sido devotas de su nombre aquellas, que las amparase; y replicó un ministro, que tambien fueron enemigas de su castidad. Sí por cierto, dijo una que habia sido adúltera; y el demonio la acusó que habia tenido un marido en ocho cuerpos: que se habia casado de por junto en uno para mil. Condenóse esta sola, é iba diciendo: ojalá supiera que me habia de condenar, que no hubiera cansádome en hacer buenas obras! En esto, que era todo acabado, quedaron descubiertos Judas, Mahoma y Martin Lutero; y preguntando un ministro cuál de los tres era Judas? Lutero y Mahoma dijeron cada uno que él; y corrióse Judas tanto, que dijo en altas

voces: señor, yo soy Judas, y bien conoceis vos que soy mucho mejor que estos, porque si os vendí, remedié al mundo, y estos vendiéndose á sí y vos, lo han destruido todo. Fueron mandados quitar delante; y un abogado, que tenia la copia, halló que faltaban por juzgar los malos alguaciles y corchetes. Llamáronles, y fué de ver que asomaron al puesto muy tristes, y dijeron: aqui lo damos por condenado, no es menester nada. No bien lo dijeron, cuando cargado de astrolabios y globos entró un astrólogo dando voces y diciendo que se habian engañado, que no habia de ser aquel dia el dia del juicio, porque Saturno no habia acabado sus movimientos, ni el de trepidacion el suyo. Volvióse un verdugo y viéndole tan cargado de madera y papel, le dijo: Ya os traeis la leña con vos, como si supierades, que de cuantos cielos habeis tratado en vida estais de manera, que por la falta de cada uno solo, en muerte os ireis al infierno. Eso no iré yo, dijo él. Pues llevaros han, y así se hizo.

Con esto se acabó la residencia y tribunal: huyeron las sombras á su lugar, quedó el aire con nuevo aliento, floreció la tierra, rióse el cielo, Júpiter subió consigo á descansar en sí los dichosos, y yo me quedé en el valle, y discurriendo por él, oí mucho ruido y quejas en la tierra. Lleguéme por ver lo que habia, y ví en una cueva honda (garganta del Averno) penar muchos: y entre otros un letrado revolviendo, no tanto leyes, como caldos; un escribano comiendo solo letras, que no habia querido solo leer en esta vida, todos ajuares del infierno. Las ropas, ó tocados de los condenados estaban prendidos, en vez de clavos y al-

fileres, con alguaciles: un avariento contando mas duelos que dineros: un médico pensando en el orinal y un boticario en una melecina. Dióme tanta risa ver esto, que me despertaron las carcajadas; y fué mucho quedar de tan triste sueño mas alegre que espantado.

Sueños son estos, que si se duerme vmd. sobre ellos, verá que por ver las cosas como las veo, las esperará como las digo.



EL ALGUACIL

ALGUACILADO.



AL CONDE DE LEMOS , PRESIDENTE DE INDIAS.

Bien sé que á los ojos de V. E. es mas endemoniado el autor que el sugeto: si lo fuere tambien el discurso , habré dado lo que se esperaba de mis pocas letras , que amparadas , como de dueño, de V. E. y su grandeza, despreciarán cualquier temor. Ofrezco este discurso del Alguacil Alguacilado: recíbale V. E. con la humanidad que me hace merced, asi yo vea en su casa la sucesion que tanta nobleza y méritos piden.

Esté advertido V. E. que los seis géneros de demonios, que cuentan los supersticiosos y hechiceros (los cuales por esta orden divide Pselo en el capítulo 41 del libro de los demonios) son los mismos que las órdenes en que se distribuyen los alguaciles malos. Los primeros llaman Leliurios, que quiere decir Igneos: los segundos, Aereos: los

terceros Terrenos: los cuartos Acuáticos: los quintos Subterráneos: los sextos Lucifugos, que huyen de la luz. Los Igneos son los criminales, que á sangre y fuego persiguen los hombres: los Aereos son los soplones, que dan viento: Aqueos son los porteros, que prenden por si vació ó no vació sin decir *agua vá*, fuera de tiempo; y son Aqueos, con ser casi todos borrachos y vinosos. Terrenos son los civiles, que á puras comisiones y ejecuciones destruyen la tierra. Lucifugos los rondadores, que huyen de la luz, debiendo la luz huir de ellos. Los Subterráneos, que están debajo de tierra, son los escudriñadores de vidas, fiscales de honras y levantadores de falsos testimonios, que debajo de la tierra sacan que acusar, y andan siempre desenterrando los muertos y enterrando los vivos.

AL PIO LECTOR

Y si fueres cruel y no pio, perdona, que este epiteto natural del pollo has heredado de Eneas, de quien descienes. Y en agradecimiento de que te hago cortesía en no llamarte benigno lector, advierte, que hay tres géneros de hombres en el mundo: los unos, que por hallarse ignorantes, no escriben y estos merecen disculpa por haber callado, y alabanza por haberse conocido. Otros, que comunican lo que saben: á estos se les ha de tener lástima de la condicion y envidia del ingenio, pidiendo á Dios que les perdone lo pasado y les enmiende lo porvenir. Los últimos no escriben de miedo de las malas lenguas: éstos merecen reprehension; pues si la obra llega á manos de hom-

bres sabios, no saben decir mal de nadie; si de ignorantes, cómo pueden decir mal, sabiendo que si lo dicen de lo malo, lo dicen de sí mismos; y si del bueno, no importa, que ya saben todos que lo entienden. Esta razon me animó á escribir el sueño de las Calaveras, y me permitió osadía para publicar este discurso: si lo quieres leer, léele; y si no, déjale, que no hay pena para quien no le leyere. Si le empezáres á leer y te enfadáres, en tu mano está con que tenga fin donde te fuere enfadoso. Solo he querido advertirte en la primera hoja, que este papel es solo una reprehension de malos ministros de justicia, guardando el decoro que se debe á muchos, que hay loables por virtud, y nobleza, poniendo todo lo que en él hay bajo la correccion de la iglesia romana y ministros de buenas costumbres.

DISCURSO.

Fué el caso, que entré en S. Pedro á buscar al licenciado Calabrés, hombre de bonete de tres altos, hecho á modo de medio celemin, ojos de espulgo, vivos y bulliciosos: puños de Corinto: asomo de camisa por cuello, mangas en escaramuza, y calados de rasgones: los brazos en jarra, las manos en garfio: habla entre penitente y disciplinante: los ojos bajos y los pensamientos tiples: color á partes hendida, y á partes quebrada: tardon en las respuestas y abreviador en la mesa: gran lanzador de espíritus, tanto, que sustentaba el cuerpo con ellos. Entendíasele de ensalmar, haciendo al bendecir unas cruces, mayores que las de los mal casados. Hacia del desaliño humildad;

contaba visiones; y si se descuidaban á creerle, hacia milagros, que me cansó.

Este, señor, era uno de los sepulcros hermosos, por defuera blanqueados y llenos de molduras, y por de dentro podricion y gusanos; fingiendo en lo exterior honestidad, siendo en lo interior del alma disoluto, y de muy ancha y rasgada conciencia. Era, en buen romance, hipócrita, embeleco vivo, mentira con alma y fabula con voz. Halléle solo con un hombre, que atadas las manos y suelta la lengua, descompuestamente daba voces, con frenéticos movimientos. ¿Qué es esto? le pregunté espantado. Respondióme: un hombre endemoniado. Y al punto el espíritu respondió: no es hombre, sino alguacil. Mirad cómo habláis, que en la pregunta del uno y en la respuesta del otro se vé que sabeis poco. Y se ha de advertir, que los diablos en los alguaciles estamos por fuerza y por mala gana; por lo cual, si quereis acertarme, debéis llamarme á mí demonio enalguacilado, y no este alguacil endemoniado: y aviéense mejor los hombres con nosotros, que con ellos; si bien nuestra cárcel es peor, nuestro agarro perdurable. Verdugos y alguaciles malos parece que tenemos un mismo oficio; pues bien mirado, nosotros procuramos condenar, y los alguaciles tambien: nosotros que haya vicios y pecados en el mundo; los alguaciles lo desean y procuran, al parecer con mas ahínco; porque ellos lo han menester para su sustento, y nosotros para nuestra compañía. Y es mucho mas de culpar este oficio en los alguaciles que en nosotros, pues ellos hacen mal á hombres como ellos y á los de su género; y nosotros no. Fuera de esto, los demonios lo fuimos, por querer ser

como Dios; y los alguaciles son alguaciles, por querer ser menos que todos. Persuádetes que alguaciles y nosotros somos de una profesion, sino que ellos son diablos con varilla, como cohetes; y nosotros alguaciles sin vara, que hacemos áspera vida en el infierno. Admiráronme las sutilezas del diablo. Enojóse Calabrés, revolvió sus conjuros, quiso enmudecer y no pudo; y al echarle agua bendita comenzó á huir y á dar voces, diciendo: clérigo, cata, que no hace estos sentimientos el alguacil por la parte de bendita, sino por ser agua: no hay cosa que tanto aborrezca; pues si en su nombre se llama *alguacil*, es encajada una *l* en medio. Yo no traigo corchetes, ni soplones, ni escribanito: quítenme la tara como el carbon, y hágase la cuenta entre mí y el agarrador. Y porque acabeis de conocer quién son, y cuán poco tienen de cristianos, advertid, que de pocos nombres, que del tiempo de los moros quedaron en España, llamándose ellos merinos, le han dejado, por llamarse alguaciles: que alguacil es palabra morisca; y hacen bien, que conviene el nombre con la vida, y ella con sus hechos. Eso es muy insolente cosa oírlo, dijo furioso mi licenciado: y si le damos licencia á este enredador, dirá otras mil bellaquerías, y mucho mal de la justicia, porque corrige el mundo, y le quita con su temor y diligencia las almas que tiene negociadas. No lo hago por eso, replicó el diablo; sino porque ese es tu enemigo, que es de tu oficio; y ten lastima de mí, y sácame del cuerpo de este, que soy demonio de prendas y calidad, y perderé despues mucho en el infierno por haber estado acá con malas compañías. Yo te echaré hoy fuera, dijo Calabrés

de lástima de ese hombre , que aporreas por momentos y maltratas , que tus culpas no merecen piedad , ni tu obstinacion es capaz de ella. Pídeme albricias , respondió el diablo , si me sacas hoy ; y advierte , que estos golpes que le doy , y lo que le aporreo , no es sino que yo y él reñimos acá sobre quién ha estar en mejor lugar , y andamos á mas diablo es él. Acabó esto con una gran risada : corrióse mi buen licenciado y determinóse á enmudecerle. Yo , que habia comenzado á gustar de las sutilezas del diablo , le pedí que pues estábamos solos , y él , como mi confidente , sabia mis cosas secretas , y yo , como amigo , las suyas , que le dejase hablar , apremiándole solo á que no maltratase el cuerpo del alguacil. Hízose así , y al punto dijo . Donde hay poetas , parientes tenemos en córte los diablos y todo nos lo debeis por lo que en el infierno os sufrimos ; que habeis hallado tan fácil modo de condenaros , que hierve todo él en poetas. Y hemos hecho una ensanchar á su cuartel y son tantos que compiten en los votos y elecciones con los escribanos ; y no hay cosa tan graciosa como el primer año de noviciado de un poeta en penas , porque hay quien le lleva de acá cartas de favor para ministros , y créese que ha de topar con Radamanto y pregunta por el Cerbero y Aqueronte , y no puede creer sino que se los esconde. Qué géneros de penas les dan á los poetas ? repliqué yo. Muchas , dijo , y propias. Unos se atormentan oyendo alabar las obras de otros , y á los mas es la pena el limpiarlos. Hay poeta que tiene mil años de infierno y aun no acaba de leer unas endechillas á los celos : otros verás en otra parte aporrearse y darse de tizonazos sobre , si di-

rà faz ó cara. Cual parahallar una consonante no hay cerco en el infierno que no haya rodado mor-diéndose las uñas. Mas los que peor lo pasan y mas mal lugar tienen, son algunos poetas de comedias que por las muchas reinas que han hecho, las infantas de Bretaña que han deshonrado, los casamientos desiguales que han efectuado en los fines de las comedias y los palos que han dado á muchos hombres honrados por acabar los entremeses. Mas es de advertir que los poetas de comedias no están entre los demas, sino que por quanto tratan de hacer enredos y marañas se ponen entre los procuradores y solicitadores, gente que solo trata de eso. Y en el infierno están todos aposentados asi: que un artillero que bajó allá el otro dia queriendo que le pusiesen entre la gente de guerra, como al preguntarle del oficio que habia tenido dijese que hacer tiros en el mundo, fué remitido al cuartel de los escribanos, pues son los que hacen tiros en el mundo. Un sastre porque dijo que habia vivido de cortar de vestir fué aposentado con los maldicientes. Un ciego que quiso encajarse con los poetas fué llevado á los enamorados por serlo todos. Los que venian por el camino de los locos ponemos con los astrólogos; y á los por mentecatos con los alquimistas. Uno vino por unas muertes y está con los médicos. Los mercaderes que se condenan por vender, están con Judas. Los malos ministros por lo que han tomado, alojan con el mal ladron. Los necios están con los verdugos. Y un aguador que dijo habia vendido agua fria, fué llevado con los taberneros. Llegó un moatrero tres dias há y dijo que él se condenaba por haber vendido gato por liebre y pusimoslo de pies

con los venteros que dan lo mismo. Al fin el infierno está repartido en estas partes. Oíte decir antes de los enamorados; y por ser cosa que á mí me toca, gustaria saber si hay muchos. Mancha es la de los enamorados, respondió, que lo toma todo; porque todos lo son de sí mismos: algunos de sus dineros: otros de sus palabras, otros de sus obras, y algunos de las mugeres; y de estos postreros hay menos que de todos en el infierno, porque las mugeres son tales que con sus ruindades, con malos tratos y peores correspondencias, les dan ocasiones de arrepentimiento cada dia á los hombres. Como digo, hay pocos de estos, pero buenos, y de entretenimiento si allá cupiera. Algunos hay que en celos y esperanzas amortajados y en deseos se van por la posta al infierno sin saber cómo ni cuándo, ni de qué manera. Hay amantes lacayuelos que arden llenos de cintas: otros crinitos como cometas llenos de cabellos y otros que en los billetes solos que llevan de sus damas ahorran veinte años de leña á la fabrica de la casa, abrasándose tardeados en ellos. Son de ver los que han querido doncellas, enamorados de doncellas con las bocas abiertas y las manos estendidas. De estos, unos se condenan por tocar sin tocar pieza hechos bufones de los otros siempre en vispera del contento sin tener jamás el dia y con solo el título de pretendientes. Otros se condenan por el beso, brujuleando siempre los gustes sin poderlos descubrir. Detras de estos en una mazmorra están los aduladores: estos son los que mejor viven, y peor lo pasan, pues otros les sustentan la calalgadura y ellos lo gozan. Gente es esta, digo yo, cuyos agravios y favores todos son de una manera.

Abajo, en un apartado muy sucio, lleno de mondasuras de Rastro (quiero decir cuernos) están los que aquí llamamos cornudos: gente que aun en el infierno no pierde la paciencia, que como la llevan hecha á prueba de la mala muger que han tenido, ninguna cosa los espanta. Tras ellos están los que se enamoran de viejas con cadenas, que los diablos, de hombres de tan mal gusto aun no pensamos que estamos seguros, y si no estuviesen con prisiones Barrabás aun no tendrá bien guardadas las asentaderas de ellos; tales como somos les parecemos blancos y rubios. Lo primero que con estos se hace es condenarles la lujuria y su herramienta á perpétua cárcel. Mas dejando estos os quiero decir, que estamos muy sentidos de los potages que haceis de nosotros pintándonos con garras sin ser aguilucho, con colas no habiendo diablos rabones, con cuernos no siendo casados y mal barbados siempre habiendo diablos de nosotros que podemos ser ermitaños y corregidores. Remediad esto, que poco há que fué Gerónimo Bosco allá y preguntándole por qué habia hecho tantos guisados de nosotros en sus sueños, dijo: porque no habia creído nunca que habia demonios de veras. Lo otro, y lo que mas sentimos es que hablando comunmente sois decir; miren el diablo del sastre, ó diablo es el sastrecillo. A sastres nos comparais que damos leña con ellos al infierno y aun nos hacemos de rogar para recibirlos, que si no es la póliza de quinientos nunca hacemos recibo por no malvezarnos y que ellos no aleguen posesion. *Quoniam consuetudo est altera?* y como si tienen posesion en el hurtar y quebrantar las fiestas fundan agravio si no les abrimos las puer-

tas grandes como si fuesen de casa. Tambien nos quejamos de que no hay cosa , por mala que sea, que no la deisal diablo ; y en enfadándoos algo, luego decis: pues el diablo te lleve. Pues advertid que son mas los que se van allá que los que traemos: que no de todos hacemos caso. Dais al diablo un mal trapillo y no lo toma el diablo, porque hay algun mal trapillo que no lo tomará el diablo. Dais al diablo un estrangero, y no lo toma el diablo; porque hay italiano que tomará al diablo , y advertid que las mas veces dais al diablo lo que él ya se tiene: digo nos tenemos. Hay reyes en el infierno? le pregunté yo: y satisfizo á mi duda diciendo : todo el infierno es figuras; y hay muchos de los gentiles porque el poder, libertad y mando les hace sacar á las virtudes de su medio y llegan los vicios á su extremo, y viéndose en la suma reverencia de sus vasallos y con la grandeza puestos á dioses, quieren valer punto menos y parecerlo; tienen muchos caminos para condenarse y muchos que los ayudan; porque uno se condena por la crueldad, y matando y destruyendo es una guadaña coronada de vicios y una peste real de sus reinos: otros se pierden por la codicia haciendo almacenes de sus villas y ciudades á fuerza de grandes pechos que en vez de criar desustancian, y otros se van al infierno por terceras personas y se condenan por poderes, fiándose de infames ministros, y es dolor verlos penar porque como bozales en trabajos se los dobla el dolor con cualquier cosa. Solo tienen bueno los reyes , que como es gente honrada, nunca vienen solos sino con punta de dos ó tres privados y á veces el encage, y se traen todo el reino tras sí, pues todos se go-

biernan por ellos; aunque privado y reyes mas penitencia que oficio y mas carga que gozo, ni hay cosa tan atormentada como la oreja del príncipe y del privado, pues de ella nunca escapan pretendientes quejosos y aduladores y estos tormentos los califican para el descanso. Los malos reyes se van al infierno por camino real, y los mercaderes por el de la plata. Quién te mete ahora con los mercaderes, dijo Calabrés? Manjares que nos tiene ya empalagados á los diablos, y ahitos y aun los vomitamos: vienen allá á millares condenándose en castellano y enguarismo; y habeis de saber que en España los misterios de las cuentas de los estrangeros son dolorosos por los millones que vienen de las Indias, y que los cañones de sus plumas son de batería contra las bolsas, y no hay renta que si la cogen en medio el tajo de sus plumos y el Jarama de su tinta no la ahoguen.

Y en fin han hecho entre nosotros sospechoso este nombre de asiento; que como significa otra cosa, que me corro de nombrarla, no sabemos cuando hablan á lo negociante, ó cuando á lo deshonesto. Hombre de estos ha ido al infierno, que viendo la leña y fuego que se gasta, ha querido hacer estanco de la lumbre; y otro quiso arrendar los tormentos, pareciéndole que ganaria con ellos mucho. Estos tenemos allá junto á los jueces, que acá los permitieron. Luego algunos jueces hay allá? Pues no, dijo el espiritu: los jueces son nuestros faisanes, nuestros platos regalados, y la simiente que mas provecho, y fruto nos dá á los diablos; porque de cada juez que sembramos, cogemos seis procuradores, dos relatores, cuatro escribanos, cinco letrados y cinco mil negociantes,

y esto cada día. De cada escribano cogemos veinte oficiales; de cada oficial treinta alguaciles; de cada alguacil diez corchetes, y si el año es fértil de trampas, no hay trojes en el infierno donde recojer el fruto de un mal ministro. Tambien querrá decir que no hay justicia en la tierra rebelde á los dioses? Y cómo que no hay justicia! Pues no has sabido lo de Astrea, que es la justicia, cuando buyendo de la tierra, se subió al cielo? pues por si no lo sabes te lo quiero contar. Vinieron la verdad, y la justicia á la tierra: la una no halló comodidad, por desnuda, ni la otra por rigurosa. Anduvieron mucho tiempo asi, hasta que la verdad, de puro necesitada, asentó con un mudo.

La justicia de desacomodada anduvo por la tierra, rogando á todos; y viendo que no hacian caso de ella, y que le usurpaban su nombre para honrar tiranias, determinó volverse huyendo al cielo: salióse de las grandes ciudades y córtes, y fuese á las aldeas de villanos, donde por algunos dias escondida en su pobreza, fué hospedada de la simplicidad, hasta que envió contra ella requisitorias la malicia. Huyó entonces de todo punto, y fué de casa en casa pidiendo que la recogiesen. Preguntaban todos, quién era? Y ella, que no sabe mentir, decia, que la justicia. Respondianle todos: justicia y no por mi casa: vaya por otra: y asi no entraba en ninguna: subióse al cielo, y apenas dejó acá pisadas. Los hombres que estovieron, bautizaron con sus nombres algunas varas, que arden muy bien allá, y acá solo tienen nombre de justicia ellas, y los que las traen, porque hay muchos de estos, en quien la vara hurta mas, que el ladron con ganzúa, llave falsa y escala. Y

habeis de advertir, que la codicia de los hombres ha hecho instrumento para hurtar todas sus partes, sentidos y potencias que Dios les dió, las unas para vivir, y las otras para vivir bien. No hurta la honra de la doncella con la voluntad el enamorado? No hurta con el entendimiento el letrado que le dá malo, y torcido á la ley? No hurta con la memoria el representante, que nos lleva el tiempo? No hurta el amor con los ojos? El discreto con la boca? El poderoso con los brazos, pues no medra quien no tiene los suyos? El valiente con las manos? El músico con los dedos? El gitano y cicatero con las uñas? El médico con la muerte? El boticario con la salud? El astrólogo con el cielo? Y al fin cada uno hurta con una parte ó con otra. Solo el alguacil hurta con todo el cuerpo, pues acecha con los ojos, sigue con los pies, ase con las manos, y atestigua con la boca; y al fin son tales los alguaciles, que de ellos, y de nosotros, defienden á los hombres pocas cosas.

Espántome (dije yo) de ver que entre los ladrones no has metido á las mugeres, pues son de casa. No me las nombres, respondió, que nos tienen enfadados y cansados, y á no haber tantas allá, no era muy mala habitacion el infierno; y diéramos porque enviudáramos en el infierno mucho, que como se urden enredos, y ellas, desde que murió Medusa la hechicera, no platican otro, temo no haya alguna tan atrevida, que quiera probar su habilidad con alguno de nosotros, por ver si sabrá dos puntos mas. Aunque sola una cosa tienen buena las condenadas, por la cual se puede tratar con ellas, que como estan desesperadas, no piden nada. De cuáles se condenan mas, feas, ó hermosas?

Feas, dijo al instante, seis veces mas, porque los pecados, para aborrecerlos, no es menester mas que cometerlos; y las hermosas que hallan tantos que las satisfagan el apetito carnal, hartanse, y arrepíentense; pero las feas, como no hallan nadie, allá se nos van en ayunas, y con la misma hambre rogando á los hombres, y despues que se usan ojinegras, y cariaguileñas, hierve el infierno en blancas, en rubias, y en viejas mas que en todo, que de envidia de las mozas, obstinadas espiran gruñendo. El otro dia llevé yo una de sesenta años, que comia barro, y hacia ejercicio para remediar las opilaciones, y se quejaba de dolor de muelas, porque pensasen que las tenia; y con tener ya amortajadas las sienes con la sábana blanca de sus cauas, y atada la frente, huia de los ratones, y traia galas, pensando agradarnos á nosotros: pusímosla allá por tormento al lado de un lindo de estos, que se van allá con zapatos blancos, y de puntillas, ¡informados de que estiererra seca, y sin lodos. En todo esto estoy bien, le dije; solo querria saber si hay en el infierno muchos pobres. Qué es pobres? replicó el hombre. Dije yo, que no tiene nada de cuanto tiene el mundo. ¡Hablára yo para mañana! dijo el diablo. Si lo que condena á los hombres, es lo que tienen del mundo, y esos no tienen nada, ¿cómo se condenan? Por acá los libros nos tienen en blanco. Y no os espanteis, porque aun diablos les faltan á los pobres: y á veces mas diablos sois unos para otros, que nosotros mismos. ¿Hay diablo como un adulator? Cómo un envidioso? Cómo un amigo falso? Y como una mala compañía? Pues todos estos le faltan al pobre, que no le adulan, ni le envidian, ni tiene amigo.

;

malo, ni bueno, ni le acompaña nadie. Estos son los que verdaderamente viven bien, y mueren mejor. ¿Cuál de vosotros sabe estimar el tiempo, y poner precio al día, sabiendo que todo lo que pasó lo tiene la muerte en su poder, y gobierna lo presente, y aguarda todo lo porvenir, como todos ellos? Cuando el diablo predica, el mundo se acaba. ¿Pues cómo, siendo tú padre de la mentira, (dijo Calabrés) dices cosas, que bastan á convertir una piedra? Cómo? respondió: Por haceros mal, y que no podais decir que faltó quien os lo dijese. Y advierta que en vuestros ojos veo muchas lágrimas de tristeza, pocas de arrepentimiento, y de las mas se deben las gracias al pecado que os harta ó cansa, y no á la voluntad, que por malo le aborrezca. Mientes, dijo Calabrés, que muchos buenos hay hoy. Y ahora veo que en todo cuanto has dicho has mentido: y en pena saldrás hoy de este hombre. Apremióle á que callase: y si un diablo por sí es malo, mudo es peor que diablo.

V. E. con curiosa atencion mire esto, y no mire á quien lo dijo, que por la boca de una sierpe de piedra sale un caño de agua.

LAS ZAHURDAS

DE PLUTON.



CARTA Á UN AMIGO SUYO.

Envío á vmd. este discurso tercero al Sueño, y al Alguacil, donde puedo decir que he rematado las pocas fuerzas de mi ingenio (no sé si con alguna dicha): quiera Dios halle algun agradecimiento mi deseo, cuando no merezca alabanza mi trabajo, que con esto tendré algun premio de los que dá el vulgo con mano escasa: que no soy tan soberbio, que me precie de tener envidiosos; pues de tenerlos, tuviera por gloriosa recompensa el merecerlostener. Vmd comunique este papel, haciéndole la acogida que á todas mis cosas, mientras yo acá esfuerzo la paciencia á maliciosas calumnias, que al parto de mis obras (sea aborto) suelen anticipar mis enemigos. Dé Dios á vmd. paz y salud. Del Fresno, y mayo 3 de 1608.—Don Francisco de Quevedo Villegas.

PRÓLOGO AL INGRATO Y DESCONOCIDO LECTOR.

Eres tan perverso , que ni te obligué llamándote pio, benévolo, ni benigno en los mas discursos porque no me persiguieses , y ya desengañado, quiero hablar contigo claramente. Este discurso es del infierno : no me arguyas de maldiciente, porque digo mal de los que hay en él, pues no es posible que haya dentro nadie que bueno sea. Si te parece largo, en tu mano está : toma el infierno que te bastáre , y calla. Y si algo no te pareciere bien , ó lo disimula piadoso , ó lo enmienda docto, que errar es de hombres, y ser herrado de bestias, ó esclavos. Si fuere obscuro, nunca el infierno fué claro : si triste, y melancólico, yo no he prometido risa : solo te pido , lector , y aun te conjuro por todos los prólogos, que no tuerzas las razones, ni ofendas con malicia mi buen celo; pues lo primero guardo decoro á las personas , y solo reprendo los vicios ; murmuro de los descuidos, y demasías de algunos oficiales, sin tocar en la pureza de los oficios: y al fin, si te agradáre el discurso, tú te holgarás ; y sino poco importa, que á mí de ti , ni de él se me dá nada. Vale.

DISCURSO.

Yo , que en el sueño vi tantas cosas , y en el Alguacil Alguacilado oí parte de las que no habia visto , como sé que los sueños las mas veces son burla de la fantasía y ócio del alma, y que el malo nunca dijo verdad por no tener cierta noticia de

las cosas que justamente se nos esconden, ví guiado de mi genio, lo que se sigue por particular providencia, que fué para traerme en el miedo la verdadera paz. Halléme en un lugar favorecido de naturaleza por el sosiego amable, donde sin malicia la hermosura entretenia la vista, (muda recreacion, y sin respuesta humana): platicaban las fuentes entre las guijas y los árboles por las hojas; tal vez cantaba el pájaro, ni sé determinadamente si en competencia suya ó agradeciéndoles su armonía. Ved cuál es de peregrino nuestro deseo, que no halló paz en nada de esto. Tendí los ojos, codicioso de ver algun camino por buscar compañía, y veo (cosa digna de admiracion) dos sendas que nacian de un mismo lugar, y una se iba apartando de la otra, como que huian de acompañarse. Era la de mano derecha tan angosta, que no admite encarecimiento, y estaba (de la poca gente que por ella iba) llena de abrojos, asperezas y malos pasos. Con todo ví algunos que trabajaban en pasarla; pero por ir descalzos y desnudos, se iban dejando en el camino, unos el pellejo, otros los brazos, otros las cabezas, otros los pies, y todos iban amarillos y flacos. Pero noté que ninguno de los que iban por aquí miraba atrás, sino todos adelante. Decir que puede ir alguno á caballo, es cosa de risa. Uno de los que allí estaban, preguntándole si podria yo caminar por aquel desierto á caballo, me dijo: déjese de caballerías, y caiga de su asno. Y miré con todo eso, y no ví huella de bestia ninguna. Y es cosa de admirar, que no habia señal de rueda de coche, ni memoria apenas de que hubiese nadie caminado en él por allí jamás. Pregunté espantado de esto, á un mendigo

que estaba descansando y tomando aliento, ¿si acaso habia ventas en el camino ó mesones en los paraderos? Respondiome: venta aqui, señor, ni meson: ¿cómo quereis que le haya en este camino, si es el de la virtud? En el camino de la vida, dijo, el partir es nacer: el vivir es caminar: la venta es el mundo; y en saliendo de ella, es una jornada sola y breve: desde él á la pena, ó á la gloria. Diciendo esto se levantó y dijo: quedáos con Dios, que en el camino de la virtud es perder tiempo el pararse uno, y peligroso responder á quien pregunta por curiosidad y no por provecho. Comenzó á andar dando tropezones, zancadillas, y suspirando. Parecia que los ojos con lágrimas osaban ablandar los peñascos á los pies y hacer tratables los abrojos. ¡Pesia tal, dije yo en mi, pues trás ser el camino tan trabajoso, es la gente que en él anda tan seca y poco entretenida! Para mi humor es bueno. Dí un paso atrás, y salime del camino del bien, que jamás quise retirarme de la virtud, que tuviese mucho que desandar ni que descansar. Volví á la mano izquierda, y ví un acompañamiento tan reverendo, tanto coche, tanta carroza cargada de competencias al sol, en humanas hermosuras, y gran cantidad de galas y libreas, lindos caballos, mucha gente de capa negra, y muchos caballeros. Yo, que siempre oí decir: dime con quien andas y diréte quien eres, por ir con buena compañía puse el pié en el umbral del camino, y sin sentirlo me hallé resbalado en medio de él, como el que se desliza por el hielo, y topé con lo que habia menester; porque aqui todos eran bailes, fiestas, juegos y saraos, y no el otro camino, que por falta de sastres iban en él

desnudos y rotos, y aqui nos sobaban mercaderes, joyeros y todos oficios: pues ventas, a cada paso: bodegones, sin número. No podré encarecer qué contento me hallé en ir en compañía de gente tan honrada, aunque el camino estaba algo embarazado, no tanto con las mulas de los médicos, sino con las barbas de los letrados, que era terrible la escuadra de ellos que iba delante de unos jueces. No digo esto porque fuese menor el batallon de los doctores, á quien nueva elocuencia llama ponzoñas graduadas, pues se sabe que en las universidades estudian para tósigos. Animóme para proseguir el camino el ver, no solo que iban muchos por él, sino la alegría que llevaban, y que del otro se pasaban algunos al nuestro, y del nuestro al otro, por sendas secretas.

Otros caían, que no se podian tener; y entre ellos fué de ver el cruel resvalon que una lechigada de taberneros dió en las lágrimas que otros habian derramado en el camino, que por ser agua, se les fueron los pies, y dieron en nuestra senda unos sobre otros. Ibamos dando vaya á los que velamos por el camino de la virtud mas trabajados. Haciamos burla de ellos, llamándoles heces del mundo, y desecho de la tierra. Algunos se tapaban los oídos, y pasaban adelante: otros que se paraban á escucharnos, de ellos desvanecidos de las muchas voces, y de ellos persuadidos de las razones, corridos de las vayas, caían, y se bajaban. Vi una senda por donde iban muchos hombres de la misma suerte que los buenos, y desde lejos parecia que iban con ellos mismos; y llegado que hube, ví que iban entre nosotros. Estos me dijeron que eran los hipócritas, gente en

quien la penitencia, el ayuno, que en otros son mercancía del cielo, es noviciado del infierno. Iban muchas mugeres tras estos, los cuales, siendo enredos con barba, y maraña con ojos, y embeleco, andaban salpicando de mentira á todos, siendo estanques donde pescan adrollas los embustidores. Otros se encomiendan á ellos, que es como encomendarse al diablo por tercera persona. Estos hacen oficio la humildad, y pretenden honra yendo de estrado en estrado, y de mesa en mesa. Al fin conocí que iban arrebozados para nosotros; mas para los ojos eternos, que abiertos sobre todos, juzgan el secreto mas obscuro de los retiramientos del alma, no tienen máscara: bien que hay muchos buenos; mas son diferentes de estos, á quienes antes se les vé la disimulacion que la cara, y alimentan su ambiciosa felicidad de aplauso de los pueblos; y diciendo que son unos indignos, y grandísimos pecadores, y los mas malos de la tierra, llamándose jumentos, engañan con la verdad; pues siendo hipócritas; lo son al fin. Iban estos solos aparte, y reputados por mas necios que los moros, mas zafios que los barbaros, y sin ley; pues aquellos ya que no conocieron la vida eterna, ni la van á gozar, conocieron la presente, y holgaron en ella; pero los hipócritas ni la una, ni la otra conocen, pues en ésta se atormentan, y en la otra son atormentados: y en conclusion, de estos se dice con toda verdad que ganan el infierno con trabajos. Todos ibamos diciendo mal unos de otros: los ricos tras la riqueza: los pobres pidiendo á los ricos lo que Dios les quitó, van por un camino. Los discretos, por no dejarse gobernar de otros, y los necios, por no entender á quien los gobierna,

aguijan á todo andar. Las justicias llevan tras sí los negociantes: la pasión á las mal gobernadas justicias; y los reyes desvanecidos y ambiciosos todas las repúblicas. Vi algunos soldados, pero pocos, que por la otra senda infinitos iban en hileras ordenados, honradamente triunfando; pero los pocos que nos cupieron acá, era gente, que si como habian estendido el nombre de Dios jurando, lo hubieran hecho peleando, fueran famosos. Dos corrilleros solos iban muy desnudos, que por la mayor parte los tales que vivea por su culpa, traen los golpes en los vestidos, y sanos los cuerpos. Andaban contando entre sí las ocasiones en que se habian visto, los malos pasos que habian andado (que nunca estos andan en buenos pasos). Nada los oímos: solo cuando por encarecer sus servicios dijo uno á los otros: ¿Qué digo, camarada? Qué trances hemos pasado, y qué tragos? Lo de los tragos se les creyó. Miraban á estos pocos los muchos capitanes, maestros de campo, generales de ejércitos, que iban por el camino de la mano derecha enternecidos. Y oí decir á uno de ellos, que no lo pudo sufrir, mirando las ojas de lata llenas de papeles inútiles, que llevaban estos ciegos: qué digo, soldados por acá? esto es de valientes, dejar este camino de miedo de sus dificultades? Venid, que por aquí de cierto sabemos que solo coronan al que vence. Qué vana esperanza os arrastra con anticipadas promesas de los reyes? No siempre con almas vendidas es bien que temerosamente suene en vuestros oídos: mata, ó muere. Reprehended la hambre del premio, que de buen varon es seguir la virtud sola, y de codiciosos los premios no mas; y quien no sosiega en la

virtud, y la sigue por el interes, y mercedes que se siguen, mas es mercader que virtuoso, pues la hace á precio de perecederos bienes. Ella es don de sí misma: quietaos en ella. Y aquí alzó la voz, y dijo: advertid, que la vida del hombre es guerra consigo mismo, y que toda la vida nos tienen en arma los enemigos del alma, que nos amenazan mas dañoso vencimiento; y advertid, que ya los príncipes tienen por deuda nuestra sangre, y vida, pues perdiéndolas por ellos, los mas dicen que los pagamos, y no que los servimos: volved, volved. Oyéronle ellos muy atentamente, y enternecidos, y enseñados se encaminaron bien con los demas soldados. Iban las mugeres al infierno tras el dinero de los hombres, y los hombres tras ellas, y su dinero, tropezando unos con otros. No sé cómo al fin del camino de los buenos algunos se engañaban, y pasaban al de la perdicion: porque como ellos saben que el camino es angosto, y el del infierno ancho, y al acabar veían al suyo ancho, y el nuestro angosto, pensando que habian errado, ó trocado los caminos, se pasaban acá, y de acá allá los que se desengañaban del remate del nuestro. Vi una muger que iba á pie, y espantado de que muger se fuese al infierno sin silla, ó coche, busqué un escribano que me diera fé de ello, y en todo el camino del infierno pude hallar ningun escribano, ni alguacil; y como no los vi en él, luego colegí que era aquel el camino, y este otro al revés. Quedé algo consolado, y solo me quedaba duda, que cómo yo habia oido decir que iban con grandes asperezas, y penitencias por el camino de él, y veía que todos se iban holgando; cuando me sacó de esta duda una gran parva de casados, que

venian con sus mugeres de las manos, y que la muger era ayuno del marido; pues por darle la perdiz, y el capon, no comia; y que era su desnudez, pues por darle galas demasiadas, y joyas impertinentes, iba en cueros; y al fin conocí que un mal casado tiene en su muger toda la herramienta necesaria para la muerte; y ellos, y ellas, á veces, el infierno portátil. Ver esta asperísima penitencia me confirmó de nuevo en que íbamos bien. Mas duróme poco, porque oí decir á mis espaldas: Dejen pasar los boticarios. Boticarios pasar? (dije yo entre mi) al infierno vamos. Y fué así, porque al punto nos hallamos dentro por una puerta como de ratonera, facil de entrar, é imposible de salir por ella.

Y fué de ver que nadie en todo el camino dijo: al infierno vamos; y todos, estando en él dijeron muy espantados: en el infierno estamos. En el infierno? dije yo muy afligido: no puede ser. Quise-lo poner á pleito: comencéme á lamentar de las cosas que dejaba en el mundo, los parientes, los amigos, los conocidos, las damas; y estando llorando esto volví la cara hácia el mundo, y ví venir por el mismo camino, despeñándose á todo correr, cuanto había conocido alla, poco menos. Consolóme algo ver esto, y que se daban priesa á llegar al infierno, y estarian conmigo presto. Comenzóse á hacer áspera la morada, y desapacibles los zaguanes.

Fui entrando poco á poco entre unos sastres, que se me llegaron, que iban medrosos de los diablos. En la primera entrada hallamos siete demonios escribiendo los que íbamos entrando. Preguntáronme mi nombre: dijele y pasó. Llegaron

á mis compañeros, y dijeron que eran remendones. Y dijo uno de los diablos: deben entender los remendones en el mundo, que no se hizo el infierno sino para ellos, segun se vienen por acá. Preguntó otro diablo ¿cuántos eran? Respondieron que ciento, y replicó un verdugo mal barbado, entre cano: ciento, y sastres? No pueden ser tan pocos: la menor partida que habemos recibido ha sido mil y ochocientos. En verdad que estamos por no recibirlos. Aflijéronse ellos, mas al fin entraron. Ved cuales son los malos, que es para ellos amenaza el no dejarlos entrar en el infierno. Entró el primero un negro, chiquito, rubio y de mal pelo; dió un salto en viéndose allá, y dijo: ahora acá estamos todos. Salió de un lugar donde estaba aposentado un diablo de marca mayor, corcovado y cojo; y arrojándolos en una hondura muy grande, dijo: allá vá leña. Por curiosidad me llegué á él y le pregunté de qué estaba corcovado y cojo: y me dijo (que era diablo de pocas palabras): yo era recuero de remendones: iba por ellos al mundo y de traerlos acuestas me hice corcovado y cojo: he dado en la cuenta, y hallo que se vienen ellos muchas apriesa que yo los puedo traer. En esto hizo otro vómito de ellos el mundo y hube de entrarme, porque no habia donde estar ya allí, y el mónstruo infernal empezó á traspalar; y diz que es la mejor leña que se quema en el infierno remendones de todo oficio, gente que solo tiene bueno ser enemiga de novedades.

Pasé adelante por un pasadizo muy obscuro, cuando por mi mismo nombre me llamaron. Volví á la voz los ojos, casi tan medroso como ellos y hablóme un hombre, que por las tinieblas no pu-

de divisar mas de lo que la llama que le daba pena, y atormentaba me permitia. ¿No me conoce? me dijo, á... (ya lo iba á decir) y prosiguió tras su nombre, el librero. Pues yo soy. Quién tal pensára! Y es verdad, Dios, que yo siempre lo sospeché, porque era su tienda el burdel de los libros; pues todos los cuerpos que tenia eran de la gente de la vida, escandalosos y burlones. Un rótulo que decía: aqui se vende tinta fina, papel batido y cortado, pudiera condenar á otro, que hubiera menester mas apetitos por ello. ¿Qué quiere? me dijo viéndome suspenso tratar conmigo estas cosas; pues es tanta mi desgracia, que todos se condenan por las malas obras que han hecho; y yo, y algunos libreros nos condenamos por las obras malas que hacen los otros, y por lo que hicimos barato de los libros en romance y traducidos del latin, sabiendo ya con ellos los tontos lo que en carecian en otros tiempos los sábios; que ya hasta el lacayo latiniza, y hallarán á Horacio en castellano en la caballeriza. Mas iba á decir, sino que un demonio le comenzó á atormentar con humazos de hojas de sus libros, y otro á leerle algunos de ellos. Yo que ví que ya no hablaba, fuime adelante diciendo entre mí: si hay quien se condena por obras malas ajenas, ¿qué harán los que las hicieron propias?

En esto iba, cuando en una gran zahurda andaban mucho número de ánimas gimiendo, y muchos diablos con látigos y zurriagos azotándolos. Pregunté qué gente eran; y dijeron que no eran sino cocheros; y dijo un diablo lleno de cazcarrias, romo y calvo, que quisiera mas (á manera de decir) lidiar con lacayos; porque habia cochero de

aquellos, que pedia aun dineros por ser atormentado; y que la tema de todos era, que habian de poner pleito á los diablos por el oficio, pues no sabian chasquear los azotes tan bien como ellos. Qué causa hay para que estos penen aquí? dijo. Y tan presto se levantó un cochero viejo de aquellos, barbinegro y mal carado, y dijo: señor, porque siendo picaros, nos venimos al infierno á caballo, y mandando. Aquí le replicó el diablo: ¿Y por qué callais lo que encubristeis en el mundo, los pecados que facilitásteis en un oficio tan vil? Dijo un cochero (que lo habia sido de un caballero, y aun esperaba que le habia de sacar de allí): no ha habido tan honrado oficio en el mundo de diez años á esta parte; pues no llegaron á poner cotas y sayos baqueros, hábitos largos, y balona, en forma de cuellos bajos. ¿Cómo supieran condenarse las mugeres de los picaros en su rincon, si no fuera por el desvanecimiento de verse en coche? Que hay muger de estos de honra postiza, que se fué por su pie al don, y por tirar una cortina, é ir á una testera, hartará de ánimas á Perobotero. Así? (dijo un diablo) soltóse el cocherillo, y no callará en diez años. ¿Qué he de callar, dijo, si nos tratais de esta manera, debiendo regalarnos? Pues no os traemos al infierno la hacienda maltratada, arrastrada y á pie, llena de lodos, como los siempre rotos escuderos, zaqueando y despeados, sino zahumada, descansada, limpia y en coche. Por otros lo hiciéramos, que lo supieran agradecer. Pues decir que merezco yo eso por barato y bien hablado, y aguanoso, ó porque llevé tullidos á misa, enfermos á comulgar, ó monjas á sus conventos: no se probará que en mi coche entrase nadie con

buen pensamiento. Llegó á tanto, que para casarse, y saber si una era doncella, se hacia informacion si habia entrado en él, porque era señal de corrupcion; y tras de esto me das este pago? Via, dijo un demonio mulato y zurdo; redobló los palos y callaron; y forzóme ir adelante el mal olor de los cocheros que andaban por allí.

Y lleguéme á unas bóvedas, donde comencé á tiritar de frio y dar diente con diente, que me helaba. Pregunté, movido de la novedad de ver frio en el infierno, qué era aquello; y salió á responder un diablo zambo, con espolones y grietas, lleno de sabañones, y dijo: Señor, este frio es de que en esta parte están recogidos los bufones, truanes y juglares chocarreros, hombres por demas, y que sobran en el mundo, que están aqui retirados, porque si anduvieran por el infierno sueltos, su frialdad es tanta, que templaria el dolor del fuego. Pedile licencia para llegar á verlos, diómela, y calofriado llegué, y vi la mas infame casilla del mundo y una cosa, que no habrá quien lo crea, que se atormentaban unos á otros con las gracias que habian dicho acá; y entre los bufones vi muchos hombres honrados, que yo habia tenido por tales: pregunté la causa, y respondiome un diablo, que eran aduladores, y que por esto eran bufones de entre cuero y carne. Y repliqué yo: ¿Cómo se condenaban? y me respondieron: Gente es que se viene acá sin avisar, á mesa puesta y á cama hecha, como en su casa. Y en parte los queremos bien, porque ellos se son diablos para si y para otros, y nos ahorran de trabajos, y se condenan á si mismos; y por la mayor parte en vida los mas ya andan con marca del infierno, porque el que no se deja ar-

rancar los dientes por dinero, se deja matar hachas en las nalgas ó pelar las cejas: y así cuando acá los atormentamos, muchos de ellos, después de las penas, solo echan menos las pagas. ¿Veis aquel? me dijo; pues mal juez fué, y está entre los bufones, pues por dar gusto, no hizo justicia, y á los derechos que no hizo tuertos, los hizo vizcos. Aquel fué marido descuidado, y está también entre los bufones, porque por dar gusto á todos, vendió el que tenía con su esposa y tomaba á su muger en dineros, como ración, y se iba á sufrir. Aquella muger, aunque principal, fué juglar, y está entre los truanes, porque por dar gusto hizo plato de sí misma á todo apetito. Al fin de todos estados entran en el número de los bufones, y por esto hay tantos, que bien mirado, en el mundo todos sois bufones, pues los unos os andáis riendo de los otros; y en todos, como digo, es naturaleza y en unos pocos oficio. Fuera de estos hay bufones desgranados, y bufones en racimos. Los desgranados son los que de uno en uno y de dos en dos andan á casa de los señores. Los en racimos son los faranduleros miserables de bululu; y de estos os certifico, que si ellos no se nos viniesen por acá, que nosotros no iríamos por ellos.

Travóse una pendencia adeatro, y el diablo acudió á ver lo que era. Yo, que me ví suelto, entréme por un corral adelante, y hedia á chinches, que no se podía sufrir. A chinches hiede? dije yo, apostaré que alojan por aquí los zapateros; y fue así, porque luego senti el ruido de los boges, y ví los trinchetes. Tapéme las narices y asomeme á la zahurda donde estaban; y habia infinitos. Díjome el guardian: estos son los que vinieron consi-

go mismos, digo en cueros; y como otros se van al infierno por su pie, estos se van por los agenos, y por los suyos, y así vienen tan ligeros. Y doy fé de que en todo el infierno no hay árbol ninguno chico, ni grande, y que mintió Virgilio en decir que habia mirtos en el lugar de los amantes, porque no vi selva ninguna, sino en el cuartel que dije de los zapateros, que estaba todo lleno de boges, que no se gasta otra madera en sus edificios.

Estaban todos los zapateros vomitando de asco de unos pasteleros que se les arrimaban á las puertas, que no cabian en un silo, donde estaban tantos, que andaban mil diablos con pisones atestando almas de pasteleros, y aun no bastaban. ¡Ay de nosotros, dijo uno, que nos condenamos por el pecado de la carne, sin conocer muger, tratando mas en huesos! Lamentábase bravamente, cuando dijo un diablo: Ladrones, ¿quién merece infierno mejor que vosotros, pues habeis hecho comer á los hombres caspa, y os han servido de pañuelos los de á real, sonándoos en ellos, donde muchas veces pasó por caña el tuétano de las narices? ¿Qué de estómagos pudieran ladrar, si resucitaran los perros que les hicisteis comer? ¿Cuántas veces pasó por pasa la mosca golosa, y muchas fue el mayor bocado de carne que comió el dueño del pastel? ¿Qué de dientes habeis hecho ginetes, y que de estómagos habeis traído á caballo, dándoles á comer rocines enteros? ¿Y os quejais, siendo gente antes condenada que nacida, los que haceis así vuestros oficios? Pues qué pudiera decir de vuestros caldos? Mas no soy amigo de revolver caldos. Padeded y callad enhoramala, que mas hacemos nosotros en atormentaros que vosotros en sufrir-

lo. Y vos andad adelante, me dijo á mi, que tenemos que hacer estos y yo.

Partíme de allí, y subime por una cuesta, donde en la cumbre, y ál rededor se estaban abrasando unos hombres en fuego inmortal, el cual encendian los diablos, en lugar de fuelles, con corchetes, que soplaban mucho mas; que aun allá tienen este oficio, son abanicos de culpas, y resuello de la providencia, y vaharada de verdugo.

Ví un mercader que poco antes habia muerto. Acá estais? dije yo. Que os parece? No valiera mas haber tenido poca hacienda, y no estar aqui? Dijo en esto uno de los atormentadores: pasaron que no habia mas, y quisieron con la vara de medir sacar agua de las piedras. Estos son, dijo, los que han ganado, como buenos caballeros, el infierno por sus pulgares, pues á puras pulgaradas se nos vienen acá. ¿Mas quien duda que la obscuridad de sus tiendas les prometia estas tinieblas? Gente es esta (dijo al cabo muy enojado) que quiso ser como Dios, pues pretendieron ser sin medida; mas el, que todo lo vé, los trajo de sus rasos á estos nublados, que los atormenten con rayos. Y si quieres acabar de saber como estos son los que sirven allá á la locura de los hombres, juntamente con los plateros y buhoneros, has de advertir, que si Dios hiciera que el mundo amaneciera cuerdo un dia, todos estos quedarán pobres, pues entonces se conociera, que en el diamante, perlas, oro, y sedas diferentes pagamos mas lo inutil, demasiado, y raro, que lo necesario y honesto. Y advertid ahora, que la cosa que mas cara se os vende en el mundo es lo que menos vale, que es la vanidad que teneis; y estos mercaderes son los que ali-

mentan todos vuestros desórdenes, y apetitos. Tenia talle de no acabar sus propiedades, si yo no me pasara adelante movido de admiracion de unas grandes carcajadas que oi. Fuime allá por ver risa en el infierno, cosa tan nueva. Que es esto? dije: cuando veo dos hombres dando voces en un alto, muy bien vestidos, con calzas atacadas; el uno con capa y gorra, puños como cuellos, y cuellos como calzas. El otro traia balones, y un pergamino en las manos, y á cada palabra que hablaban se hundian siete ó ocho mil diablos de risa; y ellos se enojaban mas. Llegúeme mas cerca por oírlos, y oi al del pergamino, que á la cuenta era hidalgo, que decia: Pues si mi padre se decia tal cual, y soy nieto de Esteban cuales y tales, y ha habido en mi linage trece capitanes valerosísimos, y de parte de mi madre doña Rodriga desciendo de cinco catedráticos, los mas doctos del mundo. ¿ como me puedo haber condenado? y tengo mi egecutoria, y soy libre de todo, y no debo pagar pecho. Pues pagad espalda, dijo un diablo, y dióle luego cuatro palos en ella, que le derribó de la cuesta; y luego le dijo: Acabáos de desengañar, que el que descende del Cid, de Bernardo y de Gofredo, y no es como ellos sino vicioso como vos, ese tal mas destruye el linage que le hereda. Toda la sangre (hidalguillo) es colorada, parecedlo en las costumbres, y entonces creere que descendeis del docto, cuando lo fuéredes, ó procuráredes serlo; y si no vuestra nobleza será mentira breve en cuanto durare la vida; que en la chancilleria del infierno arrúgase el pergamino, y consúmense las letras. Y el que en el mundo es virtuoso, ese es el hidalgo, y la virtud

es la egecutoria que acá respetamos; pues aunque descienda de hombres viles y bajos, como él con divinas costumbres se haga digno de imitacion, se hace noble á sí, y hace linage para otros. Reimonos acá de ver lo que ultrajais a los villanos, moros y judios, como si en estos no cupieran las virtudes que vosotros despreciais. Tres cosas son las que hacen ridiculos á los hombres : la primera la nobleza: la segunda la honra : la tercera la valentia. Pues es cierto que os contentais con que hayan tenido vuestros padres virtud y nobleza, para decir que la teneis vosotros, siendo inutil parto del mundo. Acierta á tener muchas letras el hijo del labrador : es arzobispo el villano que se aplica á honestos estudios ; y los caballeros que descenden de buenos padres, como si hubieran ellos de gobernar el cargo que les dan, quieren (¡ved que ciegos!) que les valga á ellos viciosos la virtud agena de trescientos mil años, ya casi olvidada, y no quieren que el pobre se honre con la propia. Carcomióse el hidalgo de oir estas cosas, y el caballero que estaba á su lado se afligia, pegando los abanillos del cuello, y volviendo las cuchilladas de las calzas.

¿Pues qué diré de la honra mundana? Que mas tiranías hace en el mundo, y mas daños, y la que mas gustos estorva. Muere de hambre un caballero pobre, no tiene con que vestirse, ándase rotos y remendado, ó dá en ladron, y no lo pide, porque dice que tiene honra; ni quiere servir, porque dice que es deshonra. Todo cuanto se busca, y afana, dicen los hombres que es por sustentar honra, ¡Oh lo qué gasta la honra! Y llegado á ver lo que es la honra mundana, no es nada. Por la honra no

come el que tiene gana donde le sabria bien. Por la honra se muere la viuda entre dos paredes. Por la honra, sin saber qué es hombre, ni qué es gusto, se pasa la doncella treinta años casada consigo misma. Por la honra la casada se quita á su deseo cuanto pide. Por la honra pasan los hombres el mar. Por la honra mata un hombre á otro. Por la honra gastan todos mas de lo que tienen. Y es la honra mundana, segun esto, una necedad del cuerpo, y alma, pues al uno quita los gustos, y al otro el descanso. Y porque veais cuáles sois los hombres desgraciados, y cuán á peligro teneis lo que mas estimais, hase de advertir que las cosas de mas valor en vosotros son la honra, la vida, y la hacienda. La honra está en arbitrio de las mugeres: la vida en manos de los doctores; y la hacienda en las plumas de los escribanos. Desvanecéos, pues, bien mortales (dije yo entre mi); ¡y cómo se echa de ver que este es el infierno, donde por atementar á los hombres con amarguras, les dicen las verdades!

Tornó en esto á proseguir, y dijo: La valentía. ¿Hay cosa tan digna de burla? Pues no habiendo ninguna en el mundo, sino la caridad con que vence la fiereza de otros, y la de si mismo, y la de los martires, todo el mundo es de valientes; siendo verdad que todo cuanto hacen los hombres, quanto han hecho tantos capitanes valerosos como ha habido en la guerra, no lo han hecho de valentía sino de miedo; pues el que pelea en la tierra por defenderla, pelea de miedo de mayor mal, que es ser cautivo, y verse muerto; y el que sale á conquistar los que están en sus casas, á veces lo hace de miedo de que el otro no le acometa; y los que no llevan este intento, van vencidos de la codicia.

Ved qué valientes á robar oro , y á inquietar los pueblos apartados , á quien Dios puso , como defensa á nuestra ambicion , mares en medio y montañas ásperas. Mata uno á otro primero , vencido de la ira , pasion ciega , y otras veces de miedo de que le mate á él. Así , hombres , que todo lo entendeis al revés , bobo llamais al que es sedicioso , alborotador , y maldiciente : sabio llamais al mal acondicionado , perturbador , y escandaloso ; valiente al que perturba el sosiego ; y cobarde al que con bien compuestas costumbres , escondido de las ocasiones , no dá lugar á que le pierdan el respeto. Estos tales son en que ningun vicio tiene licencia. ¡ Oh pesia tall ! (dije yo) mas estimo haber oido este diablo , que cuanto tengo. Dijo en esto el de las calzas atadas muy mohino : Todo eso se entiende con ese escudero ; pero no conmigo , á sé de caballero (y tornó á decir caballero tres cuartos de hora) , que es ruin término , y descortesía : deben de pensar que todos somos unos. Esto les dió á los diablos grándisima risa. Y luego llegándose uno á él , le dijo que se desenojase , y mirase qué habia menester ; y qué era la cosa que mas pena le daba , porque le queria tratar como quien era. Y al punto dijo : Besóos las manos : un molde para repasar el cuello. Tornaron á reir , y él á atormentarse de nuevo.

Yo , que tenia gana de ver todo lo que hubiese , pareciendo que me habia detenido mucho , me partí , y á poco que anduve , topé una laguna muy grande como el amor , y mas sucia , adonde era tanto el ruido , que se me desvanecia la cabeza. Pregunté lo que era aquello , y dijeronme , que alli penaban las mujeres que en el mundo se volvieron dueñas. Así supe como las dueñas de acá son ranas

del infierno, que eternamente como ranas están hablando sin tón, y sin són, húmedas, y en cieno, y son propiamente ranas infernales; porque las dueñas, ni son carne, ni pescado como ellas. Dióme gran risa el verlas convertidas en sabandijas tan pierniabiertas, y que no se comen sino de medio abajo, como la dueña, cuya cara siempre es trabajosa, y arrugada.

Salí, dejando el charco á mano izquierda, á una dehesa, donde estaban muchos hombres arañándose y dando voces, y eran infinitísimos, y tenían seis porteros. Pregunté á uno qué gente era aquella tan vieja, y tan en cantidad? Este es, dijo, el cuarto de los padres que se condenan por dejar ricos á sus hijos, que por otro nombre se llama el cuarto de los necios. ¡Ay de mí! dijo en esto uno, que no tuve dia sosegado en la otra vida, ni comí, ni vestí por hacer un mayorazgo; y despues de hecho, por aumentarle; y en haciéndole me morí por no gastar dineros amontonados, y apenas espiré, cuando mi hijo se enjugó las lágrimas con ellos; y cierto de que estaba en el infierno por lo que vió que habia ahorrado, viendo que no habia menester misas, no me las dijo, ni cumplió manda mia; y permite Dios que aquí, para mas pena, le vea desperdiciar lo que yo afané; y le oigo decir: Ya se condenó mi padre: ¿por qué no tomó mas sobre su ánima, y se condenó por cosas de mas importancia? ¿Queréis saber, dijo un demonio, que tanta verdad es esa? Tienen ya por refran en el mundo contra estos miserables decir: dichoso el hijo que tiene á su padre en el infierno. Apenas oyeron esto, quando se pusieron todos á ahullar, y darse de bofetones. Hicieronme lástimas, no lo pude sufrir, y pasé adelante.



Y llegando á una cárcel obscurísima oí grande ruido de cadenas , y grillos , fuego , azotes , y gritos. Pregunté á uno de los que allí estaban qué estancia era aquella ; y dijeronme que era el cuarto de los de: ¡Oh quién hubiera! No lo entiendo, dije. ¿Quién son los de: oh quién hubiera? dijo al punto: son gente necia , que en el mundo vivia mal , y se condenó sin entenderlo ; y ahora acá se les vá todo en decir : ¡Oh quién hubiera oído misa! ¡Oh quién hubiera callado! ¡Oh quién hubiera favorecido al pobre! ¡Oh quién no hubiera hurtado ! Huí medroso de tan mala gente , y tan ciega ; y dí en unos corrales con otra peor. Pero admiróme mas el título con que estaban aquí porque preguntádoselo á un demonio, me dijo: estos son los dé: Dios es piadoso , Dios sea conmigo, dije al punto : ¿ Pues cómo puede ser que la misericordia condene , siendo eso de la justicia ? Vos habláis como diablo. Y vos (dijo el maldito) como ignorante , pues no sabéis que la mitad de los que están aquí se condenan por la misericordia de Dios ; y si no , mirad cuántos son los que cuando hacen algo mal hecho , y se lo reprenden , pasan adelante y dicen : Dios es piadoso , y no mira en niñerías : para eso es la misericordia de Dios tanta , y con esto , mientras ellos haciendo mal esperan de Dios , nosotros los esperamos acá. ¿ Luego no se ha de esperar en Dios , y en su misericordia? dije yo. No lo entiendes , me respondieron ; que de la piedad de Dios se ha de fiar , porque ayuda á buenos deseos , y premia buenas obras , pero no todas veces con consentimiento de obstinaciones , que se burlan á sí las almas , que consideran la misericordia de Dios encubridora de maldades ; y la aguardan como ellos la han menester , y no co-

mo ella es, purísima, é infinita en los Santos, y capaces de ella; pues los mismos que mas en ella están confiados son los que menos le dan para su remedio. No merece la piedad de Dios quien, sabiendo que es tanta, la convierte en licencia, y no en provecho espiritual. Y de muchos tiene Dios misericordia, que no la merecen ellos, y en los mas es así, pues nada de su mano pueden sino por favor: y el hombre que mas hace es procurar merecerla. Porque no os desvanzcais, y sepais que aguardais siempre al postrero dia lo que quisierades haber hecho al primero, y que las mas veces está por nosotros lo que temeís que ha de venir, esto se vé, y se oye en el infierno. ¡Ah lo que aprovecha allá uno de estos escarmentados!

Diciendo esto, llegué á una caballeriza, donde estaban los tintoreros, que no averiguára un pesquisidor quienes eran, porque los diablos parecian tintoreros y los tintoreros diablos. Pregunté á un mulato, que á puros cuernos tenia hecha espetera la frente, ¿que dónde estaban los sodomitas, las viejas y los cornudos? Dijo: en todo el infierno están; que esa es gente que en vida son diablos, pues es su oficio traer corona de hueso. De los sodomitas y las viejas no solo no sabemos de ellos, pero ni queriamos saber que supiesen de nosotros, que en ellos peligran nuestras asentaderas; y los diablos por eso traemos colas, porque como aquellos están acá, habemos menester mosqueador de los rabos. De las viejas, porque aun acá nos enfadan y atormentan, y no hartas de vida, hay algunas que nos enamoran: muchas han venido acá muy arrugadas, canas y sin diente ni muela; y ninguna ha venido cansada de vivir. Y otra cosa mas graciosa, que si os informais

de ellas, ninguna vieja hay en el infierno, porque la que está calva y sin muelas, arrugada y lagañosa de pura edad, y de puro vieja, dice que el cabello se le cayó de una enfermedad; que los dientes y muelas se le cayeron de comer dulce; que está givada de un golpe, y no confesará que son años, si pensara remozar por confesarlo.

Junto á estos estaban unos pocos dando voces y quejándose de su desdicha. ¿Qué gente es esta? pregunté; y respondiome uno de ellos: Los sin ventura muertos de repente. Mentís dijo un diablo, que ningún hombre muere de repente; de descuidado y divertido sí. ¿Cómo puede morir de repente quien desde que nace vé que vá corriendo por la vida, y lleva consigo la muerte? ¿Qué otra cosa veis en el mundo sino entierros, muertos y sepulturas? ¿Qué otra cosa oís en los púlpitos, y leéis en los libros? ¿A qué volveis los ojos que no os acuerde de la muerte? Vuestro vestido que se gasta, la casa que se cae, el muro que se envejece, y hasta el sueño cada día os acuerda de la muerte, retratándola en sí. ¿Pues cómo puede haber hombre que se muera de repente en el mundo si siempre lo andan avisando tantas cosas? No os habeis de llamar, no, gente que murió de repente, sino gente que murió incrédula de que podía morir así, sabiendo con cuan secretos pies entra la muerte en la mayor mocedad; y que en una misma hora, en dar bien y mal suele ser madre y madrastra.

Volví la cabeza á un lado, y ví en un seno muy grande apretura de almas, y diome un mal olor. Qué es esto? dije; y respondiome un juez amarillo que estaba castigándolos. Estos son los boticarios, que tienen el infierno lleno de bote en bote: gente, que

como otros buscan ayudas para salvarse, estos las tienen para condenarse. Estos son los verdaderos alquimistas, que no Demócrito Abderita en la Arte sacra, Avicena, Jeber ni Raimundo Lull, porque ellos escribieron como de los metales se podía hacer oro, y no lo hicieron ellos: y si lo hicieron, nadie lo ha sabido hacer despues acá; pero estos tales boticarios de la agua turbia (que no clara) hacen oro, y de palos: oro hacen de las moscas y del estiercol: oro hacen de las arañas, de los alacranes y sapos; y oro hacen del papel, pues venden hasta el papel en que dan el unguento. Asi que solo para estos puso Dios virtud en las yerbas, piedras y palabras, pues no hay yerba por dañosa que sea y mala, que no les valga dineros, hasta la ortiga y cicuta, ni hay piedra que no les dé ganancia, hasta el guijarro crudo, sirviendo de moleta. En las palabras tambien, pues jamás á estos les falta cosa que les pidan, aunque no la tengan, como vean dinero, pues dan por aceite de matiolo, aceite de ballena, y no compra sino las palabras el que compra. Y su nombre no habia de ser boticario, sino armero, ni sus tiendas no se habian de llamar boticas, sino armerías de los doctores, donde el médico tomaladaga de los lamedores, el montante de los jarabes y el mosquete de la purga maldita, demasiada, recetada á mala sazón y sin tiempo. Allí se vé todo esmeril de unguentos, la asquerosa arcabuceria de melecinas con municiones de calas. Muchos de estos se salvan, pero no hay que pensar que cuando mueren tengan con que enterrarse.

Y si quereis reir, ved tras ellos los barberillos cómo penan, que en subiendo esos dos escalones están en ese cerro. Pero pasé allá y vi ¡qué cosa tan admirable, y qué justa pena! los barberos atados, las

manos sueltas, y sobre la cabeza una guitarra, y entre las piernas un ajedrez con las piezas de juego de damas; y cuando iba con aquella ansia natural de pasacalles á tañer, la guitarra le huía; y cuando volvía abajo á dar de comer una pieza, se le sepultaba el ajedrez, y esta era su pena. No entendi salir de allí de risa.

Estaban tras de una puerta unos hombres, muchos en cantidad, quejándose de que no hiciesen caso de ellos, aun para atormentarlos; y estábanles diciendo un diablo, que eran todos tan diablos como ellos, que atormentasen á otros. Quién son, le pregunté. Dijo el diablo: Hablando con perdon, los zurdos, gente que no puede hacer cosa á derechas, quejándose de que no están con los otros condenados; y acá dudamos si son hombres, ó otra cosa; que en el mundo ellos no sirven sino de enfados, y de mal agüero: pues si uno vá á negociar, y topa zurdos, se vuelve, como si topara un cuervo, ó oyera una lechuza. Y habeis de saber que cuando Scébola se quemó el brazo derecho, porque erró á Pórcena, fué no por quemarle, y quedar manco; sino queriendo hacer en sí un gran castigo, dijo: así, qué erré el golpe? Pues en pena he de quedar zurdo. Y cuando la justicia manda cortar á uno la mano derecha por una resistencia, es la pena hacerle zurdo, no el golpe. Y no querais mas, que queriendo el otro echar una maldicion muy grande, fea y afrentosa, dijo: lanzada de moro izquierdo te atraviese el corazon; y en el dia del juicio todos los condenados, en señal de serlo, estarán á la mano izquierda. Al fin es gente hecha al revés, y que se duda si son gente.

En esto me llamó un diablo por señas, y me advirtió con las manos que no hiciese ruido. Llegueme á él, y asoméme á una ventana, y dijo: Mira lo que hacen las feas; y veo una muchedumbre de mugeres, unas tomándose puntos en las caras, otras haciéndose de nuevo, porque ni la estatura en los chapines, ni la ceja con el cohó, ni el cabello en la tinta, ni el cuerpo en la ropa, ni las manos con la muda, ni la cara con el afeite, ni los labios con el color, eran los con que nacieron ellas. Y vi algunas poblado sus calvas con cabellos, que eran suyos solo porque los habian comprado. Otra vi que tenia su media cara en las manos, en los botes de unto, y en la color. Y no querais mas de las invenciones de las mugeres (dijo un diablo) que hasta resplandor tienen, sin ser soles ni estrellas. Las mas duermen con una cara, y se levantan con otra al estrado; y duermen con unos cabellos, y amanecen con otros. Muchas veces pensais que gozais las mugeres de otra, y no pasais el adulterio de la carne. Mirad cómo consultan con el espejo sus caras. Estas son las que se condenan solamente por buenas, siendo malas. Espantóme la novedad de la causa con que se habian condenado aquellas mugeres; y volviendo ví un hombre asentado en una silla á solas, sin fuego ni yelo, ni demonio, ni pena alguna, dando las mas desesperadas voces que oi en el infierno, llorando, el propio corazon haciéndose pedazos á golpes, y á vuelcos. Válgame Dios! dije en mi alma: ¿de qué se queja este, no atormentándole nada? Y él cada punto doblaba sus alaridos y voces. Dime, dije yo, quién eres, y de qué te quejas, si ninguno te molesta, si el fuego no te arde, ni el yelo te cerca?

Ay! dijo dando voces, que la mayor pena del infierno es la mia: ¿verdugos te parecen que me faltan? ¡Triste de mí, que los mas crueles están entregados á mi alma! No lo ves? dijo: y empezó á morder la silla, y á dar vueltas al rededor, y gemir. Ves lo que sin piedad van midiendo á descompasadas culpas eternas penas.

¡Ay que terrible demonio eres, memoria del bien que pude hacer, y de los consejos que desprecié, y de los males que hice! ¡Qué representacion tan continua! Déjame tú, y sale el entendimiento con imaginaciones de que hay gloria que pude gozar, y que otros gozan á menos costa que yo mis penas. ¡O qué hermoso que pintas el cielo, entendimiento, para acabarme! Déjame un poco siquiera. ¿Es posible que mi voluntad no ha de tener paz conmigo un punto? ¡Ay, huésped, y qué tres llamas invisibles, qué sayones incorpóreos me atormentan en las tres potencias del alma y cuando estos se cansan, entra el gusano de la conciencia, cuya hambre en comer del alma nunca se acaba: vesme aquí miserable, y perpétuo alimento de sus dientes. Y diciendo esto, salió la voz: ¿Hay en todo este desesperado palacio quien trueque sus almas, y sus verdugos á mis penas? Asi, mortal, pagan los que supieron en el mundo, tuvieron letras, y discurso, y fueron discretos: ellos se son infierno, y martirio de sí mismos. Tornó amortecido á su ejercicio con mas muestras de dolor. Apartéme de él medroso, diciendo: ¡Ved de lo que sirve caudal de razon y doctrina, y buen entendimiento, mal aprovechado! ¡Quién se lo vió llorar solo, y tenia dentro de su alma aposentado el infierno!

Lleguéme, diciendo esto, á una gran compa-

ña, donde penaban en diversos puestos muchos, y ví unos carros, en que traian atenaceando muchas almas, con pregones delante. Lleguéme á oír el pregon, y decia: Estos manda Dios castigar por es candalosos, y porque dieron mal ejemplo. Y ví á todos los que penaban, que cada uno los metia en sus penas, y así pasaban las de todos, como causadores de su perdicion. Pues estos son los que enseñan en el mundo malas costumbres, y de quienes dijo Dios que les valiera mejor no haber nacido.

Pero dióme risa ver unos taberneros, que se andaban sueltos por todo el infierno, penando sobre su palabra, sin prision ninguna, teniéndola cuantos estaban en él. Y preguntando por qué á esos solos los dejan andar sueltos? Dijo un diablo: y les abrimos la puertas, que no hay para que temer que se irán del infierno gente que hace en el mundo tantas diligencias por venir. Fuera de que los taberneros, trasplantado sacà, en tres meses son tan diablos como nosotros. Tenemos solo cuenta de que no lleguen al fuego de los otros, porque no lo agüen.

Pero si quereis saber notables cosas, llegaos á aquel cerco, y vereis en la parte del infierno mas honda á Judas, con su familia descomulgada de malditos dispenseros. Hicelo así y ví á Judas, que me holgué mucho, cercado de sucesores suyos, y sin cara. No sabré decir sino que me sacó de la duda de ser barbirojo, como le pintan los estranjeros por hacerle español, porque él me pareció capon, y no es posible menos, ni que tan mala inclinacion, y ánimo tan doblado se hallase sino en quien (por serlo) no fuese ni hombre, ni muger.

¿Y quién sino un capon tuviera tan poca vergüenza? ¿Y quién sino un capon pudiera condenarse por llevar las bolsas? ¿Y quién sino un capon tuviera tan poco ánimo que se ahorcase, sin acordarse de la mucha misericordia de Dios? Ello yo creo por muy cierto lo que fuere verdad; pero capon me pareció que era Judas. Y lo mismo digo de los diablos, que todos son capones, sin pelo de barba y arrugados: aunque sospecho, que como todos se quemán, el estar lampiños es de chamuscado el pelo con el fuego, y lo arrugado del calor; y debe ser así, porque no ví ceja, ni pestaña, y todos eran calvos.

Estaba, pues, Judas muy contento de ver cuán bien lo hacían algunos despenseros en venirle á cortejar y á entretener (que muy pocos me dijeron que le dejaban de imitar). Miré mas atentamente y fuíme llegando dende estaba Judas y ví que la pena de los despenseros era que como á Ticio le come un buitre las entrañas, á ellos se las descarnaban dos aves que llaman Sisonés. Y un diablo decia á voces de rato en rato: sisonés son despenseros, y los despenseros sisonés. A este pregon se estremecian todos, y Judas estaba con sus treinta dineros atormentándose. Yo le dije: una cosa querria saber de tí: ¿por qué te pintan con botas, y dicen por refrán las botas de Judas? No porque yo las traje (respondió); mas quisieron significar poniéndome botas que anduve siempre de camino para el infierno, y por ser despensero: y así se han de pintar todos los que lo son. Esta fué la causa, y no lo que algunos han colegido de verme con botas diciendo que era portugués que es mentira que yo fui.... (y no me acuerdo

bien de dónde me dijo que era si de Calabria, si de otra parte). Y has de advertir que yo solo soy el dispensero que se ha condenado por vender que todos los demas (fuera de algunos) se condenan por comprar. Y en lo que dices que fui traidor y maldito en dar á mi maestro por tan poco precio, tienes razon y no podia yo hacer otra cosa fiandome de gente como los judios que era tan ruin que pienso que si pidiera un dinero mas por él no me lotomáran. Y porque estás muy espantado y fiado en que yo soy el peor hombre que ha habido, ve ahí debajo y verás muchísimos tan malos. Vete, dijo, que ya basta de conversacion que no los oscurezco.

Dices la verdad, le respondi, y acogime donde me señaló y topé muchos demonios en el camino con palos y lanzas echando del infierno muchas mugeres hermosas y muchos malos letrados. Pregunté que por qué los querian echar del infierno á aquellos solos; y dijo un demonio: porque eran de grandísimo provecho para la poblacion del infierno en el mundo: las damas con sus caras y con sus mentirosas hermosuras y buenos pareceres y los letrados con buenas caras y malos pareceres, y que asi los echaban porque traesen gente.

Pero el pleito mas intrincado y el caso mas difícil que yo ví en el infierno, fué el que propuso una muger condenada con otras muchas por malas en frente de unos ladrones; la cual decia: decidnos, señor, ¿cómo ha de ser esto de dar y recibir si los ladrones se condenan por tomar lo ageno y la muger por dar lo suyo? ¡Aquí de Dios! que el ser puta es ser justicia. Si es justicia el dar á ca-

da uno lo suyo, pues lo hacemos asi, de qué nos culpan? Dejé de escucharla y pregunté (como nombraron ladrones) dónde estaban los escribanos.

¡Es posible que no hay en el infierno ninguno ni le pude topar en todo el camino! Respondiome un verdugo: bien creo yo que no topariamos ninguno por él. Pues qué hacen? Sávanse todos? No, dijo: pero dejan de andar y vuelan con plumas, y el no haber escribanos por el camino de la perdición no es porque infinitisimos que son malos no vienen acá por él sino porque es tanta la prisa con que vienen, que volar, llegar y entrar es todo uno (tales plumas se tienen ellos) y asi no se ven en el camino. Y acá, dije yo, cómo no hay ninguno? Sí hay, me respondió, mas no usan ellos de nombre de escribanos, que acá por gatos los conocemos. Y para que echeis de ver qué tantos hay, no habeis de mirar sino que con ser el infierno tan gran casa, tan antigua, tan mal tratada y sucia, no hay un raton en toda ella, que ellos los cazan.

¿Y los alguaciles malos no están en el infierno? Ninguno está en el infierno, dijo el demonio. ¿Cómo puede ser si se condenan algunos malos entre muchos buenos que hay? Digoos que no están en el infierno, porque en cada alguacil malo, aun en vida, está todo el infierno en él. Santiguéme y dije: brava cosa es lo mal que los quereis los diablos á los alguaciles. ¿No los tenemos de querer mal, pues segun son endiablados los malos alguaciles, tememos que han de venir á hacer que sobremos nosotros para lo que es materia de condenar almas, y que se nos han de levantar con el oficio de demonios, y que ha de venir Lucifer á

ahorrarse de diablos, y despedirnos á nosotros por recibirlos á ellos?

No quise en esta materia escuchar mas, y así me fui adelante, y por una red vi un amenísimo cercado, todo lleno de almas que unas con silencio y otras con llanto se estaban lamentando. Dijéronme que era el retiramiento de los enamorados. Gemí tristemente viendo que aun en la muerte no dejan los suspiros. Unos se respondían en sus amores, y penaban con dudosas desconfianzas. ¡O qué número de ellos echaban la culpa de su perdición á sus deseos, cuya fuerza, ó cuyo pincel los mintió las hermosuras! Los mas estaban descuidados por *penseque*, según me dijo un diablo. Quién es *penseque*? dije yo; ó qué género de delito? Rióse, y replicó: no es sino que se destruyen, fiándose de fabulosos semblantes y luego dicen: pensé que no me obligára: pensé que no me amartelára: pensé que ella me diera á mí y no me quitara pensé que no tuviera otro con quien yo riñera: pensé que se contentara conmigo solo: pensé que me adoraba, y así todos los amantes en el infierno están por *penseque*. Estos son la gente en quien mas ejecuciones hace el arrepentimiento, y los que menos sabían de sí. Estaba en medio de ellos el amor lleno de sarna, con un rótulo que decía:

No hay quien este amor no dome,
Sin justicia, ó con razon,
Porque es sarna, y no aficion,
Amor que se pega y come.

Coplica hay? dije yo: no andan lejos de aquí
Los poetas, cuando volviéndome á un lado veo

una banda, hasta cien mil de ellos en una grande jaula que llaman los Orates en el infierno. Volví á mirarles y dijome uno señalándome á las mugeres: ¿Qué digo, esas señoras hermosas todas se han vuelto camareras de los hombres, pues los desnudan y no los visten? ¿Conceptos gastais aun estando aqui? Buenos cascos teneis, dije yo; cuando uno entre todos, que estaba aherrojado y con mas penas que todos dijo: ¡Plegue á Dios hermano que asi se vea el que inventó los consouantes! pues porque en un

SONETO

Dije que una señora era absoluta;
y siendo mas honesta que Lucrecia,
por dar fin al cuarteto la hice puta:

Forzóme el consonante á llamar necia
á la de mas talento, y mayor brio:
¡O ley de consonantes dura y recia!

Habiendo en un terceto dicho lio,
un hidalgo afrenté tan solamente
porque el verso acabó bien en judio.

A Herodes otra vez llamé inocente,
mil veces á lo dulce hice amargo,
y llamé al apacible impertinente.

Y por el consonante tengo á cargo
otros delitos torpes, feos y rudos;
y llega mi proceso á ser tan largo,

Que porque en una octava dije escudos,
hice sin mas ni mas siete maridos,
con honradas mugeres ser cornudos.

Aqui nos tienen como ves metidos,
y por el consonante condenados.

¡O miseros poetas desdichados,
á puros versos como ves perdidos!

¡Hay tan graciosa locura, dije yo, que aun aquí estais sin dejarla, ni cansaros de ella! ¡Oh qué vi de ellos! Y decía un diablo: Esta es gente que canta sus pecados, como otros los lloran; pues en amancebándose, con hacerla pastora, ó mora, la sacan á la vergüenza en un romancito por todo el mundo. Si las quieren á sus damas, lo mas que les dan es un soneto, ó unas octavas; y si las aborrecen, ó las dejan, lo menos que les dejan es una Sátira. ¡Pues qué es verlas cargadas de pradicos de esmeraldas, de cabellos de oro, de perlas de la mañana, de fuentes de cristal, sin hallar sobre todo esto dinero para una camisa, ni sobre su ingenio! Y es gente, que apenas se conoce de qué ley son, porque el nombre es de cristianos, las almas de hereges, los pensamientos de alarbes, y las palabras de gentiles. Si mucho me aguardo, dije entre mí, yo oiré algo que me pese.

Fuime adelante, y dejélos, con deseo de llegar adonde estaban los que no supieron pedir á Dios ¡Oh qué muestras de dolor tan grandes hacian! ¡Oh que sollozos tan lastimosos! Todos tenían las lenguas condenadas á perpetua carcel, y poseidos del silencio. ¡Tal martirio, en voces ásperas de un demonio, recibian por los oidos! ¡Oh corvas almas, inclinadas al suelo, que con oracion logrera, y ruego mercader, y comprador, os atrevisteis á Dios, y le pedisteis cosas, que de vergüenza de que otro hombre las oyese, aguardábades á coger solos los retablos! ¡Pues cómo, mas respeto tuvisteis á los mortales que al señor de todos? Quien os vé en un rincón medrosos de ser oidos, pedir murmurando, sin dar licencia á las palabras que se saliesen de los dientes, cerrados de ofensas: Se-

ñor, muera mi padre, y acabe yo de suceder en su hacienda: llevaos á vuestro reino á mi mayorhermano, y aseguradme á mi el mayorazgo: halle yo una mina debajo de mis pies: el rey se incline á favorecerme, y véame yo cargado de sus favores; y ved á lo que llegó vuestra desverguenza, que osasteis decir: Y haced esto, que si lo haceis, yo os prometo de casar dos huérfanas, de vestir seis pobres, y de daros frontales. ¡Qué ceguedad de hombres, prometer dádivas al que pedis, con ser la suma riqueza! Pedisteis á Dios por merced lo que él suele dar por castigo: y si os lo da, os pesa de haberlo tenido cuando morís: y si no os lo dá, cuando vivís; y así de puros necios siempre teneis quejas. Y si llegais á ser ricos por votos, decidme cuales cumplís? ¿Qué tempestad no llena de promesas los santos? ¿Y qué bonanza tras ella no los torna á desnudar, con olvido de toques de campanas? ¿Qué de preseas ha ofrecido á los altares la espantosa cara del golfo? ¿Y qué de ellas ha muerto, y quitado de los mismos templos el puerto? Nacen vuestros ofrecimientos de necesidad, y no de devocion. ¿Pedisteis alguna vez á Dios lo que conviene? paz en el alma, aumento de gracia, favores suyos, ó inspiraciones? No por cierto; ni aun sabeis para qué son menester estas cosas, ni lo que son. Ignorais que el holocausto, sacrificio, y oblacion que Dios recibe de vosotros, es de la pura conciencia, humilde espíritu, caridad ardiente; y esto acompañado con lágrimas es moneda, que aun Dios (si puede) es codicioso en nosotros. Dios (hombres) por vuestro bien gusta que os acordeis de él: y como (si no es en los trabajos) no os acordais, por eso os dá trabajos, porque tengais de él

memoria. Considerad vosotros, necios demandadores, ¡cuán brevemente se os acabaron las cosas, que importunos pedisteis á Dios! ¡qué presto os dejaron; y cómo, ingratos, no os fueron compañía en el postrer paso! ¿Veis cómo vuestros hijos aun no gastan de vuestras haciendas un real en obras pias, diciendo que no es posible que vosotros gustéis de ellas, porque si gustárades, en vida hiciérades algunas? Y pedís tales cosas á Dios, que muchas veces por castigo de la desvergüenza con que las pedís os las concede. Y bien, como suma sabiduria, conoció el peligro que tenéis en saber pedir, pues lo primero que os enseñó en el *Pater noster* fué pedirle; pero pocos entendeis aquellas palabras donde Dios enseñó el language con que habeis de tratar con él. Quisieron responderme; mas no les daban lugar las mordazas.

Yo, que ví que no habian de hablar palabra, pasé adelante, donde estaban juntos los ensalmadores ardiéndose vivos, y los saludadores tambien, condenados por embustidores. Dijo un diablo: Veislos aquí á estos tratantes en santiguaderas, mercaderes de cruces, que embelesaron el mundo, y quisieron hacer creer que podia tener cosa buena un hablador. Geate es esta ensalmadora, que jamás hubo nadie que se quejase de ellos: porque si les sanan, antes se lo agradecen; y si los matan, no se pueden quejar, y siempre los agradecen lo que hacen, y dan contento; porque si sanan, el enfermo los regala; y si matan; el heredero les agradece el trabajo. Si curan con agua, y trapos la herida, que sanara por virtud de naturaleza, dicen que es por ciertas palabras virtuosas que les enseñó un Judio. ¡Mirad que buen origen de pala-

bras virtuosas! Y si se enfiesta, empeora, y muere, dicen que llegó su hora, y el badajo que se la dió, y todo. ¿Pues qué es de oír á estos las mentiras que cuentan de uno que tenia las tripas fuera en la mano, en tal parte; y otro que estaba pasado por las hijadas? Y lo que mas me espanta es, que siempre he medido la distancia de sus curas, y siempre las hicieron cuarenta, ó cincuenta leguas de allí, estando en servicio de un señor, que há ya trece años que murió, porque no se averigue tan presto la mentira; y por la mayor parte estos tales que curan con agua, enferman ellos por vino. Al fin estos son por los que se dijo: Hurtan que es bendicion, porque con la bendicion hurtan, tras ser siempre gente ignorante. Y he notado que casi todos los ensalmos están llenos de solecismos; y no sé qué virtud se tenga el solecismo, por la cual se pueda hacer nada. Al fin, vaya dó fuere, ellos están acá algunos; que otros hay buenos hombres, que como amigos de Dios alcanzan de él la salud para los que curan: que la sombra de sus amigos suele dar vida.

Pero para ver buena gente, mirad los saludadores, que tambien dicen que tienen virtud. Ellos se agraviaron, y dijeron, que era verdad que la tenían. Y á esto respondió un diablo: ¿Cómo es posible que por ningun camio se halle virtud en gente que anda siempre soplando? Alto, dijo un demonio, que me he enojado: vaya al cuartel de los Porquerones, que viven de lo mismo. Fueron, aunque á su pesar; y yo bajé otra grada por ver los que Judas me dijo que eran peores que él, y toqué en una alcoba muy grande una gente desatinada, que los diablos confesaban que ni los enten-

dian, ni se podian averiguar con ellos. Eran astrólogos, y alquimistas. Estos andaban llenos de hornos, y crisoles, de lodos, de minerales, de escorias, de cuernos, de estiercol, de sangre humana, de polvos, y de alambiques. Aquí calcinaban, allí lavaban, allí apartaban, y acullá purificaban. Cuál estaba fijando el mercurio al martillo, y habiendo resuelto la materia viscosa, y ahuyentádola la parte sutil, lo corruptivo del fuego, en llegándose á la copela, se le iba en humo. Otros disputaban si se habia de dar fuego de mecha, ó si el fuego, ó no fuego de Raymundo habia de entenderse de la cal, ó si de luz efectiva del calor, y no de calor efectivo de fuego. Cuáles con el signo de hermete daban principio á la obra magna, y en otra parte miraban ya el negro blanco, y le aguardaban colorado; y juntando á esto la proporcion de naturaleza, con naturaleza se contenta la naturaleza, y con ella misma se ayuda, y los demas oráculos ciegos suyos, esperaban la reduccion de la primera materia, y al cabo reducian su sangre á la postrera podre; y en lugar de hacer del estiercol, cabellos, sangre humana, cuernos, y escoria oro, hacian del oro estiercol, gastándolo neciamente. ¡Oh qué voces que oi sobre el padre muerto ha resucitado, y tornarle á matar! ¡Y qué bravas las daban sobre entender aquellas palabras tan referidas de todos los autores químicos: ¡Oh gracias sean dadas á Dios; que de la cosa mas vil del mundo permite hacer una cosa tan rica! Sobre cuál era la cosa mas vil se ardian. Uno decia, que ya la habia hallado, y si la piedra filosofal se habia de hacer de la cosa mas vil, era fuerza hacerse de corchetes. Y los cocieran, y destiláran, si no dijera otro

que tenían mucha parte de ayre para poder hacer la piedra; que no había de tener materiales tan vaporosos. Y así se resolvieron que la cosa mas vil del mundo eran los sastres, pues á cada punto se condenaban, y que era gente mas enjuta.

Cerráran con ellos, si no dijera un diablo: ¿Queréis saber cual es la cosa mas vil? Los alquimistas; y así, porque se haga la piedra, es menester quemaros á todos. Diéronles fuego y ardian casi de buena gana solo por ver la piedra filosofal.

Al otro lado no era menos la trulla de astrólogos y supersticiosos. Un quiromántico iba tomando las manos á todos los otros que se habían condenado, diciendo: Que claro que se vé que se habían condenado estos, por el monte de Saturno. Otro, que estaba á gatas con un compás midiendo alturas, y notando estrellas, cercado de efemérides y tablas, se levantó y dijo en altas voces: Vive Dios que si me pariera mi madre medio minuto antes, que mesalvo, porque Saturno en aquel punto mudaba el aspecto, y Marte se pasaba á la casa de la vida, el escorpion perdía su malicia, y yo, como di en procurador, fui pobre mendigo. Otro tras él andaba diciendo á los diablos que le mortificaban, que mirasen bien si era verdad que él había muerto, que no podía ser, á causa que tenía á Júpiter por ascendiente, y á Venus en la casa de la vida, sin aspecto ninguno malo, y que era fuerza que viviese noventa años. Miren, decía, que les notifico, que miren bien si soy difunto, porque por mi cuenta es imposible que pueda ser esto. En esto iba y venia, sin poderlo nadie sacar de aquí.

Y para enmendar la locura de estos salió otro geométrico poniéndose en puntos con las ciencias, haciendo sus doce casas, gobernadas por el impulso

de la mano y rayas, á imitacion de los dedos con supersticiosas palabras y oraciones, y luego, despues de sumados sus pares y nones, sacando juez y testigos, comenzaba á querer probar cual era el astrólogo mas cierto; y si dijera mas puntual, acertára, pues es su ciencia de punto como calza, sin ningun fundamento, aunque pese á Pedro Albano, que era uno de los que allí estaban acompañando á Cornelio Agripa (que con una alma ardía en cuatro cuerpos de sus obras malditas y descomulgadas) famoso hechicero. Tras esto ví con su poligráfia y esteganografía á Tritemio, que así llaman al autor de aquellas obras escandalosas, muy enojado con Cardano, que estaba enfrente, porque dijo mal de él solo, y supo ser mayor mentiroso en sus libros de *subtilitate*, por hechizos de viejas, que en ellos juntó. Julio César escaligero se estaba atormentando por otro lado en sus *Ejercitaciones*, mientras pensaba las desvergonzadas mentiras que escribió de Homero, y los testimonios que le levantó, por levantar á Virgilio Aras, hecho idólatra de Maron. Estaba riéndose de sí mismo Artesio con su mágica, haciendo las tablillas para entender el lenguaje de las aves; y Checo de Ascoli muy triste y pelándose las barbas, porque tras tanto experimento disparatado no podia hallar nuevas necedades que escribir. Teofrasto Paracelso estaba quejándose del tiempo que habia gastado en la alquimia; pero contento en haber escrito Medicina y mágica, que nadie la entendia, y haber llenado las imprentas de pullas, á vuelta de muy agudas cosas. Y detras de todos estaba Habequer el pordiosero, vestido de los andrajos de cuantos escribieron mentiras, y desvergüenzas, hechizos y supersticiones, hecho su libro una Ginebra de moros, gentiles y cris-

ianos. Allí estaba el secreto autor de la *Clavícula Salomonis*, y el que le imputó los sueños. ¡Oh cómo se abrasaba burlado, de vanas y necias oraciones. el herege que hizo el libro: *Adversus omnia pericula mundi*! Que bien ardia el Catan y las obras de Races! Estaba Taisnerio con su libro de fisonomías y manos, penando por los hombres que habia vuelto locos con sus disparates, y reia se sabiendo, el belloco que las fisonomías no se pueden sacar ciertas de particulares rostros de hombres, que, ó por miedo, ó por no poder, no muestran sus inclinaciones, y las reprimen, sino solo de rostros y caras de principes, y señores sin superior, en quien las inclinaciones no respetan nada para mostrarse. Estaba luego un triste autor con sus rostros y manos, y los brutos, concertando por las caras la similitud de las costumbres. A Escoto el Italiano vi allá, no por hechicero, y mágico, sino por mentiroso, y embustero. Habia otra gran tropa, y aguardaban sin duda mucha gente, porque habia grandes campos vacios, y nadie estaba con justicia entre todos estos autores presos por hechiceros, sino fueron unas mugeres hermosas, porque sus caras lo fueron solas en el mundo. ¡Oh verdaderos hechizos! Que las damas solo son veneno de la vida, que perturbando las potencias, y ofendiendo los organos á la vista, son causa de que la voluntad quiera por bueno lo que ofendidas las especies representan. Viendo esto, dice entre mí: Ya me parece que vamos llegando al cuartel de esta gente.

Dime priesa á llegar allá; y al fin asoméme á parte donde sin favor particular del cielo no se podia decir lo que habia. A la puerta estaba la justicia espantosa, y en la segunda entrada el vicio desver-

gonzado, y soberbio: la malicia ingrata é ignorante: la incredulidad resoluta y ciega, y la inobediencia bestial y desbocada. Estaba la blasfemia insolente, y tirana, llena de sangre, ladrando por cien bocas, y vertiendo veneno por todas, con los ojos armados de llamas ardientes. Grande horror me dió el umbral ¡Entré y vi á la puerta la gran suma de hereges antes de Cristo. Estaban los Ophiteos; que se llaman así en griego de la Serpiente que engañó á Eva, la cual venenaron á causa de que supiésemos del bien y del mal. Los caínanos, que alabaron á Cain porque como decian, siendo hijo del mal, prevaleció su mayor fuerza contra Abel. Los Sethianos, de Seth. Estaba Dosilio ardiendo como un horno, el cual creyó que se habia de vivir solo segun la carne: y no creía la resurreccion, privándose á sí mismo, (ignorante mas que todas las bestias) de un bien tan grande, pues cuando fuera así que fuéramos solo animales como los otros, para morir consolados habiamos de fingirnos eternidad á nosotros mismos. Y así llama Luciano en boca agena á los que creen la inmortalidad del alma: *Felices errore suo*: dichosos con su error. Si eso fuera así que murieran las almas con los cuerpos malditos, dije yo, siguiérase que el animal del mundo, á quien dios dió menos dicurso, es el hombre, pues entiende al revés lo que mas importa, esperando inmortalidad: y seguirse ha que á la mas noble criatura dió menos conocimiento, y crió para mayor miseria la naturaleza, que Dios no: pues quien sigue esa opinion no lo fie. Estaba luego Aspad, autor de los Saduceos. Los Fariseos estaban aguardando al Mesías, no como Dios, sino como hombre. Estaban los Eliogaristas Devictiacos, adoradores del Sol;

pero los mas graciosos son los que veneran las ranas, que fueron plaga á Faraon, por ser azote de Dios. Estaban los Muscoritos haciendo ratonera al arca á puro raton de oro. Estaban los que adoran la Mosca Acaronita: Ocias el que quiso pedir á una mosea antes salud que á Dios; por lo cual Elías le castigó. Estaban los Trogloditas, los de la fortuna del Cielo, los de Baal, los de Astarot, los del ídolo Moloch, y Temphan de la Ara de Tophét, los Pateoritas, hereges veraniscos de pozos, los de la Serpiente de metal: y entre todos sonaba la barahunda, y el llanto de las judias, que debajo de tierra en las cuevas lloraba Samar en su simulacro. Seguian los Dathalitas, luego la Pithonisa arremangada, y detras los de Astar, y Astarot, y al fin los que aguardaban á Herodes, y de estos se llaman herodianos. Tuve á todos estos por locos, y mentecatos. Mas llegué luego á los Hereges que habia despues de Cristo: allí ví á muchos, como Menandro, y Simon Mago summaestro. Estaba Saturnino inventando disparates. Estaba el maldito Basisides Heresiarca. Estaba Nicolás Antioqueno, Carpocrates, y Cherinto, y el infame Ebion. Vino luego Valentino, el que dió por principio de todo el mar, y el silencio. Menandro el mozo de Samaria decia que él era el Salvador, y que habia caido del Cielo; y por imitarlo decia detrás de él Montano Frigio, que él era el Paracleto. Siguenle las desdichas Prisca, y Maximilla Heresiarcas. Llamaronlos sus secuaces catafriges; y llegaron á tanta locura, que decian, que en ellos, y no en los Apóstoles vino el Espíritu-Santo. Estaba Nepos Obispo, en quien fue corozca la mitra, afirmando que los santos habian de reinar con Cristo en la tierra mil años en

lascivias, y regalos. Venia luego Sabino, Prelado herege Arriano, el cual en el Concilio Niceno llamó idiotas á los que no seguian á Arrio. Despues en miserable lugar estaban ardiendo por sentencia de Clemente, Pontífice máximo, que sucedió á Benedicto, los Templarios, primeros santos en Jesusalen, y luego de puro ricos, idólatras, y deshonestos. ¿Y qué fue ver á Guillermo, el hipócrita de Ambers, hecho padre de putas, prefiriendo las rameras á las honestas, y la fornicacion á la castidad! A los pies de este yacia Bárbara, muger del emperador Sigismundo, llamando necias á las virgenes, habiendo hartas. Ella (bárbara como su nombre) servia de emperatriz á los diablos: y no estando harta de delitos, ni aun cansada (que en esto quiso llevar ventaja á Mesalina) decia que moria el alma, y el cuerpo, y otras cosas bien dignas de su nombre.

Fui pasando por estos, y llegué á una parte donde estaba uno solo arrinconado, y muy sucio, con un zancajo menos, y un chirlo por la cara, lleno de cencerros, y ardiendo, y blasfemando. ¿Quién eres tú, le pregunté que entre tantos malos eres el peor? Yo, dijo él, soy Mahoma; y decíasele el tallencillo, la cuchillada, y los dijés de arriero. Tú eres, dije yo, el mas mal hombre que ha habldo en el mundo, y el que mas almas ha traído acá. Todo lo estoy pasando, dijo, mientras los malaventurados africanos adoran al zancarrón, ó zancajo que aquí me falta. Picarón, ¿porqué vedaste el vino á los tuyos? Y me respondió: Porque si tras las borracheras que les dejé en mi Alcoran, les permitiera las del vino, todos fueran borrachos. ¿Y el tocino por qué se lo vedaste, perro, esclavo, des-

cendiente de Agar? Eso hize por no hacer agravio al vino, que lo fuera comer torreznos, y beber agua, aunque yo vino, y tocino gastaba. Y quise tan mal á los que creyeron en mí, que acá los quite la gloria, y allá los perniles, y las botas. Y últimamente mandé que no defendiesen mi ley por razon, porque ninguna hay ni para obedecerla, ni sustentarla: remitísela á las armas, y metilos en ruido para toda la vida. Y el seguirme tanta gente no es en virtud de milagros, sino solo en virtud de darles la ley á medida de sus apetitos, dándoles mugeres para mudar, y por estraordinario deshonestidades tan feas como las quisiesen; y con esto me seguian todos. Pero no se remató en mí todo el daño; tiende por ahí los ojos, y verás que honrada gente topas.

Volvíme á un lado, y ví todos los hereges de ahora, y topé con Manicheo. ¡Oh que ví de calvinistas arañando á Calvino! y entre estos estaba el principal Josepho Escaligero, por tener su punto de atheista, y ser tan blesfemo, deslenguado, vano, y sin juicio. Al cabo estaba el maldito Lutero con su capilla, y sus mugeres, hinchado como un sapo, y blasfemando: y Melancton comiéndose las manos tras sus heregias. Estaba el renegado Beza, maestro de Ginebra, leyendo sentado en cátedra de pestilencia; y allí lloré viendo el Enrico Estepano. Preguntéle no se qué de la lengua griega; y estaba tal la suya, que no pudo responderme sino con bramidos. Espántome, ¡Enrico, de que supiepieses nada? ¡De qué te aprovecharon tus letras, y agudezas? Mas le dijera si no me enterneciera la desventurada figura en que estaba el miserable penando. Estaba ahorcado de un pie Helyoheovano

Heso, célebre poeta, competidor de Melacton. ¡Oh como lloré mirando su gusto torpe con heridas y golpe, y afeados con llamas sus ojos!

Dime prisa á salir de este cercado, y pasé á una galería, donde estaba Lucifer cercado de diablas; que tambien hay hembras como machos. No entré dentro, porque no me atreví á sufrir su aspecto disforme: solo diré que tal galería, y tan bien ordenada, no se ha visto en el mundo, porque toda estaba colgada de emperadores, y reyes vivos como acá muertos. Allí ví toda la casa otomana, y los de Roma por su órden. Ví graciosísimas figuras: hilando á Sardanápalo, glotoneando á Eliogábalo, á Sapor emparentando con el sol y las estrellas. Viriato andaba á palos tras los romanos, Atila revolvía el mundo, y Belisario ciego acusaba a los athenienses.

Llegó á mi el portero y me dijo: Lucifer manda, que porque tengais que contaren el otro mundo, que veais su camarín. Entré allá, y era un aposento curioso, y lleno de buenas joyas: tenia cosa de seis ó siete mil cornudos, y otros tantos algualciles manidos. Aquí estais? dije yo: ¿cómo diablos os habia de hallar en el infierno, si estábades aquí? Habia pipotes de médicos, y muchísimos coronistas lindas piezas, aduladores de molde, y con licencia. Y en las cuatro esquinas estaban ardiendo por hachas cuatro malos pesquisidores. Y todas las poyatas (que son los estantes) llenas de vírgenes, rociadas doncellas, penadas como tazas; y dijo el demonio: doncellas son, que se vinieron al infierno con las doncelleces fiambres, y por cosa rara se guardan. Seguianse luego demandadores haciendo labor con diferentes sa-

yos; y de las ánimas había muchos, porque piden para sí mismos, y consumen ellos en vino cuanto les dan. Había madres postizas y trastenderas de sus sobrinas, y suegras de sus nueras. Por mascarones al rededor estaba en una peana Sebastian Gertel, general en lo de Alemania contra el emperador, tras haber sido alabardero suyo.

No acabára yo de contar lo que ví en el camino, si lo hubiera de decir todo. Salíme fuera, y quedé como espantado, repitiendo conmigo estas cosas. Solo pido á quien las leyere las lea de suerte, que el crédito que les diere le sea provechoso para no experimentar ni ver estos lugares, certificando al lector, que no pretendo en ello ningún escándalo, ni reprehension, sino de los vicios; pues decir de los que estan en el infierno no puede tocar á los buenos. Acabé este discurso en el Fresno á postrero de abril de 1608.

EL MUNDO

POR DEDENTRO.



A DON PEDRO GIRON, DUQUE DE OSUNA, MARQUÉS DE
PEÑAFIEL, CONDE DE UREÑA.

Estas burlas, que llevan en la risa disimulado algun miedo provechoso, envio, para que V. E. se divierta de grandes ocupaciones algun rato. Pequeña es la demostracion, mas yo no puedo dar mas; y solo me consuela ver que la grandeza de V. E. a mucho menos hace honra, y merced. En la aldea, abril 26 de 1610.—Don Francisco de Quevedo Villegas.

AL LECTOR, COMO DIOS ME LO DEPARE, CÁNDIDO,
Ó PURPÚREO, PIO, Ó CRUEL, BENIGNO, Ó SIN SARNA.

Es cosa averiguada (asi lo siente Metrodoro Chio, y otros muchos) que no se sabe nada, y que todos son ignorantes; y aun esto no se sabe de cierto, que a saberse, ya se supiera algo; sospé-

chase. Dícelo así el doctísimo Francisco Sanchez, médico y filósofo, en su libro, cuyo título es: *Nihil scitur*. No se sabe nada. En el mundo, fuera de los teólogos, filósofos y juristas, que atienden á la verdad, y al verdadero estudio, hay algunos que no saben nada, y estudian para saber, y estos tienen buenos deseos, y vano ejercicio; porque al cabo solo les sirve el estudio de conocer como toda verdad la quedan ignorando. Otros hay que no saben nada, y no estudian porque piensan que saben todo. Son de estos muchos irremediables: á estos se les ha de envidiar el ocio, y la satisfacción y llorarles el seso. Otros hay que no saben nada, y dicen que no saben nada, porque piensan que saben algo de verdad, pues lo es que no saben nada, y á estos se les habia de castigar la hipocresía con creerles la confesion. Otros hay (y en estos, que son los peores, entro yo) que no saben nada, ni quieren saber nada, ni creen que se sepa nada, y dicen de todos que no saben nada. y todos dicen de ellos lo mismo, y nadie miente; y como gente que en cosas de letras, y ciencia tiene que perder tan poco, se atreven á imprimir, y sacar á luz todo cuanto sueñan. Estos dan que hacer á las imprentas, sustentan á los libreros, gastan á los curiosos, y al cabo sirven á las especerías. Yo, pues, como uno de estos, y no de los peores ignorantes, no contento con haber sonado el juicio, ni haber endemoniado un algacil, y últimamente escrito el infierno, ahora salgo sin tón, ni són, pero no importa, que esto no es bailar, con el mundo por dedentro. Si te agradáre, y pareciere bien, agradécelo á lo poco que sabes, pues de tan mala cosa te contentas. Y si te pareciere

malo, culpa mi ignorancia en escribirlo, y la tuya en esperar otra cosa de mí. Dios te libre, lector, de prólogos largos, y de malos epitetos.

DISCURSO.

Es nuestro deseo siempre peregrino en las cosas de esta vida, y así con una solicitud anda de unas en otras, sin saber hallar patria, ni descansar. Alimentase de la variedad, y diviértese con ella: tiene por ejercicio el apetito, y este nace de la ignorancia de las cosas; pues si las conociera cuando codicioso, y desalentado las busca, así las aborreciera como cuando arrepentido las desprecia. Y es de considerar la fuerza grande que tiene, pues promete, y persuade tanta hermosura en los deleites y gustos; lo cual dura solo en la pretension de ellos; porque en llegando cualquiera á ser poseedor, es juntamente descontento. El mundo, que á nuestro deseo sabe la condicion para lisonjearla, pónese delante mudable, y vario, porque la novedad, y diferencia es el afeite con que mas nos atrae: con esto acaricia nuestros deseos, llévalos tras sí, y ellos á nosotros. Sea por todas las esperiencias mi suceso, pues cuando mas apurado me habia de tener el conocimiento de estas cosas, me hallé todo en poder de la confusion, poseido de la vanidad, de tal manera, que en la gran poblacion del mundo, perdido ya, corria donde tras la hermosura me llevaban los ojos, y adonde tras la conversacion los amigos de una calle en otra, hecho fabula de todos; y en lugar de desear salida al laberinto, procuraba que se

me alargase el engaño. Ya por la calle de la ira, descompuesto, seguía las pendencias, pisando sangre, y heridas: ya por la de la gula veía responder á los brindis turbados. Al fin, de una calle en otra andaba (siendo infinitas) de tal manera confuso, que la admiracion aun no dejaba sentido para el cansancio; cuando llamado de voces descompuestas, y tirado porfiadamente del manteo, volví la cabeza. Era un viejo venerable en sus canas, mal tratado, roto por mil partes el vestido y pisado; no por eso ridículo, antes severo y digno de respeto. Quién eres (dije), que así te confiesas envidioso de mi gusto? Déjame, que siempre los ancianos aborreceis en los mozos los placeres y deleites: no los que dejais de vuestra voluntad, sino los que por fuerza os quita el tiempo: tú vas, yo vengo: déjame gozar el mundo. Desmintiendo sus sentimientos, riéndose, dijo: Ni te estorvo ni te envidio lo que deseas; antes te tengo lastima. ¿Tú por ventura sabes lo que vale un día? ¿Entiendes de cuánto precio es una hora? ¿Has examinado el valor del tiempo? Cierto es que no, pues así alegre le dejas pasar, hurtado de la hora que fugitiva y secreta te lleva preciosísimo robo. ¿Quién te ha dicho que lo que ya fué volverá cuando lo hayas menester si le llames? Dime, ¿has visto algunas pisadas de los días? No por cierto, que ellos solos vuelven la cabeza á reirse, y burlarse de los que así los dejaron pasar. Sabete que la muerte y ellos están eslabonados, y en una cadena; y que cuando mas caminan los días que van delante de tí tiran hácia tí y te acercan á la muerte, que quizá la aguardas y es ya llegada; y según vives, antes será pasada que creída. Por

necio tengo al que toda la vida se muere de miedo que se ha de morir; y por malo al que vive tan sin miedo de ella como si no la hubiese: que este la viene á temer cuando la padece, y embarazado con el temor, ni halla remedio á la vida, ni consuelo á su fin. Cuerdo es solo el que vive cada dia como quien cada dia y cada hora puede morir. Eficaces palabras tienes, buen viejo; traído me has el alma á mí, que me la llevaban embelesada vanos deseos. ¿Quién eres, de dónde, y qué haces por aquí? Mi habito y traje dice que soy hombre de bien y amigo de decir verdades en lo roto, y poco medrado; y lo peor que tu vida tiene es no haber visto mi cara hasta ahora. Yo soy el desengaño; estos rasgones de la ropa son los tirones que dan de mí los que dicen en el mundo que me quieren; y estos cardenales del rostro, estos golpes y coces me dan en llegando, porque vine, y porque me vaya; que en el mundo todos decís que queréis desengaño: y en teniéndole, unos os desesperais, otros maldecís á quien os le dió, y los mas corteses no le creéis. Si tú quieres, hijo, ver el mundo, ven conmigo, que yo te llevaré á la calle Mayor, que es á donde salen todas las figuras, y allí verás juntos los que por aquí van divididos, sin cansarte. Yo te enseñaré el mundo como es: que tú no alcanzas á ver, sino lo que parece. Y ¿cómo se llama, dije yo, la calle mayor del mundo, donde hemos de ir? Llámasse respondió, Hipocresía: calle, que empezó con el mundo y se acabará con él; y no hay nadie casi que no tenga, si no una casa; un cuarto ó un aposento en ella. Unos son vecinos y otros paseantes; que hay muchas diferencias de hipócritas, y to-

dos cuantos ves por ahí lo son. Y ¿ves aquel que gana de comer como oficial, y se viste como hidalgo? es hipócrita; y el día de fiesta con el raso, el terciopelo, el cintillo y la cadena de oro se desfigura de suerte, que no le conocerán las tigras agujas ni jabon: parecerá tan poco sastre, que aun parece que dice verdad. ¿Ves aquel hidalgo con aquel que es como caballero? Pues debiendo medirse con su hacienda, é ir solo, por ser hipócrita y parecer lo que no es, se vá metiendo á caballero y por sustentar un lacayo, ni sustenta lo que dice ni lo que hace, pues ni lo cumple, ni lo paga: y la hidalguia y la ejecutoria le sirve solo de dispensarle los casamientos que hace con sus deudas que está mas casado con ellas, que con su muger. Aquel caballero por ser señoria no hay diligencia que no haga, y ha procurado hacerse Venecia por ser señoria, sino que como se fundo en el viento para serlo, se habia de fundar en el agua. Sustenta por parecer señor caza de halcones, que lo primero que matan es á su amo de hambre con la costa, y luego el rocin en que los llevan, y despues, cuando mucho, una graja ó un milano, y ninguno es lo que parece. El señor, por tener acciones de grande, se empeña, y el grande remeda ceremonia de Rey. ¿Pues qué diré de los discretos? ¿Ves aquel aciago de cara? pues siendo un mentecato, por parecer discreto y ser tenido por tal, se alaba de que tiene poca memoria: quejase de melancolias, vive descontento, préciase de mal regido, y es hipócrita que parece entendido y es mentecato. ¿No ves los viejos hipócritas de barbas, con las canas embainadas en tinta, querer en todo parecer muchachos? ¿No ves á los niños preciarse de dar con-

sejos, y presumir de cuerdos? pues todo es hipocresía. ¿Pues en los nombres de las cosas no hay la mayor del mundo? El zapatero de viejo se llama entretenedor del calzado: el botero, sastre del vino, que le hace vestir: el mozo de mulas, gentil-hombre de camino: el bodegon, estado: el bodegouero, contador: el verdugo se llama miembro de la justicia: el corchete, criado: el fullero diestro; el ventero, huésped: la taberna, ermita: la putería, casa: las putas, damas: las alcahuetas, dueñas: los cornudos, honrados. Amistad llaman al amancebamiento: trato, á la usura: burla, á la estafagracia, á la mentira: donaire, á la malicia: descuidado á la bellaqueria: valiente, al desvergonzado: cortesano al vagamundo: al negro, moreno: señor maestro, al albardero: y señor doctor, al platicante. Asi que no son lo que parecen, ni lo que se llaman: hipócritas en el nombre y en el hecho. ¡Pues unos nombres que hay generales! A toda picara, señora hermosa: á todo hábito largo, señor licenciado: á todo gallofero, señor soldado: á todo bien vestido, señor hidalgo: á todo capigorrón ó lo que fuere, canónigo ó arcediano, y á todo escribano, secretario. De suerte, que todo el hombre es mentira, por cualquier parte que le examines, si no es que ignorante como tú, crea las esperiencias. ¿Ves los pecados? Pues todos son hipocresía y en ella empiezan y acaban, y de ella nacen y se alimentan la ira, la gula, la soberbia, la avaricia, la lujuria, la pereza: el homicidio, y otros mil. ¿Cómo me puedes tú decir, ni probarlo, si vemos que son diferentes y distintos? No me espanto que eso ignores, que lo saben pocos. Oye, y entenderás con facilidad eso, que asi te parece contrario,

que bien se conviene. Todos los pecados son malos: eso bien lo confiesas, y tambien confiesas con filósofos y teólogos, que la voluntad apetece lo malo debajo de razon de bien; y que para pecar no hasta la representacion de la ira, ni el conocimiento de la lujuria, sin el consentimiento de la voluntad; y que eso, para que sea pecado, no aguarda la ejecucion, que solo le agrava mas; aunque en esto hay muchas diferencias. Esto así visto y entendido, claro está que cada vez que un pecado de estos se hace, que la voluntad lo consiente y lo quiere; y segun su natural, no pudo apetecerle, sino debajo de razon de algun bien. ¿Pues hay mas clara y mas confirmada hipocresia, que vestirse del bien en lo aparente, para matar con el engaño? ¿Qué esperanza es la del hipócrita? dice Job. Ninguna, pues, ni la tiene por lo que es, pues es malo; ni por lo que parece, pues lo parece y no lo es. Todos los pecadores tienen menos atrevimiento que el hipócrita; pues ellos pecan contra Dios, pero no con Dios, ni en Dios; mas el hipócrita peca contra Dios, y con Dios, pues le toma por instrumento para pecar.

En esto llegamos á la calle Mayor y vi todo el concurso que el viejo me habia prometido. Tomamos puesto conveniente para registrar lo que pasaba, y fué un entierro en esta forma. Venian embainados en unos sayos grandes de diferentes colores unos picaros haciendo una taracea de mulldores. Pasó esta recua incesando con las campanillas: seguian los muchachos de la doctrina, meninos de la muerte, y lacayuelos del ataud, chirriando la calavera: seguianse luego doce galloferos, hipócritas de la pobreza, con doce hachas

acompañando el cuerpo y abrigando á los de la capacka, que hombreando testificaban el peso de la difunta. Detrás seguia larga procesion de amigos, que acompañaban en la tristeza y luto al viudo, que anegado en capuz de bayeta, y devanado en una chia, perdido el rostro en la falda de un sombrero, de suerte, que no se le podian hallar los ojos; corvos é impedidos los pasos con el peso de diez arrobas de cola, que arrastraba, iba tardo y perezoso. Lastimado de este espectáculo, ¡dichosa muger, dije, si lo puede ser alguna en la muerte, pues hallaste marido que pasó con la fé y el amor mas allá de la vida y sepultura! ¡Y dichoso viudo, que ha hallado tales amigos, que no solo acompañan su sentimiento, pero que parece que le vencen en él! ¿No ves qué tristes van y suspensos? El viejo, moviendo la cabeza y sonriéndose, dijo: desventurado, esto todo es por fuera y aparece asi; pero ahora lo verás por dentro y verás con cuánta verdad el ser desmiente las apariencias. ¿Ves aquellas luces, campanillas y mullidores, y todo este acompañamiento piadoso, que es sufrajio cristiano y limosnero? Esto es saludable; mas las bravatas que en los túmulos sobrescriben podrición y gusanos, se podrían escusar; empero tambien los muertos tienen su vanidad, y los difuntos y difuntas su soberbia. Allí no vá sino tierra de menos fruto y mas espantosa de la que pisas, por sí no merecedora de alguna honra, ni aun de ser cultivada con arado ni hazadon. ¿Ves aquellos viejos que llevan las hachas? Pues algunos no las atizan, para que atizadas alumbren mas, sino porque atizadas á menudo, se derritan mas y ellos hurten mas cera para

vender. Estos son los que á la sepultura hacen la salva en el difunto y difunta, pues antes que ella lo coma ni lo pruebe, cada uno le ha dado un bocado, arrancándole un real ó dos; mas con todo esto tiene el valor de la limosna. ¿ Ves la tristeza de los amigos? Pues todo esto es de ir en el entierro; y los convidados van dados al diablo con los que los convidaron, que quisieran mas pasearse ó asistir á sus negocios. Aquel que habla de mano con el otro, le va diciendo, que convidar á entierro y á misacantones, donde se ofrece, no se puede hacer con un amigo; y que el entierro solo es convite para la tierra, pues á ella solamente llevan que coma. El viudo no va triste del caso y viudez, sino de ver que pudiendo él haber enterrado á su muger en un muladar y sin costa y fiesta ninguna, le hayan metido en semejante varahunda, y gasto de cofradías y cera; y entre sí dicé: Que le debe poco; que ya que se habia de morir, pudiera haberse muerto de repente sin gastar en médicos, barberos, ni boticarios, y no dejarle empuñado en jarabes y pótimas. Dos ha enterrado con esta; y es tanto el gusto que recibe de enviudar, que ya va trazando el casamiento con una amiga que ha tenido; y fiado en su mala condicion y endemoniada vida, piensa doblarla el capúz en poco tiempo. Quedé espantado de ver todo esto ser así, diciendo: ¡Qué diferentes son las cosas del mundo de como las vemos! Desde hoy perderán conmigo todo el crédito mis ojos, y nada creeré menos de lo que viere. Pasó por nosotros el entierro, como si no hubieran de pasar por nosotros tan brevemente, y como si aquella difunta no nos fuera enseñando el camino, y muda no nos

dijera á todos : Delante voy , donde aguardo á los que quedais acompañando á otros, que yo vi pasar con este propio descuido.

Apartónos de esta consideracion el ruido que andaba en una casa á nuestras espaldas: entramos dentro á ver lo que fuese; y al tiempo que sintieron gente comenzó un plañido á seis voces de mugeres que acompañaban una viuda. Era el llanto muy autorizado, pero poco provechoso al difunto. Sonaban palmadas de rato en rato, que parecia palmeado de disciplinantes. Oíanse unos sollozos estirados, embutidos de suspiros, pujados por falta de gana. La casa estaba despojada, las paredes desnudas; y la cuitada estaba en un aposento obscuro sin luz ninguna, lleno de bayetas, donde lloraba á tiento. Unas decian: amiga, nada se remedia con llorar. Otras: sin duda goza de Dios. Cual la animaba á que se conformase con la voluntad del Señor Y ella luego comenzaba á soltar el trampo, y llorando á cántaros decia: ¡Para qué quiero yo vivir sin fulano! ¡Desdichada nací, pues no me queda á quien volver los ojos! ¡Quién ha de amparar á una pobre muger sola! Y aquí plañian todas con ella, y andaba una sonadera de narices que se hundia la cuadra; y entonces advertí que las mugeres se purgaban en un pésame de estos, pues por los ojos y las narices echan cuanto mal tienen. Enterneçime y dije: ¡Qué lástima tan bien empleada es la que se tiene á una viuda, pues por si una muger es sola, y por viuda mucho mas; y asi su nombre es de mudas sin lengua, que eso significa la voz que dice viuda en hebreo, pues ni tiene quien hable por ella, ni atrevimiento: y como se ve sola para hablar, y aunque hable, como

no la oyen, lo mismo es que ser mudas, y peor. Esto remedian con meterse dueñas; pues en siéndolo, hablan de manera, que de lo que las sobra pueden hablar todos los mudos y sobrar palabras para los tartajosos y pausados. Al marido muerto llaman, el que pudre. Mirad cuáles son estas: y si muerto, que no las asiste, ni las guarda, ni las acecha, dicen que pudre; ¿qué dirian cuando vivo hacia todo esto? Eso, respondí, es malicia, que se verifica en algunas; mas todas son un género femenino desamparado, y tal como aquí se representa en esta desventurada muger. Dejadme, dije al viejo, llorar semejante desventura y juntar mis lágrimas á las de estas mugeres. El viejo algo enojado dijo: ¿Ahora lloras, despues de haber hecho ostentacion vana de tus estudios, mostrándote docto y teólogo, cuando era menester mostrarte prudente? ¿No aguardaras á que yo te hubiera declarado estas cosas, para ver cómo merecian que se hablase de ellas? ¿Mas quién habrá que detenga la sentencia ya imaginada en la boca? No es mucho, que no sabes otra cosa, y que á no ofrecerse la viuda, te quedabas con toda tu ciencia en el estómago. No es filósofo el que sabe donde está el tesoro, sino el que trabaja y le saca. Ni aun ese lo es del todo, sino el que despues de poseido usa bien de él. ¿Qué importa que sepas dos chistes y dos lugares, si no tienes prudencia para acomodarlos? Oye, verás esta viuda, que por defuera tiene un cuerpo de responsos, como por dedentro tiene una ánima de aleluyas, las tocas negras y los pensamientos verdes. ¿Ves la obscuridad del aposento y el estar cubiertos los rostros con el manto? Pues es porque así como no las pueden ver,

con hablar un poco gangoso, escupir y remedar sollozos, hacen un llanto casero y hechizo, teniendo los ojos hechos una yesca. ¿quiere las consolar? Pues déjalas solas, y bailarán en no habiendo con quien cumplir; y luego las amigas harán su oficio: Quedais moza y es malograros: hombres habrá que os estimen: ya sabeis quién es fulano, que cuando no supla la falta del que está en la gloria, &c. Otras: mucho debeis á don Pedro, que os acudió en este trabajo: no sé qué me sospeche; y en verdad que si hubiera de ser algo, que por que dar tan niña os será forzoso, Y entonces la viuda muy recoleta de ojos y muy estreñida de boca, dice: No es ahora tiempo de eso: á cargo de Dios está: él lo hará, si viere que conviene. Y advertid que el día de la viudez es el día que mas comen estas viudas, porque para animarlas no entra ninguna que no la dé un trago y le haga comer un bocado; y ella lo come diciendo: Todo se vuelve ponzoña; y medio mascándole dice: ¡Qué provecho puede hacer esto á la amarga viuda, que estaba hecha á comer á medias todas las cosas y con compañía, y ahora se las habrá de comer todas enteras, sin dar parte á nadie, de puro desdichada! Mira, pues, siendo esto así, qué á propósito vienen tus exclamaciones.

Apenas esto dijo el viejo, cuando arrebatados de unos gritos ahogados en vino, de gran ruido de gente, salimos á ver que fuese y era un alguacil el cual con solo un pedazo de vara en la mano y las narices ajadas, deshecho el cuello, sin sombrero y en cuerpo, iba pidiendo favor al rey, favor á la justicia tras un ladrón que en seguimiento de una iglesia (y no de puro buen cristiano),

ibá tan ligero como pedia la necesidad y le mandaba el miedo. Atrás cercado de gente quedaba el escribano lleno de lodo con las cajas en el brazo izquierdo escribiendo sobre la rodilla. Y noté que no hay cosa que crezca tanto en tan poco tiempo como culpa en poder de escribano, pues en un instante tenia una resma al cabo. Pregunté la causa del alboroto y digeron que aquel hombre que huia era amigo del alguacil y que le fió no sé que secreto tocante en delito; y por no dejarlo á otro que lo hiciese, quiso él asirle. Huyósele despues de haberle dado muchas puñadas; y viendo que venia gente encomendóse á sus pies y fuese á dar cuenta de sus negocios á un retablo. El escribano hacia la causa mientras el alguacil con los corcheches (que son podencos del verdugo que siguen ladrando) iban tras él y no le podian alcanzar. Y debia de ser el ladron muy ligero, pues no le podian alcanzar soplones que por fuerza correrian como el viento. ¿Con qué podrá premiar una república el celo de este alguacil: pues porque yo y el otro tengamos nuestras vidas, honras y haciendas ha aventurado su persona? Este merece mucho con Dios y con el mundo; mirale cual va roto y herido, llena de sangre la cara por alcanzar á aquel delincuente y quitar un tropezon á la paz del pueblo. Basta, dijo el viejo, que sino te van á la mano, dirás un día entero. Sábeta que ese alguacil no sigue á este ladron ni procura alcanzarle por el particular y universal provecho de nadie, sino que como ve que aqui le mira todo el mundo córrese de que haya quien en materia de hurtar le eche el pie adelante, y por eso aguija por alcanzarle. Y no es culpable el alguacil porque le prendió

siendo su amigo si era delincuente que no hace mal el que come de su hacienda; antes hace bien y justamente, y todo delincuente y malo sea quien fuere es hacienda del alguacil y le es licito comer de ella. Estos tienen sus censos sobre azotes, y galeras, y sus juros sobre la horca. Y créeme que el año de virtudes para estos y para el infierno es estéril, y no sé cómo aborreciéndoles el mundo tanto por venganza de ellos no dan en ser buenos adrede por uno, ó por dos años que de hambre, y de pena se morirían, y renegad de oficio, que tiene situados sus gages donde los tiene situados Bercebú. Ya que en eso pongas tambien dolo, ¿cómo lo podrás poner en el escribano que le hace la causa calificada con testigos? Ríete de eso, dijo: ¿Has visto tú alguacil sin escribirano algun día? No por cierto, que como ellos salen á buscar de comer, porque (aunque topen con un inocente) no vaya á la cárcel sin causa, llevan escribano que se la haga; y así, aunque ellos no den causa para que los aprendan, hácesela el escribano y están presos con causa y en los testigos no repares, que para cualquier cosa tendrán tantos como tuviere gotas de tinta el tintero, que que los mas en los malos oficiales los presenta la pluma y los examina la codicia. Y si dicen algunos lo que es verdad, escriben lo que han menester, y repiten lo que digieron: y para andar como habia de andar el mundo, mejor fuera, y mas importára, que el juramento que ellos toman al testigo, que jure á Dios, y á la cruz decir verdad en lo que fuere preguntado, que el testigo se lo tomára á ellos de que la escribirían como ellos la digieren. Muchos hay buenos escribanos y alguaciles mu-

chos; pero de si el oficio es con los buenos como la mar con los muertos, que no los consiente, y dentro de tres dias los echa á la orilla. Bien me parece á mí un escribano á caballo y un alguacil con capa y gorra honrando unos azotes como pudiera un bautismo, detras de una sarta de ladrones que azotan; pero siento que cuando el pregonero dice: A estos hombres por ladrones, suena el eco en la vara del alguacil, y en la pluma del escribano.

Mas digera sino le detuviera la grandnza, con que un hombre rico iba en una carroza, tan hinchado, que parecia porfiaba á sacarla de husillo pretendiendo parecer tan grave, que á las cuatro bestias aun se lo parecia, segun el espacio con que andaban. Iba muy derecho preciándose de espetado, escaso de ojos y avariento de miraduras, ahorrando cortesias con todos, sumida la cara en un cuello abierto hácia arriba, que parecia vela en papel, y tan olvidado de sus conjunturas, que no sabia por dónde volverse á hacer una cortesía, ni levantar el brazo á quitarse el sombrero, el cual parecia miembro segun estaba fijo y firme. Cercaban el coche cantidad de criados traídos con artificio, entretenidos con promesas y sustentados con esperanzas. Otra parte iba de acompañamiento de acreedores, cuyo crédito sustentaba toda aquella máquina. Iba un bufon en el coche entretenién-dole. Para tí se hizo el mundo, digo yo luego que le vi, que tan descuidado vives, y con tanto descanso, y grandeza. ¡Qué bien empleada hacienda! ¡Qué lucida! ¡Y cómo representa bien quien es este caballero! Todo cuanto piensas (dijo el viejo) es disparate y mentira cuanto dices, y

solo aciertas en decir que el mundo solo se hizo para este: y es verdad, porque el mundo solo es trabajo y vanidad y este es todo vanidad y locura. ¿Ves los caballos? Pues comiéndose van á vueltas de la cebada y paja al que le fia á este, y por cortesía de las egecuciones trae ropilla. Mas trabajo cuesta la fabrica de sus embustes para comer que si lo ganára cavando. ¿Ves aquel bufon? Pues has de advertir que tiene por bufon al que le sustenta y le da lo que tiene. ¿Qué mas miseria quieres de estos ricos, que todo el año andan comprando mentiras, y adulaciones, y gastan sus haciendas en falsos testimonios? Va aquel tan contento, porque el truan le ha dicho que no hay tal principe como él, y que todos los demas son unos escuderos, como si ello fuera asi; y se diferencian muy poco porque el uno es juglar del otro y de esta suerte el rico se rie con el bufon y el bufon se rie del rico porque haee caso de lo que le lisongea.

Venia una muger muy hermosa trayéndose de paso los ojos que la miraban y dejando los corazones llenos de deseos: iba ella con artificioso descuido escondiendo el rostro á los que ya la habian visto, y descubriéndole á los que estaban divertidos. Tal vez se mostraba por velo; tal vez por tejadillo: ya daba un relámpago de cara con un bamboleo de manto, ya hacia brújula, mostrando un ojo solo, y tapada de medio lado, descubria un tarazon de mejilla. Los cabellos martirizados hacian sortijas á las sienes: el rostro era nieve, grana y rosas, que se conservaban en amistad, esparcidas por labios, cuello y mejillas: los dientes transparentes; y las manos, que de rato en rato

nevaban el manto, abrasaban los corazones: el talle y paso ocasionando pensamientos lascivos, y tan rica y galana, como cargada de joyas recibidas y no compradas. Vila, y arrebatado de la naturaleza quise seguirla entre los demas, y a no tropezar en las canas del viejo, lo hiciera. Volvíme atras diciendo: quien no ama con todos sus cinco sentidos una muger hermosa, no estima á la naturaleza su mayor cuidado y su mayor obra. ¡Dichoso es el que halla tal ocasion y sabio el que la goza! ¡Qué sentido no descansa en la belleza de una muger que nació para amada del hombre! De todas las cosas del mundo aparta, y olvida su amor correspondido, teniéndole todo en poco y tratándole con desprecio. ¡Qué ojos tan honestamente hermosos! ¡Qué mirar tan cauteloso y prevenido en los descuidos de un alma libre! ¡Que cejas tan negras, esforzando reciprocamente la blancura de la frente! ¡Qué mejillas, donde la sangre mezclada con la leche, engendra lo rosado que admira! ¡Qué labios encarnados guardando perlas, que la risa muestra con recato! Qué cuello! Qué manos! Qué talle! Todos son causa de perdicion, y juntamente disculpa del que se pierde por ella. ¿Qué mas le queda á la edad que decir y al apetito que desear? dijo el viejo. Trabajo tienes si con cada cosa que ves haces lo mismo. Triste fué tu vida: no naciste sino para admirado: hasta ahora te juzgaba por ciego, y ahora veo que tambien eres loco; y hecho de ver que hasta ahora no sabes para lo que Dios te dió los ojos, ni cuál es su oficio: ellos han de ver, y la razon ha de juzgar y elegir: al revés lo haces, ó nada haces, que es peor. Si te andas á creerlos, padecerás mil confusiones,

tendrás las sierras por azules y lo grande por pequeño; que la longitud y la proximidad engañan á la vista. ¡Qué río caudaloso no se burla de ella, pues para saber hácia donde corre, es menester una paja ó ramo que se lo muestrel ¿Viste esa vision que acostándose fea, se hizo esta mañana hermosa ella misma y hace extremos grandes? Pues sábete que las mugeres lo primero que se visten en despertando es una cara, una garganta y unas manos, y luego las sayas. Todo cuanto ves en ella es tienda y no natural: Ves el cabello? Pues comprado es y no criado: las cejas tienen mas de ahumadas que de negras: y si como se hacen cejas se hicieran las narices, no las tuvieran: los dientes que ves y la boca, era de puro negra un tintero, y á puros polvos se ha hecho salvadera: la cera de los oídos se ha pasado á los labios, y cada uno es una candelilla: las manos, pues, lo que parece blanco es untado. ¿Qué cosa es ver una muger, que ha de salir otro día á que la vean, echarse la noche antes en adobo, y verlas acostar las caras hechas cofines de pasas, y á la mañana irse pintando sobre lo vivo como quieren? ¿Qué es ver una fea ó una vieja, querer, como el otro tan celebrado Nigromántico, salir de nuevo de una redoma? ¿Estasla mirando? Pues no es cosa suya. Si se lavasen las caras no las conoceriais; y cree que en el mundo no hay cosa tan trabajada como el pellejo de una muger hermosa, donde se enjugan y secan, y derriten mas jalbeques que sus faldas, desconfiadas de sus personas. Cuando quieren alhagar algunas narices, luego se encomiendan á la pastilla y al sahumero, ó aguas de olor; y á veces los pies disimulan el sudor con zapatillas de

ambar. Dígote que nuestros sentidos están en ayunas de lo que es muger y ahitos de lo que parece. Si la besas, te embarras los labios; si la abrazas, aprietas tablillas y abollas carretones: si la acuestas contigo, la mitad deja debajo de la cama en los chapines, si la pretendes, te cansas: si la alcanzas te embarazas: si la sustentas te empobreces: si la dejas te persigue: si la quieres te deja. Dame á entender de qué modo es buena; y considera ahora este animal soberbio con nuestra flaqueza á quien hacen poderoso nuestras necesidades, mas provechosas sufridas ó castigadas, que satisfechas, y verás tus disparates claros. Considérala padeciendo los meses y te dará asco; y cuando está sin ellos, acuérdate que los ha tenido y que los ha de padecer y te dará horror lo que te enamora; y avergüénzate de andar perdido por cosas, que en cualquier estatua de palo tienen menos asqueroso fundamento. Mirando estaba yo confusion de gente tan grande, cuando dos figurones, entre fantasmas y colosos, con caras abominables y facciones traídas, tiraron una cuerda. Delgada me pareció y de mil diferentes colores; y dando gritos por unas simas, que abrieron por bocas, dijeron: ea, gente cuerda, alto á la obra. No lo hubieron dicho, cuando de todo el mundo que estaba al otro lado, se vinieron á la sombra de la cuerda muchos; y en entrando, eran todos tan diferentes, que parecia transmutacion ó encanto. Yo no conocí ninguno. ¡Válgate Dios por cuerda, decia yo, que tales tropelias haces! El viejo se limpiaba las lagañas, y daba unas carcajadas sin dientes, con tantos dobleces de mejillas, que se arremetian á solos mirando mi confusion. Aquella muger allí

fuera estaba mas compuesta que copla, mas serena que la del mar, con una honestidad en los huesos, y anublada de manto; y en entrando aqui ha desatado las coyunturas, mira de par en par; y por los ojos está disparando las entrañas á aquellos mancebos, y no deja descansar la lengua en ceceos, los ojos en guiñaduras y las manos en teclados de moño. ¿Qué te ha dado, muger? ¿Eres tú la que yo ví allá? Sí es, decia el vejete con una voz tropicada en toses y con juanetes de gargajos: ella es: mas por debajo de la cuerda hace estas habilidades. Y aquel que estaba alli tan ajustado de ferreruero, tan atusado de trage, tan recoleto de rostro, tan angustiado de ojos, tan mortificado de habla, que daba respeto y veneracion, dije yo, cómo no hubo pasado cuando se descerrajó de mohatras y de usuras, montero de necesidades, que las arma trampas y perpétuo vocinglero de tanto mas cuanto anda ecechando logros? Ya te he dicho que eso es por debajo de la cuerda. Valate el diablo por cuerda, que tales cosas urdes! Aquel que anda escribiendo billetes, sonsacando virgindades, solicitando deshonoras, y facilitando maldades; yo lo conocí á la orilla de la cuerda dignidad gravisima. Pues por debajo de la cuerda tiene esas ocupaciones, respondió mi ayo. Aquel que anda alli juntando bregas, azuzando pendencies, revolviendo caldos, alimentando cizañas, calificando porfias, y dando pistos á temas desmayadas, yo lo ví fuera de la cuerda revolviendo libros, ajustando leyes, examinando la justicia, ordenando peticiones, y dando pareceres: ¿cómo he de entender estas cosas? Ya te lo he dicho, dijo el buen caduco: ese propio por debajo de la cuerda hace

lo que véis, tan al contrario de lo que profesa. Mira aquel que fuera de la cuerda viste a la brida en mula tartamuda de paso, con ropilla, ferreruelo, guantes y receta, dando jarabes, cual anda aquí á la brida en un basilisco, con peto, espaldar y manoplas, repartiendo puñaladas de tabardillos, y conquistando las vidas que allí parecia que curaba: aqui por debajo de cuerda está estirando las enfermedades para que dén de sí y se alarguen, y allí parecia que rehusaba las pagas de las visitas. Mira, mira aquel maldito cortesano, acompañante perdurable de los dichosos, cual andaba allí fuera á la vista de aquel ministro, mirando las zalemas de los otros para escederlas, rematando las reverencias en desaparecimientos: tan bajas las hacia, por pujar á otros la ceremonia, que tocaban en debuces. ¿No le viste siempre inclinada la cabeza como si recibiera bendiciones, y negociar de puro humilde á lo Guadiana por debajo de tierra, y aquel amen sonoro y anticipado á todos los otros vergantes á cuanto el patron dice y contradice? Pues mirale allí por debajo de la cuerda, royéndole los zancajos que ya se le vé el hueso, abrasándole en chismes, maldiciéndole y engañándole, y volviendo en gestos y en muecas las esclavitudes de la lisonja, lo cariacontecido del semblante, y las adulaciones menudas del coléo de la barba, y de los entretenimientos de la geta. ¿Viste allá fuera aquel maridillo dar voces, que hundia el barrio: cierrén esa puerta: qué cosa es ventana: no quiero coche: en mi casa me como: calle y pase, que así hago yo: todo es séquito de la negra honra? Pues mirale por debajo de la cuerda encarecer con sus desabrimientos los encierros

de su muger. Mirale amodorrado con una promesa y los negocios que se le ofrecen, cuando le ofrecen: cómo vuelve á su casa con un esquilon por tós, tan sonora que se oye á seis calles. ¡Qué calidad tan inmensa, y qué honra halla en lo que come y en lo que le sobra; qué nota en lo que pide y le falta; qué sospechoso es de los pobres; qué buen concepto tiene de los dadivosos y ricos; qué á raiz tiene el sueño de los que no pueden mas; y qué á propósito las jornadas para los precipitados de dádiva! ¿Vés aquel bellaconazo que allí está vendiéndose por amigo de aquel hombre casado, y arremetiéndose á hermano que acude á sus enfermedades y á sus pleitos, que le prestaba y acompañaba? Pues mirale por debajo de la cuerda añadiéndole hijos, embarazos á la cabeza, y trompicones en el pelo. Oye cómo reprendiéndoselo aquel vecino, que parece mal que entre á cosas semejantes en casa de su amigo, donde le admiten y se fian de él, y le abren la puerta á todas horas, él responde: ¿Pues qué quereis, que vaya donde me aguarden con una escopeta, no se fian de mí, y me nieguen la entrada? Eso seria ser necio, si estotro es ser bellaco. Quedé admirado de oír al buen viejo, y de ver lo que pasaba por debajo de la cuerda en el mundo; y dije entre mí: si á tan delgada sombra, fiando su cubierta del bulto de una cuerda, son tales hombres, qué serán debajo de tinieblas de mayor bulto y latitud?

Estraña cosa era de ver cómo casi todos se venian de la otra parte del mundo á declararse de costumbres en estando debajo de la cuerda. Y luego á la postre vi otra maravilla, que siendo esta cuerda una línea invisible, casi debajo de ella ca-

bian infinitas multitudes; y que hay *debajo de cuerda* en todos los sentidos, y potencias, y en todas partes y en todos oficios; y yo lo veo por mí, que ahora escribo este discurso diciendo que es para entretener, y por debajo de cuerda doy un jabon muy bueno á los que di alhagos muy sazonados. Con esto el viejo me dijo: Forzoso es que descanses, que el choque de tantas admiraciones y de tantos desengaños fatigan el seso, y temo se te desconcierte la imaginacion. Reposa un poco, para que lo que resta te enseñe y no te atormente. Yo tal estaba, que di conmigo en el sueño y en el suelo, obediente y cansado.

DE LA HISTORIA Y VIDA

DEL GRAN TACAÑO.

CAPÍTULO I.

EN QUE CUENTA QUIÉN ES, Y DE DÓNDE.

Yo, señor, soy de Segovia: mi padre se llamó Clemente Pablo, natural del mismo pueblo (Dios le tenga en el cielo). Fué el tal, como todos dicen, de oficio barbero; aunque eran tan altos sus pensamientos, que se corria le llamasen así, diciendo que él era tundidor de mejillas y sastre de barbas. Dicen que era de muy buena cepa; y según él bebía, era cosa para creer. Estuvo casado con Aldonza Saturno de Rebollo, hija de Octavio de Rebollo Codillo, y nieta de Lépido Ziu-raconte.

Sospechábase en el pueblo que no era cristiana vieja; aunque ella, por los nombres de sus pasados, esforzaba que descendía de los del triunvirato romano. Tuvo muy buen parecer: y fué tan celebrada, que en el tiempo que ella vivió to-

dos los copleros de España hacian cosas sobre ella. Padeció grandes trabajos recien casada, y aun despues, porque malas lenguas daban en decir que mi padre metia el dos de bastos por sacar el as de oros. Probósele que á todos los que hacia la barba á navaja, mientras les daba con el agua levantándoles la cara para el lavatorio, un mi hermano de siete años les sacaba (muy á su salvo) los tuétanos de las faltriqueras. Murió el angelico de unos azotes que le dieron en la cárcel. Sintiólo mucho mi padre por ser tal que robaba á todos las voluntades. Por estas y otras niñerías estuvo preso; aunque (segun á mí me han dicho) despues salió de la cárcel con tanta honra, que le acompañaron doscientos cardenales, sino que á ninguno llamaban señoría. Las damas diz que salian por verle á las ventanas; que siempre pareció bien mi padre á pié y á caballo. No lo digo por vanagloria, que bien saben todos cuán ageno soy de ella. Mi madre, pues, no tuvo calamidades. Un dia, alabándomela una vieja que me crió, decia que era tal su agrado, que hechizaba á todos cuantos la trataban: solo diz que le dijo no sé qué de un cabron, lo cual la puso cerca de que la diesen plumas con que lo hiciese en público. Hubo fama de que reedificaba doncellas y resucitaba cabellos, encubriendo canas. Unos la llamaban zurcidora de gustos, otros algebrista de voluntades desconcertadas, y por mal nombre alcahueta y flux de los dineros de todos. Ver, pues, con la cara de risa que ella oia esto de todos, era para mas atraerles las voluntades. No me detendré en decir la penitencia áspera que hacia. Tenia su aposento, donde sola ella entraba (y algunas veces yo, que como chiquito podia), todo

rodeado de calaveras; que ella decia eran para recuerdos y memorias de la muerte; y otros por vituperarla decian que para voluntades de la vida. Su cama estaba armada sobre sogas de ahorcado, y decíame á mi: Qué piensas? con el recuerdo de esto aconsejo á los que bien quiero, que para que se libren de ellas vivan con la barba sobre el hombro; de suerte, que ni aun con mínimos indicios se les averigüe lo que hicieren. Hubo grandes diferencias entre mis padres sobre á quién habia de imitar en el oficio; mas yo, que siempre tuve pensamientos de caballero desde chiquito, nunca me apliqué ni á uno ni á otro. Decíame mi padre: Hijo, esto de ser ladron no es arte mecanica, sino liberal; y de allí á un rato, habiendo suspirado, decia: De manos; quien no hurta en el mundo, no vive. ¿Por qué piensas que los alguaciles y alcaldes nos aborrecen tanto? Unas veces nos destieran, otras nos azotan, y otras nos cuelgan, aunque nunca haya llegado el dia de nuestro santo. No lo puedo decir sin lágrimas (lloraba como un niño el buen viejo, acordándose de las veces que le habian bataneado las costillas): porque no querian que adonde están hubiese otros ladrones sino ellos y sus ministros; mas de todo nos libra la buena astucia. En mis mocedades siempre andaba por las iglesias (y no cierto de puro buen cristiano). Muchas veces me hubieran llevado caballero en el asno, si hubiera cantado en el potro. Nunca confesé, sino cuando lo manda la santa madre iglesia; y así con esto y mi oficio, he sustentado á tu madre lo mas honradamente que he podido. ¿Cómo me habeis sustentado? dijo ella con gran cólera (que le pesaba que yo no me aplicase á brujo). Yo

os he sustentado á vos, y sacádoos de las cárceles con industria, y mantenido en ellas con dinero. Si no confesábades, era por vuestro ánimo ó por las bebidas que os daba? Gracias á mis botes; y si no temiera que me habian de oir en la calle, yo dijera lo de cuando entré por la chimenea y os saqué por el tejado. Mas dijera, segun se habia encolerizado, si con los golpes que daba no se le desensartara un rosario de muelas de difuntos, que tenia metidos en paz. Yo les dije que queria aprender virtud resueltamente y ir con mis buenos pensamientos adelante; y asi, que me pusiesen á la escuela, pues sin leer ni escribir no se podia hacer nada. Parecióles bien lo que yo decia, aunque lo gruñeron un rato entre los dos. Mi madre tornó á ocuparse en ensartar las muelas; y mi padre fué á rapar á uno (asi lo dijo él) no sé si la barba ó la bolsa: yo me quedé solo, dando gracias á Dios que me hizo hijo de padres tan háviles y celosos de mi bien.

CAPÍTULO II.

DE COMO FUI Á LA ESCUELA, Y LO QUE EN ELLA ME SUCEDIÓ.

A otro dia ya estaba comprada cartilla, y hablado al maestro. Fui, señor, á la escuela, recibióme muy alegre, diciendo, que tenia cara de hombre agudo, y de buen entendimiento. Yo con esto por no desmentirle, dí muy bien la lición aquella mañana. Sentábame el maestro junto á sí: ganaba la palmatoria los mas dias por venir antes, y iba-

me el postrero por hacer algunos recaudos de señora (que así llamábamos á la muger del maestro). Teníalos á todos con semejantes caricias obligados. Favorecíéronme demasiado, y con esto creció la envidia entre los demas niños. Llegábame de todos á los hijos de caballeros, y particularmente á un hijo de don Alonso Coronel de Zuñiga, con el cual juntaba meriendas. Ibame á su casa los dias de fiesta, y acompañábale cada día. Los otros, ó porque no les hablaba, ó porque les parecia demasiado punto el mio, siempre andaban poniéndome nombres tocante al oficio de mis padres. Unos me llamaban don Navaja : otros me llamaban don Ventosa. Cuál decia (por disculpar la envidia) que me queria mal, porque mi madre le habia chupado dos hermanitas pequeñas de noche. Otro decia que á mi padre le habia llevado á su casa para que la limpiase de ratones, por llamarle gato. Otros me decian zape, cuando pasaba, y otros miz. Cuál decia: Yo le tiré dos berengenas á su madre cuando fué obispa. Al fin, con todo cuanto andaban royéndome los zancajos, nunca me faltaron, gloria á Dios. Y aunque yo me corria, disimulábalo, y todo lo sufría, hasta que un dia un muchacho se atrevió á decirme á voces: Hijo de una puta, y hechicera; lo cual como lo dijo tan claro (que aun si lo dijera turbio no me pesara), agarré una piedra, y descalébréle. Fuime á mi madre corriendo, que me escondiese, y contéla todo el caso; á lo cual me dijo: Muy bien hiciste: bien muestras quien eres: solo anduviste errado en no preguntarle quién se lo dijo. Quando yo oí esto (como siempre tuve altos pensamientos) volvíme á ella, y dije: Ah madre! pésame solo de que algunos de los que allí se ha-

llaron me dijeron no tenia que ofenderme por ello; y no les pregunté si era por la poca edad del que lo habia dicho. Roguéla que me declarase si pudiera haberle desmentido con verdad; y que me dijese si me habia concebido á escote entre muchos, ó si era hijo de mi padre. Rióse, y dijo: Ah! no mala; ¿eso sabes decir? no serás bobo: gracias tienes: muy bien hiciste en quebrarle la cabeza; que estas cosas, aunque sean verdad, no se han de decir. Yo con esto quedé como muerto, determinando de coger lo que pudiese en breves dias, y salirme de casa de mi padre: tanto pudo conmigo la vergüenza. Disimulé, fué mi padre, curó al muchacho, apaciguólo, y volviómelo á la escuela, adonde el maestro me recibió con ira, hasta que oyendo la causa de la riña, se le aplacó el enojo, considerando la razon que habia tenido. En todo esto siempre me visitaba el hijo de don Alonso de Zúñiga, que se llamaba don Diego, porque me queria bien naturalmente; que yo trocaba con él los peones, si eran mejores los míos. Dábale de lo que almorzaba, y no le pedia de lo que él comia: comprábale estampas, enseñábale á luchar, jugaba con él al toro, y entreteníale siempre. Así que los mas dias los padres del caballero, viendo cuánto le regocijaba mi compañía, rogaban á los míos que me dejasen con él á comer, cenar, y aun dormir los mas dias. Sucedió, pues, uno de los primeros que hubo escuela por navidad, que viniendo por la calle un hombre, que se llamaba Poncio de Aguirre, el cual tenia fama de consejero, que el don Dieguito me dijo: Ola, llámale Poncio Pilatos, y dá á correr. Yo, por darle gusto á mi amigo, llaméle Poncio Pilatos. Corrióse tanto el hombre, que dió

á correr tras mí con un cuchillo desnudo para matarme; de suerte, que fué forzoso meterme huyendo en casa del maestro. Entró el hombre dando gritos tras mí: y defendiéndome el maestro, asegurando que no me matase, prometiéndole de castigarme; y así luego, aunque la señora le rogó por mí (movida de lo que la servia) no aprovechó, y mandándome desatacar, y azotándome, decia tras cada azote: ¿Diréis mas Poncio Pilatos? Yo respondia: No señor; y respondilo dos veces á otros tantos azotes que me dió. Quedé tan escarmentado de decir Poncio Pilato, y con tal miedo, que mandándome el dia siguiente decir, como solia, las oraciones á los otros, llegando al credo (advierta V. md. la inocente malicia) al tiempo de decir: Padeció só el poder de Poncio Pilato, acordándome que no habia de decir mas Pilatos, dije: Padeció só el poder de Poncio de Aguirre. Dióle al maestro tanta risa de oír mi simplicidad, y de ver el miedo que le habia tenido, que me abrazó, y me dió una firma, en que me perdonaba de azotes las dos primeras veces que los mereciese, con esto fui muy contento. Llegó (por no enfadar) el tiempo de las carnestolendas; y trazando el maestro de que se holgasen sus muchachos, ordenó que hubiese rey de gallos. Echamos suertes entre doce, señalados por él, y cúpome á mí. Avisé á mis padres, que me buscasen galas. Llegó el dia, y salí en un caballo ético, y mustio, el cual mas de manco, que de bien criado iba haciendo reverencias. Las ancas eran de mona, muy sin cola: el pescuezo de camello, y mas largo: la cara no tenia sino un ojo, aunque obero. Echábansele de ver las penitencias, ayunos; y fullerias del que le tenia á car-

go en el ganarle la racion. Yendo, pues, en él dando vueltas á un lado, y á otro como fariseo en paso, y los demas niños todos aderezados tras mí, pasamos por la plaza (aun de acordarme tengo miedo), y llegando cerca de las mesas de las berduleras (Dios no libre) agarró mi caballo un repollo á una; y ni fué visto, ni oido, cuando lo despachó á las tripas, á las cuales, como iba rodando por el gaznate, llegó en breve tiempo. La bercera (que siempre son desvérgonzadas) empezó á dar voces. Llegáronse otras, y con ellas picáros, y alzando zahanorias garrafales, nabos frisones, verengenas, y otras legumbres, empiezan á dar tras el pobre rey. Yo viendo, que era batalla naval, y que no se habia de hacer á caballo, quise apearme; mas tal golpe me le dieron al caballo en la cara: que yendo á empinarse, cayó conmigo (hablando con perdon) en una privada: púseme cual V. md. puede imaginar. Ya mis muchachos se habian armado de piedras, y daban tras las berduleras, y descalabraron dos. Yo á todo esto, despues que cai en la privada, era la persona mas necesaria de la riña. Vino la justicia, prendió á berceras, y muchachos, mirando á todos qué armas tenian, y quitándoselas, porque habian sacado algunas dagas de las que traian por gala, y otros espadas pequeñas. Llegó á mí; y viendo que no tenia ningunas, porque me las habian quitado, y metídotas en una casa á secar con la capa, y sombrero, pidióme, como digo, las armas, al cual respondí todo sucio, que si no eran ofensivas contra las narices, que yo no tenia otras. Y de paso quiero confesar á V. md. que cuando me empezaron á tirar las berengenas, nabos, &c. como llevaba plumas

en el sombrero, entendi, que me habian tenido por mimadre, y que la tiraban, como habian hecho otras veces; y así, como necio, y muchacho, empece á decir: hermanas, aunque llevo plumas, no soy Aldonza Saturno de Rebollo, mi madre; como si ellas no lo echáran de ver por el talle, y rostro. El miedo me disculpa la ignorancia, y el sucederme la desgracia tan de repente. Pero volviendo al alguacil, quiso llevarme á la carcel, y no mellevó, porque no hallaba por donde asirme: tal me habia puesto del lodo. Unos se fueron por una parte, y otros por otra, y yo me vine á mi casa desde la plaza martirizando cuantas narices topaba en el camino. Entré en ella, conté á mis padres el suceso, corrióse tanto de verme de la manera que venia, que me quisieron maltratar. Yo echaba la culpa á las dos leguas de rocin esprimido que me dieron. Procuraba satisfacerlos; y viendo que no bastaba, salime de su casa, y fuime á ver á mi amigo don Diego, al cual hallé en la suya descalabrado, á sus padres resueltos por ello de no le enviar mas á la escuela. Allí tuve nuevas de como mi rocin, viéndose en aprieto, se esforzó á tirar dos coces, y de puro flaco se le desgajaron las ancas, y quedó en el lodo, bien cerca de acabar. Viendome, pues, con una fiesta revuelta, un pueblo escandalizado, los padres corridos, mi amigo descalabrado, y el caballo muerto, determiné de no volver mas á la escuela, ni á casa de mis padres, sino de quedarme á servir á don Diego, ó por mejor decir, en su compañía, y esto con gran gusto de sus padres, por el que dabami amistad al niño. Escribí á mi casa, que ya no habia menester ir mas á la escuela, porque aunque no sabia bien es-

cribir, para mi intento de ser caballero lo que se requeria era escribir mal; y así desde luego renunciaba la escuela, por no darles gasto, y su casa para ahorrarlos de pesadumbre. Avisé dónde, y cómo quedaba, y que hasta que me diesen licencia no les veria.

CAPITULO III.

DE CÓMO FUI Á UN PUPILAGE POR CRIADO DE DON DIEGO CORONEL.

Determinó pues, don Alonso de poner á su hijo en pupilage; lo uno por apartarle de su regalo; y lo otro por ahorrarse de cuidado. Supo que habia en Segovia un licenciado Cabra, que tenia por oficio criar hijos de caballeros, y envió allá el suyo y á mí para que le acompañase y sirviese. Entramos primer domingo despues de cuaresma en poder de la hambre viva, porque tal laceria no admite encarecimiento. El era un clérigo cervatana, largo solo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo. No hay mas que decir para quien sabe el refran, que dice, ni gato ni perro de aquella color. Los ojos avecindados en el cogote, que parecia que miraba por cuébanos; tan hundidos y oscuros, que era buen sitio el suyo para tienda de mercaderes: la nariz entre Roma y Francia, porque se le habia comido de unas bubas de resfriado; que aun no fueron de vicio, porque cuestan dinero: las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que de pura hambre parecia que amenazaba á comérselas: los dientes le faltaban no

sé cuántos; y pienso que por holgazanes, y vagamundos se los habian desterrado: el gaxnate largo como avestruz, con una nuez tan salida, que parecia se iba á buscar de comer forzada de la necesidad: los brazos secos: las manos como un manojo de sarmientos cada una. Mirado de medio abajo parecia tenedor, ó compás con dos piernas largas y flacas: su andar muy despacio: si se descomponia sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro: la habla ética: la barba grande, que nunca se la cortaba por no gastar; y él decia, que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero por su cara, que antes se dejaria matar que tal permitiese: cortábale los cabellos un muchacho de los otros. Traia un bonete los dias de sol ratonado con mil gateras y guarniciones de grasa: era de cosa que fué paño, con fondos de caspa. La sotana, segun decian algunos, era milagrosa, porque no se sabia de qué color era. Unos viéndola tan sin pelo, la tenian por de cuero de rana: otros decian que era ilusion: desde cerca parecia negra, y desde lejos entre azul: llevábala sin ceñidor: no traia cuello ni puños: parecia con los cabellos largos, la sotana misera y corta, lacayuelo de la muerte. Cada zapato podia ser tumba de un Filisteo. Pues su aposento? aun arañas no habia en él: conjuraba los ratones de miedo que no le royesen algunos mendrugos que guardaba: la cama tenia en el suelo, y dormia siempre de un lado por no gastar las sábanas: al fin era archipobre y protomiseria. A poder, pues de este vine, y en su poder estuve con don Diego; y la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento, y nos hizo una plática corta, que por no gastar tiempo

no duró mas. Dijonos lo que habíamos de hacer: estuvimos ocupados en esto hasta la hora de comer: fuimos allá: comian los amos primero y servíamos los criados. El refectorio era un aposento como un medio celemin: sustentábanse á una mesa hasta cinco caballeros: yo miré lo primero por los gatos; y como no los ví, pregunté cómo no los habia á un criado antiguo, el cual de flaco estaba ya con la marca del pupilage. Comenzó á enternecerse; y dijo: ¿cómo gatos? ¿Pues quién os ha dicho á vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo. Yo con esto me comencé á afligir; y mas me asusté cuando advertí que todos los que antes vivian en el pupilage estaban como lesnas, con unas caras que parecian se afeitaban con diáquilon. Sentóse el licenciado Cabra, y echó la bendicion: comieron una comida eterna, sin principio ni fin: trageron caldo en unas escudillas de madera tan claro, que en comer una de ellas peligraba Narciso mas que en la fuente; noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban á nado tras un garbanzo huérfano y solo que estaba en el suelo. Decía Cabra á cada sorbo: cierto que no hay tal cosa como la olla, digan lo que digeren; todo lo demas es vicio y gula. Acabando de decirlo, echóse su escudilla á pechos, diciendo, todo esto es salud y otro tanto ingenio. ¡Mal ingenio te acabel decia vo, cuando vi un mozo, medio espiritu, y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecia la habia quitado de sí mismo. Venia un nabo aventurero á vueltas, y dijo el maestro: ¿nabos hay? no hay para mí perdiz que se le iguale: coman, que me huelgo de verlos comer. Repartió

á cada uno tan poco carnero, que en lo que se les pegó á las uñas y se les quedó entre los dientes pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes. Cabra los miraba y decia: coman, que mozos son, y me huelgo de ver sus buenas ganas. Mire vmd. qué buen aliño para los que bostezaban de hambre. Acabaron de comer, y quedaron unos mendrugos en la mesa, y en el plato unos pellejos y unos huesos; y dijo el pupilero: Quede esto para los criados, que tambien han de comer; no lo queramos todo. ¡Mal te haga Dios, y lo que has comido, lacerado, decia yo, que tal amenaza has hecho á mis tripas! Echó la bendicion y dijo: Ea, demos lugar a los criados y váyanse hasta las dos á hacer ejercicio, no les haga mal lo que han comido. Entonces yo no pude tener la risa abriendo toda la boca. Enojóse mucho y dijome que aprendiese modestia, y tres ó cuatro sentencias viejas y fuese. Sentámonos nosotros; y yo que ví el negocio mal parado, y que mis tripas pedian justicia, como mas cano y mas fuerte que los otros, arremetí al plato como arremetieron todos, y emboquéme de tres mendrugos los dos, y el un pellejo. Comenzaron los otros á gruñir: entró Cabra al ruido, diciendo: coman como hermanos, pues Dios les dá con qué: no riñan que para todos hay. Volvióse al sol, y dejónos solos. Certifico á vmd. que habia uno de ellos que se llamaba Surre, vizcaino, tan olvidado ya de cómo, y por dónde se comia, que una cortecilla que le cupo, la llevó dos veces á los ojos, y de tres no la acertaba á encaminar de las manos á la boca. Pedí yo de beber (que los otros por estar casi ayunos no lo hacian), y diéronme un vaso con agua; y no le hube bien

llegado á la boca, cuando como si fuera lavatorio de comunión, me le quitó el mozo espiritado que dije. Levantéme con gran dolor de mi ánima viendo que estaba en casa donde se brindaba á las tripas y no hacían la razón. Dióme gana de descomer (aunque no había comido) digo, de proveerme y pregunté por las necesarias á un antiguo, y díjome: No lo sé: en esta casa no las hay: para una vez que os proveeréis mientras aquí estuviéredes, donde quiera podeis; que aquí estoy dos meses há y no he hecho tal cosa, sino el día que entré, como vos ahora, de lo que cené en mi casa la noche antes. ¿Cómo encareceré yo mi tristeza y pena? Fué tanta, que considerando lo poco que había de entrar en mi cuerpo, no osé (aunque tenía gana) echar nada de él. Entretuvímonos hasta la noche. Decíame don Diego, que qué haría él para persuadir á las tripas que habían comido, porque no lo querían creer. Andaban vaguidos en aquella casa, como en otra ahitos. Llegó la hora de cenar; pasóse la merienda en blanco; cenámos mucho menos, y no carnero, sino un poco del nombre del maestro: cabra asada. Mire vmd. si inventára el diablo tal cosa. Decía: es muy saludable y provechoso el cenar poco para tener el estómago desocupado, y citaba una retaila de médicos infernales. Decía alabanzas de la dieta y que ahorra un hombre de sueños pesados sabiendo que en su casa no se podía soñar otra cosa sino que comían. Cenaron y cenamos todos y no cenó ninguno. Fuímonos á acostar y en toda la noche yo ni don Diego pudimos dormir; él trazando de quejarse á su padre y pedir que le sacase de allí y yo aconsejándole que lo hiciese, y últimamen-

te le dije : Señor, ¿sabeis de cierto si estamos vivos? porque yo imagino que en la pendencia de las berceras nos mataron y que somos ánimas que estamos en el purgatorio, y así es por demás decir que nos saque vuestro padre si alguno no nos reza en alguna cuenta de perdones y nos saca de penas con alguna misa en altar privilegiado. Entre estas pláticas, y un poco que dormimos, se llegó la hora de levantar: dieron las seis y llamó Cabra á leccion: fuimos y oímosla todos. Ya mis espaldas y hijadas nadaban en el jubon y las piernas daban lugar á otras siete calzas : los dientes sacaba contobas amarillos (vestidos de desesperacion). Mandáronme leer el primer nominativo á los otros, y era de manera mi hambre que no me desayuné con la mitad de dos razones comiéndomelas y todo esto creerá quien supiere lo que me contó el mozo de Cabra, diciendo que él ha visto meter en casa recién venido dos frisonos, y que á dos días salieron caballos ligeros que volaban por los aires; y que vió meter mastines pesados y á tres horas salir galgos corredores; y que una cuaresma topó muchos hombres, unos metiendo los pies, otros las manos, y otros todo el cuerpo en el portal de su casa (esto por muy gran rato) y mucha gente venia solo aquello de fuera; y preguntando un día qué seria? porque Cabra se enojó de que se lo preguntase, respondió, que los unos tenían sarna y los otros sabañones, y que en metiéndolos en aquella casa morian de hambre: de manera que no comian de allí adelante. Certificóme que era verdad. Yo, que conocí la casa, lo creo: dígolo porque no parezca encarecimiento lo que digo. Y volviendo á la leccion dióla, y decorámos.

la, y proseguí siempre en aquel modo de vivir que he contado: solo añadió á la comida tocino en la olla por no sé que le digeron un dia de hidalguia allá fuera; y asi tenia una caja de hierro toda agujerada como salvadera: habríala, y metia un pedazo de tocino en ella, que la llenase y tornábala á cerrar y metiala colgando de un cordel en la olla, para que la diese algun zumo por los agujeros, y quedase para otro dia el tocino. Parecióle, despues que en esto se gastaba mucho, y dió en asomar el tocino en la olla. Pasábamoslo con estas cosas como se puede imaginar. Don Diego, y yo nos vimos tan al cabo que ya que para comer no hallábamos remedio, pasado un mes le buscamos para no levantarnos de mañana y asi trazábamos de decir que teníamos algun mal; pero no digimos calentura, porque no la teniádo, era fácil conocer el enredo: dolor de cabeza ó muelas era poco estorvo: digimos al fin, que nos dolian las tripas, y estábamos malos de achaque de no haber hecho de nuestras personas en tres dias, fiados en que á trueque de no gastar dos cuartos no buscariá remedio. Ordenólo el diablo de otra suerte porque tenia una receta que habia heredado de su padre que fué boticario. Supo el mal y aderezó una medicina y llamando una vieja de setenta años, tia suya, que le servia de enfermera, dijo que nos echase sendas gaitas. Empezaron por don Diego: el desventurado atajóse y la vieja en vez de echarse dentro disparóla por entre la camisa y espinazo y dióle con ella en el cogote, y vino á servir por fuera g uarnicion la que dentro habia de ser aforro. Quedóel mozo dando gritos: vino Cabra y viéndolo dijo que meechasen á mi la otra que luego tornaria

á don Diego. Yo me vestia; pero valióme poco, porque teniéndome Cabra y otros me la echó la vieja, á la cual de retorno di con ella entoda la cara. Enojóse Cabra conmigo, y dijo que él me echaria de su casa; que bien se echaba de ver que era todo bellaqueria: mas no lo quiso mi ventura. Quejámonos á don Alonso, y el Cabra le hacia creer que lo haciamos por no asistir al estudio. Con esto no nos valian plegarias. Metió en casa la vieja por ama, para que guisase y sirviese, á los pupilos y despidió al criado, porque le halló el viernes de mañana con unas migajas de pan en la ropilla. Lo que pasamos con la vieja Dios lo sabe: era tan sorda, que no oia nada, entendia por señas, ciega y tan gran rezadora que un dia se le desensartó el rosario sobre la olla y nos la trajo con el caldo mas devoto que jamas comi. Unos decian: ¿garbanzos negros? sin duda son de Etiopia. Otros decian: ¿garbanzos con luto? ¿quien se les habrá muerto? Mi amo fué el que se encajó una cuenta y al mascarla se quebró un diente. Los viernes nos solia enviar unos huebos á fuerza de pelos, y canas suyas, que podian pretender corregimiento, ó abogacia. Pues meter badil por cucharon, enviar una escudilla de caldo empedrada era ordinario. Mil veces topé yo sabandijas, palos, y estopa de la que hilaba, en la olla, y todo lo metia, para que hiciese presencia en las tripas y abultase. Pasamos este trabajo hasta la cuaresma que vino; y á la entrada de ella estuvo malo un compañero. Cabra, por no gastar, detuvo el llamar el médico hasta que ya él pedia confesion mas que otra cosa. Llamó entonces un platicante, el cual le tomó el pulso, y dijo que el hambre le habia ganado por la mano en matar á aquel hombre. Diéronle el sacramen-

to y el pobre cuando lo vió (que habia un dia que no hablaba) dijo: señor mio Jesucristo necesario ha sido el veros entrar en esta casa para persuadirme que no es el infierno. Imprimiéronseme estas razones en el corazon: murió el pobre mozo, enterrámosle muy pobremente, por ser forastero, y quedamos todos asombrados. Divulgóse por el pueblo el caso atroz; llegó á oídos de don Alonso Coronel; y como no tenia otro hijo, desengañosé de las crueldades de Cabra, y comenzó á dar mas crédito á las razones de dossombras que ya estábamos reducidos á tan miserable estado. Vino á sacarnos del pupilage, y teniéndonos delante nos preguntaba por nosotros y tales nos vió que sin aguardar mas trató muy mal de palabras al licenciado Vigilia. Mandónos llevar en dossillas á casa: despedimonos de los compañeros, que nos seguian con los deseos y con los ojos haciendo las lástimas que hace el que queda en Argel viendo venir rescatados sus compañeros.

CAPÍTULO IV.

DE LA CONVALECENCIA É IDA Á ESTUDIAR Á ALCALÁ DE HENARES.

Entramos en casa de don Alonso, y echáronnos en dos camas con mucho tiento, porque no se nos desparramasen los huesos de puro roídos del hambre. Trageron exploradores que nos buscasen los ojos por toda la cara; y á mí, como habia sido mi trabajo mayor, y la hambre imperial (al fin me trataban como á criado), en buen rato no me los hallaron. Trageron médicos, y mandaron que nos limpiasen con zorros

el polvo de las bocas como retablos; y bien lo éramos de duelos. Ordenaron que nos diesen sustancias y pistos. ¿Quién podrá contar á la primera almenadrada, y á la primera ave las luminarias que pusieron las tripas de contento? Todo les hacia novedad. Mandaron los doctores que por nueve dias no hablase nadie recio en nuestro aposento, porque como estaban huecos los estómagos, sonaba en ellos el eco de cualquier palabra. Con estas y otras prevenciones comenzaron á volver y á cobrar algun aliento: pero nunca podian las quijadas desdoblarse, que estaban negras y alforzadas; y asi se dió órden que cada dia nos las ahormasen con la mano de un almirez. Levantámonos á hacer pinicos dentro de cuatro dias, y aun pareciamos sombras de otros hombres; y en el amarillo, y flaco, simiente de los padres del Yermo. Todo el dia gastábamos en dar gracias á Dios por habernos rescatado de la cautividad del fierisimo Cabra, y rogábamos al Señor que ningun cristiano cayese en sus crueles manos. Si acaso comiendo alguna vez nos acordábamos de las mesas del mal pupifero, se nos aumentaba el hambre tanto, que acrecentábamos la costa aquel dia. Soliamos contar á don Alonso como al sentarse á la mesa nos decia males de la gula (no habiéndola él conocido en toda su vida); y reíase mucho cuando le contábamos que en el mandamiento de no matarás, metia perdices y capones, y todas las cosas que no queria darnos, y por el consiguiente la hambre, pues parecia que tenia por pecado no solo el matarla, sino el criarla, segun recataba el comer. Pasáronsenos tres meses en esto, y al cabo trató don Alonso de enviar á su hijo á Alcalá á estudiar lo que le faltaba de gramática. Díjome á mí si queria ir, y yo que no deseaba

otra cosa, sino salir de tierra donde se oyese el nombre de aquel malvado perseguidor de estómagos, ofrecí de servir á su hijo como vería. Y con esto dióle un criado para mayordomo, que le gobernase la casa, y le tuviese cuenta del dinero del gasto que nos daba, remitido en cédulas para un hombre que se llamaba Julian Merluza. Pusimos el hato en el carro de un Diego Monge: era media camita, y otra de cordeles con ruedas para meterla debajo de otra mia, y del mayordomo que se llamaba Aranda: cinco colchones, y ocho sábanas, ocho almohadas, cuatro tapices, un cofre con ropa blanca, y las demas zarandajas de casa. Nosotros nos metimos en un coche: salimos á la tardecita, antes de anoecer una hora, y llegamos á la media noche á la siempre maldita venta de Viveros: el ventero era morisco, y ladron: y en mi vida ví perro, y gato juntos con la paz que aquel dia: hizonos gran fiesta; y como él, y los ministros del carretero iban horros (que ya habian llegado tambien con el hato antes, porque nosotros veniamos de espacio) pegóse al coche, dióme á mi la mano para salir del estribo, y dijome si iba á estudiar? Yo le respondí que sí. Metióme adentro, donde estaban dos rufianes con unas mugercillas, y un cura rezando al olor: un viejo mercader, y avarientto, procurando olvidarse de cenar; y dos estudiantes fregonos de los de mantellina, buscando trazas para engullir. Mi amo, pues, como mas nuevo en venta, y muchacho dijo: señor huésped, deme de lo que hubiere para mí, y dos criados. Todos lo somos de vmd. dijeron al punto los rufianes, y les hemos de servir: ola, huésped, mirad que este caballero os agradecerá lo que hicéredes: vaciad la

dispensa; y diciendo esto llegóse uno, y quitóle la capa, diciendo: descanse vmd. mi señor; y púsola en un poyo. Estaba yo con esto desvanecido, y hecho dueño de la venta. Dijo una de las ninfas: ¡qué buen talle de caballero! ¿Y vá á estudiar? Es vmd., su criado? Yo respondí, creyendo que era así como lo decían, que yo, y el otro lo éramos. Preguntáronme su nombre; y no bien lo dije: cuando uno de los estudiantes se llegó á él, medio llorando, y dándole un abrazo apretadísimo, dijo: ¡oh mi señor don Diego! quién me dijera á mi ahora diez años que habia de ver á vmd. de esa manera! ¡Desdichado de mí, que estoy tal, que no me conocerá vmd! El se quedó admirado, y yo también, que juramos entrambos no haberle visto en nuestra vida. El otro compañero andaba mirando á don Diego á la cara, y dijo á su amigo: ¿es este señor, de cuyo padre me dijistes vos tantas cosas? ¡Gran dicha ha sido nuestra encontrarle, y conocerle, segun está de grandel Dios le guarde, y empezó á santiguarse. (¿Quién no creyera que se habian criado con nosotros?) Don Diego se le ofreció mucho, y preguntándole su nombre, salió el ventero, y puso los manteles, y oliendo la estufa, dijo: dejen eso, que despues de cenar se hablará, que se enfria. Llegó un rufian, y puso asientos para todos, y una silla para don Diego, y el otro trajo un plato. Los estudiantes dijeron: cene vmd. que entretanto que á nosotros nos aderezan lo que hubiere, le serviremos á la mesa. Jesús! (dijo don Diego) vmds. se sienten, si son servidos; y á esto respondieron los rufianes (no hablando con ellos): luego, mi señor, que aun no está todo á punto. Yo, cuando ví á los unos con-

vidados, y á los otros que se convidaban, afligíme y temi lo que me sucedió; porque los estudiantes tomaron la ensalada, que era un razonable plato, y mirando á mi amo, dijeron: no es razon que donde está un caballero tan principal, se queden estas damas por comer: mande vmd. que alcancen un bocado. El, haciendo del galan, convidólas: sentáronse, y entre los dos estudiantes, y ellas no dejaron en cuatro bocados sin un cogollo, el cual se comió don Diego; y al dársele aquel maldito estudiante, le dijo: un abuelo tuvo vmd. tio de mi padre, que en viendo lechugas se desmayaba: ¡qué hombre era tan cabal! y diciendo esto, se puso un panecillo, y el otro otro. Pues las niñas ya daban cuenta de un pan, y el que mas comia era el cura con el mirar solo. Sentáronse los rufianes con medio cabrito asado, dos lonjas de tocino, y un par de palominos cocidos, y dijeron: Pues, padre, ¿ahí se está? llegue, y alcance, que mi señor don Diego nos hace merced á todos. No bien se lo dijeron, cuando se sentó; y cuando vió mi amo que todos se le habian encajado, comenzóse á afligir. Repartiéronlo todo, y al don Diego dieron no sé qué huesos, y alones: lo demas engulleron el cura, y los otros. Decian los rufianes: no cene mucho, señor, que le hará mal; y replicaba el maldito estudiante: y mas que es menester hacerse á comer poco para la vida de Alcalá. Yo, y el otro criado estábamos rogando á Dios que les pusiese en el corazon que dejasen algo. Y ya que lo hubieron comido todo, y que el cura repasaba los huesos de los otros, volvió el rufian, y dijo: ¡oh pecador de mí! no habemos dejado nada á los criados. Vengan aquí vmds. Há, seor huésped, déles

todo lo que hubiere : vé aqui un doblon. Tan presto saltó el descomulgado pariente de mi amo (digo el escolar), y dijo : aunque vmd. me perdone, señor hidalgo, debe saber poco de cortesia: ¿conoce por dicha á mi señor primo? El dará á sus criados, y aun á los nuestros si los tuviéremos, como nos ha dado á nosotros. No se enoje vmd. que no le conocia. Maldiciones le eché cuando ví tan gran disimulacion, que no pensé acabar. Levantarón las mesas, y todos dijeron á don Diego que se acostase : él queria pagar la cena, y replicáronle que á la mañana habria lugar. Estuviéronse un rato hablando, y preguntóle su nombre al estudiante, y dijo que se llamaba don Cárlos Coronel. En malos infiernos arda el embustero, en donde quiera que esté. Vió que dormia el avariento, y dijo: ¿Vmd. quiere reir? pues hagamos burla alguna á este viejo, que no ha comido sino un pero en todo el camino, y es riquísimo. Los rufianes dijeron: bien haya el licenciado : hágalo; que es razon. Con esto se llegó, y sacó al pobre viejo, que dormia, debajo de los pies unas alforjas, y desenvolviéndolas halló una caja, y como si fuera de guerra, hizo gente. Llegáronse todos, y abriéndola, vió que era de alcorzas. Sacó todas cuantas habia, y en su lugar puso piedras, palos, y lo que halló: luego se proveyó sobre lo dicho, y encima de la suiedad puso hasta una docena de yesones: cerró la caja, y dijo : pues aun no basta, que bota tiene: sacóle el vino y desfundando una almohada de nuestro coche, despues de haber echado un poco de vino debajo, se la llenó de lana, y estopa, y la cerró. Con esto se fueron todos á acostar para una hora, ó media que quedaba, y el estu-

:

dante lo puso todo en las alforjas; y en la capilla del gaban echó una gran piedra, y fuese á dormir. Llegó la hora del caminar: despertaron todos, y el viejo todavia dormia: llamáronle; y al levantarse no podia levantar la capilla del gaban: miró lo que era, y el ventero adrede le riñó, diciendo: cuerpo de Dios, ¿no halló otra cosa que llevarse, padre, sino esa piedra? ¿Qué les parece á vmds. si yo no le hubiera visto? Cosa que estimo en mas de cien ducados, porque es contra el dolor de estómago. Juraba, y perjuraba, diciendo que él no habia metido tal en la capilla. Los rufianes hicieron la cuenta, y vino á montar sesenta reales, que no entendiera Juan de Léganos la suma. Decian los estudiantes: ¡Cómo hemos de servir á vmd. en Alcalá! Quedamos ajustados en el gasto: almorzamos un bocado, y el viejo tomó sus alforjas; y porque no viésemos lo que sacaba, y no partir con nadie, desatólas á oscuras, debajo del gaban, y agarrando un yeso untado, echóselo en la boca, y fué á hincarle una muela, y medio diente que tenia, y por poco los perdiera. Comenzó á escupir, y hacer gestos de asco, y de dolor. Llegamos todos á él, y el cura el primero diciéndole que qué tenia? Comenzose á ofrecer á Satanás, dejó caer las alforjas, llegóse á él el estudiante, y dijo: arredro vayas, Satan: cata la cruz. Otro abrió un breviario, y hiciéronle creer que estaba endemoniado, hasta que él mismo dijo lo que era, y pidió le dejasen enjuagar la boca con un poco de vino que él traia en la bota. Dejáronle y sacándola, abrióla; y abocando en un vasito un poco de vino, salió con lana, y estopa un vino salvaje, tan barbado y velloso, que no se podia

heber, ni colar. Entonces acabó de perder la paciencia el viejo; pero viendo las descompuestas carcajadas de risa, tuvo por bien de callar, y subir en el carro con los rufianes, y mugeres. Los estudiantes, y el cura se ensartaron en un borrico y nosotros nos pusimos en el coche; y aun no bien había comenzado á caminar, cuando los unos, y los otros nos comenzaron á dar vaya, declarando la burla. El ventero decia: señor nuevo, á pocas estrenas como esta envejecerá. El cura decia: sacerdote soy, allá se lo diré de misas. Y el estudiante maldito voceaba: señor primo, otra vez rásquese cuando le coma, y no despues. El otro decia sarna dé á vmd. señor don Diego. Nosotros dimos en no hacer caso. Dios sabe cuán corridos íbamos. Con estas, y otras cosas llegamos á la villa: apeámonos en un meson, y en todo el dia (que llegamos á las nueve) acabamos de contar la cena pasada, y nunca pudimos sacar en limpio el gasto.

CAPITULO V.

DE LA ENTRADA EN ALCALÁ, PATENTE, Y BURLAS
QUE ME HICIERON POR NUEVO.

Antes que anoheciese salimos del meson á la casa que nos tenían alquilada, que estaba fuera de la puerta de Santiago, patio de estudiantes, donde había muchos juntos; aunque esta teníamos entre tres moradores diferentes no mas. Era el dueño, y huésped de los que creen en Dios por cortesía, ó sobre falso: moriscos los llaman en el

pueblo ; que aun hay muy grande cosecha de esta gente, y de la que tiene sobradas narices , y solo les faltan para oler tocino : digo esto, confesando la mucha nobleza que hay entre la gente principal, que cierto es mucha. Recibióme, pues, el huésped con peor cara que si yo fuera cura, y le pidiera la cédula de confesion : ni sé si lo hizo porque le comenzásemos á tener respeto, ó por ser natural suyo de ellos ; que no es mucho tenga mala condicion quien no tiene buena ley. Pusimos nuestro ható, y acomodamos las camas, y lo demas, y dormimos aquella noche. Amaneció, y hélos aqui en camisa á todos los estudiantes de la posada pedir la patente á mi amo. El , que no sabia lo que era, preguntóme que qué querian? Y yo entretanto, por lo que podia suceder, me acomodé entre dos colchones y solo tenia la media cabeza fuera, que parecia tortuga. Pidieron dos docenas de reales, diéronselos, y cantando comenzaron una grita del diablo , diciendo: viva el compañero y sea admitido á nuestra amistad: goce de las preeminencias de antiguo: pueda tener sarna, andar manchado y padecer el hambre que todos. Y con esto (mire vuestra merced qué privilegios!) volaron por la escalera y al momento nos vestimos nosotros y tomamos el camino para escuelas. A mi amo apadrinaronle unos colegiales conocidos de su padre y entró en su general; pero yo , que habia de entrar en otro diferente, y fui solo, comencé á temblar. Entré en el patio, y no hube metido bien el pie , cuando me encararon y empezaron á decir: nuevo. Yo, por disimular di en reir, como que no hacia caso; mas no bastó, porque llegándose á mí ocho ó nueve, comenzaron á reirse. Púseme colorado (nun-

ca Dios lo permitiera), pues al instante se puso uno que estaba á mi lado sus manos en las narices y apartándose, dijo: por resucitar está este Lázaro, segun hiede: y con esto todos se apartaron tapándose las narices. Yo, que me pensé escapar, tambien me puse las manos y dije: vuestras mercedes tienen razon que huele muy maldióles mucha risa, y apartándose, ya estaban juntos hasta ciento. Comenzaron á escarbar y tocar al arma, y en las toses, y abrir y cerrar de las bocas, ví que se aparejaban gargajos. En esto un manchegazo acatarrado me hizo alarde de uno terrible, diciendo: esto hago. Yo entonces, que me vi perdido, dije: juro á Dios que me la... iba á decirlo; pero fué tal la bateria y lluvia que cayó sobre mí, que no pude acabar la razon. Yo estaba cubierto el rostro con la capa, y tan blanco, que todos tiraban á mí, y era de ver sin duda cómo tomaban la punteria. Estaba ya nevado de pies á cabeza; pero un bellaco, viéndome cubierto y que no tenia en la cara cosa, arrancó hácia mí, diciendo con gran cólera: basta no le mateis. Yo, que segun me trataban, creí de ellos que lo harian, me destapé por ver lo que era, y al mismo tiempo el que daba las voces me clavó un gargajo entre los dos ojos. Aquí se han de considerar mis angustias: levantó la infernal gente una grita que me aturdieron; y yo, segun lo que echaron sobre mí de sus estómagos, pensé que por ahorrar de médicos y boticas aguardaban nuevos para purgarse. Quisieron tras de esto darme de pescozones; pero no habia donde, sin llevarse en las manos la mitad del aceite de mi negra capa, ya blanca por mis pecados. Dejaronme: iba hecho aljufaina de viejo

á pura saliva: fuíme á casa, que apenas acerté á entrar en ella; y fué ventura ser de mañana porque solo topé dos ó tres muchachos (que debían ser bien inclinados), porque no me tiraron mas de cuatro ó seis trapazos, y luego se fueron. Entré en casa, y el morisco que me vió, comenzó á irse y á hacer como que queria escupirme. Yo, que temí que lo hiciese, dije: tened, huésped, que no soy Ecce-Homo. Nunca lo dijera, porque me dió dos libras de porrazos sobre los hombros con las pesas que tenia. Con esta ayuda de costa, medio baldado, subí arriba, y en buscar por donde asir la sotana y el manteo se pasó mucho rato: al fin le quité y me eché en la cama, y colgué en una azotea. Vino mi amo, y como me halló durmiendo y no sabia la asquerosa aventura, enojóse y comencóme á dar repelones con tanta priesa, que á dos mas me despertó calvo. Levantéme dando voces, y quejándome y él con mas cólera dijo: ¿es buen modo de servir este, Pablos? Ya es otra vida. Yo, cuando oí decir otra vida, entendí que era ya muerto, y dije: bien me anima vmd. en mis trabajos: vea cuál está aquella sotana y manteo, que han servido de pañizuelos á las mayores narices que se han visto jamás en paso de Semana Santa; y con esto empecé á llorar. Él, viendo mi llanto, creyólo, y buscando la sotana, y viéndola, compadecióse de mí y dijo: Pablo, abre el ojo, que asan carne: mira por tí, que aquí no tienes otro padre ni madre. Contéle todo lo que habia pasado, y mandóme desnudar y llevar á mi aposento, que era donde dormían cuatro criados de los huéspedes de casa. Acostéme, y dormí; y con esto á la noche, despues de haber comido y cenado bien, me hallé

fuerte ya, como si no hubiera pasado nada por mí: pero cuando comienzan desgracias en uno, parece que nunca se han de acabar, que andan encadenadas y unas traen á otras. Viniéronse á acosar los otros criados, y saludándome todos, me preguntaron si estaba malo y cómo estaba en la cama? Yo les conté el caso, y al punto, como si en ellos no hubiera mal ninguno, se empezaron á santiguar, diciendo: no se hiciera entre luteranos: ¡hay tal maldad! Otro decía: el rector tiene la culpa en no poner remedio: ¿conocerá los que eran? Yo respondí que no, y agradeciles la merced que mostraban hacer. Con esto se acabaron de desnudar, acostáronse, mataron la luz, y dormime yo, que me parecia estaba con mi padre y mis hermanos. Debían de ser las doce, cuando el uno de ellos me despertó á puros gritos, diciendo: ¡ay que me matan! Ladrones. Sonaban en su cama unas voces y golpes de látigo: yo levanté la cabeza y dije: ¿qué es eso? Y apenas me descubrí, cuando con una maroma me asentaron un azote con hijos en todas las espaldas. Comencé á quejarme, quíseme levantar, quejábase el otro tambien y dábame á mí solo. Yo comencé á decir: ¡justicia de Dios! pero menudeaban tanto los azotes sobre mí, que ya no me quedó (por haberme tirado las frazadas abajo) remedio, sino el de meterme debajo de la cama. Hícelo así, y al punto los otros que dormían empezaron á dar gritos tambien; y como sonaban los azotes, yo creí que alguno de afuera nos daba á todos. Entretanto aquel maldito, que estaba junto á mí, pasó á mi cama, y proveyó en ella y cubrióla: y pasándose á la suya, cesaron los azotes y levantáronse con grandes gritos todos cuatro, di-

ciendo : es gran bellaquería y no ha de pasar así. Yo todavía me estaba debajo de la cama , quejándome como perro cogido entre puertas , tan encogido , que parecía un galgo con calambre. Hicieron los otros que cerraban la puerta , y yo entonces salí de donde estaba y subíme á mi cama. Preguntando si acaso les habian hecho mal , todos se quejaban de muerte. Acostéme y cubríme , y torné á dormir ; y como entre sueños me revolcase , cuando desperté me hallé sucio hasta las trenzas. Levantáronse todos y yo tomé por achaque los azotes para no vestirme : no habia diablos que me moviesen de un lado : estaba confuso considerando si acaso con el miedo y la turbacion , sin sentirlo habia hecho aquella vileza , ó si entre sueños : al fin yo me hallaba inocente y culpado , y no sabia disculparme. Los compañeros se llegaron á mi , quejándose y muy disimulados , á preguntarme cómo estaba , y yo les dije que muy malo , porque me habian dado muchos azotes. Preguntabales yo qué podia haber sido ; y ellos decian : á fé que no se escape , que el matemático nos lo dirá ; pero dejando esto , veamos si estais herido , que os quejades mucho ; y diciendo esto , fueron á levantar la ropa con deseo de afrentarme. En esto mi amo entró diciendo : ¿ es posible , Pablos , que no he de poder contigo ? Son las ocho , y estás en la cama ? Levántate enhoramala. Los otros , por asegurarme , contaron á don Diego el caso todo , y pidiéronle que me dejase dormir ; y decia uno : si vmd. no lo cree , levante conmigo , y agarraba de la ropa. Yo la tenia asida de los dientes por no mostrar la caca ; y cuando ellos vieron que no habia remedio por aquel camino , dijo uno : ¡ cuerpo de tal , y como

hiedel don Diego dijo lo mismo, porque era verdad; y luego tras él comenzaron todos á mirar si habia en el aposento algun servicio: decian que no podia estar allí. Dijo uno: pues es muy bueno eso para haber de estudiar. Miraron las camas, y quitaronlas, para ver debajo y dijeron: sin duda debajo de la de Pablos hay algo: pasémosle á alguna de las nuestras, y miremos debajo de ella. Yo, que veia poco remedio en el negocio, y que me iban á echar la garra, fingi que me habia dado mal de corazon: agarréme á los palos y hice visages. Ellos, que sabian el misterio, apretaron conmigo diciendo: ¡gran lástima! don Diego me tomó el dedo de corazon: y al fin entre los cinco me levantaron; y al alzar las sábanas fué tanta la risa de todos, viendo los recientes, no ya palominos, sino palomos grandes, que se hundia el aposento. Pobre de él, decian los grandisimos bellacos; y yo hacia el desmayado. Tírele vuestra merced mucho de ese dedo del corazon; y mi amo, entendiendo hacerme bien, tanto tiró, que me le desconcertó. Los otros tambien trataron de darme un garrote en los muslos, y decian: el pobrecito ahora sin duda se ensució cuando le dió el mal. ¡Quién dirá lo que yo pasaba entre mí! lo uno con la vergüenza, descoyuntado un dedo, y á peligro de que me diesen garrote. Al fin, de miedo que me le diesen (que ya me tenian los cordeles en los muslos) hice que habia vuelto; y por presto que lo hice, como los bellacos iban con malicia, ya me habian hecho dos dedos de señal en cada pierna. Dejéronme diciendo: ¡Jesus, y qué flojo sois! Yo lloraba de enojo, y ellos decian adrede: mas vá en vuestra salud que en ha-

beros ensuciado: callad; y con esto me pusieron en la cama despues de haberme lavado, y se fueron. Yo no hacia á solas sino considerar como casi era mas lo que habia pasado en Alcalá en un dia, que todo lo que me sucedió con Cabra. A medio dia me vesti, limpié la sotana lo mejor que pude, lavándola como gualdrapa, y aguardé á mi amo, que en llegando me preguntó como estaba. Comieron todos los de casa, y yo, aunque poco, y de mala gana, y despues, juntándonos todos á hablar en el corredor, los otros criados, despues de darme vaya, declararon la burla. Riéronla todos: doblóseme mi afrenta, y dije entre mí: a vison, Pablos, alerta. Propuse de hacer nueva vida; y con esto, hechos amigos, vivimos de allí adelante todos los de casa como hermanos, y en las escuelas, y patios nadie me inquietó mas.

CAPITULO VI.

DE LAS CRUELDADES DEL AMA Y TRAVESURAS QUE YO HICE.

Haz como vieres, dice el refran, y dice bien: de puro considerar en él, vine á resolverme de ser bellaco con los bellacos; y mas, si pudiese, que todos. No sé si sali con ello; pero aseguro á vmd. que hice todas las diligencias posibles. Lo primero, yo puse pena de la vida á todos los cochinos que se entrasen en casa, y á los pollos del ama, que del corral pasasen á mi aposento. Sucedió que un dia entraron dos puercos del mejor garvo que vi en mi vida: yo estaba jugando con

los otros criados, y oílos gruñir, y dije á uno: vaya, y vea quien gruñe en nuestra casa: fué, y dijo que dos marranos. Yo, que lo oí, me enojé tanto, que sali allá diciendo que era mucha bellaquería, y atrevimiento venir á gruñir á casas ajenas; y diciendo esto, envaséle á cada uno (á puerta cerrada) la espada por los pechos, y luego los acogotamos: y porque no se oyese el ruido que hacian, todos á la par dábamos grandísimos gritos, como que cantábamos: y así espiraron en nuestras manos. Sacamos los vientres, recogimos la sangre, y á puros jergones los medio chamuseamos en el corral; de suerte que cuando vinieron los amos ya estaba hecho, aunque mal, sino era los vientres, que no estaban acabadas de hacer las morcillas, y no por falta de priesa, que en verdad, por no detenernos, les habíamos dejado la mitad de lo que ellas se tenían dentro. Supo pues, don Diego, y el mayordomo el caso y enojáronse conmigo de manera, que obligaron á los huéspedes (que de risa no se podían valer) á volver por mí. Preguntábame don Diego qué habia de decir, si me acusaban, y me prendia la justicia? A lo cual respondí yo, que me llamaria hambre, que es el sagrado de los estudiantes; y si no me valiese diria: como se entraron sin llamar á la puerta como en su casa, entendi que eran nuestros. Riéronse todos de las disculpas. Dijo don Diego: á fé, Pablos, que os haceis á las armas. Era de notar ver á mi amo tan inquieto, y religioso, y á mi tan travieso, que el uno exageraba al otro, ó la virtud, ó el vicio. No cabia el alma de contento, porque eramos los dos al mohino: habiamonos conjurado contra la despensa. Yo

era el despensero Judas, que desde entonces heredé no sé qué amor á la sisa en este oficio. La carne no guardaba en manos del ama la orden retórica, porque siempre iba de mas á menos; y la vez que podía echar cabra, ó oveja, no echaba carnero, y si habia huesos, no entraba cosa magra; y así hacia unas ollas tísicas de puro flacas: unos caldos, que á estar cuajados, se podian hacer sartas de cristal de las pascuas. Por diferenciar, para que estuviese gorda la olla, solia echar unos cabos de velas de sebo. Ella decia (cuando yo estaba delante) á mi amo: por cierto que no hay servicio como el de Pablicos, si él no fuese travieso: consérvele vmd. que bien se le puede sufrir el ser travieso por la fidelidad: lo mejor de la plaza trae. Yo por el consiguiente decia de ella lo mismo; y así teniamos engañada la casa. Si se compraba aceite de por junto, carbon, ó tocino, escondiamos la mitad; y cuando nos parecia deciamos el ama, y yo: modérense vmds en el gasto, que en verdad, si se dan tanta priesa, no haste la hacienda del rey. Ya se ha acabado el aceite, ó el carbon; pero tal priesa se han dado: mande vmd. comprar mas: á fé que se ha de lucir de otra manera: dénde dineros á Pablicos. Dábanmelos, y vendíamosles la mitad, sisada, y de lo que comprábamos la otra mitad y esto era en todo. Y si alguna vez compraba algo en la plaza, por lo que valia reñiamos adrede el ama y yo. Ella decia como enojada: no me digais á mi, Pablicos, que estos son dos cuartos de ensalada. Yo hacia que lloraba: daba muchas voces: íbame á quejar á mi señor, y apretábale para que enviase el mayordomo á saberlo, para que callase el ama, que adrede porfiaba. Iba, y sabíalo, y con

esto asegurábamos al amo, y al mayordomo, y quedaban agradecidos, en mí á las obras, y en el ama al celo de su bien. Deciale don Diego, muy satisfecho de mí: así fuese Públicos aplicado á virtud como es de fiar. Tuvimoslos de esta manera, chupándolos como sanguijuelas. Yo apostaré que vmd. se espanta de la suma del dinero al cabo del año. Ello mucho debió de ser; pero no obligaba á restitucion, porque el ama confesaba de ocho á ocho dias, y nunca le ví rastro, ni imaginacion de volver nada, ni hacer escrúpulo con ser, como digo, una santa. Traía un rosario al cuello siempre tan grande, que era mas barato llevar una haz de leña acuestas. De él colgaban muchos manojos de imágenes, cruces y cuentas de perdones. En todas decia que rezaba cada noche por sus bienhechores. Contaba ciento y tantos santos abogados suyos; y en verdad que habia menester todas estas ayudas para desquitarse de lo que pecaba. Acostábase en un aposento encima de mi amo, y rezaba mas oraciones que un ciego. Entraba por el justo juez, y acababa con el conqibules (que ella decia), y en la salve rebila. Decia las oraciones en latin adrede por fingirse inocente; de suerte que nos despedazábamos de risa todos. Tenia otras habilidades: era conqueridora de voluntades y corchete de gustos, que es lo mismo que alcahueta; pero disculpábase conmigo, diciendo que le venia de casta, como al rey de Francia curar de lamparones. Pensará vmd. que siempre estuvimos en paz: pues ¿quién ignora que dos amigos, como sean codiciosos, si están juntos, se han de procurar engañar el uno al otro? Sucedió que el ama criaba gallinas en el corral: yo tenia gana de comerla una: tenia

doce ó trece pollos grandecitos , y un dia estando dándoles de comer , comenzó á decir: pío , pío , y esto muchas veces. Yo , que oi el modo de llamar , comencé á dar voces y dije: ¡Oh cuerpo de tal , amal no hubiérades muerto un hombre ó hurtado moneda al rey , cosa que yo pudiera callar y no haber hecho lo que habeis hecho , que es imposible dejarlo de decir. ¡Mal aventurado de mi ó de vos! Ella , como me vió hacer estremos con tantas veras , turbóse algun tanto y dijo : pues Pablos , ¿yo que he hecho? Si te burlas no me aflijas mas. ¿Cómo burlas? pesia tall yo no puedo dejar de dar parte á la inquisicion , porque si no , estaré descomulgado. Inquisicion? dijo ella , y empezó á temblar; ¿pues yo he hecho algo contra la fé? Eso es lo peor , decia yo : no os burleis con los inquisidores : decid que fuisteis una boba y que os desdecis , y no negueis la blasfemia y el desacato. Ella con el miedo dijo : pues , Pablos , si me desdigo castigaránme? Respondile: no , porque solo os absolverán. Pues yo me desdigo , dijo , pero dime tú de qué , que no lo sé yo , asi tengan buen siglo las ánimas de mis difuntos. ¿Es posible que no advertis en qué? No sé cómo me lo diga , que el desacato es tal , que me acobarda. ¿No os acordais que dijisteis á los pollos: pío , pío , y es Pio nombre de los papas , vicarios de Dios y cabezas de la iglesia? Papáos ese pecadillo. Ella quedó como muerta , y dijo: Pablos , yo lo dije; pero no me perdone Dios si fue con malicia : yo me desdigo: mira si hay camino para que se pueda escusar el acusarme , que me moriré si me veo en la inquisicion. Como vos jureis en una ara consagrada que no tuvisteis malicia , yo asegurado podré dejar de acusaros; pero

será necesario que esos dos pollos que comieron, llamándoles con el santísimo nombre de los pontífices, me los deis para que yo los lleve á un familiar que los queme, porque están dañados; y tras esto habeis de jurar de no reincidir de ningun modo. Ella muy contenta dijo: pues llevátelos, Pablos, ahora que mañana juraré. Yo, por mas asegurarla, le dije: lo peor es, Cipriana (que así se llamaba) que yo voy á riesgo, porque me dirá el familiar si soy yo, y entretanto me podrá hacer vejacion: llevadlos vos, que yo pardiez que temo. Pablos (decia cuando me oyó esto) por amor de Dios que te duelas de mi y los lleves, que á ti no te puede suceder nada. Dejéla que me rogase mucho, y al fin (que era lo que queria) determinéme, tomé los pollos, escondilos en mi aposento, hice que me iba fuera y volví diciendo: Mejor se ha hecho que yo pensaba: queria el familiarito venirse tras mí á ver la muger; pero lindamente le he engañado y negociado. Dióme mil abrazos y otro pollo para mí, y yo fuíme con él adonde habia dejado sus compañeros, y hice hacer en casa de un pastelero una cazuela y comímelos con los demas criados. Supo el ama y don Diego la maraña, y toda la casa la celebró en extremo. El ama llegó tan al cabo de pena, que por poco se muriera, y de enojo no estuvo á dos dedos (á no tener por qué callar) de decir mis sisas. Yo, que me vi mal con el ama y que no la podia burlar, busqué nuevas trazas de holgarme, y di en lo que llaman los estudiantes correr ó rebatar. En esto me sucedieron cosas graciosísimas, porque yendo una noche á las nueve (que ya andaba poca gente) por la calle mayor, vi una confiteria y en ella un cofin de pasas

sobre el tablero; y tomando vuelo, vine, agarré-le, dí á correr y el confitero dió tras mí, y otros criados y vecinos. Yo, como ya iba cargado y ví que aunque les llevaba ventaja, me habian de alcanzar, al volver una esquina sentéme sobre él, envolví la capa á la pierna de presto, y empecé á decir con la pierna en la mano: Ay! Dios se lo perdone, que me ha pisado. Oyéronme esto, y llegando empecé á decir: por tan alta señora; y lo ordinario de la hora menguada y aire corrupto. Ellos se venian desgañifando, y dijéronme: ¿va por ahí un hombre, hermano? Ahí adelante, que aquí me pisó, loado sea el Señor. Arrancaron con esto y fuéronse: quedé solo, lleveme el cofin á casa, conté la burla, y no quisieron creer que habia sucedido así, aunque lo celebraron mucho, por lo cual los convidé para otra noche á verme correr cajas. Vinieron, y advirtiéndolos que estaban las cajas dentro la tienda, y que no las podia tomar con la mano, tuviéronlo por imposible, y mas por estar el confitero, por lo que le sucedió al otro de las pasas, alerta. Vine pues, y metiendo doce pasos atras de la tienda, mano á la espada, que era un estoque recio, parti corriendo y en llegando á la tienda, dije: muera; y tiré una estocada por delante el confitero: dejóse caer pidiendo confesion, y yo dí la estocada en una caja y la pasé, y saqué en la espada, y me fuí con ella. Admiráronse de ver la traza, muriéndose de que el confitero decia que le mirasen, que sin duda le habia herido, y que era un hombre con quien habia tenido palabras; pero volviendo los ojos, como quedaron desbaratadas al salir de la caja las que estaban al rededor, echó de ver la burla, y empezó á

santiguarse, que no pensó acabar. Confieso que nunca me supo cosa tan bien. Decían los compañeros que yo solo podia sustentarse la casa con lo que corria, que es lo mismo que hurtar en nombre rebozado. Yo, como era muchacho, y veia que me alababan el ingenio con que salia de estas travesuras, animábame para hacer otras mas. Cada dia traía la pretina de jarras de monjas, que las pedia para beber, y me venia con ellas é introduje que no diesen nada sin prenda primero; y así prometí á don Diego y á todos los compañeros de quitar una noche las espadas á la misma ronda. Señalóse cuál habia de ser y fuimos juntos, y yo delante; y al columbrar la justicia, me llegué con otros de los criados de casa muy alborotado, y dije: justicia? respondieron: si. Es el corregidor? Dijeron que si. Hinquéme de rodillas, y dije: señor, en sus manos de vmd. está mi remedio y venganza, y mucho provecho de la república: mande vmd. oírme dos palabras á solas, si quiere una gran prison. Apartóse y ya los corchetes estaban empuñando las espadas, y los alguaciles poniendo mano á las vatas, y dijele: señor, yo he venido de Sevilla siguiendo seis hombres, los mas facinerosos del mundo: todos ladrones y matadores de hombres, y entre ellos viene uno que mató á mi madre y á un hermano mio por robarlos, y le está probado esto, vienen acompañando, segun les he oido decir, á una espía francesa; y aun sospecho, por lo que les he oido, que es (y bajando mas la voz dije) de Antonio Perez. Con esto el corregidor dió un salto hácia arriba, y dijo: ¿Adónde están? Señor, en la casa pública: no se detenga vmd. que las ánimas de mi madre y hermano se lo pagarán en oracio-

nes y el rey. Decia: Jesus! no nos detengamos, seguidme todos, dadme una rodela. Yo le dije (tornándole á apartar): Señor, perderse há, si vuesa merced hace eso; antes importa que todos entren sin espadas y uno á uno, que ellos están en los aposentos y traen pistoletes; y en viendo entrar con espadas, como no las puede traer sino la justicia, dispararán. Con dagas es mejor, y cogerlos por detrás los brazos, que demasiados vamos. Cuadróle al corregidor la traza, con la codicia de la prision. En esto llegamos cerca; y el corregidor advertido, mandó que debajo de unas yerbas pudiesen todas las espadas escondidas en un campo, que está frente casi de la casa: pusieronlas y caminaron. Yo, que habia avisado al otro, que ellos dejarlas y él tomarlas y pescarse á casa, fuese todo uno, hizolo asi; y al entrar todos quedéme atrás el postrero, y en entrando ellos mezclados con otra gente que iba, di cantonada y emboquéme por una callejuela que vá á dar á la Vitoria, que no me alcanzara un galgo. Ellos, que entraron y no vieron nada, porque no habia sino estudiantes y pícaros, que todo es uno, comenzaron á buscarme, y no me hallando, sospecharon lo que fué: yendo á buscar sus espadas no hallaron media. ¿Quién contará las diligencias que hizo con el rector el corregidor aquella noche? Anduvieron todos los patios reconociendo las camas. Llegaron á casa; y yo, porque no me conociesen, estaba echado en la cama con un tocador, con una vela en la mano y un cristo en la otra, y un compañero clérigo ayudándome á morir; y los demas rezando las letanias. Llegó el rector y la justicia; y viendo el espectáculo, se salieron, no persuadiéndose que

allí pudiera haber habido lugar para tal cosa. No miraron nada; antes el rector me dijo un responso. Preguntó si estaba ya sin habla, y dijéronle que sí; y con esto se fueron desesperados de no hallar rastro, jurando el rector de remitirle si le topasen; y el corregidor de ahorcarle, aunque fuese hijo de un grande. Levantéme de la cama, y hasta hoy no se ha acabado de solemnizar la burla en Alcalá; y por no ser largo dejo de contar como hacia monte la plaza del pueblo, pues de cajones de tundidores y plateros, y mesas de fruterías (que nunca se me olvidará la afrenta de cuando fui rey de gallos) sustentaba la chimenea de casa todo el año. Callo las pensiones que tenía sobre los haberes, viñas y huertos en todo aquello de alrededor. Con estas y otras cosas comencé á cobrar fama de travieso y agudo entre todos. Favorecíanme los caballeros, y apenas me dejaban servir á don Diego, á quien siempre tuve el respeto que era razón, por el mucho amor que me tenía.

CAPÍTULO VII.

DE LA IDA DE DON DIEGO Y NUEVAS DE LA MUERTE
DE MIS PADRES, Y LA RESOLUCION QUE TOMÉ EN
MIS COSAS PARA ADELANTE.

En este tiempo vino á don Diego una carta de su padre, en cuyo pliego venia otra de un tío mio llamado Alonso Ramplon, hombre allegado á toda virtud, y muy conocido en Segovia por lo que era allegado á la justicia, pues cuantas allí se habian hecho de cuatro años á esta parte, han pasado por

sus manos. Verdugo era si vá á decir la verdad, pero una águila en el oficio. Vérsese hacer daba gana de dejarse ahorcar. Este, pues, me escribió una carta á Alcalá, desde Segovia, en esta forma.

CARTA.

Hijo Pablos (que por el mucho amor que me tenia me llamaba así): las ocupaciones grandes de esta plaza, en que me tiene ocupado su magestad, no me han dado lugar á hacer esto; que si algo tiene malo el servir al rey es el trabajo, aunque se desquita con esta negra honrilla de ser sus criados. Pésame de daros nuevas de poco gusto. Vuestro padre murió ocho dias há con el mayor valor que ha muerto hombre en el mundo: digolo, como quien le guindó. Subió en el asno sin poner pié en el estribo: veniale el sayo baquero que parecia haberse hecho para él; y como tenia aquella presencia, nadie le veia con los cristos delante, que no le juzgase por ahorcado. Iba con gran desenfado mirando á las ventanas, y haciendo cortesias á los que dejaban sus oficios por mirarle: hizose dos veces los bigotes: mandaba descansar á los confesores, é ibales alabando lo que decian bueno. Llegó á la de palo, puso un pié en la escalera, no subió á gatas ni de espacio, y viendo un escalon hendido, volvióse á la justicia, y dijo que mandase aderezar aquel para otro, que no todos tenian su hígado. No sabré encarecer cuán bien pareció á todos. Sentóse arriba, y tiró las arrugas de la ropa atrás: tomó la sogá, y púsola en la nuez; y viendo que el teatino le queria predicar, vuelto á

él le dijo: Padre, yo lo doy por predicado, y vaya un poco de credo, acabemos presto, que no quería parecer prolijo: hizose así; encomendóme que le pusiese la caperuza de lado, y que le limpiase las babas; yo lo hice así; cayó sin encoger las piernas ni hacer gestos; quedó con una gravedad, que no había mas que pedir; hícele cuartos, y dile por sepultura los caminos. Dios sabe lo que á mi me pesa de verle en ellos, haciendo mesa franca á los grajos; pero yo entiendo que los pasteleros de esta tierra nos consolarán, acomodándole en los de á cuatro. De vuestra madre, aunque está viva ahora, casi os puedo decir lo mismo, que está presa en la inquisicion de Toledo, porque desenterraba los muertos, sin ser murmuradora. Dícese que daba paz cada noche á un cabron en el ojo que no tenía niña. Halláronla en su casa mas piernas, brazos y cabezas que en una capilla de milagros; y lo menos que hacia, sobrevirgos y contrahacer doncellas. Dicen que representaba en auto el dia de la Trinidad, con cuatrocientos de muerte: pésame que nos deshonra á todos, y á mi principalmente, que al fin soy ministro del rey, y me están mal estos parentescos. Hijo, aqui ha quedado no sé qué hacienda escondida de vuestros padres; será en todo hasta cuatrocientos ducados: vuestro tío soy, lo que tengo ha de ser para vos. Vista esta, os podreis venir aqui, que con lo que vos sabeis de latin y retórica, sereis singular en el arte de verdugo. Responedme luego, y entretanto Dios os guarde. Segovia, &c.

No puedo negar que sentí mucho la nueva afrenta; pero holguéme en parte (tanto pueden los vicios en los padres, que consuelan de sus des-



gracias, por grandes que sean, á los hijos). Fuíme corriendo á don Diego, que estaba leyendo la carta de su padre, en que le mandaba que se fuese y no me llevase en su compañía, movido de las travesuras mías, que habia oido decir. Dijome como se determinaba ir, y todo lo que le mandaba su padre: que á él le pesaba de dejarme, y á mí mas. Dijome que me acomodaria con otro caballero, amigo suyo, para que le sirviese. Yo en esto, riéndome, le dije: Señor, yo soy otro, y otros mis pensamientos: mas alto pico, y mas autoridad me importa tener; porque si hasta ahora tenia, como cada cual, mi piedra en el rollo, ahora tengo á mi padre. Declarele como habia muerto tan honradamente como el mas estirado: como le trincharon é hicieron moneda; y como me habia escrito mi señor tio el verdugo de esto, de la prisioncilla de mamá; que á él, como quien sabia quien yo soy, me pude descubrir sin vergüenza. Lastimóse mucho, y preguntóme qué pensaba hacer? Dile cuenta de mis determinaciones; y con esto al otro dia él se fué á Segovia harto triste, y yo me quedé en la casa disimulando mi desventura. Quemé la carta, porque perdiéndoseme acaso, no la leyese alguno, y comencé á disponer mi partida para Segovia, con intencion de cobrar mi hacienda y conocer mis parientes, para huir de ellos.



CAPITULO VIII.

DEL CAMINO DE ALCALA PARA SEGOVIA Y LO QUE ME
SUCEDIÓ EN EL HASTA REJAS DONDE DORMI AQUE-
LLA NOCHE.

Llegó el día de apartarme de la mejor vida que hallo haber pasado. Dios sabe lo que senti el dejar tantos amigos y apasionados que eran sin número, vendi lo poco que tenia de secreto para el camino, y con ayuda de unos embustes hice hasta seiscientos reales. Alquilé una mula y salime de la posada á donde no tenia que sacar mas de mi sombrero. ¿Quién contará las angustias del zapatero por lo fiado, las solicitudes del ama por el salario, las voces del huésped por el arrendamiento de la casa? Uno decia: siempre me lo dijo el corazon. Otro, bien me lo decian á mí que este era un gran embustero y trampista. Al fin yo sali tambien quisto del pueblo que dejé con mi ausencia á la mitad de él llorando y á la otra mitad riéndose de los que lloraban. Ibane entreteniendo por el camino considerando en estas, cuando pasado Torote encontré con un hombre en un macho de albarda, el cual iba hablando entre sí con muy gran priesa, y tan embebecido que aun estando á su lado no me veia, y saludéle y saludóme; preguntéle donde iba; despues que nos pagamos las respuestas comenzamos á tratar de si bajaba el turco y de las fuerzas del rey. Comenzó á decir de qué manera se podia ganar la Tierra Santa, y cómo se ganaria Argel; en los

cuales discursos eché de ver que era loco repúblico y de gobierno. Proseguimos en la conversacion propia de pícaros y venimos á dar de una cosa en otra en Flandes. Aquí fué ello: que empezó á suspirar y decir: mas me cuestan á mi esos estados que al rey, porque há catorce años que ando con un arbitrio, que si como es imposible no lo fuera, ya estuviera todo sosegado. ¿Qué cosa puede ser (le dije) que conviniendo tanto sea imposible y no se puede hacer? ¿Quién dice á vmd. (dijo luego) que no se puede hacer? Hacerse puede; que ser imposible es otra cosa: y sino fuera por dar pesadumbre á vmd. le contára lo que es: pero alla se verá que ahoralo pienso imprimir con otros trabajillos entre los cuales le doy al rey modo de ganar á Ostende por dos caminos. Roguéle que los dijese y sacándole de las faltriqueras, me mostró pintado el fuerte del enemigo y el nuestro y dijo: bien vé vmd. que la dificultad de todo está en este pedazo de mar, pues yo doy orden de chuparle todo con esponjas y quitarle de alli. Di yo con este desatino una gran risada y él mirándome á la cara me dijo: á nadie se lo he dicho que no haya hecho otro tanto, que á todos les dá gran contento. Eso tengo yo por cierto (le dije) de oir cosa tan nueva y tan bien fundada; pero advierta vmd. que ya que chupe el agua que hubiere entoncés, tornará luego la mar á echar mas. No hará la mar tal cosa que lo tengo yo eso por muy apurado (me respondió); fuera de que yo tengo pensada una invencion para hundir la mar por aquella parte doce estados. No le osé replicar de miedo que me dijese tenia arbitrio para tirar el cielo acá bajo: no ví en mi vida tan grande orate. Decíame que Juanelo no habia hecho nada; que él

trazaba ahora de subir toda el agua de Tajo á Toledo de otra manera mas facil, y sabido lo que era, dijo que por ensalmo ¡Mire vmd. quien tal oyó en el mundo! Y al cabo me dijo: y no lo pienso poner en ejecucion si primero el rey no me dá una encomienda que la puedo tener muy bien y tengo una ejecutoria muy honrada. Con estas pláticas y desconciertos llegamos á Torrejon, dondese quedó que venia á ver una parienta suya. Yo pasé adelante pereciéndome de risa de los arbitrios en que ocupaba el tiempo, cuando Dios y enhorabuena desde lejos ví una mula suelta y á un hombre á pie junto á ella, que mirando un libro hacia unas rayas que media con un compas. Daba vueltas y saltos á un lado y á otro, y de rato en rato poniendo un dedo encima de otro hacia mil cosas saltando. Yo confieso que entendí por gran rato (que me paré desde lejos á verlo) que era encantador y casi no me determinaba á pasar. Al fin me determiné y llegando cerca sintiome: cerró el libro y al poner el pie en el estribo resbalóse y cayó. Levantéle y díjome: no tomé bien el medio de proporcion para hacer la circunferencia al subir. Yo no entendí lo que dijo, y luego temí lo que era, porque mas desatinado hombre no ha nacido de las mugeres: preguntóme si iba á Madrid por línea recta ó si iba por camino circunflejo. Y yo, aunque no le entendí, le dije que circunflejo. Preguntóme cuya era la espada que llevaba al lado; respondíle que mia y mirándola dijo: esos gavilanes habian de ser mas largos para reparar los tajos que se forman sobre el centro de las estocadas, y empezó á meter una parola tan grande que me forzó á preguntarle qué materia profesaba. Díjome que él era diestro verdadero y que

lo haria bueno en cualquier parte. Yo movido á risa le dije: pues en verdad que por lo que yo vi haré un vmd. en el campo, que mas le tenia por encantador viendo los círculos. Eso (me dijo) era que se me ofreció una treta por el cuarto círculo con el compas mayor cautivando la espada para matar sin confesion al contrario, porque no diga quién lo hizo; y estaba poniéndolo en términos de matemática. ¿Es posible (le dije yo) que hay matemática en eso? Dijo, no solamente matemática mas teología, filosofía, música y medicina. Esa postrera no lo dudo, pues se trata de matar en esa arte. No os burleis (me dijo) que ahora aprendeis la limpiadera contra la espada haciendo los tajos mayores, que comprendan en sí las espirales de la espada. No entiendo cosa de cuantas me decis chica ni grande. Pues este libro las dice (me respondió), que se llamaba Grandezas de la espada; y es muy bueno y dice milagros. Y para que lo creais, en Rejas que dormiremos esta noche con dos asadores, me vereis hacer maravillas y no dudeis que cualquiera que leyere en este libro matará todos los que quisiere. O ese libro enseña á hacer pestes á los hombres, ó le compuso (dije yo) algun doctor. Cómo doctor? Bien lo entiende (me dijo): es un gran sábio, y aun estoy por decir mas. En estas pláticas llegamos á Rejas: apeámonos en una posada; y al apearnos me advirtió con grandes voces que hiciese un ángulo obtuso con las piernas, y que reduciéndolas á líneas paralelas, me pusiese perpendicular en el suelo. El huésped me vió reir, y se rió. Preguntóme si era indio aquel caballero que hablaba de aquella suerte. Pensé con esto perder el juicio. Llegóse luego al huésped, y dijo: señor, demó

vmd. dos asadores para dos, ó tres ángulos, al momento se los volveré. Jesus! (dijo el huésped) deme acá los ángulos, que mi muger los asará: aunque aves son que no las he oido nombrar. Que no son aves (dijo volviéndose á mi): ¡mire vmd. lo que es no saber! Deme los asadores, que no los quiero sino para esgrimir, que quizá le valdrá mas lo que me viere hacer hoy que todo lo que ha ganado en su vida. En fin los asadores estaban ocupados, y hubimos de tomar dos cucharones. No se ha visto cosa tan digna de risa en el mundo. Daba un salto, y decia: con este compas alcanzo mas, y gano los grados del perfil: ahora me aprovecho del movimiento remiso para matar al natural: esta habia de ser cuchillada, y este tajo. No llegaba á mi desde una legua, y andaba alrededor con el cucharon; y como yo no estaba quedo, parecian tretas contra olla que se sale estando al fuego. Dijome: al fin esto es lo bueno, y no las borracheras que enseñan estos bellacos maestros de esgrima, que no saben sino beber. No lo habia acabado de decir, cuando de un aposento salió un mulatazo, mostrando las presas, con sombrero engerto en guardasol, y un colete de ante bajo de una ropilla suelta, y llena de cintas, zambo de piernas á lo aguila imperial: la cara con un persignum crucis de inimicis suis: la barba de ganchos, con unos bigotes de guardamano, y una daga con mas rejas que un locutorio de monjas; y mirando al suelo, dijo: yo soy examinado, y traigo la carta; y por el sol que calienta los panes, que haga pedazos á quien tratáre mal á tanto buen hijo como profesa la destreza. Yo que ví la ocasion, metíme en medio, y dije, que no hablaba con él, y

que así no tenia de qué picarse. Meta mano á la blanca, si la trae, y apuremos cuál es verdadera destreza, y déjese de cucharones. El pobre de mi compañero abrió el libro, y dijo en altas voces: este libro lo dice, y está impreso con licencia del rey; y yo sustentaré que es verdad lo que dice, con el cucharon, y sin el cucharon, aqui, y en otra parte; y si no, midámoslo: y sacó el compas, y comenzó á decir: este ángulo es obtuso. Y entonces el maestro sacó la daga, y dijo: yo no sé quién es ángulo, ni obtuso, ni en mi vida oí decir tales nombres; pero con esta en la mano le haré pedazos. Acometió al pobre diablo, el cual empezó á huir, dando saltos por la casa, diciendo: no me puede herir, que le he ganado los grados del perfil. Metímoslos en paz el huésped, y yo, y otra gente que habia, aunque de risa no me podia mover. Metieron al buen hombre en su aposento, y á mí con él: cenamos, y acostámonos todos los de la casa, y á las dos de la mañana levántase en camisa, y empieza á andar á escuras por el aposento, dando saltos, y diciendo en lengua matemática mil disparates. Despertóme á mi; y no contento con esto bajó al huésped para que le diese luz, diciendo que habia hallado objeto fijo á la estocada sagita por la cuerda. El huésped se daba á los diablos de que lo despertase; y tanto lo molestó, que le llamó loco, y con esto se subió, y me dijo, que si me queria levantar, veria la treta tan famosa que habia hallado contra el turco, y sus alfanges; y decia que luego se la queria ir á enseñar al rey, por ser en favor de los católicos. En esto amaneció, vestímonos todos, y pagamos la posada. Hiciéronlos amigos á él, y al maestro de armas, el cual se apartó dicién-

do, que lo que alegaba mi compañero era bueno; pero que hacia mas locos que diestros, porque los mas, por lo menos, no lo entendian.

CAPÍTULO IX.

DE LO QUE ME SUCEDIÓ HASTA LLEGAR Á MADRID CON UN POETA.

Yo tomé mi camino para Madrid, y él se despidió de mi, por ir diferente jornada. Ya que estaba apartado, volvió con gran priesa, y llamándome á voces, estando en el campo, donde no nos oia nadie, me dijo al oido: por vida de vmd. que no diga nada de todos los altísimos secretos que le he comunicado en materia de destreza, y guárdelo para sí, pues tiene buen entendimiento. Yo lo prometí de hacerlo: tornóse á partir de mí, y yo empecé á reirme del secreto tan gracioso. Con esto caminé mas de una legua, que no topé persona. Iba yo pensando entre mí en las muchas dificultades que tenia para profesar honra, y virtud, pues habia menester tapar primero la poca de mis padres, y luego tener tanta, que me desconociesen por ella. Y parecíanme á mi estos pensamientos tan honrados, que yo me los agradecía á mí mismo. Decia á solas: mas se me ha de agradecer á mí, que no he tenido de quien aprender virtud, que al que la hereda de sus abuelos. En estas razones, y discursos iba, cuando topé un clérigo muy viejo en una mula, que iba camino de Madrid. Trabamos plática, y luego me preguntó que de adonde venia. Yo le dije que de Al-

calá. Maldiga Dios (dijo él) tan mala gente, pues faltaba entre tantos un hombre de discurso. Preguntéle que cómo, ó por qué se podia decir tal del lugar donde asistian tantos varones doctos; y él muy enojado dijo: doctos? Yo le diré á vmd. que tan doctos; que habiendo catorce años que hago yo en Majalahonda (donde he sido sacristan) las chanzonetas al Corpus, y al nacimiento, no me premiraron en el cartel unos cantaricos, que porque vea vmd. la sinrazon que me hicieron, se los he de leer: y comenzó de esta manera:

¡Pastores, no es lindo chiste,
 Que es hoy el señor san Corpus Christie?
 Y es el dia de las danzas,
 En que el cordero sin mancilla
 Tanto se humilla,
 Que visita nuestras panzas,
 Y entre estas bienaventuranzas
 Entra en el humano buche.
 Suene el lindo Sacabuche,
 Pues en nuestro bien consiste.
 ¡Pastores, no es lindo chiste, etc.?

¿Qué pudiera decir mas (me dijo) el mismo inventor de los chistes? Mire qué misterios encierra aquella palabra, pastores: mas me costó de un mes de estudio. Yo no pude con esto tener la risa, que á borbollones se me salia por los ojos, y narices; y dando una gran carcajada, dije; cosa admirable! pero solo reparo en que llama vmd. Señor san Corpus Christi, y Corpus Christi no es santo, sino el dia de la institucion del santísimo sacramento. ¡Qué lindo eseso! (me respondió, haciendo burla) yo le daré en el Calendario, y está canoniza-

do, y apostaré á ello la cabeza. No pude porfiar, perdido de risa de ver la suma ignorancia; antes le dije que eran dignas de cualquiera premio, y que no habia leido cosa tan graciosa en mi vida. No? dijo al mismo punto; pues oiga vmd. un pedacito de un librillo que tengo hecho á las once mil Virgenes, adonde á cada una he compuesto cincuenta octavas, cosa rica. Yo, por escusarme de oir tanto millon de octavas, le supliqué no me dijese cosa á lo divino; y así me comenzó á recitar una comedia, que tenia mas jornadas que el camino de Jerusalem. Decíame: hícela en dos dias, y este es el borrador; y sería hasta cinco manos de papel. El titulo era: El arca de Noe. Hacíase toda entre gallos, ratones, jumentos, raposas, y jabalies, como fábulas de Hisopo. Yo solo alabé la traza, y la invencion; á lo cual me respondió: ello cosa mia es, pero no se ha hecho otra tal en el mundo; y la novedad es mas que todo: y si yo salgo con hacerla representar, será cosa famosa. ¿Cómo se podrá representar (le dije yo) si han de entrar los mismos animales, y ellos no hablan? Esa es la dificultad; que á no haber esa, ¿habia cosa mas alta? Pero yo tengo pensado hacerla toda de papagayos, tordos, y picazas, que hablan, y meter para el entremes monas. Por cierto alta cosa es esa. Otras mas altas he hecho yo (dijo) por una muger, á quien amo; y vé aquí novecientos y un soneto, y doce redondillas (que parece que contaba escudos por maravedis) hechos á las piernas de mi dama. Yo le dije que si se las habia visto él, y respondiome que no habia hecho tal por las órdenes que tenia; pero que iban en profecía los conceptos. Yo confieso la verdad, que aunque me holgaba de oirle, tuve miedo á tantos ver-

sos malos; y así comencé á echar la plática á otras cosas. Decíale que veía liebres; y respondía él: pues empezaré por uno, donde los comparo á ese animal; y empezaba luego. Yo, por divertirle, le decía: ¿Ve vmd. aquella estrella que se vé de día? A lo cual dijo: en acabando este le diré el soneto treinta, en que la llamo estrella, que no parece sino que sabe los intentos de ellos. Alligime tanto con ver que no se podia nombrar cosa á que él no hubiese hecho algun disparate, que cuando vi que llegamos á Madrid, no cabia de contento, entendiendo que de vergüenza callaria; pero fué al revés, que por mostrar lo que era, alzó la voz entrando por la calle. Yo le supliqué que lo dejase, poniéndole por delante, que si los niños oían poeta, no quedaria troncho que no viniese por sus pies tras nosotros, por estar declarados por locos en una pragmática que habia salido contra ellos, de uno que lo fué, y se recogió á buen vivir. Pidióme muy congojado que la leyese, si la tenia. Prometí de hacerlo en la posada: fuime á una, adonde él se acostumbra apear, y hallamos á la puerta mas de doce ciegos: unos le conocieron por el olor, y otros por la voz. Diéronle una barbanca de bienvenido: abrazólos á todos; y luego comenzaron unos á pedirle oracion para el Justo juez en verso grave, y sentencioso, tal, que provocase á gestos: otros pidieron de las ánimas, y por aqui discurrieron, recibiendo ocho reales de señal de cada uno. Despidiólos, y díjome: mas me han de valer de trescientos reales los ciegos; y así con licencia de vmd. me recogeré ahora un poco para hacer alguna de ellas, y en acabando de comer oirémos la pragmática. ¡Oh vida miserable! pues ninguna lo es mas

que la de los locos, que ganan de comer con los que lo son!

CAPÍTULO X.

DE LO QUE HICE EN MADRID, Y LO QUE ME SUCEDIÓ
HASTA LLEGAR Á CERECEDILLA, DONDE DORMÍ.

Recogióse un rato á estudiar heregías, y necesidades para los ciegos. Entretanto se hizo hora de comer; comimos, y luego pidieron se leyese la pragmática. Yo, por no haber otro que hacer, la saqué, y la lei: la cual pongo aquí, por haberme parecido águda, y conveniente á lo que se quiso reprehender en ella. Decia de este tenor:

PRAGMATICA CONTRA LOS POETAS HUEROS, CHIRLES, Y
EBENES.

Dióle al sacristan la mayor risa del mundo, y dijo: hablára yo para mañana. Por Dios que entendí que hablaba conmigo, y es solo contra los poetas ebenes. Cayóme á mi muy en gracia oírle decir esto, como si él fuera muy albillo, ó moscatel. Dejé el prólogo, y comencé el primer capítulo, que decia:

Atendiendo á que este género de sabandijas, que llaman poetas, son nuestros prójimos, y cristianos (aunque malos), viendo que todo el año adoran cejas, dientes, listones, y zapatillas, haciendo otros pecados mas enormes; mandamos, que la semana santa recojan á todos los poetas públicos, y cantoneros, como á las malas mugeres, y que los

desengañen del yerro en que andan, y procuren convertirlos: y para ello señalamos casas de arrepentidos.

Iten, advirtiendo los grandes bochornos que hay en las caniculares, y nunca anohecidas coplas de los poetas de sol, como pasas á fuerza de los soles, y estrellas, que gastan en hacerlas; les ponemos perpétuo silencio en las cosas del cielo, señalando meses vedados á las Musas, como á la caza, y pesca, porque no se agoten con la priesa que les dan.

Iten, habiendo considerado que esta secta infernal de hombres, condenados á perpétuo concepto, despedazadores de vocablos, y volteadores de razones, ha pegado el dicho achaque de poesía á las mugeres; declaramos que nos tenemos por desquitados con este mal que las hemos hecho del que nos hicieron al principio del mundo. Y porque aquel está pobre, y necesitado, mandamos quemar las coplas de los poetas, como franjas viejas, para sacar el oro, plata, y perlas, pues en los mas versos hacen á sus damas de todos metales. Aquí no lo pudo sufrir el sacristan, y levantándose en pie, dijo: mas no, sino quitarnos las haciendas: no pasé vmd. adelante, que de eso pienso apelar, y no con las mil y quinientas, sino á mi juez, por no causar perjuicio á mi hábito, y dignidad; y en prosecucion de ella gastaré lo que tengo. Bueno es que siendo yo eclesiástico, hubiese de padecer este agravio. Yo probaré que las coplas de poeta clérigo no están sujetas á tal pragmática: y luego quiero irlo á averiguar ante la justicia. En parte me dió gana de reir; pero por no detenerme (que se me hacia tarde) le dije: señor, esta pragmática es he-

cha por gracia; que no tiene fuerza, ni apremia, por estar falta de autoridad. Oh pecador de mí! (dijo muy alborotado) avisára vmd. que me hubiera ahorrado la mayor pesadumbre del mundo. ¿Sabe vmd. qué cosa es hallarse un hombre con ochocientas mil coplas de contado, y oír eso? Prosigá vmd. y Dios se lo perdone el susto que me ha dado. Proseguí, diciendo:

Item, advirtiéndome que despues que dejaron de ser moros (aunque todavía conservan algunas reliquias) se han metido á pastores, por lo qual andan los ganados flacos de beber sus lágrimas, y chamuscados con sus ánimas encendidas, y tan embebecidos en su música, que no pacen: mandamos que dejen el tal oficio, señalando ermitas á los amigos de la soledad; y á los demas (por ser oficio alegre, y de pullas) que se acomoden en mozos de mulas. Algun puto, cornudo, bujarron judío, ordenó tal cosa; y si supiera quién era, yo le hiciera una sátira que le pesára á él, y á todos cuantos la vieran. ¡Miren qué bien le estaria á un hombre lampiño, como yo, la ermita! ¿Y un hombre vinageroso, y sacristan ha de ser mozo de mulas? Ea, señor, que son grandes pesadumbres esas. Ya le he dicho á vmd. (repliqué yo) que son bur-las, y que las oiga como tales. Proseguí, diciendo:

Item, por estorbar los grandes hurtos, mandamos que no se pasen coplas de Aragon á Castilla, ni de Italia á España, só pena de andar bien vestido el poeta que tal hiciese, y si reincide, de andar limpio una hora. Esto le cayó muy en gracia, porque traía él una sotana con canas de puro vieja, y con tantas cazcarrias, qua para enterrarse no era menester mas de estregársela encima. el

manteo podíase con él estercolar dos heredades; y así, medio riéndome, le dije que mandaba también poner entre los desesperados que se ahorcan y despeñan: y que como á tales no las enterrasen en sagrado á las mugeres que se enamorasen de poeta á secas. Y que advirtiendo á la gran cosecha de redondillas, canciones, y sonetos que habia habido estos años fértiles, mandamos que los legajos, que por sus deméritos escapasen de las especerías, fuesen á las necesarias, sin apelacion. Y por acabar, llegué al postrer capítulo, que decia así: Pero advirtiendo con ojos de piedad que hay tres géneros de gentes en la república, tan sumamente miserables, que no pueden vivir sin tales poetas, como son farsantes, ciegos y sacristanes; mandamos que pueda haber algunos oficiales de este arte, con tal que tengan carta de exámen de los caciques de los poetas que fueren en aquellas partes, limitando á los poetas de farsantes, que no acaben los entremeses con palos, ni diablos, ni las comedias en casamientos; y á los ciegos, que no sucedan los casos en Tetuan, desterrándoles estos vocablos, *hermanal*, y *pundonores*. Y mandámosles que para decir *la presente obra*, no digan *zozobra*. Y á los sacristanes, que no hagan los villancicos con Gil, ni Pascual: que no jueguen de vocablo, ni hagan los pensamientos de tornillo, que mudándoles el nombre, se vuelven á cada fiesta; y finalmente mandamos á todos los poetas en comun, que se descarten de Júpiter, Venus, Apolo, y otros dioses, só pena que los tendrán por abogados en la hora de la muerte.

A todos los que oyeron la pragmática pareció cuanto bien se puede decir, y todos me pidieron

traslado de ella : solo el sacristanejo comenzó á jurar por vida de las visperas solemnes , intróitos, y kyries, que era sátira contra él , por lo que decía de los ciegos ; y que él sabia mejor lo que habia de hacer que nadie ; y últimamente dijo : hombre soy yo que he estado en una posada con Liñan, y he comido mas de dos veces con Espinel ; y que habia estado en Madrid tan cerca de Lope de Vega como lo estaba de mí ; y que habia visto á don Alonso de Ercilla mil veces ; y que tenia en su casa un retrato del divino Figueroa ; y que habia comprado los gregüescos que dejó Padilla cuando se metió fraile , y que hoy dia los traia , y malos. Enseñólos , y dióles esto á todos tanta risa , que no querian salir de la posada. Al fin ya eran las dos , y como era forzoso el caminar , salimos de Madrid. Yo me despedí de él , aunque me pesaba , y comencé á caminar para el Puerto. Quiso Dios que porque no fuese pensando en mal , me topé con un soldado : luego trabamos plática , y preguntóme que si venia de la corte. Dije que de paso habia estado en ella. No está para mas (dijo luego) , que es pueblo para gente ruin : mas quiero, voto á Cristo , estar en un sitio la nieve á la cinta hecho un reloj , comiendo madera , que sufrir las supercherias que se hacen á un hombre de bien. A esto le dije yo que advirtiese que en la corte habia de todo , y que estimaban mucho á cualquier hombre de suerte. Qué estimar! (dijo muy enojado) si he estado yo seis meses pretendiendo una bandera , trás veinte años de servicio , y haber perdido mi sangre en servicio del rey , como lo dicen estas heridas. Y enseñóme una cuchillada de á palmo en las ingles , que asi era de incordio como el sol

es claro : luego en los calcañares me enseñó otras dos señales, y dijo que eran balas; y yo saqué, por otras dos mias que tengo, que habian sido sabañones. Quitóse el sombrero, y mostróme el rostro: calzaba diez y seis puntos de cara; que tantos tenia en una cuchillada que le partia las narices. Tenia otros tres chirlos, que se la volvian mapa á puras lineas. Estas (me dijo) me dieron en Paris en servicio de Dios, y del rey, por quien veo trinchado mi gesto, y no he recibido sino buenas palabras, que ahora tienen lugar de malas obras. Lea estos papeles, por vida del licenciado, que no ha salido en campaña, voto á Cristo, hombre, vive Dios, tan señalado; y decia verdad, porque lo estaba á puros golpes. Comenzó á sacar cañones de hoja de lata, y á enseñarme papeles, que debian de ser de otro, á quien habia tomado el nombre. Yo los lei, y dije mil cosas en su alabanza; y que el Cid, ni Bernardo no habian hecho lo que él. Saltó en esto, y dijo: ¿cómo lo que yo? Voto á Dios que ni Garcia de Paredes, Julian Romero, ni otros hombres de bien. ¡Pese al diablo! sí que entonces sí que no habia artillería. Voto á Dios que no hubiera Bernardo para una hora en este tiempo. Pregunte vmd. en Flandes por la hazaña del Mellado, y verá lo que le dicen. ¿Es vmd. acaso? le dije yo; y él me respondió: ¿pues qué otro? ¿No vé la mella que tengo en los dientes? No tratemos de esto, que parece mal alabarse el hombre. Yendo en estas razones, topamos en un borrico un ermitaño con una barba tan larga, que hacia lodos con ella, macilento, y vestido de paño pardo. Saludámosle con el Deo gracias acostumbrado, y empezó á alabar los trigos, y en ellos la misericordia del señor. Saltó el soldado, y dijo:

¡Ah padre! mas espesas he visto yo las picas sobre mi; y voto á Cristo que hice en el saco de Amberes lo que pude; sí, juro á Dios. El ermitaño le reprehendia que no jurase tanto. El soldado le respondió: bien se echa de ver, padre, que no ha sido soldado, pues me reprehende mi propio oficio. Dióme á mi gran risa de ver en lo que ponía la soldadesca; y eché de ver era algun picaron, porque entre ellos no hay costumbre tan aborrecida de los de importancia, y estima, cuando no de todos. Llegamos á la falda del puerto: el ermitaño, rezando el rosario en una carga de leña, hecha bolas de madera, que á cada Ave Maria sonaba un cabe; y el soldado iba comparando las peñas á los castillos que habia visto, y mirando cuál lugar era fuerte; y á dónde se habia de plantar la artilleria. Yo los iba mirando; y tanto temia el rosario del ermitaño con las cuentas frisonas, como las mentiras del soldado. ¡Oh cómo volaria yo con pólvora gran parte de este puerto, decia, y hiciera buena obra á los caminantes! En estas, y otras conversaciones llegamos á Cerecedilla: entramos en la posada todos tres juntos ya anochecido: mandamos aderezar la cena: era viernes, y entretanto el ermitaño dijo: entretengámonos un rato, que la ociosidad es madre de los vicios: juguemos Ave Marias, y dejó caer de la manga el descuadernado. Dióme á mi gran risa ver aquello, considerando en las cuentas. El soldado dijo: no, sino juguemos hasta cien reales, que yo traigo, en amistad. Yo codicioso, dije que jugaria otros tantos: y el ermitaño, por no hacer mal servicio, aceptó, y dijo que allí llevaba el aceite de la lámpara, y que eran hasta doscientos reales. Yo confieso que pensé ser

su lechuza, y bebérselo; pero así le sucedan todos sus intentos al turco. Fué el juego al parar; y lo bueno fué, que dijo que no sabia el juego, y hizo que se le enseñásemos. Dejónos el bienaventurado hacer dos manos, y luego nos la dió tal, que nos dejó blancos en la mesa. Heredónos en vida: retiróla el ladron con las ancas de la mano, que era lástima: perdía una sencilla, y acertaba doce maliciosas. El soldado echaba á cada suerte doce votos, y otros tantos pésias, aforrados en porvidas. Yo me comí las uñas, mientras el fraile ocupaba las suyas en mi moneda: no dejaba santo que no llamaba. Acabó de pelarnos: quisímosle jugar sobre prendas; y él (tras haberme ganado á mi seiscientos reales, que era lo que llevaba, y al soldado los ciento) dijo que aquello era entretenimiento que éramos projimos, y que no habia de tratar de otra cosa. No juren (decia), que á mi porque me encomendaba á Dios me ha sucedido bien: y como nosotros no sabiamos la habilidad que tenia de los dedos á la muñeca, creímoslo; y el soldado juró de no jugar mas, y yo de la misma suerte. Pesia tall decia el pobre alférez (que él me dijo entonces que lo era), entre luteranos, y moros me he visto, pero no he padecido tal despojo; él se reía á todo esto. Tornó á sacar el rosario para rezar: y yo, que no tenia ya blanca, pedile que me diese de cenar, y que pagase hasta Segovia la posada por los dos que íbamos in puribus. Prometió hacerlo, y metióse sesenta huevos. ¡No ví tal en mi vida! Dijo que se iba á acostar: dormimos todos en una sala, con otra gente que estaba allí, porque los aposentos, estaban tomados para otros. Yo me acosté con harta tristeza, y el soldado llamó al huésped, y le en-

comendó sus papeles, con las cajas de lata que los traían, y un envoltorio de camisas jubiladas. Acostámonos: el padre se persignó, y nosotros nos santiguámos de él: durmió, y yo estuve desvelado, trazando cómo quitarle el dinero. El soldado hablaba entre sueños de los cien reales, como si no estuvieran sin remedio. Hizose hora de levantar, pidió luz muy apriesa, trajéronla, y el huésped el envoltorio al soldado, y olvidáronsele los papeles. El pobre alferez hundía la casa á gritos, pidiendo que le diesen sus servicios. El huésped se turbó; y como todos decíamos que se los diese, fué corriendo, y trajo tres bacines, diciendo: he ahí para cada uno el suyo. ¿Quiéren mas servicios? entendiendo que nos habia dado cámaras. Aquí fué ello, que se levantó el soldado con la espada tras el huésped en camisa, gritando que le habia de matar, porque hacia burla de él, que se habia hallado en la Naval, san Quintin, y otras, trayéndole servicios en lugar de los papeles que le habia dado. Todos salimos tras él á tenerle, y aun no podíamos. Decia el huésped: señor, su merced pidió servicios: yo no estoy obligado á saber, que en lengua soldadesca se llaman asi los papeles de las hazañas. Apaciguámoslos, y tornamos al aposento. El ermitaño receloso se quedó en la cama, diciendo, que le habia hecho mal el susto. Pagó por nosotros, y salimos del pueblo para el puerto, enfadados del término del ermitaño, y de ver que no le habíamos podido quitar el dinero. Topamos con un ginovés, (digo de estos Ante-Cristos de las monedas de España) que subia el puerto con un page detrás, y él con su guardasol, muy á lo dineroso. Trabamos conversacion con él, y todo lo llevaba á materia de

maravedis, que es gente que naturalmente nació para bolsas. Comenzó á nombrar á Visanzon, y si era bien dar dinero, ó no á Visanzon: tanto que el soldado, y yo le preguntamos que quién era aquel caballero; á lo cual respondió riéndose: es un pueblo de Italia, donde se juntan los hombres de negocios, que acá llamamos fulleros de pluma, á poner los precios por donde se gobierna la moneda; de lo cual sacamos, que en Visanzon se llevaba el compás á los músicos de uña. Entretúvonos el camino, contando que estaba perdido, porque habia quebrado un cambio, que le tenia mas de sesenta mil escudos, y todo lo juraba por su conciencia, (aunque yo pienso que conciencia en mercaderes es como virgo en cotorrera, que se vende sin haberse). Nadie tiene conciencia de todos los de este trato, porque como oyen decir que muerde por muy poco, han dado en dejarla con el ombligo en naciendo. En estas pláticas vimos los muros de Segovia, y á mí se me alegraron los ojos, á pesar de la memoria, que con los sucesos de Cabra me contradecia el contento. Llegué al pueblo, y á la entrada ví á mi padre en el camino aguardando. Enternecime, y entré algo desconocido de como salí, con punta de barbas, y bien vestido. Dejé la compañía, y considerando en quien conociera á mi tío (fuera del rollo) mejor en el pueblo, no hallé nadie de quien echar mano. Lleguéme á mucha gente á preguntar por Alonso Ramplon, y nadie me daba razon, diciendo que no le conocian. Holguéme mucho de ver tantos hombres de bien en mi pueblo, cuando estando en esto oí al precursor de la penca hacer de garganta, y á mi tío de las suyas. Venia una procesion de desnudos, todos descaperuzados

delante de mi tío; y él, muy haciéndose de pencas con una en la mano; tocando un pasacalles públicas en las costillas de cinco laudes, sino que llevaban sogas por cuerdas. Yo, que estaba mirando esto con un hombre (á quien habia dicho, preguntando por él, que era un grande caballero yo), veo á mi buen tío; y echando en mí los ojos (por pasar cerca), arremetió á abrazarme, llamandome sobrino. Pensé morirme de vergüenza, y no volví á despedirme de aquel con quien estaba. Fuíme con él, y díjome: aqui te podrás ir, mientras cumpla con esta gente, que ya vamos de vuelta, y hoy comerás conmigo. Yo, que me vi á caballo, y que en aquella sarta parecería punto menos que azotado, dije que le aguardaria allí: y así me aparté tan avergonzado, que á no depender de él la cobranza de mi hacienda, no le hablára mas en mi vida, ni pareciera entre gentes. Acabó de repasarles las espaldas: volvió, y llevóme á su casa, donde me apeé, y comimos.

CAPITULO XI.

DEL HOSPEDAGE DE MI TIO, Y VISITAS, Y LA COBRANZA DE MI HACIENDA, Y VUELTA A LA CÔRTE.

Tenia mi buen tío su alojamiento junto al matadero, en casa de un aguador: entramos en ella, y díjome: no es alcázar la posada: pero yo os prometo, sobrino, que es á propósito para dar espediente á mis negocios. Subimos por una escalera,

que solo aguardé á ver lo que me sucedía en lo alto, para si se diferenciaba en algo de la de la horca. Entramos en un aposento tan bajo, que andábamos por él, como quien recibe bendiciones, con las cabezas bajas. Colgó la penca en un clavo que estaba con otros, de que colgaba cordeles, lazos, cuchillos, escarpas, y otras herramientas del oficio. Dijome que por qué no me quitaba el manteo, y me sentaba; y yo le respondi que no lo tenia de costumbre. ¡Dios sabe cual estaba de ver la infamia de mi tio! Dijome que habia tenido ventura en topar con él en tan buena ocasion, porque comeria bien, y tenia convidados unos amigos. En esto entró por la puerta, con una ropa hasta los pies morada, uno de los que piden para las animas, y haciendo son con la cajeta, dijo: tanto me han valido á mi las animas hoy como á ti los azotados: encaja. Hiciéronse la mamona el uno al otro, arremangóse el desalmado animero el sayazo, y quedó con unas piernas zambas en gregüescos de lienzo, y empezó á bailar, y decir que si habia venido Clemente. Dijo mi tio que no; cuando Dios, y en hora buena, envuelto en un capucho con unos zuecos, entró un chirimia de la bellota; digo un porquero: conocilo por el (hablando con perdon) cuerno que traia en la mano; y para andar al uso solo erró en no traerle encima de la cabeza. Saludónos á su manera, y tras él entró un mulato zurdo, y vizco, un sombrero con mas falda que un monte, y mas copa que un nogal, la espada con mas gavilanes que la caza del rey, y un coletto de ante. Traia la carade punto, porque á puros chirilas la tenia toda hilbanada. Entró, y sentóse, saludando á los de casa, y á mi tio le dijo: á fé, Alon-

so, que lo han pagado bien el Romo, y el Garroso. Saltó el de las animas, y dijo: cuatro ducados di yo á Flechilla, verdugo de Ocaña, porque aguijase el borrico, y no llevase la penca de tres suelas cuando me palmearon el embés. Vive Dios (dijo el Corchete) que se lo pagué yo sobrado á Lobrezno en Murcia, porque iba el borrico que remedaba el paso de la tortuga, y el bellacon me los asentó de tal manera, que no se levantaron sin ronchas. Y el porquero concomiéndose dijo: aun están con virgo mis espaldas. A cada puercito le viene su San Martín (dijo el demandador). Alabarme puedo yo (dijo mi buen tío) entre cuantos manejan la zurriaga, que al que se me encomienda hago lo que debo: sesenta me dieron los de hoy, y llevaron unos azotes de amigo con penca sencilla. Yo, que vi cuán honrada gente era la que hablaba con mi tío, confieso que me puse colorado, de suerte que no pude disimular la vergüenza: echómelo de ver el corchete, y dijo: ¿es el padre el que padeció el otro día, á quien se dieron ciertos empujones en el embés? Yo dije que no era hombre que padecía como ellos. En esto se levantó mi tío, y dijo: es mi sobrino, maeso en Alcalá; gran supuesto. Pidiéronme perdon, y ofreciéronme toda su caricia. Yo rabiaba ya por comer, y cobrar mi hacienda, y huir de mi tío. Pusieron las mesas, y por una soguilla en un sombrero, como suben la limosna los de la cárcel, subieron la comida de un bodegon, que estaba á las espaldas de la casa, en unos mendrugos de platos, y retagillos de cántaros y tinajas. No podrá nadie encarecer mi sentimiento, y afrenta. Sentáronse á comer, en cabeceira el demandador, y los demas sin orden. No

quiero decir lo que comimos, solo que eran todas cosas para beber. Sorbióse el corchete tres de puro tinto. Viéndome á mi el porquero, me las cogia al vuelo, y hacia mas razones que deciamos todos. No habia memoria de agua, y menos voluntad de ella. Parecieron en la mesa cinco pasteles de á cuatro; y tomando un hisopo, despues de haber quitado las ojaldres, dijeron un responso todos, con su *requiem æternam*, por el ánima del difunto cuyas eran aquellas carnes. Dijo mi tío: ya os acordais, sobrino, lo que os escribí de vuestro padre. Vinoseme á la memoria: ellos comieron; pero yo pasé con los suelossolos, y quedéme con la costumbre: y asi siempre que cómo pasteles rezo una Ave María por el que Dios haya. Menudeóse sobre dos jarros, y era de suerte lo que bebieron el corchete y el delas ánimas, que se pusieron las suyas tales, que trayendo un plato de salchichas, que parecian dedos de negro, dijo uno que para qué traian pebetes guisados. Ya mi tío estaba tal, que alargando la mano, y asiendo una, dijo (con la voz algo áspera, y ronca, el un ojo medio acostado, y el otro nadando en mosto): sobrino por este pan de Dios, que crió á su imágen, y semejanza, que no he comido en mi vida mejor carne tinta. Yo, que ví al corchete, que alargando la mano tomó el salero, y dijo: caliente está este caldo; y que el porquero se llevó el puño de sal, diciendo: bueno es el anisillo para beber, y se lo echó todo en la boca; comencé á reirme por una parte, y rabiarse por otra. Trajeron caldo, y el de las ánimas tomó con entrambas manos una escudilla, diciendo: Dios bendijo la limpieza; y por subírsela á la boca se la puso en el carrillo, y volcándola se asó

con el caldo , y se puso todo de arriba abajo que era vergüenza. El , que se vió asi , fuese á levantar ; y como pesaba algo la cabeza , firmó sobre la mesa , que era de estas movedizas ; trastornóla , y manchó á los demas. Tras esto decia que el porquero le habia empujado. El porquero , que vió que el otro se le caia encima , levantóse , y alzando el instrumento de hueso , le dió con él una trompetada : asiéronse á puñadas , y estando juntos los dos , y teniéndole el demandador mordido de un carrillo , con los vuelcos y alteracion , el porquero vomitó cuanto habia comido , en las barbas del de la demanda. Mi tio , que estaba mas en juicio , decia , que quién habia traído á su casa tantos clérigos. Yo , que vi que ya en suma multiplicaban , metí en paz la brega , desasi á los dos , y levanté al corchete del suelo , el cual estaba llorando con gran tristeza. Eché á mi tio en la cama , el cual hizo cortesía á un velador de palo que tenia , pensando que era convidado. Quité el cuerno al porquero , al cual , ya que dormian los otros , no habia hacerle callar , diciendo que le diesen su cuerno , porque no habia habido jamás quien supiese mas tonadas , y que él queria tañer con el órgano. Al fin , yo no me aparté de ellos hasta que ví que dormian. Salime de casa , entretúveme en ver mi tierra toda la tarde , pasé por la casa de Cabra , tuve nueva de que era muerto , y no cuidé de preguntar de qué , sabiendo que hay hambre en el mundo. Torné á casa á la noche , habiendo pasado cuatro horas , y hallé al uno despierto , y que andaba á gatas por el aposento buscando la puerta , y diciendo que se les habia perdido la casa. Levantéle , y dejé dormir á los demas hasta las on-

ce de la noche que despertaron; y esperezándose, preguntó uno qué hora era. Respondió el porquero (que aun no la habia desollado), que no era nada, sino la siesta, y que hacia grandes bochornos. El demandador como pudo dijo que le diese la capilla. Mucho han holgado las ánimas para tener á su cargo mi sustento; y fuese, en lugar de ir á la puerta, á la ventana, y como vió estrellas, comenzó á llamar á los otros con grandes voces, diciendo que el cielo estaba estrellado á medio dia, y que habia un grande eclipse. Santiguáronse todos, y besaron la tierra. Yo, que vi la bellaqueria del demandador, escandalicéme mucho, y propuse de guardarme de semejantes hombres. Con estas infamias y vilezas, que veia yo, ya me crecia por puntos el deseo de verme entre gente principal y caballeros. Despachélos á todos, uno por uno, lo mejor que pude, y acosté á mi tio, que aunque no tenia zorra, tenia raposa, y yo acomodéme sobre mis vestidos, y algunas ropas de los que Dios tenga, que estaban por allí. Pasamos de esta mancia la noche, y á la mañana traté con mi tio de reconocer mi hacienda y cobrarla de presto, diciendo que estaba molido, y que no sabia de qué. Echó una pierna, levantóse, tratamos largo de mis cosas, y tuve harto trabajo por ser hombre tan borracho y rústico. Al fin lo reduje á que me diese noticia de mi hacienda (aunque no de toda), y así me la dió de unos trescientos ducados, que mi buen padre habia ganado por sus puños, y dejáolos en confianza de una buena muger, á cuya sombra se hurtaba diez leguas á la redonda. Por no cansar á Vmd. digo que cobré y embolsé mi dinero, el cual mi tio no habia bebido, ni gastado, que fué harto, para ser hombre

de tan poca razon, porque pensaba que yo me graduaria con esto, y que estudiando podria ser cardenal; que como estaba en su mano hacerlos, no lo tenia por dificultoso. Dijome, en viendo que los tenia: hijo Pablos, mucha culpa tendrás si no medras, y eres bueno, pues tienes á quien parecer: dinero llevas: yo no te he de faltar, que cuanto sirvo, y cuanto tengo, para tí lo quiero. Agradecíle mucho la oferta. gastamos el dia en pláticas desatinadas, y en pagar las visitas á los personajes dichos. Pasaron la tarde en jugar á la taba mi tio, el porquero y demandador: este jugaba misas, como si fuera otra cosa. Era de ver cómo se barajaban la taba, cogiéndola en el aire al que la echaba, y meciéndola con la muñeca se la tornaban á dar. Sacaban de taba, como de naípe, para la fábrica de la sed, porque habia siempre un jarro en medio. Vino la noche, ellos se fueron, y acostámonos mi tio y yo, cada uno en su cama, que ya habia prevenido para mí un colchon. Amaneció; y antes que él despertase yo me levanté, y me fui á una posada sin que me sintiese: torné á cerrar la puerta por defuera, y eché la llave por una gatera. Como he dicho, me fui á un meson á esconder, y aguardar comodidad para ir á la córte. Dejéle en el aposento una carta cerrada, que contenia mi ida y las causas, avisándole no me buscase, porque eternamente no le habia de ver.

CAPITULO XII.

DE MI HUIDA Y LOS SUCESOS EN ELLA HASTA LA
CORTE.

Partia aquella mañana del meson un arriero con cargas á la córte: llevaba un jumento, alquilómele, y salíme á aguardarle á la puerta fuera del lugar. Salió, y espetéme en el dicho, y empecé mi jornada. Iba entre mí diciendo: allá quedarás, bellaco, deshonra buenos, ginete de gznates. Consideraba yo que iba á la córte, donde nadie me conocia (que era la cosa que mas me consolaba), y que habia de valerme por mi industria y habilidad. Allí propuse de colgar los hábitos en llegando y sacar vestidos cortos al uso; pero volvamos á las cosas que el dicho mi tio hacia, ofendido con la carta, que decia en esta forma:

CARTA.

Señor Alonso Ramplon, tras haberme hecho Dios tan señaladas mercedes, como quitarme delante á mi buen padre, y tener mi madre en Toledo, donde (por lo menos) sé que hará humo, no me faltaba sino ver hacer en vmd. lo que en otros hace. Yo pretendo ser uno de mi linage, que dos es imposible, si no vengo á sus manos, y trinchádomme, como hace á otros. No pregunté por mí, que me importa negar la sangre que tenemos: sirva al rey y á Dios.

No hay que encarecer las blasfemias y opro-

bios que diria contra mí. Volvamos á mi camino. Yo iba caballero en el rucio de la Mancha, y bien deseoso de no topar á nadie, cuando desde lejos vi venir un hidalgo de portante, con su capa puesta, espada ceñida, calzas atacadas, y botas, y al parecer bien puesto; el cuello abierto y el sombrero de lado. Sospeché que era algun caballero que dejaba atrás su coche; y así emparejando le saludé. Miróme, y dijo: irá vmd., señor licenciado, en ese borrico con harto mas descanso que yo con todo mi aparato. Yo, que entendí que lo decia por coche, y criados que dejaba atrás, dije: en verdad, señor, que lo tengo por mas apacible caminar que el del coche; porque (aunque vmd. vendrá en el que trae detrás con regalo) aquellos vuelcos que dá inquietan. ¿Cuál coche detrás? dijo él muy alborotado; y al volver atrás, como hizo fuerza, se le cayeron las calzas, porque se le rompió una abujeta que traia, la cual era tan sola, que tras verme tan muerto de risa de verle, me pidió una prestada. Yo, que ví que de la camisa no se veia sino una ceja, y que traía tapado el rabo, de medio ojo le dije: por Dios (señor) que si vmd. no aguarda á sus criados, yo no puedo socorrerle, porque vengo atacado únicamente. Si hace vmd. burla, (dijo él con las cachondas en la mano) vaya; porque no entiendo eso de los criados; y aclaróseme tanto en materia de ser pobre, que me confesó á media legua que anduvimos, que si no le hacia merced de dejarle subir en el borrico un rato, no le era posible pasar á la córte, por ir cansado de caminar con las bragas en los puños. Movido á compasion me apeé; y como él no podia sacar las calzas, húbele yo de subir, y espantóme lo que descubrí en el toca-

miento , porque por la parte de atrás , que cubria la capa , traia las cuchilladas con entretelas de nalga pura. El, que sintió lo que habia visto, como discreto se previno diciendo: señor licenciado, no es oro todo lo que reluce: debióle parecer á vmd. en viendo el cuello abierto, y mi presencia, que era un conde de Irlas. Como de estos ojaldres cubren en el mundo lo que vmd. ha tentado. Yo le dije que le aseguraba me habia persuadido á muy diferentes cosas de las que veia. Pues aun no ha visto vmd. nada (replicó); que hay tanto que ver en mi como tengo, porque nada cubro. Veme aqui vmd. un hidalgo hecho y derecho, de casa y solar montañés, que si como sustento la nobleza, me sustentára, no hubiera mas que pedir; pero ya, señor licenciado, sin pan, ni carne no se sustenta buena sangre; y por la misericordia de Dios todos la tienen colorada, y no puede ser hijodalgo el que no tiene nada. Ya he caido en la cuenta de egecutorias, despues que hallándome en ayunas un dia, no quisieron dar sobre ella en un bodegon dos tajadas, por decir que no tiene letras de oro; pero mas valiera el oro en las pildoras que en las letras, y de mas provecho es, y con todo hay muy pocas letras con oro. He venido hasta mi sepultura, por no tener sobre qué caer muerto; que la hacienda de mi padre Toribio Rodriguez Vallejo Gomez de Ampuero (que todos estos nombres tenia) se perdió en una fianza: solo el don me ha quedado por vender, y soy tan desgraciado, que no hallo nadie con necesidad de él; pues quien no le tiene por ante, le tiene por postre, como el remendon, hazadon, podon, baldon, bordon y otros asi. Confieso que aunque iban mezcladas con risa las

calamidades del dicho hidalgo, me entretuvieron. Preguntéle cómo se llamaba y á dónde iba, y á qué? Dijo todos los nombres de su padre: don Toribio Rodriguez Vallejo Gomez de Ampuero y Jordan. No se vió jamás nombre tan campanudo, porque acababa en dan, y empezaba en don, como són de badajo. Tras esto dijo que iba á la córte, porque un mayorazgo raido, como él en un pueblo corto, olia mal á dos dias, y no se podia sustentar; y que por eso se iba á la patria común, adonde caben todos, y donde hay mesas francas para estómagos aventureros: y nunca cuando entro en ella me faltan cien reales en la bolsa, cama, de comer, y refocilo de lo vedado, porque la industria en la corte es piedra filosofal, que vuelve en oro lo que toca. Yo vi el cielo abierto, y en son de entretenimiento para el camino, le rogué que me contase cómo, y con quienes viven en la córte los que no tenían como él, porque me parecia dificultoso; que no solo se contenta cada uno con sus cosas, sino que aun solicitan las ajenas. Muchos hay de esos (hijo), y muchos de estotros: es la lisonja llave maestra, que abre a todas voluntades en tales pueblos; y porque no se te haga dificultoso lo que digo, oye mis sucesos, y mis trazas, y te aseguran de esta duda.

CAPITULO XIII.

EN QUE EL HIDALGO PROSIGUE EL CAMINO, Y LO PROMETIDO DE SU VIDA Y COSTUMBRES.

Lo primero has de saber que en la córte hay siempre el mas necio, y el mas rico, y mas pobre,

y los extremos de todas las cosas: que disimula malos y esconde los buenos, y que en ella hay unos géneros de gentes (como yo) que no se les conoce raiz, ni mueble, ni otra cosa de la que de-cienden los tales: entre nosotros nos diferencia-mos con diferentes nombres: unos nos llamamos caballeros ebenes: otros güeros, chanflones, chirles, traspillados, y caninos: es nuestra aboga-da la industria: pasamos las mas veces los estó-magos de vacío; que es gran trabajo traer la comi-da en manos ajenas: somos susto de los banque-tes, polilla de los bodegones, y convidados por fuerza: sustentámonos asi del aire, y andamos con-tentos: somos gente que comemos un puerro, y re-presentamos un capon. Entrará uno á visitarnos en nuestras casas, y hallará nuestros aposentos llenos de huesos de carnero, y aves, y mondadu-ras de frutas: la puerta embarazada con plumas, y pellejos de gazapos; todo lo cual cogemos de par-te de noche por el pueblo, para honrarnos con ello de dia, y reñimos en entrando al huésped: ¿es po-sible que no he de ser yo poderoso para que barra esa moza? Perdóneme vmd. que han comido aqui unos amigos, y esos criados, &c. Quien no nos conoce cree que es asi, y pasa por convite. ¿Pues qué diré del modo de comer en casas ajenas? En hablando á uno media vez, sabemos su casa, y siempre á hora de mascar (que se sepa que está en la mesa): decimos que nos llevan sus amores, porque tal entendimiento no le hay en el mundo. Si nos pregunta si hemos comido, si ellos no han empezado, decimos que no: si nos convidan, no aguardamos al segundo envite, porque de estas aguardadas nos han sucedido grandes viglias: si

han empezado, decimos que sí; y aunque parta muy bien el ave, pan, ó carne, ó lo que fuere, para tomar ocasion de engallar un bocado, decimos: ahora deje vmd. que le quiero servir de maestra-sala; que solia, Dios le tenga en el cielo (y nombramos un señor muerto, duque ó conde), gustar mas de verme partir, que de comer. Diciendo esto, tomamos el cuchillo, y partimos bocaditos, y al cabo decimos: ¡oh qué bien huele! Cierto que haria agravio á la guisandera en no probarlo: ¡qué buena mano tiene! Y diciendo y haciendo, va en prueba el medio plato: el nabo por ser nabo: el tocino por ser tocino, y todo por lo que es. Cuando esto nos falta, ya tenemos sopa de algun convento aplazada: no la tomamos en público, sino á lo escondido, haciendo creer á los frailes que es más devocion que necesidad. Es de ver uno de nosotros en una casa de juego con el cuidado que sirve, y despavila las velas, trae orinales, cómo mete naipes, y solemniza las cosas del que gana, todo por un triste real de barato. Tenemos de memoria, para lo que toca á vestirnos, toda la roperia vieja; y como en otras partes hay hora señalada para oracion, la tenemos nosotros para remendarnos. Son de ver las diversidades de cosas que sacamos; que como tenemos por enemigo declarado al sol, por quanto nos descubre los remiendos, puntadas, y trapos, nos ponemos abiertas las piernas á la mañana á su rayo, y en la sombra del suelo vemos las que hacen los andrajos, y hilarachas de las entrepiernas, y con unas tijeras las hacemos la barba á las calzas: y como siempre se gastan tanto las entrepiernas, es de ver cómo quitamos cuchilladas de atrás para poblar lo de adelan-

te, y solemos traer la trasera tan pacífica de cuchilladas, que se queda en las puras bayetas: sábalo sola la capa, y guardámonos de días de aire, y de subir por escaleras claras, ó á caballo. Estudiamos posturas contra la luz, pues en día claro andamos las piernas muy juntas, y hacemos las reverencias con solos los tobillos, porque si se abren las rodillas se verá el ventanage. No hay cosa en todos nuestros cuerpos, que no haya sido otra cosa, y no tenga historia. Verbi gratia, bien vé vmd. esta ropilla: pues primero fué gregüescos, nieta de una capa, y bisnieta de un capuz, que fué en su principio, y ahora espera salir para soletas, y otras muchas cosas. Los escárpines primero son pañuelos, habiendo sido tohallas, y antes camisas, hijas de sábanas; y despues de esto nos provechamos para papel, y en papel escribimos, y despues hacemos de él polvos para resucitar los zapatos, que de incurables los he visto yo hacer revivir con semejantes medicamentos. ¿Pues qué diré del modo con que de noche nos apartamos de las luces, porque no se vean los ferreruelos calvos, y las ropillas lampiñas? que no hay mas pelo en ellas que en un guijarro; que es Dios servido de darnosle en la barba, y quitárnosle en la capa; y por no gastar en barberos prevenimos siempre de aguardar que otro de los nuestros tenga pelambre, y entonces nos la quitamos el uno al otro, conforme lo del evangelio: *ayudáos como buenos hermanos*; y tenemos cuenta no andar los unos por las casas de los otros, si sabemos que alguno trata la misma gente que otro. Es de ver cómo andan los estómagos en celo. Estamos obligados á andar á caballo una vez cada mes, aunque sea en pollino,

por las calles públicas, y á ir en coehe una vez en el año, aunque sea en la arquilla, ó traseras; pero si alguna vamos dentro del coche, es de considerar que siempre es en el estribo, con todo el pescuezo defuera, haciendo cortesias porque nos vean todos, y hablando á los amigos, y conocidos, aunque miren á otra parte. Si nos come delante de algunas damas, tenemos traza para rascarnos en público sin que se vea: si es en el muslo, contamos que vimos un soldado atravesado desde tal parte; señalamos con las manos aquellas que nos comen, rascándonos en vez de enseñarlas: si es en la iglesia, y come en el pecho, nos damos sanctus, aunque sea en el introibo: levantámonos, y arrimándonos á una esquina, en son de empinarnos para ver algo, nos rascamos. ¿Qué diré del mentir? Jamás se halla verdad en nuestra boca: encajamos duques, y condes en las conversaciones, unos por amigos, otros por deudos; y advertimos que los tales señores, ó estan muertos, ó muy lejos; y lo que mas es de notar, que nunca nos enamoramos sino de *pane lucrando*, que veda la orden de damas melindrosas, por lindas que sean: y así siempre andamos en requesta con una bodegonera por la comida, con la huéspedea por la posada, con la que abre los cuellos por el que trae el hombre; y aunque comiendo tan poco, y bebiendo tan mal, no se puede cumplir con tantas por su tanda, todas estan contentas. Quien ve estas botas mias, ¿cómo pensará que andan caballeras en las piernas en pelo, sin media, ni otra cosa? Y quien viere este cuello; ¿por qué ha de pensar que no tengo camisa? Pues todo esto le puede faltar á un caballero (señor licenciado); pero cuello abierto, y almid-

nado, no. Lo uno, porque así es gran ornato de la persona; y despues de haberle vuelto de una parte á otra, es de sustento, porque se ceba el hombre en almidon, chupándole con destreza. Y al fin, señor licenciado, un caballero de nosotros ha de tener mas faltas que una preñada de nueve meses, y con esto vive en la córte. Ya se vé en prosperidad, y con dineros, y ya se ve en el hospital; pero en fin se vive, y él que se sabe bandear es rey, con poco que tenga. Tanto gusté de las extrañas maneras de vivir del hidalgo, y tanto me embebecí, que divertido con ellas, y con otras, me llegué á pie hasta las Rozas, adonde nos quedamos aquella noche. Cenó conmigo el dicho hidalgo, que no traia blanca, y yo me hallaba obligado á sus avisos, porque con ellos abri los ojos á muchas cosas, inclinandome á la chirleria. Declaréle mis deseos antes que nos acostásemos: abrazóme mil veces, diciendo que siempre esperó habian de hacer impresion sus razones en hombre de tan buen entendimiento. Ofrecióme favor (para introducirme en la córte con los demas cofrades del estafon), y posada en compañía de todos. Aceptéla, no declarándole que tenia los escudos que llevaba, sino hasta cien reales solos; los cuales bastaron, con la buena obra que le habia hecho, y hacia, á obligarle á mi amistad. Compréle del huésped tres abujetas, atacóse, dormimos aquella noche, madrugamos y dimos con nuestros cuerpos en Madrid.

CAPÍTULO XIV.

DE LO QUE ME SUCEDIÓ EN LA CÔRTE LUEGO QUE
LLEGUÉ HASTA QUE ANOCHECIÓ.

A las diez de la mañana entramos en la córte: fuímonos á apear de conformidad en casa de los amigos de don Toribio. Llegamos á la puerta, y llamó: abrióle una vejezuela muy pobremente abrigada, y muy vieja. Preguntó por los amigos, y respondió que habian ido á buscar. Estuvimos solos hasta que dieron las doce, pasando el tiempo, en él animarme á la profesion de la vida barata, y yo en atender á todo. A las doce y media entró por la puerta una estantigua vestida de bayeta hasta los pies, mas raiada que su vergtienza. Habláronse los dos en germania, de lo cual resultó darme un abrazo, y ofrecérseme. Hablamos un rato, y sacó un guante con diez y seis reales, y una carta, con la cual (diciendo que era licencia para pedir para una pobre) los habia allegado: vació el guante, y sacó otro, y doblólos á usanza de médico. Yo le pregunté que por qué no se los ponía; y dijo, que por ser entrambos de una mano, que era treta para tener guantes. A todo esto noté que no se desarrebozaba, y pregunté (como nuevo para saber) la causa de estar siempre envuelto en la capa; á lo cual respondió: hijo, tengo en las espaldas una gatera, acompañada de un remiendo de lanilla, y de una mancha de aceite: este pedazo de rebozo la cubre, y así se puede andar. Desarrebozóse, y hallé que debajo de la sotana traía gran bulto: yo pensé que eran calzas, porque eran

á modo de ellas; cuando él (para éntrase á espulgar) se arremangó, y ví que eran dos rodajas de carton, que traía atadas á la cintura, y encajadas á los mulos, de suerte que hacian apariencias de-hajo del luto; porque el tal no traía camisa, ni gregüescos, que apenas tenía que espulgar, segun andaba desnudo. Entró al espulgadero, y volvió una tablilla, como las que ponen en las sacristías, que decia: espulgador hay; porque no entrase otro. Grandes gracias di á Dios, viendo cuánto dió á los hombres en darles industria, ya que les quitase riquezas. Yo (dijo mi buen amigo) vengo del camino con mal de calzas, y así me habré de recoger á remendar. Preguntó si había algunos retazos; y la vieja (que recogía trapos dos días en la semana por las calles, como las que tratan en papel, para curar incurables cosas de los caballeros) dijo que no y que por falta de trapos se estaba quince días había en la cama de mal de ropilla don Lorenzo Iñiguez de Pedroso. En esto estábamos, cuando vino uno con sus botas de camino, y su vestido pardo, con un sombrero prendidas las faldas por los dos lados: supo mi venida de los demas, y hablóme con mucho afecto: quitóse la capa, y traía (mire vuesa merced quién tal pensára!) la ropilla de paño pardo la delantera, y la trasera de lienzo blanco, con sus fondos en sudor. No pude tener la risa; y él con gran disimulacion dijo: haráse á las armas, y no se reirá: yo apostaré que no sabe por qué traigo este sombrero con la falda presa arriba. Yo dije que por galanteria, y por dar lugar á la vista. Antes por estorbarla (dijo): sepa que es porque no tiene toquilla, y que así no lo echan de ver. Y di-

diciendo esto, sacó mas de veinte cartas, y otros tantos reales, diciendo que no habia podido dar aquellas: traia cada una un real de porte, y eran hechas por él mismo: ponía la firma de quien le parecia: escribía nuevas, que inventaba, á las personas mas honradas, y dábala en aquel trage cobrando los portes, y esto hacia cada mes: cosa que me espantó ver tal novedad de vida. Entraron luego otros dos, el uno con una ropilla de paño larga hasta medio valon, y su capa de lo mismo, levantado el cuello, porque no se viese el angé, que estaba roto. Los valones eran de camelote, mas no eran mas de lo que se descubrian, y lo demas de bayeta colorada. Este venia dando voces con el otro, que traía valona, por no traer cuello, y unos frascos, por no traer capa, y una muleta, con una pierna liada en trapos, y pellejos, por no tener mas de una calza. Hacia soldado, y habíalo sido, pero malo, y en partes quietas: contaba estraños servicios suyos, y á título de soldado entraba en cualquiera parte. Decía él de la ropilla, y casi greguescos: la mitad me debeis, ó por lo menos mucha parte; sino me la dais, juro á Dios... No jure á Dios (dijo el otro), que en llegando á casa no soy cojo, y os daré con esta muleta mil palos. Si dais, no dareis, y con los mentises acostumbrados, arremetió el uno al otro, y asiéndose se salieron con los pedazos de los vestidos en las manos á los primeros estirones. Metimoslos en paz, y preguntamos la causa de la pendencia. Dijo el soldado: ¿a mí chanzas? No llevareis ni medio. Han de saber vmds. que estando en San Salvador llegó un niño á este pobrete, y le dijo que si era yo el allérez Juan de Lorenzana; y dijo que sí,

atento á que le vió no sé qué cosa que traia en las manos. Llevómele, y dijo (nombrándome alférez): Mire vmd. qué le quiere este niño; y como le entendí, dije que yo era. Recibí el recado, y con él doce pañizuelos, y respondi á su madre, que los enviaba á alguno de aquel nombre: pídemela ahora la mitad, y antes me haré pedazos que tal dé: todos los han de romper mis narices. Juzgóse la causa en su favor, y solo se le contradijo el sonar en ellos, mandándole que los entregase á la vieja para honrar la comunidad, haciendo de ellos unos remates de mangas que se viesen, y representasen camisas; que el sonarse está vedado. Llegó la noche, y acostámonos tan juntos, que parecíamos herramienta en un estuche. Pasóse la cena de claro en claro: no se desnudaron los mas; que con acostarse como andaban de día, cumplieron con el precepto de dormir en cueros.

CAPITULO XV.

EN QUE SE PROSIGUE LA MATERIA COMENZADA, Y OTROS RAROS SUCESOS.

Amaneció el señor, y pusímonos todos en arma. Ya estaba yo tan hallado con ellos, como si todos fuéramos hermanos (que esta facilidad, y aparente dulzura se halla siempre en las cosas malas). Era de ver á uno ponerse la camisa de doce veces, dividida en doce trapos, diciendo una oracion á cada uno, como sacerdote que se viste: á cual se le perdía una pierna en los callejones de

las calzas, y la venia á hallar adonde menos convenia asomada: otro pedia guia para ponerse el jubon, y en media hora no se podia averiguar con él. Acabado esto, que no fué poco de ver, todos empuñaron abuja, y hilo para hacer un punteado en un rasgado, y otro: cuál para curcuisirse debajo del brazo, estirándole se hacia L. Uno hincado de rodillas, que remedaba un cinco de guarismo, socorria á los cañones: otro por plegar las entrepiernas, metiendo la cabeza entre ellas, se hacia un ovillo. No pintó tan estrañas posturas Bosco, como yo ví, porque ellos cosian, y la vieja les daba los materiales, trapos y arrapiezos de diferentes colores, los cuales habia traído el sábado. Acabóse la hora del remiendo (que asi la llamaban ellos), y fuéronse mirando unos á otros lo que quedaba mal parado. Determinaron irse fuera, y yo dije que queria trazasen mi vestido, porque queria gastar los cien reales en uno, y quitarme la sotana. Eso no, dijeron ellos: el dinero se dé al depósito, y vistámosle de lo reservado luego, y señalémosle su diócesi en el pueblo, adonde él solo busque, y apolille. Parecióme bien, deposité el dinero, y en un instante de la sotana me hicieron ropilla de luto de paño, y acortando el ferreuelo, quedó bueno; y lo que sobró de él trocaron á un sombrero reteñido: pusieronle por toquilla unos algodones de tintero muy bien puestos: el cuello, y los valones me quitaron, y en su lugar me pusieron unas calzas atacadas con cuchilladas no mas de por delante; que lados y traseras eran unas camuzas: las medias calzas de seda aun no eran medias, porque no llegaban mas de cuatro dedos mas abajo de la rodilla, y estos cuatro de-

dos cubria una bota justa sobre la media colorada que yo traia. el cuello estaba todo abierto de puro roto: pusiéronmele, y dijeron: El cuello está trabajoso por detras, y por los lados. Vmd. si le miráre uno, ha de ir volviéndose con él como la flor del sol: si fueren dos, y miraren por los lados, saque pies; y para los de atrás traiga siempre el sombrero caido sobre el cogote; de suerte, que la falda cubra el cuello y descubra toda la frente; y al que preguntáre que por qué anda así, respóndale que porque puede andar la cara descubierta por todo el mundo. Diéronme una caja con hilo negro, y blanco, seda, cordel, abuja, dedal, paño, lienzo, raso, y otros retacillos, y un cuchillo: pusiéronme una espuela en la pretina, y yesca, y eslabon en una bolsa de cuero, diciendo: con esta caja puede ir por todo el mundo, sin haber menester amigos, ni deudos: en esta se encierra todo nuestro remedio: tome, y guárdela. Señaláronme por cuartel para buscar mi vida el de San Luis; y así empecé mi jornada saliendo de casa con los otros: si bien por ser nuevo me dieron (para empezar la estafa), como á Misa-Cantano, por padrino el mismo que me trajo, y convirtió. Salimos de casa con paso tardo, y los rosarios en la mano: tomamos el camino para mi barrio señalado: á todos hacíamos cortesia: á los hombres quitábamos el sombrero, deseando hacer lo mismo á sus capas: á las mugeres hacíamos reverencias, que se huelgan con ellas, y las paternidades mucho mas. A uno decia mi buen ayo: mañana me traen dineros: á otro, aguarde-me vmd. un día, que me trae en palabras el Banco. Cuál le pedia la capa, cuál le daba priesa por

la pretina; en lo cual conocí que era tan amigo de sus amigos, que no tenia cosa suya. Andábamos haciendo culebra de una cera á otra, por no topar con casas de deudores. Ya le pedia uno el alquiler de la casa, otro el de la espada, y otro el de las sábanas, y camisas; de manera, que eché de ver que era caballero de alquiler, como mula. Sucedió, pues, que vió desde lejos un hombre que le sacaba los ojos (segun dijo) por una deuda, mas no podia el dinero; y porque no le conociese, soltó detras de las orejas el cabello, que traia recogido, y quedó Nazareno entre Verónico, y caballero lanudo: plantóse un parche en un ojo, y púsose á hablar italiano conmigo. Esto pudo hacer mientras el otro venia (que no le habia visto), por estar ocupado en chismes con una vieja. Digo de verdad, que ví al hombre dar vueltas al rededor, como perro que se queria echar: hacíase mas cruces que un ensalmador, y fuese diciendo: Jesus! pensé que era él. A quien bueyes ha perdido, &c. Yo me moría de risa de ver la figura de mi amigo: entróse en un soportal á recoger la melena, y el parche, y dijo: estos son los aderezos de negar deudas: aprended, hermano, que vereis mil cosas de estas en el pueblo. Pasamos adelante, y en una esquina por ser de mañana, tomamos dos tajadas de letuario, y aguardiente de una picarona, que nos lo dió de gracia. Despues de dar el bienvenido á mi adestrador, díjome: con esto vaya el hombre descuidado de comer hoy: por lo menos no puede faltar. Afligime yo, considerando que aun teniamos en duda la comida, y repliquéle afligido por parte de mi estómago; á lo cual respondió: Poca fé tiene con la religion, y orden de los caminos: no falta

:

el señor á los cuervos, ni á los grajos, ni aun á los escribanos, ¿y habia de faltar á los traspillados? Poco estómago teneis. Verdad es, dije, pero temo tener aun menos, y nada en él. Estando en esto dió un relox las doce; y como yo era nuevo en el trato, no les cayó en gracia á mis tripas el letuario, y tenia hambre como si tal no hubiera comido. Renovada, pues, la memoria, volvíme al amigo, y dije. Hermano, este del hambre es recio noviciado; estaba hecho el hombre á comer mas que un sabañon, y hanme metido á vigiliass: si vos no la teneis, no es mucho que criado con hambre desde niño (como el otro rey con parbona) os sustentéis ya con ella: no os veo hacer diligencia vehemente para mascar, y así yo determino hacer la que pudiere. ¡Cuerpo de Dios (replicó) con vos! pues dan ahora las doce, y tanta priesa? Teneis muy puntuales ganas, y han menester llevarse con paciencia algunas pagas atrasadas: no sino comer todo el dia; ¿qué mas hacen los animales? No se escribe que jamás caballero nuestro haya tenido cámaras; que antes de puro mal proveídos no nos proveemos. Ya os he dicho que á nadie falta Dios; y si tanta priesa teneis, yo me voy á la sopa de san Gerónimo, adonde hay aquellos frailes de leche, como capones, y allí haré el buche: si vos quereis seguirme, venid; y si no, á sus aventuras cada uno. **A** Dios, dije yo, que no son tan cortas mis faltas, que se hayan de suplir con sobras de otros: cada uno eche por su calle. Mi amigo iba pisando tieso, y mirándose á los pies: sacó unas migajas de pan, que traía para el efecto siempre en una cajuela, y derramóselas por la barba, y vestidos; de suerte, que parecia haber comido: yo iba tosiendo, y es-

carvando, por disimular mi flaqueza, limpiándome los bigotes, arrebozado, y la capa sobre el hombro izquierdo, jugando con el decenario, que lo era por no tener mas de diez cuentas. Todos los que me vían me juzgaban por comido; y si fuera de piojos no erraban. Iba yo confiado en mis escudillos, aunque me remordía la conciencia el ser contra la órden comer á su costa quien vive de tripas horras en el mundo: ya iba determinado á quebrar el ayuno. Llegué con esto á la esquina de la calle de san Luis, adonde vivia un pastelero: asomábase uno de á ocho tostado, y con el resuello del horno tropezóme en las narices, y al instante me quedé (del modo que andaba) como perro perdiguero: puesto en él los ojos, le miré con tanto ahinco, que se secó el pastel como un aojado. Allí eran de contemplar las trazas que yo daba para hurtarle: resolvíame otra vez á pagarlo. En esto dió la una, y angustiéme de manera, que me determiné de zamparme en un bodegon. Yo, que iba haciendo punta á uno (Dios que lo quiso), topo con un licenciado Flechilla, amigo mio, que venia aldeando por la calle abajo, con mas barros que la cara de un sanguino, y tantos rabos, que parecia un chirrion: arremetió á mí en viéndome (y segun estaba, fué mucho conocirme). Yo le abracé, preguntóme cómo estaba, y dijele luego: Señor licenciado, ¡qué de cosas tengo que contarle! Solo me pesa que me he de ir esta noche. Eso me pesa á mí, y si no fuera tarde, é ir con priesa á comer, me detuviera, porque me aguarda una hermana casada, y su marido. ¿Qué aquí está mi señora Ana? Aunque lo deje todo, vamos, que quiero hacer lo que estoy obligado. Abrí los ojos en oyendo que no habia comido: fuime

con él, y empecéle á contar que una mugercilla (que él habia querido mucho en Alcalá) sabia yo donde estaba, que le podia dar entrada en su casa. Pegósele luego al alma el envite; que fué industria tratarle de cosas de gusto. Llegamos tratando en ello á su casa: entramos: yo me ofreci mucho á su cuñado, y hermana: y ellos, no persuadiéndose á otra cosa, sino á que yo venia con cuidado por venir á tal hora, comenzaron á decir que si supieran que habian de tener tan buenhuésped, que hubieran prevenido algo. Yo cogí la ocasion, y convidéme, diciendo que era de casa, y amigo viejo, y que se hiciera agravio en tratarme con cumplimiento. Sentáronse, y sentéme; y porque el otro lo llevase mejor, que ni me habia convidado, ni le pasaba por la imaginacion, de rato en rato le pegaba con la mozueta, diciendo que me habia preguntado por él, y que le tenia en el alma, y otras mentiras de este modo; con lo cual llevaba mejor el engullir; porque tal destrozo como yo hice en el ante, no lo hiciera una bala en el de un colete. Vino la olla, y comimela en dos bocados casi toda sin malicia; pero con priesa tan fiera, que parecia que aun entre los dientes no la tenia bien segura. Dios es mi padre que no come un cuerpo mas presto el monton de la antigua de Valladolid (que le deshace en veinte y cuatro horas), que yo despaché el ordinario, pues fué con mas priesa que un extraordinario correo. Ellos bien debian notar los fieros tragos del caldo, y el modo de agotar la escudilla, la persecucion de los huesos, y el destrozo de la carne: y si vá á decir la verdad, entre vuelta, y juego empedré la faltriquera de mendrugos. Levantóse la mesa, apartámonos yo, y el licenciado á

hablar de la ida en casa de la dicha, la cual le facilité mucho; y estando hablando con él á una ventana, hice que me llamaban de la calle, y dije: ¿A mí, señor? ya bajo. Pedile licencia, diciendo que luego volveria: quedóme aguardando hasta hoy, que desapareci por lo del pan comido, y la compañía deshecha. Topóme otras muchas veces, y disculpéme con él, contándole mil embustes, que no importan para el caso. Fuime por las calles de Dios, llegué á la puerta de Guadalajara, y sentéme en un banco de los que tienen á sus puertas los mercaderes: quiso Dios que llegaron á la tienda dos (de las que piden prestado sobre sus caras) tapadas de medio ojo, con su vieja, y pagecillo. Preguntaron si habia algun terciopelo de labor extraordinaria: yo empecé luego (para trabar conversacion) á jugar del vocablo terció, y pelado, y pelo, y apelo, y por peli, y no dejé hueso sano á la razon. Sentí que les habia dado mi libertad algun seguro de algo de la tienda; y como quien aventuraba á no perder nada, ofrecíles lo que quisiesen. Regatearon, diciendo que no tomaban de quien no conocian. Yo me aproveché de la ocasion, diciendo que habia sido atrevimiento ofrecerlas nada; pero que me hiciesen merced de aceptar unas telas que me habian traído de Milan, que á la noche llevaria un page, que les dije que era mio por estar enfrente aguardando á su amo, que estaba en otra tienda, por lo cual estaba descaperuzado. Y para que me tuviesen por hombre de partes, y conocido, no hacia sino quitar el sombrero á todos los oidores, y caballeros que pasaban; y sin conocer á ninguno, les hacia cortesias, como si los tratara familiarmente. Ellas juzgaron con esto, y con un escudo de oro.

que yo saqué de los que traia, con achaque de dar limosna á un pobre que me la pidió, que yo era un gran caballero. Parecióles irse, por ser ya tarde; y así me pidieron licencia, advirtiéndome con el secreto que habia de ir el page. Yo las pedi por favor, y como en gracia, un rosario engarzado en oro que llevaba la mas bonita de ellas, en prendas de que las habia de ver á otro dia sin falta. Regatearon dármele, yo les ofreci en prenda los cien escudos, y dijéronme su casa; y con intento de estar me en mas, se fiaron de mi, y preguntáronme la posada, diciéndome, que no podía entrar page en la suya á todas horas; por ser gente principal. Yo las llevé por la calle Mayor, y al entrar en la de las Carretas escogí la casa que mejor, y mas grande me pareció, que tenia un coche sin caballos á la puerta. Dijeles que aquella era, y que allí estaba ella, el coche, y dueño para servir las. Nombréme don Alvaro de Córdoba, y entréme por la puerta delante de sus ojos. Y acuérdomé que cuando salimos de la tienda, llamé uno de los pages (con grande autoridad) con la mano, é hice que le decia que se quedasen todos, y que me aguardasen allí; y es verdad que le pregunté si era criado del comendador mi tio. Dijo que no; y con tanto acomodé los criados ajenos como buen caballero. Llegó la noche oscura, y acogimonos á casa todos. Entré, y hallé al soldado de los trapos con un hacha de cera que le dieron para que acompañase á un difunto, y se vino con ella. Llamábase este Magazo, que era natural de Olias: habia sido capitan en una comedia, y se habia combatido con moros en una danza. Cuando hablaba con los de Flandes, decia que habia estado en la China, y á los de la China en

Flandes. Trataba de formar un campo, y nunca supo sino espulgarse en él: nombraba castillos, y apenas los habia visto en los ochavos. Celebraba mucho la memoria del señor don Juan, y oíle decir muchas veces de Luis Quijada, que habia sido honrado amigo. Nombraba turcos, galeones, y capitanes, todos los que habia leído en unas coplas que andaban de esto: y como él no sabia nada de mar, porque no tenia nada de naval mas de comer nabos dijo, contando la batalla que habia tenido el señor don Juan en Lepanto, que aquel Lepanto fué un moro muy bravo. Como no sabia el pobrete que era nombre del mar, pasábamos con él lindos ratos. Entró luego mi compañero, deshechas las narices, y toda la cabeza entrapajada, y lleno de sangre, y muy sucio. Preguntámosle la causa: y dijo que habia ido á la sopa de San Gerónimo, y que pidió porcion doblada, diciendo que era para unas personas honradas, y pobres. Quitáronsele á los otros mendigos para dársela, y ellos con enojo siguiéronle, y vieron que en un rincon detrás de la puerta estaba sorbiendo con gran valor. Sobre si era bien hecho engañar, por engullir, y quitar á otros para sí, se levantaron voces, y tras ellas palos, y tras los palos chichones, y tofondrones en su pobre cabeza. Embistiéronle con dos jarros, y el daño de las narices se le hizo uno con una escudilla de madera, que se la dió á oler con mas priesa que convenia. Quitáronle la espada, á las voces salió el portero, y aun no los podia meter en paz. En fin se vió en tanto peligro el pobre hermano, que decia: yo volveré lo que he comido, y aun no bastaba, porque ya no reparaban sino en que pedia para otros, y no se preciaba de sopen. Miren el

todo trapos, como muñeca de niños, mas triste que pasteleria en cuaresma, con mas agujeros que una flauta, mas remiendos que una pia, mas manchas que un jaspe, y mas puntos que un libro de música (decia un estudianton de estos de la capacha, gorrónazo); que hay hombre en la sopa del bendito santo, que puede ser obispo, ó otra cualquier dignidad, y se afrenta un don Peluche de comer graduado de Bachiller en Artes por Sigüenza. Metióse el portero de por medio, viendo que un vejezuelo, que allí estaba, decia que aunque acudia al brodio, era descendiente del Gran Capitan, y que tenia deudos. Aqui lo dejó porque el compañero estaba ya fuera desapresando los huesos.

CAPITULO XVI.

EN QUE PROSIGUE LA MISMA MATERIA HASTA DAR
CON TODOS EN LA CARCEL

Entró Merlo Diaz, hecha en la pretina una sarta de búcaros, y vidrios: los cuales, pidiendo de beber en los tornos de las monjas, habia agarrado con poco temor de Dios. Mas sacóle de la puja don Lorenzo del Pedroso, el cual entró con una capa muy buena; la cual habia trocado en una mesa de trucos á la suya, que no se la cubria pelo al que se la llevó, por ser desbarbada. Usaba este quitarse la capa, como que queria jugar, y ponerla con las otras: y luego (como que no hacia partido) iba por su capa, y tomaba la que mejor le parecia, y saliase. Usábalo en los juegos de argolla y bolos. Mas todo fué nada para ver entrar á don Cosme

cercado de muchachos con lamparones, cancer y lepra, heridos y mancos, el cual se habia hecho ensalmador con unas santiguaderas, y oraciones que habia aprendido de una vieja. Ganaba este por todos; porque si el que venia á curarse no traia bulto debajo de la capa, no sonaba dinero en la faltriquera, ó no piaban algunos capones, no habia lugar. Tenia asolado medio reino: hacia creer cuanto queria, porque no ha nacido tal artífice en el mentir: tanto, que aun por descuido no decia verdad. Hablaba del niño Jesus: entraba en las casas con Deo gracias; y decia lo del Espiritu Santo sea con todos: traia todo ajuar de hipócrita, un rosario con unas cuentas frisonas. Al descuido hacia que se le viese por debajo de la capa un trozo de disciplina, salpicado con sangre de narices: hacia creer (concomiéndose) que los piojos eran silicijos, y que la hambre canina era ayuno voluntario. Contabatentaciones. En nombrando al demonio, decia: Dios nos libre, y nos guarde. Besaba la tierra al entrar en la iglesia: llamábase indigno: no levantaba los ojos á las mugeres, pero las faldas sí. Con estas cosas traia al pueblo tal, que se encomendaban á él, y era propiamente como encomendarse al diablo; porque á mas de ser jugador, era cierto (así se llama por mal nombre) fullero. Juraba el nombre de Dios, una vez en vano, y otras en vacío: pues en lo que toca á mugeres, tenia sus hijos, y preñadas dos santeras. Al fin, de los mandamientos de Dios, los que no quebraba, vendia. Vino Folanco haciendo gran ruido, y pidió saco pardo, cruz grande, barba larga postiza, y campanilla. Andaba de noche de esta suerte diciendo: *acordáos de la muerte, y haced bien á las almas, &c.*

Con esto cogia mucha limosna , y entrábase en las casas que veia abiertas ; y si no habia testigos , ni estorbo , robaba cuanto topaba : si los hallaba , tocaba la campanilla , y decia (con una voz que él fingia muy penitente) : *acordáos , hermanos , &c.* Todas estas trazas de hurtar , y modos extraordinarios conocí por espacio de un mes en ellos. Volvamos ahora á que les enseñé el rosario , y conté el cuento. Celebraron mucho la traza , y recibióle la vieja por su cuenta y razon , para venderle ; la cual se iba por las casas , diciendo que era de una doncella pobre , y que se deshacia de él para comer , y ya tenia para cada cosa su embuste y su traza. Lloraba la vieja á cada paso : enclavijaba las manos , y suspiraba de lo amargo : llamaba hijos á todos : traia (encima de muy buena camisa , jubon. ropa , saya y manteo) un saco de sayal roto , de un amigo ermitaño que tenia en las cuevas de Alcalá. Esta gobernaba el ható , aconsejaba y encubria. Quiso , pues , el diablo (que nunca está ocioso en cosas tocantes á sus siervos) que yendo á vender no sé qué ropa , y otras cosillas á una casa , conoció uno no sé qué hacienda suya : trajo un alguacil , y agarráronme á la vieja , que se llamaba la Madre Lebrusca , y confesó luego todo el caso , y dijo cómo viviamos todos y que éramos caballeros de rapia. Dejóla el alguacil en la cárcel , y vino á casa , y halló en ella á todos mis compañeros , y á mí con ellos. Traia media docena de corchetes (verdugos de á pie) y dió con todo el colegio buscon en la cárcel , adonde se vió en gran peligro la caballeria.

CAPITULO XVII

EN QUE SE DESCRIBE LA CÁRCEL Y LO QUE SUCEDIÓ EN ELLA, HASTA SALIR LA VIEJA AZOTADA, LOS COMPAÑEROS Á LA VERGUENZA Y YO EN FIADO.

A cada uno en entrando nos echaron dos pares de grillos, y sumiéronnos en un calabozo. Yo, que me ví ir allá, aprovechéme del dinero que traía conmigo; y sacando un doblon, dije al carcelero: señor, oigame vmd. en secreto; y para que lo hiciese, dile un escudo como cara, y en viéndolo me apartó Suplicole á vmd., le dije, que se duela de un hombre de bien. Busquéle las manos, y como sus palmas estaban hechas á llevar semejantes dátiles, cerró con los dichos veinte y cuatro, diciendo: yo averiguaré la enfermedad, y si no es urgente, bajará al cepo. Yo conocí la deshecha, y respondíle humilde. Dejóme fuera, y á los amigos descolgáronles abajo. Dejo de contar la risa tan grande que en la cárcel y por las calles había con nosotros; porque como nos traían atados y á empellones, unos sin capas, y otros con ellas arras-trando, eran de ver unos cuerpos pias remendados, y otros aloques de tinto y blanco. Aquel, por asirse de alguna parte segura (por estar todo tan manido) le agarraba el corchete de las puras carnes, y aun no hallaba de que asir, según las tenía roídas la hambre. Otros iban dejando á los corchetes en las manos los pedazos de ropillas y gregüescos. Al quitar la sogá, en que venían ensartados, se sa-

lian pegados los andrajos. Al fin, yo fui (llegada la noche) á dormir en la sala de los linages. Diéronme mi camilla: era de ver dormir algunos envainados, sin quitarse nada de lo que traian de dia: otros desnudarse de un golpe todo cuanto traian encima: cuáles jugaban, y al fin se mató la luz. Olvidamos todos los grillos: estaba el servicio á mi cabecera, y á la media noche no hacian sino venir presos y soltar presos. Yo, que oí el ruido, al principio (pensando que eran truenos) empecé á turbarme; mas viendo que olian mal, eché de ver que no eran truenos de buena casta. Olian tanto, que por fuerza detenia las narices en la cama: unos traian cámaras y otros aposentos. Al fin, yo me ví forzado á decirles que mudasen á otra parte el vidriado; y sobre si le viene muy ancho, ó no, tuvimos palabras. Usé el oficio de adelantado, que es mejor serlo de un cachete, que de Castilla, y metile á uno media pretina en la cara. El, por levantarse apriesa, le derramó, y al ruido despertó el concurso. Asábamonos allí á pretinazos á escu-ras, y era tanto el olor, que hubieron de levantarse todos. Con esto se alzaron grandes gritos; y el alcaide, sospechando que se le iban algunos vasallos, subió corriendo, armado con toda su cuadrilla. Abrió la sala, entró luz, é informöse del caso. Condenáronme todos, y yo me disculpaba con decir que en toda la noche no me habian dejado cerrar los ojos á puro abrir los suyos. El carcelero, pareciéndole que por no dejarme zabullir en el horado le daría otro doblon, asió del caso, y mandóme bajar allá. Determinéme á consentir antes que á pellizcar el talego mas de lo que estaba. Fui llevado abajo, donde me recibieron con mucha albór-

hora y placer los camaradas y amigos. Dormí aquella noche algo desabrigado. Amaneció el Señor y salimos del calabozo. Vimonos las caras; y lo primero que nos fué notificado, fué dar para la limpieza (y no de la Virgen sin mancilla), só pena de culebrazo fino. Yo di luego seis reales: mis compañeros no tenían que dar, y así quedaron remitidos para la noche. Habia en el calabozo un mozo tuerto, alto, abigotado, mohino de cara, cargado de espaldas y de azotes en ellas: traia mas hierro que Vizcaya, dos pares de grillos y una cadena de portada. Llamábanle el Jayán: decia que estaba preso por cosas de aire; y así sospeché yo que era por algunos fuelles, chirimías ó abanillos. Y á los que le preguntaban si era por algo de esto, respondia que no, sino por pecados de atrás: yo pensé que por cosas viejas queria decir; y al fin averigüé que por puto. Quando el alcaide le reñia por alguna travesura, le llamaba botiller de verdugo, y depositario general de culpas. Otras veces le amenazaba diciendo: ¿qué te arriesgas, pobrete, con el que te ha de hacer humo? Dios es Dios, que te vendimie de camino. Habia confesado esto, y era tan maldito, que traíamos todos con carlanças las traseras como mastines, y no habia quien osase ventosear de miedo de acordarle donde tenia las asentaderas. Este hacia amistad con otro, que llamaban Robledo, y por otro nombre el Trezado. Decia que estaba preso por liberalidades; y apurado, eran de manos, en pescar lo que topaba. Habia sido mas azotado que postillon, porque todos los verdugos habian probado la mano en él. La cara tenia con tantas cuchilladas, que á descubrirse puntos, no se le ganára un flux. Tenia nones las

orejas, y pegadas las narices; aunque no tan bien como la cuchillada que se les partía. A estos se llegaban otros cuatro hombres (rapantes como leones de armas) todos agrillados, y condenados al hermano de Rómulo. Decían ellos que presto podían decir que habían servido á su rey por mar, y por tierra. No se podía creer la notable alegría con que aguardaban su despacho. Todos mohinos de ver que mis compañeros no contribuían, ordenaron á la noche de darles eulebrazo bravo con una soga dedicada al efecto. Vino la noche, fuimos ahuchados á la postrera faltriquera de la casa, mataron la luz, y yo metíme luego debajo de la tarima. Empezaron á silbar dos de ellos, y otro á dar sogazos. Los buenos caballeros (que vieron el negocio de revuelta) se apretaron de manera las carnes (ayunas, cenadas, comidas, y almorzadas de sarna, y piojos) que cupieron todos en un resquicio de la tarima. Estaban como liendres en cabellos, ó chinches en cama: sonaban los golpes en la tabla, y callaban los dichos. Los bellacos, viendo que no se quejaban, dejaron el dar azotes, y empezaron á tirar ladrillos, piedras, y cascote que tenían recogido. Allí fué ella, que uno le halló el cogote á don Toribio, y le levantó una pantorrilla en él de dos dedos. Comenzó á dar voces, que le mataban. Los bellacos, porque no se oyesen sus ahullidos, cantaban todos juntos, y hacían ruido con las prisiones. El, por esconderse, asió de los otros para meterse debajo. Allí fué el ver cómo con la fuerza que hacían les sonaban los huesos como tablillas de S. Lázaro. Acabaron su vida las ropillas: no quedaba andrajo en pie: menudeaban tanto las piedras, y cascotes, que dentro de poco

tiempo tenia el dicho don Toribio mas golpes en la cabeza que una ropilla abierta: y no hallando ningun remedio contra el granizo que sobre él llovía, viéndose cerca de morir mártir (sin tener cosa de santidad, ni aun de bondad) dijo que le dejasen salir, que él pagaria luego, y daria sus vestidos en prendas. Consintiéronselo, y á pesar de los otros que se defendian con él, descalabrado, y como pudo se levantó, y pasó á mi lado. Los otros, por presto que acordaron á prometer lo mismo, ya tenían las chollas con mas tejas que pelos. Ofrecieron para pagar la patente, sus vestidos, haciendo cuenta que era mejor estarse en la cama por desnudos que por heridos; y así aquella noche los dejaron estar, y á la mañana les pidieron que se desnudasen. Desnudáronse, y se halló que de todos sus vestidos juntos no se podía hacer una mecha á un candil. Quedáronse en la cama, digo envueltos en una manta; la cual era la que llamaban ruana, que es donde se espulgan todos. Empezaron luego á sentir su abrigo, porque habia piojo con hambre canina; y otro, que con un bocado de uno de ellos quebraba ayuno de ocho dias. Habialos frisiones, y otros que se podian echar á la oreja de un toro. Pensaron aquella mañana ser almorzados de ellos: quitáronse la manta, maldiciendo su fortuna, deshaciéndose á puras uñadas. Yo me salí del calabozo, diciendo que me perdonasen, si no les hacia mucha compañía, porque me importaba el no hacérsela. Torné á repasarle las manos al carcelero con tres de á ocho; y sabiendo quién era el escribano de la causa, enviéle á llamar con un picarillo. Vino, metile en un aposento, y empecéle á decir (después de haber tratado de la causa)

como yo tenia no sé qué dinero: supliquéle me lo guardase, y en lo que hubiese lugar favoreciese la causa de un hidalgo desgraciado, que por engaño habia incurrido en tal delito. Crea vmd. dijo (despues de haber pescado la mosca) que en nosotros está todo el juego: y que si uno dá en no ser hombre de bien, puede hacer mucho mal. Mas tengo yo en galeras de valde por mi gusto que hay letras en el proceso. Fiese de mí, y crea que le sacaré á paz, y á salvo. Fuese con esto, y volviése desde la puerta á pedirme algo para el buen Diego Garcia el alguacil, que importaba acallarle con mordaza de plata; y apuntóme no sé qué del relator para ayuda de comerse cláusula entera. Dijo: un relator, señor, con arquear las cejas, levantar la voz, dar una patada para hacer atender al alcalde divertido (que las mas veces lo están), y hacer una accion, destruye un cristiano. Dime por entendido, y añadió otros cincuenta reales; y en pago me dijo que enderezase el cuello de la capa, y dos remedios para el catarro que tenia de la frialdad de la cárcel; y últimamente me dijo: ahorre de pesadumbre, que con ocho reales que le dé al alcaide, le aliviará; que esta es gente que no hace virtud sino por interés. Cayóme en gracia la advertencia. Al fin él se fué, yo di al carcelero un escudo, quitóme los grillos, y dejábame entrar en su casa. Tenia una ballena por muger, y dos hijas del diablo, feas, necias, y de la vida, á pesar de sus caras. Sucedió que el carcelero (que se llamaba tal Blandonés de San Pablo, y la muger doña Ana Moraez) vino á comer, estando yo allí, muy enojado, y bufando: no quiso comer. La muger, recelando alguna gran pesadumbre, se llegó á él,

y le enfadó tanto con las acostumbradas importunidades, que dijo : ¿Qué ha de ser, si el bellaco ladrón de Almendros el aposentador me ha dicho (teniendo palabras con él sobre el arrendamiento) que vos no sois limpia? ¿Tantos rabos me ha quitado el bellaco? dijo ella. Por el siglo de mi abuelo, que no sois hombre, pues no le pelastes las barbas : ¿llamo yo á sus criados que me limpien? Y volviéndose á mí, dijo : vale Dios que no me podrá decir judía como él, que de cuatro cuartos que tiene, los dos son de villano, y los otros ocho maravedis de hebreo : á fé, señor don Pablo, que si lo oyera, que yo le acordára que tiene las espaldas en el aspa de san Andrés. Entonces, muy afligido el alcaide, replicó: ay muger! calle, porque dijo que en esa teniades vos dos, ó tres madejas: que lo sucio no os lo dijo por lo puerco, sino por el no comerlo. ¿Luego judía dijo que era? ¿Y con esa paciencia lo decís, buenos tiempos? Así sentís la honra de doña Ana Moraez, hija de Estefanía Rubio, y Juan de Madrid, que sabe Dios, y todo el mundo? ¿Cómo hija (dije yo) de Juan de Madrid? De Juan de Madrid (respondió ella) el de Auñón. Voto á N. que el bellaco que tal dijo es un judío, puto, y cornudo. Y volviéndome á ellas, dije : Juan de Madrid, mi señor, que esté en el cielo, fué primo hermano de mi padre, y daré yo probanza de quién es, y como, y esto me toca á mí; y si salgo de la cárcel, yo le haré desdecir cien veces al bellaco : ejecutoria tengo en el pueblo tocante á entrambos con letras de oro. Alegráronse mucho todos con el nuevo pariente, y cobraron ánimo con lo de la ejecutoria; y ni yo la tenia, ni sabia quienes eran. Comenzó el marido á quererse informar

:

del parentesco por menudo, y porque no me cogiese en mentira, hice que salía de enfado, votando, y jurando. Tuviéronme, diciendo, que no se tratase, ni pensase mas en ello. Yo de rato en rato salía muy al descuido, diciendo: Juan de Madrid? Burlando es la probanza que yo tengo suya. Otras veces decia: ¿Juan de Madrid el mayor? Su padre Juan de Madrid fué casado con Ana Acevedo la gorda; y callaba otro poco. Al fin, con estas cosas el alcaide me daba de comer, y cama en su casa; y el buen escribano (solicitado de él, y cohechado con el dinero) lo hizo tan bien: que sacaron la vieja delante de todos en un palafren pardo á la brida, con un músico de culpas delante. Era el pregon este: á esta muger por ladrona. Llevábale el compás en las costillas el verdugo, segun lo que le habian recitado los señores de los ropones. Seguian luego todos mis compañeros en los oberos de echar agua, sin sombreros, y las caras descubiertas. Sacábanlos á la vergüenza, y cada uno de puro roto llevaba la suya defuera. Desterráronlos por seis años: yo salí en fiado por virtud del escribano; y el relator no se descuidó porque mudó tono, habló quedo, brincó razones, y mascó clausulas enteras.

CAPITULO XVIII.

DE COMO TOME POSADA, Y LA DESGRACIA QUE EN
ELLA ME SUCEDIÓ.

Sali de la cárcel, halléme solo, y sin los amigos; y aunque me avisaron que iban camino de Sevilla á costa de la caridad, no les quise seguir. Deter-

minéme ir á una posada, donde halle una moza rubia, y blanca, miradora, alegre, á veces entremetida, á veces entresacada, y salida. Ceceaba un poco, tenia miedo á los ratones, preciábase de manos: y por enseñarlas, siempre despavilaba las velas, y partia la comida en la mesa: en la iglesia siempre tenia puestas las manos: por las calles iba enseñando qué cosa era de uno, y cuál era de otro: en el estrado de continuo tenia un alfiler que prender en el tocado: si se jugaba algun juego, era siempre al de pizpirigaña, por sercosa de mostrar manos: hacia que bostezaba adrede sin tener gana, por mostrar los dientes; y hacer cruces en la boca. Al fin, toda la casa tenia tan manoseada, que enfadaba ya á sus mismos padres. Hospedáronme muy bien en su casa, porque tenían trato de alquilarla, con muy buena ropa, á tres moradores. Fui el uno yo, el otro un portugués, y un catalan. Hiciéronme muy buena acogida. A mí no me pareció mal la moza para el deleite; y lo otro, la comodidad de hallármela en casa. Di en poner en ella los ojos: contábales cuentos, que yo tenia estudiados para entretener: traiales nuevas aunque nunca las hubiese: serviales en todo lo que era de valde. Dijelas que sabia encantamientos, que era nigromántico, que haria que pareciese que se hundia la casa, y que se abrasaba, y otras cosas que ellas (como buenas creedoras) tragaron. Grangéé una voluntad en todos agradecida, pero no enamorada; que como no estaba tan bien vestido como era razon (aunque ya me habia algo mejorado de ropa por medio del alcaide, á quien visitaba siempre, conservando la sangre á pura carne, y pan que le comia) no ha-

cian de mi el caso que era justo. Di para acreditar-me de rico, que lo disimulaba, en enviar á mi casa amigos á buscarme cuando no estaba en ella. Entró uno primero preguntando por el señor don Ramiro de Guzman; que así dije que era mi nombre, porque los amigos me habian dicho que no era de costa el mudarse los nombres, antes muy útil. Al fin preguntó por don Ramiro, un hombre de negocios rico, que hizo ahora dos asientos con el rey. Desconociéronme en esto las huéspedes, y respondieron que allí no vivia sino un don Ramiro de Guzman, mas roto que rico, pequeño de cuerpo, feo de cara, y pobre. Ese es (replicó) el que yo digo, y no quisiera mas renta al servicio de Dios que la que tiene de mas de dos mil ducados. Contóles otros embustes: quedáronse espantadas, y él las dejó una cédula de cambio fingida que traia á cobrar en mí de nueve mil escudos: díjoles que me la diesen para que la aceptase, y fuese. Creyeron la riqueza la niña y la madre, y acotáronme luego para marido. Vine yo con gran disimulacion, y en entrando me dieron la cédula, diciendo: dineros, y amor mal se encubren. señor don Ramiro: ¿cómo que nos esconda vmd. quién es, debiéndonos tanta voluntad? Yo hice como que me habia disgustado por el dejar de la cédula, y fuime á mi aposento. Era de ver cómo en creyendo que tenia dinero, me decian que todo me estaba bien. Celebraban mis palabras; no habia tal donayre como el mio. Yo que las ví tan cebadas, declaré mi voluntad á la muchacha, y ella me oyó contentísima, diciéndome mil lisonjas. Apartámonos, y una noche (para confirmarlas mas en mi riqueza) cerréme en mi aposento, que estaba dividido del su-

yo con un tabique muy delgado; y sacando cincuenta escudos, los conté tantas veces, que oyeron contarse seis mil escudos. Fue esto (de verme con tanto dinero) para ellas todo lo que podia desear, porque se desvelaban por regalarme, y servirme. El portugués se llamaba ó senhor Vasco de Menezes, caballero de la Cartilla, digo de Cristus. Traía su capa de luto, botas, cuello pequeño, y mostachos grandes. Ardía por doña Berenguela de Rebolledo (que así se llamaba): enamorábala sentándose á conversacion, suspirando mas que beata en sermon de cuaresma. Cantaba mal, y siempre andaba apuntando con el catalan; el cual era la criatura mas triste y miserable que Dios crió. Comía á tercianas, de tres á tres dias, y el pan tan duro, que apenas le podia morder un maldiciente. Pretendia por lo bravo, y sino era poner huevos no le faltaba otra cosa para ser gallina, porque cacareaba notablemente. Como vieron los dos que yo iba tan adelante dieron en decir mal de mi. El portugués decia que era un piojoso, picaro, desarropado: y el catalan me trataba de cobarde, y vil. Yo lo sabia todo, y á veces lo oía; pero no me hablaba con ánimo para responder. Al fin la moza me hablaba, y recibia mil billetes. Comenzaba por lo ordinario: este atrevimiento, su mucha hermosura de vdm., decia lo de me abraso: trataba de penar, ofreciame por esclavo, y firmaba el corazon con la saeta. Al fin llegamos á los tues, y yo (para alimentar mas el crédito de mi calidad) salíme de casa, alquilé una mula, y arrebozado; y mudando la voz, vine á la posada, y pregunté por mí mismo, diciendo: Si vivía allí su merced el señor don Ramiro de Guzman, señor de Valcerrado, y Vellore-

te. Aquí vive, respondió la niña, un caballero de este nombre, pequeño de cuerpo; y por las señas dije yo que era él, y la suplique que le dijese, que Diego de Solorzano, su mayordomo que fué de las depositarias, pasaba á las cobranzas y le había venido á besar las manos. Con esto me fui y volví á casa de allí á un rato. Recibiéronme con la mayor alegría del mundo, diciendo que para qué les tenía escondido el ser señor de Valcerrado, y Vellorete; y diéronme el recado. Con esto la muchacha se remató, codiciosa de marido tan rico, y trazó de que la fuese á hablar á la una de la noche por un corredor que caía á un tejado, donde estaba la ventana de su aposento. El diablo, que es agudo en todo, ordenó que venida la noche, y yo deseoso de gozar de la ocasión, me subiese al corredor; y por pasar desde él al tejado que había de ser, vánseme los pies, y doy en el de un vecino escribano tan desatinado golpe, que quebré todas las tejas, y quedaron estampadas en mis costillas. Al ruido despertó la media casa, y pensando que eran ladrones (que son antojadizos de ellos los de este oficio) subieron al tejado. Yo, que ví esto, quiseme esconder detras de una chimenea, y fué aumentar la sospecha, porque el escribano, dos criados, y un hermano me molieron á palos, y me ataron á vista de mi dama, sin bastarme ninguna diligencia. Mas ella se reía mucho, porque como yo la había dicho que sabía hacer burlas, y encantamientos, pensó que había caído por gracia, y nigromancia; y no hacía sino decirme que subiese, que bastaba ya. Con esto, y con los palos y puñadas que me dieron, daba ahullidos; y era lo bueno, que ella pensaba que todo era artificio, y no

acababa de reir. Comenzó luego á hacer la causa; y porque me sonaron unas llaves en la faltriquera, dijo, y escribió que eran ganzuas, aunque las vió, sin haber remedio de que no lo fuesen. Dijele que era don Ramiro de Guzman, y rióse mucho. Yo, triste, (que me habia visto moler á palos delante de mi dama, y me vi llevar preso sin razon, y con mal nombre) no sabia qué hacerme. Hincábame delante del escribano de rodillas, y rogábaselo por amor de Dios, y ni por esas, ni por esotras bastaba con el escribano á que me dejase. Todo esto pasaba en el tejado: que los tales aun de tejas arriba levantan falsos testimonios. Dieron orden de bajarme, y lo hicieron por una ventana, que caía á una pieza que servia de cocina.

CAPÍTULO XIX.

EN QUE SE PROSIGUE LO MISMO CON OTROS VARIOS
SUCESOS.

No cerré los ojos en toda la noche considerando mi desgracia, que no fué dar en el tejado, sino en las fieras y crueles manos del escribano; y cuando me acordaba de lo de las ganzuas, que decia haberme hallado en la faltriquera, y las hojas que habia escrito en la causa, eché de ver que no hay cosa que tanto crezca como culpa en poder de escribano. Pasé la noche en revolver trazas: unas veces me determinaba á rogárselo por Jesucristo; y considerando lo que él pasó con ellos vivo, no me atrevia. Mil veces me quise desatar, pero sentíame luego, y levantábase á visitarme los nudos,

que mas velaba él en cómo forjaria el embuste que yo en mi provecho. Madrugó al amanecer, y vistióse á tal hora, que en toda su casa no habia otros levantados sino él, y los testimonios. Agarró la correa, y volvióme á repasar muy bien las costillas, reprendiéndome el mal vicio de hurtar, como quien tambien lo sabia. En esto estábamos, él dándome, y yo casi determinado de darle á él dineros (que es la sangre con que se labra la dureza de semejantes diamantes), cuando incitados, y forzados de los amorosos ruegos de mi querida, que me habia visto caer, y apalear, desengañada de que no era encanto, sino desdicha, entraron el portugués y el catalan; y en viendo el escribano que me hablaban, desenvainando la pluma, los quiso esperar al punto por cómplices en el proceso. El portugués no lo pudo sufrir, y tratóle algo mal de palabras, diciéndole que él era caballero fidalgo de Casa del Rey, y que yo era un home muito fidalgo, y que era bellaqueria tenerme atado. Comenzóme á desatar, y al punto el escribano clamó con algazara: resistencia; y dos criados suyos (entre corchetes, y ganapanes) pisaron las capas, y deshiciéronse los cuellos, como lo suelen hacer para representar las puñadas que no ha habido, y pedian favor al rey. Los dos al fin me desataron; y viendo el escribano que no habia quien le ayudase, dijo: voto á tal que eso no se puede hacer conmigo, y que á no ser vmds. quien son, les podria costar caro. Manden contentar estos testigos, y echen de ver que les sirvo sin interés. Yo ví luego la letra, saqué ochø reales, y díselos: y aun estuve por volverle los palos que me habia dado; pero por no confesar que los habia recibido, lo dejé, y me fuí

con ellos, dándoles las gracias de mi libertad y rescate, con la cara rozada de puros mojicones, y las espaldas algo mohinas de los varapalos. Reíase el catalan mucho, y decia á la niña, que se casase conmigo para volver el refran al revés, que no fuese tras cornudo apaleado, sino tras apaleado cornudo. Tratábame de resuelto y sacudido por los palos. Traíame afrentado con estos equívocos. Si entraba á visitarlos, trataba luego de varear, otras veces de leña y madera. Yo, que me ví corrido, y afrentado, y que me iban dando en la flor de lo rico, comencé á tratar de salirme de casa; y para no pagar comida, cama, ni posada, que montaba algunos reales, y sacar mi hato libre, traté con un licenciado Brandalagas, natural de Hornillos, y con otros dos amigos suyos, que me viniesen una noche á prender. Llegaron la señalada, y requirieron á la huéspedea, que venian de parte del Santo Oficio, y que convenia secreto. Temblaron todos por lo que yo me habia hecho nigromántico con ellas. Al sacarme á mí callaron; pero al ver sacar el hato, pidieron embargo por la deuda; y respondieron que eran bienes de la inquisicion. Con esto no chistó alma terrena. Dejáronles salir, y quedaron diciendo que siempre lo temieron. Contaba al catalan y al portugués lo de aquellos que me venian á buscar, que eran demonios, y que yo tenia familiar; y cuando les contaba del dinero que yo habia contado, decian, que parecia dinero; pero que no lo era de ninguna suerte. Persuadiéronse á ello. Yo saqué mi ropa, y comida horra. Di traza con los que me ayudaron, de mudar de hábito, y ponerme calza de obra, vestido al uso, cuellos grandes, y un lacayo, en menudos dos lacayuelos,

que entonces era uso. Animáronme á ello, poniéndome por delante el provecho que se me seguiria de casarme con ostentacion, á título de rico, que era cosa que sucedia muchas veces en la córte; y aun añadieron que ellos me encaminarian á parte conveniente, y que me estuviese bien, y con algun arcaduz por donde se siguiese. Yo, negro codicioso de pescar muger, determinéme. Visité no sé cuantas almonedas, y compré mi aderezo de casar: supe donde se alquilaban caballos, y espetéme en uno el primer dia, y no hallé lacayo. Salíme á la calle Mayor, y púseme enfrente de una tienda de jaeces, como que concertaba alguno. Llegáronse dos caballeros, cada cual en su caballo: preguntáronme si concertaba uno de plata que tenia en las manos. Yo solté la presa, y con mil cortesias los detuve un rato. En fin, digeron que se querian ir al Prado á bureo; y yo (que si no lo tenian á enfado) los acompañaria. Dejé dicho al mercader, que si venian allí mis pages, y un lacayo, que los encaminase al Prado: di señas de la librea, metime entre los dos, y caminamos. Yo iba considerando que á nadie que nos veia era posible el determinar, y juzgar cuyos eran los pages, y lacayos, ni cual era el que no los llevaba. Empecé á hablar muy recio de las cañas de Talavera, y de un caballo que tenia porcelana. Encarecíles mucho el Roldanesco, que esperaba que me habian de traer de Córdoba. En topando algun page, caballo, ó lacayo, les hacia parar, y les preguntaba cuyo era, y tambien decia de las señas, y si le querian vender. Haciale dar dos vueltas en la calle; y aunque no la tuviese, le ponía una falta en el freno, y decia lo que habia de hacer para remediarla. Quiso mi ventura que topé

muchas ocasiones de hacer esto. Y porque los otros iban embelesados, y á mi parecer diciendo quien será este lagarote escuderon, porque el uno llevaba un hábito en los pechos, y el otro una cadena de diamantes, que era hábito, y encomienda todo junto, dije yo, que andaba en busca de buenos caballos para mí, y otro primo mio, que entráramos en unas fiestas. Llegamos al Prado, y en entrando saqué el pié del estribo, y puse el talon por defuera, y empecé á pasear. Llevaba la capa echada sobre el hombro, y el sombrero en la mano. Mirábanme todos: cual decia: este yo le he visto á pié; otro: lindo vá el buscon. Yo hacia como que no oia nada, y paseábame. Llegaron á un coche de damas los dos, y pidiéronme que picardease un rato. Dejéles la parte de las mozas, y tomé el estribo de madre y tia. Eran las vejezuelas alegres: la una de cincuenta, y la otra punto menos. Dijelas mil ternezas, y oíanme (que no hay muger, por vieja que sea, que tenga tantos años como presuncion). Prometilas regalos, y preguntélas del estado de aquellas señoras, y respondieron que doncellas; y se les echaba de ver en la plática. Yo dije lo ordinario, que las viesen colocadas como merecian, y agradóles mucho la palabra colocadas. Preguntáronme tras esto que en qué me entretenia en la córte? Yo les dije que en huir de un padre, y madre, que me querian casar contra mi voluntad con muger fea, necia, y mal nacida, por el mucho dote. Y yo, señoras, quiero mas una muger limpia en cueros, que una judia poderosa; que (por la bondad de Dios) mi mayorazgo vale al pié de cuarenta mil ducados de renta. Y si salgo con un pleito que traigo en buenos puntos, no habré

menester nada. Saltó tan presto la tia: ¡ay señor, y cómo le quiero bien! no se case sino con su gusto, y muger de casta; que le prometo que con no ser yo muy rica, no he querido casar mi sobrina (con salirle ricos casamientos) por no ser de calidad. Ella pobre es, que no tiene sino seis mil ducados de dote; pero no debe nada á nadie en sangre. Eso creo yo muy bien (dije yo). En esto las doncellitas remataron la conversacion con pedir algo de merendar á mis amigos. Mirábase el uno al otro, y á todos tiembla la barba. Yo, que vi la ocasion dije que echaba menos mis pages, por no tener con quien enviar á casa por unas cajas que tenia. Agradeciéronmelo, y las supliqué se fuesen á la casa de campo al otro dia, y que yo las enviaria algo fiambre. Aceptaron luego: dijéronme su casa, y preguntaron la mia; y con esto se apartó el coche, y yo, y los compañeros comenzamos á caminar á casa. Ellos, que me vieron largo en lo de la merienda, aficionáronseme: y por obligarme, me suplicaron cenase con ellos aquella noche. Hiceme algo de rogar, aunque poco, y cené con ellos, haciendo bajar á buscar á mis criados, y jurando de echarlos de casa. Dieron las diez, y yo dije que era plazo de cierto martelo, y que así me diesen licencia. Fuime, quedando concertado de vernos á la tarde del otro dia en la casa de campo. Fui á dar el caballo al alquilador, y desde allí á mi casa, donde hallé á los compañeros jugando quinollas. Contéles el caso, y el concierto hecho, y determinamos enviar la merienda sin falta, y gastar doscientos reales en ella. Acostámonos con estas determinaciones. Yo confieso que no pude dormir en toda la noche con el cuidado de lo que habia de hacer

con el dote; y lo que mas me tenia en duda era el hacer de él una casa, ó darlo á censo, que no sabia yo qué sería mejor ó demas provecho para mí.

CAPITULO XX.

EN QUE SE PROSIGUE EL CUENTO, CON OTROS SUCEOS
Y DESGRACIAS NOTABLES.

Amaneció, y despertamos á dar traza en los criados, plata, y merienda. Al fin, como el dinero ha dado en mandarlo todo, y no hay quien le pierda el respeto, pagádoselo á un repostero de un señor, me dió, plata, y la sirvió él, y tres criados. Pasóse la mañana en aderezar lo necesario, y á la tarde ya yo tenia alquilado un caballico. Tomé el camino á la hora señalada para la casa de campo. Llevaba toda la pretina llena de papeles, como memoriales. y desabotonados seis botones de la ropilla asomándose alguno de ellos. Llegué, y estaban allá las dichas, los caballeros, y todo. Recibieronme ellas con mucho amor, y ellos, llamándome de vos en señal de familiaridad. Habia dicho que mellamaba don Felipe Tristan; y en todo el dia no habia otra cosa sino don Felipe acá, y don Felipe allá. Yo comencé á decir que me habia visto tan ocupado con negocio de S. M. y cuentas de mi mayorazgo. que habia temido en no poder cumplir; y que así les apercibia á merienda de repente. En esto llegó el repostero con su jarcia, plata, y mozos: los otros, y ellas no hacian sino mirarme, y callar. Mandé que fuese al cenador, y que aderezase allí, que entretanto nos íbamos á los estanques. Llegáronse á mí

las viejas á hacerme regalos, y holguéme de ver descubiertas las niñas, porque no he visto desde que Dios me crió tan linda cosa como aquella en quien yo tenia asestado mi matrimonio: blanca, rubia, colorada, boca pequeña, dientes menudos, y espesos, buena nariz, ojos rasgados, y verdes, alta de cuerpo, lindas manazas, y zazositas. La otra no era mala; pero tenia mas desenvoltura, y dábame sospechas de hocicada. Fuimos á los estanques, vimoslo todo, y en el discurso conocí que la mi desposada corria peligro en tiempo de Herodes por inocente: no sabia hablar; pero como yo no quiero á las mugeres para consejeras, ni bufonas, sino para acostarme con ellas; y si son feas, y discretas, es lo mismo que acostarse con Aristóteles, ó Séneca, ó con un libro, procúrolas de buenas partes para el arte de las ofensas: esto me consoló. Llegamos cerca del cenador, y al pasar de una enramada prendióseme en un árbol la guarnición del cuello, y desgarróseme un poco. Llegó la niña, y prendiómela con un alfiler de plata, y dijo la madre que enviase el cuello á su casa al otro dia, que allá le aderezaria doña Ana, que así se llamaba la niña. Estaba todo cumplidísimo, mucho que merendar, caliente, y fiambre, frutas, y dulces. Levantaron los manteles: y estando en esto ví venir un caballero con dos criados por la huerta adelante; y cuando menos me cató, conozco á mi buen don Diego Coronel. Acercóse á mí, y como estaba en aquel hábito, no hacia sino mirarme. Habló á las mugeres, y tratólas de primas, y á todo esto no hacia sino volver á mirarme. Yo me estaba hablando con el repostero; y los otros dos, que eran sus amigos, estaban en gran conversacion

con él. Preguntóles (segun se echó de ver despues) mi nombre, y ellos dijeron: don Felipe Tristan, un caballero muy honrado, y rico. Veáme, y santi- guábase. Al fin, delante de ellas, y de todos se lle- gó á mi, y dijo: vmd. me perdone, que por Dios que le tenia, hasta que supe su nombre, por bien diferente de lo que es; que no he visto cosa tan parecida á un criado que tuve en Segovia, que se llamaba Pablillos, hijo de un barbero del mismo lugar. Riéronse todos mucho, y yo me esforcé, pa- ra que no me desmintiese la color, y dijele que tenia deseo de ver aquel hombre, porque me ha- bían dicho infinitos que le era parecidísimo. Jesus! (hacia el don Diego) ¿cómo parecido? El talle, la habla, los meneos, no he visto tal cosa. Digo, se- ñor, que es admiracion grande, y que no he visto cosa tan parecida. Entonces las viejas, tia, y ma- dre, dijeron que cómo era posible que un caballe- ro tan principal se pareciese á un picaron tan bajo como aquel: y (porque no se sospechase nada de ellas) dijo la una: yo le conozco muy bien al señor don Felipe, que es el que nos hospedó por orden de mi marido en Ocaña. Yo entendí la letra, y dije que mi voluntad era, y seria servir las con mi po- ca posibilidad en todas partes. El don Diego se me ofreció, y pidió perdon del agravio que me habia hecho en tenerme por el hijo del barbero; y aña- dia: no lo creerá vmd., su madre era hechicera, su padre ladron, su tio verdugo, y él el mas ruin hombre, y el mas mal inclinado que Dios tiene en el mundo. ¿Qué sentiria yo oyendo decir de mí en mi cara tan afrentosas cosas? Estaba (aunque lo di- simulaba) como en brasas. Tratamos de venirnos al lugar yo, y los otros dos, y nos despedimos, y don

(Diego se entró con ellas en el coche. Preguntólas que qué era la merienda, y el estar conmigo; y la madre, y tía dijeron como yo era un mayorazgo de tantos ducados de renta, y que me quería casar con Anica: que se informase, y veria era cosa, no solo acertada, sino de mucha honra para todo su linage. En esto pasaron el camino hasta su casa, que era en la calle del Arrenal, á San Felipe. Nosotros nos fuimos á casa juntos como la otra noche: pidiéronme que jugase, codiciosos de pelarme: yo entendiles la flor, y sentéme; sacaron naipes (eran hechizos como pasteles): perdi una mano, di en firme por abajo, y ganéles cosa de trecientos reales, y con tanto me despedí, y vine á mi casa. Topé á mis compañeros, licenciado Brandalagas, y Pero Lopez, los cuales estaban estudiando en unos dados tretas flamantes, y en viéndome lo dejaron por preguntarme lo que me habia sucedido: no les dije mas de que me habia visto en un grande aprieto. Contéles como me habia topado con don Diego, y lo que me habia sucedido; consoláronme, aconsejando que disimulase y no desistiese de la pretension por ningun camino, ni manera. En esto supimos que se jugaba en casa de un vecino boticario juego de parar: entendialo yo entonces razonablemente, porque tenia mas flores que un mayo, y barajas hechas lindas, determinamos de ir á darles un muerto (que así llaman al enterrar una bolsa): envié los amigos delante, entraron en la pieza, y dijeron si gustarian de jugar con un fraile benito, que acababa de llegar á curarse en casa de unas primas suyas, que venia enfermo, y traia mucho del real de ocho y escudo. Crecióles á todos el ojo, y clamaron:

venga el fraile en hora buena. Es hombre muy grave en la orden (replicó Pero Lopez), y como ha salido se quiere entretener, que él mas lo hace por la conversacion: venga, y sea por lo que fuere. Por el recato, dijo Brandalagas. No hay tratar de mas, respondió el huésped. Con esto ellos quedaron ciertos del caso, y creida la mentira. Vinieron los acólitos: ya yo estaba con un tocador en la cabeza, mi hábito de fraile benito (que en cierta ocasion vino á mi poder), unos anteojos, y la barba, que por ser atusada no desayudaba. Entré muy humilde, sentéme, comenzóse el juego, ellos levantaban bien, é iban tres al mohino; pero quedaron mohinos los tres, porque yo, que sabia mas que ellos, les di tal gatada, que en espacio de tres horas me llevé mas de mil y trescientos reales. Dí barato, y con mi Loado el Señor me despedí, encargándoles que no recibiesen escándalo de verme jugar, que era entretenimiento, y no otra cosa. Los otros (que habian perdido cuanto tenian) dábanse á mil diablos: despedime, y salimos fuera. Venimos á casa á la una y media, y acostámonos despues de haber partido la ganancia. Consoléme con esto en algo de lo sucedido, y á la mañana me levanté á buscar mi caballo, y no hallé por alquilar ninguno; en lo cual conocí que habia otros muchos como yo; pues andar á pie parecia mal, y mas entonces. Fuíme á San Felipe, y topéme con un lacayo de un letrado, que tenia un caballo, y le aguardaba, que se habia acabado de apearse á oír misa; metíle cuatro reales en la mano, porque mientras su amo estaba en la iglesia me dejase dar dos vueltas en el caballo por la calle del Arrenal, que era la de mi señora. Consintió, subí en

él y di dos vueltas calle arriba, y calle abajo, sin ver nada: y al dar la tercera, asomóse doña Ana. Yo, que la ví, y no sabia las mañas del caballo ni era buen ginete, quise hacer galanterías, dile dos varazos, tiréle de la rienda, empinóse, y tirando dos coces, aprieta á correr, y dá conmigo por las orejas en un charco. Yo, que me ví así, rodeado de niños que se habian llegado (y delante de mi dama), empecé á decir: ¡Oh hi de puta, no fuérais vos Valenzuela! estas temeridades me han de acabar: habíanme dicho las mañas, y quise porfiar con él. Traia el lacayo ya el caballo, que se paró luego: yo torné á subir, y al ruido se habia asomado don Diego Coronel (que vivia en la misma casa de sus primas). Yo que le ví, me demudé. Preguntóme si habia sido algo: dije que no, aunque tenia estropeada una pierna. Dábame el lacayo priesa que no saliese su amo, y lo viese; que habia de ir á palacio. Y soy tan desgraciado, que estándome diciendo que nos fuésemos, llega por detrás el letradillo, y conociendo su rocin, arremete al lacayo, y empieza á darle de puñadas, diciendo en altas voces, que qué bellaquería era dar su caballo á nadie; y lo peor fué que volviéndose á mí, me dijo que me apease con Dios, muy enojado. Todo esto pasaba delante de mi dama, y de don Diego. No se ha visto en tanta vergüenza ningun azotado. Estaba tristísimo, y con mucha razon, de ver dos desgracias tan grandes en un palmo de tierra. Al fin me hube de apear. Subió el letrado, y fuese; y yo por hacer la deshecha, quedé hablando desde la calle con don Diego, y dije: en mi vida subí en tan mala bestia: está ahí mi caballo obero en San Felipe, y es muy desbocado en la carrera, y tro-

ton: dije como yo lo corria, y hacia parar: dijeron que allí estaba uno en que no lo haria (y era de este licenciado). Quise probarlo: no se puede creer qué duro es de caderas; y con tan mala silla, que fué milagro no matarme. Si fué, dijo don Diego; y con todo parece que se siente vmd. de esa pierna. Si siento, dije yo entonces; y me querria ir á tomar mi caballo, y á casa. La muchacha quedó en muy gran manera satisfecha, y con lástima, y sentimiento (como se lo eché de ver) de mi caída: mas el don Diego cobró mala sospecha de lo del letrado, y lo que habia pasado en la calle: y fué totalmente causa de mi desdicha, fuera de otras muchas que me sucedieron; y la mayor, y fundamento de las otras, fué, que cuando llegué á casa, y fui á ver una arca, á donde tenia en una maleta todo el dinero que me habia quedado de mi herencia, y de lo ganado al juego, menos cien reales que yo traia conmigo, hallé que el buen licenciado Brandalagas, y Pero Lopez habian cargado con ello; y no parecian. Quedé como muerto, sin saber qué consejo tomar de mi remedio. Decia entre mí: ¡Mal haya quien fia en hacienda mal ganada, que se vá como se viene! ¡Triste de mí! ¿qué haré? No sabia si ir á buscarlos, si dar parte á la justicia. Esto no me parecia bien, porque si los prendian, habian de achacar lo del hábito, y otras cosas, y era morir en la horca: pues seguirlos; nó sabia por donde. Al fin por no perder tambien el casamiento (que ya me consideraba remediado con el dote) determiné de quedarme, y apretarlo sumamente. Comí, y á la tarde alquilé mi caballico, y fuime hácia la calle de mi dama; y como no llevaba lacayo, por no pasar sin él, aguar-

daba á la esquina , antes de entrar , á que pasase algun hombre que lo pareciese , y en pasando , partia detras de él , haciéndole lacayo sin serlo ; y en llegando al fin de la calle , metíame detras , hasta que volviese otro que lo pareciese , y asi daba otra vuelta . Yo no sé si fué la fuerza de la verdad de ser yo el mismo pícaro que sospechaba don Diego , ó si fué la sospecha del caballo , y lacayo del letrado , ó que se fué , que él se puso á inquirir quién era , y de qué vivia , y me espiaba . En fin , tanto hizo , que por el mas extraordinario camino del mundo supo la verdad ; porque yo apretaba en lo del casamiento por papeles bravamente ; y él , acosado de ellas , que tenian gana de acabarlo , andando en mi busca , topó con el licenciado Flechilla (que fué el que me convidó á comer cuando yo estaba con los caballeros) , y este , enojado de que yo no le habia vuelto á ver , hablando con don Diego , y sabiendo como yo habia sido su criado , le dijo de la suerte que me encontró cuando me llevó á comer ; y que no habia dos dias que me habia topado á caballo muy bien puesto , y le habia contado como me casaba riquisimamente . No aguardó mas don Diego ; y volviéndose á su casa , encontró con los dos caballeros del habito , y la cadena , amigos míos , junto á la Puerta del Sol , y contóles lo que pasaba , y dijoles que se aparejasen , y en viéndome á la noche en la calle , me magullasen los cascos , que me conocerian en la capa que él traia , que la llevaria yo . Concertáronse ; y entrando en la calle , topáronme , y disimuláronse de suerte los tres , que jamás pensé que eran tan amigos míos como entonces . Estuvimos en conversacion tratando de lo que seria bien hacer á la

noche hasta el Ave Maria. Entonces, despidiéndose los dos, echaron hácia abajo, y yo, y don Diego, quedamos solos, y echamos á San Felipe. Llegando á la entrada de la calle de la Paz dijo don Diego: por vida de don Felipe que troquemos las capas, que me importa pasar por aquí, y que no me conozcan: sea en buena hora, dije yo: tomé la suya inocentemente, y dile la mia en mala: ofrecile mi persona para hacerle espaldas; mas él (que tenia trazado deshacerme las mias) dijo que le importaba ir solo; que me fuese. No bien me aparté de él con su capa, cuando ordena el diablo que dos que le aguardaban para cintarearlo por una mugercilla, entendiendo por la capa que yo era don Diego, levantan, y empiezan una lluvia de espaldarazos sobre mi: di voces, y en ellas, y la cara conocieron que no era yo: huyeron, y quedéme en la calle con los cintarazos: disimulé tres ó cuatro chichones que tenia, y detúveme un rato, que no osé entrar en la calle de miedo. En fin, á las doce, que era la hora que solia hablar á mi dama, llegué á la puerta, y emparejando, cierra conmigo uno de los dos (que me aguardaban por don Diego), y con un garrote dame dos palos en las piernas, y derribame en el suelo, y llega el otro, y dame un trasquilon de oreja á oreja, quitanme la capa, y déjanme en el suelo, diciendo: asi pagan los picaros embustidores mal nacidos. Comencé á dar gritos, y á pedir confesion; y como no sabia lo que era, sospechaba por las palabras que acaso era el huésped, de quien me habia salido con la traza de la inquisicion, ó el carcelero burlado, ó mis compañeros huidos; y al fin yo esperaba de tantas partes la cuchillada, que no sabia á quien echársela;

pero nunca sospeché en don Diego, ni en lo que era. Daba voces á los capeadores; y á ellas vino la justicia: levantáronme; y viendo mi cara con una zanja de un palmo, y sin capa, ni saber lo que era asíéronme para llevarme á curar. Metiéronme en casa de un barbero: curóme: preguntáronme donde vivia, y lleváronme allá: acostéme, y quedé aquella noche confuso y pensativo, viendo mi cara partida en dos pedazos, magullado el cuerpo, y tan lisiadas las piernas de los palos, que no me podia tener en ellas, ni las sentia. Yo quedé herido, ro-bado, y de manera, que ni podia seguir á los ami-gos, ni tratar del casamiento, ni estar en la córte, ni ir fuera.

CAPITULO XXI.

DE MI CURA, Y OTROS SUCESOS PEREGRINOS.

He aqui á la mañana amanece á mi cabecera la huéspedada de casa, vieja de bien, edad de marzo, cincuenta y cinco, con su rosario grande, y su cara hecha en orejon, ó cáscara de nuez, segun estaba arada. Tenia buena fama en el lugar, y echábase á dormir con ella, y con cuantos querian, templaba gustos, y careaba placeres: llamábase tal de la Guia: alquilaba su casa, y era corredora para alquilar otras. En todo el año no se vaciaba la posada de gente. Era de ver cómo ensayaba una muchacha en el taparse, enseñándola lo primero cuáles cosas habia de descubrir de su cara. A la de buenos dientes, que riese siempre, hasta en los pésames: á la de buenas manos, se las enseñaba á esgrimir: á la rubia un bamboléo de

cabellos, y un asomo de guedejas por el manto, y la toca: á buenos ojos, lindos bayles con las niñas, ya dormidillos, cerrándolos, ya elevaciones mirando arriba. Pues tratada en materia de afeytes: cuervos entraban, y les corregia las caras, que al entrar en sus casas, de puro blancas no las conocian sus maridos; y en lo que ella era mas estremada, era en remendar virgos, y adobar doncellas. En solos ocho dias que yo estuve en casa la vi hacer todo esto; y para remate de lo que era, enseñaba á pellar, y á las mugeres refranes que dijesen. Allí les decia cómo habian de engazar la joya, las niñas por gracia, las mozas por deuda, y las viejas por respeto, y obligacion. Enseñaba pediduras para dinero seco, y pediduras para cadenas, y sortijas. Citaba á la Vidaña, su concurrente en Alcalá, y á la Planosa en Burgos, mugeres de todo embustir. Esto he dicho para que se me tenga lástima de ver á las manos que vine, y se ponderen mejor las razones que me dijo; y empezó por estas palabras (que siempre hablaba por refranes): de dó sacan, y no ponen (hijo don Felipe) presto llegan al hon-don: de tales polvos tales lodos, de tales bodas tales tortas. Yo no te entiendo, ni sé tu manera de vivir: mozo eres: no me espanto que hagas algunas travesuras, sin mirar que durmiendo caminamos á la huesa. Yo, como monton de tierra, te lo puedo decir. ¿Qué cosa es que me digan á mí que has desperdiciado mucha hacienda sin saber cómo; y que te han visto aquí ya estudiante, ya pícaro, ya caballero, y todo por las compañías? Dime con quién andas, hijo, y diréte quién eres: cada oveja con su pareja: sábeta (hijo) que de la mano á la boca se pierde la sopa. Anda bobillo, que si te in-

quietan mugeres, bien sabes tú que soy yo fiel perpétuo en esta tierra de esa mercadería, y que me sustento de las posturas, así que enseñe, como que pongo, y quedámonos con ellas en la casa; y no andarte con un picaro, y otro picaro, tras una alcorzada, y otra redomada, que gasta las faldas con quien hace sus mangas. Yo te juro que hubieras ahorrado muchos ducados, si te hubieras encomendado á mi, porque no soy nada amiga de dineros. Y por mis entenados, y difuntos, y así yo haya buen casamiento, que aun los que me debes de la posada no te los pidiera ahora á no haberlos menester para unas candelicas, y hierbas. (Que trataba en botes sin ser boticario; y si la untaban las manos, se untaba, y salía de noche por la puerta del humo.) Yo, que ví que habia acabado la plática, y sermon en pedirme, que con ser su tema acabó en él, y no comenzó como todos lo hacen, no me espanté de la visita, que no me la habia hecho otra vez mientras habia sido su huésped, sino fué un dia que me vino á dar satisfaciones de que habia oido que me habian dicho no sé qué de hechizos, y que la quisieron prender, y escondió la calle, y casa. Vinome á desengañar, y á decir que era otra Guia; y no es de espantar que con tales guias vamos todos descaminados. Yo la conté su dinero; y estándosele dando, la desventura, que nunca me olvida, y el diablo que se acuerda de mí, trazó que la vinieron á prender por amancebada, y sabian que estaba el amigo en casa. Entraron en mi aposento; y como me vieron en la cama, y ella conmigo, cerraron conmigo, y con ella, y diéronme cuatro, ó seis empellones muy grandes, y arrastráronme fuera de la cama; y á ella

la tenían asida otros dos, tratándola de alcahueta, y bruja. ¡Quién tal pensara de una muger que hacia la vida referida! A las voces que daba el alguacil, y mis grandes quejas, el amigo, que era un frutero que estaba en el aposento de adentro, dió á correr: ellos que lo vieron, y supieron (por lo que decia otro huésped de casa) que yo no lo era arrancaron tras el pícaro: asíéronle, y dejáronme repelado, y apuñeteado, y con todo mi trabajo me reía de lo que los picarones decian á la vieja; porque uno la miraba, y decia: ¡Qué bien os estará una mitra, madre; y lo que me holgaré de veros consagrar tres mil nabos á vuestro servicio! Otro: ya tienen escogidas plumas los señores alcaldes, para que entreis bizarra. Al fin, trajeron al picaron, y atáronlos á entrambos. Pidiéronme perdon, y dejáronme solo. Yo quedé en algo aliviado de ver á mi buena huéspeda en el estado en que tenia sus negocios; y así no me quedaba otro cuidado sino el de levantarme á tiempo que la tirase mi naranja, aunque (segun las cosas que contaba una criada que quedó en casa) desconfié de su prision, porque me dijo no sé qué de volar, y otras cosas que no me sonaron bien. Estuve en la casa curándome ocho dias, y apenas podia salir. Diéronme doce puntos en la cara, y hube de ponerme muletas. Halléme sin dinero, que los cien reales se consumieron en la cama, comida, y posada; y así, por no hacer mas gasto, no teniendo dinero, determinéme de salir con dos muletas de la casa, y vender mi vestido, cuellos y jubones, que era todo muy bueno. Hicelo, y compré con lo que dieron, un colete de cordoban viejo, un jubonazo de estopa famoso, mi gaban de pobre, remendado y largo,

mis polainas, y zapatos grandes: la capilla del gaban en la cabeza, un Cristo de bronce colgado del cuello, y un rosario. Impúsome en la voz y frases doloridas de pedir, un pobre que entendia bien del arte: y asi comencé luego á exercitarlo por las calles. Cosímesesenta reales, que mesobraron, en el jubon; y con esto me meti á pobre, fiado en mi buena prosa. Anduve ocho dias por las calles ahullando en esta forma, con voz dolorida, y reclamamiento de plegarias: dadle, buen cristiano, siervo del Señor, al pobre lisiado y llagado; que me veo, y me deseo. Esto decia los dias de trabajo; pero los de fiesta comenzaba con diferente voz y decia: fieles cristianos, y devotos del Señor, por tan alta princesa como la reina de los Angeles, madre de Dios, dadle limosna al pobre tullido, y lastimado de la mano del Señor. Y paraba un poco, que es grande importancia, y luego añadia: un aire corruuto en hora menguada, trabajando en una viña, me trabó mis miembros; que me vi sano y bueno, como seven, y se vean: loado sea Dios. Venian con esto los ochavos trompicando, y ganaba mucho dinero; y ganára mas, si no se me atravesára un moceton mal carado, manco de los brazos, y con una pierna menos, que me rondaba las mismas calles en un carreton, y cogia mas limosna, con pedir mal criado. Decia con voz ronca, rematando en chillido: acordáos, siervos de Jesucristo, del castigo del Señor por mis pecados: dadle al pobre lo que Dios reciba; y añadia: por el buen Jesús; y ganaba que era un juicio. Yo advertí, y no dije mas Jesus; quitábale la s, y movia á mas devocion. Al fin yo mudé de frasecicas, y cogia maravillosa mosca. Llevaba metidas entrambas piernas en

una bolsa de cuero, y liadas, y mis dos muletas. Dormía en un portal de un cirujano con un pobre de canton (uno de los mayores bellacos que Dios crió): estaba riquísimo, y era como nuestro rector: ganaba mas que todos: tenía una potra muy grande, y atábase con un cordel el brazo por arriba, y parecía que tenía hinchada la mano, y manca, y con calentura todo junto. Poníase echado boca arriba en su puesto, y con la potra de fuera, tan grande como una bola de puente, y decía: ¡Miren la pobreza y regalo que hace el Señor al cristiano! Si pasaba muger, decía: señora hermosa, sea Dios en su ánima; y las mas, porque las llamase así, le daban limosna, y pasaban por allí, aunque no fuese camino para sus visitas. Si pasaba un soldadico: ¡Ah señor capitán! (decía); y si otro hombre cualquiera: ¡Ah señor caballero! Si iba alguno en coche, luego le llamaba señoría; y si clérigo en mula, señor arcediano: en fin él adulaba terriblemente. Tenía modo diferente para pedir los días de los santos; y vine á tener tanta amistad con él, que me descubrió un secreto, que en dos días estuvimos ricos; y era, que este tal pobre tenía tres muchachos pequeños, que recogían limosna por las calles, y hurtaban lo que podían. Dábanle cuenta á él, y todo lo guardaba: iba á la parte con dos niños de cajeta en las sangrias que hacían de ellas. Yo, con los consejos de tan buen maestro, y con las lecciones que me daba, tomé el mismo arbitrio, y me encaminó la gentecilla á propósito. Halléme en menos de un mes con mas de docientos reales horros; y últimamente me declaró (con intento que nos fuésemos juntos) el mayor secreto, y la mas alta industria que cupo en mendigo, y la hicimos

entrambos; y era, que hurtábamos niños cada día entre los dos, cuatro, ó cinco: pregonábanlos, y salíamos nosotros á preguntar las señas, y decíamos: por cierto, señor, que lo topé á tal hora, y que si no llevo, que lo mata un carro: en casa esta. Dábanos el hallazgo, y venimos á enriquecer de manera, que me hallé yo con cincuenta escudos, y ya sano de las piernas, aunque las traía entrapajadas. Determiné de salirme de la corte, y tomar mi camino para Toledo, donde ni conocía ni me conocía nadie. Al fin yo me determiné, compré un vestido pardo, cuello y espada, y despedíme de Valcazar (que era el pobre que dije), y busqué por los mesones en que ir á Toledo.

CAPITULO XXII.

EN QUE ME HAGO REPRESENTANTE, POETA, Y GALAN DE MONJAS. CUYAS PROPIEDADES SE DESCUBREN LINDAMENTE.

En una posada topé una compañía de farsantes: que iban á Toledo; llevaban tres carros, y quiso Dios que entre los compañeros iba uno que lo habia sido mio del estudio en Alcalá, y habia renegado, y metidose al oficio. Díjele lo que me importaba el ir allá: y salir de la corte; y apenas el hombre me conocia con la cuchillada, y no hacia sino santiguarse, *per signum crucis*. Al fin me hizo amistad (por mi dinero) de alcanzar de los demás lugar, para que yo fuese con ellos. Ibamos barajados hombres y mugeres; y una entre ellas, la bai-

larina, que tambien hacia las reinas, y papeles graves en la comedia, me pareció estremada sabandija. Acertó á estar su marido á mi lado, y yo sin pensar á quien hablaba, llevado del deseo de amor, y gozarla dijele: ¿ esta muger por qué orden la podríamos hablar, para gastar con ella veinte escudos, que me ha parecido hermosa? No me está bien á mí el decirlo, que soy su marido (dijo el hombre), ni tratar de eso: pero sin pasion (que no me mueve ninguna) se puede gastar con ella cualquier dinero, porque tales carnes no tiene el suelo, ni tal juguetoncica; y diciendo esto saltó del carro, y fuese al otro, segun pareció, por darme lugar á que la hablase. Cayóme en gracia la respuesta del hombre, y eché de ver que por estos se puede decir que tienen mugeres como sino las tuviesen, torciendo la sentencia en malicia. Yo gocé de la ocasion, y preguntóme que adonde iba, y algo de mi hacienda, y vida. Al fin dejamos, tras muchas palabras, para Toledo las obras; ibamos holgando por el camino mucho. Yo (acaso) comencé á representar un pedazo de la comedia de san Alejo, que me acordaba de cuando muchacho, y representélo de suerte, que les di codicia; y sabiendo (por lo que yo le dije á mi amigo, que iba en la compañía) mis desgracias, y descomodidades, díjome que si queria entrar en la danza con ellos? Encarecióme tanto la vida de la farándula, que yo, que tenia necesidad de arrimo, y me habia parecido bien la moza, concertéme por dos años con el autor; hícele escritura de estar con él, y dióme mi racion, y representaciones, y con tanto llegamos á Toledo. Diéronme que estudiase tres, ó cuatro loas, y papeles de barba, que los acomodaba bien con mi voz. Yo puse cuidado en todo, y eché la primera loa en

el lugar: era de una nave (de lo que son todas) que venia destrozada, y sin provision; y decia lo de: este es el puerto: llamaba á la gente senado: pedía perdon de las faltas, y silencio, y entréme. Hubo un vitor de rezado, y al fin parecí bien en el teatro. Representamos una comedia de un representante nuestro, que yo me admiré de que fuesen poetas, porque pensaba que el serlo era de hombres muy doctos y sabios, y no de gente tan sumamente lega; y está ya de manera esto, que no hay autor que no escriba comedia, ni representante que no haga su farsa de moros, y cristianos: que me acuerdo yo antes, que sino eran comedias del buen Lope de Vega, y Ramon, no habia otra cosa. Al fin, la comedia se hizo el primer dia, y no la entendió nadie: al segundo empezámosla: y quiso Dios que empezaba por una guerra, y salia yo armado, y con rodela; que si no, á manos de mal membrillo, tronchos y badeas acabo. No se ha visto tal torbellino; y ello merecía la comedia; porque traía un rey de Normandía sin propósito, en hábito de ermitaño, y metía dos lacayos para hacer reir, y al desatar de la maraña, no habia mas de casarse todos y allá vas. Al fin tuvimos nuestro merecido. Tratamos mal al compañero poeta: y yo, diciéndole que mirase de la que nos habiamos escapado, y escarmentase, díjome que no era suyo nada de la comedia, sino que de un paso de uno, y otro de otro, habia hecho la capa de pobre de remiendo, y que el daño no habia estado sino en lo mal zurcido. Confesóme que los farsantes que hacian comedias, á todos les obligaban á restitution, porque se aprovechaban de cuanto habian representado, y que era muy fácil; y que el interés de sacar trescientos, ó cua-

trocientos reales les ponía á aquellos riesgos. Lo otro que como andaba por esos lugares; y les leen unos, y otros comedias, tomábanlas para verlas, y hurtábanse las, y con añadir una necedad, y quitar una cosa bien dicha, decían que era suya; y declaróme como no había habido farsantes jamás que supiesen hacer una copla de otra manera. No me pareció mal la traza: yo confieso que me incliné á ella, por hallarme con algun natural á la poesía, y mas que tenía ya conocimiento con algunos poetas, y había leído á Garcilaso: y así determiné de dar en el arte: y con esto, la Farsanta, y representar, pasaba la vida. Pasado un mes que había que estábamos en Toledo haciendo muchas comedias buenas, y tambien enmendando el yerro pasado, (que con esto ya yo tenía nombre, y había llegado á llamarme Alonso, porque yo había dicho llamarme Alonso; y por otro nombre me llamaban el cruel, por serlo una figura que había hecho con grande aceptación de los mosqueteros, y chusma vulgar) tenía ya tres pares de vestidos, y autores que me pretendían sonsacar de la compañía. Hablaba ya de entender de la comedia, murmuraba de los cómicos famosos, reprendía los gestos á Pinedo, daba mi voto en el reposo natural de Sanchez, llamaba bonito á Morales; y pedíanme el parecer en el adorno de los teatros; y trazar las apariencias. Si alguno venía á leer la comedia, yo era el que la oía. Al fin, animado con este aplauso me desvirgué de poeta en un romancico, y luego hice un entremes, y no pareció mal. Atrévime á una comedia; y porque no escapase de ser divina cosa, la hice de nuestra Señora del Rosario. Comenzaba por chirimias: había sus ánimas de Purgatorio, y sus demonios, que se usaban

entonces con su bu, bu al salir, y ri, ri al entrar. Caíale muy en gracia al lugar el nombre de Satan en las coplas, y el tratar luego de si cayó del cielo, y tal. En fin mi comedia se hizo y pareció muy bien. No me daba manos á trabajar, porque acudían á mí enamorados, unos por coplas de cejas, y otros de ojos; cuál de manos, y cuál romancico para cabellos. Para cada cosa tenia su precio; aunque como habia otras tiendas, porque acudiesen á la mia, hacia barato. Pues villancicos: hervia en sacristanes, y demandaderas de monjas: ciegos me sustentaban á pura oracion ocho reales de cada una y me acuerdo que hice entonces la del justo juez, grave, y sonora, que provocaba á gestos. Escribí para un ciego, que las sacó en su nombre, las famosas que empiezan:

Madre del Vervo humanal,
Hija del Padre Divino,
Dame gracia virginal, &c.

Fui el primero que introdujo acabar las coplas como los sermones, con aquí gracia, y despues gloria, en esta copla de un Cautivo de Tetuan.

Pidámosle sin falacia
Al alto Rey sin escoria,
Pues ve nuestra pertinacia,
Que nos quiera dar su gracia,
Y despues allá la gloria. Amen.

" Estaba viento en popa con estas cosas, rico, próspero, y tal, que casi aspiraba ya á ser autor. Tenia mi casa muy bien aderezada, porque habia

dado (para tener tapicería barata) en un arbitrio del diablo, y fue de comprar reposteros de tabernas, y colgarlos. Costáronme veinte y cinco, ó treinta reales: eran mas para ver que cuantos tiene el rey, pues por estos se veía de puro rotos, y por esotros no se verá nada. Sucedióme un dia la mejor cosa del mundo, que aunque es en mi afrenta la he de contar: yo me recogia en mi posada el dia que escribia comedia al desvan, y allí me estaba, y allí comia: subia una moza con la vianda, y dejábamela allí; yo tenia por costumbre escribir representando recio, como si lo hiciera en el tablado. Ordena el diablo que á la hora, y punto que la moza iba subiendo por la escalera (que era angosta, y oscura) con los platos, y la olla, yo estaba en un paso de montería, y daba grandes gritos, componiendo mi comedia y decia:

Guarda el oso, guarda el oso,
que me deja hecho pedazos,
y baja tras tí furioso.

¿Qué entendió la moza (que era gallega) como oyó decir baja tras tí, y me deja? que era verdad, y que la avisaba: vá á huir, y con la turbacion pí-sase la saya, y rueda toda la escalera: derramó la olla, quebró los platos, y sale dando gritos á la calle, diciendo: que mata un oso á un hombre; y por presto que yo acudí, ya estaba toda la vecindad conmigo, preguntando por el oso; y aun contándoles yo como habia sido ignorancia de la moza (porque era lo que he referido de la comedia) aun no lo querian creer. No comí aquel dia: supieronlo los compañeros, y fue celebrado el cuento en toda la

:

ciudad; y de estas cosas me sucedieron muchas mientras perseveré en el oficio de poeta, y no sali del mal estado. Sucedió, pues, que á mi autor (que siempre paran en estó) sabiendo que en Toledo le habia ido bien, le ejecutaron por no sé qué deudas, y le pusieron en la cárcel; con lo cual nos desmembramos todos, y echó cada uno por su parte. Yo (si vá á decir verdad), aunque los compañeros me querian guiar á otras compañías, como no aspiraba á semejantes oficios, y el andar en ellos era por necesidad; viéndome con dineros, y bien puesto, no traté mas que deholgarme. Despedime de todos: fuéronse, y yo, que entendí salir de mala vida con no ser farsante, si no lo há vdm. por enojo, di en amante de red, como cofia, y por hablar mas claro, en pretendiente de ante-Cristo, que es lo mismo que galan de monjas. Tuve ocasion para dar en esto, teniendo yo entendido que era la diosa Venus una monja, á cuya peticion habia hecho muchos villancicos; que se me aficionó en un auto de Corpus, viéndome representar un san Juan Evangelista. Regalábame la muger con cuidado; y hablame dicho que solo sentia que fuese farsante (porque yo habia fingido que era hijo de un gran caballero); y dábala compasion; y al fin me determiné de escribirla el siguiente papel:

«Mas por agradar á vmd. que por hacer lo que
«me importaba, he dejado la compañía: que para
«mí cualquiera sin la suya es soledad: ya seré
«tanto mas suyo quanto soy mas mio. Aviseme
«cuando habrá locutorio, y sabré juntamente cuan-
«do tendré gusto, etc.

Llevó el billete la Andadera. No se podrá creer el grandísimo contento de la buena monja, sabien-

do mi nuevo estado. Respondiome de esta manera:

RESPUESTA.

«De sus buenos sucesos antes aguardo los parabienes que los doy; y me pesara de ellos á no saber que mi voluntad, y su provecho es todo uno. Podemos decir que ha vuelto en sí: no resta ahora sino perseverancia que se mida con la que yo tendré. El locutorio dudo por hoy; pero no deje de venirse vmd. á visperas, que allí nos veremos, y luego por las vistas; y quizá podré yo hacer alguna pandilla á la abadesa. Y a Dios.

Contentome el papel; que realmente la muger tenia buen entendimiento, y era hermosa. Comí, y puseme el vestido con que solia hacer los galanes en la comedia. Fuime luego á la iglesia, recé, y luego empecé á repasar todos los lazos, y agujeros de la red con los ojos para ver si parecia: quando Dios, y en hora buena (que mas era diablo, y en hora mala) oigo la seña antigua: comenzó á toser, y andaba una tosedura de barrabás: remedábamos un catarro, y parecia que habian echado pimiento en la iglesia. Al fin yo estaba cansado de toser, quando se me asoma á la red una vieja tosiendo, y echó de ver mi desventura que es peligrósísima seña en los conventos; porque como es seña á las mozas, es costumbre en las viejas, y hay hombre que piensa que es reclamo de ruiñeñor, y sale una lechuza. Estuve gran rato en la iglesia hasta que empezaron visperas: oílas todas; que por esto llaman á los galanes de monjas solemnes enamorados, por lo que tienen de visperas, y tie-

nen tambien que nunca salen de visperas del contento, porque no se les llega el dia jamás. No se creerá los pares de visperas que yo oí: estaba con dos varas de gazzate mas del que tenia cuando entré en los amores, á puro estirarme para ver. Fui gran compañero del sacristan y monacillo, y muy bien recibido del vicario, que era hombre de humor. Andaba tan tieso, que parecia que almorzaba asadores, y que comia virotes. Fuime á las vistas, y (con ser una plazuela bien grande) era menester enviar á tomar lugar á las doce, como para comedia nueva: hervia en devotos. Al fin me puse donde pude, y podíanse ir á ver por cosas raras las diferentes posturas de los amantes; cual sin pestañear los ojos mirando: cual con su mano puesta en la espada, y la otra en el rosario, estaba como figura de piedra sobre sepulcro; otro alzadas las manos, estendidos los brazos á lo seráfico: cual con la boca mas abierta que la de muger pediguéña, sin hablar palabra, la enseñaba á su querida las entrañas por el gazzate: otro, pegado á la pared, dando pesadumbre á los ladrillos, parecia medirse con la esquina: cual se paseaba, como si le hubieran de querer por el portante como á macho: otro con una cartica en la mano, al uso de cazador con carne, parecia que llamaba alalcon. Los celosos era otra banda: de estos unos estaban en corrillos riéndose, y mirando á ellas: otros leyendo coplas, y enseñándoselas: cual para dar picon pasaba por el terrero con una muger de la mano; y cual hablaba con una criada echadiza, que le daba un recado. Esto era de la parte de abajo y nuestra, pero la de arriba, á donde estaban las monjas, era cosa de ver tambien; porque las vistas era una tor-

recilla llena de reendijas, y una pared con deshiliados, que parecia ya salvadera, ya pomo de olor. Estaban todos los agujeros poblados de brújulas: allí se veia una pepitoria, una mano, y acullá un pie: en otra parte habia cosas de sábado, cabezas y lenguas, aunque faltaban sesos: á otro lado se mostraba buhoneria: una enseñaba el rosario; cual mecía el pañizuelo: en otra parte colgaba un guante: allí salía un liston verde; unas hablaban algo recio, otras tosian; y cual hacia la señal de los sombreros, como si sacára arañas ceceando. En verano es de ver como no solo se calientan al sol, sino se chamuscan; que es gran gusto verlas á ellas tan crudas, y á ellos tan asados. En invierno acontece con la humedad nacerle á uno de nosotros, berros y arboledas en el cuerpo. No hay nieve que se nos escape, ni lluvia que se nos pase por alto, y todo esto al cabo es para ver una muger por red y vidrieras, como hueso de Santo; es como enamorarse de un tordo en jaula, si habla; y si calla, de un retrato. Los favores son todos toques, que nunca llegan á cabes, y un paloteadico con los dedos: hincan las cabezas en las rejias, y apúntanse los requiebros por las troneras; aman al escondite. Pues verlas hablar quedito, y aderezado, sufrir una vieja que riñe, una portera que manda, y una tornera que miente; y lo que mejor es, ver cómo nos piden celos de las de acá fuera, diciendo que el verdadero amor es el suyo, y las causas tan endemoniadas que hallan para probarlo. Al fin yo llamaba ya señora á la abadesa, padre al vicario, y hermano al sacristan: cosas todas que con el tiempo, y el curso alcanza un desesperado. Empezáronme á enfadar las torneras con

despedirme, y las monjas con pedirme. Consideré cuán caro me costaba el infierno, que á otros se dá tan barato, y en esta vida por tan descaminados caminos. Veía que me condenaba á puñados, y que me iba al infierno por solo el sentido del tacto. Si hablaba, solía (porque no me oyesen los demas que estaban en las rejas) juntar tanto con ellas la cabeza, que por dos dias siguientes traía los hierros estampados en la frente, y hablaba tan bajo, que no me podia comprender, si no se valia de trompetilla. No me veía nadie, que no decia: Maldito seas, bellaco mongil, y otras cosas peores. Todo esto me tenia revolviendo pareceres, y casi determinado á dejar la monja, aunque perdiése mi sustento, y determinéme á ello el dia de san Juan Evangelista, porque acabé de conocer lo que son monjas. Y no quiera vmd. saber mas de que las bautistas todas enronquecieron adrede, y sacaron tales voces, que en vez de cantar la misa la gimieron: no se lavaron las caras y se vistieron deviejo; y los devotos de las bautistas, por desautorizar la fiesta, trajeron banquetas en lugar de sillas á la iglesia, y muchos picaros del rastro. Cuando yo ví que las unas por el un santo, y las otras por el otro, trataban indecentemente de ellos, cojiéndola á la monja mia, con titulo de rifarselos, cincuenta escudos de cosas de labor, medias de seda, bolsillos de ambar, y dulces, tomé mi camino para Sevilla, donde, como en tierra mas ancha, quise probar ventura. Lo que hizo la monja de sentimiento, mas por lo que la llevaba que por mí, considérelolo el pio lector.

CAPÍTULO. XXIII.

DE LO QUE ME SUCEDIÓ EN SEVILLA HASTA EMBAR-
CARME Á INDIAS.

Pasé el camino de Toledo á Sevilla próspera-
mente: porque como yo tenia ya mis principios
de fullero, y llevaba dados cargados con nueva pas-
ta de mayor, y menor, y tenia la mano derecha encu-
bridora de un dado, pues preñada de cuatro paria tres,
llevaba provision de cartones de lo ancho, y de lo lar-
go para hacer garrotes de Moros, y ballestilla, y
así no se me escapaba dinero. Dejo de referir
otras muchas flores: porque á decir las todas, me
tuvieran mas por ramillete que por hombre; y
tambien porque antes fuera dar que imitar, que re-
ferir vicios, de que huyan los hombres; mas quizá
declarando yo algunas chanzas, y modos de ha-
blar, estarán mas avisados los ignorantes, y los
que leyeren mi libro serán engañados por su cul-
pa. No te fies, hombre, en dar tú la baraja, que te
la trocarán al despavilar de una vela: guarda el
naipe de tocamientos raspados, ó bruñidos (cosa
con que se conocen los azares). Y por si fueres pí-
caro (lector) advierte que en cocinas, y caballeri-
zas pican con alfiler, ó doblan los azares, para co-
nocerlos por lo hendido. Y si tratares con gente
honrada, guárdate del naipe, que desde la estampa
fué concebido en pecado, y que con traer atrave-
sado el papel, dice lo que viene. No te fies del
naipe limpio, que al que dá vista, y retiene, lo
mas jabonado es sucio. Advierte que á la carteta
el que hace los naipes no doble mas arqueadas las

figuras, fuera de los reyes, que las demas cartas; porque el tal doblar es por tu dinero difunto. A la primera, mira no den de arriba las que descarta el que dá, y procura que no se pidan cartas, ó por los dedos en el naípe, ó por las primeras letras de las palabras. No quiero darte luz de mas cosas: estas bastan para saber que has de vivir con cautela; pues es cierto que son infinitas las maulas que te callo. Dar muerte llaman quitar el dinero, y con propiedad: rebesa llaman la treta contra el amigo, que de puro rebesada no la entiende: dobles son los que acarrean sencillos, para que los desuellen estos rastros de bolsas: blanco llaman al sano de malicia, y bueno como el pan; y negro al que deja en blanco sus diligencias. Yo, pues, con este lenguaje, y estas flores llegué á Sevilla: con el dinero de los camaradas gané el alquiler de las mulas, y la comida, y dineros á los huéspedes de las posadas. Fuime luego á apeaar al meson del Moro, donde me topó un condiscípulo mio de Alcalá, que se llamaba Mata, y ahora se decia (por parecerle nombre de poco ruido) Matorral. Trataba en vidas, y era tendero de cuchilladas, y no le iba mal. Traía la muestra de ellas en su cara, y por las que le habian dado decia: no hay tal maestro como el bien acuchillado (y tenia razon, porque la cara era una cuera, y él un cuero. Dijome que habia de ir á cenar con él, y otros camaradas, y que ellos me volverian al meson. Fui, llegamos á su posada, y dijo: ea, quite la capa vucé, y parezca hombre, que verá esta noche todos los buenos hijos de Sevilla; y porque no lo tengan por maricon, abaje ese cuello, y agovie de espaldas, la capa caida (que siempre andamos nosotros de capa caida), y ese hocico de tor-

nillo, gestos á un lado, y á otro, haga vucé de la g h, y de la h, g, y diga conmigo: gerida. mogino, jumo, paheria, mohar, habali, y harro de vino. Tómelo de memoria. Prestóme una daga, que en lo ancho era alfange y en lo largo se llamaba espada, que bien podia. Bébase (me dijo) esta media azumbre de vino puro, que sino dá vaharada no parecerá valiente. Estando en esto, y yo con lo bebido atolondrado, entraron cuatro de ellos con cuatro zapatos de gotosos por caras, andando á lo columpio, no cubiertos con las capas, sino fajados por los lomos, los sombreros empinados sobre las frentes, altas las faldillas de delante, que parecian diademas, un par de herrerías enteras por guarniciones de dagas, y espadas, las conteras en guarnicion, con los calcañares derechos, los ojos derribados, la vista fuerte, bigotes buidos á lo cuerno, y barbas turcas, como caballos. Hiciéronnos un gesto con la boca y luego á mi amigo le dijeron (con voces mohinas sisando palabras): seidor, só compadre; respondió mi ayo. Sentáronse; para preguntar quién era yo, no hablaron palabra, sino el uno miró á Matorrales, y abriendo la boca, y empujando hácia mí el labio de abajo, me señaló; á lo cual mi maestro satisfizo, empuñando la barba, y mirando hácia abajo. Con esto se levantaron todos con mucha alegría, y me abrazaron, hicieron muchas fiestas, y yo de la propia manera á ellos, que fué lo mismo que si catára cuatro diferentes vinos. Llegó la hora de cenar, y vinieron á servir á la mesa unos grandes pícaros, que los bravos llaman cañones. Sentámonos todos juntos á la mesa: aparecióse luego el alcaparron, y con esto empezaron (por bien venido) á heber á mi honra, que yo de ninguna manera,

hasta que la ví beber, entendí que tenia tanta. Vino pescado, y carne, y todo con apetitos de sed. Estaba una artesa en el suelo toda llena de vino, y allí se echaba de bruces el que queria hacer la razon. Contentóme la penadilla. A dos veces no hubo hombre que conociese al otro. Empezaron pláticas de guerra: menudeábanse los juramentos: murieron de brindis a brindis veinte ó treinta sin confesion. Recetáronsele al asistente mil puñaladas: tratóse de la buena memoria de Domingo Tiznado, y Gayon: derramóse vino en cantidad al alma de Escamilla. Los que las cogieron tristes, lloraron tiernamente al malogrado Alonso Alvarez. A mi compañero con estas cosas se le desconcertó el reloj de la cabeza, y dijo algo ronco, tomando un pan con las dos manos, y mirando á la luz: por esta, que es cara de Dios, y por aquella luz que salió por la boca del angel, que si vucedes quieren, esta noche hemos dar al corchete que siguió al pobre tuerto. Levantóse entre ellos un alarido disforme, y sacando las dagas, lo juraron solemnemente, poniendo las manos cada uno en el borde de la artesa: y echándose sobre ella de hocicos, dijeron: asi como bebemos este vino hemos de beber de la sangre de todo acechador. ¿Quién es este Alonso Alvarez, pregunté, que tanto se ha sentido su muerte? Mancebo (dijo el uno de ellos), lidiador ahigado, mozo de manos, y buen compañero. Vamos que me retientan los demonios. Con esto salimos de casa á montería de corchetes. Yo, como iba entregado al vino, y habia renunciado en su poder mis sentidos, no advertia el riesgo á que me ponía. Llegamos á la calle de la Mar, donde se encaró con nosotros la ronda. No bien la columbraron, cuando

sacando las espadas la embestimos. Yo hice lo mismo, y limpiamos dos cuerpos de corchetes de sus malas almas al primer encuentro. El alguacil puso la justicia en sus pies, y apeló por la calle arriba dando voces. No lo pudimos seguir por haber cargado delantero; y al fin nos acogimos á la iglesia mayor, donde nos amparamos del rigor de la justicia, y dormimos lo necesario para espumar el vino que hervia en los cascós. Vueltos ya en nuestro acuerdo, me espantaba yo de ver que hubiese perdido la justicia dos corchetes, y huído el alguacil de un racimo de uva, que entonces lo eramos nosotros. Pasábamolo en la iglesia notablemente; porque al olor de los retraídos vinieron ninfas, desnudándose por vestirnos. Aficionóseme la Grajales: vistióme de nuevo de sus colores: supome bien y mejor que todas esta vida: y así propuse de navegar en ansias con la Grajales hasta morir. Estudié la jacarandina, y á pocos días era rabi de los otros rufianes. La justicia no se descuidaba de buscar-nos: rondábanos la puerta; pero con todo de media noche abajo rondábamos disfrazados. Yo, que ví que duraba mucho este negocio, y mas la fortuna en perseguirme (no de escarmentado, que no soy tan cuerdo, sino de cansado, como obstinado pecador) determiné, consultándolo primero con la Grajales, de pasarme á Indias con ella á ver si mudando mundo, y tierra, mejoría mi suerte; y fuéme peor, pues nunca mejoraría su estado quien mudasolamente de lugar, y no de vida y costumbres.

VISITA

DE LOS CHISTES.

A DOÑA MIRENA RIQUEZA.

Harto es que me haya quedado algun discurso despues que veo á vmd. y creo que me dejó este por ser de la muerte. No se lo dedico porque me lo ampare: llévoselo yo, porque el mayor designio desinteresado es el mio, para enmienda de lo que puede estar escrito con algun desaliño, ó imaginado con poca felicidad. No me atrevo yo á encarecer la invencion, por no acreditarme de invencionero. Procurado he pulir el estilo, y sazonar la pluma con curiosidad. Ni entre la risa me he olvidado de la doctrina, si me han aprovechado el estilo, y la diligencia. Le remito á la censura que vmd. hiciera de él, si llega á merecer que le mire; y podré yo decir entonces que soy dichoso por sueños. Guarde Dios á vmd. que lo mismo hiciera yo. En prison, y en la Torre á 6 de abril de 1722.

Á QUIEN LEYERE.

He querido que la muerte acabe mis discursos, como las demas cosas : quiera Dios que tenga buena suerte. Este es el quinto sueño : no me queda ya que soñar. Y si en la Visita de los Chistes no despierto, no hay que aguardarme. Si te pareciere que ya es mucho sueño , perdona algo la modorra que padezco ; y sino , guárdame el sueño , que yo seré sietedurmiente de las tales figuras. VALE.

Están siempre cautelosos, y prevenidos los ruines pensamientos : la desesperacion cobarde y la tristeza esperando coger á solas á un desdichado para mostrarse alentados con él (propia condicion de cobardes , en que juntamente hacen ostencion de su malicia, y de su vileza). Por bien que lo tengo considerado en otros , me sucedió en mi prision; pues habiendo (ó por acariciar mi sentimiento, ó por hacer lisonja a mi melancolia) leído aquellos versos que Lucrecio escribió, con tan animosas palabras me venci de la imaginacion , y debajo del peso de tan ponderadas palabras, y razones me dejé caer tan postrado con el dolor del desengaño que lei, que ni sé si me desmayé advertido, ó escandalizado. Para que la confesion de mi flaqueza se pueda disculpar, escribo por introduccion á mi discurso la voz del poeta divino , que suena asi , rigurosa con amenazas tan elegantes :

*Denique si vocem, rerum natura repente
Mittat, et hoc alicui nostrum sic increpet ipsa :*

*Quid tibi tantopere est , mortalis , quod nimis ægris
Luctibus indulges? Quid mortem congemis , ac fles?
Nam si grata fuit tibi vita anteacta , priorque ,
En non omnia , pertusum congesta quasi in vas ,
Commoda perfluxere , atque ingrata interiere :
Cur non , ut plenus vitæ , Conviva , recedis?
Æquo animoque capis securam , Stulle , quietem?*

Al fin hombre nacido
de muger flaca , de miseria lleno ,
à breve vida como flor traído ,
de todo bien , y de descanso ageno ;
que como sombra vana ,
huye à la tarde , y nace à la mañana.

Con este conocimiento propio me acompañaba
luego esta coplita :

Guerra es la vida del hombre
mientras vive en este suelo :
y sus horas , y sus dias
como las del jornalero.

Yo , que arrebatado de la consideracion me ví
à los pies de los desengaños rendido , con lastimoso
sentimiento , y con celo enojado , repetia estos en
la fantasía :

Qué perezosos pies , qué entretenidos
pasos lleva la muerte por mis daños!
El camino me alargan los engaños ,
y en mi se escandalizan los perdidos :
Mis ojos no se dán por entendidos ,
y por descaminar mis desengaños ,
me disimulan la verdad los años ,
y les guardan el sueño à los sentidos.

Del vientre á la prision vine en naciendo,
de la prision iré al sepulcro amando,
y siempre en el sepulcro estaré ardiendo.

Cuantos plazos la muerte me vá dando,
prolijidades son, que van creciendo
porque no acabe de morir penando.

Entre estas demandas, y respuestas, fatigado, y combatido (sospecho que fué cortesía del sueño piadoso mas que natural) me quedé dormido. Luego que desembarazada el alma se vió ociosa, sin la tarea de los sentidos esteriore, me embistió de esta manera la comedia siguiente: y asi la recitaron mis potencias á obscuras, siendo yo para mis fantasias auditorio, y teatro.

Fueron entrando unos médicos á caballo en unas mulas, que con gualdrapas negras parecian tumbas con orejas. El paso era divertido, torpe, y desigual; de manera, que los dueños iban encima en maretá, y algunos vaivenes de serradores: la vista asquerosa de puro pasear los ojos por orinales y servicios: las bocas emboscadas en barbas; que apenas se las hallára un brazo: sayos con resabios de vaqueros, guantes en infusion, doblados como los que curan, sortijon en el pulgar con piedra tan grande, que cuando toma el pulso, pronostica al enfermo la losa. Eran estos en gran número, y todos rodeados de platicantes, que cursan en lacayos; y tratando mas con las mulas, que con los doctores, se graduaron de médicos. Yo viéndolos, dije: si de estos se hacen estos otros, no es mucho que estos otros nos deshagan á nosotros.

Al rededor venia gran chusma y caterva de

boticarios con espátulas desenvainadas, y geringas en ristre, armados de cala en parche, como de punta en blanco. Los medicamentos que estos venden, aunque estén caducando en las redomas de puro añejos, y los socrocios tengan telarañas, los dan; y así son medicinas redomadas las suyas. El clamor del que muere empieza en el almirez del boticario, va al pasacalle del barbero, pásase por el tableteado de los guantes del doctor, y acabase en las campanas de la iglesia. No hay gente mas fiera que estos boticarios: son armeros de los doctores, y ellos les dan armas. No hay cosa suya, que no tenga achaques de guerra, y que no aluda a armas ofensivas: jaraves, que antes les sobran letras para jara, que les falte: botes se dicen los de pica: espátulas son espadas en su lengua: pildoras son balas: clisteres, y melecinas cañones; y así se llaman cañon de melecina. Y bien mirado, si así se toca la tecla de las purgas, sus tiendas son purgatorios, ellos los infiernos, los enfermos los condenados á muerte, y los médicos los diablos. Y es cierto que son diablos los médicos, pues unos y otros andan tras los malos, y huyen de los buenos, y todo su fin es que los buenos sean malos, y que los malos no sean buenos jamás.

Venian todos vestidos de recetas, y coronados de erres asaeteadas, con que empiezan las recetas. Y consideré que los doctores hablan á los boticarios diciendo: *Recipe*, que quiere decir *recibe*. De la misma suerte habla la mala madre á la hija, y la codicia al mal ministro. Pues decir que en la receta hay otra cosa que erres asaeteadas por delincuentes, y luego *Ana, Ana*, que juntas hacen

un Annás, para condenar á un justo. Sigúense un-
 cias, y mas onzas: ¡qué alivio para desollar un
 cordero enfermo! Y luego ensartan nombres de sim-
 ples, que parecen invocaciones de demonios: *Rup-
 talmus*, *Opeponach*, *Leontopelatum*, *Tragoriganum*,
Potamegotum, *Seni pugillo*, *Diacatolicon*, *Petrose-
 linum*, *Scila*, y *Rapa*. Y sabido qué quiere decir
 tan espantosa baraunda de voces tan rellenas de
 letrones, son zanahoria, rábanos, peregil, y otras
 suciedades. Y como han oído decir que quien no te
 conoce te compre, disfrazan las legumbres, porque
 no sean conocidas, y las comprenden los enfermos.
Eglematis dicen lo que es lamer: *Catapocia* las pil-
 doras, *Clister* la melezina, *Gles*, ó *bolanos* la cala,
 y *Errhina* el moquear. Y son tales los nombres de
 sus recetas y tales sus medicinas, que las mas ve-
 ces de asco de sus porquerías y hediondeces, con
 que persiguen á los enfermos, se huyen las enfer-
 medades.

¿Qué olor habrá de tan mal gusto, que no hu-
 ya de los tuétanos por no aguardar el emplasto de
 Guillen Servén, y verse convertir en baul una
 pierna ó muslo donde él está? Cuando ví á estos, y
 á los doctores entendí cuán mal se dice, para notar
 diferencia, aquel asqueroso refrán: mucho va del
 C.... al pulso, que antes no va nada, y solo van
 los médicos, pues inmediatamente desde él van
 al servicio, y al orinal á preguntar á los mea-
 dos lo que no saben, porque Galeno los remitió á la
 cámara, y á la orina. Y como si el orinal les ha-
 blase al oído, se le llevan á la oreja, avahándose
 los barbones con su niebla. Pues verles hacer que
 se entienden con la cámara por señas; y tomar su
 parecer al bacin, y su dicho á la hedentina: no les

esperará un diablo. ¡O malditos pesquisidores contra la vida, pues ahorcan con el garrotillo, deguelan con sangrias, azotan con ventosas, y destierran las almas, pues las sacan de la tierra de sus cuerpos, sin alma, y sin conciencia!

Luego se seguían los cirujanos, cargados de pinzas, tientas, y cauterios, tijeras, navajas, sierras, limas, tenazas, y lancetones, y entre ellos se oía una voz muy dolorosa á mis oídos, que decía: corta, arranca, abre, asierra, despedaza, pica, punza, agigota, rebaña, descarna, y abrasa. Dióme gran temor, y mas verlos el paloteado que hacían con los cauterios, y tientas: unos huesos se querían entrar de miedo dentro de otros, y hiceme un ovillo.

Entre tanto vinieron unos demonios con unas cadenas de muelas, y dientes, haciendo bragueros; y en esto conocí que eran sacamuelas: el oficio mas maldito del mundo, pues no sirven sino de despoblar bocas y adelantar la vejéz. Estos con las muelas ajenas, y no verdiente que no quieran ver antes en su collar que en las quijadas, desconfían á las gentes de Santa Polonia, levantan testimonios á las encias y desempiedran las bocas. No he tenido peor rato que tuve en versus gatillos andar tras los dientes ajenos, como si fueran ratones, y pedir dineros por sacar una muela, como si la pusieran.

¿Quién vendrá acompañado de esta maldita canalla? decía yo; y me parecía que aun el diablo era poca cosa para tan maldita gente: cuando veo venir gran ruido de guitarras. Alegréme un poco: tocaban todos pasacalles y vacas: que me maten si no son barberos: ellos que entran. No fué mucha habilidad el acertar, que esta gente tiene pasa-

calles infusos, y guitarra gratis data: era de ver puntear á unos, y rasgar á otros. Yo decia entre mí: ¡dolor de la barba; que ensayada en saltarenes se ha de ver raspar, y del brazo que ha de recibir una sangria, pasada por chaconas, y folias! Consideré, que todos los demas ministros del martirio, inducidos de la muerte, estaban en mala moneda, y eran oficiales de vellon, y hierro viejo, y que solos los barberos se habian trocado en plata. Entretúveme en verlos manosear una cara, sobajar otra, y lo que se huelgan con un testuz en el lavatorio.

Luego comenzó á entrar una gran cantidad de gente: los primeros eran habladores, que parecian azudas en conversacion, cuya música era peor que la de órganos destemplados. Unos hablaban dehilaban, otros á borbotones: otros á chorretadas, y otros habladorísimos hablaban á cántaros: gente que parece que lleva pujo de decir necedades, como si hubiera tomado alguna purga confeccionada de hojas de Calepino de ocho lenguas. Estos me dijeron, que eran habladores de diluvios, sin escampar de dia, ni de noche: gente que hablaba entresueños, y que madrugaba á hablar. Habia habladores secos, y habladores que llaman del rio, ó del rocío, y de la espuma, gente que graniza de perdigones. Otros que llaman tarabilla, gente que se va de palabras, como de cámaras, que hablan á cada furia. Habia otros habladores nadadores, que hablaban nadando, con los brazos hácia todas partes, y tirando manotadas, y coces: otros jimios, haciendo gestos y visages. Venian los unos consumiendo á los otros.

Siguense los chismosos, muy solícitos de ore-

jas, muy atentos de ojos, muy encarnizados de malicia, y andaban hechos uñas de las vidas ajenas, espulgándolos á todos. Venian tras ellos los mentirosos contentos, muy gordos, risueños, bien vestidos y medrados, que no teniendo otro oficio, son milagro del mundo, con un gran auditorio de mentecatos y ruines.

Detras venian los entremetidos, muy soberbios, satisfechos y presumidos, que son las tres lepras de la honra del mundo. Venian ingiriéndose en los otros, y penetrándose en todo, tegidos, y enmarañados en cualquier negocio: solapos de la ambicion, y pulpos de la prosperidad. Estos venian los posteros, segun pareció, porque no entró en gran rato nadie. Pregunté que cómo venian tan apartados? Y dijéronme unos habladores (sin preguntarlo yo á ellos) : estos entrometidos son la quinta esencia de los enfadosos, y por eso no hay otra cosa peor que ellos. En esto estaba yo considerando la diferencia tan grande del acompañamiento, y no sabia imaginar quién pudiese venir.

En esto entró una, que parecia muger, muy galana, y llena de coronas, cetros, hoces, abarcas, chapines, tiaras, caperuzas, mitras, monteras, brocados, pellejos, seda, oro, garrotes, diamantes, serones, perlas y guijarros. Un ojo abierto, y otro cerrado, y vestida, y desnuda de todos colores: por el un lado era moza, y por el otro era vieja: unas veces venia despacio, y otras á priesa: parecia que estaba lejos, y estaba cerca: y cuando pensé que empezaba á entrar, estaba ya á mi cabecera. Yo me quedé como hombre que le preguntan qué es cosi-cosa, viendo tan extraño ajuar, y tan desbaratada compostura. No me espantó: sus-

pendióme, y no sin risa; porque bien mirado, era figura donosa. Preguntéle quién era? y dijome: la Muerte. La Muerte? Quedé pasmado. Y apenas abrigué al corazon algun aliento para respirar, y muy torpe de lengua, dando trasijos con las razones, la dije: ¿pues á qué vienes? Por tí, dijo. ¡Jesus mil veces! Muérome, segun eso. No te mueres, dijo ella: vivo has de venir conmigo á hacer una visita á los difuntos; que pues han venido tantos muertos á los vivos, razon será que vaya un vivo á los muertos, y que los muertos sean oidos. ¿Has oido decir que yo ejecuto sin embargo? Alto, ven conmigo. Perdido de miedo le dije: ¿No me dejarás vestir? No es menester, respondió, que conmigo nadie va vestido, ni soy embarazosa: yo traigo los trastos de todos, porque vayan mas ligeros. Fui con ella donde me guiaba, que no sabré decir por donde, segun iba poseido del espanto. En el camino la dije: ya se ven señales de la muerte, porque á ella nos la pintan unos huesos descarnados con su guadaña. Paróse, y respondió: eso no es la muerte, sino los muertos, ó lo que queda de los vivos. Esos huesos son el dibujo sobre que se labra el cuerpo del hombre. La muerte no la conoceis, y sois vosotros mismos vuestra muerte: tiene la cara de cada uno de vosotros, y todos sois muertes de vosotros mismos. La calavera es el muerto, y la cara es la muerte; y lo que llamais morir, es acabar de morir, y lo que llamais nacer, es empezar á morir; y lo que llamais vivir, es morir viviendo; y los huesos, es lo que de vosotros deja la muerte, y lo que le sobra á la sepultura. Si esto entendiérades asi, cada uno de vosotros estuviera mirando en sí su muerte cada

dia, y la agena en el otro; y viérades que todas vuestras casas están llenas de ella, y que en vuestro lugar hay tantas muertes como personas; y no la estuviérades aguardando, sino acompañándola, y descomponiéndola. Pensais que es huesos la muerte, y que hasta que veais venir la calavera, y la guadaña no hay muerte para vosotros; y primero sois calavera, y huesos, que creais que lo podeis ser. Dime, dije yo, ¿qué significan estos que te acompañan? y por qué van, siendo tú la muerte, mas cerca de tu persona los enfadosos, habladores, y entremetidos, que los médicos? Respondiome: mucha mas gente enferma de los enfadosos, que de los tabardillos y calenturas: y mucha mas gente matan los habladores y entremetidos, que los médicos. Y has de saber, que todos enferman del esceso, ó destemplanza de humores; pero lo que es morir, todos mueren de los médicos que los curan: y asi no habeis de decir, cuando preguntan de qué murió fulano? de calentura, de dolor de costado, de tabardillo, de peste, de heridas; sino: murió de un doctor tal, que le dió de un doctor cual. Y es de advertir que en todos los oficios, artes y estados se ha introducido el don en hidalgos y en villanos. Yo he visto sastres y albañiles con don, y ladrones y galeotes en galeras: pues si se mira en las ciencias, en todas hay millares: solo de los médicos ninguno ha habido con don, pudiéndolos tener muchos; mas todos tienen don de matar, y quieren mas don al despedirse, que don al llamarlos.

En esto llegamos á una sima grandisima la muerte predicadora, y yo desengañado: zambullóse sin llamar, como de casa, y yo tras ella, anima-

do con el esfuerzo que me daba mi conocimiento tan valiente. Estaban á la entrada tres bultos armados á un lado; y otro mónstruo terrible enfrente: siempre combatiendo entre sí todos, los tres con el uno, y el uno con los tres. Paróse la muerte, y díjome: ¿conoces á esta gente? Ni Dios me la deje conocer, dije yo. Pues con ellos andas á las vueltas (dijo ella) desde que naciste: mira como vives, replicó. Estos son los enemigos del hombre: el mundo es aquel, este es el diablo, y aquella la carne. Y es cosa notable que eran todos parecidos unos á otros, que no se diferenciaban. Díjome la muerte: son tan parecidos, que en el mundo tenéis á los unos por los otros. Piensa un soberbio que tiene todo el mundo, y tiene al diablo. Piensa un lujurioso que tiene la carne, y tiene al demonio; y así anda todo. ¿Quién es, dije yo, aquel que está allí apartado, haciéndose pedazos con estos tres, con tantas caras y figuras? Ese es (dijo la muerte) el dinero, que tiene puesto pleito á los tres enemigos del alma, diciendo que quiere ahorrarse de émulos, y que adonde él está no son menester, porque él solo es todos tres enemigos. Y fúndase para decir que el dinero es el diablo, en que todos decis: diablo es el dinero: lo que no hiciera el dinero, no lo hará el diablo: endiablada cosa es el dinero. Para ser el mundo, dice que vosotros decis que no hay mas mundo que el dinero: quien no tiene dinero váyase del mundo. Al que le quitan el dinero decis que le echen del mundo; y que todo se dá por el dinero. Para decir que es la carne el dinero, dice el dinero: digalo la carne; y remítese á las putas y mugeres malas, que es lo mismo que interesadas. No tiene mal pleito: l

dinero (dije yo) segun se platica por allá. Con estos fuimos mas abajo ; y antes de entrar por una puerta muy chica y lóbrega, me dijo : estos dos, que saldrán aqui conmigo, son las postrimerias. Abrióse la puerta, y estaban á un lado el inferno, y el que llaman juicio de Minos (asi me dijo la muerte que se llamaban). Estuve mirando al inferno con atencion, y me pareció notable cosa. Díjome la muerte : qué miras? Miro (respondi) al inferno, y me parece que le he visto otras veces. Dónde? preguntó. Dónde? (dije) en la codicia de los jueces, en el odio de los poderosos, en las lenguas de los maldicientes, en las malas intenciones, en las venganzas, en el apetito de los lujuriosos, y en la vanidad de los príncipes ; y donde cabe el inferno todo, sin que se pierda gota, es en la hipocresia de los mohatrerros de las virtudes, que hacen logro del ayuno, y del oír misas. Y lo que mas he estimado, es haber visto el juicio de Minos, porque hasta ahora he vivido engañado, y ahora veo el juicio como es. Echo de ver que el que hay en el mundo no es juicio, ni hay hombre de juicio, y que hay muy poco juicio en el mundo. Pesia tal! (decia yo) si de este juicio hubiera allá, no digo parte, sino nuevas creidas, sombra, ó señas, otra cosa fuera. Si los que han de ser jueces han de tener de este juicio, buena anda la cosa en el mundo. Miedo me dá de tornar arriba, viendo que siendo este el juicio, se está aqui casi entero, y que poca parte está aqui repartida entre los vivos. Mas quiero muerte con juicio, que vida sin él.

Con esto bajamos á un grandisimo llano, donde parecia estaba depositada la obscuridad para las noches. Díjome la muerte : aqui has de parar, que

hemos llegado á mi tribunal y audiencia. Aqui estaban las paredes colgadas de pésames: á un lado estaban las malas nuevas, ciertas, creidas, y no esperadas: el llanto en las mugeres engañoso, engañado en los amantes, perdido de los necios, y desacreditado en los pobres. El dolor se habia desconsolidado, y creido; y solos los cuidados estaban solícitos y vigilantes, hechos carcomas de reyes y príncipes, alimentándose de los soberbios y ambiciosos. Estaba la envidia con hábito de viuda, tan parecida á dueña, que la quise llamar Alvarez, ó Gonzalez: en ayunas de todas las cosas, cebada en sí misma, magra y esprimida: los dientes (con andar siempre mordiendo de lo mejor, y de lo bueno) los tenia amarillos y gastados: y es la causa, que lo bueno y santo, para morderlo, lo llega á los dientes: mas nada bueno le puede entrar de los dientes adentro. La discordia estaba debajo de ella, como que nacia de su vientre (y creo que es su hija legitima esta.) Huyendo de los casados, que siempre andan á voces, se habia huido á las comunidades y colegios; y viendo que sobraba en ambas partes, se fué á los palacios y córtes, donde es lugarteniente de los diablos. La ingratitud estaba en un gran horno, haciendo de una masa de soberbios y odiosos, demonios nuevos cada momento. Holguéme de verla, porque siempre habia sospechado que los ingratos eran diablos: y caí entonces en que los ángeles para ser diablos fueron primero ingratos. Andaba toda hirviendo de maldiciones. ¿Quién diablos (dije yo) está lloviendo maldiciones aqui? Dijo un muerto, que estaba á mi lado: ¿maldiciones quereis que falten donde hay casamenteros y sastres, que son

la gente mas maldita del mundo; pues todos decís: mal haya quien me casó, mal haya quien con vos me juntó; y los mas: mal haya quien me vistió? ¿Qué tienen que ver (dije yo) sastres, y casamenteros en la audiencia de la muerte? Pesia tal! dijo el muerto (que era impaciente): ¿estais loco? pues si no hubiera casamenteros, ¿hubiera la mitad de los muertos, y desesperados? A mi me lo decid, que soy marido cinco (como bolo) y se me quedó allá la muger, y piensa acompañarme con otros diez. Pues sastres: ¿á quién no matarán las mentiras y largas de los sastres, y hurtos? y son tales, que para llamar á la desdicha peor nombre, llaman desastres del sastre y es el principal miembro de este tribunal que aqui veis.

Alcé los ojos, y ví la muerte en su trono, y á los lados muchas muertes. Estaba la muerte de amores, la muerte de frio, la muerte de hambre, la muerte de miedo, y la muerte de risa, todas con diferentes insignias. La muerte de amores estaba con muy poquito seso. Tenia, por estar acompañada, porque no se le corrompiese por la antigüedad, á Piramo y Tisbe embalsamados, á Leandro y Hero, y á Macías en cecina, y algunos portugueses derretidos. Mucha gente ví que estaba ya para acabar debajo de su guadaña, y á puros milagros del interés resucitaban. En la muerte de frio ví á todos los ricos, que como no tienen muger, ni hijos, ni sobrinos que los quieran, sino á sus haciendas, estando malos, cada uno carga con lo que puede, y mueren de frio. La muerte de miedo estaba la mas rica y pomposa, y con acompañamiento mas magnífico, porque estaba toda cercada de gran número de tiranos y poderosos. Estos mueren á sus mis-

mas manos: sus sayones son sus conciencias; ellos son verdugos de si mismos; y solo un bien hacen en el mundo, que matándose á sí de miedo, recelo, y desconfianza, vengan de si propios á los inocentes. Estaban con ellos los avarientos cerrando cofres, arcones y ventanas, enlodando resquicios, hechos sepulturas de sus talegos, y pendientes de cualquier ruido del viento: los ojos hambrientos de sueño: las bocas queiosas de las manos; y las almas trocadas en plata y oro. La muerte de risa era la postrera, y tenia un grandisimo cerco de confiados, y tarde arrepentidos: gente que vive como sino hubiese justicia; y muere como sino hubiese misericordia. Estos son los que diciéndoles: restituid lo mal llevado, dicen: es cosa de risa. Mirad que estais viejo, y que ya no tiene el pecado que roer en vos: dejad la mugercilla, que embarzais inútil, que cansais enfermo; mirad que el mismo diablo os despreciará ya por trasto embarazoso, y la misma culpa tiene asco de vos. Responden: es cosa de risa; y que nunca se sintieron mejores. Otros hay que están enfermos, y exhortándolos á que hagan testamento, y que se confiesen, dicen que se sienten buenos, y que han estado de aquella manera mil veces. Estos son gente que están en el otro mundo, y aun no se persuaden á que son difuntos. Maravillóme esta vision, y dije, herido del dolor, y conocimiento: diónos Dios una vida sola, y tantas muertes! ¡De una manera se nace, y de tantas se muere! Si yo vuelvo al mundo, yo procuraré empezar á vivir.

En esto estaba, cuando se oyó una voz, que dijo tres veces: muertos, muertas, muertos. Con eso se rebulló el suelo, y todas las paredes, y empe-

zaron á salir cabezas, brazos y bultos extraordinarios. Pusiéronse en órden con silencio. Hablen por su órden, dijo la muerte. Luego salió uno con grandísima cólera y priesa, y se vino para mí, que entendí que me queria maltratar, y dijo: vivos de Satanás, ¿qué me quereis, que no me dejais muerto y consumido? ¿Qué os he hecho, que sin tener parte en nada, me disfamais en todo y me echais la culpa de lo que no sé? ¿Quien eres, le dije con una cortesia temerosa, que no te entiendo? Soy (dijo) el malaventurado Juan de la Encina, el cual habiendo muchos años que estoy aquí, toda la vida andais, en haciéndose un disparate, ó en diciéndole vosotros, diciendo: no hiciera mas Juan de la Encina: daca los disparates de Juan de la Encina. Habeis de saber, que para hacer y decir disparates todos los hombres sois Juan de la Encina: que este apellido de Encina, es muy largo en cuanto á disparates. Pero pregunto: ¿hice yo los testamentos, en que dejais que otros hagan por vuestra alma lo que no habeis querido hacer? ¿He porfiado con los poderosos? ¿Teñime la barba para no parecer viejo? ¿Fui viejo, sucio y mentiroso? ¿Llamé favor el pedirme lo que tenia? ¿Enamoréme con mi dinero, y el quitarme lo que tenia? ¿Entendí yo que sería bueno para mí, el que á mi intercesion fué ruin con otro que se fió de él? ¿Gasté yo la vida en pretender con que vivir, y cuando tuve con qué no tuve vida que vivir? ¿Creí las sumisiones del que me hubo menester? ¿Caséme por vengarme de mi amiga? ¿Fui yo tan miserable, que gastase un real segoviano en buscar un cuarto incierto? ¿Pudríme de que otro fuese rico, ó medrase? ¿He creído las apariencias de la fortuna? ¿Tuve yo por dichosos

á los que al lado de los príncipes dan toda la vida por una hora? ¿Hémepreciado de herege y de mal reglado en todo, y peor contento, porque me tengan por entendido? ¿Fui desvergonzado por campar de valiente? ¿Pues si Juan de la Encina no ha hecho nada de esto, qué necedades hizo este pobre Juan de la Encina? Pues en cuanto á decir necedades, sacadme un ojo con una. Ladrones, que llamais disparates los míos, y parates los vuestros, pregunto yo: ¿Juan de la Encina fué acaso el que dijo: haz bien, y no cates á quién, habiendo de ser al contrario: ¿si hicieres bien mira á quién? ¿Fué Juan de la Encina quien para decir que uno era malo, dijo: es hombre que ni teme, ni debe; habiendo de decir, que ni teme, ni paga? Pues es cierto que la mejor señal de ser bueno es ni temer, ni deber; y la mayor de la maldad ni temer, ni pagar. Dijo Juan de la Encina: ¿de los pescados el mero, de las carnes el carnero, de las aves la perdiz, de las damas la Beatriz? No lo dijo, porque él no dijera sino: de las carnes la muger, de los pescados el carnero, de la aves el Ave María, y despues la presentada: de las damas la mas barata. Mirad si es desbaratado Juan de la Encina: no prestó sino paciencia: no dió sino pesadumbres: él no gastaba con los hombres que piden dinero, ni con las mugeres que piden matrimonio. ¿Qué necedades pudo hacer Juan de la Encina, desnudo por no tratar con sastres? ¿Que se dejó quitar la hacienda, por no haber menester letrados? ¿Que se murió antes de enfermo que de curado, para ahorrarse de médicos? Solo un disparate hizo, que fué, siendo calvo, quitarse á nadie el sombrero; pues fuera menos mal ser des-

cortés que calvo; y fuera mejor que le matáran á palos, porque no se quitaba el sombrero, que no á apodos, porque era calvario. Y si por hacer una necedad anda Juan de la Encina por esos púlpitos y cátedras, con votos, gobiernos y estados, enhoramala para ellos, que todo el mundo es muerte, y todos son Encinas.

En esto estábamos, cuando muy estirado y con gran ceño emparejó otro muerto conmigo, y dijo: volved acá la cara, no penseis que hablais con Juan de la Encina. ¿Quién es vmd. (dije yo) que con tanto imperio habla, y donde todos son iguales, presume diferencia? Yo soy, dijo, el Rey que rabió. Y si no me conoces, por lo menos no podeis dejar de acordaros de mi, porque sois los vivos tan endiablados, que á todos decís, que se acuerdan del Rey que rabió, y en habiendo un paredon viejo, un muro caído, una gorra calva, un ferreruelo lampiño, un trabajo rancio, un vestido caduco, una muger manida de años, y rellena de siglos, luego decís que se acuerda del Rey que rabió. No ha habido tan desdichado rey en el mundo, pues no se acuerdan de él sino vejezes y harapos, antigüedades y visiones; ni ha habido rey de tan mala memoria, ni tan asquerosa, ni tan carroña, ni tan caduca, carcomida, ni apolillada. Han dado en decir que rabié, y juro á Dios que mienten; sino que han dado en decir que rabié, y no tiene ya remedio: y no soy yo el primer rey que rabió, ni solo, que no hay rey, ni le ha habido, ni le habrá, á quien no levanten que rabié. Ni sé yo cómo pueden dejar de rabiarse todos los reyes, porque andan siempre mordidos por las orejas de envidiosos y aduladores que rambian.

Otro, que estaba al lado del rey que rabió, dijo: vmd. se consuele conmigo, que soy el rey Perico, y no me dejan descansar de dia ni de noche. No hay cosa sucia, ni desaliñada, ni pobre, ni antigua, ni mala, que no digan que fué en tiempo del rey Perico. Mi tiempo fué mejor que ellos pueden pensar. Y para ver quién fui yo, y mi tiempo, y quién son ellos, no es menester mas que oírlos: porque en diciendo á una doncella ahora la madre: hija, las mugeres bajar los ojos, y mirar á la tierra, y no á los hombres; responden: Eso fué en tiempo del rey Perico: los hombres han de mirar á la tierra, pues fueron hechos de ella, y las mugeres al hombre, pues fueron hechas de él. Si un padre dice á un hijo: no jures, no juegues, reza las oraciones cada mañana, persígnate en levantándote, echa la bendicion á la mesa; dice que eso se usaba en tiempo del rey Perico. Ahora le tendrán por un mal tiempo si le ven persignarse, y se reirán de él sino jura y blasfema, porque en nuestros tiempos mas tienen por hombre al que jura, que al que tiene barbas.

Al acabar de decir esto se llegó un muertecillo muy agudo, y sin hacer cortesía dijo: basta lo que han hablado, que somos muchos, y este hombre vivo está fuera de sí y aturdido. No dijera mas Mateo Pico. Yo vengo á eso solo. Pues, bellaco vivo, ¿qué dijo Mateo Pico, que luego andais, si dijera mas; ó no dijera mas? ¿Cómo sabeis que no dijera mas Mateo Pico? Déjame tornar á vivir, sin tornar á nacer, que no me hallo bien en barrigas de mugeres, que me han costado mucho, y vereis si digo mas, ladrones viejos. Pues si yo viera vuestras maldades, vuestras tiranías, vuestras insolentes

cias, vuestros robos, no dijera mas? Dijera mas y mas; y dijera tanto, que enmendárades el refran, diciendo: mas dijera Mateo Pico. Aqui estoy, y digo mas; y avisad de esto á los habladores de allá, que yo apelo de este refran con los mil y quinientos. Quedé confuso de mi inadvertencia, y desdicha en topar con el mismo Mateo Pico. Era hombreillo menudo, todo chillido, que parecia que se rezumaba de palabras por todas sus conjunturas: zambo de ojos, vizco de piernas, y me parece que le he visto mil veces en diferentes partes.

Quitóse de delante, y descubrióse una grandísima redoma de vidro. Dijéronme que llegase, y vi gigote, que se bullia con un ardor terrible, y andaba danzando por todo el garrafon, y poco á poco se fueron juntando unos pedazos de carne, y unas tajadas, y de estas se fué componiendo un brazo, un muslo, y una pierna; y al fin se coció, y enderezó un hombre entero. De todo lo que había visto, y pasado me olvidé, y esta vision me dejó tan fuera de mí, que no me diferenciaba de los muertos ¡Jesus mil veces! dije: ¿qué hombre es este, nacido en guisado, hijo de una redoma? En esto oí una voz, que salia de la vasija, y dijo: ¿Qué año es este? De seiscientos y veinte y dos, respondí. Este año esperaba yo. ¿Quién eres, dije, que parido de una redoma, hablas y vives? ¿No me conoces? (dijo) ¿La redoma, y las tajadas no te advierten qué soy aquel famoso nigromántico de Europa? ¿No has oido decir que me hice tajadas dentro de una redoma para ser inmortal? Toda mi vida lo he oido decir, respondí; mas túvelo por conversacion de la cuna, y cuento de entre dijés, y babador. ¿Qué tú eres? Yo confieso que lo mas

que llegué á sospechar fué que eras algun alquimista, que penabas en esa redoma, ó algun boticario: todos mis temores doy por bien empleados por haberte visto. Sábeta, dijo, que mi nombre no fué del titulo que me dá la ignorancia: aunque tuve muchos: solo te digo que estudié, y escribí muchos libros, y los míos quemaron no sin dolor de los doctos. Si me acuerdo, dije yo: oído he decir que estás enterrado; mas hoy me he desengañado. Ya que has venido aquí, dijo, desatapa esa redoma. Yo empecé á hacer fuerza, y á desmoronar tierra, con que estaba enlodado el vidrio de que era hecha, y dijome: espera, dime primero: ¿hay mucho dinero en España? ¿En qué opinion está el dinero? ¿Qué fuerza alcanza? ¿Qué crédito? ¿Qué valor? Respondile: No han descaecido las Flotas de las Indias, aunque los estrangeros han echado unas sanguijuelas desde España al cerro del Potosí, con que se van restañando las venas, y á chupones se empezaron á secar las minas. Ginoveses andan á la sacapela con el dinero? (dijo él) vuélvome gigote. Hijo mio, los ginoveses son los lamparones del dinero, enfermedad que procede de tratar con gatos. Y véese que son lamparones, porque solo el dinero que vá á Francia no admite ginoveses en su comercio. ¿Salir tenia yo, andando esos usages de bolsas por las calles? No digo yo hecho gigote en redoma, sino hecho polvos en salvadera quiero estar, antes que verlos hechos dueños de todo. Señor nigromántico, repliqué yo, aunque esto es así, han dado en adolecer de caballeros en teniendo caudal, úntanse de señores, enferman de príncipes, y con los gastos, y empréstitos se apollilla la mercancía, y se viene todo á

repartir en deudas y locuras: y ordena el demonio, que las putas vendan las rentas reales de ellos, porque los engañan, los enferman, los enamoran, los roban, y despues los hereda el consejo de hacienda. La verdad adelgaza, y no quiebra. En esto se conoce que los ginoveses no son verdad, porque adelgazan y quiebran. Animádome has, dijo, con eso.

Dispondréme á salir de esta vasija, como primero me digas en qué estado está la honra en el mundo. Mucho hay que decir en esto (le respondi yo): tocado has una tecla del diablo: todos tienen honra, todos son honrados, y todos lo hacen todo caso de honra.

Hay honra en todos estados, y la honra se está cayendo de su estado, y parece que está ya siete estados debajo de tierra. Si hurtan, dicen que por conservar esta negra honra, y que quieren mas hurtar que pedir. Si pidea, dicen que por conservar esta negra honra, y que es mejor pedir que no hurtar. Si levantan un testimonio, si matan á uno, lo mismo dicen. Que un hombre honrado antes se ha de dejar morir entre dos paredes que sujetarse á nadie, y todo lo hacen al revés. Y al fin en el mundo todos han dado en la cuenta, y llaman honra á la comodidad; y con presumir de honrados, y no serlo, se rien del mundo. Considérome yo á los hombres con unas honras titeres, que chillan, bullen y saltan; que parecen honras, y mirando bien, son andrajos y palillos, ¿El no decir verdad será mérito? ¿El embuste, y la trapaza caballería? ¿Y la insolencia donayre? Honrados eran los españoles cuando podían decir deshonestos y borrachos á los extran-

geros; mas andan diciendo aqui malas lenguas, que ya en España, ni el vino se queja de mal bebido, ni los hombres mueren de sed. En mi tiempo no sabia el vino por dónde subir á las cabezas y ahora parece que se sube hácia arriba. Pues los maridos, porque tratamos de honras, considero yo que andarán hechos buhoneros de sus mugeres, alabando cada uno sus agujas. Hay maridos calzadores, que los meten para calzarse la muger con mas descanso, y sacarlos fuera ellos. Hay maridos linternas, muy compuestos, muy lucidos, muy bravos, que vistos de noche á obscuras, parecen estrellas; y llegados cerca, son candelilla cuerno y hierro, rata por cantidad. Otros maridos hay jeringas, que apartados atraen, y llegándose apartan. Pues la cosa mas digna de risa es la honra de las mugeres, cuando piden su honra, que es pedir la que dan. Y si creemos á la gente, y á los refranes que dicen: Lo que arrastra, honra, la honra del marido son las culebras, y las fal-das. No estoy dos dedos de volverme gigote (dijo el nigromántico) para siempre jamás: no sé qué me sospecho.

Dime, y letrados? Hay plaga de letrados, dije yo, no hay otra cosa sino letrados porque unos lo son por oficio, otros lo son por presuncion, otros por estudio, y de estos pocos; y otros (estos son los mas) son letrados porque tratan con otros mas ignorantes que ellos (en esta materia hablaré como apasionado); y todos se graduan de doctores, bachilleres, licenciados, y maestros mas por los mentecatos, con quien tratan, que por las universidades: y valiera mas á España langosta perpetua que licenciados al quitar.

Por ninguna cosa saldré de aquí (dijo el nigromántico.) Eso pasa? Ya los temia, y por las estrellas alcancé esa desventura; y por no ver los tiempos que han pasado embutidos de letrados, me avviciné en esta redoma, y por no los ver, me quedaré hecho pastel en bote. Repliqué: en los tiempos pasados, que la justicia estaba mas sana, tenia menos doctores, y hála sucedido lo que á los enfermos, que cuantas mas juntas de doctores se hacen sobre él, mas peligro muestra, y peor le vá: sana menos, y gasta mas. La justicia, por lo que tiene de verdad, andaba desnuda: ahora anda empapelada como especias. Un fuero-juzgo con su magtler, y su cuerno, y conusco, y faciamus, era todas las librerias: y aunque son voces antiguas, suenan con mayor propiedad, pues llaman Sayon al alguacil, y otras cosas semejantes. Ahora ha entrado una cáfila de menochios, surdos, y fabios, farinacios, y cujacios, consejos, decisiones, responsiones, lecciones, y meditaciones, y cada dia salen autores, y cada uno con tres volúmenes: Doctoris Putei, l. 6. vol. 1. 2. 3. 4. 5. hasta 15. Licenciati Abbatis *de Usuris*, Petri Cusqui *in Codigum*, Rupis, Bruticarpin, Castanei, Montocanesen *de Adulterio*, &c. *Patricidio*, Cornazano, Rocabruno, &c. Los letrados todos tienen un cimiterio porlibreria, y por ostentacion andan diciendo: tengo tantos cuerpos; y es cosa brava que las librerias de los letrados todas son cuerpos sin almas, quizá por imitar á sus amos. No hay cosa en que no nos dejen tener razon; solo lo que no dejan tener á las partes es el dinero, que lo quieren para sí. Y los pleytos no son sobre si lo que deben á uno se lo han de pagar á él, que eso no tiene ne-

cesidad de preguntas, y respuestas: los pleitos son sobre que el dinero sea de los letrados, y del procurador sin justicia, y la justicia sin dinero de las partes. ¿Quereis ver qué tan malos son los letrados? que si no hubiera letrados, no hubiera porfias: si no hubiera porfias, no hubiera pleitos: si no hubiera, pleytos, no hubiera procuradores: si no hubiera procuradores, no hubiera enredos: si no hubiera enredos, no hubiera delitos: si no hubiera delitos, no hubiera alguaciles: si no hubiera alguaciles, no hubiera carcel: si no hubiera carcel, no hubiera jueces: si no hubiera jueces, no hubiera pasion; y si no hubiera pasion, no hubiera cohecho. Mirad la retahila de infernales sabandijas que se produce de un licenciadito, lo que disimula una barbaza, y lo que autoriza una gorra. Llegais á pedir un parecer, y os dirán: negocio es de estudio: diga vmd. que ya estoy al cabo: habla la ley en propios términos. Toman un quintal de libros, dándole dos bofetadas hácia arriba, y hácia abajo, y leen de priesa: remiéndanle una anexion, luego dan un gran golpe con el libro patas arriba sobre una mesa, muy esparrancado de capitulos, y dicen: en el propio caso habla el jurisconsulto. Vmd. me deje los papeles, que me quiero poner bien en el hecho del negocio, y téngalo por mas que bueno, y vuélvase por acá mañana en la noche, porque estoy escribiendo sobre la tenuta de trasbarrás; mas por servir á vmd. lo dejaré todo. Y cuando al despediros le quereis pagar (que es para ellos la verdadera luz, y entendimiento del negocio que han de resolver), dice, haciendo grandes cortesias, y acompañamientos: ¡Jesus, señor! Y entre Jesus, y señor, alarga la mano, y para gastos

de pareceres se emboca un doblon. No he de salir de aquí (dijo el nigromántico) hasta que los pleitos se determinen á garrotazos; que el tiempo que por falta de letrados se determinaban las causas á cuchilladas, decian que el palo era alcalde, y de ahí vino: júzguelo el alcalde de palo. Y si he de salir, ha de ser solo á dar arbitrio á los reyes del mundo, que quien quisiere estar en paz, y rico, que pague los letrados á su enemigo, para que lo embelequen, roben, y consuman.

Dime: ¿Hay todavía Venecia en el mundo? Si la hay, dije yo: no hay otra cosa sino Venecia y venecianos. Oh! doña al diablo (dijo el nigromántico) por vengarme del mismo diablo, que no sé que pueda darla á nadie, sino por hacerle mal. Es república esa, que mientras que no tuviere conciencia durará; porque si restituye lo ageno, no le queda nada. Linda gente! la ciudad fundada en el agua, el tesoro y la libertad en el ayre, la deshonestidad en el fuego, y al fin es gente de quien huyó la tierra, y son narices de las naciones, y el albañal de las monarquias, por donde purgan las inmundicias de la paz y de la guerra; y el turco los permite por hacer mal á los cristianos: los cristianos por hacer mal á los turcos; y ellos por poder hacer mal á unos, y á otros, no son moros, ni cristianos; y así dijo uno de ellos mismos en una ocasion de guerra, para animar á los suyos contra los cristianos: Ea, que antes fuisteis venecianos que cristianos.

Dejemos eso, y dime: ¿Hay muchos golosos de valimientos de los hombres del mundo? Enfermedad es (dije yo) esa, de que todos los reinos son hospitales. Y él replicó: antes casas de orates en-

tendi yo; mas segun la relacion que me haces, no me he de mover de aquí: mas quiero que tú les digas á esas bestias, que en albarda tienen la vanidad, y ambicion que los reyes, y principes son azogue, en todo. Lo primero, el azogue si le quieren apretar, se vá: asi sucede á los que quieren tomarse con los reyes mas mano de lo que es razon. El azogue no tiene quietud: asi son los ánimos por la continua mareta de negocios. Los que tratan, y andan con el azogue, todos andan temblando; así han de hacer los que tratan con los reyes, temblar delante de ellos de respeto y temor, porque si no, es fuerza que tiemblen despues hasta que caigan.

— Quién reina ahora en España, que es la postrera curiosidad que he de saber, que me quiero volver á gigote, que me hallo mejor? Murio Filipo III, dije yo. Fué santo rey, y de virtud incomparable (dijo el nigromántico) segun lei yo en las estrellas pronosticado. Reina Filipo IV dias há, dije yo. Eso pasa? (dijo) ¿qué ya ha dado el tercero cuarto para la hora que yo esperaba? Y diciendo, y haciendo subió por la redoma, y la trastornó, y salió fuera. Iba corriendo, y diciendo: mas justicia se ha de hacer ahora por un cuarto que en otros tiempos por doce millones.

— Yo quise partir tras él, cuando me asió del brazo un muerto, y dijo: déjale ir, que nos tenia con cuidado á todos; y cuando vayas al otro mundo, di que Agrages estuvo contigo, y que se queja que le levanteis: agora lo veredes. Yo soy Agrages: mira bien que no he dicho tal; que á mí no se me dá nada que ahora, ni nunca lo veais; y siempre andais diciendo: ahora lo veredes, dijo Agrages. Solo ahora, que á ti, y al de la redoma os oí decir que

reinaba Filipo IV digo, que ahora lo veredes. Y pues soy Agrages, ahora lo veredes, dijo Agrages. Fuese, y púsoseme delante enfrente de mí un hombrecillo, que parecia remate de cuchar, con pelo de limpiadera: erizado, bermejizo, y pecoso. Digo-te sastre, dije yo. Y él tan presto dijo: os que no pica; pues no soy sino solicitador, y no pongais nombres á nadie. Yo me llamo Arbalias á unos, y á otros, sin saber á quién lo decís.

Muy enojado á mí se llegó un hombre viejo, muy ponderado de testuz, de los que traen canas por vanidad, un gran haz de barbas, ojos á la sombra muy metidos, frentaza llena de surcos, ceño descontento, y vestido, en que juntado lo extraordinario con el desaliño, hacia misteriosa la pobreza. Mas despacio te he menester que Arbalias, me dijo: siéntate. Sentóse, y sentéme; y como si le disparáran de un arcabuz, en figura de trasgo se apareció entre los dos otro hombrecillo, que parecia hastilla de Arbalia, y no hacia sino chillar, y bullir. Dijole el viejo con una voz muy honrada: idos á enfadar á otra parte, que luego vendreis. Yo tambien he de hablar, decia; y no paraba. Quién es este? pregunté. Dijo el viejo: ¿No has caído en quién puede ser? Este es Chisgaravis Docientosmil de estos andan por Madrid (dije yo): no hay otra cosa sino Chisgaravises. Replicó el viejo: este anda aqui cansando á los muertos, y á los diablos; pero déjate de eso, y vamos á lo que importa. Yo soy Pedro, no Pero Grullo, que quitándome una d en el nombre, me haceis el santo, fruta. Es Dios verdad, que cuando dijo Pero Grullo me pareció que le veía las alas. Huélgome de conocerte, repliqué. ¿Que tú eres el de las profecias que dicen de Pero

Grullo? A eso vengo, dijo el profeta estantigua: de eso habemos de tratar. Vosotros decís que mis profecías son disparates, y haceis mucha burla de ellas. Estemos á cuentas: las profecías de Pero Grullo, que soy yo, dicen así:

Muchas cosas nos dejaron
las antiguas profecías;
dijeron que en nuestros dias
será lo que Dios quisiere.

Pues, bribones, adormecidos en maldad, infames, si esta profecía se cumpliera, ¿habia mas que desear? Si fuera lo que Dios quiere, fuera siempre lo justo, lo bueno, lo santo: no fuera lo que quiere el diablo, el dinero, y la codicia: pues hoy lo menos es lo que Dios quiere, y lo mas, lo que queremos nosotros contra su ley: y ahora el dinero es todos los quererés, porque él es querido, y el que quiere y no se hace sino lo que él quiere: y el dinero es el Narciso, que se quiere á si mismo, y no tiene amor sino á si. Prosigo:

Si lloviere, hará lodos;
y será cosa de ver,
que nadie podrá correr
sin echar atrás los codos.

Hacedme merced de correr los codos adelante, y negadme que esto no es verdad. Direis que de puro verdad es necesidad: ¡buen achaquito, hermanos vivos! La verdad decís que amarga: poca verdad decís que es mentira: muchas verdades, que es necesidad. ¿De qué manera ha de ser la verdad para que os agrade? Y sois tan necios, que no ha-

beis echado de ver que no es tan profecía de Pero Grullo como decís, pues hay quien corra echando los codos adelante, que son los médicos, cuando vuelven la mano atrás á recibir el dinero de la visita al despedirse; que toman el dinero corriendo, y corren como una mona al que se lo dá porque le maten.

El que tuviere tendrá,
será el casado marido,
y el perdido mas perdido
quien menos guarde, y mas dá.

Ya estás diciendo entre tí: ¿Qué Perogrullada es esta; el que tuviere tendrá? (replicó luego) pues así es, que no tiene el que gana mucho, ni el que hereda mucho, ni el que recibe mucho, solo tiene el que tiene, y no gasta, y quien tiene poco, tiene; y si tiene dos pocos, tiene algo; y si tiene dos algos, mas es; y si tiene dos mases, tiene mucho; y si tiene dos muchos, es rico: que el dinero (y lleváos esta doctrina de Pero Grullo) es como las mugeres, amigo de andar, y que le manoseen, y le obedezcan, enemigo de que le guarden; que se anda trás los que no le merecen, y al cabo deja á todos con dolor de sus almas, amigo de andar de casa en casa. Y para ver cuán ruin es el dinero (que no parece sino que ha sido cotorrera), habeis de ver á cuán ruin gente le dá el señor; y en esto conoceréis lo que son los bienes de este mundo, en los dueños de ellos. Echad los ojos por esos mercaderes (sino es que estén ya allá, pues roban los ojos): mirad esos joyeros, que á persuasión de la locura venden enredos resplandecientes, y embus-

tes de colores, donde se anegan los dotes de los recién casados. ¡Pues qué si vais á la platería! no volveréis enteros. Allí cuesta la honra, y hay quien hace creer á un malaventurado se ciña su patrimonio al dedo; y no sintiendo los artejos el peso, están ahullando en su casa. No trato de los pastejeros, y sastres, ni de los roperos, que son sastres á Dios, y á la ventura, y ladrones, á diablos, y desgracia. Trás estos se anda el dinero; y no tendrá asco cualquier bien aliñado de costumbres, y pulido de conciencia de comunicarle ningun deseo? Dejemos esto, y vamos á la segunda profecía, que dice: Será el casado marido. Vive el cielo de la cama (dijo muy colérico, porque hice no sé qué gesto oyendo la Grullada) que sino oís con mesura, y si os rezumais de carcajadas de risa, que os pele las barbas. Oid noramala, que á oír habeis venido, y á aprender. ¿Pensais que todos los casados son maridos? Pues mentis, que hay muchos casados solteros, y muchos solteros maridos. Y hay hombre que se casa para morir doncel; y doncella que se casa para morir virgen de su marido. Y habéisme engañado, y sois maldito hombre; y aquí han venido mil muertos diciendo que los habeis muerto á puras bellaquerías. Y certíficoos, que sino mirará.... que os arrancára las narices, y los ojos, bellaconazo, enemigo de todas las cosas. Reios tambien de esta profecía:

Las mugeres parirán,
si se empuñan, y parieren,
y los hijos que nacieren,
de cuyos fueren serán.

¿Veis que parece bobada de Pero Grullo? pues yo os prometo , que si se averiguára esto de los padres , habia de haber una confusion de daca mi mayorazgo , y toma tu herencia. Hay en esto de las barrigas mucho que decir ; y como los hijos es una cosa que se hace á obscuras , y sin luz , no hay quien averigüe quién fué concebido á escote , ni quién á medias ; y es menester creer el parto , y todos heredamos por el dicho del nacer , sin mas acá , ni mas allá. Esto se entiende de las mugeres que meten oficiales ; que mi profecía no habla con la gente honrada , si algun maldito como vos no lo tuerce. ¿Cuántos pensais que el dia del juicio conocerán por padre á su page , á su escudero , á su esclavo , y á su vecino? ¿Y cuántos padres se hallarán sin descendencia? Allá lo vereis. Esta profecía , y las demas (dije yo) nos las consideramos allá de esta manera ; y te prometo que tienen mas veras de las que parecen , y que oidas en tu boca son de otra suerte. Y confieso que te hacen agravio. Pues oye , dijo , otra :

Volaráse con las plumas ,
 andaráse con los pies ,
 serán seis dos veces tres.

Volaráse con las plumas. ¿Pensais que lo digo por los pájaros , y os engañais , que eso fuera necedad : digolo por los escribanos , y ginoveses , que estos nos vuelan con las plumas el dinero de delante. Y porque vean en el otro mundo , que profeticé de los tiempos de ahora , y que hay Pero Grullo para los que vivís , llévate este mendrugo de profecias : que á fé que hay que hacer en enten-

derlo. Fuése, y dejóme un papel, en que estaban escritos estos renglones por esta órden :

Nació viernes de Pasion,
para que zahori fuera,
porque en su dia muriera
el bueno, y el mal ladron.

Habrà mil revoluciones
entre linages honrados,
restituir à los hurtados,
castigar à los ladrones.

Mis profecias mayores
verán cumplida la ley
cuando fuere cuarto el rey,
y cuartos los malhechores.

Leí con admiracion las cinco profecias de Pero Grullo; y estaba meditando en ellas, quando por detrás me llamaron. Volvime, y era un muerto muy lacio y afligido, muy blanco y vestido de blanco, y dijo; duelete de mí; y si eres buen cristiano, sácame de poder de los cuentos de los habladores, y de los ignorantes, que no me dejan descansar; y méteme donde quisieres. Hincóse de rodillas, y despedazándose à bofetadas, lloraba como niño. ¿Quién eres, dije, que à tanta desventura estás condenado? Yo soy, dijo, un hombre muy viejo, à quien levantan mil testimonios, y achacan mil mentiras. Yo soy el Otro, y me conocerás; pues no hay cosa que no la diga el Otro. Y luego, en no sabiendo cómo dar razon de sí, dicen: como dijo el otro. Yo no he dicho nada, ni despego la boca. En latin me llaman *Quidam*, y por esos libros me hallarás abultando renglones, y llenando cláusulas. Y quiero por amor de Dios, que vayas al otro mun-

do, y digas como has visto al Otro en blanco, que no tiene nada escrito, y que no dice nada, ni lo ha dicho, y que desmiente de aquí á cuantos lo citan, y achacan lo que no saben; pues soy el autor de los idiotas, y el testo de los ignorantes. Y has de advertir que en los chismes me llaman Cierta persona; en los enredos No sé quién; en las cátedras Cierta autor; y todo lo soy el desdichado Otro. Haz esto, y sácame de tanta desventura y miseria. Aun aquí estais, ¿y no quereis dejar hablar á nadie? (dijo un muerto hablando, armado de punta en blanco, muy colérico, y asiéndome de un brazo) oid acá; y pues habeis venido por estafeta de los muertos á los vivos, cuando vais allá decidlos que me tienen muy enfadado todos juntos. ¿Quién eres? le pregunté. Soy, dijo, Calainos. ¿Calainos eres? dije; no sé cómo no estás desainado; porque eternamente dicen. Cabalgaba Calainos. ¿Saben ellos cuentos? Mis cuentos fueron muy buenos, y muy verdaderos, y no se metan en cuentos conmigo. Mucha razon tiene el señor Calainos, dijo otro que se allegó; y él, y yo estamos muy agraviados. Yo soy Cantipalos, y no hacen sino decir: el ansar de Cantipalos, que salia al lobo al camino. Y es menester que les digais que me han hecho del asno ansar, y que era asno el que yo tenia, y no ansar; y los ansares no tienen que ver con los lobos: que me restituyan á mi asno en el refran. que me me le restituyan luego, y tomen su ansar: justicia con costas, y para ello, &c.

Con su báculo venia una vieja, ó espantajo, diciendo quien está allá á las sepulturas, con una cara echa de un orejon, los ojos en dos cuévanos de vendimiar, la frente con tantas rayas, y de tal

color, y hechura, que parecia planta de pié: la nariz en conversacion con la barbilla, que casi juntandose hacian garra; y una cara de la impresion del grifo: la boca á la sombra de la nariz, de hechura de lamprea, sin diente, ni muela, con sus pliegues de bolsa á lo gimio, y apuntándole ya el bozo de las calaveras en un mostacho erizado: la cabeza con temblor de sonajas, la habla danzante, y unas tocas muy largas sobre el mongil negro: esmaltada de mortaja la tumba, con un rosario muy grande colgando, y ella corva, que parecia con las muertecillas que colgaban de él, que venia pesando calaverillas chicas. Yo, que vi semejante abreviacion del otro mundo, dije á grandes voces, pensando que sería sorda: ah señora, ah madre, ah tia, ¿quién sois? ¿quereis algo? Ella entonces, levantando el *ab initio*, &c. *ante sæcula* de la cara, y parándose, dijo: no soy sorda, ni madre, ni tia: nombre tengo: trabajos, y vuestras sinrazones me tienen acabada. ¡Quién creyera que en el otro mundo hubiera presuncion de mocedad, y en una cecina como esta! Llegóse mas cerca, y tenia los ojos haciendo aguas, y en el pico de la nariz columpiándose una moquita, por donde echaba un tufo de cimiterio. Dijela que perdonase, y preguntéla su nombre. Dijome: yo soy la dueña Quintañona. ¿Qué, dueñas hay entre los muertos? dije maravillado. Bien hacen de pedir cada dia á Dios misericordia mas que *Requiescant in pace*, descansen en paz; porque si hay dueñas, meteran en ruido á todos. Yo creí que las mugeres se morian cuando se volvian dueñas, y que las dueñas no tenian de morir, y que el mundo está condenado á dueña perdurable, que nunca se acaba; mas aho-

ra que te veo acá me desengaño, y me he holgado de verte. porque por allá luego decimos: Miren la dueña Quintañoa, daca la dueña Quintañoa. Dios os lo pague, y el diablo os lleve, dijo, que tanta memoria teneis de mí, sin haberlo yo menester. Decid: ¿no hay allá dueñas de mayor número que yo? Yo soy Quintañoa: ¿no hay deciochenas, y setentonas? ¿Pues por qué no dais tras ellas, y me dejais á mi, que há mas de ochocientos años que vine á fundar dueñas al infierno, y hasta ahora no se han atrevido los diablos á recibirlas, diciendo que andamos ahorrando penas á los condenados, guardando cabos de tizonas como de velas, y que no habrá cosa cierta en el infierno? Y estoy rogando con mi persona al purgatorio, y todas las almas dicen en viéndome: dueña? no por mi casa. Con el cielo no quiero nada, que las dueñas en no habiendo á quien atormentar, y un poco de chisme, perecemos. Los muertos tambien se quejan de que no los dejen ser muertos como lo habian de ser, y todos me han dejado en mi albedrio, si quiero ser dueña en el mundo. Mas quiero estarme aqui, por servir de fantasma en mi estado toda la vida, y sentada á la orilla de una tarima, guardando doncellas, que son mas de trabajo que de guardar. Pues en viendo una visita aquel llamen á la dueña y á la pobre dueña, todo el dia le están dando su recaudo todos. En faltando un cabo de vela, llamen á Alvarez, la dueña le tiene: si falta un retacillo de algo, la dueña estaba allí; que nos tienen por cigüeñas, tortugas y erizos de las casas, que nos comemos las sabandijas. Si algun chisme hay, alto á la dueña. Y somos la gente mas bien aposentada en el mundo, porque en el invierno nos po-

nen en los sótanos, y los veranos en los zaquizamies. Y lo mejor es que nadie nos puede ver: las criadas porque dicen que las guardamos: los señores porque los gastamos: los criados porque nos guardamos: los de fuera por el *coram vobis* de responso; y tienen razon, por ver una de nosotras encaramada sobre unos chapines, muy alta, y muy derecha, parecemos túmulo vivo. ¡Pues cuando en una visita de señoras hay conjuncion de dueñas! allí se engendran las angustias y sollozos: de allí proceden las calamidades, y plagas, los enredos, y embustes, marañas y parlerias, porque las dueñas influyen acelgas y lentejas, y pronostican candiles, veladores, y tigeras de espavilar. ¡Pues qué cosa es levantarse ocho viejas, como ocho cabos de años, ó ocho sin cabo, ensabanadas, y despedirse, con unas bocas de tejadillo, con unas hablas sin hueso, dando tabletadas con las encias, y poniéndose cada una á las espaldas de su ama á entristecerlas, las asentaderas bajas, trompicando, y dando de ojos, á donde en una silla, entre andas, y atahud, la llevan los pícaros arrastrando! Antes quiero estarme entre muertos, y vivos padeciendo, que volver á ser dueña; pues hubo caminante, que preguntando dónde habia de parar una noche de invierno, yendo á Valladolid, y diciéndole que en un lugar que se llama dueñas, dijo: si habia adónde parar antes, ó despues. Dijéronle que no; y él á esto dijo: mas quiero parar en la horca que en Dueñas; y se quedó fuera en la picota. Solo os pido, así os libre Dios de dueñas; (y no es pequeña bendicion, pues para decir que destruirán á uno, dicen que le pondrán cual digan dueñas: mirad lo que es decir

:

Dueñas!) ruégote encarecidamente que hagas que metan otra dueña en el refran, y me dejen descansar á mi, que estoy muy vieja para andar en refranes, y querria andar en zancos, porque no deja de cansar á una persona andar de boca en boca.

Muy angosto, muy á teja vana, las carnes de venado, en un cendal, con unas mangas por greguescos, una esclavina por capa, un soportal por sombrero, y amarrado á una espada, se llegó á mí un embozado, y llamóme con la seña de los sombrereros: ce, ce, me dijo, yo le respondí luego. Llegueme á él, y entendí que era algun muerto vergonzante. Preguntéle quién era Yo soy el mal cosido, y peor sustentado don Diego de Noche. Mas aprecio haberte visto (dije yo) que cuanto hay. ¡Oh estómago aventurero! ¡Oh gazzate de rapiña! ¡Oh panza al trote! ¡Oh susto de los banquetes! ¡Oh mosca de los platos! ¡Oh sacabocados de los señores! ¡Oh tarasca de los convites, y cáncer de las ollas! ¡Oh sabañon de las cenas! ¡Oh sarna de los almuerzos! ¡Oh sarpullido del medio dia! No hay otra cosa en el mundo sino cofrades, discipulos, é hijos tuyos. Sea por amor de Dios (dijo don Diego de Noche) que esto me faltaba por oir; mas en pago de mi paciencia os ruego que os lastimeis de mí, pues en vida siempre andaba cerniendo las carnes el invierno por las picaduras del verano, sin poder hartar estas asentaderas de greguescos: el jubon en pelo sobre las carnes: el mas tiempo en ayunas de camisa: siempre dándome por entendido de las mesas ajenas, esforzando con pistos de cerote, y ramplones desmayos de calzado: animando á las medias á puras sustancias de hilo, y abu-

ja; y llegué á estado; en que viéndome calzado de geomagia, porque todas las calzas eran puntos, cansado de andar restañando el ventanage, me entinté las piernas, y deje correr. No se vió jamás socorrido de pañuelos mi catarro; que afilando el brazo por las narices, me pavonaba de romadizo: y si acaso alcanzaba algun pañizuelo, porque no le viesen al sonarme, me rebozaba; y haciendo el coco con la capa, tapando el rostro, me sonaba á obscuras. En el vestir he parecido arbol, que en el verano me he abrigado, y vestido, y en el invierno he andado desnudo. No me han prestado cosa que haya vuelto: hasta espadas (que dicen que no hay ninguna sin vuelta) si todos me las prestasen, todas serian sin vuelta. Y con no haber dicho verdad en toda mi vida, y aborrecidola, decian todos, que mi persona era buena para verdad desnuda, y amarga. En abriendo yo la boca, lo mejor que se podia esperar era un bostezo, ó un parasismo; porque todos esperaban el de: vmd. présteme: hágame merced; y asi estaban armados de respuestas. Y en despegando los lábios, de tropel se oía: no hay que dar: Dios le provea: cierto que no tengo: yo me holgára: no hay un cuarto. Y fui tan desdichado, que á tres cosas siempre llegué tarde: á pedir prestado llegué siempre dos horas despues; y siempre me pagaban con decir: si llegára vmd. dos horas antes, se le prestára ese dinero. A ver los lugares llegué dos años despues; y en alabando cualquier lugar, me decian: ahora no vale nada: si vmd. lo viera dos años há! A conocer, y alabar las mugeres hermosas llegué siempre tres años despues, y me decian: tres años atrás me habia vmd. de ver, que vertia sangre por las megillas. Segun esto fuera

mejor que me llamáran don Diego Despues, que no don Diego de Noche. Decir que despues de muerto descanso; aquí estoy, y no me harto de muerte: los gusanos se mueren de hambre conmigo: yo me cómo á los gusanos de hambre; y los muertos andan siempre huyendo de mí, porque no les pegue el don, ó les hurte los huesos, ó les pida prestado; Y los diablos se recatan de mí, porque no me meta de gorra á calentarme: y ando por estos rincones introducido en telaraña. Hartos don Diegos hay allá, de quien pueden echar mano: déjenme con mi trabajo, que no viene muerto que luego no pregunte por don Diego de Noche. Y diles á todos los dones á teja vana, caballeros chirles, hácia hidalgos, y casi dones, que hagan bien por mí, que estoy penando en una bigotera de fuego, porque siendo gentilhombre mendicante, caminaba con horma, y bigotera á un lado, molde para el cuello, y la bula en el otro; y esto, y sacar mi sombra, llamaba yo mudar mi casa. Desapareció aquel caballero vision: dió gana de comer á los muertos, cuando llegó á mí con la mayor priesa que se ha visto un hombre alto, y flaco, menudo de facciones, de hechura de cerbatana; y sin dejarme descansar, me dijo: hermano, dejadlo todo presto, luego, que os aguardan los muertos que no pueden venir acá, y habeis de ir al instante á oirlos, y hacer lo que os mandáren sin replicar, y sin dilacion, luego. Enfadóme la priesa del diablo del muerto, que no vi hombre mas súpito, y dije: señor mio, esto no es Cochitehervite. Si es (dijo muy demudado): digoos que yo soy Cochitehervite; y el que viene á mi lado (aunque yo no le habia visto) es Trochimochi, que somos mas parecidos que el freir, y el llover. Yo, que me ví

entre Cochitehervite, y Trochimochi, fui como un rayo donde me llamaban.

Estaban sentadas unas muertas á un lado, y dijo Cochitehervite: aquí está doña Fafula, Mari-Zápalos, y Mari-Rabadilla. Dijo Trochimochi: despachen, señoras, que está detenida mucha gente. Doña Fafula dijo: yo soy una muger muy principal. Nosotras somos (dijeron las otras) las desdichadas que vosotros los vivos traeis en las conversaciones disfamadas. Por mí no se me dá nada (dijo doña Fafula); pero quiero que sepan que soy muger de un mal poeta de comedias, que escribió infinitas y que me dijo un dia: el papel, señora, tanto mejor me hallara en andrajos en los muladares, que en copias en las comedias, cuanto no lo sabré eacarecer. Fui muger de mucho valor, y tuve con mi marido el poeta mil pesadumbres sobre las comedias, autos, y entremeses. Deciale yo, que por qué cuando en las comedias un vasallo arrodillado dice al rey: dame esos pies; responde siempre: los brazos será mejor. Que la razon era, en diciendo: dame esos pies, responder: ¿con qué andaré yo despues? Sobre la hambre de los lacayos, y el miedo, tuve grandes peloterias con él. Y tuve buenos respetos, que le hice mirar al fin de las comedias por la honra de las infantas, porque las llevaba de voleo, y era compasion. No me pagarán esto sus padres de ellas en su vida. Fuile á la mano en los dotes de los casamientos, para acabar la maraña en la tercera jornada: porque no hubiera rentas en el mundo. Y en una comedia, porque no se casasen todos, le pedí que el lacayo, queriéndole casar su señor con la criada, no quisiese casarse, ni hubiese remedio, siquiera porque saliera un

lacayo soltero. Donde mayores voces tuvimos, que casi me quise descasar, fue sobre los autos del Corpus. Decíale yo: hombre del diablo, ¿es posible que siempre en los autos del Corpus ha de entrar el diablo con grande brio, hablando á voces, gritos y patadas, y con un brio, que parece que todo el teatro es suyo, y poco para hacer su papel, como quien dice: huela la casa á diablo! Por vida vuestra que hagáis un auto donde el diablo no diga: esta boca es mía; y pues tiene por qué callar, no hable: hable quien puede, y tiene razon, y enójese en un auto; que aunque es la misma paciencia, tal vez se indignó, y tomó el azote, y trastornó mesas, tiendas, cátedras, y hizo ruido. Hícele que pues podia decir Padre Eterno, no digese Padre Eternal, ni Satan, sino Satanás: que aquellas palabras eran buenas cuando el diablo entra diciendo bú, bú, bú, y se sale como cohete Desagravié los entremeses, que á todos les daban de palos, y con todos sus palos hacian los entremeses; y cuando se dolian de ellos, duélanse (decia yo) de las comedias que acaban en casamientos, y son peores, porque son palos y muger. Las comedias que oyeron esto, por vengarse, pegaron los casamientos á los entremeses: y ellos, por escaparse y ser solteros, algunos se acaban en barberia, guitarrica y cántico. ¿Tan malas son las mugeres (dijo Mari-Zápalos) señora doña Fafula? Doña Fafula enfadada y con mucho toldo, dijo: ¡miren con qué nos viene ahora Mari-Zápalos! Si vengo, no vengo, se quisieron arañar, y al fin se asieron, porque Mari-Rabadilla, que estaba allí, no pudo llegar á meterlas en paz; que sus hijos por comer cada uno en su escudilla, se estaban dando de puñadas. Mirad, decia doña

Fafula, que digais en el mundo quién soy. Decia Mari-Zápalos. mirad que digais cómo la he puesto, Mari-Rabadilla dijo: decidles á los vivos, que si mis hijos comen cada uno en su escudilla, ¿qué mal les hacen á ellos? Cuánto peores son ellos, que comen en la escudilla de los otros, como don Diego de Noche y otros cofrades de su talle.

Apartéme de allí, que me hendia la cabeza, y ví venir un ruido de piullidos, y chillidos grandísimos, y una muger corriendo como una loca, diciendo: pío, pío. Yo entendí que era la reina Dido, que andaba tras el pío Eneas, pero el perro muerto á la sacapela, cuando oigo decir: allá vá Marta con sus pollos. Valate el diablo: ¿acá estás? ¿Para quién crias esos pollos? dije yo. Yo me lo sé dijo ella, críolos para comérmelos, pues siempre decís: muera Marta, y muera harta. Y decidles á los del mundo, que ¿quién canta bien despues de hambriento, y que no digan necedades? que es cosa sabida que no hay tono como el del ahito. Decidles que me dejen con mis pollos á mí, y que repartan esos refranes entre otras Martas, que cantan despues de hartas; que harto embarazada estoy yo acá con mis pollos, sin que ande inquieta en vuestro refran.

¡Oh qué voces y gritos se oían por toda aquella sima! Unos corrian á una parte y otros á otra, y todo se turbó en un instante. Yo no sabia donde me esconder. Oíanse grandísimas voces que decían: yo no te quiero: nadie te quiere; y todos decían esto. Cuando yo oí aquellos gritos dije: sin duda es este algun pobre, pues no le quiere nadie: las señas de pobre son por lo menos. Todos me decían: hácia ti: mira que vá tí. Y yo no sabia que me ha-

cer, y andaba como un loco mirando dónde huir, cuando me asió una cosa (que apenas divisaba lo que era) como sombra. Atemoricéme, púsoseme en pie el cabello, y sacudióme el temor los huesos. ¿Quién eres, ó qué eres, ó qué quieres (le dije) que no te veo y te siento? Yo soy (dijo) el alma de Garibay, que ando buscando quien me quiera, y todos huyen de mí: y teneis la culpa vosotros los vivos, que habeis introducido decir que el alma de Garibay no la quiso Dios, ni el diablo: y en esto decis una mentira y una heregía: la heregía es decir que no la quiso Dios; que Dios todas las almas quiere, y por todas murió: ellas son las que no quieren a Dios; así que Dios quiso el alma de Garibay como las demas. La mentira consiste en decir que no la quiso el diablo. ¿Hay alma que no la quiere el diablo? No por cierto; que pues él no hace asco de la de los pasteleros, roperos, sastres, ni sombrereros, no lo hara de mí. Cuando yo viví en el mundo, me quiso una muger calva y chica, gorda y fea, melindrosa y sucia, con otra docena de faltas. Si esto no es quererle el diablo, no sé qué es el diablo; pues veo segun esto que me quiso por poderes, y esta muger en virtud de ellos me endiabló, y ahora ando en pena por todos estos sótanos y sepulcros. Y he tomado por arbitrio volverme al mundo, y andar entre los desalmados corchetes y mohatrereros, que por alma todos me reciben; y así todos estos, y los demas oficios de este jaez, tienen el ánima de Garibay. Y decidles, que muchos de ellos, que allá dicen que el alma de Garibay no la quiso Dios, ni el diablo, la quieren ellos por alma, y la tienen por alma, y que dejen a Garibay, y miren por sí.

En esto desapareció con otro tanto ruido. Iba tras ella gran chusma de traperos, mesoneros, venteros, pintores, chicarreros y joyeros, diciendo: aguarda, mi alma. No vi cosa tan requebrada. Y espantóme que nadie la quería al entrar, y casi todos la requebraban al salir.

Yo quedé confuso, cuando se llegaron á mí Perico de los Palotes, y Pateta, Juan de las calzas blancas, Pedro por demas, el Bobo de Coria, y Pedro de Urdemalas (así me dijeron que se llamaban) y dijeron: no queremos tratar del agravio que se nos hace á nosotros en los cuentos y conversaciones; que no se ha de hacer todo en un día. Yo les dije que hacian bien, porque estaba tal con la variedad de cosas que habia visto, que no me acordaba de nada. Solo queremos, dijo Pateta, que veas el retablo que tenemos de los muertos á puro refran. Alcé los ojos, y estaban á un lado el Santo Mocarro jugando al abejon, y á su lado el de Santo Leprisco: luego en medio estaba S. Ciruelo, y muchas mandas y promesas de señores, y príncipes aguardando su día, porque entonces las harian buenas, que seria el día de S. Ciruelo. Por encima de él estaba el Santo de Pajares, y fray Jarro hecho una bota, por sacristan junto á S. Porró, que se quejaba de los carreteros. Dijo fray Jarro (con una vendimia por ojos, escupiendo racimos, oliendo á lagares, hechas las manos dos piezgos, la nariz espita, y la habla remostada con un tomillo del carro): estos son santos, que ha canonizado la picardia con poco temor de Dios. Yo me quería ir, y oigo que decia el Santo de Pajares: ah compañero, decidles á los del siglo, que muchos picarones, que allá teneis por santos, tienen acá guardados los Pajares; y lo de-

mas que tenemos que decir se dirá otro día.

Volví las espaldas, y topé cosido conmigo á don Diego de Noche, rascándose en una esquina: conócile, y díjole: ¿es posible que aun hay que comer en vmd., señor don Diego? Y díjome: por mis pecados soy refitorio y bodegon de piojos. Querria suplicaros, pues os vais, y allá habra muchos, y acá no se hallan por el bien parecer, que ando muy desabrigado, que me envíes algun mondadientes; que como yo lo traiga en la boca, todo me sobra, que soy amigo de traer las quijadas hechas jugador de manos, y al fin se masca y se chupa: y si hay algo entre los dientes, poco á poco se roe; y si es de lentisco, es bueno para las opilaciones. Dióme grande risa, y apartéme de él huyendo, por no lo ver aserrar con las costillas un paredon á puros corcomos.

Dando gritos y alaridos venia un muerto, diciendo: á mí me toca, yo lo sabré, ello dirá, entenderémonos. ¿Qué es esto? y otras razones tales. ¿Quién es este tan entremetido en todas las cosas? Y respondióme un difunto: este es Vargas, que como dicen: averígüelo Vargas, viene averiguandolo todo. Topó en el camino á Villadiego: el pobre estaba aflagidísimo, hablando entre sí: llámole, y díjole: señor Vargas, pues vmd. lo averigua todo, hágame merced de averiguar quién fueron las de Villadiego, que todos las toman, porque yo soy Villadiego, y en tantos años no lo he podido saber, ni las echo menos, y querria salir de este encanto. Vargas le dijo: tiempo hay, que ahora ando averiguando cuál fué primero la mentira, ó el sastre: porque si la mentira fué primero, ¿quién la pudo decir sino habia sastres? Y si fueron primero los

sastres, ¿cómo pudo haber sastres sin mentira? En averiguando esto volveré; y con esto se desapareció. Venia trás él Miguel de Vergas, diciendo: yo soy el Miguel de las negaciones, sin qué, ni para qué, y siempre ando con un nó á las ancas. Eso no, Miguel de Vergas, y nadie me concede nada, y no sé por qué, ni qué he hecho yo. Mas dijera, segun mostraba pasion, sino llegára una pobre muger cargada de bodigos, y llena de males, y plañiendo. ¿Quién eres (la dije) muger desdichada? La Manceba del abad, respondió ella, que anda en los cuentos de niños, partiendo el mal con el que le vá á buscar; y asi dicen las empuñadoras de las consejas: el mal para quien le fuere á buscar y para la Manceba del abad. Yo no descaso á nadie; antes hago que se casen todos. ¿Qué me quieren, que no hay mal que no sea para mi? Fuése, y quedo á su lado un hombre triste, entre calavera, y mala nueva. ¿Quién eres, le dije, tan aciago, que aun para martes sobras? Yo soy, dijo, Mátalas-callando; y nadie sabe por qué me llaman asi, y es bellaqueria, que quien mata es á puro hablar, y esos son Mátalas-hablando: que las mugeres no quieren en un hombre sino que otorgue, supuesto que ellas piden siempre. Y si quien calla otorga, yo me he de llamar Resucitalas-callando. Y no que andan por ahí unos mozuelos con unas lenguas de portante, matando á cuantos los oyen; y asi hay infinitos oidos con mataduras. Asi es verdad, dijo Lanzarote, que á mi me tienen esos consumido á puro Lanzarotar con si viene, ó no viene de Bretaña: y son tan grandes habladores, que viendo que mi romance dice:

Doncellas curaban de él,
y dueñas de su rocino,

Han dicho que de aquí se saca que en mi tiempo las dueñas eran mozos de caballos, pues curaban del rocino. ¡Bueno estuviera el rocino en poder de dueñas! ¡El diablo se lo daba! Es verdad, y yo no lo puedo negar, que las dueñas, por ser mozos, aunque fuese de caballos, se entremetieron en eso, como en otras cosas; mas yo hice lo que me convenia. Crean al señor Lanzarote (dijo un pobre mozo, sencillo, humilde, y caribobo), que yo lo certifico. ¿Quién eres tú, que pretendes crédito entre los podridos? Yo soy el pobre Juan de buena alma, que ni me aprovecha tener buen alma, ni nada, para que me dejen ser muerto. ¡Estraña cosa, que sirva yo en el mundo de apodo! Es un Juan de buen alma dicen al marido, que sufre, al galan que engañan, al hombre que estafan, al señor que roban, y á la muger que embelean. Yo estoy aquí sin meterme con nadie. Eso es no nada, dijo Juan Ramos, que voto a Cristo, que los diablos me hicieron tener una gata. Mas me valiera comerme de ratones; que no me dejan descansar con daca la gata de Juan Ramos, toma la gata de Juan Ramos. Y ahora no hay doncellita, ni contadorcico, que ayer no tenia que contar sino duelos, y quebrantos, ni secretario, ministro, ni hipócrita, ni pretendiente, juez, pleiteante, ni viuda, que no se haga la gata de Juan Ramos; y todo soy gatas, que parezco á febrero: y quisiera ser antes el sastre del Campillo que Juan Ramos. Tan presto saltó el sastre del Campillo, y dijo, que quién metía á Juan Ramos con el sastre; y él dijo: ¿pues no

mejoraba de apellido, aunque mudaba de sexo? Pues dijeran el gato de Juan Ramos, y no la gata. Si dijeran, no dijeran, el sastre desconfió de las tijeras, y fió de las uñas (con razon), y empezóse una brega del diablo. Viendo tal escarapela, iba-me poco á poco buscando quien me guiase, cuando sin hablar palabra, ni chistar (como dicen los niños), un muerto de buena disposicion, bien vestido, y de buena cara, cerró conmigo. Yo temí que era loco: cerré con él, y metiéronnos en paz. Decia el muerto: déjeme á ese bellaco, deshónra buenos: voto al cielo de la cama, que le he de hacer que se quede acá. Yo estaba colérico, y dijele: llega, y te tornaré á matar, infame, que no puedes ser hombre de bien: llega cabron. ¡Quién tal dijo! No le hube llamado la mala palabra, cuando otra vez se quiso abalanzar á mi, y yo á él. Llegaronse otros muertos, y dijeron: ¿Qué habeis hecho? ¿Sabeis con quién hablais? ¿A Diego Moreno llamais cabron? ¿No hallásteis sabandijas de mejor frente? ¿Qué este es Diego Moreno? dije yo. Enojéme mas, y alcé la voz, diciendo: infame, ¿pues tú hablas? ¿Tú dices á los otros deshónra buenos? La muerte no tiene honra, pues consiente que este ande aquí. ¿Qué le he hecho yo? Entremos, dijo tan presto Diego Moreno. ¿Yo soy cabron, y otras bellaquerias que compusiste á él semejantes? ¿No hay otros Morenos de quien echar mano? ¿No sabias que todos los Morenos, aunque se llamen Juanes, en casándose, se vuelven Diegos, y que el color de los mas maridos es moreno? ¿Qué he hecho yo, que no hayan hecho otros muchos mas? ¿Acabóse en mí el cuerno? ¿Levantéme yo á mayores con la cornamenta? ¿Encareciéronse

por mi muerte los cabos de cuchillos, y los tintoros? Pues qué los ha movido á traerme por tabladados? Yo fui marido de tomo y lomo, porque tomaba, y engordaba: siete durmientes era con los ricos, y grulla con los pobres, poco malicioso. Lo que podía echar á la bolsa, no lo echaba á mala parte. Mi muger era una picaronaza, y ella me disfamaba, porque dió en decir: Dios me le guarde al mi Diego Moreno, que nunca me dijo malo ni bueno. Y miente la bellaca, que yo dije malo, y bueno docientas veces. Y si está el remedio en eso, á los cabronazos que hay ahora en el mundo decidles, que se anden diciendo malo, y bueno á sus mugeres, á ver si les desmocharán las sienes, y si podrán restañar el flujo del hueso. Lo otro, yo dicen que no dije malo, ni bueno; y es tan al revés, que en viendo entrar en mi casa poetas, decia: malo; y en viendo salir ginoveses decia: bueno; si veia con mi muger galancetes, decia: malo; si veia mercaderes, decia: bueno; si topaba en mi escalera valientes, decia: remalo: si encontraba obligados, y tratantes, decia: rebueno. ¿Pues qué mas bueno, y malo habia de decir? En mi tiempo hacia tanto ruido un marido postizo, que se vendia el mundo por uno, y no se hallaba. Ahora se casan por suficiencia, y se ponen á maridos como á sastres, y escribientes. Y hay platicantes de cornudo, y aprendices de maridería. Y anda el negocio de suerte, que si volviera al mundo (con ser el propio Diego Moreno) á ser cornudo, me pusiera á platicante, y aprendiz delante del acatamiento de los que peinan Medellin, y barban de cabrío. ¿Para qué son esas humildades (dije yo) si fuiste el primer hombre que endureció de cabeza los matri-

monios? ¿El primero que crió desde el sombrero vidrieras de linternas? ¿El primero que ingirió los casamientos sin montera? Al mundo voy solo á escribir de día, y de noche entremeses de tu vida. No irás esta vez (dijo), y asímonos á bocados; y á la grita, y ruido que traíamos, despues de un vuelco que di en la cama, diciendo: válgate el diablo, ¿ahora te enojas? (propia condicion de cornudos enojarse despues de muertos) con esto me hallé en mi aposento tan causado, y tan colérico como si la pendencia hubiera sido verdad, y la peregrinacion no hubiera sido sueño. Con todo eso me pareció no despreciar del todo esta vision, y darle algun crédito, pareciéndome que los muertos pocas veces se burlan, y que gente sin pretension, y desengañada, mas atiende á enseñar que á entretener.

CARTAS

DEL CABALLERO DE LA TENAZA,

Donde se hallan muchos, y saludables consejos
para guardar la mosca, y gastar en prosa.

Á LOS DE LA GUARDA.

Habiendo considerado con discreta miseria la sonsaca que corre, me ha parecido advertir á los descuidados de bolsa, para que leyendo mis escritos, restriñan las faltriqueras, y procuren antes merecer el nombre de guardianes que el de datarios; y el dar sea en las mugeres, y no á las mugeres para que así merezcan el nombre de cofrades de la tenaza, de *Nihildemus* ó *Nequedemos*, que hasta ahora se decia *Nicodemus* por el poco conocimiento de esta materia. Y sea su nombre de todo enamorado *Avaro-matias*, llamese como se llamare, aunque nose llame Matias, y sea su abogado el ángel de la guarda; que con razon se llaman dias de guardar los dias que son de fiesta, y todos son de fiesta para guardar.

EJERCICIO COTIDIANO QUE HA DE HACER TODO CABALLERO PARA SALVAR SU DINERO Á LA HORA DE LA DACA.

En levantándose, lo primero conjurará su dinero, porque no se lo pidan; y alegraráse que le han dejado amanecer, diciendo: Yo me alegro aunque soy caballero de la Tenaza, porque me han dejado dormir los embestidores y pedigones; y ofrezco firmamente de no dar, ni prestar, ni prometer, por palabra, obra, ni pensamiento. Y luego dirá aquellas palabras:

Solamente un dar me agrada,
que es el dar en no dar nada.

Al sentarse á comer mirará la mesa, y viéndola sin pegote, moscon, ni gorra, echará la bendición, diciendo: bendito sea Dios que me dá comezon, y no comedores, considerando que los convidados en la mesa son cuchillos de los tenedores. Al irse á acostar, antes de dormir, se llegará al talegon vacío, que tendrá colgado á la cabecera de su cama por calavera de los perdidos, con un rótulo que diga:

Tú que me miras á mí
tan triste, mortal, y feo,
mira, talegon, por tí,
que como te ves me ví,
y veráste cual me veo.

Y empezando á dormir, dirá: bendito seais vos, Señor, que habeis permitido que me desnude yo, y

que no me haya desnudado otro antes. Y no dormirá á sueño suelto, porque no se le desperdicie nada.

TRIAKA DE EMBESTIMIENTOS MASCULINOS.

Es cierto que piden tanto las barbas como las tocas, y ha parecido conveniente anticipar el remedio. ¡Oh tú:, caballero de la Tenaza! en viendo que te buscan, ó te vienen á ver, sea quien fuere, antes de los cumplimientos, á Dios y á la ventura, dirás: ¡oh señor mio, el mundo está para dar un estallido: no se halla un cuarto; y luego grandes ofrecimientos, que esto es desjarretar la brivía. Pero si de enturbion te embistiere un pedidor de avenida, y repentino, con la misma priesa has de decir: estaba ahora pensando en pedir á vmd. me socorriese con esa cantidad, para cumplir una necesidad de honra. Esto se llama atragantar embelecocos. Y si te alabáren prenda, ó joya, dí tú, que por eso la estimarás en un tesoro de ahí adelante. Permitese dar pascuas, y no aguinaldo. Y en los días de feria damos licencia que en las tiendas, platería, y calle Mayor, el verdadero caballero de la Tenaza amague, y no dé. Y al fin ha de tener costumbre de reloj de sol, que muestra, y no dá. Y si se alargáre, y señaláre, sea con la sombra, y no con otra cosa. Y entre los dichos caballeros siempre se ha de jugar á tengamos, y tengamos, no se ha de jugar á los dados, ni se ha de leer en el Dante, ni se han de comer dátiles, ni han de saber otro refran, sino: quien guarda hallá. Y con esto, y con aquello, y sin dar nada, aqui tendrán, y serán tenidos; y allá será lo que Dios quisiere, como lo demas.

.EPÍSTOLAS DEL CABALLERO DE LA TENAZA.

I. La limosna es obra pia, si se hace de dinero propio; mas si (lo que Dios no quiera) se hiciere de dinero ageno, seria obra cruel. Yo, señora, con las palabras querria declarar mi voluntad y no con la bolsa. El tiempo es santo, la demanda justa, yo pecador; mal nos podemos concertar: no hay que dar: Dios la provea: vaya con Dios; cierto que no tengo, que son todos los modos de despedir picaronas vergantes. Madrid todos los meses, cada dia, y cada hora que me hablare.

II. Díceme vmd. que me quiere tanto, que querria que no tuviese pesadumbres. Señora mia, déjeme tener vmd. y sea lo que fuere, que aun no querria que me quitase pesadumbres. Y persuádase vmd. que á mi, y al rey nos ha dado Dios dos ángeles de guarda: á él para que acierte, y á mi para que no dé. Dios dé á vmd. salud, y vida.

III. Cuanto mas me pide vmd. mas me enamora, y menos la doy. ¡Miren dónde fué á hallar que pedir, pasteles hechizos! que aunque á mi es facil enviar los pasteles, y á vmd. hacer los hechizos, he querido suspenderlo por ahora. vmd. muerda de otro enamorado, que para mí peor es verme comido de mugeres que de gusanos; porque vmd. come los vivos, y ellos los muertos. A Dios hija. Hoy dia de ayuno. De ninguna parte, porque los que no envian, no están en ninguna parte; solo están en su juicio.

IV. ¿Ventanicas para ver toros y cañas, mi vida? ¿Qué mas toros y cañas, que vernos á tí pedir, y á mi negar? ¿Qué piensas que se saca de

una fiesta de estas? Cansancio, modorra, y falta de dinero al que paga los balcones. Dála al diablo, que es fiesta de gentiles, y todo es ver morir hombres que son como bestias, y bestias que son como maridos. Yo por mi bien te alquilára dos altos, mas mi dinero es el diablo. Quitate de ruidos, y haz cuenta que los has visto, y verás qué tarde que nos pasamos, tú sin ventana, y yo con dineros.

V. Hánme dicho, señora, que el otro dia hicieron vmd. y su tia burla de mi miseria; y ha sido tanta la que mi mezquindad ha hecho de vmd. que estamos pagados. Cuéntanme que hallaron mil faltas, y que todo se les fué en apodarme, y reirse; y que decian que parecia esto, y parecia eso-tro, y que parecia al otro. Yo confieso que lo parezco todo, como mi dinero no padezca. Háme caído en gracia lo que dijo con un diente, y media muela la señora Encina; ¡Qué caraza de estudian-ton! ¡Y que lábia! Hiede á perros, y no se le caerá un real, si le queman. ¿Y esto llama heder la buena señora, lo que para mí es pebete y ambar? Y si el no dar tiene por mal olor, procure estar acatarrada, ó tápese las narices, porque la enca-labriarán los malos hombres. Señoras mias, lo que vmds. llaman amores, no son sino pendencias, dares y tomares, y yo soy pacifico y no quiero tener dares, y tomares con nadie. Dios guarde á vmd. y yo lo que tengo.

VI. Escribeme vmd. que la envíe de merendar, y que guarde secreto: yo le guardaré de manera que ni salga de mi boca, ni entre en la de vmd. Pesia tal! ¿no basta haberme comido, y cenado, sino quererme merendar? Ayune vmd. un

dia á sus servidores, si es servida. Dos meses, tres dias, y seis horas há que vmd. y dos viejas, tres amigas, un page, y su hermana me pacen de dia, y de noche, de que estoy desvaído, y seco. Déjenme vmds. si son servidas y saque yo libre si- quiera mi cuerpo, y comeránme á medias vmd. y la sepultura; que estaré en el purgatorio, y aun no seguro. De casa: entiéndalo vmd, por fecha, y no por oferta.

VII. Riñeme vmd. porque no he vuelto á su casa, y es porque no he vuelto en mi de las visio- nes que ví el otro dia. Señora mia, por curiosidad se puede ir á su casa; mas no por amor, porque se ven en ella todas las naciones, lenguas y trages del mundo. ¿Que figura quiere vmd. que haga un estudianton entre Julios y Octavios, hablando dineros y escupiendo reales? Pues entre todas las naciones solo el pobre es el estrangero, y ha mester ser un mohatron para que le entiendan esos señores. En conclusion, yo estaba como vendido, y vmd. como comprada. Y aunque pienso que de- jan holgar á vmd. por mis barrios, no me tengo por tan seguro en casa, donde la sombra de un es- trangero se encaja encima.

VIII. Cuando no hubiera servido el no enviar á vmd. la telilla, que tan innumerables veces me ha pedido, sino de ver el gran caudal que Dios la ha dado, pues una misma cosa me la ha sabido pedir cada dia dos meses arreo por ocho, ó nueve billetes, y por diferentes modos, era grande interés, y para dar gracias á nuestro Señor; y si lo que vmd. ha gastado en papel y tinta, lo hubiera em- pleado en la tela, sin duda hubiera ahorrado dine- ro. Mastambien advierto á vmd. que el vestido que

hubiera hecho estuviera roto, y la alabanza de sus billetes durará para siempre. No le envío con este, porque darla luego pareciera necedad, y poco después locura, y ahora es ya frialdad, y se acabaría el entretenimiento de las demandas y respuestas. Guarde Dios etc.

IX. Presto ha descubierto vmd. la hilaza, y la condición que tiene, como hombre al fin, y más mudable que todos. Si yo hubiera creído á mis tías, no me quejara de lo que vmd. hace; mas ya estoy determinada de correr con lo que se usa, sirviéndome esto de escarmiento para adelante. Dícenme que está vmd. muy bien empleado, y conozco á la dicha señora: cosa en que ha mostrado su buen gusto. Así le guarde Dios que haga de las suyas; aunque esto no es menester encomendárselo. Dios le guarde.

X. Díronse vmds. tanta priesa á pelarme, que no solo mostré la hilaza, pero los huesos. No puedo negar á vmd. lo de ser mudable, pues no he tenido cosa en mi casa que vmd. no me la haya mudado á la suya con la facilidad que sabe. Y ojalá vmd. hubiera creído á sus tías, y yo no! que pienso que me hubiera estado mejor. De aquí adelante por estos parentescos para enamorarme pienso mirar más en una muger lo que no tiene que lo que tiene; pues quiero más que tenga bubas que tía, y giba que madre; que aquellos males se los tiene ella, y estos otros yo. Y si acaso los tuviere por mis pecados, no le hablaré, hasta que le haga sacar las parientas como los espíritus. Vmd. me ha dejado de suerte que solo para mí estoy de provecho, de bien escarmentado. Y no quiero amancebarme con linages, sino con mugeres; que dormir con sola

la sobrina y sustentar todo el abolorio, lo tengo por enfado. A malas tias muera, que es peor que á malas lanzadas, cuando mudare de propósito. Noramala, empezaré á hacer de las mias, cuando estoy desecho de las suyas.

XI. Bien mio, quando pensé que éramos yo el amante y vmd. la querida, hallo que somos competidores de mi dinero, y galanes. Y no quiero dejar de advertir á vmd. que ha mas que le quiero yo; y que hasta ahora no le he visto hacerme ningun desden. Señora mia, no hay personas con quien á mí me puedan dar mas celos que con querer mi hacienda. Si vmd. me quiere á mí, ¿que tengo yo que ver con vestidos, joyas y dineros, que son cosas mundanas, y de vanidad? Y si quiere á mis doblones, ¿porque no habla verdad? Y como en los papeles me llama mi vida, mi alma, mi corazon, mis ojos, me llame mis reales, mis doblones, mis talegones, mis bolsas. Vmd. crea que para mí no hay faccion buena, sino es de valde; que aun las mas baratas las tengo apenas por razonables. Lo que cuesta es feo, y no hay donaire donde hay pedidura. Dejemos el dinero, como si tal no hubiera sido y anden finezas y requiebros por alto; y sino, lo que conviene es que vmd. se quede con sus deseos, y yo con mis dineros. Guarde, etc.

XII. No pagaré yo en mi vida á vmd. el buen concepto que de mí ha tenido, sin ton, ni son; porque segun las niñerías que por su papel me pide, sin duda me ha juzgado por un Fúcar. Siete cosas lei, que aun no las he oido nombrar en mi vida. Merecia vmd. por la honra que me ha hecho, presumiendo de mí tanto caudal, que yo se las enviara; y yo tener con que comprarlas; pero será

fuerza que nos contentemos con estos merecimientos.

XIII. En las cosas que vmd., mi bien, me ha pedido, ya que no ha tenido razon, ha tenido donaire. Y cuando su papel no me ha hecho liberal, me ha hecho contemplativo, considerando por las muchas cosas que me pide cuántas son las que su Divina Magestad ha sido servido de criar para que vmd. las codiciase, y los mercaderes las vendiesen mientras yo les doy las gracias por todo. Y créame vmd. que si la buena voluntad hubiera caído en gracia á los tenderos, que la hubiera procurado pasar por moneda en esta ocasion. Dios sabe lo que lo siento; pero las niñerías son tantas, que aun para tomadas de memoria son muchas: Mire vmd. que harán para tomadas por dineros. Y diceme vmd. que la lleve esas niñerías, y la vaya a ver; y yo no hallo camino para llevar, ni sé por donde van los que llevan Fecha en el otro mundo; porque ya me juzgo con los muertos. No pongo á cuantos, por no contar dias á quien aguarda dineros.

XIV. Seis dias há que besé á vmd. las manos. aunque indigno, y en este tiempo he recibido tres visitas, un recaudo, dos respuestas, cinco billetes, dos toses de noche, y un monteado en San Felipe: he gastado parte de mi salud en un catarro con que estoy, y un dolor de muelas: este tiempo, y ocho reales, que en cuatro veces he dado á Mariana; y teniendo yo ajustada mi cuenta, á mi parecer el recibo con el gasto, me viene á encontrar disfrazado, en figura de caricia, con la maldita palabra: *envíame cien ducados para pagar la casa.* No quisiera ser nacido cuando tal cosa leí. Cien ducados? No los tuvo Atabalipa, ni Motezuma. Y

pedirlos todos de una vez, sin mas, ni mas, es para espirar un buscon. Mire vmd. desapasionadamente qué culpa tengo yo del alquiler de la casa; que por mí no se me dá nada que vmd. viva por los campos; que por no oír estas palabras deseo topar con una dama salvaje y campesina, que habite por los montes y desiertos. Vmd. ó niegue la deuda, ó la pida en otra parte; por que sino, estos cien ducados me harán que, de miedo de los alquileres, del poblado me pase á ser amante del yermo.

XV. No es posible sino que cuando vmd. me empezó a querer, me contó el dinero; porque á la propia hora que se acabó la bolsa espiraron las finezas. No me ha querido un al mas mi alma. Honrado terminillo ha tenido. Y ya que el diablo le ha dicho á vmd. que se acabó la mosca, quiérame sobre prendas, hasta que me deje en carnes, y favórezcame unos días sobre la capa, calzónes y el jubon.

XVI. Ahora es, y no acabo de santiguarme de la nota del billetico de esta mañana. Muger que tal piensa, y tal escribe, ¿qué aguarda para asir de un garabato, y andarse á hurtar almas del peso de San Miguel? Concertadme esas razones. Despues de haberme mondado el cuerpo, y roídome los huesos, chupádome la bolsa, desaparecdome la honra, desainádome la hacienda; el tiempo es santo, esto se habia de acabar algun dia, la vecindad tiene que decir, mi tia gruñe de dia, y de noche: no puedo sufrir la soberbia de mi hermana: por vida tuya que escuses el verme, y pasar por esta calle; y que demos á Dios alguna parte de nuestra vida. A buen tiempo se arremangó Celestina á remedar la nota de Fr. Luis. Infierna hembra,

diablaafeitada, mientras que tuve que dar, y me duró el granillo, el tiempo fué pecador, no hubo vecinas, tu maldita y descomulgada tia, que ahora gruñe de dia, y de noche, entonces de dia me comia, y de noche me cenaba; y con aquellos dos colmillos, que sirven de muletas á sus quijadas, pedia casi tanto como tú con mas dientes que treinta mastines. ¿Qué diré de la bendita de tu hermana? Que en viéndome se volvía campana, y no se le oía otra cosa que dan, dan. Bellaconas, ¿qué ha sido esto? Yo echo de ver, que para convertirnos no hay otra cosa como sacaros un gastado. Todas os habeis vuelto á Dios en viéndome sin blanca. Cosa devotísima debe de ser un pobre, y vuestra calavera es bolsa vacía. En gracia me cae lo que debemos á Dios parte de nuestra vida: ¡y qué vida para dar parte de ella, sino á Lucifer! Y aun con vergüenza; y hablando con perdon, quitas á los hombres lo que han menester, y das á Dios lo que no es para su Divina Magestad. La Tomana se quiere hacer dadivosa de la otra vida. Sin duda te pusieron á deprender conciencia en casa de algún sastre. Digo que no pasaré por tu calle, ni menos por estafa tan desvergonzada, sin que nos convirtamos á medias; yo me arrepentiré de lo que te he dado, para salvarme; y tú me lo restituirás, para que Dios te perdone; lo demas sea pleito pendiente para el purgatorio, si cuando de esta vida vayas se te hiciere camino por allí; porque si vas al infierno, yo desisto; que nome está bien ponerte de manda en casa de tu tia.

XVII. Estando pensando qué responderia á las cosas que vmd. me pide, se me vinieron á la memoria aquellas inefables palabras, que á los po-

bres se dicen con lástima, y á las mugeres con razon; no hay que dar. Señora mia, yo bien entendí que había órdenes mendicantes pero no niñas mendicantes sin órden. Para mí una muger pediguieña es lo propio que un tegedor. Quien me quisiere hacer casto, pídamelo algo. Y si el diablo es tan interesado como la carne, no dude vmd. que me procuraré salvar de puro miserable? ¿Es posible que no se persuadirán á creer, que si no es dando, y no pidiendo, no pueden ser bien quistas? Miren qué cara les hace un pobre hombre, cuando oye: dame, tráeme, comprame, envía, muestra. Deje vmd. palabras mayores, que en el duelo de la bolsa afrentan hasta el ánima. Estése quedo el pedir, y anden los billetes por alto, que yo ofrezco escribir mas que el Tostado. Nuestro Señor la guarde á vmd. aunque temo, que es tan enemiga de guardosos, que aun Dios no querrá que la guarde.

XVIII. Bueno me hallo yo, que había escrito á mi tierra á un amigo como me había encontrado mi ventura en Madrid con una muchacha tan hermosa y tan linda, que no había mas que pedir; y ahora he descubierto en su condicion, que cada dia hay que pedir mucho mas. Yo, señora, me hallo tan bien con mi dinero, que no sé por dónde, ni cómo echarle de mí; y me aplico mas á tomar que á repartir. Advierta vmd. que lleva camino de sacarme de pecado, porque estoy resuelto antes á salvarme de valde, que condenarme á puro dinero. Y bien mirado, todo el infierno no vale nada; y vmd. me lo encarece, como si faltáran demonios á quien los quisiere. Vmd. vuelva los dientes, y las uñas á otra parte, porque yo tengo la castidad por logro, y soy pecador de lance. Y lo mio fuera su-

yo, si no tuviera una lujuria que se precia de miserable. Dóime por respondido, y á mas ver, y menos pedir.

XIX. Díceme vmd. que no me ensanche porque me pide, y se obliga, y me trata como de casa. ¿Eso se teme vmd. reina mia? ¿No aguardará á ver lo que hago? ¿Ensancharme tenia, mi bien? Ahora lo verá, que me he fruncido, y reunido de manera que puedo voltear en un canuto de alfileres de puro angosto. Díceme vmd. que se obliga con pedirme; pero yo hallo, que es obligarse a tomar solamente. ¿Eso es tratarme como de casa, ó como para su casa? No, hija: yo soy de los de la calle y he conocido que si sus ojos de vmd, son el matadero de las ánimas, son el rastro de las bolsas. Todo se acaba, y el dinero mas presto, si no se mira por él. Vmd. haga cuenta que no me ha pedido nada, que yo hago la misma, porque no hallo otro camino de guardar los mandamientos, y hacerlos guardar, sino guardando mi dinero de vmd. hasta la bolsa, y merced desde allá adelante.

XX. Peligroso debo de estar de honra, y caudal, pues siendo la extrema-uncion de las pediduras el casamiento, á falta de otra cosa, me pide vmd. palabra de matrimonio. Dígame, reina, ¿qué paciencia, ó sufrimiento me ha columbrado, que me codicia para marido? Yo tengo cara de soltero y condicion de viudo, que no me duran una semana dos pares de mugeres; y es imposible que no sea ageno de venganza el quererse vmd. casar conmigo, conociéndose, y conociéndome. Yo no quiero tomar mi matrimonio con mis manos, ni estoy cansado de mí, ni enfadado con mis vicios: no quiero dar picon al diablo con vmd. Maridee por

otra parte, que yo he determinado morir ermitaño de mi rincón, donde son más apacibles telarañas que suegras. Y porque no me suceda lo que á los que se casan, no quiero tener quien me suceda; y perseveraré en este humor hasta que haya órdenes de redimir casados, como cautivos. Si vuestra merced me quiere para mientras marida, ó para para marido, ó para entre marido, aquí me tiene corriente, y moliente.

XXI. Doscientos reales me envía vmd. á pedir sobre prendas para una necesidad; y aunque me los pidiera para dos, fuera lo mismo. Bien mío, y mi señora, mi dinero se halla mejor debajo de llave que sobre prendas; que es humilde, y no es nada altanero, ni amigo de andar sobre nada: que como es de materia grave y no leve, su natural inclinaciones bajar, y no subir, vmd. me crea, que yo no soy hombre de prendas, y que estoy arrepentido de lo que he dado sobre vmd. ¡Mire qué aliño para animarme á dar sobre sus arracadas! Si vmd. dá en pedir, yo daré en no dar; y con tanto darémos todos. Guarde Dios á vmd. y á mí de vmd.

XXII. Dícame vmd. que está preñada, y lo creo, porque el ejercicio que vmd. tiene no es para menos. Quisiera ser comadre para ofrecirme al parto, que compadres sobrarán en el bautismo. Dame vmd. á entender que tiene prendas mías en la barriga, y podría ser, si no ha dijérido los dulces que me ha merendado; que el hijo yo se lo dejo todo entero á quien le quisiere, no pudiendo ser todo entero de nadie. Señora mía, si yo quisiera ser padre, en mi mano ha estado hacerme fraile, ó ermitaño: no soy ambicioso de crias. Y desen-

gáñese vmd. que yo no he de tragar ese hijo, porque no cómo hijos como Saturno, ni lo permita Dios; y antes muera de hambre que tal trague. Lo que importa es empreñarse á diestro y á siniestro, parir á troche y moche, y echarlo á Dios, y á ventura. Vmd. dé con el muchacho en la piedad, que allí le criará un capellan, que en los niños de la doctrina sirve de chirriar á las calaveras. Y alumbré Dios á vmd, con bien. Y si se le antojáre algo, sea lo primero no acordarse de mí.

Si vmd. se acuerda de mí, acordarse de mí
 que yo no he de tragar ese hijo, porque
 no cómo hijos como Saturno, ni lo permita
 Dios; y antes muera de hambre que tal
 trague. Lo que importa es empreñarse á
 diestro y á siniestro, parir á troche y
 moche, y echarlo á Dios, y á ventura.
 Vmd. dé con el muchacho en la piedad,
 que allí le criará un capellan, que en los
 niños de la doctrina sirve de chirriar á
 las calaveras. Y alumbré Dios á vmd,
 con bien. Y si se le antojáre algo, sea
 lo primero no acordarse de mí.

XXII. Como vmd. con esta piedad, y lo
 que yo no he de tragar ese hijo, porque
 no cómo hijos como Saturno, ni lo permita
 Dios; y antes muera de hambre que tal
 trague. Lo que importa es empreñarse á
 diestro y á siniestro, parir á troche y
 moche, y echarlo á Dios, y á ventura.
 Vmd. dé con el muchacho en la piedad,
 que allí le criará un capellan, que en los
 niños de la doctrina sirve de chirriar á
 las calaveras. Y alumbré Dios á vmd,
 con bien. Y si se le antojáre algo, sea
 lo primero no acordarse de mí.

LIBRO

DE TODAS LAS COSAS

Y OTRAS MUCHAS MAS,

Compuesto por el docto y experimentado en todas materias, el único maestro malsabidillo: dirigido á la curiosidad de los entremetidos, á la turbamulta de los habladores, y á la sonsaca de las viejecitas.

TRATADO PRIMERO.

Secretos espantosos, y formidables, experimentados, tan ciertos, y tan evidentes, que no pueden faltar jamas.

ADVERTENCIA AL LECTOR.

Curioso lector, ó desaliñado, que no importa mas lo uno que lo otro para el efecto de mi obra, esta primera página contiene las admirables y estupendas proposiciones, en que podrás escoger la maravilla que quisieres obrar, mirando el numero que tiene delante, y buscándole en la siguiente página, donde está el modo de hacerlo. Y no te espante el prodigio que ofrece la pregunta, que todo lo hallaras facil en viendo la respuesta.

TABLA DE PROPOSICIONES.

1. Para que se anden tras tí todas las mugeres hermosas; y si fueres muger los hombres ricos y galanes.
2. Para ser bien recibido donde quiera; y es infalible.
3. Para que cualquiera muger, ó hombre, que bien te pareciere, seas hombre, ó muger, luego que te trate se muera por tí.
4. Para que con solo haber hablado á una muger, te siga á donde quiera que fueres.
5. Para hacerte invisible, y que aunque entres entre mucha gente, ninguno te pueda ver. Y encomiéndote por el sumo Señor, que te hizo, tan alto secreto, por el daño que puede resultar si se divulgáse entre ladrones, adúlteros, presos, y enemigos.
6. Para que hombres, y mugeres te otorguen cuanto pidieres.
7. Para ser rico y tener dinero.
8. Para alcanzar cualquiera muger en un momento; y es certísimo.
9. Para que no se te rompa ningun vestido que traieres.
10. Para que no se vaya el alcon, aunque le sueltas; y es probado.
11. Para no tener dolor de muelas jamás.
12. Para no encanecer, ni envejecer nunca.
13. Para tener hijos la mas estéril muger del mundo.
14. Para que no te hurten los sastres.
15. Para no morirse jamás.

- 46. Para no morir sin confesion.
- 47. Si quieres que el caballo que tuvieres re-
vuelva á todas manos.
- 48. Para tener grandes cargos en la repú-
blica.
- 49. Para verte en altos puestos en breve
tiempo.
- 20. Para ser tenido.
- 21. Para no envejecer, seas muger, ó hombre.
- 22. Para que, aunque seas calvo, no lo pue-
das parecer, sin cabellera, ni casquete.
- 23. Para que todos los pleitos salgan en tu
favor.
- 24. Para que te duren poco las enfermedades.
- 25. Para que no te piquen las chinches de
noche.
- 26. Si quieres ser bien quisto.
- 27. Para no confesar en el tormento; y es cer-
tísimo (no lo comuniques, por los ladrones, y de-
lincuentes).
- 28. Para quitarte los grillos, y las prisiones
en la cárcel, por grandes que sean.

TABLA DE SOLUCIONES.

- 1. Andate tú delante de ellas.
- 2. Dá donde quiera que entráres, y serás tan
bien recibido que te pese.
- 3. Sé el médico que la cures; y es probado,
pues cada uno muere del médico que le dá al ta-
bardillo, ó mal que le dió.
- 4. Húrtala lo que tuviere, y te seguirá hasta
el cabo del mundo, sin dejarte á sol, ni á sombra.

5. Sé entremetido, hablador, mentiroso, tramposo, miserable, y nadie te podrá ver mas que al diablo.
6. Pídeles á ellas que te quiten lo que tienes, y á ellos que no te den nada, y te lo otorgarán todo.
7. Si los tienes tenerlos; y sino no desearlos, y serás rico.
8. Aguija, si anda: corre, si aguija: y vuela, si corre, y la alcanzarás.
9. Rásgale tú primero, y es cierto.
10. Pévalo cañon á cañon, y lo verá claro.
11. No las tengas, y es un ahorro que parece muy mal á las quijadas.
12. Muérete cuando muchacho, ó recien nacido.
13. Conciba, pára, crielos, y no los suelte, y los tendrá.
14. No hagas de vestir con ellos, y no hay otro remedio.
15. No seas necio, que estos solos son los que se mueren, que á los desgraciados mátanlos las heridas; á los enfermos mátanlos los médicos; y los necios solo se mueren á sí mismos.
16. Haz delitos de muerte, confiésalos y morirás confesado.
17. Ponle dos dias con un escribano, y revolverá á todas manos, y aun á todo el mundo.
18. Fuerza doncellas, hurta casadas, mata clérigos, roba iglesias, que no hay mayores cargos.
19. Andate de cuesta en cuesta, y de cerro en cerro.
20. Déjate agarrar, y asir.
21. Andate al sol en el verano, y al sereno en

el invierno, y no tengas paz con tus huesos: púdrete de todo, come hambre, y bebe agua: no descanses de día, ni de noche, por andar en lo que no te vá ni te viene; que como esta no es vida para llegar á viejos, conseguirás el no serlo.

22. Tén sombrero perdurable, y de por vida, y no te lo quites aun para dormir; y si otro te quitare el sombrero, remítele á la cabezada, y á la reverencia: y si por esto te dijéren que eres descortés, di que mas vale ser descortés que calvo; y si por descortés riñéren contigo, y te matáren, tambien vale mas ser muerto que calvo; y procura morir con tu sombrero como con tu habla.

23. No pagues al abogado, ni al procurador, ni á los oficiales, que eso es lo que se pierde siempre sin remedio, y en eso vás condenado cada día, y cada hora. Y si pagando á los susodichos tienes sentencia en tu favor, tienes dinero en contra: y si tienes sentencia en contra, tambien. Y advierte que antes que se contesten las demandas, son los pleitos sobre si mi dinero es mio, ó del otro; y en empezándose, es sobre que no sea del otro, ni mio, sino de los que nos ayudan á entrambos.

24. Llama á tu médico cuando estás bueno, y dale dineros porque no estás malo; que si tú le das dinero cuando estás malo, ¿cómo quieres que te dé una salud que no le vale nada, y te quite un tabardillo que le dá de comer?

25. Acuéstate de día; y es probado.

26. Presta, y no cobres: dá, convida, sufre, padece, sirve; calla, y déjate engañar.

27. Negar cuanto te preguntaren.

28. Págaselo muy bien al alcaide; y es probado.

TRATADO DE LA ADIVINACION POR CHIROMANCÍA, FISONOMÍA Y ASTRONOMÍA.

Señales de agua. Ver llover, no tener para vino, ahogarse en ella.

Señales de sereno. Catarros á la mañana, reumas, y dolor de muelas.

La luna en los peces significa que está de viernes: menguará, y andarán linternas de noche.

Todas las veces que la luna está en el toro, es cierto que entre los dos hay cuatro cuernos: saldrá el sol por la mañana.

Las lunas viejas son las que hacen las malas noches en invierno, y se gastan en enseñar á gruñir los vientos, y á mormurar á los vientecillos.

Júpiter en libra parecerá tendero: denota invierno y verano en el año.

Venus con Géminis, que es signo unguente, es señal que tiene llagas: miren por sí los boticarios.

Júpiter en el carnero estará como hueso de muerto: denota melancolía en los presos.

Saturno en capricornio amenaza casados molares.

Mercurio en el leon parecerá medio ochavo: causará enfermedades, si hay melones, y pepinos, y se bebe agua; y morirán los que enfermaren, si los curan los médicos.

La luna en la cabeza del dragon significa que el dragon tiene cabeza.

Luna llena, no cabe nada mas; y es aforismo de Hermes.

Eclipse solar es eclipse hidalgo: promete obscuridad mientras durare, y mentiras de astré-

logos, creidas de necios, y temidas de poderosos y ricos.

Cometa con cola es cierto si se llegan á ella que se pegará. Denota muchas bocas abiertas, nueces de gatzates empinadas, y ojos de puntillas para averla. Y si fuere criníta, morirán sin duda aquel año todos los reyes que Dios quisiere.

Conjuncion magna: habrá encuentros de reyes en las barajas, jugando á la carteta: muchas muertes en los rosarios, y durarán sus efectos hasta que se rompan. Ptolomeo, Maxinio, y Origano.

CAPÍTULO DE LOS AGÜEROS.

Si vás á comprar algo, y al ir á pagar no hallares la bolsa adonde llevabas el dinero, es agüero malisimo, y no te sucederá bien la compra.

Si vás á reñir, y se te cae la espada, es mejor que no si te se cayeran las narices. Pero si riñendo se te cae, y te rompen la cabeza, es mal agüero para tu salud, y bueno para el cirujano y alguacil.

Si al salir de tu casa vieres volar cuervos, déjalos volar, y mira tú dónde pones los pies.

El martes es dia aciago para los que caminan á pié, y para los que prenden.

Si se te derrama el salero, y no eres Mendoza, véngate del agüero, y cómetela en los manjares. Y si lo eres, levántate sin comer, y ayuna el agüero como si fuera santo; que por eso se cumple en ellos el agüero de la sal, porque siempre sucede desgracia, pues lo es no comer.

Dias aciagos, y horas menguadas son todos

aquellos, y aquellas en que topan al deuciente el alguacil, el deudor al acreedor, el tahir al fullero, el principe al adulador, y el mozo rico a la ramera astuta.

Tres cosas las mejores del mundo aborrecen sumamente tres géneros de gentes: la salud los médicos: la paz los soldados, y la verdad algunos escribanos y letrados.

CÓMO SE HAN DE HACER LAS COSAS, Y EN QUÉ DIAS
PARA QUE TE SUCEDAN BIEN.

Domingo reina el sol: es dia apropósito para comer a costa agena, y no hace mal, aunque sea algo mas de lo ordinario; porque segun Hipócrates, y Galeno, no son dañosos los ahitos de valde; y está el sol en su casa, y tú en la del otro.

Lunes compra todo lo que hallares a menos precio, ó de valde.

Martes toma todo lo que te dieren, y no repares en cumplimientos, que es dia de Marte; y si no lo haces, te mirará en el arrepentimiento de mal aspecto.

Miércoles pide a Dios, y a ventura, que quizá topará con alguno a quien Mercurio, tocado de la vanidad, incline a darte lo que tuviere.

Jueves es dia apropósito para no creer nada que te digan los aduladores.

Viernes es buen dia para huir del acreedor, de la ejecucion, y de la embestidura meridiana de las panzas al trote.

Sábado es buen dia para levantarte tarde, andar despacio, comer caliente, hablar mucho, vestir an-

ocho, y calzar holgado, que es Saturno viejo, y amigo de su comodidad, y tiene gota, como sale de acuario, y no se ha enjugado.

DE LA FISONOMÍA.

Todo hombre que tuviere el cabello ensortijado, negro, y recio, dará mas que hacer á los barberos; y el que criare piojos, se rascará á menudo la cabeza.

Todo hombre calvo no tendrá pelo; y si tuviere alguno, no será en la calva. A estos, si son barbados, les reluce el casco, y parecen sus caras cabezas con el pelo, y sus cabezas caras sin él.

Todo hombre de frente chica, y arrugada parecerá mono, y será ridiculo para los que le vieren.

El que tuviere la frente ancha tendrá los ojos debajo de la frente, y vivirá todos los dias de su vida; y esto es sin duda.

Quien tuviere nariz muy larga, tendrá mas que sonar, y buen apoderado.

El de narices meñiques, y romas, llamadas narriquetas, que hay algunos que las tienen tan pequeñas, que apenas se las puede hallar en la cara el mal olor, son hombres, aunque parecen otra cosa; y en vida empiezan á hacer diligencias para calaveras. No son coléricos, porque por milagro se les sube el humo á las narices, como no se las halla.

Boca grande de oreja á oreja significa tarasca, ó alfane, y mucha espuma sin freno. Y estos parau bien, porque no solo no son desbocados, pero son boca-todos,

Boca pequeña, y fruncida, que hace hocico de huron, y parece oído, denota obscuridad en los dientes, y es como tener encias con saetera, en lugar de ventana.

Boca en almibar, con humedad de balsa, que habla con perdigones, y razona con zumo, ondeada de jabonaduras, con la risa nadando en salivas, mas necesidad tiene de enjugador que de requiebro.

El que tiene manos muy grandes, tendrá grandes dedos, y diez uñas en entrambas: el que tuviere mucha mano, privará: el que muchas manos, será valiente; y por el contrario.

Ojos vivos no huelen mal, y relucen: los pequeños tienen niñas, y los grandes mozas.

Ojos verdes, y azules parecen pájaras, y no mueres.

Ninguna muger que tuviere buenos ojos, buena boca, y buenas manos, puede ser hermosa, ni dejar de ser una fantasma; porque en preciándose de ojos, tanto los duerme, los arrulla, los eleva, los mece, y los flecha, que no hay diablo que la pueda sufrir.

Si tiene buenas manos, tanto las esgrime, y las galopea por el tocado, tecleando de araña el pelo y haciendo corvetas con los dedos por lo mas frágil del moño, que amohinará los difuntos. Pues considéramela de buenos dientes, arregazados los labios, con todas las muelas, y dientes desenhainados, y en puribus los colmillos, muy preciada de regaño de mastin, á pique del alma condenada; y vereis quanto mejor es un neguijon fruncido, unos ojos rezmellados, y una mano de mortero, contenta con ser mano, sin introducirse en revoloteos, en

sonajas, en pinzas, y en taravilla de bullicios.

Muger con cara podrida como olla, donde hay con hocico de puerco, y carne de vaca, de todo en la escarapela de facciones, mas preciada de bien prendida que los que están en los calabozos: dama de la cárcel, muy presumida de los alfileres, pretendiendo pasar por lindeza lo bigarrado. De puro bien prendida, merece que no la suelten las pascuas; y pues todo su caudal es ser solamente bien prendida, es razon que la llamen doña Escariote, y que sea conocida por el prendimiento, como Judas.

Muger tarasca, que delincuente de cara, muy revesada de ojos, muy gótica de narices, muy ética de lábios, muy penitente de megillas, muy obscura de encias, con dentadura de raja, y frente tan angosta, que el cabello sirve de cejas; si retrajere estas bellaquerías vivas en lo discreto, cuando pida se le ha de dar audiencia, y no joya: tenga cátedra, no amante. Alábensele las cláusulas, y las doctrinas, no el talle, ni el rostro: tenga lugar en las librerías, y no en las voluntades. Y porque conviene que con ella se gaste muy poco tiempo, queremos que en las visitas, ya que no sea oída, ni vista, sea solo oída, y la vista huida,

Unas viejas en duda, que se usan, que se toman de los años como del vino, y andan diciendo que la falta de dientes es corrimiento, que las arrugas son herencia, las canas disgustos, y los achaques pegados; y por no parecer huérfanas de la edad, llaman mal de madre el que es mal de abuela: decimos que se les dé para su sustento una plaza de dueñas, que con esto serán viejas, y no dejarán ser mozas á las niñas á puros chismes, y tendrán

venganza, ya que no pueden remedio: y las graduamos de mugeres de vacinica, que pidan para las otras.

Las mugeres que tienen las cejas en arco, y no ballesta, tendrán dos pestañas en cada ojo, y serán bien miradas, si las miran bien.

En viendo un tuerto, puedes juzgar por esta ciencia que le falta un ojo.

Los vizcos son tuertos en duda, que no se sabe de qué ojo lo son,

El hombre zurdo sabe poco, porque aun no sabe cual es su mano derecha; pues la una lo es en el lugar, y la otra en el oficio. Es gente de mala manera, porque no hacen cosa á derechas.

Hombre corcovado no le trates, y júzgale por mal inclinado, pues lo anda con la corcova.

Capon, que ni es hombre, ni muger, y parece entrambas cosas, es gente intratable, que ni merece ser hombre, ni se atreve á ser dueña.

Quien tuviere pequeño pie, ese sin duda calzará menos zapato, y tendrá menos zancajos que le roan los maldicientes.

Pie grande, que los gallegos llaman pata, si el que le tuviere dice riñendo, que meterá á otro en un zapato, lo podrá cumplir sin ser valiente.

CHIROMANCIA, Ó ARTE DE ADIVINAR POR LAS RAYAS DE LAS MANOS EN UN CAPÍTULO BREVE.

Todas las rayas que vieres en las manos (ó curioso lector) significan que la mano se dobla por la palma, y no por arriba, y que se dobla por las junturas: y por eso están las grandes en las coyun-

turas, y de esas, como es cuero delicado, resultan las otras menudas. Y para ver que esto es así, mira que en el pescuezo, frente, caderas, corvas, codos, sangraduras y nalgas, por donde se arruga el pellejo, y en las plantas de los pies hay rayas. Y así había de haber, si fuera verdad, como hay chirimánticos, nalguimánticos, frontimánticos, codimánticos, pescuecimánticos y piedimánticos.

PARA SABER TODAS LAS CIENCIAS, Y ARTES MECÁNICAS
Y LIBERALES EN UN DIA.

Si quieres saber todas las lenguas, háblalas entre los que no las entienden; y está probado.

Si escribieres comedias y eres poeta, sabrás Guineo en volviendo las rr ll, y al contrario, como Francisco, Flancico: Primo, Plimo

Si quieres saber vizcaino, trueca las primeras personas en segundas con los verbos, y cádate vizcaino, como Juancho, quitas leguas, buenos andas vizcaino; y de rato en rato su Juangoicoa.

Morisco hablarás casi con la misma adjetivacion, pronunciando muchas xx, ó jj, como Espadahán, Jerro, Boxanxé, Borriquela y Mendozas, Mera Boxanxé; y así en todo.

Francés, en diciendo Vu, como niño que hace el coco, añadiendo; bon compere, y nombrando Macarelage, sin descuidarte de decir la Francia, monsieur y madame, está acabado.

Italiano es mas fácil, pues con decir vitela, signor sí, corpo dil mondo, y saber el refran de pian pian, si fa lontan, y pronunciando la che, ce, y la ce, che, está sabida la lengua.

Aleman y flamenco es lengua breve, pues se aprende en un brindis gotis, guen, caraos, mempiat, menestiat. Y para tratar de guerra, en diciendo pais, duna y dique; no hay mas que de-sear.

La arábigo no es menester mas que ladrar, que es lengua de perros y te entenderán al punto.

Griego y hebreo, como todos los que lo saben, lo saben sobre su palabra, por solo que ellos dicen que lo saben, dilo tú, y sucederáte lo mismo.

Dejo de tratar de la gerigonza y germanía, por ser cosa que puedes aprender de los mozos de mulas.

Si quieres ser famoso médico, lo primero linda mula, sortijon de esmeralda en el pulgar, guantes doblados, ropilla larga, y en verano sombrero de tafetan; y en teniendo esto, aunque no hayas visto libro, curas y eres doctor. Y si andas á pie, aunque seas Galeno, eres platicante. Oficio docto, que su ciencia consiste en la mula.

La ciencia es esta: dos refranes para entrar en casa; el que tenemos, ordinario: venga el pulso, inclinar el oido: ¿ha tenido frio? Y si él dice que sí primero, decir luego: se echa de ver: ¿duró mucho? Y aguardar que diga cuánto, y luego decir: bién se conoce: cene poquito, escarolitas, una ayuda. Y si dice que no la puede recibir, decir: pues haga por recibirla. Recetar lamedores, jarabes y purgas, para que tenga que vender el boticario, y que padecer el enfermo. Sangrarle y echarle ventosas; y hecho esto una vez, si duráre la enfermedad, tornarle á hacer, hasta que, ó acabes con el enfermo ó con la enfermedad. Si vive, y te pagan, di que llegó tu hora; y si muere,

di que llegó la suya Pide orines, haz grandes meneos, miralos á lo claro y tuerce la boca, y sobre todo advierte que traigas grande barba, porque no se usan médicos lampiños, y no ganarás un cuarto si no parecieres limpiadera. Y á Dios y á ventura, aunque uno esté malo de sabañones, mandale luego confesar, y haz devocion la ignorancia. Y para acreditarte de que visitas casas de señores, apéate á sus puertas, entra en los zaguanes, orina y tórnate á poner á caballo; que el que te viere entrar y salir, no sabe si entraste á orinar ó no. Por las calles vé siempre corriendo y á deshora, porque te juzguen por médico que te llaman para enfermedades de peligro. De noche haz á tus amigos que vengan de rato en rato á llamar á tu puerta en altas voces, para que lo oiga la vecindad: al señor doctor, que lo llama el duque: que está mi señor la condesa muriéndose: que le ha dado al señor obispo un accidente; y con esto visitarás mas casas que una demanda, te verás acreditado, y tendrás horca y cuchillo sobre lo mejor del mundo.

Para ser caballero ó hidalgo, aunque seas judío y moro; haz mala letra, habla despacio y recio: anda á caballo, debe mucho y vete donde no te conozcan, y lo serás.

Si quieres ser letrado almendruco por madurar, que hagas mal á los pleitos, y tus alegaciones sepan á madera, ten de memoria los titulos de los libros, dos párrafos y dos textos, y esto acomoda á todas las cosas, aunque sea sin propósito. A todas las cosas que te dijeren dí que hay ley expresa, que habla en propios términos. Si abogares, dá muchas voces y porfia; que en las leyes el que

mas porfia, tiene, si no mas razon, mas razones. A todos di que tienen justicia, por desatinos que pidan. Y sabe cierto, que no hay hoy disparate en el mundo tan grande, que no tenga ley que lo apoye. Y mira si hay mayor disparate que no beber vino y no comer tocino, y tiene la ley de Mahoma que lo abone. Si no entendieres la relacion que te hicieren de los pleitos, di que ya estás al cabo, y harto de vocear el mismo caso en la chancilleria. No te olvides de la ley del reino, que está en romance, y ten en la memoria á Panormitano y Abad. Podrás álegar al cierto jurisculto, y al otro, y algun refrancico, que al fin son evangelios abreviados. Y sobre todo tendrás en tu estudio libros grandes, aunque sean de solfa ó caballerías, que hagan bulto; y algunos procesos, aunque los compres de especerías, y tiendas de aceite y vinagre. Si dijeres algo por auténtico, y te apretaren á decir en qué autor lo viste, di que en Carolo Molineo, antes que le vedáran, que por estar vedado no se podrá averiguar; ó inventa un autor de consejos, pues salen nuevos cada dia; y no te olvides de traer chinelas, gorra y capa con capilla, por quien Dios es.

Si quieres ser alquimista y hacer de las piedras yerbas, del estiercol, y aguas oro, hazte boticario ó herbolario, y harás oro de todo lo que vendieres. Y guárdate de quemar metales, y sacar quintas esencias, que harás del oro estiercol, y no del estiercol oro.

Y si quieres ser autor de libros de alquimia, haz lo que han hecho todos, que es fácil, escribiendo gerigonza: recibe el rubio, y mátaale, y resucítale en el negro. Item, tras el rubio toma lo de

abajo, y súbelo, y baja lo de arriba, y júntalos, y tendrás lo de arriba. Y para que veas si tiene dificultad el hacer la piedra filosofal, advierte que lo primero que has de hacer es tomar el sol, y esto es dificultoso por estar tan lejos. Hazte mercader, y harás oro de la seda; y tendero, y harásle de hilo, agujas, aceite, y vinagre: librero, y harás oro de papel: ropero, del paño: zapatero, del cuero, y suelas: pastelero, del pan: médico, de las cámaras harás oro, y de la inmundicia: y barbero, lo harás de la sangre, y pelos; y es cierto que solos los oficiales hacen hoy oro, y son alquimistas, porque los demas, antes le deshacen y gastan.

Para ser toreador sin desgracia ni gasto, lo primero caballo prestado, porque el susto toque al dueño, y no al toreador: entrar con un lacayo, solo, que por lo menos dirán que es único de lacayo: andarse por la plaza hecho antípoda del toro; y si le dijeren que cómo no hace suertes, diga que esto de suertes está vedado. Mire á las ventanas, que en eso no hay riesgo. Si hubiere socorro de caballero, no se dé por entendido. En viéndole desjarretado entre pícaros y mulas, haga puntería, y salga diciendo siempre: no me quieren; y en secreto diga: pagados estamos. Y con esto toreará sin toros, y sin caballos.

Si quieres, aunque seas un pollo, ser respetado por valiente, anda con maretá, habla duro, agoviado de espaldas, zambo de pierna, trae barba de ganchos, y bigotes de guardamano, y no levantes la habla de la cama sin vaharada del trago puro: habla poco, que ya no tienen por valientes sino á los que callan. Di cuando estés vestido que estás atravesado por mil partes. Brinda en los banquetes al

ánima de Pantoja, y á la honra de Escamilla, y Roa. Sé cuerdo en las pendencias, loco en los banquetes, colérico en las paces, y flemático en las veras: y de cuando en cuando achácate entre los amigos un herido, ó dos de los que otros mojarén; y con esto no tendrá tanta opinion como tú ningún cabardillo.

Agua: aceite, y vinagre: libras
 papel: ropero, del pan: capazo: del cuero, y
 suelas: pastoso: del pan: médico: de las canas:
 las paces: oro: y de la montaña: y barba: lo
 parte de la savia: y por: y es cierto que solos
 los oficiales hacen hoy oro: y son algunos
 porque los domos, antes se deshacen y gastan.

Para ser torcedor sin desgracia de galea, lo pri-
 mero caballo prestado, porque el suyo lope el
 dueño, y no el torcedor: entrar con un liebre: so-
 lo que por lo menos dura que es unico de liebre:
 andarse por la plaza: la antipoda del toro: y si
 se dijeren que como en las suelas, diga que esta
 de acortor esta vezada. Hice a las ventanas que en
 eso no hay riesgo. Si hubiere socorro de caballo,
 no se de por estorbado. En víbolas desbaratado
 entre picaros y auitas, para puntas, y sales di-
 ciedo siempre: no me dueren; y en secreto diga:
 pagados estamos. Y con esto torzará sin torer, y
 sin capallos.

Si duenas, siempre seas un pollo, ser respetado
 por valiente, anda con marra, hablador, estorvado
 de espaldas, xamba de pizca, tres barba de gan-
 chos, y bigotes de guaratama, y no levantas la
 pabla de la cama sin valuada del layo puro: ha-
 bla poco, que ya no honra por valientes sino á los
 que callan. Diciendo estos vestidos que estas ari-
 voste por mil partes. Brinda en los banquetes al

AGUJA

DE NAVEGAR CULTOS.

CON LA RECETA.

PARA HACER SOLEDADES EN UN DIA;

Y ES PROBADA.

Con la roperia de viejo de anoheceres, y amaneceres, y la plate-
ria de las facciones, para remendar romances desharapados.

RECETA.

Quien quisiere ser culto en solo un dia .

La geri (aprenderá) gonza siguiente :

Fulgores, arrogar, joven, presiente,

Candor, construye, métrica armonia :

Poco, mucho, si, no, purpuracia,

Neutralidad, conculca, erige, mente,

Pulsa, ostenta, libar, adolescente.

Señas traslada, pira frusta, harpia,

Cede, impide, cesuras, petulante,

Palestra, liba, meta, argento, alterna,

Si bien, disuelve, émulo, canoro :

Use mucho de liquido, y de errante,

Su poco de nocturno, y de caverna,
Andes listos libor, adunco, y poro ;

Que ya toda Castilla

Con sola esta cartilla

Se abrasa de poeta babilones,

Escribiendo sonetos cenusiones ;

Y en la Mancha pastores y gañanes ,

Atestadas de ajos las barrigas,

Hacen ya cultedades como migas.

Ejemplo hermafrodito, romance-latín.

Yace cláusula de perlas,

Si no rima de clavel,

Dinasta de la belleza,

Que ya Cathaclismo fué :

Un tugurio de pirópos,

Ojeriza de zalé,

Poca porcion, que secreta

Corusca favila al bien :

Pórtico donde rubrica

Al múrice tirio el ver,

Tutelar padron del alma,

Aura genitiva en él.

Y despues que el aprendiz de culto se ha dado por vencido, y dicho que es la piedra filosofal, ó el Fenix, ó la aurora, ó el Pelicano, ó la Carantamaula, es un romance á la boca de una muger en toda cultedad.

Esto es mas fácil que pedir prestado.

Pues siendo todo lo que escriben los cultos tales, no los finos anohecerces, y amanecerces, conirse á la roperia de los soles, se hallan auroras he-

chas, que les vienen como nacidas á cualquier mañanita, con sus nácares, y ostros, leche, y grana, y empañado el dia en mantillas de oro: cunas rosadas, y llorares de perlas y de aljofar.

Las flores salvas, búcaros las yerbas,
Que bebe el sol, que chupa, ó que las lame.

Anoheceres, lutos de sombras, y bayetas de la noche.

Cadáver de oro, y tumbas del ocaso
En atahud de fuego: exequias de la luz, y despavilos.
Capuces turquesados, y argos de oro:
Mundo viudo, huérfanas estrellas:
Triforme diosa, carros del silencio:
Soñolienta deidad, émula á Phebo.

En la platería de los cultos hay hechos cristales fugitivos para arroyos, montes de cristal para las espumas, campos de zafir para los mares, y márgen de esmeraldas para los praditos. Para las facciones de las mugeres hay gargantas de plata bruñida, trenzas de oro para cabellos: labios de coral, y de rubies para getas y hocicos: alientos de ambar (como pomos) para resuellos: manos de marfil para garras: pechos de diamantes para pechos: estrellas coruscantes para ojos; é infinito nacar para megillas. Aunque los poetas hortelanos todo esto lo hacen de verduras, atestando los labios de claveles, las megillas de rosas, y azucenas, y el aliento de jazmines, otros poetas hay charquiás, que todo lo hacen de nieve, y de hielo, y están nevando de dia, y de noche, y escriben una muger puerto, que no se puede pasar sin trineo, y sin ga-

ban y bota: manos, frente, cuello, pecho, y brazos, todo es perpétua ventisca, y un Moncayo. Con esto, y con gastar nuevo Calepino sin qué, ni para qué serás culto, y lo que escribieres oculto, y lo que habláres, lo hablarás á bulto. Y Dios tenga en el cielo el castellano, y le perdone. Y Lope de Vega á los clarísimos nos tenga de su verso.

Mientras por preservar nuestros Pegasos.

Del mal olor de culta gerigonza,

Quemamos por pastillas Garcilasos.

LA CULTA LATINIPARLA.

CATECISMA DE VOCABLOS

PARA INSTRUIR A LAS MUGERES CULTAS, HEMBRILATINAS.

Lleva un disparatorio como vocabulario para interpretar, y traducir las damas gerigonzas, que parlan el alcorán macarrónico con el laberinto de las ocho palabras.

COMPUESTO

Por Aldrobando Anathema Cantacuceno, graduado en tinieblas, docto á oscuras, natural de las Soliedades de Abajo.

DIRIGIDO A DOÑA ESCOLASTICA POLIANTHEA

de Calepino, señora de Trilingue, y Babilonia.

DEDICATORIA.

Siendo vmd. mas conocida por los circumloquios, que por los moños de tan lindas sinedoches, y cacofonias, tan airosa de hiperboles, y tan nebrisense de palabras, que tiene mas nominativos que galanes: y siendo la dama de mas arte (de Antonio) que se ha visto, y mas merlincoica que Merlin, obligacion le corre al mas perito (y no es fruta) de encimarla en los precipicios inaccesos de otra, si no tan siderea estimacion aplaudida, si bien de menos trisulca pena

(Plauto sea sordo) dirigiéndola este candil, para andar por las prosas lúgubres. Es vmd. adivinanza perenne, y tiene enigma lluvia; y pueden á su menor visita examinar ordenantes. Es vmd. mas repetida por su estilo que el susodicho, aquel hidalgo que no deja descansar renglon en los procesos. Son vmd. y la algaravía mas parecidas que el freir, y el llover. Un papel suyo leímos ayer yo y un obispo armenio, dos gitanos, y un casi astrólogo, y medio doctor. Ibamos por él tan á obscuras, como si leyéramos simas, y nos hubimos de matar en un *obstáculo*, y dos *naufrogantes*, que estaban al volver de la hoja. No bastó construirle, ni estudiarle, y así le conjuramos, y a poder de exorcismos se descubrieron dos medios renglones, que iban en hábito de pacuvios, y le lanzamos los *obsoletos*, como los espíritus. Mil Tucídides eché á vmd. como bendiciones, que discurre tan á mata candelas, que la podemos llamar discreta Paulina. Si vmd. escribiendo tan *á porta inferi*, acaba de lobreguarse, dirá que su language está como una boca de lobo con tanta propiedad como una mala noche, y que no se puede ir por su conversacion de vmd. sin linterna. Autore Dios á vmd. y la saque de princesa de las tinieblas, que es relativo del demonio, pues es principe de ellas. Vale en culto, no en testado de escribano. Pridie idus. Ya entiende vmd. y si no, haga cuenta que se oye. —Liceaciado Cantacuceno.

AL CLARO, DÍAFANO, CHIRLE, TRASPARENTE, Y MERIDIANO LECTOR DE LANGUAGE TAPIDO, Y A BUERNAS NOCHES.

Doliéndome de ver aporreada la blandura de los requiebros en conchas de latines de acarreo, y los ruegos enamorados con el silicio de gramaticales cerdas, y considerando con el pujo que los enamorados en romance deletrean lo culterano de las damas, que ahora hablan nublado, y retazos de *quis*, vel *qui*: y compadecido de que á las hermosuras legas por justos juicios se les haya revestido en el cuerpo tan estraña gerihabla; y viendo que los calaministas de noche al son de campanilla dicen: acuérdense, hermanos, de los que están en pecado mortal, y de los que andan por la mar, y de aquellos, y aquellas que están en poder de culteros: por todas estas cosas he resuelto de fabricarte este Lampion contra palabras murciégalas, y razonamientos lechuzas: todo debajo de la correccion de los clarísimos de Venecia; y no es pulla.

LAMPION.

Es conveniente que las que siguen esta doctrina, y chirrian confusiones, lo que antes, cuando eran legas, fué: cierta persona, dijo esto Gonzalez, y dijo esotro: bien dijo don Juan; hoy sea: Platon enseña, dogma es del estagirita, así lo razona Homero. En las visitas al levantarse echará menos un Plutarco, que se le cayó de la manga: tendrá

criticos de faltriquera como huevos, y autores de falda como perrillos; y enviará á pedir por la vecindad prestado un Tertuliano para cierta advertencia. Idiotas, plagiarios, y magistas, son otro tanto oro para decir mal de los modernos. Y cuando las otras digan que hacen vainicas, si la preguntaren qué hace, diga que comentarios, notas, y escolios, y sean á Plinio, si fuere posible. Tenga achaques de varias lecciones: y si estuviere preñada, se le antojen Escaligeros crudos. Y á las joyeras pregunte si tiene cintas de Musaaco, ó tocás de Casaubon, que son buenos nombres. Alabe sin qué, ni para qué la fatiga de los ultramarinos cuando en las visitas traten las otras del mal de madre. Y si la preguntaren que con qué se lava, responda que con algo de la Vaticana; que aunque no es apropósito, es culto. Cada momento ha de hundir la casa á voces, y gritos, que alborote el barrio, sobre que ha de parecer el Quintiliano, si se hunde el mundo: que no piensen que ha de ser como el Macrobio (y aquí se ha de desgañifar); que con esto, Dios delante, no la entenderá nadie, ni aun ella se entenderá, y gastará lenguaje hermafrodito. Y si dijeren: ya te entiendo, será santanton, y no culta. Solo en el pedir han de gastar vmds. claridad infinita, porque el dar es rudo, y no traduce, ni gasta otro comento que el de Noé.

SIGUESE EL DISPARATORIO.

Con que en muy poco tiempo, sin maestro, por sí sola cualquier muger se puede espiritar de lenguaje, y hacerse enfadosa, como si toda su vida lo

hubiera sido, que los propios diablos no la puedan sufrir: y es probado.

CULTIGRACIA.

A su marido, por el hastio que causa el tal nombre, le llamará *mi Quotidie, mi siempre*; y á él se le deja su *Sempiterna* á salvo para cuando nombre su muger.

Si se ofreciere decir que despavilen las velas, dirá: *saena catarro luciente: excita esplendores, pañizuela de corte*.

Cuando llamáre á las criadas no diga: *ola Gomez, ola Sanchez*; sino: *unda Gomez, unda Sanchez*; que unda, y ola son lo propio, y ellas, aunque no lo entienden en latin, lo obedecen en romance, pues lo hunden todo.

Si hubiere de mandar que la compren un capon, ó que se le asen, ó que se le envíen, que es lo mas posible, no le nombre, por escusar la compasion de lo que le acuerda: llámele *désgallo* ó *tiplé de pluma*.

Para decir caldo substancial dirá: *licor quiditativo*.

A las rebanadas de pan llamará *planicies*.

Y porque la palabra *gota* es muy facinorosa, y para los oyentes abunda de cosquillas; si se ofreciere decir: denme una gota de agua, ó: denme dos gotas de viño, diga: denme una *podraga* de agua, ó: denme dos *podragas* de viño.

Al nudo ciego llamará nudo *rezante*. Al queso *cecina de leche*. Al escudero llamará *manípulo*.

Para no decir: estoy con el mes, ó con la regla se acordará de que las fiestas de guardar se escriben con letra colorada; y dirá: *estoy de guardar*; y si el interlocutor es graduado, dirá: *tengo calendas purpúreas*.

Cuando le preguntaren: como vá á vuestra merced? Por no responder con nota de agua vá la palabra fregona: al servicio de vmd. dirá: *estoy á vmd. oficiosa, y afecta*. Y si se quisiere encarnar mas en latin, diga: *adjecta*. La riña llamará *palestra*, al espanto *estupor*, *supinidades* las ignorancias. Estoy *dubia*, dirá; no estoy dudosa. Al arroje llamará *crepúsculo de dulce*, ó *abrigue sabroso*; que arroje, y abrigue todo es uno, y dígalo en invierno.

Dame vino, no lo dirá; sino cultivando la embriaguez dirá: *dame llegó*; que llegó y vino todo es uno, y no se disfama el gaxnate; y una dama pide taberna en buen hábito; que yo conozco búcaros que sirven al tragazo de carátulas de Portugal con poco temor de los empegados.

Al moño en culto llamará *herencia*, pues queda de las difuntas; y en pluscuamculto dirá: traigo el *eco del malo rizado*, ó *el enemigo sin di*, pues dimoño es el enemigo; y enquitándole el di, es moño, diablo mudo; y tambien le llamará el *casi-diablo*; y advierta no se resbale, y le llame el cachi-diablo de pelo.

A la olla llamará *la madre meridiana*; y para decir: no como olla, dirá, estoy *desollada*; y podrá acertar con dos verdades. Al ruido llamará *estrépito*; á la hoguera, *pira*.

Para decir, yo gusto de beber frio de nieve, dirá, *bebo con armiño del frio, con requesones de*

agua, con vidrieras de diciembre, con algodón llovido, con pechugas de nubes; que poder remudar frases es limpieza.

Ninguna culterana de todos cuatro vocablos ha de llamar al coche, coche, porque no la responden los regüeldos, ó los cochinos. Debe decir *Auriga, pon el pasacalles*; que aunque vá á riesgo de una arrebatina de barberos, es mejor voz á pagar de mi prosa.

Si la culta fuere vieja, como suele suceder, para no decir á la criada que la afeita, macízame de pegotes de soliman estas quijadas, y los careabuezos de las arrugas, dirá: *jordáname estas navidadas cóncavas*. Y si hubiere de mandarla que la tiña la greña de canas, la dirá: *pélame esos siglos cándidos, oscuréceme esas albas*.

Si ilegáre á mandar que por falta de dientes la llenen la boca de chitas forasteras, dirá: *fulana, empiédrame la habla, que tengo la voz sin huesos*.

Si fuere moza, aunque tenga la cara bruja, que de puro untada vuele por las chimeneas, no ha de decir que se afeita, dirá: *vengo bien mentirosa de facciones*.

Y para decir que se pone mudas en las manos, dirá: *yo traigo con callados los diez embelecós*.

A los chapines llamará *posteridades de corcho, adiciones de alcornoque, tara de la persona, ceros de la estatura*.

Si se ofreciere decir: no vengo apercebida, dirá: *vengo inerte*; y encomiéndose á Vegecio.

El burlar llámese *frustrar*.

A las dueñas llámese *funestas*; y si al epíteto pusieren pleitos los cipreses, entanto que lo juzgan las lentejas, llamarálas *deshombradas*.

No dirá, aunque la asierren, estoy preñada en tres, ó cuatro meses; pero dirá: *dos en tres, dos en cinco, dos en nueve*; y al cabo de año dirá: *yo me entiendo*; que para eso se hizo el chiste.

En las visitas no dirá: arrastra esa silla, que es injusticiarla; dirá: *aproxima requiem*, sin temor de los responsos.

Ingredientes llamará á los entrantes, aunque lo gruñan los boticarios y los alquimistas.

No dirá zapatilla de pocos puntos, ni : calzo, ó tengo pie pequeño; dirá *tengo pie lacónico*, ó: *calzo vizcaino*.

Si se ofreciere decir: quisiera aloja, y barquillos, antes la buena cultosa reviente de sed, que diga barquillos, y aloja; dirá: *traigan bibe y rumbos de oblea*; y si hubiere suplicaciones, llámelas *preces volubles*; y haga Dios lo que fuere servido, que aloja, y bibe, para con Dios, todo es uno; y así se platica en las casas de posadas.

Es hombre *onusto* dirá, por no decir pesado.

Al pastel llamará *pícaro de masa*.

Para no decir: vengo mal tocada, dirá: vengo *mal adjetivada*.

Al page llamará *intonso*.

Está *inmediata*, para decir está cerca.

Por no decir: estoy al cabo, dirá: *ya agonizo*; y Dios la oiga.

A las medias llamará *no enteras*.

Circundada dirá; no cercada.

Al veinticuatro de Sevilla, ó de otra parte: *el señor dos docenas*; y es cuenta cabal.

Soy poco *fausta*, por soy poco dichosa.

Por no decir: me acaba, dirá: *Vmd. me estrangula*; y es cosa muy lucida.

Suele ser forzoso pedir un guisado, ó un pastel de turmas; y por no empreñar la prosa, se iracastando la palabra de esta manera: *dénme un pastel de virilidades*, ó *hágase hombre el guisado*.

Mesticia es mejor que tristeza.

Por no decir: tengo ventosidades, dirá: *tengo éolos*, ó *céfiro* *infectos*.

Pide el médico el pulso, ó otra cosa á alguna persona; no se ha de decir tome vmd. ni esta maldita voz se oiga en boca de hembra. Tome, digan ellos: y la cultísima dirá: *aprehenda*, ó *accipia*.

En los pésames ha de encadenarse la palabra *singultos* por *sollozos*: *atros* por *lutos*: *sarcófago* por *sepultura*.

La palabra *Sepelido* no se olvide.

Y si el viudo, ó apesamado consiente, se dirá: *manes*, con sus *sideras sedes*, y su polvillo de *parcas*.

Los *rudimentos* de la mesa se han de llamar los antes, y los postres la *contera* del mascar.

Para decir: tráeme dos huebos, quita las claras, y trae las hiemas, dirá: *traeme dos globos de la muger del gallo*, quita las no cultas, y adereza el *remanente pagizo*.

Huevos frescos son *globos instantáneos*. Encomiéndasele mucho, aunque no venga apropósito, estas palabras: *lenta*, *intestinal*, *palumbe*; y sobre todo *patibulo* y *truculento*.

Estoy con *fábricas* dirá, por no decir *cámaras*.

Si hablare de predicadores, llámelos *metódicos*, *proyectos*, *eruditos*, *facundos*, *invectivos*, y *hiperbólicos*.

A la melecina, ó geringa, llamará *ojeriza de azofar*; y á la cala, *entremetida en cosas particulares*.

Por no decir: antes es apretado de bolsa que dadivoso, dirá vmd. antes es *estítico de bolsa que diurético*

Y porque si dura la visita, ó conversacion mucho, suele acabarse á algunas cultas la culteria, y tienen conversacion remendada de lego y docto, y se quedan á buenos romances, como á buenas noches, se ha de valer del laberinto de las ocho palabras, que nunca se acaban.

LAS OCHO PALABRAS SON ESTAS.

Si bien, ansi, de buen aire, descrédito, desaseado, cede, aplaudir, anhelar.

Dánsele por aforro, y acompañadas las siguientes:

Galante, fino, sazon, emular, lo cierto es, esfuerzos, ejemplo, aunque.

INCIPIT CULTIGRATIA.

Hilban perpétuo de dislates, sin salir de las ocho palabras en todas materias, cuando la doña tal Latiniparla suelta la taravilla, y dice asi:

Aunque ceda el descrédito, es galante la fineza, si aplaudida anhela; si bien emular es desaseo de poca sazon: asi, mas no deja de ser galante por fino; y lo cierto es asi, que no se está de buen aire en el descrédito: asi por aplausos de la emulacion asi cedida á los esfuerzos desacreditados en lo ga-

lante, de mejor aire, si bien desacreditan esforzados asi.

Y con volver á lo : cierto es, que es coyuntura de todos los desaliños, y sembrar la plática de: ansi es; irá la buena Culterana salpicando de necedades por donde quiera que habláre. Si así lo hiciere, el latin la ayude; y sino, el romance la lleve.

~~1000~~

EL ENTREMETIDO,

LA DUEÑA Y EL SOPLON

**Discurso del chilindron legitimo del enfado. De-
lantal del libro. Y sease prólogo, ó proemio quien
quisiere.**



Estos primeros renglones, que suelen, como alabarderos de los discursos, ir delante haciendo lugar con sus lectores al hombro, píos, cándidos, benévolos ó benignos, aqui descansan de este trabajo, y dejan de ser lacayos de molde y remudan el apellido, que por lo menos es limpieza; y á Dios y á ventura, sea vmd. quien fuere, que soy el primer prólogo sin tú, y bien criado, que se ha visto, ó lea ó oiga leer. Este es el discurso del Entremetido y la Dueña: si le pareciere que son una propia cosa, sea en buen hora, que ya sabemos que no hay entremetimiento sin dueña, ni dueña sin entremetimiento. Ni se detenga vmd. en examinar qué género de animal es la triste figura de los estrados; y avergüéncese, pues en cosa tan menuda se atollan tan reverendas hopalandas, un grado tan

iluminado y una barba tan rasa. Esta es de mis obras la quinta demonia, como la quinta esencia. No se escandalice del titulo: créame y hártese de dueña vmd. que podria ser diligencia para escusarla. Si le espantare, conjúrela y no la lea, ni la dé á los diablos, que suya es. Si le fuere de entretenimiento, buen provecho le haga, que aquel sabe medicina, que de los venenos hace remedios; y agradezcame vmd. que por mí le enseñan las dueñas, que chian y tientan. Si vmd. fuese mormurador, seria otro tanto oro, que á puras contradiciones y advertencias me daría á conocer; y no ha de haber Zoilo, ni envidia, ni mordaz, ni maldiciente, que son el Sodoma y Gomorra, Datan y Aviron de la Paulina de los autores. Y si fuere Titulo quien leyere estos renglones, tráguese la merced y haga cuenta que topó con un señor de lugares por madurar, ó con un hermano segundo, que no pide prestado, que suelen rapar á navaja las señorías.

CHISTE Á LOS BELLACOS PÍCAROS, CON QUIEN HABLO.

Tacaños, vergantes, embusteros, perversos y abominables, todo lo escrito en este discurso habla con vuestras vidas, muertes, costumbres y memorias: no hay que rempujar nada hácia los buenos. Lo que han de hacer es no tomarlo ninguno por sí, sino unos por otros, y con esto ellos quedarán por quien son, y mi libro será bien quisto de los propios que abrasa y persigue: y porque no me antubie alguno, tomo por mí lo que me toca, que no es poco, ni bueno. Dios los confunda, si perseveran.

EL ENTREMETIDO, LA DUEÑA Y EL SOPLON.

Soltáronse en la caldera de Perobotero un Soplon, una Dueña y un Entremetido, chilindron legítimo del embuste: y con ser la casa de suyo confusa, revuelta y desesperada, y donde *nullus estordo*, los demonios no se conocían, ni se podían averiguar consigo mismos: los malditos se daban otra vez á los diablos: no había cosa con cosa: todo ardía de chismes: los unos se metían en las penas de los otros. Mirad quién son entremetidos, dueñas y soplonés, que pudieron añadir tormento á los condenados, malicia á los diablos y confusion al infierno. Pluton daba gritos y andaba por todas partes pidiendo minutas y juntando cartapeles. Todo estaba mezclado: unos andaban tras otros: nadie atendía á su oficio: todos atónitos. El Soplon le dijo que había muchos diablos que no salían al mundo y se estaban mano sobre mano, y que otros no habían vuelto mucho tiempo había. La Dueña por otra parte andaba con un manto de ollín y unas tocas de ceniza, de oreja en oreja metiendo cizaña. Decía que mirase por sí Pluton, que había conjura para quitarle el diablazgo y que entraban en ella dos tiranos, tres aduladores, médicos y letrados, mitad y mitad. No le quedó color al gran demonio cuando tal oyó decir. Parecióme á mi que lo daba todo por perdido. Calló un rato y luego dijo: ¿letrados, médicos, tiranos? ¿qué confeccion para reventar una resma de infiernos con una onza! En esto que iba á visitar su reino vió venir á sí el Entremetido. Esto me faltaba, dijo: ¿qué quieres contra mi? Y empezó á mosquearse de él con toda su persona:

mas él venia vaciándose de palabras y chorreando embustes. Dijole muy allá de lo que algunos trataban de huirse del infierno, y que otros querian dar puerta franca para que entrasen unos mohatreros y hipócritas, con que el mundo estaba rogando á los demonios y otras cosas, que si no se huye por no le sufrir, lo anega en embelecocos y en cláusulas. El, viendo el alboroto forastero de su imperio, y advertido de estos peligros, con su guarda y acompañamiento (que le sobran tudescos y alemanes para ella, despues que Lutero y Calvino ladraron las almas de los ultramontanos) empezó la visita de todas sus mazmorras, para reconocer prisiones, presos y ministros. Iba delante el Soplon haciendo aire, que atizaba y encendia sin alumbrar. La Dueña en zancos de fuego seguia, atisvando (como dicen los pícaros) todo lo que pasaba. El Entremetido mirando á todas partes, no dejaba ánima sin gesto y reverencia. A cual decia, bésoos las manos. A cual: ¿es menester algo? Voseábase con los precitos: llamábase de tú con los verdugos y los dañados, y á cada cortesía de las suyas decian: oste mas recio que á la llamarada. Mas quiero fuego, decia una: otra le llamaba añadidura á las penas: otra sobrehueso del castigo. Estaba un testigo falso entre infinita caterva de ellos en lugar mas preeminente que todos, hecho maestro de falsos testimonios, como de capilla. Llévales el dicho, como el compás, y todos juraban á un són. Tenian los ojos en las faltriqueras, mirando lo que no veían; y en la cara por ojos dos bolsas de fuego. Y asi como vió al Entremetido, dijo el maestro: por no verte me vine al infierno; y si advirtiera en que este habia de venir acá, fuera bueno; no por salvarme, sino por ir donde no po-

dia entrar. En esto estábamos, cuando oímos gran tumulto de voces, armas, golpes, y llantos, mezclados con injurias y quejas. Tirábanse unos á otros por falta de lanzas los miembros ardiendo: arrojábanse á sí mismos, encendidos los cuerpos, y se fulminaban con las propias personas. No se puede representar tan rigurosa batalla. Uno andaba disparándose á todos: parecía emperador: la cabeza tenia coronada de laurel, el cuerpo lleno de heridas, y el cuello lleno de sangre. Estaba cercado de senadores, que con almaradas afiladas mal se defendian de su rabiosa furia, y cruel enojo. Llegó á él Pluton, y dando un trueno, que hizo temblar todo el infierno, le dijo: ¿quién eres, alma, aun aqui presumida? Yo soy (le respondió) el gran Julio César; y despues que se desbarató, y mezcló tu reino; di con Bruto, y Casio, los que me mataron á puñaladas con pretexto de la libertad, siendo persuasion de la envidia, y codicia propia de estos perros: el uno hijo, y el otro confidente. No aborrecieron estos infames el imperio, sino al emperador. Matáronme porque fundé la monarquía, no la derribaron; antes apresuradamente ellos instituyeron la sucesion de ella. Mayor delito fué quitarme á mi la vida, que quitar yo el dominio á los senadores; pues yo quedé emperador, y ellos traidores: yo fui adorado del pueblo en muriendo, y ellos fueron justiciados en matándome. ¿Perros (decía la grande alma de Julio César), estaba mejor el gobierno en muchos senadores, que le supieron perder, que en un capitan que lo mereció ganar? ¿Es mas digno de corona quien preside en la calumnia, es docto en la acusacion, que el soldado, gloria de su patria, y miedo de los ene-

migos? ¿Es mas digno de imperio el que sabe leyes, que el que las defiende? Este merece hacerlas, y los otros estudiarlas. ¿Libertad es obedecer á la discordia de muchos, y servidumbre atender al dominio de uno? ¿A muchas codicias, y ambiciones juntas llamais padres, y al valor de uno tirania? ¿Cuánta mas gloria será al pueblo romano haber tenido un hijo, que la hizo señora del mundo, que unos padres que la hicieron con guerras civiles, madrastras de sus hijos! Malditos, mirad cual era el gobierno de los senadores, que habiendo gustado el pueblo de la monarquía, quisieron antes Nerones, Tiberios, Caligulas, y Eliogábalos, que senadores. En esto Bruto con voz turbada, y rostro avergonzado dijo á gritos: ah senadores! ¿no ois á César? ¿Esa maldad añadís á las otras contra el príncipe, siendo autores de la maldad, culpar á quien os creyó? Hablad, responded: con vosotros habla el divino Julio. Tales sois, que yo, y Casio fuimos traidores porque os creimos. Y si en las repúblicas, multiplicando dominios, ejercisteis la soberanía, la codicia de repetir la primera dignidad os hizo negociar, y no regir; ó la consideracion de la suerte alternativa os amedrentó para disgustar al que pudo tener alguno capaz del mismo puesto, por pariente ó amigo. ¿Qué pretendisteis con vuestro engaño, ó nuestra traicion? Responded á César, que nosotros padecemos castigo en vuestras afrentas. Uno de los senadores con sobrecejo severo, muy ponderado de facciones, con voz desmayada y trémula dijo: ¿que hablais los príncipes, si Ptolomeo rey mató vilmente al gran Pompeyo por tu causa, á quien debia el reino que tenia? ¿Qué delito fue en los senadores matarte á tí para

cobrar los reinos que nos arrebataste? ¿Desquitar á Pompeyo es maldad? júzgenlo los diablos. ¿Aquí las mato al Magno por mandado de su rey, y era un vergante, que comia de sus delitos. Mas infame fuiste tú, que viendo la cabeza de Pompeyo, lloraste: mas traidor fué tu llanto, que su espada: sentimiento mandado fué el tuyo; de la piedad hiciste venganza: mas atroz fuiste mirándole muerto, que vencéndole vivo: ojos hipócritas no han de estar en la primera cabeza del mundo: nosotros empezamos la restauracion con tu muerte: no apresuramos la venida de Neron: el pueblo no supo escoger. Tal fuiste, tirano, que de tu sangre salieron, como de imperio hidra, de una cabeza cortada doce. Tornáranse á embestir si Lucifer no mandára con amenazas, que César se fuera á padecer los castigos de su confianza, despreciadora de avisos, y de advertencias: y á Bruto, y Casio envió á que fuesen escándalo de las almas politicas; y á los senadores repartió entre Minos, y Radamanto. Y nombrando infinitos buenos consejeros en todos tiempos, los atormentaban, y cada letra de sus nombres era un tizon para aquellos malditos senadores. Cuando entendieron que todo estaba acabando, asomaron por un cerro unos hombres corriendo tras unas mugeres: ellas gritaban que las socorriesen, y ellos decian: ténganlas. Mandólos Pluton asir. Qué es esto? preguntó; y uno de ellos muy asustado, dijo: somos los padres sin hijos, y estas bellacas... Dijóle un diablo que hablase mas bien criado, y verdad, que padres sin hijos no podía ser. El replicó: pues todos nosotros somos padres, que fuimos en el mundo casados, hombres de recato, de los de en mi casa me como, y otras

hidalguías zelosas; cartujos de alojamiento, atusados de visitas; calvos de amigas, que son todos los calzadores con que una frente calza el cuerno, que le rebienta en las sienas. Con esto nos echamos á dormir: cada año nos nacen hijos, que criamos: por sustentarlos rozamos nuestras almas, y á pura condenación arañosamos que dejarlos. Y ahora, habiendo muerto ellas, se ha sabido que los hijos fueron concebidos á escote entre los criados, y los amigos: y algunas concibieron, como comadreas, por el oído. En esto salió un maridillo, que parecía cabo de hombre, como de hacha, muy cercenado de carnes, con unas barbas de oro y cascado, la habla entre ladrido, y sinfonía, que parecía que había comido gozques, y dijo: voto á N. infame, que me has de desempadrar. Yo he sido ayo del hijo de mi negro; un real sobre otro me han de volver mi legítima. Y yo, que nunca entendí que hiciera la infame pecados tintos, teniendo tanto mozuelo moscatél en que escoger, le decía: domingo, no entiendo á tu ama; y el negro riéndose, con una geta de un palmo, me respondía mi alma con la suya; y esto sonaba alabanza, y era pulla. Bien mirado, bueno es, decían todos los padres güeros, que un hombre pasase su vida sufriendo una preñada, regalando una parida, tragando un niño, sufriendo amas, oyendo tayta, llorando de risa por las barbas abajo de que dijo coco mama; y de esto estamos corridos, que andábamos contando por las casas: mi hijo dijo hoy putenor pare. Hay tal cosa! Ha de ser grande hombre. Y vive Dios que pareciéndose á bulto nuestros hijos á sus padres, nos decían las malditas: a fé que no niegue á su padre: hijo de padre, si lloraba: hijo de padre

si reía: y nosotros la boca abierta y el moco tan largo, comprando babadores, y diges; y ahora nos hallamos en los infiernos condenados cuquillos? No ha de pasar así. Fueles mandado que se retirasen á padecer su credulidad, y lleváronlos al Jarama del infierno.

Gran revolucion se veía en una sima muy honda de almas, y diablos. Paróse la visita á entender lo que era: no se vió tal cosa jamás. Estaban atormentándose unos presumidos, otros vengativos, y algunos envidiosos: si yo volviera á nacer: si yo volviera á la vida: si muriera de dos veces. Los demonios estaban tan enfadados de oírlos, que les decian: ladrones, embusteros, infames, que estais quebrándonos las cabezas con si volviérades á nacer; si volviérades á nacer mil veces, cada vez tornáredes á morir peor, y á palos no os podrémos echar de aquí. Mas para que se vea quien sois, ya tenemos orden para que volvais á nacer. Ea, picaños, alto á nacer, alto á nacer. Cosa estraña que los malditos que tanto lo blasonaban, así como oyeron decir: alto á nacer, se consumieron; y afligidos, y tristes se sepultaron en un silencio medroso. Uno de ellos, que parecia mas entendido, con mucho espacio, y suspenso de cejas, empezó á decir: Si me han de engendrar bastardo, hay pecado, concierto, paga, y alcahueta, y tercera parte como casa. Si he de ser de legítimo matrimonio, ha de haber casamentero, mentiras y dote, que son epítetos, y no dos cosas. Yo he de estar aposentado en unos riñones, y de ellos con mas vergüenza que gusto, diciendo que se hagan allá los orines he de ir á ser vecino de la necesaria: nueve meses he de alimentarme del asco de los meses; y la regla

que es la fregona de las mugeres, que vacia sus inmundicias, será mi despensera: andaré sin saber lo que me hago, antes de ver, lleno de anteojos para nacer: traeré mas dolores que el mal francés: saldré revuelto en la sábana de la posada, como quien dá madrugon: lloraré porque nací: viviré sin saber que es vida: empezare á morir sin saber que es muerte: envolveráme la comadre en mantillas, que me la jurarán de mortaja: enjugaré los pechos de un ama. Aquí entra lo de tener la leche en los labios pónenme en una cuna: si lloro, llaman el coco: si duermo, me cantan: con la grande polvareda: la Mu llaman al sueño las mugeres; y el Mu al que se duerme: pónenme un babador cuélganme diges, y nácenme los dientes. Voto á N. por no aguardar eso, y unas viruelas, y el palomino muerto, y que no me rasque: ay el angelico, y á ro, ro, me estaré en los infiernos siempre jamás. ¡Pues qué si paso del sarampion, y ya mayor voy á la escuela en invierno, con un alambique por nariz, tomados todos los cabos del cuerpo con sabañones, dos por arracadas, uno á la gineta en el pico de la nariz, dos convidados á comer y cenar en los zancajos, llamando Señor al maestro, y si tardo me toman á cuestras y como si el culo aprendiera algo, ó le encomendáran la leccion, le abren á azotes! Maldito sea quien tal quiere volver á nacer.

Pues consideráos, mancebos, acechados de la lujuria de las mugeres en toda parte, y sitiados de su apetito, haciendo vuestras vidas y vuestras almas alimento de su desórden. ¿Ahora habia yo de volver allá á calzar justo y andar mirándome á la sombra, trotando con los ojos las azoteas, los terrados, suspirando de noche, hecho mal agüero,

en competencia de las lechuzas, abrigando esquinas, recogiendo canales, adorando cabellos, dando mi patrimonio por la cinta de un zapato y llamar favor que me pidan lo que no tengo? ¡Oh maldito sea, sobre maldito, quien tal quiere volver á reparar! ¡Pues qué ya hombre, cargado de cuidados, entre arrepentimientos y desengaños, empezando á sentir el monton de las enfermedades que la mocedad acaudaló, haciendo el noviciado para viejo, mandando entresacar canas al barbero, que mejor se puede llamar canario, introduciendo en Jordan la navaja, diciendo que son lunares y achacándose las á los trabajos, negando años á pesar de la jaqueca, dolor de muelas y hijada! ¡Pues qué si se compara con haber de ser forzosamente hipócrita de miembros y decir, cayéndome á pedazos: nunca estuve para mas : yo lo haré: aquí me las tengo, y otras cosas que cuestan caro á los que las dicen! Mas todo es burla con haber de estar enamorado, solicitar en competencia de los muchachos, retar á toda una muger entera y dejarla mas amagada que harta, habiendo gastado la noche en achaches, en disculpas y en requiebros vacios y ser forzoso que me digan: dias há que nos conocemos, amigo viejo ; y otras cosas asi. Quien por esto pasáre dos veces, puede echar á diablo con cuantos lo son. ¡Pues qué si la vida adrede porfia hasta que uno envejezca y le labra de calavera, con calva de pie de cruz, cáscaras de nuez por pellejo, giva de requiem, muletilla que vaya llamando á las sepulturas, sueño en pie, vejiga empedrada, y el músico de braguero, que se sigue luego, que canta pronósticos, astrólogo de orinal, espiado de herederos parasismos, heredad de mé-

dicos, ocupacion de barberos y alegron de boti-
 carios, llamándome tio los labradores y abuelo los
 muchachos! Infierno vale mas una vez que barriga
 dos. ¡Pues la gentecilla que hay en la vida y las
 costumbres! Para ser rico habeis de ser ladron: y
 no como quiera, sino que hurteis para el que os ha
 de envidiar el hurto, para el que os ha de preten-
 der, para el que os ha de sentenciar y para que os
 quede á vos. Si quereis ser honrado, habeis de ser
 adulador, mentiroso y entremetido. Si quereis
 medrar, habeis de sufrir y ser infame. Si os que-
 reis casar, podriades ser cornudo. Si no lo quereis
 ser, lo sereis, si os descuidais, sin parte y donde
 se pudiere. Para ser valiente habeis de ser trai-
 dor, borracho, y blasfemo. Si sois pobre, nadie os
 conocerá: si sois rico no conoceréis á nadie: si uno
 vive poco, dicen que se malogra; y si vive mucho
 que no siente. Para ser bien quisto habeis de ser
 mal hablado y pródigo. Si se confiesa cada dia, es
 hipócrita: sino se confiesa, es herege, si es alegre
 dicen que es bufon: si triste, que es enfadoso. Si
 es cortés, le llaman zalamero y figura; y si des-
 cortés, desvergonzado. Válgate el diablo por vida,
 y por vivo. No volviera por donde vine por cuanto
 tiene el mundo. Renegados precitos, habiéndome
 oido, ¿hay alguno de vosotros que quiera volver á
 nacer por donde vino y recular la vida hasta el
 vientre de su madre? Nones, nones, decian todos:
 infierno y no mamá: diablos y no comadres. Solo
 uno, mal encarado, barbinegro, cara salpicada y
 zurdo, dijo: yo quiero volver, no por tornar á vi-
 vir, sino porque me estoy atormentando aqui con
 la memoria de los picaros, mentirosos y enreda-
 dores que en la vida me contaban mentiras y yo de

puro cortés callaba y ellos quedaban muy ufanos de que yo los habia creído: y voto á N. que no creí á nadie nada y piensan los bribones guñapos que lo creía. Don Fulano, que me dijo muy estimado de cejas: por la misericordia de Dios, señor mio, puedo decir que en mi vida he pedido nada á nadie y el ladron decia verdad, porque pedia algo, que nada no se pide: y porque él no pedia, sino tomaba, era una demanda con don y tenia mas deudas que Eva; y nadie le prestó dinero que no prestase paciencia y era á puras trampas ratonera, y decia que no. Pues la muchacha, que me dijo que era doncella, habiéndome tenido mas barrigas que un corro de pasteleros y habiéndome parido la procesion de las amas y me queria hacer creer que era Virgo, siendo ella Cáncer y yo Escorpion. Y el tenderete, vendiéndome fidalguia mas grave que mil quintales y mas cansado que yo de él me decia que todos los otros eran judios; y sé yo que su padre se murió de asco de un torrezno y que su merced anda de mala con la pascua de Resurreccion, y que en los caniculares echa en remojo toda su casa, porque no se le encienda; y voto á N. que sé yo que guarda su dinero y la ley de Moisen. El dice que espera un hábito: yo digo que al Mesías. Pues el bellaco, pícaro, chancero, que con su á Dios gracias por empuñadura muy entornado de ojos, con su cabeza torcida, remedando su intencion, me decia: yo, señor, como tres mil ducados de renta, limpios de polvo y paja: estos sin joyas y menage y algun contantejo; y todo es de mis amigos, que á mí no me engorda sino lo doy; que si hoy cobrase lo que me deben.... mas al fin.... y entre chillido y suspiro remata sacudiendo los

huesos á manera de temblor. Pensó el mohatrero ganapan que yo le entendí así: otros mil infiernos padezco yo, si cuando me lo estaba diciendo no me daban vuelcos de sustos reales que tenia en la faltriquera, de miedo de sus embestiduras y que me rezumaba de mientes por los ojos. Sé yo que si le presentan las espaldas todas, no tendrán vuelta con que decir que no hay alguna sin ella: y aun el día de San Anton en su poder no tendrá vuelta lo que le dan y aunque viejo, nunca es traído, sino llevado. El no paga nada; mas todo lo pagará con las setenas. Vendióseme el picarillo muy acicalado de facciones, muy enjuto de talle, muy recoleto de trage, pisador de lengua, haciendo gambetas con las palabras y corbetas con las cejas, carabulliciosa de gestos y misteriosa de ceño, por gran ministro hombre severo y de lo que llaman de adentro y plático de arriba. Decíame: ¿qué hay de nuevo por estelugar? porque yo dijese: ¿quién lo sabe como vmd.? Y al punto muy esparrancado de ojos, decía: no hay sino dejar correr: Dios lo remedie; que tal y cual lo del camino carretero, si por si, no por no; y al decir: ello dirá, ponía una boquita escarolada como le dé Dios la salud y zurcíame un embuste á la oreja cada día. Harto estoy de decirlo: mi parecer dije y con eso cumplo: lo demas Dios lo haga. Pues esto no es nada: presto se verán grandes cosas. Y hablaba unas palabras con la barriga á la boca de puro preñadas. Yo las oía en figura de comadre; y con tanto se despedía de mí, diciendo: si algo se ofreciere, amigos tenemos arriba: ya vmd. sabe, que sabe Caratulilla, matachin de palacio titere de arriba como Carabanchel. Lo que yo sabia era que andaba remedando privanzas

contrahaciendo validos, copiando ministros, pasando á obscuras favores chanflones entre pretendientes, y pleiteantes, imitando lisiones por lisonjear, y todo el año trasladando de los poderosos y validos, ajes, barbas, meneos, tonillos, figuritas y esforzados: apareciéndose por las escaleras, entrándose en las audiencias, y siendo para todo el lugar fin de Paulina. Este tengo en los huesos, que no me le sacarán con unciones. Déjenme volver al mundo, andaréme trás este muñeco, hecho de andrajos de toda vision, diciendo á gritos á los que se llegan á él: ox, que no pica: y no lo dejen por decir, que siendo condenado, no ha de ir á hacer tan buena obra á todos; que yo no lo hago sino por hacérsela muy mala á él, y derrengarle la hipocresia. Entretenidos tuvo esta gente á todos. Estábase Pluton embobado oyéndolos. Vino el Soplón, abanico del infierno, resuello de las culpas, y dijo á Pluton, señalándole: aquel demonio, que allí vá despeado, acaba de llegar del mundo, y há veinte años que no ha venido. Mandóle llamar, y llegó muy congojado. ¿Cómo te has atrevido (le preguntó) á faltar de aqui tanto tiempo, sin venir á dar cuenta, ni traer alma alguna, ni avisar de nada, y diablo me soy? El diablo le dijo, que no le reprehendiesen antes de oirle, que quien condena no oyendo la parte, puede hacer justicia, mas no ser justo. Oigame vuesa diablencia, decia. Señor, yo recibí en guarda un mercader: los diez años le estuve persuadiendo que hurtase: los otros diez que no restituyese. Dióse Pluton una gran palmada en la frente, y dijo: ¡miren qué traza de diablo esta! ya no es infierno lo que solia, y los demonios no valen sus orejas llenas de agua. Y volviéndose

al diablillo, le dijo: mentecato, con los mercaderes háse de gastar el tiempo, y ese muy poco, en persuadirles á que hurten; pero en hurtando, ellos se tienen cuidado de no restituir. Este es tonto, y no sabe lo que se diabla. Llamó un ministro, y dijo: lleva ese demonio, y pónle pupilo de algun mal juez, donde aprenda á condenar: que este se debe haber aquilado en los autos para diablo.

Grande rumor y vocería se oyó algo apartada: parecia que se porfiaba entre muchos, sin orden, y con enojo. Estaban en diferentes corrillos: en algunos eran modestas las réplicas, y en otros se mezclaban injurias y afrentas. Habia quien encendiendo la pasion, acompañaba con armas sus razones. Veíanse golpes, heridas, y cuanto mas se llegaba la visita, mas de cerca se conocian los movimientos precipitados del enojo. Esto puso mas cuidado en los pasos; mas no fué tan apresurado, que cuando llegamos ya la ira lo habia mezclado todo, y sin orden se despedazaban unos á otros. Las personas eran diferentes en estado, mas todos, gente preeminente y grande: emperadores, magistrados y capitanes generales. Suspendiólos la voz del principe de las tinieblas: volvieron todos á él, padeciendo tormento en no ejecutar unos el odio y otros la venganza. El primero que alli habló fué un hombre, señalado con grandes heridas, y alzando la voz, dijo: yo soy Clito. Mas honrado soy, dijo otro que estaba á su lado, y he de hablar primero. Oye al emperador Alejandro, hijo de Dios, señor de los mundos, y miedo de las gentes, Magno y Máximo; y no acabára de ensartar epitetos y blasones de su locura, sino le dijera el fiscal que callase, que ya aquel papel le habia represen-

tado en la vida, y que acabada la comedia del mundo, era ya reo acusado. Hable Clito: y él, que tenía gana, despejando mal la risa de su sentimiento, dijo: yo, señor, fui gran privado de este emperador; que para ver cuán poco caso hacen los dioses de las monarquías de la tierra, basta ver á quien se las dán. Hicieron á este maldito insensato, de quien la soberbia aprendió furoros, señor de todo con título de rey de los reyes. Persuadióse que era hijo de Dios: á Júpiter Amon llamaba padre; y por autorizarse con el sello de Júpiter se introdujo en testa de carnero y se rizó de cuernos, y no falta sino torearle en las monedas, y llamarle Alejandro Morueco. En valde porfiaban en él las pasiones naturales, tan doctas en desengañar la presuncion humana: dióle lo que tuvo la fiereza, hizole grande la temeridad, creció del robo: no era capaz de advertencia. Presentó por testigo al filósofo envasado, vecino de una tinaja, que lo tuvo por bufon, y se rió de verlo, y para la vuelta le dijo, estorbándole el sol que le calentaba: no me quites lo que no me puedes dar. Yo le serví en lo que me mandaba, y no me dió la privanza mi obediencia diligente, sino el entender él que yo seria partícipe de sus insultos, séquito de sus locuras, y aumento de sus adulaciones. Yo (desdichado de mí!) quise tener lástima de él: atrevime á ser leal al tirano (eso que no es nada); y viéndole desacreditar las cosas de su padre Filipo, y deshacerse con lengua, y las obras de tan grande príncipe, que le dió el ser, desengañábale de la divinidad. Traté de que descornase su descendencia: referíale los esclarecidos hechos y virtudes, entre muchos, que adorándole con incienso, le decian que

era hijo de Dios; y habia adulador, que le aseguraba de vista la generacion divina: y consejero, que por línea recta de varon le hallaba mayorazgo del cielo, y heredero forzoso del rayo y el trueno. Yo le hacia tales recuerdos de las cosas de su gran padre, que le decia: poco le falta á esta descendencia para divina. Pues para ver quién fué este desatinado tirano, y cuál su violencia, por testigo de su grandeza, por voz de las alabanzas de su padre, con sus propias manos me mató á puñaladas; mas él murió en la mesa, y vivió en la guerra. Concertadme estas medidas. Su maestro, de quien no quiso aprender á vivir, enseñó con que le matasen; y una uña de asno disimuló el veneno, y él se quedó cornudo, sin Dios, sin reino y sin vida. A mí me dió el fin que he dicho, por lo que habeis oido; y á Abdolomino, monda pozos, estándolos mondando, le hizo rey de Sidonia; no por ensalzar la virtud, sino por mortificar con afrenta la soberbia de los nobles de Persia despues de la muerte de Darío. Topéme aqui con él, porque los privados, que ha habido en el mundo, nos juntamos á tomar satisfaccion de nuestros príncipes, y díjele qué donde habia dejado lo de Dios, y que si estaba desengañado; y en razon de esto nos asimos cuando llegaste. Matóme porque alabé á su padre. Miralo, que es delito digno de muerte en un tirano, siéndolo solo en el padre haberle engendrado. A Parmenon y Filota, sus privados, tambien los mandó matar, aunque le adoraban y tenían por hijo de Júpiter. A Aminta, su prima, y á su madrastra y hermano, y á Calístene, su privado, mandó matar. De suerte, que el delito es ser privado, no ser malo ni bueno; y es como lo que

:

pasa en la vida humana, que todos mueren de hombres, y no de enfermos; que ese es achaque. ¿Ahora sabes, dijo Pluton, que la privanza es tropezon, y zancadilla: que los tiranos lo aborrecen todo, y a lo bueno porque no es peor? ¿Qué privado ha hecho, que no le hayan precipitado? ¿Qué digo? Acuérdeseos de la emblema de la esponja: todos sois esponjas de los príncipes: dejan os chupar hasta que estais hinchados, y luego os esprimen, y sacan zumo para sí. A estas razones se oyó grande alarido; y llegándose un hombre blanquecino, desangrado, viejo, venerable y digno de respeto, dijo: parece que hablan conmigo estas razones de la esponja, por los muchos tesoros y riquezas que tuve. Yo soy Séneca, español, maestro y privado de Neron. Los desperdicios de su grandeza cargaron mi ánimo; no le llenaron. En recibir lo que me dió sin pretenderlo, no fui codicioso, sino obediente. Quiere el príncipe en honras, y haciendas mostrarse magnánimo, generoso y agradecido con un privado: contradecir al príncipe tales demostraciones es desamor y atencion á la utilidad propia: pues rehusarlos es querer que el acto de virtud sea el suyo, y preferir la admiracion de la modestia, y templanza del criado á la esclarecida generosidad del príncipe. Recibir el valido lo que el príncipe le da es querer que se vea su grandeza antes que la virtud, y humildad propia; y dar luz á la virtud del príncipe es el mas reconocido vasallage que puede darle un vasallo. Dióme Neron cuanto es decente á tal príncipe: el precio, y el mérito de esto fué la enseñanza; permitia tantos bienes la demostracion de premio: no la presuncion de hacienda, ni el desvanecimiento de patrimonio: no em-

perezó el tesoro darme conocimiento del séquito que tiene forzoso en la envidia, que ejecutiva me procesaba por las calles, afirmando que persuadía á otros el desprecio de los tesoros por desembarazar de competidores la sed mía de riquezas. Yo ví adolecer mi opinion, y enfermar mi buena dicha; no mi culpa, sino mi crecimiento, porque el escándalo no está en el que priva, sino en todos los que no privan; y nunca puede ser bien quisto de todos quien tiene puesto, que los que son como él desean para si, y los que no, para otro, en quien tengan mas afianzada la medra. Determinéme, adestrado con estas consideraciones, desembarazar mi ánimo, y descansar de todos estos ódios: fuíme al príncipe, y volvíle cuanto me habia dado; y porque la restitucion fuese cortés, y no grosera, la acompañé con palabras que Tácito refiere, y mejora, persuadiéndole á que en darme tanto caudal se mostró espléndido, y en recibirlo prudente, pues mostraba que lo habia dado al benemérito, pues lo sabia despreciar. Yo tuve tan grande amor al príncipe, que no acobardaron mi buen celo las amenazas de su condicion: batalla, no comunicacion, era conmigo la suya, segun las grandes contradicciones con que siempre le disgustaba. No callaron mi verdad su locura, ni su fuerza, ni menos deramó sangre, que á mi reprension se adelantase el desvelo de la conciencia. Mató á su madre, quemó á Roma éste que despobló todo el imperio de beneméritos con el cuchillo; y estas cosas pudieron persuadir á Pison la conjuracion, que se llamó de su mismo nombre Pisoniana, muy bien propuesta, pero mal callada, donde murieron los mismos que habian de matar. Son pasos de la providencia el

guardar al tirano del peligro de la vida, por no venir colmado de las muchas afrentas, y desesperacion que merecia. Aseguróse el principe de estos, pero no de sus vicios, y luego al punto mandó matar á Lucano, porque era mejor poeta que él, y á mí tambien me dió á escoger muerte; mas eso no lo hizo por piedad, antes bien fué fuerza mañosa, pareciéndole á él que la padecería muchas veces, repetida en la eleccion de ella, y que padecería la que escogiese con el efecto, y las que dejase con el miedo que las rehusaba. Yo, metido en un baño, cortadas las venas, me despaché para este puesto que hoy tengo, donde este maldito aun no se harta de crueldades, y lee cátedra á los diablos. En el senado cuando mató á su madre, hicieron votos y sacrificios públicos, y osaron adularle con las aras, y los templos; y cuando se defirió de la conjura de Pison, hicieron lo mismo por la salud del principe y mandaron que al mes de abril en honra suya le llamasen Neron. ¡Mirad qué senadores, que luego le sentenciaron á muerte ellos propios, siendo su principe, y le hicieron morir como merecia! Mas los senadores malos muchas veces aconsejan al principe lo que le pueden acusar: *Charus erit Verri qui Verrem tempore, quo vult, accusare potest.* Y hubo alguno, que en viendo propuesta alguna gran maldad, deseaba que todos sus compañeros fuesen justos y santos, solo porque su bellaqueria fuese única, y su iniquidad el apoyo de la perdicion. Levantáronse Quinto Aterio y Marco Escuro, diciendo: ¿y esos que tú acusas, bastaron á profanar tantos grandes senadores, cuyo ánimo nunca temió los peligros de la verdad, ni las amenazas de los principes? Los malos ministros se escriben,

se cuentan, se maldicen, todo para imitarlos. De los buenos nadie hace memoria, porque el bien no se aprende, y el mal se pega, de la manera que un enfermo pega el mal á veinte sanos, y mil sanos no pegaron jamás salud á un doliente. Neron ceñudo, y con los ojos en el suelo, la voz delgada y temerosa, dijo: saber mas que el príncipe el privado y maestro, es necesario y conveniente disimularlo con el respeto. Presumir con el príncipe esta ventaja es delito; ¿pues qué será porfiar á convencer el criado á su señor á que sabe mas que él? En tanto que me enseñaste á mí con lo que sabias, te preferi en todo, y fué estimacion de tu prudencia mi imperio, y llegó á escándalo del mundo: luego pasaste á enseñar á todos que sabias mas que yo; cosa que debiste escusar, y aquí fué mi enojo: y quiero antes sufrir lo que padezco que privado que hace caudal de mi descrédito; y si no, díganlo todos esos príncipes; y dió voces: ah reyes, ¿ha pasado algun privado vuestro mas adelante, en llegando á presumir en sí suficiencia, y discurso superior al vuestro? En tanto que los pueblos creen que el príncipe tiene talento, y que obra por sí, se sustenta el privado que lo persuade; mas en des- embozándose la verdad, y en desmayando el engaño, muere súpito todo valimiento. Decid si esto es así? y á una voz dijeron todos: no, no, ni pasará adelante de aquí á la fin del mundo; que así dejamos tomada la palabra á nuestros sucesores, y encargada esa acusacion á la envidia. ¿Qué tengo yo que ver con eso, dijo Seyano, que supe y disimulé menos que Tiberio, y habiéndole obligado con mis servicios, me mandó adorar, me hizo estatuas, y las concedió privilegios sagrados? Fué

mi nombre aclamacion del pueblo romano: mi felicidad lisonja de todo el imperio: mi salud voto de las gentes, y ruego comun: y siendo el privado de mayor dominio en el alma de su señor, este maldito, y siempre abominable Tiberio me hizo prender y despedazar, siendo mérito en el furor de los amotinados traer en los chuzos algun pedazo de mi cuerpo. Con garfios, me arrastraron de las quijadas por las calles, y la crueldad insana no se detuvo en la sepultura: mas allá pasó, que á mis hijos hizo morir afrentosamente; y una hija, que por el privilegio de la virginidad no podia morir justificada, mandó que el verdugo la violase primero, y que luego la degollase. Testigos tengo de mi abono: Veleyo Patérculo encarece mi valor, mi ingenio, mi maña y mi asistencia; y Tácito, que con la malicia se hizo bien quisto de los lectores á costa de los difuntos, tampoco me niega las alabanzas. Nadie me dijo verdad; y con ser tantos los que acababan con mi caida, nadie se dolió de mí, ni tampoco me osó enojar. Mi ruina empezó desde que quise prevenir todos los hados, quitar á la fortuna el poder, y burlar sus diligencias á la providencia de Dios. Entonces mas sacrilego que prudente, me fortalecí contra la maña de los hombres, haciendo morir los buenos, y los atentos, desterrando á los ociosos y advertidos, y provoqué por enemigo al cielo, á quien quise escluir de mi causa. Tambien es verdad que yo me valí, y acompañé de gente ruin: del médico para los venenos: del sedicioso para la venganza: del testigo falso, y del mal ministro, ventero de las leyes; mas no fué eleccion de mi voluntad, fué necesidad de mi puesto. Yo usaba de los que son siempre trastos del

poder; y como sabia que en cayendo, asi me habian de faltar los malos como los buenos, usaba de los malos como de cómplices, y huía de los justos como de acusacion. Cada virtuoso para el que puede es un dedo á la márgen, y cada entendido una espia, y un testigo en buen language, que si habla, persigue, y si calla, culpa. No inventé la tiranía, ni sus malas costumbres: Tiberio las aprendió de mi que mas las padeci aprobándolas lisongero, que en las cárceles, y el cuchillo los sentenciados. Si dicen que yo le aconsejé crueldades para quitarle el amor del pueblo, y disponer mi levantamiento, ¿quién le aconsejó las que hizo conmigo? El caso es, Pluton, que los principes tienen por disculpa de los que permiten la ruina del medio que para ello escogieron, y que nuestra culpa es ser solamente la suficiente satisfaccion de los odios nuestras muertes; y al cabo, reyes, la nota cae sobre vosotros, y vuestra inconstancia, y la lástima sobre nuestros castigos. Las historias, contando nuestras caidas, dicen siempre: este fin tienen los que se llegan al favor de los reyes y principes; y nuestra desdicha en cada crónica es advertencia de un mal paso. Hacer á un privado poderoso, y rico, es mostrar el poder: conservarle es acreditar el juicio que de él hiciste y tu eleccion; y deshacerle es desdecirte, y darte á partido con los malcontentos. Mirad, miradlo que somos. Y volviendo, jugaban á la pelota Savareno, favorecido del emperador Leon, á quien mandó sacar los ojos, y Patricio favorecido de Diocleciano, á quien hizo pedazos. Decia Savareno, tomando la pelota: este es el poderoso hinchado de viento. Pone el principe toda su fuerza en levantarlo de un voleo, y anda en el aire.

mas siempre bamboleando, y mientras le dan, dura en lo alto : en no le dando , cae ; y en descuidándose, se pierde : si le dan muy recio, revienta; y en lo alto se sustenta á puros golpes. Mas Plauciano, favorecido que fué de Severo, á quien despeñó por una ventana para que fuese espectáculo del pueblo, decia : fui cohete, subí apriesa, y ardiendo con ruido en lo alto, me calificó por estrella la vista: duré poco, y bajé desmintiendo mis luces en humo, y ceniza. Fausto, favorecido de Pirro, rey de los epirotas : Perenne y Cleandro, favorecidos de Cómodo : Cincinato, favorecido de Britilo emperador: Rufo, favorecido de Domiciano ; y Amproniaso de Adriano, estaban oyendo la voz temerosa, y venerable del gran Belisario, favorecido de Justiniano, que ciego, habiendo dado con el bordon dos golpes, y meneado la cabeza en torno para prevenir silencio, dijo : ¿es posible, príncipes, que todos vuestros validos han sido malos? Peor es en vosotros ser verdugos de los yerros de vuestra eleccion, que nuestras desgracias. Yo serví á príncipe cristiano y justo, y que enseñó qué era justicia y hacerla; y debiendo á mi valor el imperio despojos, monarquía y triunfos, me hizo cegar, y me dejó pidiendo por las esquinas el sustento con los miserables; y el hombre que se oía animando los estandartes, y espantando los enemigos, y que valió por ejército apellidado, andaba por las plazas, y calles pidiendo, sin saber á quién. El favor de los príncipes es azogue, cosa que no sabe sosegar, que se vá entre los dedos, y que en queriendo fijarle, se vá en humo: cuanto mas le subliman es mas venenoso, y de favor pasa á soliman: manoseándose se mete en los huecos; y el que mucho le comuni-

ca, y trabaja por sacarle, queda siempre temblando, y anda temblando hasta que muere, y muere de él. Siguiéron luego á estas palabras quejas lastimosas, y terribles alaridos, señalando todos con ay dónde tenían el azogue del favor, y empezaron todos á temblar, que parecia familia del Almaden; mas Belisario tornó otra vez á hablar, y todos atendieron: ved la infamia de Justiniano, que acobardados sus premios del esceso de mis méritos y servicios, me cegó, y mi virtud tan solamente me negoció la desdicha y habiendo de dejarme, temió mi razon, y acabó conmigo; y todos vosotros lo habeis hecho de la misma suerte, y en vuestras crónicas somos manchas coloradas de vuestra reputacion. Y un alligido, que no se dió á conocer, dijo: no esteis ufanos de la miseria de los que os creen, y pueden con vosotros, que príncipes ha habido constantes, y privados firmes: esto es echaros el agraz en el ojo. José en las sagradas letras, Eleázaro conde y príncipe, fué privado de Roberto rey de Francia, y ni tropezó, ni resbaló, ni cayó, ni otros muchos, cuya alabanza vivió igual hasta su fin; cuyo aplauso no descaeció, cuya dicha nunca la enfermaron los envidiosos, vivos y muertos; y escritos fueron exaltacion de sus reyes, como nosotros acusacion, escándalo y queja. En esto estaban ocupados todos, cuando vimos un hombre, que en las insignias parecia herrador, y con un silencio podrido estaba embolsado en sí propio, muy cerrado de campiña: conociase en la atencion, y los gestos, que hablaban allá dentro de él. ¿Quién eres, dijo el fiscal, con ese yunque, ese martillo, y esos clavos? El con voz de grito por azote, en tono

de ox, dijo : *yo me entiendo*. Saltó la Dueña hecha otra dueña , por no decir un rejalgar , y dijo : entendido para tí mismo , habla claro , que aunque no te entienda , te chismaré todo. Di tu nombre , y qué hierras aquí donde no hay bestias ; y dilo luego , que sino lo dices luego , te pondré otra dueña buida á los pechos hasta que lo digas. El pobre , que entendió que estaba ya en los profundos de la dueña , dijo : en esto conoceréis que *yo me entiendo* solo , pues preguntándome quién soy , y mi oficio , y habiéndolo dicho claro , no me habeis entendido. Yo soy aquel desdichado *yo me entiendo* , que anda en el mundo paleando confiados , disculpando necios , y entreteniéndolos bellacos. Si me reprehenden los vicios , digo que *yo me entiendo* : si me aconsejan en los peligros : *yo me entiendo* : si me tienen lástima en los castigos , siempre soy *yo me entiendo*. Yo soy el coloquio entre cuero y carne , y el porfiado entre sí ; y como *yo me entiendo* , y no quiero entender á otro , ni que me entienda nadie , todo lo hierro , y este es mi oficio. Y la dueña no sabe lo que se dueña , pues dice que no hay bestias donde hay *yo me entiendo* ; que es todos los arres , y joez con capa negra. No hubo acabado , cuando otro hombre muy enojado dijo : ¿quién fué el maldito que juntó á este entendido á obscuras conmigo , que soy *nadie me entiende*? Aquí se revistió de sí mismo el Entremetido , y dijo : dígame culto ; y si apelas , dígame benemérito. Pues no soy , dijo el tal figura , sino casamentero. Soy sastre de hombres y mugeres , que zurzo y junto , y miento en todo , y hurto la mitad. Yo soy embelecador de por vida , inducidor de divorcios : vivo de engordar dotes flacos : añado haciendas , remiendos abuelos , abulto

apellidos, y pongo virtudes postizas como cabelle-
ras: confito condiciones, y desmocho de años á los
novios. Tengo una relacion Jordan, que remoja las
bodas. En mi boca los partos, y los preñados son
doncellas; y no hay hombre tan callado de hijos,
pues acomodo abuelas por nietas. Al fin, yo hago
suegros y suegras, que no hay mas que hacer. Y
llámome *nadie me entiende*; porque si me enten-
diera el marido, cuando le doy yo mas dote con lo
que miento, que la novia con el que lleva: cuando
le doy virtud con lo que callo, calidad con lo que
finjo, y hermosura con lo que encarezco, ninguna
boda se concertára. Y si la esposita me entendiera:
él es un pino de oro, mas aplicado que otro tanto:
jugar, ni por sueños: otros vicios, ni por lumbre:
en la condicion es hecho de cera: muy rico: ya se
ve: con él, &c. de las expectativas, que es la ho-
jarasca que gastamos los casamenteros, y todo pa-
ra en pino de oro: ni por sueños: ni por lumbre, y
ya se vé, ojaldre de vergantes; antes la triste diera
con su doncelléz en unas tocas, que embodarse.
Pues verme prometer infinito, y no traer nada, di-
ciendo muy flechado de cejas: señor, vmd. no re-
pare en hacienda, pues Dios se lo ha dado: calidad
harta sobra á vmd. Pues hermosura en las muge-
res propias, antes es cuidado, y peligro. Cierre
vmd. los ojos, y déjese gobernar, que yo le digo
lo que le convienen. ¿Hay ladron como este? dijo
el Soplón. ¿Pues demonio, qué me traes, si no tie-
ne calidad, ni hacienda, ni hermosura, y quieres
que cierre los ojos? Embistiera con él, sino que la
la dueña se puso en medio, diciendo: no hay tal
hombre: por otra relacion como esta me tragó á
mí por muger quien se casó conmigo.

Maldito sea yo, decia un testador, que me veo de esta suerte por mi culpa. Voto á N. decia (y llamaba á todos) que si sé hacer testamento, que estoy vivo ahora, y que no me he condenado. La enfermedad mas peligrosa despues de doctor es el testamento: mas han muerto porque hicieron testamento, que porque enfermaron. Ah vivos! gritaba: sabed hacer testamento, y vivireis como cuervos. Desdichado de mí, que enfermé de mi exceso, peligré de mi doctor, y espiré de mi testamento. Dejéronme los médicos, mandándome prevenir; y yo con mucha devocion, y mesura ordené mi testamento con mi *In dei nomine, amen*, lo de su entero juicio, el cuerpo á la tierra, y las demas cláusulas del boquear; y luego (nunca yo lo dijera) empecé los *Item mas* á mi hijo de jo por heredero. *Item* á mi muger de jo esto, y esto. *Item mas* á Fulano, mi criado, tanto y cuanto. *Item mas* á Fulana, mi criada, esto y el otro. *Item mas* á Fulano, mi amigo, porque se acuerde de mí, un vestido. *Item mas* (si muriere) de jo libre á Mostafá, mi esclavo. Mando al señor doctor Fulano una taza de plata, que tengo dorada, por el cuidado con que me ha curado; y al instante que firmé el testamento, la tierra, á quien mandé el cuerpo, tuvo gana de comer, mi hijo de heredar, mi muger de mongil, mi criado de lágrimas, y vestido; mi amigo de acordarse, y todos andaban dados al diablo. Si yo pedía la pócima, mi muger respondía: tocas; el criado: ropilla; y el esclavo: horro Mahoma. Por darme confortativos, me daban zupia. El doctor, desde allí adelante, cuando venia, me pedía la taza por pedir el pulso, y de mala gana tomaba uno por otro. Si le preguntaba cómo ha de ser la cena, decia que

pesada, y honda. Si daba un grito, decia mi hijo: ya espiró; mi muger: descuelgen; el criado: daca; el amigo: veamos: el esclavo: vaya. Y como nada de lo que mandaba se podia cumplir sin mi muerte, en mandar á todos algo mandé que me matasen todos. Si yo volviera á la vida, este fuera mi testamento: Item mando á mi hijo heredero, que mal provecho le haga quanto comiere, que mi maldicion le caiga, y que quanto le dejo es de mala gana, y por no poder mas: á él, y á ellos se los lleve el diablo; y á mi muger, que mala pestilencia le dé Dios, y duelos, y quebrantos. Y á Fulano, mi criado, si yo muriere, mando que le persigan, y se gaste mi hacienda en destruirle: si viviere, le daré dos vestidos; y á Fulano, mi amigo, si falleciere, mando que no le dejen parar á sol, ni á sombra, y que declaro que es un perro. Item mas, si me muero, niego todas mis deudas; y solo considerad, demonios, cuáles andarian los mohatrereros por resucitarme á mi. Al esclavo, si muero, mando que cada dia le pringuen tres veces. Al doctor que me curó, que mi muger se muestre parte, y le pida mi muerte. Y á mi heredero que haga tasar lo que justamente vale el haber acabado conmigo, porque me ha encarecido el ser calavera, como si yo se lo rogára, y me lo ha hecho desear; y pido á todos que lo apedreen; y voto á N. que solo estoy sentido aquí del doctor, que no solamente me persiguió sano, y me mató enfermo, sino que pasa la ojeriza de la sepultura; y en espirando uno, por disculparse dicen de él mil infamias: Dios le perdone, que el mucho beber le acabó: ¿cómo le habíamos de curar si era desordenado? El era insensato, estaba loco, no obedecia á la medicina, esta-

ba podrido, era un hospital: él vivió de suerte, que le ha sido mejor: esto le convenia: ¡miren qué convenia este á mi costal! llegó su hora; pues tomen el dicho á la hora de todos los difuntos, y ella dirá que ellos la llevan, y la arrastran, y que ella no se llega. Oh ladrones! ¿no basta matar á uno, y hacerle que pague su muerte, costumbre de los verdugos, sino tener la disculpa de la ignorancia, en la deshonor del pobre difunto? Aprended á hacer testamento, y llegaréis los mozos á viejos, los viejos á decrepitos, y moriréis todos hartos de vida, y no os podarán en flor las hoces graduadas, y el doctor Guadaña.

Tales palabras dijo aquel difunto por madurar, que Pluton, y sus ministros á gritos dijeron: no dice mal este condenado; mas si le oyen, y le creen, á los médicos, y á los diablos (el ruin delante) los ha de destruir. Mandáronle tapar la boca, y á pocos pasos que anduvieron, fué tal el alarido y la grito, que con prevencion, y susto se pusieron en defensa. Habia gran número de gente de todos estados. Ellos son, decian; sáquenlos. ¿Habiamos de dar en ellos? ¡Oh infame muger! ¡Oh maldito pícaro! aquí te tengo; y otras palabras tan alborozadas como estas. Unos se asían de otros, y apenas se veían sino dos bultos: uno con un manto, señas de muger; y otro hecho pedazos, y lleno de alcuzas, jarros, y trastos. Qué es esto? dijo la guarda. Llegó la ronda, bien ordenado el tribunal, y respondieron: señor, aquí hemos hallado escondida la disculpa de muchos chismes, y la averiguacion de muchas insolencias. Aquí están, decian con gran alegría: aquí los tenemos. Pedian albricias á Lucifer: aquí están, señor, la muger

tapada, que dice toda las cosas, y el poeta de los pícaros. No se puede explicar la demostracion que Pluton hizo de haber hallado en su reino estas dos figuras tan perniciosas. Mandó sacar á la muger tapada: estaba hecha un ovillo, liada con su manto, y dió grandísimos gritos: diciendo que no la destapasen, porque se perdería el mundo: déjenme: basta, que estoy aquí solo porque me tapé: yo tengo infinitas caras, y muchos me acusan que debajo de este manto tienen la suya: mi delito es mi manto. Yo, la pobre muger tapada, dije al rey pasando un chiste, y á la reina otro: yo dije á los privados, yo á los ministros, yo á los señores, yo á los clérigos, yo á los frailes, yo á los obispos; y este negro manto ha sido de lenguas, y no de soplillo. No tengo yo la culpa, sino bellacos, que como me ven tapada se me meten debajo del manto, y dicen lo que quieren, y luego no hay sino: una muger tapada dicen que dijo. ¿Saben vs. mds. lo que dijo una muger tapada? Cuentan que una muger dió tal memorial; y yo, pobre de mí, soy una tonta, que apenas sé pedir, siendo muger: si fuera yo este bellaco pícaro que está á mi lado... y él respondió: ¿qué culpa es la mía, mala hembra? Qué culpa? (dijo un demonio) ser tú peor que todos nosotros: ¿tú no eres el poeta de los pícaros, que has llenado el mundo de disparates, y locuras? ¿Quién inventó el tengue, tengue, y dongolondron, y pasará yo el polvillo, zarabanda, y dura, y vámonos á chacona, y qué es aquello que relumbra, madre mia, la gatatumba, y naqueracuzá? ¿Qué es naqueracuzá, infame? ¿Qué quiere decir gandi, y hurruá que en la venta está, y ay, ay, ay, y traer todo el pueblo en un grito, y ejecutor

de la vara, y daca ejecutor de la vara, y señor boticario deme una cala, y válate Barrabás el pollo, y guirigui, guirigay, y otras cosas, que sin entenderlas tú, ni el que las canta, ni el que las oye, al son de las alcuzas, de los jarros, y de los platos las cantan los muchachos, y mozas de fregar, con tonillos de aceite, y vinagre, y dos de queso, y pella, y pastel que tú compones, y no hay recado que no chilles, ni calle que no aturdas, obligando á que se enfurezcan las repúblicas, y con pregones restañen tus letrillas, hues, aves, arrorros, cuzas, y pípirititandos? Nadie está en los infiernos con tanta causa, ni con tan sucia causa. El pobre poeta de los pícaros, que no pudo negarse, y se vió descubierto, y conocido, pidió que le diesen licencia para hablar: fuele concedida, y dijo: ¿es mejor lo que hacen los poetas de los honrados? ¿Está mejor ocupado un ingenio en gastar doce pliegos de papel de entradas y salidas, y marañas para sacar un lacayo sin amonestaciones, que yo que con un cantarcillo, y un cachumba, cachumba, y un, oh qué lindito, al muchacho que trae un pastel á su amo, le embarazo la boca con el tonillo, para que no le dé un bocado al plato, y al jarro un sorbo? Mas sisas escusé con el zampapalo, y con la marigarulleta, que letras tienen mis cantares. ¿Con qué me pagarán que á la niña que trae el cuarto de mondongo, la embarace la garganta con el naqueracuzza, y no con una morcilla? ¿Fuera mejor matar de hambre á todos los graciosos, hacer gallinas á todos los lacayos, y en los entremeses deshonrando mugeres, afrentando maridos, y tachando costumbres, y entreteniendo con la malicia, acabando con palos, ó con músicos, que es peor? ¿Es

mejor hacer autos, y andar dando que decir á Satanás, y pidiendo el alma, y lloviendo ángeles á pura nube, y tener á vmd. quejoso siempre (dijo, mirando á Pluton), y que no deba á un poeta una ánima, que siempre se la lleva el Buen Pastor? ¿Es mejor andar sacando los pecados propios, y mis amancebamientos á la gineta en los romances, de garganta, en garganta y que canten todos lo que yo habia dellorar, y que si Doris escupe, ande su gargajo de boca en boca? ¿Es mejor que Gil y Pascual anden siempre en los villancicos, el uno con mil, y el otro con portal, tirando las navidades, envueltos en consonantes sin pelo? ¿Es mejor andar gastando auroras en megillas, y perlas en lágrimas, como si se hallasen detras de la puerta; y estando España sin un real de plata, gastarla en fuentes, y en cuellos torneados, valiendo á setenta por ciento, y sin que se vea una onza gastada en lámparas por los poetas, teniendo repartidos millones en orejas, y testuces? ¡Pues lo que hacen con el oro! A carretadas lo echan en cabellos, como si fuera paja, donde no aprovecha á nadie; y llamanme á mi poeta de pícaros, porque sin gasto, ni daño, alegre, y entretengo barato, y brioso, con vengo de Panamá, y de qué tienes dulce el dedo, y Don Don camaleon. y otras letrillas traviesas de son, y comederas? No sino escribiré coruscos, lustros, jóven, construyendo adunco poro, con trisulca, alcuza, naqueracuz, y libando, aljofar, rom, si bien, erigiendo piras, canoro concento de líras.

Zarabulli, ay bulli, bulli, de zarabullí,

Bulli, cuz cuz,

De la Vera-Cruz:

Yo me bullo, y me meneo,
 Me bailo, me zangoteo,
 Me refocilo, y recreo
 Por medio maravedí:
 Zarabulli.

Júzguenlo los diablos cuanto es mejor zarabulli que adunco, y cuz cuz que poro, meneo que pira, zangoteo que lustro y refocilo que trisulca: lo uno es culto y lo otro pimienta. Cual hará mejor caldo, dígalo un cocinero. Ello yo bien puedo ser el poeta de los pícaros, mas ellos son pícaros poetas y por lo menos á mí no me veda la inquisicion ni tengo examinadores y mirésem bien mi causa, que yo soy el mejor de todos; y Dios me haga bien con mis seguidillas y jacarandinas, que no me entiendo con octavas, ni con esotras historias, ni se hallará que haya dicho mal de otro poeta. El culto se iba á embestir con él armado de cede en jóven, como de punta en blanco. Mandóle Satanás detener y reconociéndole, hallaron que llevaba escondidas y desenvainadas dos *Paludes* buidas y un *Adolescente* de chispa. Mandó Pluton que pues cada uno de por si bastaba á revolver el mundo, que entre si tuviesen paz y que se repartiesen, el uno á ser confusion de lenguas y el otro sonsonete. El culto con dos *pinas* de ayuda entre *construyes y eriges*, se fué á matar candelas, digo las luces de todos los escritos de España y á enseñar á discurrir á buenas noches y desde entonces llaman al culto, como á vuestra diabladad, príncipe de las tinieblas. El poeta de los pícaros se fue concomiendo de chistes á festejar la boca de noche y el miedo de los niños y á revestirse en el cuerpo de los

poetas mecánicos, ingenios cantoneros y musas de alquiler como mulas.

Con gran risa quedó la visita; mas sucediôla no menor espanto en la tabaola (asi la llaman los contracultos) que se oyó. Todo era voces y gritos: los que los daban parecian gente de cuenta y puesto, diferentes en los trages y en las edades. Unos andaban encima de otros: veíase una batalla desigual: los unos herian con puñales desnudos: los otros, viejos, y caidos se adargaban con libros y cuadernos. Tenéos, dijo un ministro. Suspendieron su ejecucion violenta, no sin enojo, y la obediencia no disimuló el motin, respondiendo: si supiérades quién somos, la causa y razon que tenemos, sin duda os añadiérades al castigo; y cuando menos vi á Nino, á Yugurta, á Pirro y á Dario, todos reyes y siendo infinitos todos eran magestades y altezas. Iba Lucifer á satisfacerlos, cuando se levantó un hombre viejo y con él otros muchos que arrastrados de los principes tenian el suelo lleno de canas y de sangre. Yo soy, dijo, Solon: aquellos los siete sábios: aquel que maja allí aquel tirano Nicocreonte, es Anaxágoras: este Sócrates: aquel pobre cojo, y esclavo Épicteto; y Aristóteles el que detras de todos saca la cabeza con temor: Platon aquel que no puede echar la habla del cuerpo: Sócrates el queno ha vuelto en sí, y tiene como veis, dudosa vida. Los que veis arrinconados son otros muchos que (como nosotros) han escrito politicas y advertimientos, diciendo en libros cómo han de ser los principes y cómo han de gobernar, que amen la justicia, que premien la virtud, que honren los soldados, que se sirvan de los doctos, que se escondan á los aduladores, que busquen

los ministros severos, que castiguen y premien con igualdad, que su oficio es ser vicarios de Dios en la tierra y representarle; y por esto, sin nombrar á ninguno, ni meternos con ellos, nos tienen en el estado que veis, porque los servimos de guia y de camino. Aquellos gloriosos reyes y emperadores, en quien estudiamos esta doctrina, diferente patria tienen que vosotros. Numa está entre los dioses: Tarquino, tizon ahuma: Sardanápalo diferente memoria tiene que Augusto y Neron que Trajano. Y otro detras de él dijo: acerca mas el discurso á los tiempos de ahora: don Fernando el Santo, don Fernando el Católico y Carlos V tienen crónica: Rodrigo, y don Pedro paulina con sobrescrito de historia. La mitra en Fr. Francisco Gimenez es diadema y en Opascoroza.

Mientes, infame filósofo, dijo Dionisio el siciliano, y Falaris á voces y con ellos Juliano Apóstata y otros muchos: mientes portodos, que vosotros sois causa de nuestras infamias, acusaciones, deshonras, muertes violentas y ruinas; pues por mentir en vuestros escritos y hablar de lo que no tenéis noticias y dar preceptos en lo que no sabeis, estamos los mas difamados en muerte y perseguidos en vida. ¿Cómo, señor, dijo Juliano Apóstata, mirando á Pluton, que un hombre de estos, sopen y mendigo, que pasa su vida con las sobras de las tabernas y vive de la liberalidad de los bodegoneros despreciado en el traje, solo en la doctrina, sin comunicacion, ni ejercicio, haciendo de lo vago mundo mérito y de la desvergüenza constancia; sin saber qué es reino, ni rey, escriba cómo han de ser reyes y reinos, y pretenda que su doctrina los elija y su opinion los deponga y que en su ima-

ginacion esté lo durable de las coronas? ¿Puede todo el infierno dar mayor cuartana al poder, ni mas asquerosa mortificacion á la grandeza del mundo, que rascándose uno de estos bribones, con una cara emboscada en su barba y unos ojos recu- lados hácia el cogote, con habla mal mantenida diga: quien mira por sí es tirano : quien mira por los otros es rey? Pues, ladron, si el rey mira por los otros y no por sí ¿quién ha de mirar por él. No sino aborrecerémonos cómo á nuestros enemigos: tendremos odio con nosotros y nuestra enemistad no pasará de nuestra persona y la guerra nos tendrá por limite. Perros, decid la verdad y escribid de dia y de noche: no escribais lo que habia de ser, que esa es doctrina del deseo: no lo que debia ser, que esa es leccion de la prudencia, sino lo que puede ser. ¿Y es posible, respondedme, podrá uno ser monarca y tenerlo todo sin quitárselo á muchos? ¿Podrá ser superior, y soberano, y subordinarse a consejo? ¿Podrá ser poderoso y no vengar su enojo, no llenar su codicia, no satisfacer su lujuria? ¿Podrá para hacer estas cosas servirse de buenos y dejar los malos? No; porque eso tiene lo malo de peor, que necesita de ruines para su efecto y ejecucion. ¿Podrá premiar los méritos quien en ellos tiene su acusacion y su temor? ¿Podrá dejar de rogar á los mentirosos, entremetidos y facinerosos con las dignidades y consulados, si tiene su abrigo en sus demasías, su calidad en su imitacion y su disculpa en su exceso? No. Pues, picarones barbudos, ¿por qué no escribís la verdad? ¿Seria buena doctrina, si uno dijese que el buen carnicero engorda las ovejas, que el desollador las pone pellejo y que el buen barbero, cuando san-

gra, cierra las venas? Pues lo mismo es decir que los tiranos han de guardar palabras, ser justos, verdaderos y humildes, y como decís esto, que había de ser y nosotros somos lo que se usa y no puede ser menos en los tiranos, todos nos aborrecen por hombres que no cumplimos con nuestro oficio. Decid y escribid lo que han de ser todos los que quisieren para sí solos lo que es de todos, inobedientes á la ley de los dioses, y nadie se quejará de nosotros y reinaremos en paz y sino callad todos, y hable y escriba del gobierno solo Fotino: oidle. Y en esto un bellaconazo, todo bermejo, con mucha cara, y poca barba, cabeza con acometimientos de calvo, hácia vizeo, con resabios de zurdo, propio para persuadir maldades y mejor para conocer los tiranos, abriendo la sima de las injurias por boca y ladrando, pronunció este veneno razonado:

*Jus, et fas multus faciunt, Ptolomæe, nocentes,
 Dat pœnas laudata fides, cum sustinet, inquit,
 Quos fortuna premit. Fatis accede, Deisque,
 Et cole felices, miseros fuge, sidera terra
 Ut distant, et flamma mari, sic utile recto
 Sceptrorum vis tota perit, si pendere justa
 Incipit, evertitque arces respectus honesti.
 Libertas scelerum est, quæ regna invisa tuetur,
 Sublatusque modus gladii: facere omnia tævæ,
 Non impune licet, nisi dum facis. Exeat aula,
 Qui volet esse pius. Virtus, et summa potestas
 Non coeunt; semper metuet, quem sæva pudebunt.*

Lo lícito, y lo justo á muchos hacen
 Tolemeo, delincuentes, y padece

Castigos la fé honesta, y verdadera,
 Cuando defiende gente perseguida
 Dela fortuna. Llegate á los hados.
 Y á los dioses, y asiste á los dichosos ;
 Huye los miserables. Como el fuego
 Dista del mar, y el cielo de la tierra ,
 Asi dista lo útil de lo bueno.
 Toda la fuerza de los cetros muere
 En empezando á obrar justificado ,
 Y el mirar á lo honesto desbarata
 Las escuadras : el reino aborrecido ,
 Sola la libertad de los delitos
 Le defiende , y el dar licencia al hierro
 Hacer todas las cosas con fineza
 No es licito sin pena , sino solo
 Cuando las haces : salga de palacio
 Quien quisiere ser pió , no se juntan
 La suma potestad y las virtudes ,
 Quien tuviera verguenza de ser malo ,
 Siempre estará temblando y temeroso ,

No hubo fulminado esta postrer ponzoña, cuando levantándose Crisipo, dijo : por eso no quise yo ser rey y respondí á los que me lo preguntaron con estas palabras: si gobierno mal, enojo á los dioses; y si gobierno bien á los hombres. No quiero oficio que de todas maneras se yerra.

Galba, que estaba limpiándose unas babas, muy aterido, con gran melancolía, dijo : algo de la leccion se verifica en mí. Estábame yo cuando se ardia el mundo con tanta flema como devocion sacrificando á los dioses, y Othon saqueando á Roma y usurpándome el imperio : yo asistia á la religion para ser emperador; él al robo vino por el atajo y siguió la verdad del oficio, y yo acabé, como se ha leído, con mas desprecio que

sentimiento: él se quedó monarca y yo habera. Hízole callar Domiciano, que traía arrastrandopor una pierna al miserable Suetonio Tranquilo; y á grandes voces decia: ¿cuánto peores son estos infames historiadores y cronistas, que aguardaban detrás de la vida de un emperador y con su deshonra hacen lisonja á sus descendientes? Ahí se vé quién sois vosotros, decia Suetonio con sollozos mal formados, que os es sabrosa la ignominia de vuestros antecesores, como si para la vuestra no diera licencia el aplauso que haceis á la agena. Señor, decia Domiciano, estos malditos cronistas no dejan vivir su vida á los reyes, y les hacen tornar á vivir entre su malicia y su pluma, como le conviene al lucimiento de su malicia. Este traidor insolente, escribiendo la vida, de que en la mayor parte él fué el delincuente, en la diferencia doce, tratando de mi pobreza y de que yo procuré socorrerme aliviando gastos y de mis vasallos, echa este contrapunto.

Exhaustus operum, ac munerum impensis, stipendioque, quod adjecerat, tentavit quidem ad relevandos castrenses sumtus, militum numerum diminueret. Sed cum obnoxium se barbaris per hoc animadverteret: neque eo secius in explicandis oneribus omnibus hæreret, nihil pensi habuit, quin prædaretur omnimodo bona vivorum, et mortuorum; usquequaque quælibet, et accusatore, et crimine corripiebantur. Satis erat objici quaecumque factum, dictumque adversum majestatem principis. Confiscabantur alienissimæ hæreditates, vel existente uno, qui diceret, audisse se ex defuncto, cum viveret, hæredem sibi Cæsarem esse.

«Habiendo empobrecido con gastos en obras y «en dádivas, y en los sueldos que habia crecido.»

¿Pues en qué ha de gastar un príncipe, sino en dar, edificar y mantener la milicia con premios?

«Intentó, para aliviar los gastos militares, disminuir el número de los soldados; mas conociendo que por esto venia á ser enojoso á los extranjeros, desenfrenadamente, sin reparar en algo, «dió en robar de todas maneras.»

¿Este es modo de hablar de los príncipes? ¿Qué se dirá de los infames lajrones? ¿No es bellaquería usar de un mismo vocabulario con el cetro y la ganzúa?

«Los bienes de los vivos y de los muertos, en todas partes y de todas maneras, por cualquier delito y acusador se agarraban: bastaba alegar algún dicho ó hecho contra la magestad del príncipe. Confiscábanse heredades remotas y ajenas de la acusacion, con solo uno que dijese que habia oido al difunto cuando vivia, que César era su heredero.»

Y es tan grande bellaco, que escribiendo en mi tiempo, osa decir estas palabras: *inter fuisse me adolescentulum memini, cum á procuratore, frequentissimoque consilio inspiceretur nonagenarius senex, an circumsectus esset.*

«Siendo yo niño me acuerdo, que por el procurador frecuentemente y por el concilio se miró si «un viejo de noventa años estaba circuncidado.»

¿Qué culpa tenia yo del exceso de los ministros inferiores y de la demasia, y que me sucedan príncipes que consientan tal libro contra mí, que gasté mi tesoro, mi caudal, y el tiempo en reparar las librerías que se me quemaron? No lo hubo dicho, cuando con voz casi enterrada y acentos desmaya-

dos dijo Suetonio : si eso fué bueno, tambien lo dije. ¿Mas qué replicas tú, que dictando una carta para dar una orden, dijiste de tí propio: vuestro señor, y dios lo manda así? ¿Del divino Augusto, del grande Julio y de Trajano, qué virtud callé? ¿Qué accion no encarecí? Si fuisteis pestes coronadas, ¿qué pecado es acordaros vuestras maldades? De vosotros teneis horror y asco, y no quereis ser contados los que fuisteis parecidos.

Nadie se puede quejar de ese verdugo de monarcas, sino yo, dijo un hombre de mala cara, feo, calvo y espeluznado, zancas delgadas y mal puestas, color pálido, talle perverso; y por las señas fué conocido por Calígula. ¿Qué maldad, qué sacrilegio, qué crueldad, qué locuras no escribió de mí, las mas increíbles? Que estudiaba gestos para hacerme feroz. Mira si haria esto quien inventó los calzadillos para disimular las malas piernas: que porque no me viesen la calva, era delito de muerte mirar desde arriba cuando yo pasaba, y decir Cabra. Por eso dijo Pisistrato: «conociendo yo el peligro que tenemos los tiranos en los que piensan y discurren sobre las vidas ajenas, en los doctos que se juntan, en los maliciosos que se pasean.» Eliano lib. 9. c. 26.

Pisistratus cum in regnum esset evectus, accersi jussit eos, qui in foro de ambulando, atque otando tempus tererent: et interrogavit, num quæ causa esset ipsis in foro oberrandi? Simulque dixit: si tibi boves aratores mortui sunt, de meo cape rursus alios atque ad labores te confer: sin egenus, et inops es seminum, de meo dentur tibi; veritus ne horum otium insidias aliquas pararet.

«A los que en las plazas veía pasear ociosos,

«les preguntaba que porqué no asistian á alguna ocupacion; y les decia: si á ti se te murieron los «bueyes con que arabas, toma de mi hacienda y «compra otros y vete á trabajar: y si eres mendi- «go y pobre de semilla, yo te la compraré, y siem- «bra; temiendo que la ociosidad de estos no me «dispusiese asechanzas.»

Príncipes, al que no tiene que hacer comprad- le la ocupacion, y con eso comprareis vuestra quietud: temed al que no tiene otra cosa que hacer sino imaginar y escribir. No es propósito desterrarlos, ni prenderlos, que calificais el sugeto y vá con recomendacion su malicia para los malcontentos. Caudal hacen y pompa los maldicientes de la persecucion de los príncipes, y es precio de sus escritos vuestro enojo. Imitadme á mi, que á costa de mi patrimonio los ocupaba y divertia sus inclinaciones.

Un condenado venia furioso, mas que los otros, diciendo á voces: que es esto? Llámome á engaño: ¿unos diablos tientan, y condenan, y otros atormentan? Todo el infierno he revuelto, y no veo algun demonio de los que me tienen aquí: denme mis demonios: ¿qué es de mis demonios? ¿Dónde están mis demonios? No se ha visto tal demanda: ¿demonios buscaba en el infierno, donde se dan con ellos? Hundíase todo de alaridos; iba á decir de risa. Detúvole la Dueña, diciéndole: ánima desdichada, si aquí te faltan diablos, ¿qué harás por allá fuera? Hártate de demonios. El abrió los ojos, y conociéndola, dijo: ¡ó sobrescrito de Berecúb, pinta de Satanases, recoversa de condenaciones, encañutadura de personas, enflautadora de miembros, encuadernadora de vicios, endilgadora de

pecados, guisandera de los placeres, lucero de los diablos mundanos, que vienes siempre delante, y amaneces las lujurias! Tú sí que eres proemio de embusteros, y prólogo de arremangos: ¿dónde has dejado los diablos, y á las diabras que me trajeron? que yo no soy bobo, que me dejase engañar, ni traer de estos demonios con colas, cornudos, y ahumados, con tetas de cochinos, y alas de morciégalos, mala munición. Es fiereza para tentar apetitos una madre flechando hijas enherboladas, una tia disparando sobrinas como chispas, una niña con ojos en ristre, una moza asestando meneos, una vieja armada de moños en enaguas, como de punta en blanco: un adulador, que es sí perpetuo de todo lo que se quiere, y amen de á letra vista: un chismoso, que es polilla de la quietud, y por cada maravedí da un cuento: que vive de llevar y traer como arriero, traginador de mentiras, que dice lo que no oye, y afirma lo que no sabe, y jura lo que no cree: un maldiciente, picaza de honras, que solo se sienta en las mataduras: un hipócrita, que haciendo mortificación la comodidad extasis los ahitos, penitencia los mofletes, revelaciones los chismes, oratorios las mesas, desiertos los estrados, y milagros las curas, adivinando lo que le dijeron, resucitando los vivos, y haciéndose bobo para el trabajo, negociando con ser sucio, y empuñando con la sombra, vive á costa de todos y muere á la de Dios; pues pierde su parte en un pícaro de estos conventuales de la calle, que tienen por superior al vicio, la obediencia entre las sábanas, la castidad entre los manteles, y la pobreza en el entendimiento: dicen que dejan lo que tienen por Dios; y no es mal trueque, pues es pa .

ta tener lo que todos poseen por el diablo: esto es diablo, y estos son los diablos que me condenaron, y tú, maldita vieja, me los has de dar, que con esas tocas eres epílogo de demonios. No habia desengañarle de la Dueña, hasta que le mandaron callar, diciéndole el Entremetido de parte de Pluton, que se le habian subido las penas á la cabeza; pues las colas, los cuernos, las tetas, el humo, y el hedor de los diablos no le sabian á madre, á hijas, á tia, á sobrina, á adulator, y á hipócrita.

No bien acabó estas palabras cuando se oyó gran ruido de quicios, y gran rumor de gente en infinita cantidad. Venian delante unas mugeres afeitadas, presumidas, habladoras y melindrosas, riéndose, y mostrando gran contento. Acusólas el Soplón de que pasaba la alegría hasta la jurisdiccion del infierno: túvose á gran delito, y fueles hecho cargo. Y preguntando que cómo venian entretenidas, y no llorando á la condenacion; una de ellas, vieja y flaca, pellejo en zancos, dijo por todas: señor, nosotras veniamos tan tristes como se puede creer de mugeres traídas, á quien no han quedado sobre los huesos sino escrementos de los años, y la cara del tiempo, y condenadas, á heder de nuestra cosecha, y á oler de acarreo: somos como niñas de ojos, que siempre son niñas, aunque tengan cien años. Decimos que las canas son de una pesadumbre, las arrugas de una enfermedad: que estamos sin dientes de un corrimiento; y es verdad, pues lo estamos de años, que han corrido por nosotras. Hémonos hecho reacias en los treinta años, y no hay pasar de allí en la cuenta; y en apretándonos, decimos: aquí

del moño, como aquí de la carda. ¿Han quedado raigones? dijo la Dueña. Pues eso basta, y la parte se toma por el todo; y desengañense las de la boca desempedrada, que no las ha de valer esta vez. Fueron arrebatadas para el Simancas de los muertos por auténticas. Veíase allí cerca un hombron muy magro, cercado de mucha gente, atenta á muletas, traspies, tropezones, y casi pinicos. Estaba gobernando los hervores de una gran caldera. ¿Quién eres, preguntó el Entremetido, pupilero de achaques, sobrestante de tizonos, guisandero fri-son? Yo soy, dijo, Perobotero: esa es mi caldera, tan famosa entre los cuentos, y los muchachos: estos que me asisten son los gotosos, aquella mi caldera; y aunque es grande, habré de ensancharla, que son muchos los que vienen á la caldera de Perobotero, y muchos los que hay en ella. Unos se tiñen como los viejos, á quien acá llamamos los tiñosos de la edad: otros se cuecen, otros se guisan, y otros se frien. En esto dió tres, ó cuatro borbotones la caldera, que casi se salía, y el buen Perobotero agarró por cucharón un esquiife, y empezó á espumar. Daba saltos en medio un bulto grande. ¿Quién es aquel (preguntó la Dueña) que me ha llenado el ojo? Aquel, dijo el buen botero, es el punto crudo, que há mil siglos que gasto con él lumbre, y carbon, y nunca se ha empezado á calentar. ¿Válgate la mala ventura por punto crudo dijo el Soplon, y qué duro eres, y qué maldito! ¡qué de veces te he topado yendo á pedir dineros, y me responden: vmd. me perdone, que ha llegado á punto crudo! Si yo los debía, y venían á cobrar de mí, y suplicaban me aguardasen, respondía el acreedor: señor, el venir á cobrar ha sido

tan á punto crudo , que no lo puedo suspender. Si pretendia algo, y lo daban á otro, me decian: si vmd. aguarda á hablar á punto crudo , ¿de qué se queja? Si solicitaba algun favor de alguna dama, me decia: señor, vmd. llega á un punto tan crudo, que me ejecutan por dos mil reales. ¡Valgate el diablo por punto crudo, que toda la vida me has atosigado con tus crudezas! Señor botero , cuézale vmd. hasta que se deshaga; y si no, ásele, y tenga asador como tiene caldera. En esto empezó á alborotarse la caldera, y á hacer espuma; y veíase un figuron danzando entre el caldo, y chirriando. Asíó el cucharon, y encajándole en el brodio, dijo: aun no está en su punto. Dióle con él dos empujones, y zabullóse, dando fieros gritos. ¿Quién es ese , le preguntó la Dueña? Y él respondió: este es un bien quisto , que está el mas desabrido del mundo, y no le puedo guisar con ninguna cosa. Y ello era así, porque de lo hondo de la caldera daba unos gritos temerosos, y decia: yo soy el mas necio, maldito, y desdichado hombre del mundo. Puedo enseñar á majadero á un preguntador, y estoy por decir á un porfiado. ¡Qué creyese yo que toda mi felicidad era ser bien quisto, cosa que aconsejan siempre los bribones, y emprestilladores! Yo convidaba por ser bien quisto, y gastaba en tragos, y bocados mi patrimonio con alabanceros meridianos, que alaban al paso que mascan. Yo prestaba cuanto me pedian sobre la nota de un billete sacabocados, por ser bien quisto. Yo pagaba por todos por ser bien quisto. En alabándome la espada, la gala, la presea, la daba por ser bien quisto; y entre la hojarasca de es un principe: no hay tal caballero, ni tal mesa: no se habla en la

córte en otra cosa sino en el plato, todos, sino es vmd. son piojosos; y las dolencias de caballero badea, llamando despensero al lacayo, cocinera á la ama, y mayordomo á un picaro, que me servia con mesura de compañero; solo por ser bien quisto vine á quedar sin hacienda, sin qué comer, y hecho andrajos, por ser bien quisto. Hombres del mundo, no presteis, no convideis, no deis: pedid, y agarrad, y ande el mogollon, que ser quisto no es tan bueno como ser guardoso; y ser rico es mejor que quitarse con los pidones. No hay cosa tan cara como ser bien quisto, ni de tanta comedidad, y ahorro, como ser mal quisto. No lleven y gruñan, no coman, y mormuren: ser caballero de ayuno es gran cosa; que alabanzas pasadas por hospital, peores son que un vituperio por ahorro. Atajóle otra legumbre de la caldera, que nadaba entremetido, con todo bien descubierto; y sabido su nombre, era el pero, fruta de los achaques, y de la malicia, de quien se hacen los postres á cuanto oye la calumnia: el pero, que no deja madurar ninguna honra, ni crédito. Doncella es; pero amiga de ventana: hidalgo es; pero muy soberbio. Y este pero, no hay lengua que no le lleve, y los hay de invierno, y de verano. Y oyendo esto, dijo botero: es tan agrio el diablo, que me tiene hecha un vinagre la caldera; y él se está tan verde como al principio. En esto arremetió á la caldera con un cobertor, y tapóla. Preguntáronle la causa, y dijo: estan hirviendo ahí Penseque, aquel maldito, que es discreto despues, y advertido sin tiempo, y otro picaron, que dá mal sabor á toda la caldera, y siempre responde, que él ata bien su dedo, y solo trata de atar bien su dedo; y sería mejor que

por loco le atase su dedo á él. Esto hace peor caldo que los mogigatos que ahí están.

Gozando de la ocasion y del divertimento, se entraron gran cantidad de gente de rondon, sin que nadie les dijera nada. Preguntó á un portero el Soplón, que cómo se entraban aquellos sin dar razon, y respondió: estos son los de mi alma con la suya, y así vienen en racimos: gente que se ofrece al infierno en vida, sin saber cómo ni cuando; y engañados de los embustes de la hipocresía, luego dicen: mi alma con la suya. Concédeseles la petición, y vienen aquí en romería, asidos unos con otros.

Maniatado y asido, con grande alarido y empellones, que llama el Calepino de los Corchetes, traían muchos espíritus malos al diablo de los ladrones: grandemente acriminaban su delito. Pluton se mesuró, y un relator dijo: señor, este diablo no sabe lo que se diabla; ni vale un diablo, y es vergüenza que sea diablo, porque no trata sino de hacer que se salven los hombres, siendo otra su intencion. Estremeciósese todo el tribunal en oyendo la palabra salven. Refrescáronse las llagas, mordieronse los labios, y dijo el supremo maldito: ¿Y eso es cierto? Y replicó el fiscal: señor, este no gasta el tiempo sino en hacer que roben y hurten los hombres: llévanlos á la cárcel, ahórcalos; ó si son monederos falsos, quémanlos, predícanlos, previénenlos, confiésanse y sálvanse: y este no pensaba que por la horca y por el fuego se podia ir al cielo; y en ahorcados y quemados ha usurpado infinito patrimonio á los tormentos. No hay que aguardar: eso no tiene respuesta, dijo el presidente; mas el pobre diablo, que por este se dijo, re-

plicó, pidiendo que le oyesen. Oiganme, dijo á grandes gritos; que aunque dicen: el diablo sea sordo, no se dice por vuestra diabledad. Callaron entonces todos, y él dijo: señor, yo confieso que se me salvan los ahorcados; mas recibanseme en cuenta los otros que se condenan por condenar á estos, y no á sus compañeros ni á sus ministros. Yo con un ladron que me ahorcan, y se me salva, condeno al alguacil que le prendió, y se suelta á sí: al escribano que escribe contra el que hurtó á uno, y no contra sí, si hurta á todos: al procurador que le defiende, menos que le imita, y al otro que le condena, no porque no haya ladrones, sino porque no haya otro: no porque no haya muchos, sino por quedar solo á la república, que por quitar los ladrones, trae muchos otros. Sucede lo mismo al que por limpiarse de ratones trae gatos; que si el raton le roia un mendrugo de pan, un arca vieja, un poco de madera, un pergamino, viene el gatazo, y hoy se come la olla, mañana la cena, y esotro día las perdices, y en poco tiempo suspira por sus ratones. A mí se me debe esta treta; y yo trueco un ahorcado á docientos ahorcadores, y á tres mil viejas hechiceras, que ván por sogas, y muelas, y mal entendido y peor agradecido. Yo estoy cansado: encomiéndolo á otro, que yo me quiero retirar á un pretendiente. Diósele toda satisfaccion, y fradiabla como fraterna á los acusadores, y dijéronle que no cesase, que no era tiempo de retirarse; fuera de que á un pretendiente, antes era tahona que alivio.

Yo obedeceré; mas yo me entiendo, que con un pretendiente un diablo se está mano sobre mano, y la boca abierta aprendiendo diabluras de él,

sin ser menester para nada. Es ir á recreacion asistir á uno , y á la escuela de diablo , pues enseñan estos la cartilla de demonios á todos nosotros ; y allí no hay sino aprender y callar.

Allí llegaron el diablo del tabaco , y el diablo del chocolate , que aunque yo lo sospechaba , nunca los tuve por diablos del todo. Estos dijeron que ellos habian vengado á las Indias de España , pues habian hecho mas mal en meter acá los polvos , el humo , jicaras y molinillos , que el rey católico en meter á Colon , á Cortés , á Almagro y á Pizarro ; cuanto era mejor , mas limpio y mas glorioso ser muerto á mosquetazos y á lanzadas , que á moquitas , á estornudos , á regüeldos , á vaguidos y á tabardillos ; siendo los chocolateros idólatras del sorbo , que se elevan , le adoran y se arroban : y los tabacanos , como luteranos , si le toman el humo , haciendo el noviciado para el infierno ; si en polvo , para el romadizo.

Detrás de estos dos venia el diablo del Cohecho , y este diablo tenia linda cara y talle : cosa que no vi en otro , y era como un oro , y me parece que le he visto en mil diferentes partes , en unas rebozado , en otras descubierto , llamándose unas veces niñería , otras regalo , otras presente , otras limosna , otras paga , otras restitucion , y nunca le vi con su nombre propio ; y me acuerdo de haberle visto llamar herencia , ganancia , barato , patrimonio , reconocimiento , y nada ; y le he conocido en unas partes doctor , en muchas licenciado , entre mugeres bachiller , entre escribanos derechos , y entre confesores limosna.

Este venia con grande séquito , pretendiendo título de diablo máximo ; mas se lo contradijo con

notable satisfaccion el diablo de la Consecuencia, diciendo: yo soy el enredo politico, la fulleria de los principes, el achaque de los indignos y la disculpa de los tiranos. Yo soy tintorero de las bellaquerías, que las doy color, y lo atropello, y tengo el mundo confuso y revuelto. Yo he desterrado la razon, y hecho mérito la porfia, y poderoso el ejemplo, y he dado fuerza de ley al suceso, autoridad á la bellaqueria, y acreditado la insolencia.

Para alcanzar un bellaco lo que á otro dió la iniquidad, en alegando: con otro se hizo, dá un tapaboca á las consultas y á las advertencias: á lo imposible saca de quicio; y mientras yo duráre en el mundo, no hay que temer virtud, ni justicia, ni buen gobierno. Y ese diablo del Cohecho, si no le rebozo, ¿con qué cara se entrará por unas uñas graduadas, y por unas hopalandas magnificas? Calle el pícaro, que el titulo de máximo diablo solo es mio.

¿Y yo, dijo otro, mondo virtudes, como niémpolas? ¿Soy de los diablos de mala muerte, que se hallan detrás de la puerta? ¿Conténtome con niñerías? ¿Válgome yo de embelecocos de á ciento en libra? Yo soy demonio de pocas palabras: cuatro razones diré, y hable quien se atreviere. Yo el tal diablo he hecho honra el ser cornudos, gracia el ser putas, oficio el ser ladron, y ladrones los oficios. Y entre tantos no hubo quien tomase la mano: todos callaron, dando lugar á un diablazo, que asido de un hablador, y de un vano y lisonjero, decia: déjenme entrar, que traigo.... Qué traes? dijo el Entremetido. Respondió: estos dos. ¿Quién son? Un hablador, y un lisonjero y vano: son pie-

zas de rey, y por eso los traigo al nuestro. Viólos Lucifer con asco, y dijo: ¡y cómo si son piezas de reyes! mas aunque rey diablo, y archidiablo, no gusto de esa gente.

Desde lejos un demoñuelo decia: principe, seis años há que ando trás un ruin; y es tan ruin, que no sé cómo lo acabe de destruir, porque de puro ruin no es para nada, ni bueno ni malo. Eso dudas? dijo la Dueña. Si es ruin, pónle con honra, y acabarás con él y él con el mundo. ¿Dijera mas el diablo? dijo el Soplón. Respondióle el Entremetido: ¿pues qué le falta á la Dueña?

El Soplón, que andaba en forma de cañuto aventando culpas, dió en un rincon con un haz de diablos viejos, llenos de telarañas y mohosos: dió cuenta de ellos: no los podian despertar. Preguntáronles qué demonios eran, y á quién estaban repartidos, y cómo no hacian su oficio; y respondieron bostezando, que eran los diablos de los enamorados; y que desde que el dinero cayó mas en gracia á las mugeres que su honor, ni los requiebros, se habían venido allí, porque la moneda suplía sus faltas; y que antes embarazaban, pues una tentación de talego vale por mil de diablos, y caen mucho antes en una dádiva que en una tentación; y antes consienten en un toma que en un pensamiento.

Yo soy el diablo de los juzgamundos; de unos bellacos acechones, que tintos en políticos, son el *pero* de todo lo que se ordena. Bien fué mandarlo; pero se debia mirar. Bien mereció el oficio, pero... Gente que siempre acaba en peros lo que discurre. Son unos envidiosos de buena capa, y una carcoma confitada en estado. Y como estos para condenarse no aguardan sino que los principes manden

algo, sus validos lo propongan, ó los consejos lo determinen, fiados en su maldita contradiccion, á quanto no ordena su malicia me duermo, y los aguardo, y los recibo, porque ellos no se duermen en venirse, y en sonsacar á otros para que vengan. Gente tan infame, que para ser bien quistos dicen mal de todos, y para tener buenos dias desean á todos mal; pues como son mas las desdichas que los gustos, siempre andan recibiendo parabienes de ruinas, y desgracias. Bien le pareció á Pluton esta advertencia; y por remediarlo todo, y prevenir los mayores aumentos de su dominio, mandó juntar las comunidades, y repartimientos de sus prisiones; y obedeciendo á su señor, se vió junta una gran suma de espíritus infames. Entonces, abriendo por boca una sima, ahulló este razonamiento.

Union desesperada, pueblos precitos, los que cobrateis en muerte los estipendios del pecado; aqui se ha pretendido entre tres demonios el título de Máximo. No le he dado á ninguno, porque entre vosotros hay una diablo, que lo merece mejor que todos. Miráronse unos á otros, y empezaron á discurrir con murmurio. No os canseis, dijo; llamadme á la Buena Dicha, que por otro nombre se llama la Diabla Prosperidad. Y luego de lo último de todo el cónclave salió ella muy presumida, y descuidada. Púsose delante; y en viéndola el rebelde Serafin, el lucero amotinado, dijo: mando que todos vosotros tengais á la prosperidad por diabla Máxima, superior, y superlativa, pues todos vosotros no traeis la tercera parte de gentes á la sima, que ella sola trae. Esta es la que olvida á los hombres de Dios, de sí, y de sus próximos. Esta

los confía de las riquezas, los enlaza con la vanidad, los ciega con el gozo, los carga con los tesoros, y los entierra con los oficios. ¿En qué tragedia no reparte todos los papeles? Qué cordura en llegando á ella no se resbala? Qué locura no crece? Qué advertencia tiene lugar? Qué consejo se logra? Qué castigo se teme? Y cuál no se merece? Ella alimenta de sucesos los escándalos, de escarmientos las historias, de venganzas los tiranos, y de sangre á los verdugos. ¡Cuántos ánimos tuvo la miseria, y el apocamiento canonizados, que en poder de la prosperidad fueron insolentes, y formidables! Ah ministros! Reverenciadla, é introducidla; y las almas, que se mantuvieren humildes á prueba de prosperidad, no hay perder tiempo con ellas. Escarmentad en aquel diablo necio, que para tentar á Job pidió licencia á Dios para perseguirle, empobrecerle; y plagarle. ¡Gentil maña, debiendo pedir licencia para aumentarle los bienes, el descanso, y la salud! que en el mundo el que alcanza todo lo que quiere, como no echa menos á Dios para nada, aun para jurarle le olvida. Demonios (dijo empujando el ahullido), públiquense desde hoy los trabajos, y la persecucion por enemigos mortales del infierno: son milicia de Dios, medicina de su sabiduría, y dádiva de su mano. El rico dice; hay que comer, que guardar, y que gozar. Y el pobre: ay Dios mio! Dios me remedie; y pide con Dios, y come por Dios; y á uno le llaman pordiosero, y al otro hombre sin Dios. Trabajos délos el sumo señor: descanso, buena ventura, y felicidad, vosotros.

Item mas: para encaminar el buen gobierno os mando que ningun demonio pierda tiempo en las audiencias, tribunales, y palacios; que los preten-

dientes, pleiteantes, aduladores, y envidiosos, mejor saben venirse acá, y traerse unos á otros, que vosotros traerlos.

Ningun demonio se reboce con otra capa, sino la de la comodidad, que es el calzador con que entrará á pocos estirones en la conciencia mas estrecha.

Al dinero, en todas las partes que lo toparen los demonios, sin exceptuar ninguno, se levanten, y le den su lugar; que importa: la causa es secreta: no nos oigan las faltriqueras.

La guerra se ha de estorbar por todos mis ministros en todas partes; que ejercita los ánimos, premia los virtuosos, ampara los valientes, aniquila el ócio nuestro amigo, y acuerda de los santos, y de los votos. Diablos, en todo el mundo meted paz, que con ella viene el descuido, la lujuria, la gula, y la mormuracion: los viciosos medran, los mentirosos se oyen: los alcabuetaes se admiten, las putas, y la negociacion; y los méritos se caen de su estado. Y no os fatiguedis mucho en enredar los hombres en amancebamientos, y gustos de muger; que no hay pecado tan traidor como este, que apunta al infierno, y dá en el arrepentimiento cada vez; y las mugeres se dan mucha priesa á desengañar de sí; y los que no se arrepienten, se hartan.

Hijos diablos, asistid á mohatrereros, á usuras, á venganzas, á pretensiones, á envidias, y sobre todo os encomiendo la hipocresia, que es lazo de todas las cosas, y todos los sentidos, y potencias: que no se siente, ni se conoce, ni se rehusa, y se premia, y se adora.

Y sobre todo, acreditadme los chismes con los poderosos, y vereislo que hacen, lo que padecen,

y cuál ponen el mundo, y ¿adonde van á parar.

Y esos emperadores, y esos ministros no se juntan mas, y cada uno pene para sí mismo.

Los filósofos, y los tiranos estén donde se oigan, y se atosiguen, los unos con oprobios, y los otros con sentencias.

Los soplones sirvan de fuelles, y no de abanicos: aticen, y no refresquen.

Los entremetidos sean piojos del infierno: coman á quien los cria, y hagan ronchas en quien los sustenta. Y mirando á la Dueña, dijo: dueñas, déselas Dios á quien las desea: mirando estoy adonde las echaré. Los demonios, y condenados, que le vieron determinado á ruciarlos de dueñas, empezaron todos á decir: por allá, por acullá, dueña, y no por mi casa. Escondíanse todos, y bajaban las cabezas, viéndose amagar de dueñas. Viendo este alboroto, y temor, dijo: ahora estense así: y juro por mí, y por mi corona, que al diablo que se descuidare en lo que he mandado, y al condenado que mas despreciare mis órdenes, que le he de condenar á dueña sin sueldo. Estense paradas en ese zahurdon, y condenaré á los diablos á dueñas, como á galeras. Con esto desaparecieron todos, atemorizados del castigo; y Pluton se retiró á su antigua noche, dejando á su familia horror, á sus estados leyes, y á los hombres advertencia, que si la logramos, podremos decir que tal vez es medicina el veneno.



CUENTO DE CUENTOS,

**Donde se leen juntas las vulgaridades rústicas,
que aun duran en nuestra habla, barridas de la
conversacion.**

A DON ALONSO MESIA DE LEIVA.

La habla que llamamos castellana, y romance, tiene por dueños todas las naciones: los árabes, los hebreos, los griegos. Los romanos naturalizaron con la victoria tantas voces en nuestro idioma que la sucede lo que á la capa del pobre, que son tantos los remiendos, que su principio se equivoca con ellos.

En el origen de ella han hablado algunos linajudos de vocablos, que desentierran los huesos á las voces: cosa mas entretenida que demostrada, y dicen que averiguan lo que inventan.

Tambien se ha hecho tesoro de la lengua española, donde el papel es mas que la razon: obra grande, y de erudicion desaliñada.

Ninguno ha escrito gramática, y hablamos la costumbre, no la verdad, con solecismos. El alma decimos; y supuesto que el alma bueno nose puede decir, *el*, que es articulo masculino, ha de ser *la*, y pronunciar la alma.

No quiero nada: peca en lo de las negaciones, y debe decirse: quiero nada.

Bien considerable es el entretenimiento de esta palabra *mente*, que se anda enfadando las cláusulas, y paseándose por las voces eternamente, ricamente, gloriosamente, altamente, santamente, y esta porfia sin fin. ¿Hay necesidad tan repetida de todos igualmente, cosa que algun lector se me quiera escusar de no haberla dicho? Mal hablado llaman al que habla mal, habiéndole de llamar mal hablador.

Mire lo que le digo, decimos todos por oígame; pues no se parecen los ojos, y las orejas. Aqueste, por este: agora, por ahora. Son infinitas las voces, que pudiendo escoger, usamos lo peor. Hay cosa como ver á un graduado, con mas barbas que testos, decir enfurecido: voto á Dios que se lo dije de pe á pal. ¿Qué es pe á pa, licenciado? Y para enmendarlo dice que se está erre que erre todo el dia. ¿Qué será no dar á uno una sed de agua, que tan frecuentemente se oye en las quejas de los amigos, y de los criados? y hacer bailar el agua delante es a propósito.

Encarece uno su verdad, y dice: yo le dije dos por tres. Y decir dos por tres, ¿quién negará que no es decir una cosa por otra? Habia de decir: yo le dije dos por dos.

Pues uno, que encareciendo su diligencia dice que vino en un santiamen: deben de tener los santiamentes gran paso. Y los que para encarecer su prudencia dicen que lo escogieron á moco de candil? Miren qué juicio tendrá un moco de candil para escoger.

Un enojado, que dice á otro, que le trae sobre

ojo, es (con perdon) llamarle nalgas; que para decir que le atiende lo propio era traer los ojos sobre él. Y el blason tan presumido de tener sangre en el ojo mas denota almorranas que honra. Y pierdo doblado, si lo juzgan los pujos. Hablen cartas, y callen barbas; sin haber quién haya oido decir á las barbas; esta boca es mia, aun cuando las caldean y las rapan. Qué de hombres se hacen mogigatos; y nadie sabe que son estos gatos mogi.

Verse y desearse, no pasó de Narciso. Poner pies en pared no sirve de nada; y yo lo he probado, viéndome en trabajos, como oia decir: no hay sino poner pies en pared; y solo sirve de trepar, ó dar de cogote. Andar la barba sobre el hombro, quien lo tuviere por buen consejo, lo pruebe y andará hecho corderito de Agnus Dei. Dióme un remoquete, es dádiva de catarro.

Llevar la sogá arrastrando dicen que es la mayor desdicha. Yo he llevado arrastrando sogas, y hallo que es peor que la sogá lleve arrastrando al hombre. Para decir que uno es muy malo, dicen que ni teme ni debe. Puede ser mayor necesidad? Pues solo es bueno el que ni teme ni debe. Habian de decir que ni teme, ni paga. Y esto preguntenselo á los mercaderes, y á todos los que fian. No me lo harán creer cuantos aran y caban. Considere vmd. ¿qué letrados ó teólogos buscó, si no gañanes. ¿Vmd. ha visto algun bazo cagado? Que yo no sé por dónde entran á proveerse en un bazo. ¿Hay cosa tan mortal como zás? Mas han muerto de zás que de otra enfermedad. No se cuenta pendencia que no digan: y llega, y zás, y zás: y calló luego.

o No es el mundo tan grande como tris. Todo es-

tá en un tris. Y no hay dos trises. Estaban en un tris. Estuvo toda la ciudad en un tris. Todo el reino estuvo en un tris. Y espantaránse de que la Fenis sea una, siendo el tris uno siempre.

Y aquellos majaderos músicos, que se van cantando las tres ánades madre, que no cantarán las dos, si los queman, ni la cuarta.

Considere vmd. el buen talle de estas voces, que se nos hacian reacias en la lengua, y no las podemos escupir: zurriburri, á cada triquete, traquebarraque, zis, zas, zipizape, abarrisco, irse á chitos, chichota con sus once de oveja, trochimoche y cochiterbite.

Es decir que no tiene desvergüenza para deslizarse en una historia, y entremeterse en un sermón; y están ya tan halladas, que pocas plumas las desdeñan.

Y para ver á cuál mendiguez está reducida la lengua española, considere vmd. que si Dios por su infinita misericordia no nos hubiera dado estas dos voces *ahora bien*, nadie se pudiera ir, ni se despidiera de una conversacion. Todos dicen: *ahora bien*, ya es hora: *ahora bien*, ya es tarde: *ahora bien*, ya vmds. querrán cenar. Y hay hombre que por no acordarse de ellas, se detiene, hasta que enfada y mata en topando con su *ahora bien*, se vá.

Yo, por no andar rascando mi lenguaje todo el día, he querido espulgarle de una vez en esta jornada, donde yo solo no tengo que hacer. Y en este cuento he sacado á la vergüenza todo el asco de nuestra conversacion, que si no tuviere donaire, ni mereciere alabanza, no carece de estimacion el trabajo en recoger tan estraños desatinos. Ahora

va este papel haciendo lugar á obra mas de veras, en que trataré (ni sé si tan docto como desvergonzado) que ni sabemos deletrear nuestra cartilla, ni razonar con la pluma. En tanto vmd. que hace buena acogida á mis borrones, se divierta, y tenga larga vida, con buena salud. Monzon 17 de marzo, de 1626.—Don Francisco de Quevedo Villegas.

CUENTO DE CUENTOS.

Ello se ha de contar; y si se ha de contar, no hay sino sus manos á la obra. Digo, pues, que en Sigüenza habia un hombre muy cabal y machucho, que dizque se decia Menchaca, de muy buena cepa. Estaba casado con una muger, y esta muger era muger de punto, y mas grave que otro tanto. Llámese como se llamare. Tenian dos hijos, que como digo, eran pintiparados, y no le quitaban pizca al padre. El uno de ellos era la piel del diablo: el otro un chisgaravis, y cada dia andaban al morro por quitame á allá esas pajas. El menor era vivo como una cendra, y amigo de hacer tracamundanas, y valadron. El padre lo sentia á par de muerte; mas él ni por esas, ni por esotras. El mayor era hombre de pelo en pecho, y echaba el bofe por una mozuela como un pino de oro, delicada, veme no me tengas, y alharaquienta. Era viuda, y su marido, como digo de mi cuento, murió; y dizque se tuvo barruntos de que ella le habia dado con la del martes. Estuvo en un tris de suceder una de todos los diablos. El padre, que era marrajo, lloraba hilo á hilo, y iba y venia en estas y estotras. Y un dia, entre otros, que le dió lugar

la murria, la dijo su parecer de pe á pa; y seco, y sin llover, mandóla que se metiese en un convento. Al proviso ella se cerró de campiña: y así se estuvieron erre que erre muchos días, hasta que el padre, que ya estaba atufado, la dijo que por tantos, y cuantos que habia de hacer, y acontecer, ver veamos si han de ser tijeretas: y en justos, y en verenjostos dió con ella en una recoleccion. Era la pupilera muger de chapa, y no amiga de carambolas; y el licenciado persona de tomo y lomo. La moza que vió esto, viene y toma, y qué hace; y sin mas ni mas, como quien no quiere la cosa, escribe á su galan, que ya andaba con mosca, diciéndole que todo era agua de cerrajas, y que ella habia puesto pies en pared, y que quisiese que no quisiese, se iria con él cantando las tres ánades madre: que atase él bien su dedo, y se riese de toda la zalagarda, y traquebarraque.

Pues el diablo del mozuelo, que estaba mas enamorado que otro tanto, y estaban sobre las afufas como se vió señor del argamandijo, no hacia mas de atroche y moche escribirla billetes, y mas billetes, y ella leer que leerás, á tontas y á locas. Pues, como digo, yendo días, y viniendo días, la pupilera, que tenia pulgas, soltó la tarabilla, y la dijo rasamente, que ella era muger de sangre en el ojo, y que con ella no habia chancharras mancharras: que anduviese con pie de plomo, y la barba sobre el hombro, porque de manos á boca haria de hecho. La mozuela, que era sacudida, casi casi estuvo para envedijarse con ella, y levantar una cantera de todos los diablos. Ella se resolvió en decirla, que para qué eran tantos arremuesco, y dingolondangos, siendo todo un papasal; y sepa que ya estoy el

agua hasta aquí. Hacia grandes estremos, diciéndole, que bien entendia la zangamanga. La pupilera lo quiso meter á barato, negando á pie juntillas cuanto ella habia dicho. El otro hermanillo, que se venia al husmo, se hizo mequetrefe, y faraute del negocio, y por apaciguarlas, empezó á darlas ripio á la mano á sabiendas

La pupilera se hacia carne llorando de ver el murmullo, y la tabahola que habian metido en su casa. El hermanillo, por desmentir espías, la empezó á traer la mano sobre el cerro; y en estas, y estas, cata que hace el diablo, hételo el padre, sin mas, ni mas atolondrándose todos, y en volandas llegaron á las inmediatas. Dijéronse los nombres de las fiestas, si ha de salir, no ha de salir. Yo saldré, dijo la viuda, zurriando como un rayo; mas para esta.... Aquí fué ello, que como la tia no las tenia todas consigo, empezó á tartaleaar y dizque que dijo: ¿qué ha de haber? Miren quién se mete en docena! Yo la aseguro que ha caido la viudica en el mes del obispo. Tanto monta, dijo la mozueta; y replicó la pupilera: no sino el alba. El hermanillo, viendo que andaban al morro, votó á tal y á cual, que todo lo habia de llevar á barrisco. ¿Qué es abarrisco en mis barbas? dijo el padre; y zás. Llegó punto crudo el licenciado, cuando andaba el zipizape. Metióslos en paz: mas á cada triquete andaban á mia sobre tuya. Y viendo el peloteo, llevósela el padre á su casa, porque no se metiese en sus dibujos.

Y en llegando, tristras á la puerta. El viejo tenia barruntos de que un hermano de la mozueta, que no la quitaba pinta, y tenia muy malas manchas, enguizgaba el negocio, y no quiso abrir. Esto fué el

diablo, que empezó á decir (y ahora es, y no acaba) que no habia de dejar roso, ni veloso, ni pian-te, ni mamante, y que los habia de traer al retor-tero a todos, y salga si es hombre. El pobre padre no hacia sino chiton, como entendia el busilis. La hija, que olió el poste, y hendia un cabello en el aire, escurrió la bola, temiendo que el padre la menearia el zarzo: qué hace, sino vase á chitos. El picaron, por no hacer una borrhumbada, dijo: arda Bayona, y esos turrunazos no con miquis; y acogióse calla callando. Iba la hija saltando bardales, sin decir oxe, ni moxe, en busca del bribon, corriendo á puto el postre, con la lengua tan larga.

De esto los vecinos tomaban el cielo con las manos, y se desgañifaban, y andaban unos en pos de otros zahiriéndose. No noshable consononete, dijo uno, que al cabo al cabo ha devenir á la melena.

Decia ella: no dijera mas Pateta: yo he de hacer mi gusto, y esotro es cosa de Moreno, y no quiero cuentos con serranos; y de una hasta ciento, que se descalzaban de risa de ver al viejo hecho de hiel, y ella que se iba á cencerros atapados, con un zurriburri refunfuñando.

El licenciado que pensó que ya mordía en un con-fite, y que era uña y carne, con mucha sorna se vino mano sobre mano, hecho gatica de Juan Ramos, diciendo entre sí: yo la haré á la tal por cual, que muerda en el ajo. El padre, que lo vió venir á lo de mi suegro, y le traía entre ojos, empieza á dar voces, y alza Dios tu ira, y á diestro, y á siniestro le puso de lodo, asiéndole de los andularios, que no podían desengarrararle, segun tenia la hincha con él.

El licenciado daba los gritos que los ponía en el cielo; mas no se dormía en las pajas. Allí fué ella, que el compañero, viendo que andaban á pescuezo, le dió un pan como unas nueces, sin irle, ni venirle. A la tabahola se entró un vecino con sus once de oveja, muy sobresaltado, y de hoz, y de coz se metió donde no le llamaban. Quiso embestir; mas el bribon puso áldas en cinta. Dijo el pobrete: yo soy hombre de pró, y conmigo no hay levas: yo pajas, dijo el bribon, y asentóle un tanto. El pobre no chistó, ni mistó, y volvióse dado á perros, y jurando que le había de dar su recado: y sobre esto hubo la mayor turbamultá del mundo.

Mas viendo la mozuela que el bribon la daba en el chiste, estúvose acurrucada, por escusar dimes y diretes.

El picaron andaba listo como una jugadera, de ceca en meca, engolondrinado, dándose tantas en ancho como en largo, que le podían hender con una uña.

Esto ha de dar un crujido dijo el hermanillo, que estaba de manga. El padre pensaba que tenía el oro y el moro, y estabase en sus trece, diciendo que si le hacían, habían de ir rocin, y manzanas con todos los diablos; y echó de la oseta.

La viuda, y el que nos vendió el galgo, digo el bienhadado del novio, se dieron sendos remoque-tes cerca del casamiento que se estaba en jerga.

Era el bellaco socarron, y mal hablado, y dijo que no le cagasen el bazo, que no era barro cagate, y que él no se había de casar á medio mogate. No mas de llegar, y zás candil, á osadas, que lo entiendo todo?

Saltó el licenciado, y dijole: gentil chirricho-

te! Dánle una moza con mil relumbres, hija de sus padres, mas rubia que las candelas, que no sabe lo que se tiene, hecha de cera, que le viene de molde, y hácese de pencas? ¿Para qué es tanto lilao; sino á ojos cegarritas déjese de recancanillas, y cásese, pues le viene muy ancho?

Atolondrado el novio, así como oyó decir que le vendria muy ancho, dijo: trás que me venga muy ancho ando yo. Déjenme, que lo meteré todo á la venta de la zarza, y volveremos las nueces al cántaro.

Púsose el bribon mas colorado que unas brasas y dijo, que llevado por bien, harian de él cera; y pávilo, y que le diria todo lo que deseaba saber: sin faltar chichota.

El berganton le dijo dos por tres que mentia; y sino lo ha vmd. por enojo, se tornaron á envedijar, y andaban al pelo.

El licenciado, que vió la barahunda, echólo á doce. El hermanillo cascó la mollera al cuñado. Todos andaban hechos una pella, y al estricote.

Pues vé aqui vmd. que sino es por la viuda el licenciado paga el pato, con todo su apatusco. El echaba de vicio, y ella le cantaba la sorna, diciendo que mas queria andarse á la flor del berro, y qué me sé yo.

En esto estaban á toca no toca, cuando á la zacapela, que traia la gente bahuna, vino un alguacil en un santiamen, y un escribano en volandas respailando y dijeron, que de atrás los traian sobre ojo, y que no dejarian de embocar la moza en la carcel por todos los haberes del mundo, y que bastaba la mueca.

El licenciado replicó, que no se habia de ha-

cer todo cochiteherbite. Mirábale de hito en hito el hermanillo. El escribano estaba con el ojo tan largo. No estoy de gorja, dijo el padre, ni me mamo el dedo.

Empezó el maridillo á echar verbos: alguacil en mi casa? Y en esto iba y venia. Yo traigo un mandamiento tan gordo, que no vengo á humo de pajas, dijo el escribano.

Mandamiento? dijo el licenciado. No me lo harán en creyentes cuantos aran y cavan; y sobre esto se batió el cobre lindamente.

Dijo el alguacil: yo no doy mi brazo á torcer. Replicó el hijo: ni yo me dejo agraviar en el blanco de la uña: y esta casa no es como quiera, y mireme á la cara. ¿Qué, queria llevarse de bóbilis bóbilis mi hacienda? Antes me dejaré hacer trizas; y advierta que no somos todos unos, y me mataré con mi padre en dos paletas, y me haré añicos.

Arda Bayona, dijo el alguacil, que estoy ya hasta el gollete, y he de hacer mi oficio. El escribano estaba de mampuesto, diciendo que no le untasen el casco, que les pegaria á manteniente con la de rengo.

El hermano se fué rabo entre piernas, el marido echando chispas, y todos se quedaron en jolito. Entonces la moza habló al alguacil muy sobrepeine, y le aconsejó que no se anduviese regodeando, que se acordase de la de marras, que era todo fruslería, y que no habia de tener mas así que asado: que toda era gente honrada, escogida á moco de candil y personas de chapa. El alguacil gritaba como un descosido, viendo que la mozueta le habia dado entre ceja y ceja con la de marras; y tomó la hinchá con ella. El escribano decia, que no se la

habia de cubrir pelo. La madre y el padre, que se estaban á mas y mejor, y dijeron: esto va de rota: no hay sino hacer de las tripas corazon, y ojo al badil girando: no me hagan, que echaré por esos trigos; y á toda ley habe de tuyo.

¿No ha de mediar-se esto? dijo el licenciado, viendo la escarapela. Empezaron todos á encoger-se de hombros y á decir que se rugia cierta cosa; y que aunque no importaba un bledo, bastaba el run run y el qué dirán, y que si no se estorbaba, era fuerza que el alguacil llevase una tunda de coces.

El no dijo esta boca es mia, y tieso que tieso. Ahí me las den todas, decia el bribon, que en manos está el pandero, &c. No lo dijo á sordos, que se quemó de oirlo el escribano y le dijo: para mi no son menester tantas arengas, que sé donde me aprieta el zapato; y lo que apuntó la señora lo tengo al cabo del trezado: pero las razoncitas yo las guardaré como oro en paño. Alegrósele la pajarilla al alguacil y dijo: yo los meteré en pretina, ó podré poco. Yo les haré, dijo el escribano, que me bailen el agua delante, y los dejaré en el pelo de la camisa; que no ha de ser todo chancharras mancharras, y basta la trisca. Oyó el padre lo que trataban y dijo: oxe, puto; mas á mí no se me da un ardite, que ni temo, ni debo, y al cabo habrá dello con dello.

¿No daremos un corte en esto? (dijo el licenciado) cuando á sabiendas el mozuelo, muy remilgado y cariacontecido, dijo que estaba entre dos aguas, y dos dedos de irse por ese mundo adelante, en justos y en creyentes; que estaba cansado de traer los atabales acuestas. ¿Quién fuiste tú, que tal dijiste? No es creible la cólera del padre, pues lle-

gándose á él, le asentó una tabalada. Él no chistó, ni mistó. Bergante (decia el viejo), téngote como cuerpo del rey, comiendo mil gollerías, dándote conejo por barba, y perdices como tierra y vino como agua, repapilado y hecho un trompo, vestido á las mil maravillas, la casa como una colmena, y tanto lilao? Míreme á la cara, que el casamiento se ha de hacer de haldas, ú de mangas. Quitáos de cuentos y no andeis en tanto mas cuanto, que se me va subiendo el humo á las narices, y conmigo no tendreis un si es no es.

Entre estas y estotras entróse de claro en claro una fregona con un canastillo, que se venia á los ojos, y unos vizcochos, que saben que rabian, y yo me comia las manos tras ellos. Anduvimos á la arrebatña, y no fueron vistos ni oídos. Traia un billete de la pupilera para el licenciado: diósele, y él dijo: hablen cartas y callen barbas: aquí está quien no me dejará mentir; y el papel decia ni mas ni menos: señor licenciado, ese belitre, que se hace el tuautem de este negocio, tiene muy malas manchas y no le alcanza la sal al agua y todo es carantoñas. Yo quedo la mas amarga del mundo y echada por puertas, y sé que él y su muger me estan royendo los zancajos; y le advierto que si no calla, le ha de costar la torta un pan; y que entiendo poco de filis; que no se ponga conmigo á tú por tú; y me crea que estoy muy amostazada de ver que se haga zorrocloco y nos venda bulas: que se guarde del diablo, que ahora es todo tortas y pan pintado, y que todo esotro es andarse por las ramas; y que por mal término no hay hacer carrera conmigo: que le veré la boca á la pared y no le daré una sed de agua. Levantóse un remusgo, que

hasta allí podia llegar y daban todos diente con diente, y tiritaban de oir tales cosas.

El mozo se ciscó; mas ella se estaba repantigada á lo de mi suegro, como si fuera el padre, con mucho aquel. Juró que le habia de dejar en porreta, sino se casaba; y sobre esto porfiaron hasta tente bonete. El hijo decia, que él habia hecho cala y cata del negocio, y que le habian de soñar: que por qué, y por qué, no teniendo ella cogijos, habian de obligarla á que las apeldase: que se iria con el alma en los dientes, y los llenaria de bote en bote de lo que eran todos; y añadió que ya el viejo estaba calamocano.

¿Calamocano dijiste? Fué un dia de juicio, y sucediera muy mal, sino se echára en chacota.

La mugercilla, que ya tenia asomos del negocio, mas engolondrinada que otro tanto, empezó á hacer aspavientos, y dijo que todo era asi al pie de la letra; mas que no habia de ser toda echa y derreuca, supuesto no habian de poder dar con ellos al traste, aunque los persiguiesen á banderas desplegadas; y que mas valia que por bien se llevasen su buen por qué, y se dejasen de cuentos. El alguacil decia que les habia de poner rás con rás la casa al menorete, hablando de talanquera, con mueho que me sé yo. El escribano decia: yo callaré ahora; mas yo les daré caperuza. Cada uno mire por el birote (dijo el licenciado), pues ha de ir á todo moler; y no echen de vicio, que podria header el negocio mas aina que piensan.

El alguacil, que vió que el licenciado era de los del asa y que todos los demas era gente del gordillo, juzgó que el irse le venia á pedir de boca. Quitóse el sombrero, y ni paula ni maula, sino vie-

ne y vase. El padre, que vió el mal recado, fuese tras él dando cosetadas, por malos de sus pecados; y esto dió una estampida terrible. Ahí me las den todas, decia la viuda. Replió el marido: á mí no se me dá un ardite, que con andar pie con bola me reiré de todos.

El bribon, que vió que esto iba de capa caída, que iban de romanía, que el mozuelo traía la soga arrastrando, y que la muchacha no era amiga de recancamusas y que tenía garabato; dijola: aquí no hay sino sus, y alto á casar, que estas son habas contadas.

La viuda por una parte no quiso estar á diente: por otra, viendo que el mozo se moría por sus pedazos, estuvo hecha sal y muy donosa, diciendo de aquella boca, que daba grima. El maridillo cantó de plano mientras el licenciado contemplaba en las musarañas; mas no se le quedó por corta, ni mal echada; y como tomó el negocio á pechos, dijo: á mí se me quedaba en el tintero lo mejor. Y con mucha pausa se fué al padre y le dijo: acabemos con este mazacote, que no son menester tantas zarracaterias, ni andar templando gaitas. Cáese que todos la bailaremos el agua delante, y no se meta en dibujos.

Él, que vió que andaba ya de capa caída, dijo: una por una, yo me casaré, mas luego roeré el lazo; y otras mil patochadas. Casóse, y aunque la boda se hizo á somormujo, todos se repapilaron. El padre le dió una linda tragantona con el dote: encajóle todos cuantos cachivaches tenía en casa: y si se quejaba, decia que hablaba adefesios, que no se gobernase por su caletre, que se quedaria in puribus y que era un maniaco. Y aunque calló enton-

ces, despues lloraba los kiries, y propuso de hablarle papo á papo, porque otra vez no se le subiese á las barbas. Con estas cosas le metió las cabras en el corral, y calla callando hizo su negocio, y el hermanillo le escuchaba hecho un bausán. Estaba en cuclillas detrás de la puerta la recien casada, oyendo al muchacho con la oreja tan larga, y entró con un tropel de los diablos. Él, por lo que podia suceder, venia hecho un reloj. La mugercilla estaba de veinte y cinco alfileres, y le dijo para qué se metia de gorra.

Déjense de filaterias, que una por una ya están casados (dijo el licenciado); y si hablamos mas, nos echará el gato á las barbas y volveremos las nueces al cántaro.

Libertad me fecit, dijo el hermanillo; y con esto se fueron todos á la deshilada, con muy grandes cogijos, sin respetar al coramvobis del padre, que daba gracias á Dios de ver acabada tan grande carambola.

Y sin ver por donde iba de vado, me hallé en un prado mas delicioso, y ameno, que lo suelen mentir poetas de primera lengua, que cursando los primeros años en las flores de los jardines, y en las vergas sin ser la que pasan á las indias por los mares, con que, según piensan, enriquecen, sin ser Karibax, sus pobres papales, y a que no que den á si mismos en á sus tallas. Allí vi dos claros

CASA DE LOS LOCOS DE AMOR.

DON LORENZO VANDER-HAMMEN Y LEON, VICARIO
DE JÚBILIS.

Una mañana de las de enero (señor don Lorenzo) que el frío, y la pereza me embargaron el cuerpo en la cama mas de lo acostumbrado, y allí entre las sábanas solo consultando un pensamiento amoroso con la almohada (gran maestra de fabricas de iento) me hallé tan lejos de mí, como cerca de un esengañó, que se me representó en la idea de la ocura de amor; parecióme oír aquel verso, que Virgilio tomó de Theócritó:

Ah Corydon, Corydon! quæ te dementia cepit?

Y sin ver por donde fui llevado, me hallé en un prado mas deleitoso, y ameno, que lo suelen mentir poetas de primera tonsura, que cursando los primeros años en las flores de los jardines, y en las vegas sin ser Lope, pasan á las Indias por tesoros, con que, segun piensan, enriquecen, sin ser Enriquez, sus pobres papeles, ya que no pueden á sí mismos, ni á sus damas. Allí vi dos claros

arroyuelos, uno de amargas, otro de dulces aguas, juntarse con tan sonoro mormurio, y sin mormurar, que eran arroyos muy comedidos: lisonjeaban los oídos de los que por su ribera pasaban; y vi que con esta agua templaba Amor el oro de sus flechas, según colegi de los oficiales, ministros suyos, que en esto se ocupaban. Por estas señas pensé que estaba en los celebrados jardines de Chipre, y ya quería buscar aquella memorable colmena, de donde salió la abeja que se atrevió á picar al señor Cupido, y dió ocasion á Anacreonte á hacer aquella dulcísima oda. Y no pensaba mal, pues las mismas señas da el Policiano en su historia.

Mas á esta sazón vi en medio del prado un maravilloso edificio con una grande portada de fábrica dórica: y de escelente artificio, labrada en los pedestales, en las basas, columnas, cornisas, chapiteles, arquivadas, frisos, y demás partes de que se componia la fachada. Estaban mil triunfos de Amor imaginados, de medio relieve, que juntamente con muy graciosos brutescos, hacian historia, y ornato, y representaban misterio. Debajo del chapitel en una bizarra targeta se veian con letras de oro tallados estos versos:

Casa de Locos de Amor,
Do al que mas sabe de amar
Se le da el mejor lugar.

La variedad de piedras, y diversidad de colores, de que se componia, la hacian vistosa mucho; y era bien capaz, y estaban sus puertas abiertas siempre á todos los que por ella querian entrar, que eran

infinitos. Hacia oficio de portero una muger de rara hermosura. Su rostro era celestial, y hechizo de los hombres: su talle airoso, y su cuerpo bien proporcionado, adornado de ricas, y costosisimas telas y joyas: tal al fin era toda, que obligaba á amor y respeto: que muger pobremente vestida es como moneda falsa, que no pasa si no es de noche, y como la espada que solo desnuda puede matar. Su nombre decia que era Belleza. A ninguno negaba el paso, ni la pedia ninguno mas licencia que mirarla. Yo, que no era ciego, aficionado de tan peregrino palacio, con esta licencia, me entré tambien al primer patio, donde hallé infinidad de gente, y á todos tan trocados de lo que antes fueron (y á mi con ellos), que apenas unos á otros se conocian: los trages mudados: los rostros melancólicos; penados, pensativos, y amarillos (color de que Amor viste á sus criados). Dijolo Ovidio en su Arte Amandi.

Palleat omnis amans, color est hic aptus amanti.

Y Horacio, oda 40 lib. 3.

Ne tinctus viola pallor amantium.

Y el Camoes en el canto 9 de sus Lusiadas:

As violas da cordos amadores.

Allí no se guardaba fé á los amigos, lealtad á los señores ni respeto á los parientes. Las primeras se hacian terceras, las criadas señoras, á las señoras criadas. Casadas ví amigas del mas amigo de su marido, y aun maridos muy amigos del mas

amigo de sus mugeres. Esto estaba yo contemplando cuando por medio de todos atravesó un hombre de estraña forma, lleno de ojos y oidos, y al parecer astuto. Porque no me ganára por la mano, me resolví primero á preguntarle yo quién era y que hacia allí. A ambas cosas me respondió así: mi nombre es Zelos; y muy bien me conoceis vos, porque á no ser así, no estuviérades en este patio. Yo, aunque soy grande parte de acrecentar el número de los enfermos, y furiosos que aquí hay, soy loquero, y sirvo de castigarlos, no curarlos; que antes suelo acrecentarlos el mal, y como cuchilladas de vestidos, que descubren el aforro del honor, no sin infamia de muchos. Si quereis saber las mas de las cosas de esta casa, no me lo preguntéis á mi, que por milagro digo verdad, porque dejo de ser quien soy en diciéndola. Soy gran invencionero y contaros hé mil mentiras. Aquel venerable anciano, que allí se pasea muy apriesa, es el administrador: él os informará largamente de todo lo que quisiéredes. Con esto me dejó, y sin mas detenerme, llegué al viejo con su barba tan larga, que podia servir de limpiadera: andaba por allí hisopeando con la cabeza, como si fuera clérigo que dice responsos. Conoci ser el Tiempo: pedile con la debida cortesía (que es la cosa que vence dejándose vencer) me mostrase los cuartos de aquel palacio, que queria como forastero ver algunos locos mis compañeros. Mas porque, segun me dijo, andaba curando los enfermos, que como dicen, el tiempo todo lo cura; desde donde estaba me los mostró, me dió licencia, y me dejó ir solo.

Y apenas salí del primer patio (donde los locos andan barajados, y sin que se pudiese distin-

guir del manjar que era cada uno), cuando el primer cuarto que encontré era el de las doncellas. Doncellas hay aquí? (dije yo, sin poner nombre á nadie) tristes de ellas! y con razon, porque en lo mas fuerte de la casa estaban las mugeres como locas furiosas, aprisionadas, y muy cerradas; que para esto no les vale la locura, aunque tal vez Amor ha dado dispensacion, y ellas que no conocen otro superior en cuanto les dura este mal, le obedecen, sin reparar en que las ha de hacer la pena cuerdas. No eran estas las que hacian menos locuras; y aunque de razon habian de ser fáciles de curar, habia hartas muy peligrosas. Estaba en aquel fuerte de la casa una llorando de una soltera: otra queriendo á un galan, sin osárselo decir: otra escribiendo un papel con mil reveses, con tantos tuertos como renglones, y todo de mala letra para que haya mas ocasion de leerla mas despacio, y volverle á leer con meditaciones. Otra pidiendo una música á su amante, que es lo mismo que pedir dijese en la vecindad la pretendia, y como tocar á visperas, para que acudiesen todos á escuchar la aficion. Otra le estaba diciendo al suyo, que era suya; pero que no pretendiese de ella, ni quisiese otra cosa; y él decia que lo haria, y asi ella lo creía. Unas querian casarse por amores, y otras á hombres casados (estas estaban apartadas con las incurables). De estas unas eran doncellas de casar; y otras doncellas de servir. Otras tenian requiebros, que eran mugeres de escribanía; y así la mayor parte de ellas estaba escribiendo billetes (que su ordinario es muy ordinario), y todas jugando en ellos del vocablo de la cruz, hasta el Dios os guarde, y sea de sus papeles, por quien él

es; mayormente cuando despachan cartas de espadas para atravesar corazones, y bolsas, para que los galanes respondan con cartas de oros, y de copas de plata: y caso que tengan sus papeles gracias, serán de jubileo, que no se gana sino satisfaciendo. Casi todas las locas de este cuarto estaban hablando de noche y de día, sin cesar, y algunas pensando siempre que eran muy discretas. Unas andaban enamoradas de otras muy en forma, y las paseaban, festejaban, y pedían zelos. Estas eran tontas, y así andaban sueltas, por no las tener por locas de perjuicio; pero lo cierto es lo eran, aunque no se les conociese bien entonces la enfermedad. Las que tenían mas devoción eran las mas pecadoras; y no eran pocas, porque ninguna se contentaba con dos. Todo esto nacía de la mucha ociosidad, y de tratar mas con almas que con almohadillas; y donde la hay, por fuerza ha de haber grande amor, como lo sintió el Petrarca en el Triunfo del Amor:

— Et naque di otio ó di lascivia humana.

Y antes que él Séneca en su Octavia.

Amor est: juvena gignitur, luxu, otio
Nutritur: inter læta fortunæ bona.

Pero no se entiende mucho amor con muchos, como ordinariamente tienen estas locas, sin que tenga reparo esta treta. Había aquí quien aceptaba mas libranzas que un banco ginovés ó Fúcar, con solo el caudal de su sazonado dulce. Unas se hacían terceras de las de los bordones, y otras te-

nian por bordon hacerse primas de todos ; si bien toda esta música era de falsas ; y asi todo su trato venia á ser de cuerda y no de cuerdos. Otras hacian lo que ellas llaman trabajo (yo colacion mas amarga y picante al pagarla, que dulce al comerla) para sus galanes ; y me pareció era bien pensado dar colacion á galanes ayunos. Unas deseaban que el visitador no las viese ; y otras que las visitase el que no era visitador. Las menos locas se enamoraban del médico de casa , á quien daban recetas y remedios para sus sordas faltriqueras y bolsas opiladas ; ó del cirujano , á quien tambien sangraban de la vena del arca , y no del cuerpo. Estas andaban trás la andadera , y la hacian andar (como dicen) mas que de paso. Aquellas buscaban lugares prestados , y pagaban los pobres galanes. Algunas habia tan rematadas , que les pedian á los suyos doseles y cera , cosa con que se suele quitar el amor mejor que con una ingratitud. Las mas locas eran las que estaban asentadas en su estrado , presidiendo á la chusma emperrada y faldera , haciendo fiestas á unos perrillos lisonjeros , jugueteros y alhagüños mas que sus amas , adornándoles de gargantillas , cascabeles y tafetanes , con mas colores que banderas de campo ó novia de aldea. Bueno fuera , dije yo , para estas llevar un saludador , para librarnos asi de tanto perro como de damas tan aperreadas ó aperreadoras. Al fin tantas enfermas habia en este cuarto , que casi me dió compasion ; y aun el enfermero desesperaba de su salud : porque como todas estas eran amantes de anillo , que solo se mantenian de la esperanza (cosa que con el efecto muere al punto , el cual nunca les llegaba) , era su mal incurable é insufrible. Aquí

no me atreví á detenerme mucho, porque corre un hombre riesgo entre muchas de este cuarto; y el que mas bien libra suele salir condenado á casamiento, que es tomar un arrepentimiento de por vida; y cuando esto no, á sufrir una misma mujer todo el año, sin redencion de este cautiverio. Tampoco osé hablar con ninguna, porque temí que luego habia de pensar estaba enamorado de ella.

Y así pasé al siguiente cuarto, que era de las casadas. A muchas de estas tenían atadas sus maridos, y así no podían ejecutar las temas de sus locuras todas veces; si bien otras quebraban las prisiones, y eran mas furiosas que las libres. Muchas andaban sueltas por el cuarto; no porque estaban libres, sino porque ellas lo eran. Unas quitaban á sus maridos para dar á otros que diesen. Estas no caian en la cuenta hasta que se acababa el gasto; y otras fingian romerías (que en buen romance eran ramerías) por ganar la gracia de sus galanes. Una ví, que sufría de su marido unas sospechas averiguadas, porque fuesen horros, y á ella no le fuese jamás á la mano (digo en nada á la mano); y otra que hacía sus mangas con dar labor fuera. Unas iban al baño y se manchaban, y otras al confesor, por encontrar al mártir. Algunas vengaban los pensamientos de los maridos con obras pias; que como dijo un apasionado (Juvenal sátira 3): *Nemo magis gaudet vindicta, quam fœmina*. Y el pagarse adelantado era para ellas la mayor venganza, si bien todas sus venganzas son á traicion, á espaldas de sus maridos. Cuál estaba melancólica por la dilacion de cierto efecto. A una muy amiga de su coche pregunté que por qué le quería tanto, que nun-

:

ca salia de él; y me respondió que porque tenia cortinas que se corrian. Pudieran muy bien (dije yo) de que no se corre vuestro marido; y ella corriendo me dejó. Entre estas no estaban las que tenían sus maridos con la propiedad del vocablo: idos al mar, y en Indias, ó andaban en comisiones, y que en lugar de volver con mas presteza que un ciervo, vuelven á paso de buey, porque todas vivian al fuero de solteras; y como conjuradas, no eran tenidas por miembros de esta república.

El siguiente cuarto era de las reverendas viudas, locas de ciencia y esperiencia. Estaban estas con blancos pechos de cisne, muy graves; esto es, posadisimas, y cada una daba en su tema, mas á lo disimulado; pero no tanto que encubriesen el frenesi, porque á una de ellas ví que juntamente lloraba por el marido, y reia con el amigo. Otra muy tocada de sus tocas y mas de la vanidad, hacer grandes presentes; sin acordarse de los pasados. Muchas sin tocas (para tener mas desembarazados los oidos para oír y escuchar mejor cualquier casamiento), y sin mongil, discurrir por el cuarto tan compuestas, que disimuláran facilmente el ser simples con quien no las conociese; mas no faltó quien dijo eran viudas apóstatas, y que las tenia allí (á nuestro modo de hablar) la inquisicion. Otras, de bien diferente humor, estaban apostando á quien mas larga traia la toca; y en algunas de estas advertí que pudieran ahorrar de saya entera: y con tanta toca me pareció eran tocadas y retocadas, y mas tocadas que las demas. Parecian estas por defuera cuaresma, pero por dentro pascua alegre; y no florida sino granada, y para dar fruto, si ya no le habian dado. Ví que todas las viudas paseantes

eran las primeras que se enamoraban, por mas puntos que tuviesen, y que las mas mozas no esperaban a ser visitadas. Andaban por allí muchas devotas, y devotas de muchos en són de primos carnales en sexto grado, y con las cuentas en las manos: cuenta con los bienes ajenos, y no con los que tiene en su casa, ni con los que tienen que dar a Dios. Estas eran herejas de amor, y las mas estaban penitenciadas con perpétuos ayunos (que tambien tienen cuaresma los carnales). Otras traian tocas de gasa, y nevadas con repulgos gordos, y su poco de moño, ó copete, como antiguamente se decia. Estas ya se vé cuán ocasionadas estaban. Otras se ponian color, como si tuviesen vergüenza: y algunas se querian casar mil veces; y al fin cada loca estaba con su tema. Eran estas entre todas las mas insufribles; porque como habia pocas mozas, y todas habian sido señoras de su casa, y lo eran, cada una queria mandar, y asi tenia har-to que hacer con ellas el enfermero.

Cansado de tan insufribles sabandijas, pasé adelante al cuarto de las solteras, vi que todas andaban mas sueltas que las demas y que de puro sueltas y resueltas, habian dado en solteras. Eran pocas las furiosas, y esas fáciles de sanar, que me dijeron habia cada dia en este cuarto locas nuevas, y muchas convalecientes; y que en la casa de los locos del interés habia muchas mas de estas que en la de los de amor; porque estas no son las que dan el placer, sino las que le venden y hacen mecánico y ellas se pasan a mercaderes y mequetrefes del deleite de Venus. Algunas vi allí, que se hallaran mucho mejor con el cuarto, si fuera real y con el ducado de doce reales, que con el de mayor noble-

za y pompa; y en resolucion estas á todos los hombres quieren que sean del tribu de Dan, hidalgos en dar algo y Platones en hacerles de ordinario buenos platos. Otras vi que desnudaban al hombre mas honrado (como bandoleras de poblado) por vestir al mas pícaro, como el tal hubiese ganado nombre de brabo, y caudal para colete de ante y daga mayor de marca y ser á su sombra respetada y temida de todas, y de todos; y aunque es obra de misericordia vestir al desnudo, es obra de crueldad desnudar al vestido. Habia locas de estremado humor, perdidas por un poeta, aunque pobre y con mas faltas que muger preñada; y si este era cómico, rematadas, porque por lo menos las sacaba cada dia al tablado en estátua y las hacia los cabellos de oro, los dientes de perlas y todo el cuerpo de piedras preciosas: que tenian por gusto verse en un romance en hábitos de pastoras y acompañar así á los muchachos que iban al mercado, y dar con que ganar á los ciegos. Las perdidas por los que el mundo neciamente llama señores me cansaron grandemente, por ver no escarmentaban en tantas como infamaban cada dia por preciarse mucho de publicar sus empleos, y cuán arrastradas andaban de ordinario, ya en poder de la justicia, (cuya sombra, con ser tan pequeña como lo es de una vara tan delgada, espanta mucho, causa grande inquietud, y afrenta en la honra y menoscabo en la bolsa) ya desterradas y emparedadas en las galeras, ya perseguidas de las propias mugeres, y que cuando mas bien medraban, daban en un convento contra toda voluntad, hechas esclavas ó fregonas de monasterio. Unas daban en comer barro por adelgazar; y adelgazaban tanto, que se

quebraban. Andaban estas mas amarillas que las otras ; pero ninguna como un oro. Muchas se quitaban años y se hacian hereges de ellos, sin jamás confesarlos, y se daban buenos dias y aun mejores noches. Estas de puro viejas, por mas que andaban sin tocas, frunciendo la boca y estirando el rostro . para encubrir las quiebras (que llaman perigallos), parecian mochuelos, asaduras de rastro, ó modelos de alabastro, difuntas embalsamadas, muerte del apetito , y carne hedionda de puro manida; y solo de puro bellas podian ser alabadas de bellas. Algunas ví , que con ser ya muy figuras, iban á un astrólogo, bachiller planetario , tendero de planetas, y espiador de los movimientos celestiales, para que les levantase una figura y él levantaba mas de dos testimonios. Otras iban á que les espiese y descubriese la vergüenza que perdieron añoshabia: y él hablando un poco en gerigonza astrológica, les respondia que tres cosas se cobraban tarde, mal y nunca; el dinero tarde: la salud mal, y la vergüenza nunca. Otra ví que se levantaba á ella la figura; pero con crecer los chapines, porque eran mayores que banqueta de zapatero. Cual por parecer bien daba en afeitarse y era notable locura, pues desengañaba con lo que pensaba engañar, y mostraba ser muy mentirosa, pues mentia, no solo por la barba, sino por toda la cara; y como tan mala , daba á entender con los venenosos colores, y afeites del soliman, que queria matar mas con veneno que con su hermosura. Estas, como tan pintadas deben ser desconocidas de todos por la pinta. Cuál se enrubiaba algunos dias, y tal vez tanto, que le podia muy bien decir el epigrama de nuestro Baltasar Alcazar.

Tus cabellos , estimados
 Por oro contra razon
 Bien se sabe. Ines, que son,
 De plata sobredorados.

Qué de ellas se ponian cabelleras ó moños, como ellas los llaman, encubridores de la ancianidad y de la calva, que siendo su cabeza española, tiene su origen francés. Cuántas se ponian dientes, sebillos y mudas, aunque no tan mudas, que no decian á todos lo que eran! Y en efecto algunas habia tan vestidas de plumas ajenas (que se precian de pelar) que si las despojáran de ellas quedarán tan ridículas como la corneja de Horacio. Muchas tenian entre bruja y Celestina una madre vieja que con tocas de viuda parecia tortuga en blancas tocas, y servia de especia de la vergüenza; y aunque nunca hubiera sido madre, mandaba hasta en la voluntad de la hija. La madre la llamaba, y la hija escogia, y muy pocas de estas guardaban la ley de amor que, ó las corrompia el interés, ó el vicio; y asi eran de todas las otras tenidas por hereges; y que se hacian locas por librarse. El amor de estas era á lo gatesco, pues á todo dinero decian mio.

Ella dice que es virgen, y no miente,
 Que el deleite de amor aunno ha probado;
 Y si remeda el gusto, no le siente;
 Que el interés, del gusto apoderado,
 Adormece del cuerpo las acciones,
 Y tiene el apéitico encarcelado.

En este mismo cuarto estaban las que no mereciendo el nombre de damas, tienen el de frego-

nas. Ninfas fregatrices y de gusto fregonil; y según algunos soplonos de amor, iban estas afeitadas solo con el tizne de las ollas, pintadas al natural, en cuerpo, sin el manto soplonesco, sin el garbo, y sin el trezado garbin, desgrenadas, con las madejas al descuido, ojos socarrones, calzados á lo bellaco y la boca torcida á lo pícaro. Traia una un sayuelo pardo, señal de que sus esperanzas pararon en trabajos: una manga de lana, tan justa, que me espanté que siéndolo tanto, viniese bien á brazos tan pecadores: un mandil, no blanco (que era enemiga de ese color quien habia sido un tiempo blanco de muchos, y ahora habia quedado en blanco, y sin blanca), sino de varios colores, señal de sus miserias, é inconstancia. Iba en zapatillos, sacando al pisar airoso, y menudico por debajo del faldellin los pies, tan medidos como los de Virgilio; y así eran para causar envidia á toda la musa poética. Verdad sea que los zapatos no eran, aunque pulidos, muy pequeños, porque hacen callos, y sienten las mugeres que ni aun por los pies las hagan callar. Estas son las que en oyendo en las puertas basura, dan espuestas; y saliendo por las calles con su sayuelo, y corpiño, por hablar con su deleite, dejarán llorar un niño todo el día; y entre puercas, y muger, bajan al río á lavar mas gualdrapas que un esclavo, haciendo de la muñeca barreno, y cantando como un carro de bueyes bien cargado en el estío.

Consideré todas las de este cuarto; y temiendo no me sucediese lo que á los jugadores de ajedrez, que á veces les dan mate de caballos, me salí de aquí casi huyendo; y hallé á los hombres muy cerca de las mugeres (pared en medio como dicen):

y esta era su mayor locura, no querer apartarse de ellas, aunque con particular cuidado lo procuraba el administrador, por parecerle ser este el primer remedio que se les habia de aplicar; mas ellos despreciaban médico y medicina, y querian mas su enfermedad que su salud, como lo sintió el acuchillado Propercio, lib. 2.

Salus amor morbi non amat artificem.

Y así, obstinados en este error, acababan en semejante mal, pensaban que hacian bien; y otros (que aun es peor) veian lo que hacian); y lo hacian, como lo confiesa de sí el Petrarca en una cancion, lisiado de esta dolencia:

*Quel che, foreggio, é non mi inganna, il vero
Mal conosciuto anzi mi sforza amare.*

Y pegósele de otro que dijo de sí mismo lo propio Ovidio 7. Metamorph.

*Quid faciam, video; nec me ignorantia veri
Decepit, sed amor.*

No estaban los locos en cuartos diferentes; porque las acciones de cada uno decian, á quien atentamente los mirase, su inclinacion, su tema y su locura. Cuántos vi muy galanes, y sin camisal Cuántos con caballos para pasear, y sin un cuarto para comer, y despreciados de sus damas, por no poder aceptar á darlas gusto, andando con tantas herraduras y locuras, que de estos se podia decir: no hay hombre cuerdo á caballo! Cuántos que no

tenian pan, y los tentaba la carne! Uno iba á un discreto que le notase los papeles; y otro le notaba, que era un gran majadero. Otros querian enamorar por lo lindo, muy preciados de tufos, y gudejas, manos blancas, y pies chicos, con zapatos romos, grandes encubridores de juanetes y sobrehuesos, teniendo ellos mas que un mal casado, siendo un Lucifer en la cara, y un escuerzo en el talle; sin saber que siempre quieren ellas ser las lindas de casa. De estos uno ví, que de puro haber tenido los bigotes en pena, y enfrenados toda la noche con su bigotera, como si fuera braquillo, ó gozque, y siendo peor que macho, que este no duerme con freno, los traia á las estrellas, y el sombrero con la falda grande le servia como de dosel. Casi todos andaban ya con platillos y valonas al uso, y azules, con que parecian sus cabezas y caras, imágenes de milagro, presentadas en un plato azul; como hombres de vidro metidos todos dentro de valon, jubon y mangas, todo muy algo-donado; y algunos de estos iban tan disformes, que parecian preñados. Los mas se acogian al sagrado de la pobreza, que es al vestido de bayeta, que como tan valiente, no admite guarniciones cuchilladas, ni prensaduras. Uno de estos habia que me dió gana de reir, porque siendo un Narciso enamorado de si mismo, y tanto que á veces despues de haberse bien mirado (que era gozarse á sí mismo) se volvia á quererse abrazar su misma sombra: y asi, como consigo mismo, decia que no tenia que casarse con muger ninguna: imaginábase tal, que le parecia que hasta las aves se paraban en lo mejor de su vuelo á mirarle, de puro enamorado de él; y porque pasando un dia por una ca-

lle, encontrando acaso una mula de un doctor, que mascando el freno, babeando, y echando espuma, gruñendo y orejeando, volvió la cabeza hácia el, dijo á su criado: ¿no has advertido como hasta las mulas me miran con rostro, y ojos tiernos, y alegres? Otros habia que querian enamorar por lo valiente (grandes personas del trago y tabaquera), no considerando que las mas son melindrosas; y que celebrando que las mas son melindrosas; y desde las ventanas, ellos se quedan con la espadas, y ellas con los oros y escudos. Muchos de estos traian sombrero á orza (que ellos llamian gabion de la cabeza) con faldas grandes, encubridoras de los chirlos dados en la cara mas que en otra parte; que á quien dan no escoge. Uno de estos ví, queriéndole otro obligar á reñir, dijo que tenia devocion de no reñir tres dias en la semana, sin señalar cual; y asi volviendo la espada en espalda, dijo que iba por cólera para poder reñir, el dia que no contradijese al de su devocion. Unos ví que salian de noche á no mas que salir de noche, hechos unos morciélagos, ó un traslado de brujos; si bien otros, conformándose con la noche, que llena de lunares, y pecas era por su obscuridad pecosa, en ella salian no mas que á pecar. Otras ví que se enamoraban porque veian enamorar á otros. Estos iban á todas las fiestas á enamorarse, haciéndolas dias de trabajos; y á que andaban de casa en casa como pieza de ajedrez, sin poder nunca coger la dama. Unos decian mas que sentian, y otros sentian, y no decian palabra. A estos locos mudos tuve gran lástima, y les aconsejára yo que se enamoraran de unos adivinos; mas como los locos nunca oyen, mayormente consejos, no les dije nada. Los des-

vanecidos, sintiendo que el amor es como rayo, que hiere á lo mas alto, se enamoraban de personas tan altas, que nunca las alcanzaban. De estos hay muchos en palacio, galanes obligados á enamorar las mejores damas, sin mas caudal que sus cuerpos gentiles, y no paganos, y cuál ó cual faltilla personal, que se les ve á tiro de arcabuz. Los desconfiados (gente de juicio y seso, y por la mayor parte necesitados) se pagan de mugeres tan bajas que los dejaban alcanzados. Ví á los liberales, que hacian todos los días larguezas, que no las daban ni aun gusto; y á los lacerados, que hacian todos los días de guardar, sin dejar holgar ninguno.

Los casados andaban todos con esposas; pero pocos, por eso menos furiosos. Unos de estos, huyendo de sus mugeres, daban en las agenas, y otros se hacian bravos porque los sufriesen; si bien algunas veces se hallaban engañados, y en lugar de leones fieros quedaban hechos mansos cerdos, y se consolaban con decir que el marido debe ser de su muger amado, mas que temido. De estos habia muchos que hacian todo lo que querian sus mugeres; y ellas tomaban de aqui ocasion y licencia de no hacer cosa que sus maridos desearsen. Decian estos que la muger es como la paja; que si la dejan en el campo y en su natural, en los pajares se conserva con agua, y con los vientos; pero si en algun aposento quieren estrecharla rompe las paredes; y así que no habian de sacar de ella mas de aquel zumo que quiere dar de si, como la naranja, ó han de amargar sin ser de provecho. Otros tenian por amigas las amigas de sus mugeres; y algunos por comadres á las madres de sus hijos. Uno, que debia de ser mal casado, decia, que

no habia cosa mas cansada que muger á todas horas, puntos y momentos; y asi era peor que la enfermedad: que esta se quita á veces con medicina, y aquella solo con la muerte. Yo estoy bien con los que llaman al casar velar, y al marido velado, porque no hay cosa que tanto desvele, y quite el sueño, como la carga del matrimonio, que yo tengo por carretada. Un lugar hay en Castilla, que se llama el Casar, que solo por el nombre nunca quise pasar por él, porqué quien pasa por el Casar, pasará por todo. Gustome daba el oír este, considerando lo que pasa entre maridos y mugeres; y no pude dejar de decirle, que considerase que los miembros de los cuerpos de los casados son los mismos de la iglesia, cuya cabeza es Cristo, y de la muger la del marido, y que su estado le carga Dios sobre sus hombros, dándole allí una compañera que le ayude á sustentar aquel grande peso. Y en resolución no se multiplicára el mundo, sino fuera por la muger; y que lo propio siempre se ha de amar mas que lo ageno; y es muy grande locura sembrar en tierras ajenas. Los gustos de la propia muger son como los de Midas, que cuanto tocaba se le convertia en oro; y jamas el oro enfadó á nadie, ni dió disgusto. Además que si los hombres sufren á un amigo necio, un grave dolor, ó una perpétua enfermedad, harán mucho en sufrir una muger, que viene de la mano de Dios, y que será buena, si la escoge mas el oído que la vista? Mayormente que hoy dia el ser malas algunas es por culpa de los maridos, que no las dan lo que han menester conforme á su estado; y muger pobre y necesitada, dice el refran que es medio conquistada; y marido, que no provee su casa, des-

provee su honra: y quien ve marido amancebado, se atreve á su muger, como á casa desierta. Verdad es que muchos toman el matrimonio hoy di para profanar el sacramento, y dejan tirar la carga, para cargarse con la soga, y ahorcarse con ella. Pocos he visto que hayan tenido la reverencia que se debe á tan alto misterio: que las voluntades sean una como la carne: iguales en el sí, unánimes en el nó: tan sabrosos el uno al otro en los trabajos, como lo están en los gustos; tomando asidero, que son desiguales por la calidad, cantidad y verdad. De donde saco (hablando con el decoro debido á los privilegios de este Sacramento, humillándome á la correccion de nuestra madre la iglesia) que los matrimonios que hoy se usan, son un contrato de una venta real, pues no se trata en ellos de otra cosa que de venderse, y comprar el marido á la muger, ó la muger al marido, para que despues ella vuelva á vender, y engañar el uno al otro, quedando despues de casados como pared sin tapiz, mostrando cada uno las faltas, defectos y fealdades. Y así fué gracioso el caso que sucedió á dos navios, que diciendo él al acostarse: mi alma, ya somos uno los dos: la verdad es, que estos dientes que traigo, son postizos; respondió ella muy ufana, y contenta: mis ojos, no importa, que tambien traigo esta caballera postiza. Todo lo dicho se entiende donde no hubiere verdad, ni contento; que como es instrumento para defenderse del sol, para hacerse lunas formase con él la destruicion de la casa, la diminucion de la honra, y fama, con aumento de gustos, y contrapeso de disgustos. Y como el mundo esté lleno de uno y otro, pásase todo, y llevamos, no solo las personas, pero aun

los sesos, como á mal sazonados. Y así estoy bien con mis juveniles años, y esos apartados de compañía perpétua, y apesarada; que cuando quiera gustar con mi poca gracia, y cuerpo de lo que gozan con uno y otro, los que viven sin este yugo, no tengo miedo de mi cabeza, sino de mi alma; que lo unose cura con el cura en la confesion, y en vida, y lo otro con solo la muerte propia, ó extrema-uncion de la agena. No quiero mugeres de mucha vida, ni de muchos dias, porque son de la piel del diablo; y la mas simple de ellas engañará un colegio de Catones. Quién me mete á que con la señal de la paz del cielo siga del suelo la guerra? Porque son de tal calidad de condicion, que si no las amais, os tienen por necio: si al contrario, por liviano: si las dejais, por cobarde: si las seguís, por perdido: si las servis, no lo estiman, si las estimais, os aborrecen, si las quereis, no os quieren: si no las quereis, os persiguen: si las frecuentais á menudo, os infaman: si no las frecuentais, sois menos que hombres. Mas digo, que por lo que hoy se pasa, mas vale el humilde titulo de esclavo que la borla de marido. Quereis verlo? Mirad lo que cuenta un grave autor de una pregunta hecha de un sabio á otro: que cuando era bien casar el hombre? Le respondió, que cuando era mozo era temprano; y que cuando viejo era tarde. Otro dijo mejor, que cuando vió una buena muger fué cuando la vió ahorcada de un árbol de manzanas, porque la pareció entonces buena fruta, y que pagaba bien, y en breve el mal que de tan largo tiempo tenemos. Pésia tal con las tales, ó con el mundo que las sustental En qué ley cabe seguir tantas sinrazones, que siendo fea la tengo de querer: si

rica, de sufrir: si pobre, de mantener: si hermosa, de guardar, porque no sabe tener modo en el amar, ni dar fin al aborrecer? Y así no me maravillo de aquellos dos divinos filósofos, cargados de años, ciencia y experiencia, diciendo el uno, que no se quería casar temprano, porque debía esperar á que supiese mas del mundo; y otro le respondió, que se engañaba, porque si conociese qué es la muger, nunca se casaria. Dejo mil atestaciones, y comparaciones, y no quiero mas de lo que dijo Platon, haciendo plato á su amigo: que la muger es como la yedra, que arrimada al tronco, se sustenta verde, y fresca; y apartada se seca. Mas dijo, que corrompe y arranca la pared que acaricia y abraza. Perdona todo el estado mugeriego esta humilde comparacion, y las otras. Y porque no deseen el fin de mi vida, y de las que haré adelante con ella, y ellas digo, por no dejarlas con disgusto, que no hay regla sin excepcion; y de las susodichas siempre se hallarán algunas, y muy pocas, que siendo dulces en el alma, y cuerpo, digan como la muger de Marco Aurelio: la que es de buena vida no ha de tener al hombre de mala lengua; ofreciéndome en penitencia cerrar la mia á las tuyas, porque mordiéndola, no digan dos veces esta sentencia.

Volví la cabeza, y ví los viudos: muchos de ellos, escarmentados de la tempestad pasada, buscaban puerto á la puerta de quien los quería acoger; y muchos se casaban por el tiempo de su voluntad. Otros habia, que sacando los cuerpos vestidos de requiem enlutado, tenian las almas llenas de alegría aleluyada; y estando aun caliente la cama, y no enterrada la muger, tenia concertada

otra, ó la que antes habia sido su amiga (que de puro orada, y arada, deseaba serlo con él); y como dolor de muger muerta dura hasta la puerta, y aun no tanto, el dia siguiente amaneció otra vez casado con una niña de oro, ó doncellidueña, mas festejada de noche que de dia, y en secreto para tenerla en público. De oro digo, pues la tomó mas en cuenta de este metal, que de muger, pensando le serviria de Indias, sucediendo tan al revés, que antes de su desposorio se gastó lo que ni fué, ni nunca pudo ser, ni será. De estos diria yo, que mas aborrecen que aman, que habiendo huído una vez de la muerte, vuelven á ella (que tal es el matrimonio, pues solo con la muerte se deshace): que les maten en vida con las armas de Moysén, ó darles fin á los extremos de la suya con los de la cuna, ó hacer como á los ladrones, que les cortan las orejas la primera vez, para que volviendo á hurtar sean sin mas informacion ahorcados. Lo mismo habia de hacerse con los viudos, otra vez casados; pues al cabo una buena cabra, una buena mula, y una mala muger, son tres malas bestias.

Los solteros acudian á todas partes, y eran de gusto mas estragado que Ginebras, y como otro Galaor, que dicen que no veia muger que no le agradase, excepto las pintadas. Aqui se enamoraban, alli se aborrecian, y acullá pedian celos. Aqui se los daban, alli se los quitaban. Mil pelones vi con plumas, y mil desdichados con venturones. Unos concertaban mil desconciertos, y otros iban á la casa de la gula, y á la de la lujuria. Estos mas me parecian bestias que hombres; y así andaban los mas de ellos con muletas, y á cuatro pies; y de puro carnales habian quedado sin carne, flacos,

macilentos, medio muertos, sus rostros como pimiento, y sin narices, como figuras de mármol muy antiguas; y al fin hediondos, podridos, y hechos un Lázaros en la sepultura; y así se pudiera bien preguntar á las mugeres: donde los habeis puesto, que tan desfigurados estan? y solo como tan apestados podian servir para echados en la mar á dar ponzoña á los peces. Entre tantos lo que me admiró fué, que ninguno negaba que estaba loco; y no por eso lo dejaba de estar.

Los mas músicos gastaban sus cuerdas con muchas locas, y en cantar romances con estribos, como si anduvieran de camino; y lo mas era siempre cantar mal y porfiar: y basta un músico pobre á hacer huir á las mismas estrellas del cielo, mayormente si es enfadoso en el temprar; que quien tal sufre, sufrirá primero diez melecinas, sin haberlas menester. Los mas poetas, locos tambien dos veces, hacian sus coplas á quien les hacia la copla. De estos habia muchas sectas: andaban casi todos, de puro hambrientos, comiéndose las uñas; y finalmente de puro pobres en todo, daban en ser poetas de rapiña, invocando por momentos las Musas para consonantes; y ellas á gente tan pobre, ni aun querian escucharla, cuanto mas responder. Otros habia, que muy en forma seponian á vituperar cuantos versos sabian de los mejores; y mas celebrados poetas. A uno oí, que haciendo mofa de aquellas tan celebradas liras: *Aquí lloró sentado tristemente; decia poeta impertinente, qué hombre hay que lllore alegremente?* No pude detenerme en escuchar mas, porque hedia por alli terriblemente á meados; y era, porque yendo unos de estos á beber á la fuente del Parnaso, las Musas, pensando

hacerles algun favor, se orinaron en ella cuando estaban con su asquerosa regla; y así me divertí á mirar los mas gentiles hombres, que hacian sus diosas á quien eran odiosos; y los mas decian sus dichos á quien publicaba sus desdichas.

Andaban los aficionados por doncellas rodando calles de dia, contemplando ventanas de noche: unos hablando criadas, porque los admitiesen por criados: otros cohechando dueñas, porque los hiciesen dueños, llenas las faltriqueras de papeles, y los sombreros con mas cordones de cabellos, cintas y anillos de azabache, que tiene un buhonero. Loco habia de estos, que no habia hablado á su señora palabra, ni la podia ver sino á tal, y tal fiesta del año; conviene á saber, noche de Natividad, de Jueves santo, de san Juan, y la Porciúncula; y el que mas podia alcanzar, era hablar por señas, como si fuera mudo; y mascando una esperanza escabechada, estaba como bestia enfrenada en el pesebre, con la comida delante, y amancebado con solo su deseo. A unos les entretenia una criada seis años con papeles de su letra, sin que ellos entendiesen la letra, valiendo con ellos como si fuera de cambio. Entre estos ví uno mas triste que un pinar cuando anochece (y con razon mostraba haberlo sido), boquirrubio, y poco, ó nada curtido; porque teniendo cierta ocasion de poder tener por suya la que ya era de otro, parando en ciertos respetos, y temiendo no diese ella voces, le dejó ella por un asno enalbardado (que ni silla merecia), y le envió á decir, que bien podia, si no fuera tan necio, haber advertido, al preguntarla de su salud, que le dijo estaba ronca, y que no la oirian de aquí allí. No habia como consolarse; porque

si bien le dije, que el remedio era olvidar, decia que era verdad; pero que luego se le olvidaba el remedio. Tenia este ocasion de estar triste; pero no razon, porque se tuvo la culpa.

Los locos de monjas tenian mucho de necios, ó algun poco de virtuosos; pero á unos, y á otros los llamaban los demas los locos zánganos de amor. Otros estaban muy de veras enamorados, y otros iban siempre á misa á la iglesia del monasterio, que es lo que hay que desear en género de locura. Todos pasaban grandes desdichas, ya aguardando á las viejas de casa, ya á las mozas que las sirven, ya sufriendo una cruel tornera, y en el torno la espuerta de las lechugas, y las alcuzas del aceite. Uno vira frente señalada con los hierros de un locutorio; y otro aqui tan perdido, que se pudiera decir de él, como de Abenamar.

▲ los hierros de una reja
La turbada mano asida.

Los locos de casadas se preciaban de recatados; mas no por eso hacian menos locuras. Los mas eran amigos de los maridos, y los menos se guardaban mucho de ellos, ó porque ellos no veian, ó no querian ver: y así raros eran los que morian de este mal. Estos, ó daban meriendas en huertas, ó prestaban coches, ó aposentos de comedias, que para el señor marido no faltaba una amiga que lo llevase; y siempre ellos eran buenos hombres, y lo creian todo. De locos de viudas habia dos géneros: ó que eran queridos, ó que no lo eran. Estos libremente pretendian cautivarse; y aquellos tenian amor sin temor, si no era, cuando mucho, de al-

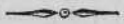
gun pariente, hermano ó primos. Pasaban su carrera á rienda suelta, y eran locos desenfrenados.

Todos los locos de solteras eran muy apasionados de esta enfermedad, aunque algunos de otras, que suelen doler mas, y aun hacer astrólogos á sus dueños. Los mas de estos eran mocitos hijos de vecino, cascabeles, y luego se metian á pependieros. Otros conquistaban con amor y dinero, y raras veces dejaban de vencer, porque peleaban con armas dobles; y para estas señoras las armas mas fuertes y poderosas son las de Felipe, rey de España; y los mejores vestidos son los de seda, porque se da á ellas. Los estrangeros gastaban sus haciendas, por no temer quedarse en cueros: los naturales se reian de ellos; y ellas de unos, y otros.

Con este último género de locos rematé las diferencias, que pude ver por entonces, y cuando mas descuidado caminaba para otro cuarto, me hallé, sin pensar, en el primer patio, donde ví nuevas maravillas. Ví que por horas se aumentaba el número de locos. Ví al Tiempo ponerse en medio de algunos amantes, y que ellos se iban mejorando.

Ví á los celos castigar á los mas confiados. Ví á la Memoria renovar llagas viejas. Al Entendimiento en un aposento obscuro, y á la Razon con una venda en los ojos. Divertime algun tanto en esto; mas cansada la vista de tanta atencion, volví á un lado, y ví un postigo muy pequeño, que apenas se podia salir por él, y que la ingratitude y sinrazon, daban por alli libertad á algunos. Yo, por gozar de la ocasion, apresuré el paso, pretendiendo ser de los primeros, á tiempo que mi criado estaba á voces llamándome, porque era muy entrado el dia.

Con esto volví en mí, y me hallé en mi cama: pero con algun pesar de haberme quedado en la casa de los locos: si bien con gran conocimiento de que amor y sus vasallos es todo locura: y por lo que ahora veo mas despierto, doy crédito á lo que entonces ví. Toda esta locura conocieron maravillosamente los antiguos, y muy bien Plauto, Séneca, y otros muchos, que vmd. habrá leído, y sabrá mejor; con que se puede confirmar por cierta la imaginacion de mi fantasía: *amor formæ rationis oblitio est, et. insanie proximus.*



PRAGMATICA DEL TIEMPO.



Nos el Tiempo, mayor maestro del mundo, heredero universal de los hombres, señor de todo, el valenton de la muerte, y de consejo de estado, juez de residencia en lo seglar, y eclesiástico, y en todo asistente: por cuanto estamos constituido, y puesto en este lugar por Dios nuestro Señor, y con este poder nos ha sido fecha relacion de los muchos y exorbitantes escesos, que en diferentes cosas se cometen en la república del mundo: por mostrar nuestro buen celo mandamos á todas nuestras justicias de cualesquier partes, só las penas de esta pragmática, que guarden, y cumplan todo lo en ella contenido.

Primeramente, informado de los grandes robos y latrocinios, que de ordinario se hacen en ventas, mandamos que nadie sea atrevido de aquí adelante á llamarlas ventas, sino hurtos, pues en ellas hurtan mas que venden, só pena de que las haya menester el que á lo tal no obedeciere. Item, porque sabemos que hay algunos caminantes peones, y gorreros, hospedándose mas de lo que es razon en casa de los amigos; declaramos que el primer dia sean bien venidos, tratados con regocijo, y hospedados con diligencia; el segundo ad-

mitidos con llaneza; y el tercero con descuido y enfado, y tan mal detenidos sean tenidos, ya no por amigos, sino por enemigos de casa y de la hacienda. Otrosí mandamos generalmente desterrar de nuestra república á todos los estómagos aventureros. Item, habiendo conocido la natural inclinacion de los barberos á guitarras, mandamos que para que mejor sean conocidas sus tiendas, en lugar de cortinas y vacias, cuelguen, ó pinten una, dos, tres, ó mas guitarras, conforme el habero de tal barbero. Otrosí, porque vemos que la cosa mas estimada en el hombre, que es la barba, la echan á la basura, mandamos que de aquí adelante la guarden para limpiadera de los papeles, pinturas y espejos que acostumbrau tener en sus tiendas: y que pues al quitar la barba llaman afeitar, y quitan por cada vez diez años, que es como pintar con lisonjas y regalo; mandamos que de aquí adelante no les llamen barberos, sino pintores. Asimismo, porque el dormir los hombres con bigoterías es como dormir con frenos, los declaramos por peores que machos; pues estos duermen sin ellos de noche, y aquellos no. Otrosí, porque sabemos que el pintar á los reyes y emperadores antiguos rapados como frailes, es porque, como eran coléricos, apenas sufrían los bigotes, declaramos por flemáticos pesados, por desocupados, ociosos y mugeriles á todos los que gastan la mayor parte del día en hilarse los bigotes. Item, porque los pintores son de suyo lisonjeros, y tienen por oficio enmendar las faltas de la naturaleza y viendo que en sus hijos, é hijas pierden esta habilidad, pues los hacen feos; mandamos, que pues de esto no han sabido dar razon concluyente,

pinten con fidelidad las damas que retrataren, y sin la mano sobre el pecho; porque haciéndolo, les declaramos por gente vana, y que se alaban á sí mismos, pues es como decir que es la pintura de buena mano, y buena en mi conciencia; y no guardándolo, mandamos les llamen lisonjeros y aduladores, y que no agrade el retrato á quien se lo mandáre hacer. Item, habiendo visto la multitud de poetas con varias sectas, que Dios ha permitido por el castigo de nuestros pecados, mandamos que se gasten los que hay, y que no haya mas de aqui adelante, dando de término dos años para ello, só pena que se procederá contra ellos como contra la langosta, conjurándolos, pues no basta otro remedio humano. Otrosí, declaramos por moros y turcos á todos los poetas que, como renegando de su patria disfrazan los nombres de las damas, galanes y de sus amores, con los de los turcos y moros, llamándoles Abencerrages, Darajas &c: Item, porque piensan los astrólogos, poetas y retóricos, que solo ellos saben alzar figuras, para oscurecer sus enredos; declaramos que sean tenidos por figuras los que á nadie quitan la gorra, y mas si es de puro arrogantes: los que dicen mal de todo, hablando adrede, descuidados, ignorantes, para dar á entender estan divertidos en negocios: los que no teniendo hacienda, blasonan de gastadores: los que en tiempo de lodos pisan menudico y saludan á cuantas mugeres encuentran, aunque sean viejas y feas: los que á las mañanas hacen traer el rosario al criado y andan toda la tarde enfrenados con el palillo, y al tiempo de hablar, por embarazo de la madera, babea y rocia las barbas de los circunstantes. Asimismo declaramos por figu-

ras á todos los viejos, que se remozan y dan en requebrar; ordenando que pues siendo viejos se hacen niños, no les dejen salir de casa, sino con ayo. Y finalmente declaramos por figuras á todas las mugeres que siendo hermosas, ó ya viejas, se pintan, y generalmente á todas las viudas que dan en labar ropa blanca, aunque sea á gente grave y de autoridad. Mandamos sean comprendidas con estas y tenidas por figuras descortesas las mugeres que el dia que van en coche, y mas si es prestado, desconocen á quien mas las conoce, dándose mas á conocer con eso. Item, ha parecido, habiendo visto las varias presunciones de medio escuderos y lacayos, atrevidos hombrecillos, que por verse que van delante y dejan atrás á sus señores, como si fueran de mas importancia, con poco temor se han atrevido á usurpar las ceremonias de los caballeros, hablando recio por las calles, haciendo mala letra, tratando siempre de armas y caballos, y pidiendo prestado, no teniendo que prestar lienzo á sus carnes; que á los tales les llaman caballeros chanflones, donados de la nobleza, ó hácia caballeros, ó hácia caballos, y cuando mucho como lacayos: se queden con titulo de ayos de hacas flacas y viejas, y duerman siempre sobre pajas, ó sobre lana hedionda. Item, vista la ridícula figura de los criados cuando dan á beber á sus señores, haciendo el coliseo, el guineo, inclinando con notable peligro y asco todo el cuerpo demasiado; y que siendo mudos de boca, son habladores de pies de puro hacer desairadas reverencias, declaramos sea eso tenido por descortesía é irreverencia. Y mandamos á todos los criados que de aquí adelante hicieren semejantes servicios y cortesias, que en

pago de eso les den la comida medio comida, y queden de puro hacer reverencias mas corcobados que el diablo que traia sastres al infierno; y que estando delante de su señor, y en presencia de muchos, se les caigan las calzas. Item declaramos y desengañamos á todos los reyes y señores de este mundo, que no piensen ser ellos los mayores de todos, porque esto solo lo es el calor, delante de quien estan ellos mismos y todos descubiertos; y delante de los reyes se cubren los grandes. Item, porque hemos visto, que en esto del dar y pedir hay varias trazas para dar alivio á todas las bolsas, y fáciles respuestas para toda muger buscona y pediguña; declaramos que de aqui adelante nadie dé sino buenos dias y buenas noches, besa manos, favor al que lo mereciere, con buenas palabras no mas; lugar en las visitas y conversaciones, y al superior, y gusto á todos en cuanto puidiere. Asimismo declaramos, que no dé á ninguna muger joya alguna, so pena de quedarse con el Jo, como bestia; sino solo darle palabras fingidas y dar á perros á todas las taimadas que piden perrillos de faldas, y mas si han de ser collares y cascabeles de plata. Y así á la que te pidiere un manto de raso, enséñale el del cielo azul y raso; si terciopelo, afeitate tres veces; si manto de soplillo, enviale los soplos de tus suspiros; si banda, dale la de los tudescos, ó que en entregarse á tí, la tendrás de tu banda; si liga, la de Lepanto; si pasamanos de oro y plata, que se vaya á casa de un platero á pasar las manos por todo esto, á título de quererlo comprar, si tuviere dinero, ó tomarlo, si se lo dieren; si perlas que ya ella misma es una perla, y con deramar lágrimas, verterá cuantas perlas quisiere; si

una toca, tócale un laud ó guitarra; si rosario de cocos, remítela á unas viejas ensartadas en coche, que como parecen micos, esas le harán cocos al vivo; si cadenas, envíala á la de Marsella, que tiene gruesos eslabones, ó á una cárcel ó galeras; si brincos, los de un ademan; si lienzos, los de un muro; si zapatillas, y mas si son de ambar, escústate con que es presente en profecía y que no sabes cuántos puntos calza; y cuando mucho, para quitarte de ruido, envíala las de las espadas negras; si bocados, que se vaya á un alano; si comida, envíale por ante los de un coletto; capones de un facistol; gallinas de hombres cobardes; y por postre, buñuelos de viento y nueces de ballesta. Y caso que te vieres forzado á haber de dar algo, sea como la bebida, poco y muchas veces, porque solicita cada vez y puede obligar de nuevo. Y mandamos, que los que esto no cumplieren, se queden para siempre, rotos, enamorados, sin muger y sin dineros. Item, porque sabemos cuán lleno está el mundo de cierto género de hombres entremetidos, negociantes, enfadosos y sin vergüenza; mandamos que los priven de todo cargo y oficio, y solo se les consienta, á falta de otros, que puedan ser sacristanes y muñidores de cofradías; y para alivio de la república y exonerarse de ellos, se repartan por las montañas entre rústicos, y por las Asturias, Navarra y Vizcaya, para que estos pierdan alguna parte de su cortedad. Y á los que quedáren mandamos poner á la vergüenza en el mismo lugar, y entre las mugeres vendederas y regatonas y de peso falso; y que en lugar de potros y verdugos para atormentarlos, los entreguen á los necios mayormente que presumen de sabios. Item declara-

mos por locos todos los mercaderes, que en cuanto á los plazos de las pagas, que les debieren, hicieren, sin otro resguardo, confianza de la palabra de señores; y que sean comprendidos debajo del mismo titulo los señores que no reparan en comprar á cualquier precio, fiados en que es largo el plazo de la paga: debiendo saber, que no hay cosa que llegue mas presto, que el plazo de una deuda, y se cumpla con estos el refran que dice: todos somos locos, los unos y los otros. Item, porque vemos que ya hoy dia nadie dice: así lo calló fulano; sino: así lo dijo fulano; ordenamos haya cátedra para callar como las hay para hablar. Item, mandamos á cualesquier justicias, que prendan á todas, y cualesquier personas que toparen de dia, ó de noche, con garabato, escala, ganzúa, ó ginovés, por ser armas contra las haciendas guardadas. Otros vedamos los dos extremos de tener muchas caras y el de no tener ninguna. Item, por las muchas iras, escándalos, destrucciones, muertes y venganzas, que en bandos y parcialidades se suelen hacer, vedamos todas las armas aventajadas y dañosas, como son espadas, pistoletes, médicos, cirujanos, boticarios, necios, habladores y porfiados. Y declaramos por tres enemigos del cuerpo á los médicos, cirujanos y boticarios; y por tres enemigos de la bolsa á los escribanos, procuradores, cocheros y gitanos.

Item, porque sabemos hay cierto linage de valentones matantes, que solo matan á quien se deja matar; mandamos que no pueda tener nombre de valiente quien no fuere, ó pretendiere ser, hijo de médico, cirujano y boticario. Item, por los muchos desórdenes que hay en estas castas de muge-

res , á quien por su edad pueden llamar madres; mandamos que todas las que fueren de treinta y ocho años á cuarenta , el no reirse en las ocasiones de gusto , no se atribuya á falta de alegría sino de dientes; y que por modo de melindre tan solamente se les permita cuando rian el poner delante la boca el avanillo ó manguito. Asimismo ordenamos no se admita otro melindre que este á la que pasáre de veinte y cinco años. Item, sabiendo las varias disoluciones de los hombres vagamundos: mandamos que ninguno llame picado á lo que es roto, ni se pique nadie mientras pierde en el juego , por celos de su muger , ni porfie sobre cosa alguna, mayormente si es de poca importancia, só pena que de esto se le sigan grandes inquietudes y daños. Y así establecemos una ley contra el picar, que mande: no te picarás en ningún tiempo por ninguna cosa. También mandamos que nadie llame ayuno, devoción ó templanza á lo que verdaderamente es hambre ó no poder mas. Y asimismo, sabiendo que se dice ya por modo de refrán en el mundo, que soles, penas y cenas son las tres cosas á cuyo cargo está despachar de esta vida para la otra; declaramos, que si bien los soles matan algunos, las penas á otros pocos; pero que mueren mas de no cenar que de ningunas de las cosas dichas. Item, porque se nos han quejado los trabajos de que les echan las culpas de muchas canas, se declara que son años; y mandamos que nadie los llame de otra manera. Item, habiendo advertido la multitud de dones que hay por el mundo (pues hasta el aire le tiene), y considerando que imitan al pecado original en no escaparse de él entre todos, sino solo Cristo y su madre, mandamos reco-

ger los dones ; y ya que los haya , sea en las manos y no en los nombres. Y damos término de tres dias , despues de la notificacion , á todos los officios , para que se arrepientan de los haber tenido. Asimismo declaramos que los Mendozas, Enriquez y Guzmanes, y otros apellidos semejantes , que las cotorreras y moriscos tienen usurpados, se entienda que son suyos, como el de Marquesilla en las perras , Cordobilla en los caballos , y César en los extranjeros.

Item , porque hay grande falta de amigos verdaderos , y ya los mas son como lunas con menguantes y crecientes , largos de palabras y breves de obras ; declaramos que sean todos conocidos como dinero cuyo valor se sabe antes de haberlo menester.

Otrosí , porque sabemos se dan muchos por agraviados de lo que no debieran ; declaramos que no pueda agraviar ni lengua de juez , ni de muger , ni vara ó lengua de padre airado , ni palos de corcho enchapinados por una muger , ni gineta de soldado , porque todo para , ó en la debida autoridad , ó respeto en la naturaleza propia. Asimismo mandamos que ninguno llame á nadie , diciendo : *ola, hombre honrado* , porque nadie , mientras esté vivo y sano , es honrado con *ola* , porque las honras se suelen hacer á un muerto ; pero no á un oleado , que aun vive. Y por quanto nos ha sido fecha relacion , que se ha perdido el nombre de los cuatro officios mas honrados de la república , conviene á saber , hidalgos , estudiantes , arcabuz y escribano : porque los hidalgos se llaman caballeros : los estudiantes licenciados : los arcabuces mosquetes : y los escribanos ó escribas ó secretarios ; manda-

mos, que pena de nuestra desgracia, cada uno tenga su título propio. Item, sabiendo lo que estima un galan que se le caiga á su dama un guante, para levantarle y tenerle por prenda; declaramos que no se le deje ella traer por hacerle favor, sino para que le compre otros mejores, ó para traerle (sino se los compra) como á pobre vergonzante, y darle un guante, para que como tal pida limosna. Otrósí, contemplando en los galanes de ciertas señoras, y atendiendo á que ellos y los judíos se parecen en el esperar sin fruto; los mandamos desterrar por vagamundos; y si reincidieren, los condenamos á que en lugar de los vizcochos blancos, que habían de comer en sus casas, los coman en galeras, mas duros que ánima de rico avariento. Asimismo, sabiendo las locuras y encarecimientos, y aun á veces heregias, que dicen los amantes tiernos á sus damas cuando las requiebran y alaban; ordenamos que nadie alabe ningun estado de mugeres, ni á las doncellas, sino que digan ellas mismas sus alabanzas, que lo saben mejor que nadie; ni á las casadas, que esas solo las ha de alabar su marido, y á solas, porque en público seria señal que la tiene para vender; y menos á las viudas, que de estas solo lo sabe el marido difunto: y asi que aguarden vuelva del otro mundo, ó á otro marido, para que la alabe; ni tampoco á las solteras, que á ellas ninguna necesidad hay de alabarlas, porque de puro lavadas están harto alabadas para siempre. Y finalmente mandamos que nadie alabe á muger alguna por ser grande, que tambien alabamos por grande una cuchillada, y vemos que ninguno la quiere. Y asi nos pareció ordenar, que no se usen mugeres por la honra de


los maridos, pues vemos que en la mas pequeña suele sobrar para todo un barrio; y solo se dá licencia para alabar las pequeñas, porque hay menos de muger, y como dice el refran: del mal el menos. Item, mandamos que no haya seda sobre seda, ni marido sobre marido; y que algunas mugeres en nombre de doncellas no sirvan de lo que no son. Item, para alivio de los presos de la carcel y forzados de galera, declaramos que los mayores presos y forzados son los mal casados. Otrosí, sabiendo que esto de cornudo se va haciendo honra y grangería, y por no saberlo ser muchos de los que lo son, resultan grandes daños é inconvenientes en la república; por tanto ordenamos que se haga oficio, y que nadie sea admitido á él sin examen y aprobacion, aunque sea comisario y platicante. Asimismo vedamos á todo marido sufrido el poder hacer testamento, porque no es justo tenga última voluntad en la muerte quien nunca la supo tener en vida. Y mandamos no le pongan despues de muerto piedra sobre la sepultura, porque marido que supo sufrir tanto, él mismo se servirá de piedra. Item, vedamos á todo hombre sin dientes el casarse, mayormente con muger vieja ó flaca, porque las mugeres el dia de hoy son tan libres y soberbias, que aun á maridos que les muestran dientes no obedecen; y mal podrá roer (si ella es vieja ó flaca) tanto hueso un hombre sin dientes. Item, porque es bien dar algun alivio á los maridos, y hablar en abono de las mugeres, declaramos que dan estas á aquellos tres dias ó tres noches buenas, que es la del desposorio, la primera vez que paren, y cuando se muéren. Y asimismo contra satíricos maldicientes, que tratan á las mu-

geres de mentirosas; declaramos que tres verdades dicen en su vida: la primera cuando dicen: ay qué loca me levanté de esta cabeza! La segunda cuando al decir el marido en la cama: volvéos acá; responde ella; en eso estaba yo pensando ahora. Y la última, no querer comer delante del marido, diciendo: harto harta y cansada me tienen vuestras cosas. Item, mandamos que el que matáre corchete ó soplón (gozque de las regatonas, bufoncillo de los tenientes, trasto de la república, que embaraza y no sirve, puñal del demonio), ó otro cualquiera ministro de los allegados á falso testimonio, le sea licito desollarle, y andar con el pellejo en las manos entre los pleiteantes, para que le dé cada uno un tanto, como lo hacen los que tienen ganado con el que mata el lobo. Advirtiendo mando estrechamente, á quien tal hiciere, que no diga viene de matar un hombre, sino de despachar una vela de á dos, que ardía en daño de muchos, y se consumía entre sí misma. Otrósi, porque sabemos hay cierto género de letrados, que como mugeres comunes, admiten á todo litigante y mas si es apasionado, entreverando y añadiendo las letras de los escudos que ellos reciben á las leyes, con que es fuerza mudarles las significaciones y sentencias; declaramos á los tales, por patronos alquilados y por abogados de los pleitos, no de los pleiteantes; y damos por bienaventuradas las repúblicas que carecen de ellos, de la manera que aquellos serán pacíficos que carecen de piratas. Asimismo, visto que la presuncion del vulgo bárbaro califica los estudios y ciencia por los años, mirando en los letrados, médicos y aun teólogos, mas en la barba que en la ciencia; ordenamos que

todos estos , antes de ir á las universidades á graduarse de ciencia , vayan á casa de algun remendon de la naturaleza , ó á vivir algun tiempo entre los ermitaños , á graduarse de barbas. Solo les vedamos ir á casa de los barberos , porque estaria en sus manos dejarlos sin ciencia , con quitarles la barba y rapársela toda. Otrosí, damos por incapaces de razon á todos aquellos que habiéndoles Dios hecho bien criados de personas , son mal criados de gorra; y deleitándose en ser descortesese se consuelan á vivir mal quistos. Y asimismo declaramos por regatones de cortesias y por ladrones, sisadores de escelencias , señorías y mercedes , á todos los que á los titulados dicen vuselencia , en lugar de vuesa escelencia; y vusia , en lugar de vuesa señoría; y á todos los demas vuesarcé , en lugar de vuesa merced.

Finalmente , visto que de ordinario andan muchos poetas enfermizos , por tener tan gruesas las venas y tener necesidad de sangrarlas; mandamos á todos los cirujanos sea esto con ballestilla, sino quieren gastar las lancetas y caer de nuestra gracia.

Todas las cuales cosas mandamos guardar á nuestras justicias irremisiblemente con el rigor acostumbrado. Por mandado del consejo de la Gruta: El licenciado Cisa, secretario.



CARTA

DE LAS CALIDADES DE UN CASAMIENTO.



Lo que debo desear en una muger para mi quietud, honra y salvacion, es que haya crecido sirviendo á V. E. en su casa; que si ha sabido obedecer á V. E. no hay dote temporal ni espiritual, que no traiga para mí en solo el nombre de criada de V. E. Y para si el mandato de V. E. se estiende á mas, por lograr mi obediencia diré las partes que deseo en la muger que Dios por merced de V. E. y del conde duque mi señor me encaminare. Esto hago mas por entretener que por informar á V. E.

Yo, señora, no soy otra cosa sino lo que el conde mi señor ha hecho en mí, puesto que lo que yo era me tenia sin crédito y acabado; y si hoy soy algo, es por lo que he dejado de ser: gracias á Dios nuestro señor y á su esclencia.

He sido malo por muchos caminos; y habiendo dejado de ser malo, no soy bueno, porque he dejado el mal de cansado y no de arrepentido. Esto no tiene otra cosa buena sino asegurar que nin-

gun género de travesura me engañará, porque todas me tienen ó escarmentado ó advertido.

Yo soy hombre bien nacido en la provincia: frasis que entenderá su escelencia. Soy señor de mi casa en la montaña: hijo de padres, que me honran con su memoria, aunque yo los mortifico con la mia.

El caudal y los años siempre los referiré de manera, que después la hacienda sea mas y la edad menos.

Los que me quieren mal me llaman cojo, siendo así que lo parezco por descuido, y soy entre cojo y reverencia, un cojo de apuesta si es cojo ó no es cojo.

Mi persona no es aborrecible ni enfadosa: y ya que no solicita alabanzas, no acuerda de las maldiciones y de la risa á los que me ven.

Ahora que he confesado quién soy, y cuál, diré cómo quiero que sea la muger que Dios me diere en suerte. Yo confieso, que á no mandármelo V. E. fuera atrevimiento decir cómo quiere la muger un hombre tal, que no habrá muger que le quiera como yo soy.

Desearé precisamente que sea noble, virtuosa y entendida; porque necia, no sabrá conservar ni usar estas dos cosas: que en la nobleza quiero la igualdad: la virtud que sea de muger casada, y no de ermitaño ni de beata ni religiosa. Su coro y su oratorio ha de ser su obligacion y su marido; y si hubiese de ser entendida con resabios de catedrático, mas la quiero necia; que es mas fácil sufrir lo que uno no sabe, que padecer lo que presume.

No la quiero fea, ni hermosa. Estos extremos

ponen en paz un semblante agradable: medio que hace bien quisto lo lindo, y muestra seguro lo donatroso. Fea no es compañía, sino susto: hermosa no es regalo sino cuidado; mas si hubiere de ser una de las dos cosas, la quiero hermosa, no fea; porque es mejor tener cuidado que miedo, y tener que guardar, que de quien huir.

No la quiero rica, ni pobre, sino con hacienda, que ni ella me compre á mi ni yo á ella. La hacienda donde hubiere virtud, y nobleza no se ha de echar menos; pues teniéndola, quien la deja por pobre es vilmente rico; y no la teniendo, quien la codicia por rica es vilmente pobre.

De alegre, ó triste, mas la quiero alegre, que en lo cotidiano, y en lo propio no nos faltará tristeza á los dos, y eso templá la condicion suave, y regocijada con ocasion decente, porque tener una muger pesadumbre, ma sarrinconada que telaraña, influyendo acelgas, es juntarse con un pésame de porvida.

Ha de ser galana para mi gusto; no para el aplauso de los ociosos: y ha de vestir lo que la fuere decente; no lo que la liviandad de otras mugeres inventáre. No ha de hacer lo que algunas hacen, sino lo que todas deben hacer: mas la quiero miserable que pródiga; porque de lo uno se debe tener miedo, y de lo otro se puede esperar utilidad. Sumo bien seria hallarla liberal.

En que sea blanca, ó morena, pelinegra, ó rubia, no pongo gusto, ni estimacion: solo quiero que si fuere morena, no se haga blanca; que de la mentira es fuerza andar mas sospechoso que enamorado.

En chica, ó grande no reparo; que los chapines

son el afeite de las estaturas, y la muerte de los talles, que todo lo igualan.

Gorda, ó flaca, es de advertir que sino pudiere ser entreverada, la quiero flaca, y no gorda: mas la quiero alma en cañuto, ó pellejo en pié, que doña mucha, ó cuba en zancos.

No la quiero niña, ni vieja, que son cuna, ó atahud, porque ya se me han olvidado los arrullos y aun no he aprendido los responsos. Bástame muger hecha, y estaré muy contento que sea moza.

Desearia mucho que no tuviese con extremo lindas manos, ojos, y boca; porque con estas tres cosas buenas en toda perfeccion es fuerza que no la pueda sufrir nadie; pues las maotadas porque la vean las manos, y los visages y dormiduras por aprovechar los ojos, enfadarán al mundo. Pues ver á una muger con los dientes de par en par porque los vean, no es cosa sufrible. El cuidado borra las perfecciones, y el descuido disimula las faltas.

No la quiero huérfana, por aborrrar comemoraciones de difuntos, ni tampoco con parentela cabal. Padre, y madre deseo, porque no soy temeroso de suegros. Las tias tomaré en el Purgatorio, y daré misas de mas á mas,

Daria muchas gracias á Dios si fuese sorda, y tartamuda, partes que amohinan las conversaciones, y dificultan las visitas, y si tuviese mala condicion, seria otro tanto oro; que una muger bien acondicionada todo el año gasta en decir, que si ella fuera como otras, y que el ser tan negro de buena, tiene la culpa.

Y lo mas importante seria si consintiese que en casa viviésemos sin dueña; y si mas no se pu-

diese, que se contentase con que entre los dos tuviésemos media dueña: una viejecita que empezase en tocas, y acabase en enaguas, porque la vista descansase de dueña antes de salir de su vision. Y lo mejor, y mas conforme á razon seria, pues las dueñas son viñaderos de los estrados, que guardan los racimos de doncellas, que la vistiésemos de viñadero con montera, chuzo, y alpargatas y por mongil una capa gascona (que en el pedir algo tienen de jaca), y que se llamasen Giñartes, como los emperadores Césares. Y por acabar con veras, y verdad, como empecé, digo á V. E. que estimaré en mucho la muger que fuere como yo la deseo, y sabré sufrir la que fuere como yo la merezco; porque yo bien puedo ser casado sin dicha pero no mal casado. Dé Dios á V. E. muchos, y bienaventurados años en vida del conde duque mi señor, con la sucesion que su casa, y grandeza ha menester.



GARTA DEL AUTOR,

EN QUE DA CUENTA DE LO QUE LE SUCEDIÓ CAMINAN-
DO Á ANDALUCIA CON EL REY NUESTRO SEÑOR.

Yo cai: mayor fue la caída de Luzbel. Mis pies no han menester apetitos para tropezar: soy tartamudo de zancas, y achacoso de portante. Volcose el coche del almirante: ibamos con él seis: descalabrose Enrique Enriquez: yo salí por el zaquizamí del coche, asiéndome uno de las quijadas, y otro me decía don Francisco deme la mano; y yo le decía: don Fulano deme el pié. Salí á juicio y del coche: hallé al cochero Tocho, santiguador de caminos, diciendo no le habia sucedido tal en su vida. Yo le dije: vmd. lo ha volcado tan bien que parece que lo ha hecho muchas veces. Llegué á Aranjuez, y aquella noche don Enrique, y yo tuvimos dos obleas por colchones, y sin almohadas. Dormí con pie de amigo sobre la cama: tal era ella. Esta es la vida de que pudieron hacer relacion á vmd. que para ser muy mal no necesitaba de otro achaque, que de no estar sirviendo á vmd. como cofrade del diente; mas todos los duelos, y los serenos con almirante son menos. Su magestad es

tan alentado, que los mas dias se pone á caballo, y ni la nieve, ni el granizo le retiran. En Tembleque aquel concejo recibió á su magestad con una fiesta de toros, á dicho de alarifes, de rejon, valentísimos toreadores de riesgo, y alguno acertado. Bonifaz lo miraba, y de nada se dolía. Tuvieron fuego á propósito, y bien ejecutado. Su magestad de un alcabuzazo pasó á un toro, que no le pudieron dejaretar; y apareciéndosenos en la mesa del almirante Bonifaz, caballero de los chistes del rey, y guadaña de los guisados, nos recogimos. El día siguiente fuimos á madridejos, donde Bonifaz se nos apareció entre los platos, y las tazas, diciendo: yo soy Bonifacio que todas las cosas masco. Salimos para la Membrilla y á ruego de los regidores de Manzanares, por consolar á aquellos vasallos, pasó su magestad por su encomienda de vmd. y á todos pareció muy bien el lugar. Bajamos á la Membrilla, donde el sueño se midió por azumbres, y hubo montería de jarros, donde los gznates corrieron zorras. Hubo pependencias, y descuidos de ropa. Concertóse el madrugar, y partimos para mi torre de Juan Abad, donde para poder su magestad dormir derribó la casa que le repartieron: tal era, que fué de mas provecho derribada. Aquí el Caballero de la Tenaza se recató de todos. Era de ver á don Miguel de Cárdenas con una hacha de paja en las manos, hecho cometa barbinegro, andar por los caminos como alcalde en pena dando gritos. De la Torre fuimos á Santisteban, donde el conde tuvo al rey muchas lamparillas, y por un cordel unos kiries de cohetes, que venia uno, respondia otro, y luego otro; y luego salió un toro á chamuscarse. Hubo chiri-

mia de acarreo, caballeros de Ubeda y Baeza, mucho linage arredrado al tapiz, abundante refaccion, presente numeroso: por todo el estado tiendas con pan, queso, y vino; vasallo sonoro, llamando, exhortaba á los pasajeros, doliéndose á los señores, por amor de Dios, diciendo: tomen refresco del conde de Santisteban. La gente acudia con facilidad: desataban el pellejo, no tenian vaso; y por no beber en el sombrero, dejaban el vino, y con él el queso, y pan; porque pan, vino, y queso son chilindron legitimo. El conde se mostró manífico, ostentóse quieto, logró el dia, faltaron camas, sobraron cocheras. Mirad con quien y sin quién. Del condado pasamos á Linares: jornada para el cielo, y camino de salvacion, estrecho, y lleno de trabajos, y miserias. Aperciba vmd. la risa, hártese de venganza y logre sus profecías. Ibamos en el coche juntos don Enrique, yo, Matco Montero, y don Gaspar de Tebes con diez mulas, y en anocheciendo hubo una cuesta que tienen los de Linares para cazar acémilas, y coches, y nos quedamos atollados. No hubo locura que febrero no ejecutase en nosotros. Mas fué siempre loco; pero entónces furioso. Con menos causa están muchos en los orates: no habia remedio de salir. Determinámonos de dormir en el coche. Estaba la cuesta toda llena de cocheras, y hachones de paja, que habian puesto fuego á los olivares del lugar. Oianse lamentos de arrieros en pena, azotes, y gritos de cocheros, y maldiciones de caminantes. Los de á pié sacaban la pierna de donde la metieron, sin media, ni zapato, y hubo alguno que dijo: quién descalza allá abajo? Parecia un purgatorio de poquito. De esta suerte, haciendo la mortecina contra

la cuesta, nos estuvimos cuatro horas hablando de memoria, hasta que el almirante envió gente que nos redimiese del cautiverio en que estábamos: solo Vargas con pasaporte de Riche podría librarnos. Llegamos á Linares despues de haberse recogido el almirante, y cenamos lo que se pudo librar de Bonifaz. Fuime á acostar y hallé que Bonifaz me habia llevado una frazada: luego me proveyeron de otra. Es cosa de ver á Bonifaz venir de noche haciendo los matachines del cenar, y dormir, con una candelilla en las manos, preguntando: han cenado? Tienen cama? Porque él anda aquí con la cena movediza, y el estado fugitivo, la cama en voleta, pellizcando mantas, de tal suerte, que en esta tierra para espantar los niños dicen: la Bonimanta, como allá la Marimanta. Grimaldos le acompaña, y las mas noches duerme de portante: asentado en una silla, ronca á sueño de dar audiencia: come, y cena de aparecimiento, y pierde el juicio. Don Francisco Marbelli viene en una puntería de alquiler, con dale Perico, y cochea Juan de Araña, y Mendoza el negro en duda, y mulato de contado. Yo vengo sin pesadumbre, y sin cama, que ha seis dias que no sé de mi baul. Dormimos á pares don Enrique, y yo. Hay cama de siete durmientes, y no está segura de Bonifaz. Es cosa de ver á su magestad con dos caballeros, el uno Zapatilla y el otro Zapaton, y vernos ayer á Mateo Mantero, y á mi estar asistiendo de responso al entierro de nuestro coche, y venirnos de peregrinos de media legua, él riéndose de verme cojear, pidiendo bueyes para sacar una pierna; y yo decirle á él al bajar un cerrito, llevase la panza en sus manos á la silla de la reina. Llegá-

mos tarde á Andujar anoche viernes, sin luz, ni guía, donde hoy nos hemos detenido por la gran creciente de Guadalquivir, y mañana porque no se sabe de las acémilas, y del carruage. El duque del Infantado se quedó en Linares por haber caído su litera, y aporreándose. El patriarca no parece, y le andan pregonando por los pantanos. Mis camisas me dicen se las pone un barranco. Su magestad se ha mostrado con tal valentía, y valor, arrastrando á todos, sin recelar los peores temporales del mundo. Presagios son de grandes cosas, y su robustez puede ser amenaza de todas las naciones. En esta incomodidad va afabilísimo con todos, grangeando los vasallos que heredó. Es rey hecho de par en par á sus reinos; y es consuelo tener rey que nos arrastre, y nosotros al rey, y ver que nos lleva donde quiere. Las fiestas del Carpio se dilatan: quiera Dios no se malogren, que serán sin duda grandes. Bonifaz ha hablado con el señor Araciel los negocios de vmd. y él, y yo somos servidores de vmd. y suyo, y á su disposición, y cofrades del diente. Vmd. si me quisiere hacer mucha merced, que me envíe en un pliego (por via del almirante) la respuesta, y á mandar cuanto fuere su gusto, que soy hombre de bien, y lo haré todo. Hase juntado hoy Hortensio ante esta compañía, y vamos para los peligros con confesor, y para los gustos con compañía. A don Andrés beso las manos, y á don Garcia. A firmar, que es larga la carta.—
Don Francisco de Quevedo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LO QUE SE CONTIENE EN ESTE TOMO.

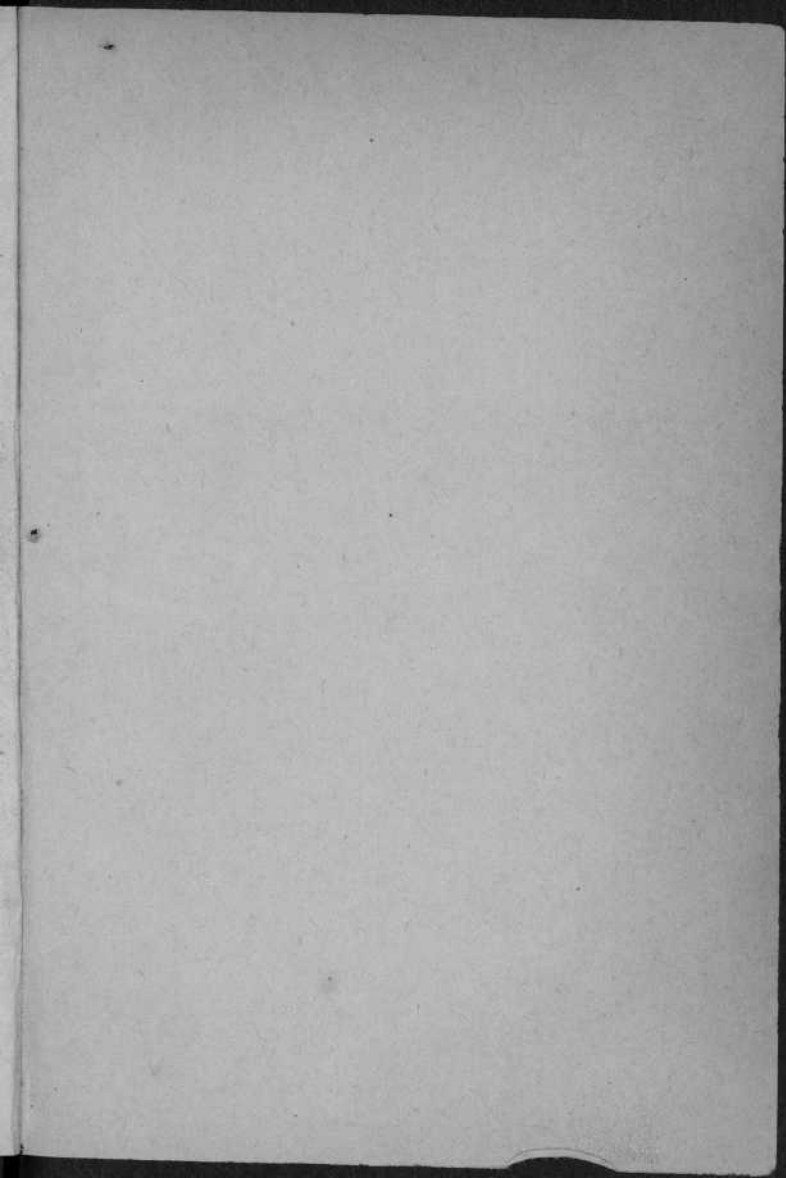
Vida de don Francisco Quevedo y Villegas.	5
El Sueño de las Calaveras.	404
El Alguacil Alguacilado.	418
Las Zahurdas de Pluton.	433
El Mundo por dedentro.	481
La vida del gran Tacaño.	205
Visita de los Chistes.	352
Cartas del Caballero de la Tenaza.	402
Libro de todas las cosas, y otras muchas mas.	417
Aguja de navegar cultos.	435
La Culta Latiniparla.	439
El Entremetido, la Dueña y el Soplón.	450
Cuento de cuentos.	510
Casa de los locos de amor.	524
Pragmática del Tiempo.	552
Carta de las calidades de un casamiento.	565
Carta del autor.	570

Handwritten signature or initials at the top of the page.

INDEX

DE LA ...

1	...
2	...
3	...
4	...
5	...
6	...
7	...
8	...
9	...
10	...
11	...
12	...
13	...
14	...
15	...
16	...
17	...
18	...
19	...
20	...
21	...
22	...
23	...
24	...
25	...
26	...
27	...
28	...
29	...
30	...
31	...
32	...
33	...
34	...
35	...
36	...
37	...
38	...
39	...
40	...
41	...
42	...
43	...
44	...
45	...
46	...
47	...
48	...
49	...
50	...
51	...
52	...
53	...
54	...
55	...
56	...
57	...
58	...
59	...
60	...
61	...
62	...
63	...
64	...
65	...
66	...
67	...
68	...
69	...
70	...
71	...
72	...
73	...
74	...
75	...
76	...
77	...
78	...
79	...
80	...
81	...
82	...
83	...
84	...
85	...
86	...
87	...
88	...
89	...
90	...
91	...
92	...
93	...
94	...
95	...
96	...
97	...
98	...
99	...
100	...



58.5.18-VI-52

14



QUEVEDO

OBRAS

FESTIVAS

14105